GORRIÓN

JASON MATTHEWS

ROJO

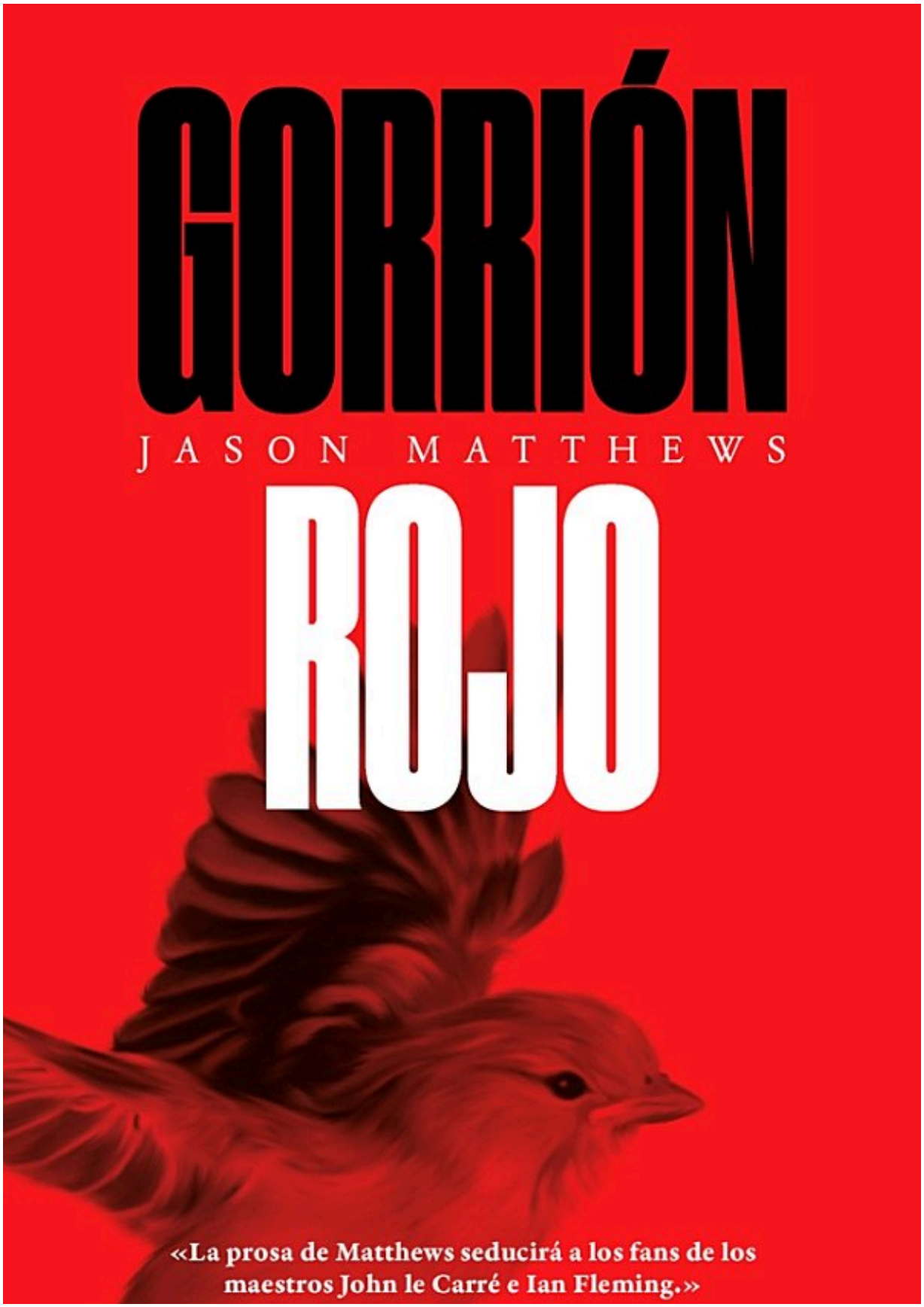


«La prosa de Matthews seducirá a los fans de los maestros John le Carré e Ian Fleming.»

USA TODAY

GORRIÓN ROJO

JASON MATTHEWS



«La prosa de Matthews seducirá a los fans de los maestros John le Carré e Ian Fleming.»

GORRIÓN ROJO

Jason Matthews

Traducción de
Emilia García-Romeu



ÍNDICE

Portadilla

Capítulos

Créditos
Colofón

A Suzanne, Alexandra y Sophia

1

Después de doce horas de Ruta de Detección de Vigilancia, Nathaniel Nash se sentía entumecido de cintura para abajo. Mientras esperaba en una callejuela adoquinada de Moscú, notaba las piernas y los pies agarrotados. Hacía horas que se había hecho de noche en su RDV, un recorrido diseñado para que quien le estuviese vigilando se pusiera nervioso, se sintiera presionado y terminara delatando su presencia. Nada. Ni una mínima señal de que una unidad estuviese merodeando, brincando, escondiéndose tras las esquinas de las calles a su espalda. Ni una reacción a sus movimientos. ¿Habría pasado desapercibido? ¿Era *invisible*, como se decía en la jerga, o simplemente presa de una trampa? Era la naturaleza del juego: peor que estar vigilado era no saber si lo estabas.

Aunque estaban a principios de septiembre, había nevado a primera hora de la mañana, al principio de su RDV, lo cual había ayudado a borrar las huellas de su trayecto en coche. Esa misma mañana, Nate se había bajado de un Lada Combi en marcha. Al volante estaba Leavitt, que lo había sacado de la estación de la CIA en Moscú. Mientras Nate calculaba el salto desde el coche, Leavitt levantó tres dedos en silencio, justo al doblar la esquina de la calle lateral de un polígono industrial, y acto seguido le dio una palmadita en el brazo. Durante ese intervalo de tres segundos, la vigilancia del FSB, el servicio ruso que se encargaba del espionaje dentro de la Federación, no había detectado que Nate se les había escapado. Este, escondido tras un montículo de nieve, los había visto pasar de

largo. Los rusos continuaron detrás de Leavitt: habían picado en su maniobra de despiste. Además, Nate había dejado en el coche el teléfono móvil de la Sección Económica de la embajada, su tapadera en Moscú, de manera que el FSB se pasaría las siguientes horas siguiendo una pista falsa entre las antenas de telefonía de la ciudad. Al rodar sobre el cemento, Nate se había golpeado la rodilla contra la calzada. Durante las primeras horas sintió calambres. Ahora la notaba adormecida, como el resto del cuerpo. Cuando cayó la noche había caminado, resbalado, trepado y gateado por medio Moscú sin detectar que lo siguieran. Parecía que el terreno estaba despejado.

Nate era miembro de un reducido grupo de agentes de «operaciones internas» de la CIA entrenados para operar bajo vigilancia en territorio hostil. Cuando estaba sobre el terreno en una operación, no se permitía ni la duda ni la introspección. Su habitual temor al fracaso, a no dar la talla, desaparecía. Esa noche estaba tranquilo y trabajaba bien.

«Ignora el frío que te oprime el pecho. Permanece dentro de la burbuja sensorial. Deja que se expanda por debajo del estrés. —Aguzó la vista—. Concéntrate en la distancia media y observa si pasan transeúntes y coches reiteradamente. Fíjate en colores y formas. Gorros, abrigos, coches.»

Sin pensar en lo que hacía, registraba de manera instintiva los sonidos de la ciudad, que se iba oscureciendo a su alrededor; el chasquido de los cables de los tranvías, el silbido de las ruedas de los coches sobre el pavimento mojado, el crujido de la carbonilla bajo los pies. Le llegó el amargo olor a diésel y carbón quemado, y desde algún respiradero oculto el aroma de una sopa de remolacha en plena cocción. Era como un diapasón que resonaba en el aire

helado, afinado y en forma, pero extrañamente tranquilo. Tras doce horas de RDV estaba todo lo seguro que uno podía llegar a estar: era invisible, indetectable.

Registro horario: 22.17. Faltaban dos minutos para que Nate Nash, de veintisiete años, se reuniese con quien era ya una leyenda y constituía la joya de la corona de la CIA, su activo más valioso. Con solo atravesar trescientos metros de la tranquila calle frente a él, se reuniría con Marble, un sofisticado urbanita de unos sesenta años y general de división del SRV, es decir, directo en la sucesión del jefe de la Dirección General de la KGB, el servicio exterior de inteligencia ruso, la unidad de espionaje del Kremlin en el extranjero. Marble había estado en activo durante catorce años, una carrera notable teniendo en cuenta que, durante la Guerra Fría, los confidentes rusos no solían sobrevivir más de dieciocho meses. Mientras ojeaba la calle, Nate vio desfilar ante sus ojos las fotografías borrosas de los agentes que habían perecido: Penkovski, Motorin, Tolkachov, Poliakov y todos los demás...

«Este no; no mientras yo esté de servicio.» No le fallaría.

Marble era ahora jefe del Departamento de las Américas del SVR, un puesto que le daba acceso a casi todo. Era un agente de la vieja escuela, se había ganado sus méritos (y sus estrellas de general) a lo largo de una espectacular carrera en el extranjero, no solo por sus triunfos operativos, sino también porque había sobrevivido a innumerables purgas, reformas y luchas de poder internas. Nunca se había engañado a sí mismo sobre la naturaleza del sistema al que servía y, aunque ya no aguantaba la farsa del poder, era profesional y leal. A los cuarenta, ya coronel de servicio en Nueva York, la Central le denegó el permiso para llevar a su mujer a un oncólogo

estadounidense, una estúpida muestra de intransigencia soviética, y ella murió sobre una camilla en un pasillo de un hospital de Moscú. A Marble le costó otros ocho años decidirse a tantear a los americanos de forma segura y ofrecerse como voluntario.

Cuando se convirtió en espía extranjero (un *agente*, según el vocabulario del servicio de inteligencia), Marble se dirigió a los funcionarios que actuaban como enlace en la CIA con una serenidad y una elegancia exquisitas, disculpándose humildemente por la exigua información que podía aportar. En Langley se quedaron estupefactos, pues podía proporcionarles datos de valor incalculable sobre las operaciones y el nivel de penetración de la KGB y el SVR dentro de gobiernos extranjeros. Y, de vez en cuando, si tenía acceso, también sobre algo esencial: los nombres de los americanos que espiaban para Rusia. Era un confidente poco común, inestimable.

A las 22.18 Nate giró y comenzó a descender por la acera irregular de la callejuela, flanqueada por ambos lados por bloques de apartamentos y árboles, ahora desnudos y cubiertos de nieve. Al final de la calle, dibujada a contraluz por las farolas de la intersección, una figura familiar dobló la esquina y empezó a caminar hacia Nate. El viejo era todo un profesional: había llegado justo en el margen estipulado de cuatro minutos.

El cansancio de Nate se desvaneció y se sintió revigorizado. Según Marble se acercaba, Nate observó automáticamente la calle buscando anomalías.

«No hay coches. Mira hacia arriba. No hay ventanas abiertas, los apartamentos están a oscuras. Date la vuelta. Las calles están tranquilas. Comprueba las sombras. No hay barrenderos ni

mendigos.»

A pesar de las horas de RDV, de las maniobras para provocar a una posible vigilancia, de las esperas y la atenta observación durante horas en medio de la nieve y el frío... un único error podría tener un resultado inevitable: la muerte de Marble. Para Nate significaría no solo la pérdida de una fuente de información o el comienzo de una crisis diplomática, sino la muerte de ese hombre, de su agente. No podía fallar.

Marble avanzó sin prisa. Se habían visto dos veces . No era su primer controlador, Marble había tenido otros. Había acabado formándolos a todos. Algunos tenían talento. En otros, Marble intuía una estupidez supina. Y alguno que otro había exhibido una desidia impresionante, una desgana y una falta de profesionalidad que podían resultar potencialmente mortales. Nate era distinto, interesante. Tenía algo: la inteligencia, la concentración y la agresividad para hacer las cosas bien. Era un poco inmaduro e impulsivo, pensaba Marble, pero había pocos con esa pasión. Le había gustado.

Los ojos de Marble se entornaron plácidamente al ver al joven americano. Nate era de estatura media y delgado, moreno, de nariz recta y unos ojos marrones que no paraban de moverse y miraban, con más concentración que nerviosismo, por detrás del hombre mayor que se le aproximaba.

—Buenas noches, Nathaniel —saludó.

Marble tenía un ligero acento británico tras haber estado destinado en Londres, si bien se había suavizado por el tiempo que había pasado en Nueva York. Utilizó por capricho el inglés para acercarse a su controlador, a pesar de que Nate hablaba un ruso casi perfecto.

Tenía espesas cejas blancas y una abundante mata de pelo canoso y ondulado que le daban un aspecto de elegancia mundana. Se suponía que tenían que utilizar seudónimos, pero era ridículo. Marble tenía acceso a las fichas de diplomáticos extranjeros del SVR y conocía perfectamente el nombre de Nate.

—Me alegro de verte. ¿Estás bien? —Marble escrutó la cara de Nate—. ¿Estás cansado? ¿Cuántas horas llevas de servicio?

Las preguntas de Marble eran perfectamente educadas, pero aun así lo quería saber de verdad. Nunca daba nada por sentado.

—*Dobryj vecher, dyadya* —dijo Nate; había empezado a usar el familiar *tío*, en parte una señal de respeto, en parte una muestra de verdadero afecto; miró su reloj—. Llevo doce horas. La calle parece despejada.

Era una jerga que ambos entendían. Nate sabía que Marble quería comprobar lo exhaustiva que había sido su RDV.

Marble no hizo ningún comentario. Los dos anduvieron entre las sombras que proyectaban los árboles sobre la acera. El aire era gélido, no soplaba el viento. Tenían aproximadamente siete minutos.

Nate dejó que Marble hablara y lo escuchó con atención. El hombre mayor le relató, con rapidez pero sin apresurarse, lo que sucedía dentro del Servicio, una mezcla de cotilleos, rumores y política: quién ascendía y a quién degradaban, el resumen de una nueva operación, el reclutamiento exitoso del SVR en un país extranjero... Los discos contenían todos los detalles. Era tanto un informe de la situación como una conversación entre dos personas: el sonido de sus voces, el contacto entre sus miradas, la suave risa de Marble. Por eso tenía sentido.

Al pasear, ambos resistieron el impulso natural de tomarse por el

brazo, como padre e hijo. Los dos sabían que no podía haber ningún contacto: un amargo requisito que imponía la posibilidad de contaminarse con *mitka*, el polvo de los espías. El propio Marble le había informado del programa secreto de polinizar al personal de la embajada de Estados Unidos en Moscú sospechoso de ser agente de la CIA. Se trataba del compuesto químico nitrofenilpentadienal, NPPD, un polvo amarillo parecido a la levadura. Técnicos rusos con los rostros marcados lo rociaban con peras de goma en la ropa, las alfombras y los volantes de los coches. El NPPD había sido diseñado para propagarse como el pegajoso polen del narciso a través de un apretón de manos, un papel o la solapa de un abrigo. Podía marcar cualquier cosa que tocara un agente de la CIA de manera invisible. Por ello, si eras un agente ruso bajo sospecha y las manos, la ropa o la superficie de mesa reflejaban la luz fluorescente del NPPD, estabas acabado. Marble había conmocionado Langley al informar de que algunos lotes de *metka* se habían marcado con determinados compuestos químicos para poder identificar a cada controlador americano específicamente.

Mientras caminaban y hablaban, Nate se metió la mano en el bolsillo y sacó una bolsa de plástico sellada. Había pilas de repuesto para el equipo de comunicación clandestino de Marble: tres paquetes de cigarrillos gris metálico excesivamente pesados. Utilizaban covcom para transmitir informaciones urgentes y para seguir en contacto entre las reuniones en persona. Estos breves encuentros, a pesar del riesgo mortal que entrañaban, eran infinitamente más productivos. En su transcurso, Marble pasaba gran cantidad de información en discos o USB, y los americanos, a su vez, reponían equipos y rublos. Además, se producía un contacto

humano, existía la oportunidad de intercambiar unas palabras, el tiempo de renovar un vínculo cuya naturaleza era casi sagrada.

Nate abrió con cuidado la bolsa de plástico y se la entregó a Marble, quien la cogió y extrajo el bloque de pilas, que habían sido empaquetadas en un laboratorio esterilizado de Virginia. Este, a su vez, dejó caer dos discos en la bolsa.

—Estos discos deben de contener casi cinco metros lineales de documentos —dijo—. Con mis mejores deseos.

Nate se dio cuenta de que el viejo espía aún pensaba en metros lineales de carpetas de documentos, aunque estuviera robando secretos digitales.

—Gracias. ¿Has incluido el resumen?

Los *hackers* le habían rogado a Nate que Marble incluyera un resumen de la entrega para poder priorizar así las traducciones y el procesamiento de sus informes.

—Sí, esta vez me he acordado. En el segundo disco también he metido el nuevo directorio de la oficina. Ha habido algunos cambios de personal, nada demasiado alarmante. Y un calendario de mis viajes al extranjero durante el próximo año. Estoy buscando razones operativas para viajar. He incluido los detalles —explicó, señalando los discos con la cabeza.

—Estoy deseando verte fuera de Moscú —dijo Nate—, cuando te venga bien.

El reloj seguía avanzando y, tras alcanzar el final de la calle, ambos se volvieron y caminaron de nuevo lentamente en dirección opuesta. Marble se quedó pensativo.

—¿Sabes? He estado pensando en mi carrera, en las relaciones con mis amigos en Estados Unidos, en lo que me queda de vida —

dijo—. Todavía me faltan unos cuantos años para jubilarme. La política, la vejez, un error impensable. Me quedan quizá tres o cuatro años, puede que dos; creo que sería muy agradable jubilarme en Nueva York. ¿Qué opinas, Nathaniel?

Nate paró y se volvió un poco hacia él. ¿Qué significaba esto? El ronroneo de la calle se desvaneció. ¿Estaba su agente en peligro? Marble alzó la mano como para apretar el brazo de Nate, pero se detuvo.

—No te alarmes, por favor, simplemente estaba pensando en alto.

Nate lo miró de refilón: el viejo estaba tranquilo, confiado, en calma. Era natural que un agente pensara en retirarse, que soñara con poner fin al peligro de su doble vida, con dejar de esperar la posible llamada en la puerta. La vida antes o después agota, y eso lleva a cometer errores. ¿Había cansancio en la voz de Marble? Nate tendría que informar al día siguiente en su cable de operaciones sobre los matices de la conversación. Los problemas de un caso repercutían inexorablemente en el controlador, y no necesitaba más problemas.

—¿Pasa algo, hay algún problema de seguridad? —preguntó Nate —. Sabes que tienes una cuenta lista en el banco. Puedes retirarte cuando quieras. Te apoyamos al cien por cien.

—No, estoy bien. Tenemos aún trabajo que hacer. Ya descansaremos más tarde.

—Es un honor trabajar contigo —añadió Nate, y lo decía en serio —. Tu contribución es valiosísima.

El viejo miró la acera mientras caminaban por la calle en penumbra. Su reunión sobrepasaba los seis minutos. Era hora de marcharse.

—¿Necesitas algo? —le preguntó Nate.

Cerró los ojos y se concentró. Pilas entregadas, discos recibidos, resumen incluido, calendarios de viajes al extranjero. Lo único que quedaba era fijar el próximo encuentro dentro de tres meses.

—¿Nos vemos dentro de tres meses? —preguntó Nate—. Para entonces estaremos en pleno invierno, en diciembre. ¿Qué te parece Eagle, cerca del río, como punto de encuentro?

—Claro, por supuesto —dijo Marble—. *Orel.* Te lo confirmaré con un mensaje una semana antes.

Habían vuelto a llegar al final de la calle, se acercaban a las luces menos tenues del cruce. Un cartel luminoso marcaba la entrada de la estación de metro, al otro lado. A Nate le recorrió una sensación de alarma por la espalda.

Un Lada desvencijado con dos hombres en los asientos delanteros atravesó despacio la intersección. Nate y Marble se pegaron a la pared de un edificio sumido en la oscuridad. Marble también había visto el coche, el viejo era tan profesional sobre el terreno como su joven controlador. Otro coche, un Opel más nuevo, cruzó en sentido opuesto. Los hombres de dentro miraban al otro lado, por detrás de él. Nate vio un tercer coche entrando lentamente en la calle. Solo llevaba puestas las luces de cruce.

—Es una batida —susurró Marble—. No habrás aparcado el coche cerca, ¿no?

Nate sacudió la cabeza: no. No, no, mierda, no. El corazón le latía con fuerza. No tenían casi margen. Miró a Marble durante un segundo, después los dos se movieron a la vez. Olvidándose del polvo de espía y de cualquier otra cosa, Nate ayudó a Marble a quitarse el abrigo negro y volverlo del revés, transformándolo en un

abrigo claro de corte distinto, de aspecto sucio y raído en las mangas y los bordes. Metiendo la mano en un bolsillo interior del abrigo, Nate desdobló un gorro de piel apolillado (parte de su propio disfraz) y se lo embutió en la cabeza al general. Marble extrajo del bolsillo delantero unas gafas de montura gruesa con una patilla envuelta en cinta adhesiva blanca y se las puso. De otro bolsillo, Nate sacó una varilla corta que agitó suavemente hacia abajo, para que el elástico de su interior desplegara los tres segmentos de un bastón que puso en la mano de Marble. En ocho segundos, el viejo moscovita había desaparecido y lo había sustituido un decrépito jubilado con un abrigo de paño barato que renqueaba apoyado en su bastón. Nate le empujó suavemente en dirección al cruce y la entrada del metro. Esto desafiaba todas las normas del catecismo del espía, que dictaba no utilizar el metro por el peligro de quedarse atrapado bajo tierra; pero si eso conseguía que Marble lograra huir de la zona, valía la pena correr el riesgo. Su disfraz tendría que despistar a las múltiples cámaras de seguridad de los andenes.

—Los voy a sacar de aquí —dijo Nate.

Marble se inclinó y comenzó a cruzar la intersección arrastrando los pies. El viejo espía miró a Nate una vez, grave pero tranquilo, y le guiñó un ojo. «Este tío es una leyenda», pensó Nate. Ahora su prioridad era distraer los coches que los vigilaban y hacer que se concentraran en él para alejarlos de Marble. No obstante, también tenía que evitar que le detuviesen a él. Los discos que Marble le había entregado eran igual de peligrosos para la vida del viejo que si le atrapaban.

No mientras él estaba de servicio. Una sensación de fuego helado le invadió la cabeza y la garganta. Llevaba el cuello del abrigo subido

y estaba preparado. Cruzó rápidamente por delante del coche que los seguía para comenzar a subir despacio la calle a media manzana de distancia. Podían ser del FSB, los gorilas encargados del espionaje dentro de la Federación Rusa. Era su territorio.

Aullaron los 1200 centímetros cúbicos del Lada. Lo habían avistado bajo las altas farolas de la calle iluminada. Corrió hacia la siguiente manzana y se agachó en la escalera de un sótano que apestaba a orina y vodka. Detrás de él sonó el lamento de las ruedas.

«Espera, espera, ahora vuelve a moverte corriendo a toda velocidad, cruzando los callejones, desapareciendo en los pasos peatonales elevados, bajando velozmente las escaleras que dan al río. Utiliza las barreras, cruza las vías del tren, cambia de vector y dirección cuando ya no te puedan ver, haz que se equivoquen, cuélate por las grietas.»

Registro horario: casi dos horas. Temblaba de cansancio y se puso a correr; luego caminó, después se agazapó tras los coches aparcados, oyendo el sonido de los motores al pasar. Los coches se acercaban y se alejaban, y luego volvían a acercarse, intentando aproximarse lo suficiente para verle la cara, lo bastante para inmovilizarlo sobre la acera, boca abajo, para meterle las manos en los bolsillos. Oía los frenos chirriar y el sonido de sus voces gritando por la radio: estaban empezando a desesperarse.

Cuando estaba en la academia, su primer instructor en vigilancia le había dicho: «Llegará a sentir la calle, señor Nash, no importa si está en la avenida Wisconsin o en Tverskaya, la sentirá». Y Nate la estaba sintiendo de cojones. No sabían dónde estaba, pero eran muchos. Las ruedas de los coches, en su tránsito, rechinaban sobre los adoquines mojados. Lo bueno era que no tenían la suficiente

información sobre él como para desplegar un dispositivo a pie. Lo malo era que el tiempo estaba de su parte. Gracias a Dios estaban siguiendo su rastro, lo que significaba que no se habían centrado en Marble. Nate rezó para que no hubieran visto al viejo meterse en el metro cojeando, y que no fuera Marble el principal objetivo de su vigilancia, porque eso significaría que había un segundo equipo siguiéndolo. No iban a atrapar a su agente, «su agente», y tampoco obtendrían el paquete con los discos de Marble, un material tan volátil como la nitroglicerina. El chirrido de ruedas se desvaneció y las calles quedaron en silencio.

Registro horario: más de dos horas; dolor de piernas y espalda; visión periférica borrosa. Bajó por un callejón estrecho apoyándose en la pared en penumbra, deseando que se hubiesen ido, imaginando los coches abollados ya aparcados en el garaje, el ruido de la carrocería contrayéndose al enfriarse; el barro goteando; el jefe del grupo gritando en la sala de reuniones. Pasaron unos minutos durante los cuales Nate no vio pasar ningún coche, y pensó que había salido del perímetro de su búsqueda. Mientras, empezó a nevar de nuevo.

Un poco más adelante, sonó el crujido de un vehículo al detenerse, luego se lo oyó recular y meterse en el callejón, con los faros iluminando la nieve. Nate se pegó a la pared, intentando reducir su silueta y las sombras, pero dedujo que debían de haberlo visto y, mientras las luces lo recorrían de arriba abajo, el coche aceleró hacia él, invadiendo su lado del callejón. Nate observó fascinado e incrédulo cómo el coche se le aproximaba con la puerta del copiloto a centímetros de la pared, dos caras decididas en su interior mirando de frente y los limpiaparabrisas funcionando a toda

velocidad. Pero ¿qué les pasaba a estos animales del FSB? ¿Es que no lo veían? Luego se dio cuenta de que sí lo veían, perfectamente, y de que lo que querían era pasar arañando la pared y aplastarlo.

«Existe una norma entre los equipos de vigilancia que siguen a un diplomático extranjero: nunca, en ninguna circunstancia, se puede ejercer violencia contra su objetivo.» Eso es lo que sus instructores le habían enseñado. Entonces ¿qué demonios hacían esos tíos? Se dio la vuelta y calculó que la entrada del callejón estaba demasiado lejos.

«Sienta la calle, señor Nash» y sintió que la segunda mejor opción parecía la tubería de desagüe que bajaba por el edificio a menos de medio metro de donde estaba él. Era de hierro y sus tirantes oxidados estaban atornillados a la pared de ladrillo. Cuando el coche se le echó encima, Nate pegó un salto y se agarró a la tubería, utilizando los tornillos para trepar hacia arriba. El coche chocó contra la pared, haciendo añicos la tubería; el techo del vehículo quedó justo debajo de las piernas levantadas de Nate. Con un pesado estruendo final, se estrelló contra el muro y se detuvo. El motor ya no sonaba. Sin nada donde agarrarse, Nate se desplomó sobre el techo del coche para caer al suelo. La puerta del conductor se abrió y en el momento en que salía un hombre grande con un gorro de piel, Nate empujó la puerta con el hombro y dio al gorila en la cabeza y el cuello. Se oyó un grito, vio su rostro contraído por el dolor. Nate volvió a estampar la puerta contra su cabeza dos veces más, muy rápidamente, y el hombre se derrumbó en el interior del coche. La puerta del copiloto estaba pegada al muro y no se podía abrir. Nate vio que el otro tiparraco intentaba trepar por encima del asiento delantero para alcanzar la puerta trasera. Era el momento de

echar a correr. Bajó por el callejón a toda velocidad para internarse en la oscuridad y doblar la esquina. Tres puertas más abajo había un mugriento comedor social todavía abierto a esas horas. La luz de su interior se derramaba sobre la acera nevada. Nate oyó el gemido del coche del callejón al dar marcha atrás. Se agachó dentro del minúsculo restaurante y cerró la puerta. Una sola estancia, nada más que un mostrador para atender en un rincón y varias mesas y bancos de madera desgastados, papel de pared manchado y mugrientas cortinas de encaje en la ventana. Una mujer mayor con enormes dientes de conejo estaba sentada detrás del mostrador, escuchando una radio mal sintonizada. A su espalda, dos cazos de aluminio abollados llenos de sopa hirviendo a fuego lento. El aroma a cebolla llenaba la sala.

Luchando para evitar que le temblaran las manos, Nate caminó hasta el mostrador y pidió en ruso un cuenco de sopa de remolacha a la mujer, que tenía la mirada perdida. Se sentó contra la ventana de la cortina y escuchó. Un coche pasó rugiendo y luego otro, después nada. En la radio, un cómico estaba contando un chiste. «Jruschov fue a visitar una granja de cerdos y allí se le hizo una fotografía. Entonces, en la oficina del periódico del pueblo se produce una acalorada discusión sobre el pie de foto. ¿El camarada Jruschov entre cerdos? ¿El camarada Jruschov y los cerdos? ¿Cerdos alrededor del camarada Jruschov? Ninguna servía. El editor, finalmente, toma una decisión: "El tercero por la izquierda: el camarada Jruschov".» La anciana tras el mostrador se rio entre dientes.

No había comido ni bebido nada en más de doce horas. Comenzó a engullir la espesa sopa con mano temblorosa. La anciana lo

observaba, se levantó, rodeó el mostrador hacia la puerta de entrada. Nate la vigilaba por el rabillo del ojo. Cuando abrió la puerta, sintió entrar una ráfaga de frío del exterior. La mujer rastreó la calle, a un lado y al otro, y luego cerró de un portazo. Volvió a sentarse sobre el taburete de detrás de la barra y cogió el periódico. Cuando Nate acabó la sopa y el pan, se acercó al mostrador y sacó unos cuantos kopeks. La vieja bruja recogió las monedas y las arrastró a un cajón. Estampó el cajón y miró a Nate.

—Todo despejado —dijo—. Vaya con Dios.

Nate evitó mirarla y se marchó. Después de una hora, empapado de sudor y temblando de agotamiento, cruzó tambaleándose la garita militar de la entrada del complejo residencial de la Embajada. Por fin los discos de Marble estaban a salvo. No era la forma aconsejada para terminar una operación nocturna, pero hacía horas que había perdido el coche de la estación que le tenía que recoger. Su regreso no había pasado desapercibido: media hora después el FSB (y tras un instante el SVR) sabía que era el joven señor Nash, de la Sección Económica de la embajada, quien había estado ilocalizable casi toda la noche. Y ellos creían que sabían por qué.

SOPA DE REMOLACHA DE LA ABUELA

Derrita mantequilla en una olla grande; añada cebolla picada y sofríala hasta que se vuelva transparente; incorpore tres remolachas ralladas y un tomate picado. Agregue caldo de ternera, vinagre, azúcar, sal y pimienta. La sopa debe tener un sabor dulce y agrio. Caliéntela hasta que hierva y luego déjela cocer a fuego lento. Sírvala con una porción de nata agria y

eneldo.

2

A la mañana siguiente, en dos extremos opuestos de Moscú y en despachos distintos, sucedían cosas no muy agradables. En la sede central del SVR en Yasenevo, el primer subdirector Iván (Vania) Dimitrevich Egorov leía el registro de vigilancia del FSB de la noche anterior. La pálida luz del sol se filtraba por los enormes ventanales que daban al sombrío bosque alrededor del edificio. Al no haber sido invitado a sentarse, Alexéi Zyuganov, el diminuto jefe de la Línea KR de Contraespionaje de Egorov, permanecía en pie delante de la mesa. Sus mejores amigos, o quizá solo su madre, solían dar el nombre de Lyosha a ese enano venenoso. Pero esta mañana no era el caso.

Vania Egorov era un hombre de sesenta y cinco años, un general de división con antigüedad. Tenía una cabeza enorme y era calvo, aunque le quedaban algunos mechones de cabello cano sobre las orejas. De ojos marrones y separados, labios carnosos, hombros anchos y una notable barriga, sus manos grandes y musculosas le conferían un aspecto de forzudo de feria. Vestía un grueso traje negro de corte elegante, un Augusto Caraceni de Milán, con una corbata azul oscuro. Le sobresalían unos brillantes zapatos negros Edward Green londinenses bajo la tripa.

Durante los primeros años de su carrera, Egorov había sido el típico agente de campo de la KGB. Algunos viajes a Asia poco interesantes le convencieron de que aquel trabajo no era lo suyo. Una vez de vuelta en Moscú, empezó a despuntar en asuntos de

política interna de la organización: primero, en puestos de planificación; más tarde, en cargos administrativos; y finalmente, en el recientemente creado puesto de inspector general. En 1991 había sido un activo y destacado artífice de la transformación de la KGB en el SVR, y en 1992 había elegido el bando apropiado durante el abortado golpe de la KGB de Kriuchkov contra Gorbachov. En 1999 el flemático primer ministro, Vladimir Vladimirovich Putin, un escorpión rubio de ojos lánguidos, se fijó en él, y al año siguiente de la marcha de Yeltsin, cuando Putin sorprendente e inverosímilmente se instaló en el Kremlin, Vania Egorov esperó la llamada que sabía que se produciría.

Durante una intensa entrevista de tan solo cinco minutos en una elegante oficina del Kremlin, con el reflejo de los paneles de madera en los siniestros ojos del nuevo presidente, Putin le había dicho: «Quiero que cuides de "las cosas"».

Ambos sabían lo que eso significaba, y Vania volvió a Yasenevo, en un principio como tercer subdirector y luego segundo, hasta que el pasado año se había trasladado a la oficina del primer subdirector, al otro lado del vestíbulo alfombrado de la suite del director del SVR.

Cierta inquietud había llevado a las elecciones del pasado marzo. Los malditos periodistas y los partidos de la oposición nunca se habían pasado tanto. El SVR se había hecho cargo de varios disidentes, había actuado discretamente en los colegios electorales y había informado sobre determinados diputados de la oposición. Se había instruido a un oligarca con ganas de cooperar para que fundase un partido disidente que desviara votos y dividiera al electorado.

Luego, el propio Vania se lo había jugado todo al asumir un riesgo

enorme y sugerir a Putin que culpara al intrusismo occidental (y más en concreto al de Estados Unidos) de las manifestaciones que habían conducido a las elecciones. El candidato asumió la sugerencia sin pestañear, mientras contemplaba el regreso de Rusia al centro del escenario internacional. Putin le había dado una palmadita en la espalda. Quizá era porque sus carreras se parecían mucho; quizá porque ambos habían conseguido bien poco como espías durante sus breves estancias en el extranjero; o, quizá, porque un confidente sabía reconocer a un *nashnik,* a un igual. Fuera lo que fuese, Vania Egorov agradaba a Putin y sabía que sería recompensado por ello. Estaba cerca de la cumbre. Tenía el tiempo y también el poder para continuar ascendiendo. Era lo que quería.

No obstante, el dueño de un criadero de serpientes siempre está expuesto a que le piquen si no tiene un enorme cuidado. Hoy el Kremlin era todo trajes y corbatas, secretarios de prensa y amables cumbres internacionales, pero todo el mundo sabía que, en el fondo, nada había cambiado desde Stalin. ¿Amistad? ¿Lealtad? ¿Protección? ¿Clientelismo? Un paso en falso, un fracaso operativo o diplomático, o, peor aún, poner en un aprieto al presidente conllevaría la *burya,* una tempestad de la que no había escapatoria. Vania sacudió la cabeza. *Chert vozmi.* Mierda. El episodio con Nash era justo lo que no necesitaba.

—¿Se podía haber dirigido peor la vigilancia? —rugió Egorov. Solía ser proclive a desplegar cierta teatralidad ante sus subordinados—. Es obvio que anoche el capullo de Nash se reunió con su confidente. ¿Cómo pudo permanecer fuera de circulación durante más de doce horas? Para empezar, ¿qué estaba haciendo el servicio de inteligencia en ese distrito?

—Parece ser que estaban buscando a unos traficantes de drogas chechenos. A saber en qué está metido el FSB —dijo Zyuganov—. Ese distrito es una pocilga.

—¿Qué hay del choque en el callejón? ¿Qué pasó ahí?

—No está claro. Afirman que estaban persiguiendo a un checheno y creían que este iba armado. Lo dudo. Puede que se animaran en la persecución.

—*Kolkhozniki.* Un campesino lo habría hecho mejor. Le diré al director que se lo comente al presidente el próximo lunes. No podemos permitir que hieran a un diplomático extranjero en la calle, aunque se reúna con traidores rusos —bufó Egorov—. El FBI empezará a asaltar a nuestros agentes en Georgetown si vuelve a suceder algo así.

—También yo lo haré saber entre la gente de mi rango, general. Los equipos de vigilancia sabrán captar el mensaje, sobre todo si, me permito sugerir, se pudiera organizar algún período de *katorga.*

Egorov miró impasible a su jefe de contraespionaje al notar que a Zyuganov se le hacía la boca agua al pronunciar el término zarista para el gulag. Dios mío. Alexéi Zyuganov era bajo y moreno, con cara de pan y orejas prominentes. Unos dientes picudos y una perpetua sonrisa de suficiencia completaban su imagen Lubianka. Con todo, Zyuganov era concienzudo, un subalterno malvado que resultaba útil.

—Podemos criticar al FSB todo lo que queramos, pero te digo que ese americano se estaba reuniendo con alguien importante. Y que esos imbéciles estuvieron a punto de verlo, estoy seguro. —Egorov tiró el informe sobre la mesa—. Así que te imaginas cuál va a ser tu trabajo de ahora en adelante... —Se detuvo—. Averigua. Quién. Es.

—Egorov puntualizó cada palabra golpeando con el índice la mesa—. Quiero la cabeza de ese traidor en una cesta.

—Será mi prioridad —dijo Zyuganov, sabiendo que, sin nada con qué continuar, sin ninguna pista concreta de un infiltrado dentro de la CIA y sin ningún rastro en la calle, tendrían que esperar; entretanto, podría comenzar algunas investigaciones y conducir interrogatorios, por si acaso.

Egorov volvió a revisar el informe de vigilancia, un trabajo completamente inútil. El único dato confirmado era la identificación de Nathaniel Nash en la verja. No se había visto ni incluido la descripción de nadie más. El conductor de uno de los coches de vigilancia (se adjuntaba una foto suya con una tirita en el ojo, como para justificar el incidente del callejón) había reconocido a Nash, al igual que el militar de la entrada al complejo de la embajada.

«Esto puede acabar de cualquier manera», pensó Egorov: un llamativo caso de espionaje resuelto a su favor, lo cual sería una vergüenza para Estados Unidos; o una incómoda debacle que desagradaría al Kremlin y a un jefe impulsado por la testosterona, lo cual supondría el súbito final de su carrera. Dependiendo de la ira del presidente, el panorama podría incluir un camastro junto al del oligarca Jodorkovski en la colonia 9 de la prisión de Segezha.

Contemplando de forma morbosa las oportunidades potenciales y reconociendo las consecuencias políticas, esa mañana Egorov había pedido y leído el *liternoye delo,* el archivo de la operación: «Joven, activo, disciplinado, buen ruso. Moderado con las mujeres y el alcohol. No se droga. Diligente en su puesto de tapadera dentro de la Sección Económica de la embajada. Eficaz sobre el terreno, no se sabe su objetivo operativo».

Egorov soltó un gruñido. *Molokosos.* Un mocoso. Miró al jefe de su contraespionaje.

Los pelos que salían del cerebro de Zyuganov se estremecieron y se dio cuenta de que tenía que mostrar más entusiasmo. El primer subdirector Egorov podía no ser un agente sobre el terreno, pero pertenecía a una especie bien conocida dentro de la fauna del SVR: un burócrata con ambiciones políticas.

—Señor subdirector, la clave para encontrar a ese hijo de puta que está vendiendo nuestros secretos es concentrarse en el joven *geroy* yanqui, el héroe. Hagamos que tres equipos le sigan. Envolvámoslo en capas de cebolla. Veinticuatro horas al día. Ordene, o mejor solicite, al FSB que aumente la vigilancia, y que armen ruido mientras le siguen; luego desplegaremos a nuestros propios equipos en los márgenes. Le ponemos vigilancia y luego se la quitamos. Veamos si está buscando nuevos sitios de encuentro. Habrá otra reunión en tres o seis meses, eso seguro.

A Egorov le gustó lo de la cebolla, se lo repetiría al director más tarde.

—De acuerdo, empieza, y comunícame tus planes para que pueda informar al director sobre nuestra estrategia —dijo Egorov despidiendo con un gesto a su subordinado.

«Informar al director sobre nuestra estrategia», pensó Zyuganov mientras abandonaba la oficina.

El complejo de la embajada de Estados Unidos en Moscú estaba situado al noroeste de Yasenevo, en el distrito de Presnenski, próximo al Kremlin y a un amplio meandro del río Moscova. Esa

misma tarde, otra conversación desagradable acontecía en la oficina del jefe de la estación de la CIA, Gordon Gondorf. Más o menos como el jefe del KR, al que no se le había invitado a sentarse, Nate estaba en pie frente a la mesa su jefe. Le temblaba la rodilla desde el día anterior.

Si el imponente volumen de Egorov lo convertía en un forzudo, la reducida constitución y rasgos enjutos de Gondorf lo hacían parecer un galgo de un espectáculo circense. Medía un metro setenta, tenía el cabello ralo, ojos de cerdo demasiado juntos y pies diminutos. Lo que le faltaba en estatura lo ganaba ampliamente en veneno. No se fiaba de nadie e ignoraba que, irónicamente, él era incapaz de inspirar ninguna confianza. Gondorf (Gondcretino, como se le llamaba a sus espaldas) vivía un infierno personal conocido únicamente por los oficiales de mayor rango: se sentía totalmente superado por el puesto.

—He leído el informe operativo sobre la escapada de anoche —dijo Gondorf—. Por lo que pone aquí, supongo que consideras el resultado satisfactorio.

La voz de Gondorf era plana; hablaba de manera lenta y vacilante. Nate intuyó que una bronca se le venía encima. «Defiende tu postura.»

—Si a lo que te refieres es que si creo que el agente está a salvo, la respuesta es sí —dijo Nate.

Sabía adónde quería llegar Gondorf con todo eso, pero prefería que lo hiciera él solito.

—Anoche casi conseguiste que arrestaran al mayor activo de la agencia. Pero, por Dios, ¡si los equipos de vigilancia os reventaron el encuentro...!

Nate intentó reprimir su creciente ira.

—Ayer activé una RDV de doce horas. La misma ruta que usted había aprobado. Confirmé mi estatus: a mí no me seguían y a Marble tampoco —dijo Nate.

—Entonces ¿cómo explicas la vigilancia? —preguntó Gondorf—. No me irás a decir que estaban allí por casualidad. Por favor, ni se te ocurra pensarlo.

La voz de Gondorf rezumaba sarcasmo.

—Eso es exactamente lo que pasó. Es imposible que me estuvieran buscando, toda esa gilipollez del callejón..., no estaban buscándome a mí, es imposible. Fue algo casual y reaccionaron sin intentar ser discretos. Marble pudo irse de rositas.

Nate notó que a Gondorf no le preocupaba que le hubieran intentado aplastar contra la pared. Otro jefe hubiera ido directamente al despacho del embajador, habría puesto el grito en el cielo y habría exigido una protesta oficial de la embajada.

Volviendo a la carga, Gondorf añadió:

—Tonterías. Ha sido un auténtico desastre. ¿Y en qué cabeza cabe haberlo mandado al metro? Es una ratonera. Ignoraste los protocolos cuando le tocaste al ayudarle a cambiarse de abrigo. Se supone que eso lo tiene que hacer solo y lo sabes. ¿Y si ahora mismo está bajo un detector luminoso y aparecen rastros fluorescentes?

—Tomé la determinación y la decisión. Pensé que cambiar su aspecto y sacarle de allí era la prioridad. Marble es un profesional, sabrá cómo deshacerse del abrigo y el bastón. Le podemos enviar un mensaje, lo verificaré con él en nuestra próxima reunión —dijo Nate.

Este tipo de discusiones eran una agonía, sobre todo con un jefe que no tenía experiencia sobre el terreno, en la calle.

—De momento no va a haber ninguna reunión. Por lo menos no contigo. Estás en el punto de mira. Anoche te identificaron veinte veces. Ya no sirve la tapadera de la Sección de Economía. Desde ahora vas a tener a toda la Dirección General de Vigilancia de Moscú pegada al culo —dijo Gondorf que, claramente, estaba disfrutando del momento.

—Siempre han sabido que era una tapadera. Me han estado siguiendo desde el principio, lo sabes perfectamente. Todavía puedo reunirme con activos —dijo Nate, apoyándose en una silla.

Gondorf tenía sobre la mesa una granada montada en una base de madera. La placa decía: DEPARTAMENTO DE QUEJAS. PARA UN SERVICIO MÁS RÁPIDO, TIRE DE LA ANILLA.

—No, no creo que puedas reunirte con confidentes. Ahora eres un imán de mierda —dijo Gondorf.

—Si me dedican tantos recursos, se van a arruinar —arguyó Nate —. Puedo desgastar a su personal conduciendo por toda la ciudad durante los próximos seis meses. Y cuanto mayor sea la vigilancia, mejor seré capaz de manipularlos.

«Defiende tu territorio.»

Gondorf no estaba ni impresionado ni convencido. El agente representaba una amenaza personal excesivamente grande. Gondorf tenía la vista puesta en un trabajo en la sede central de la CIA cuando regresara a Washington el año siguiente. No valía la pena asumir ese riesgo.

—Nash, voy a recomendar que se aborte tu misión en Moscú. Eres un objetivo demasiado expuesto y la oposición buscará alguna forma

de derribarte y atrapar a tus confidentes. —Lo miró desde su la silla —. No te preocupes, me aseguraré de que te asignen una misión de continuidad.

Nash estaba anonadado. Incluso un agente en su primera misión exterior sabía que una expulsión solicitada por un jefe de estación antes de que hubiera concluido el trabajo (fuera cual fuese la razón) podía arruinar su carrera. También estaba seguro de que Gondorf conseguiría información a sus espaldas para demostrar que Nash la había cagado. La reputación no oficial de Nash, su expediente, quedaría tocado, afectaría a sus ascensos y asignaciones futuras. Volvió a tener la vieja sensación de que se metía en negras arenas movedizas.

Nate sabía la verdad: había salvado a Marble la noche anterior gracias a una acción rápida y correcta. Miró desde arriba el rostro impasible de Gondorf. Ambos sabían qué sucedía y por qué. Así que para Nate no parecía haber ningún motivo para no terminar la conversación con una chulería.

—Gondorf, eres un cagado de mierda al que le aterra la calle. Quieres joderme para evitar asumir tu propia responsabilidad. Ha sido muy instructivo trabajar en tu estación.

Mientras se marchaba de la oficina, Nate observó que la ausencia de una invectiva a gritos de su jefe reflejaba la altura del individuo.

Expulsado de la estación antes de concluir la misión. No tan malo como no haber impedido que se matara a un confidente, robar fondos oficiales o inventarse informes, pero un desastre en cualquier caso. Era imposible saber cómo afectaría a futuras misiones y

ascensos, pero todo el mundo se enteraría desde el mismo momento en que se recibiera el cable de Gondorf en la Central. Algunos de sus compañeros del período de entrenamiento estaban ya en su segunda misión en el extranjero, demostrando su valía. Circulaban rumores de que a uno de ellos ya le habían ofrecido el puesto de director de una pequeña estación. Con los meses adicionales de entrenamiento en Moscú, Nate ya se había quedado rezagado; y ahora esto.

Aunque se decía que no debía obsesionarse, Nate estaba inquieto. Siempre se le había inculcado que no debía quedarse atrás, que ganar era un requisito indispensable. Había crecido en el elegante equivalente sureño de una jaula de lucha libre. Generaciones de Nash se habían criado en la mansión familiar de estilo palladiano, situada sobre los riscos de la orilla sur del río James. El abuelo de Nate, y su padre después de él, fundadores y socios respectivamente de la firma de abogados Nash, Warying y Royal, de Richmond, se habían pasado la vida sentados en salas en penumbra, mirando las musarañas y tocándose las narices. Habían asentido con aprobación al contemplar a los dos hermanos de Nate (uno, con imposibles rizos a lo Julio César; el otro, sudoroso y estrafalario, con la calvicie oculta bajo una «ensaimada» supuestamente juvenil) luchar trajeados sobre la alfombra, estudiar lo justo para aprobar Derecho y casarse con bellezas de busto generoso que callaban cuando los hombres entraban en la habitación y que buscaban su aprobación con la mirada.

«¿Y qué vamos a hacer con Nate?», se habían preguntado. Licenciado por la Universidad Johns Hopkins en Literatura Rusa, Nate había buscado refugio en el mundo ascético y espiritual de

Gógol, Chéjov o Turguénev, un mundo que el convencional Richmond no pudiera invadir. Sus hermanos gritaron y su padre lo consideró una pérdida de tiempo. Se esperaba que asistiese a la facultad de Derecho (se había aceptado su preinscripción en Richmond) y que más tarde ocupara un puesto de principiante en el bufete familiar. Por ello, el posgrado en Ruso de la lejana Middlebury supuso un problema; y su posterior solicitud de ingreso en la CIA, una crisis familiar.

—No creo que encuentres la vida de funcionario público muy gratificante —le había dicho su padre—. Sinceramente, no te imagino feliz entre tanta burocracia.

Su padre había conocido a varios directores de la CIA. Sus hermanos fueron menos prudentes en sus críticas. Durante una comida familiar especialmente acalorada, organizaron una quiniela sobre cuánto tiempo duraría Nate en la CIA. La apuesta más alta era de tres años como máximo.

Su solicitud de ingreso en la CIA no tenía nada que ver con huir de los tirantes y los gemelos, ni con la demoledora rigidez de Richmond, ni con la inevitabilidad de la mansión y su columnata sobre el río. Tampoco tenía nada que ver con el patriotismo, aunque Nate era tan patriota como cualquiera. Con lo que en realidad tenía que ver era con el martillo que se ocultaba en su pecho y que ya a los diez años le había llevado a caminar sobre la cornisa de la mansión de tres alturas, medirse con los halcones sobre el río, vencer el miedo y desafiar a las aves de rapiña en forma de temor y de fracaso que se cernían sobre él. Tenía que ver con la presión de su padre, su abuelo y sus omnívoros hermanos, que le exigían en tono estridente que cumpliera con su obligación cuando ellos no

sabían lo que era la responsabilidad.

Era ese mismo martillo (un latido ensordecedor) el que tenía que acallar durante sus entrevistas para entrar en la CIA, mientras disimulaba y afirmaba desenfadadamente cuánto le gustaba hablar con la gente, asumir retos y enfrentarse a la ambigüedad. Pero, a medida que los latidos del corazón se fueron haciendo más lentos y su voz comenzó a calmarse, experimentó la increíble revelación de que, en efecto, podía mantener la cabeza fría y enfrentarse a cosas incontrolables. Trabajar en la CIA era algo que necesitaba.

Las alarmas se dispararon cuando el oficial de reclutamiento de la CIA le informó de que era improbable que su solicitud fuera aceptada, sobre todo porque carecía de «experiencia vital» tras su posgrado. Otro entrevistador, más optimista, le dijo en tono confidencial que sus excelentes notas en el examen de ruso hacían de él un candidato muy atractivo. A la CIA le costó tres meses decidir, durante los cuales sus hermanos revisaron ruidosamente la apuesta familiar sobre lo que tardaría en abandonar la CIA. No fueron menos ruidosos cuando el sobre llegó. Le habían aceptado.

Presentarse para el servicio, firmar innumerables formularios, matricularse en un montón de clases, los meses en la Central, cubículos, salas de conferencias con instructores poco interesados y eternas presentaciones proyectadas sobre la pantalla. Luego, finalmente, la Granja, con caminos de gravilla que atravesaban terrosos pinares, dormitorios con suelo de linóleo, rancias salas de estudio, aulas cubiertas de moqueta gris y asientos numerados que un día ocuparon antiguos héroes, reclutas anónimos, grandes espías (o no), corruptos y traidores, gente en algunos casos fallecida hacía mucho tiempo y solo recordada por quienes la conocieron.

Planeaban reuniones clandestinas y asistían a falsas recepciones diplomáticas, mezclándose con instructores de rostro enrojecido con uniformes del ejército soviético y trajes Mao. Caminaban con los pantalones mojados hasta la rodilla por bosques de pinos, oteando el terreno a través de mirillas de visión nocturna y contando los pasos para llegar al tronco hueco o al ladrillo envuelto en tela de saco, mientras los búhos los felicitaban por haber encontrado su presa. Los detenían en retenes falsos sobre los capós de sus vehículos con el motor al ralentí, mientras los instructores que hacían de guardias fronterizos les agitaban un montón de papeles en la cara y exigían explicaciones. Se sentaban dentro de granjas en ruinas dignas de una película de terror, en medio de solitarias carreteras rurales, bebían vodka y convencían a los jugadores de rol más dubitativos a convertirse en traidores. A través de los pinos observaban el río, de un negro azabache, surcado por las garras de las águilas pescadoras, que salían a cazar a la luz del crepúsculo.

¿Qué instinto permitió a Nate destacar en estos ejercicios prácticos? No lo sabía, pero había abandonado la abulia familiar y el hastío de Richmond para correr sin esfuerzo por la calle, bajo vigilancia, y reunirse impasible con instructores-agentes envueltos en abrigos y gorros poco convincentes. Decían que tenía ojo. Y aunque empezó a creérselo, los oscuros augurios de sus hermanos pendían sobre su cabeza como un yunque. La pesadilla de Nate era fracasar, que lo expulsaran, y tener que volver a Richmond. Echaban a la gente del entrenamiento sin ninguna advertencia.

—Lo que queremos de vosotros es integridad —advirtió en clase un instructor de procedimiento—. Mandamos a gente a su casa por haber buscado datos sobre los escenarios y así prever problemas.

Limitaos a darlo todo en los ejercicios —dijo en voz alta—. Si os pillamos con el cuaderno de un instructor u otro tipo de material del curso de uso restringido, seréis expulsados inmediatamente.

Todo lo cual, sinceramente según Nate, significaba solo una cosa: intentadlo. Todos juntos formaban una clase, pero también eran individuos: todos soñaban con su primer cometido, sus primeras misiones en Caracas, Nueva Delhi, Atenas o Tokio. La ansiedad por la propia reputación, por conseguir destacar en clase, por hacerse con las mejores misiones era muy fuerte. Culminaba con una serie de insoportables recepciones del centro de estudiantes organizadas por varias divisiones de la sede central y una rara semana de reclutamiento para espías principiantes.

En una de esas fiestas del final del entrenamiento, un hombre y una mujer de la División Casa Rusia le llamaron aparte y le dijeron que habían preaprobado su ingreso en la División de Rusia, así que podía dejar de buscar un puesto en otra parte. Nate preguntó educadamente si no pensaban que el ruso también podría serle útil a la División de Oriente Medio o a la de África para perseguir rusos, pero le dijeron con una sonrisa que le esperarían encantados en su Central a finales de mes.

Había acabado y le habían aceptado de forma provisional. Ya formaba parte de la élite.

Ahora le esperaban las conferencias sobre la Rusia moderna. Discutieron si la política de Moscú relativa al gas natural suponía una espada de Damocles sobre Europa, y acerca de la sempiterna inclinación del Kremlin a apoyar Estados corruptos en nombre de la justicia, solo con el fin de fastidiar y demostrar que Rusia todavía tenía algo que decir. Hombres barbudos hablaron sobre las promesas

de la Rusia postsoviética, las elecciones, las reformas de sanidad y las crisis demográficas, así como sobre el drama que suponía que el telón se hubiese vuelto a cerrar bajo la atenta mirada de unos helados ojos azules a los que no se les escapaba nada. Rodina, la sagrada Madre Patria de tierra negra y cielos interminables, tendría que padecer todavía más, pues el cadáver del sóviet, envuelto en cadenas, había sido exhumado y arrastrado, goteando, fuera de la ciénaga. Ahora su corazón volvía a latir y las viejas prisiones se llenaban de hombres que no coincidían con él.

Una mujer de aspecto duro les habló de la nueva Guerra Fría, de las taimadas negociaciones de desarme y los nuevos cazas supersónicos que podían volar de lado y desplegaban, todavía hoy, insignias de estrellas rojas sobre las alas. A Moscú le había enfurecido el escudo antimisiles occidental en Europa central (¡ah, cuánto les molestaba la pérdida de los Estados eslavos!). Los sables rusos volvían a arañar sus oxidadas fundas, como en los días de Bréznhev y Chernenko, cuando eran la música habitual. También les habló del sentido que tenía Casa Rusia, la exigencia incesante de conocer los planes e intenciones que escondían esos ojos azules bajo esas suaves cejas rubias. Ahora esos secretos eran distintos, aunque no dejaban de ser los mismos de siempre, y era necesario obtenerlos.

Más tarde, un agente ya retirado (parecía un mercader de la ruta de la seda, de ojos verdes y boca torcida) vino a Casa Rusia para una presentación informal.

—Energía, descenso de la población, recursos naturales, Estados clientes. Olvidaos de todo eso. Rusia es el único país del mundo que puede poner un misil balístico intercontinental en la plaza Lafayette,

enfrente de la Casa Blanca. El único, y tienen miles de misiles nucleares.

Hizo una pausa y se frotó la nariz; su voz era profunda y gutural.

—Los rusos. Odian a los extranjeros solo un poco menos de lo que se odian a sí mismos y son unos conspiradores natos. Saben muy bien que son superiores, pero vuestro *ruski* es inseguro, le gusta que le respeten, que le teman, como en la antigua Unión Soviética. Por eso Putin está montando la URSS 2.0, y nadie va a entorpecer sus planes.

»El niño que tira del mantel y rompe la loza de golpe para llamar la atención: eso es Moscú. No quieren que se les ignore y romperán los platos que haga falta para asegurarse de que eso no ocurra. Vender armas químicas a Siria; proporcionar combustible nuclear a Irán; mostrar diseños de centrifugadoras nucleares a Indonesia; construir reactores nucleares de agua ligera en Burma... Sí, amigos: no hay límites.

»Pero el verdadero peligro es la inestabilidad que todo esto produce, la gasolina que proporciona a la siguiente generación de locos que quieren destruir el mundo. Gente, la segunda Guerra Fría tiene que ver con el resurgimiento del Imperio ruso, y no os engañéis: Moscú va a recostarse para ver cómo se comporta la Marina china cuando comiencen los disparos en el estrecho de Taiwán. Y fijaos que no digo "si comienzan". —Se encogió de hombros dentro de su lustrosa chaqueta—. Esta vez no va a ser fácil. Vosotros, hombres y mujeres, tendréis que averiguar cuál es la forma de hacerlo. Os envidio. —Levantó una mano—. Que cacéis mucho —dijo, y se marchó.

Todo el mundo se quedó callado en su sitio. Nate estaba ahora en

la cacareada carrera hacia Moscú, sumergido en la formación especializada: entrenamiento en operaciones internas compartimentadas. Mientras se acercaba la fecha de inicio de su misión en Moscú, estudiaba el vocabulario operativo en ruso. Le permitieron revisar los «libros», los informes de los agentes, leer los nombres y examinar las fotos de los inexpresivos rostros de los confidentes rusos con los que se tendría que reunir bajo las narices del servicio de vigilancia. La vida y la muerte en medio de la nieve, la punta de lanza. Conseguir otro destino de tanta relevancia era imposible. Sus compañeros de clase de la Granja se habían dispersado y ya no se acordaba de ellos. Ahora había otras vidas en juego. No podía fracasar, no se lo permitiría.

Tres días después de su conversación con Gondorf, Nate estaba sentado en un pequeño restaurante del aeropuerto Sheremétievo de Moscú, esperando a que anunciasen su vuelo. Pidió un sándwich cubano del grasiento menú y una cerveza.

La embajada se había ofrecido a enviarle un facilitador administrativo para ayudarle con los billetes y el control de pasaportes, pero había declinado la oferta educadamente. La noche anterior, Leavitt había traído cervezas al final del día y se habían sentado para charlar tranquilos, evitando los temas obvios y sin mencionar lo que todos los agentes pensaban: que la carrera de Nate en general y su reputación en particular habían recibido un duro golpe. Las despedidas fueron tensas. Lo único bueno había sido que dos días antes, en respuesta a la notificación de cese de misión de Gondorf, la sede central había mencionado que había un puesto

de agente en la vecina Helsinki súbitamente disponible. Dado el casi perfecto ruso de Nate, la abundancia de rusos en Finlandia y su inmediata movilidad, la Central le preguntó si consideraría incorporarse a un puesto en Helsinki de inmediato. Nate aceptó y Gondorf, si bien refunfuñó por el indulto, accedió.

Recibió un cable sobre su misión oficial en Helsinki, seguido de una nota informal de Tom Forsyth, el que pronto sería su nuevo jefe de estación, para darle la bienvenida.

Al anunciarse su vuelo de Finnair, Nate se encaminó hacia el avión sobre el asfalto junto con el resto de pasajeros. Arriba, por encima de él, en la sala de observación acristalada de la torre de control del aeropuerto, un equipo de dos hombres sacaba fotografías con un objetivo de largo alcance. El FSB, el SVR y, sobre todo, Vania Egorov querían asegurarse de que su inminente marcha era real. Al mismo tiempo que Nate subía por las escalerillas y sonaba el clic de la cámara, Egorov se encontraba sentado en su despacho, inmerso en sus pensamientos. Una pena. La mejor oportunidad para dar con el espía de los americanos se disipaba. Le llevaría meses, o quizá años, conseguir una pista mejor para el caso, si es que lo lograba.

Nash era la clave, según entendía Egorov. Probablemente todavía se ocuparía de su confidente desde fuera de Rusia. Egorov decidió no desistir; el traslado a Finlandia era una oportunidad. «Pongámosle un poco nervioso en Helsinki», pensó.

El SVR podía operar casi a voluntad en Finlandia. Mejor incluso, tenían primacía en terreno extranjero. Nada de pringados del FSB con los que tener que coordinarse. «Vamos a ver qué pasa», pensó Vania. El mundo era un sitio muy pequeño para esconderse.

SÁNDWICH CUBANO DEL AEROPUERTO DE MOSCÚ

Corte a lo largo una barrita de pan cubano. Rocíe la parte exterior con aceite y unte el interior con mostaza amarilla. Ponga sucesivas capas de jamón glaseado, cerdo asado, queso suizo y finas rodajas de pepinillo. Ciérrelo y apriételo con una plancha o entre dos ladrillos envueltos en papel de plata (caliente los ladrillos en el horno durante una hora a 250 grados). Córtelo en tercios diagonalmente.

3

Dominika Egorova estaba sentada en la esquina de un banco del opulento Baccara, todo cristal y mármol, el más elegante de los nuevos restaurantes moscovitas, situado a unos pasos de la plaza Lubianka. El bosque de cristal y plata sobre el deslumbrante mantel blanco no se parecía a nada que hubiera visto antes. Se estaba divirtiendo y, a pesar de la naturaleza operativa de la noche, estaba decidida a disfrutar de una cena pecaminosamente cara.

Dimitri Ustinov estaba sentado enfrente de ella rezumando deseo. Alto, de complexión pesada, con un remolino de pelo negro y anchas mandíbulas, era un miembro destacado de la hermandad de oligarcas gansteriles que se dedicaban a la minería y al petróleo en Rusia, y que habían amasado miles de millones de dólares durante el boom tras la Guerra Fría. Había empezado como sicario local del crimen organizado, pero había logrado prosperar.

Ustinov vestía un impecable esmoquin con solapas de seda sobre una camisa de vestir blanca y entallada, con botones y gemelos de diamantes. Llevaba un reloj Tourbillon de Corum, uno de los diez que se producían al año. Sus manazas de oso descansaban relajadamente sobre una pitillera Fabergé de esmalte azul, realizada en 1908 para el zar. Tomó un cigarrillo de la pitillera, lo encendió con un Ligne Deux de oro macizo y al cerrarlo produjo la nota musical característica de los encendedores Dupont.

Ustinov era el tercer hombre más rico de Rusia, pero a pesar de toda su riqueza no era el más listo. Se había enfrentado

públicamente con el gobierno, más notablemente con el presidente Vladimir Putin, y se había negado a reconocer o a aceptar la regulación gubernamental de sus empresas. Tres meses antes, en el clímax de la confrontación, Ustinov había hecho declaraciones obscenamente desdeñosas sobre Putin en un programa de entrevistas moscovita. La gente que estaba al tanto del asunto se sorprendía de que aún estuviera vivo.

Esa noche Ustinov no pensaba en nada más que en Dominika. La había visto en la emisora de televisión un mes después de su entrevista. Su belleza y su primitiva sensualidad lo habían dejado sin habla. Habría estado dispuesto a comprar la emisora en ese instante solo para poder verla otra vez, pero no fue necesario. Ella había aceptado gustosamente su invitación a cenar de inmediato. Mientras la miraba a través de la mesa, Ustinov quería estampar sus huellas por todo su cuerpo.

Dominika tenía veinticinco años. Llevaba el pelo castaño oscuro en una coleta alta sujeta con una cinta negra. Sus ojos azules cobalto eran del mismo color que la pitillera. Él se lo hizo notar y, luego, compulsivamente, deslizó el objeto, de incalculable valor, a través de la mesa.

—Esto es para ti.

Dominika tenía labios carnosos y brazos delgados y elegantes, que esa noche mostraba desnudos. Llevaba un sencillo vestido negro escotado que revelaba un busto espectacular. La luz difusa de las velas iluminaba tenuemente una vena azul bajo la piel perfecta de su pecho. Lo miró fijamente y él sintió que se tensaba una cuerda situada en algún lugar entre los intestinos y la ingle. Ella sabía lo suficiente como para seguir su instinto y tragar la bilis que se le

acumulaba en la garganta. Sonrió a tan elemental sabandija.

—Dimitri, es espléndido. No puedo aceptar un regalo así —dijo—. Es demasiado generoso.

—Claro que puedes —contestó Ustinov, esforzándose por resultar encantador—. Eres la mujer más bella que he conocido, y que estés aquí es el regalo más maravilloso que me podrían hacer. —Tomó un sorbo de champán y se imaginó el trajecito negro tirado en una esquina de su habitación—. Ya te tengo mucho aprecio —añadió.

Dominika hizo un esfuerzo por no reírse de él, aunque sintió que un excitante escalofrío le subía por la espalda y los brazos. Ese *derevenshchina,* ese cateto, tenía menos encanto que un matón de provincias, que es exactamente lo que había sido durante años. Pero, Dios, ahora era rico. Durante las semanas de preparación le habían dado algunos datos sobre Ustinov: yates, villas, áticos de lujo, propiedades mineras y petroleras por todo el mundo, un ejército privado de mercenarios bien pagados y tres aviones privados.

Dominika era la única hija de Nina y Vasili Egorov. Nina había sido primer violín de la Sinfónica Estatal de Moscú, una virtuosa en alza que había estudiado con Klímov y que poseía tal potencial que el Museo Estatal de Música y Cultura de Glinka le había cedido el extraordinario Kochanski del Gesú, de Guarneri, que databa de 1741. No obstante, hacía quince años se le había denegado una esperada promoción a la Orquesta Sinfónica Nacional. Prokhor Belenko, un servil violinista de talento inferior (pero casado con la hija de un miembro del Politburó), exigió que fuera él el ascendido y obtuvo el

puesto. Todo el mundo sabía lo que había pasado, pero nadie dijo nada.

Junto con su brillantez tocando el *skripka* de barniz rojizo, Nina Egorova era conocida por su fogoso temperamento, que incluía una contenida irascibilidad que explotaba cuando consideraba que ya no podía más. Ante la mirada divertida de sus ochenta compañeros de orquesta, durante su último ensayo con la Sinfónica Nina había pegado a Belenko un golpetazo con el atril en la oreja derecha. Nina era obstinada. Era también una mujer en la entonces Unión Soviética. Le quitaron el Guarneri. Ella se negó a tocar con un instrumento inferior. La degradaron desde el primer lugar de la sección de cuerda al tercero. Los mandó al infierno. La sanción administrativa se transformó en despido cuando el Ministerio de Cultura llamó al director de la Sinfónica. Se acabó su carrera. Ahora, años después, el elegante cuello se había arrugado, las fuertes manos se habían debilitado, y su pelo oscuro, ahora recogido en un moño, se mostraba encanecido.

El padre de Dominika era el famoso académico Vasili Egorov, catedrático de Historia en la Universidad de Moscú. Con el título de profesor emérito, era una de las figuras más influyentes y respetadas de las letras rusas. La orden dorada y azul de San Andrés colgaba enmarcada en la pared. El lazo encarnado que llevaba siempre en la solapa era la Medalla de Pushkin por sus logros en literatura y educación. Irónicamente, Vasya Egorov no tenía un aspecto distinguido o influyente. Era bajo y menudo, de ralos cabellos peinados con cuidado.

A diferencia de su mujer, Vasili Egorov había sobrevivido los años soviéticos evitando las alianzas políticas y la controversia. Refugiado

en la universidad, lo había logrado sobre todo cultivando el personaje de estudioso imparcial, discreto y leal. Lo que nadie sabía es que el benemérito camarada profesor Vasili Egorov albergaba en su interior un espíritu oculto e independiente, la conciencia de un ser completamente distinto, un pensador moral que odiaba todo lo soviético. Como todos los rusos, había perdido familiares entre 1930 y 1940, bien a manos de Stalin, bien resistiendo a los alemanes o en las purgas, la *katorga.* Pero era más que eso. Rechazaba el desequilibrio y la falta de lógica del sistema soviético, despreciaba el descarado favoritismo de los *cheloveki* y la desidia y autocomplacencia de los privilegiados que machacaban el espíritu humano y despojaban a los rusos de su vida, su país, su patrimonio. Era una apostasía solo compartida con Nina.

Todos los rusos guardan pensamientos secretos, están acostumbrados. Así era con Vasili y Nina, quienes escondían su repugnancia por cómo nada había cambiado en la Rusia moderna. Incluso cuando Dominika se fue haciendo mayor y pudo empezar a entender, Vasili no se atrevió a compartir sus sentimientos. Ambos padres anhelaban darle una visión clara del mundo, dejarle que descubriera la verdad por sí misma. Como no podían exponer su opinión sobre la infernal evolución de Rusia —de la cólera bolchevique a la podredumbre soviética y a la Federación de la Codicia Parasitaria, a pesar de la *glasnost*—, Vasili decidió transmitir a Dominika la verdadera majestad de Rusia.

El espacioso apartamento de tres habitaciones (tras el despido de Nina les habían permitido conservarlo gracias a la continuada posición y prestigio de Vasili) estaba lleno de libros, música, arte y conversación en tres idiomas diferentes. Sus padres notaron, cuando

Dominika cumplió los cinco años, que la niña tenía una memoria prodigiosa. Podía recitar versos de Pushkin e identificar los conciertos de Chaikovski. Y cuando ponían música, Dominika bailaba descalza sobre la alfombra persa del salón, en perfecta sintonía con la música, haciendo piruetas, saltando, manteniendo el equilibrio, con los ojos relucientes y las manos en movimiento. Vasili y Nina se miraban. Un día la madre le preguntó a Dominika cómo había aprendido todo eso.

—Sigo los colores —dijo la niña.

—¿Qué quieres decir con *los colores*? —preguntó la madre.

Dominika explicó muy seria que, cuando sonaba música o cuando su padre le leía en alto, la habitación se llenaba de colores. Distintos colores, algunos brillantes y otros oscuros, a veces brincaban por el aire y todo lo que Dominika podía hacer era seguirlos. Era así como se acordaba de tantas cosas. Cuando bailaba, saltaba sobre barras de un azul brillante, seguidas de centelleantes puntos rojos sobre el suelo. Los padres se volvieron a mirar.

—Me gustan el rojo, el azul y el morado —dijo Dominika—. Cuando *Batushka* lee o cuando *Mamulya* toca, son preciosos.

—¿Y cuando mamá se enfada contigo? —preguntó Vasili.

—Amarillo. No me gusta el amarillo —dijo la niña pasando las páginas de un libro—. Y la nube negra. Eso no me gusta nada.

Vasili preguntó a un colega de la facultad de Psicología sobre los colores.

—He leído sobre un problema similar —dijo su colega—, sentir las letras como colores. Es muy interesante. ¿Por qué no la traes una tarde?

Vasili esperó en su oficina mientras su amigo se sentaba con

Dominika en un aula cercana. Lo que debía durar una hora se alargó a tres. Cuando volvieron, Dominika estaba feliz y distraída; el profesor, pensativo.

—¿Qué? —preguntó Vasili mirando a su hija de reojo.

—Podría sentarme con ella durante días —dijo el profesor rellenando su pipa—. Tu hija muestra características de una persona sinestésica: alguien que percibe los sonidos, las letras o los números como colores. Fascinante.

Vasili volvió a mirar a Dominika. Ahora estaba en la mesa de su padre coloreando alegremente.

—Dios mío —dijo Vasili—. ¿Es una enfermedad? ¿Es una enfermedad mental?

—Enfermedad, carga, maleficio... ¿quién sabe? —Rellenó la pipa—. Por otra parte, Vasya, quizá sea *odarenny,* quizá la niña posea un don.

Vasili, el brillante hombre de letras, no entendía nada.

—Hay algo más —dijo el profesor observando a Dominika mientras esta inclinaba la cabeza sobre el dibujo—. Su sinestesia parece extenderse a las reacciones humanas. No solo palabras o sonidos, también percibe las emociones como colores. Me habló de lo que parecen ser halos de colores alrededor de las cabezas y hombros de las personas.

Vasili se quedó mirando a su amigo.

—Quizá llegue a convertirse en una especie de sabia en lo que a intenciones humanas se refiere. Por supuesto, también está la memoria prodigiosa. Ha repetido varias veces sin cometer ningún error cantidades de veinticinco cifras. Pero tú ya has visto eso.

Vasili asintió.

—Y otra cosa no muy común. Tu niña es proclive al *buistvo*, defínelo como quieras, tener carácter, hacer travesuras o mal genio. Tiró de un manotazo los papeles al suelo cuando no pudo resolver un acertijo. Algo que va a tener que controlar cuando sea mayor, me imagino.

—*Bozhe* —contestó Vasili.

Y se fue corriendo a casa a contárselo a su mujer.

—Esto viene de tu familia —dijo Vasili a Nina secamente.

Mientras, Dominika, muy colorada, seriamente disgustada y con los ojos ardientes, los fulminaba con la mirada porque habían quitado la música. Si era así a los cinco años, ¿cómo sería luego? Cuando a los diez años Dominika hizo una prueba para ingresar en la Academia Estatal de Coreografía de Moscú, en el número 5 de Frunzenskaya, el jurado encargado de las admisiones se quedó impresionado. No tenía ninguna técnica ni disciplina formal, pero incluso a una edad tan temprana vieron en ella la intensidad, el talento natural y el instinto de una gran bailarina. Le preguntaron por qué quería bailar y se rieron de su respuesta:

—Porque puedo ver la música.

La sala enmudeció mientras su ya hermoso rostro se oscurecía y los miraba con los ojos entrecerrados, como si contemplara la posibilidad de causarles algún daño físico.

Dominika hizo la carrera en la Academia (la principal escuela que nutría de talento el Bolshói) de forma descarada y triunfante. Floreció a pesar de los rigores del método clásico de Vaganova. Para entonces ya se había acostumbrado a vivir con los colores. Su capacidad para verlos cuando escuchaba música, bailaba o simplemente hablaba con alguien ahora parecía más refinada, algo

que podía controlar. Y comenzó a descifrar los colores, asociándolos con estados de ánimo y emociones. No suponía una carga. Para ella era sencillamente algo con lo que vivía.

Dominika continuó destacando, pero no solo en danza. Obtuvo las mejores notas en las escuelas media y superior de la Academia, donde pudo aprovechar su capacidad para recordar todo lo que se le enseñaba. Esto era algo nuevo, algo diferente. Dominika escuchaba las clases sobre política, las lecciones sobre ideología, la historia del comunismo, el ascenso y caída del Estado socialista, la historia del ballet soviético. Por supuesto, había habido excesos, pero se habían enmendado y ahora la Rusia moderna continuaría creciendo como un todo mayor que la suma de sus partes. Su joven mente se entregó a toda esa palabrería.

A los dieciocho años, Dominika fue ascendida a la primera *troupe* de la escuela y comenzó a dirigir un grupo de estudio sobre logros políticos. Todas las noches regresaba a casa para contarle lo que había aprendido a su padre, que, en secreto, estaba horrorizado por todo ello. Él intentaba contrarrestar su creciente entusiasmo con lecciones de literatura e historia. Pero Dominika estaba en plena adolescencia, al comienzo de su joven carrera. Si entendía la naturaleza del desesperado mensaje de su padre, si podía ver los colores sobre su cabeza, no daba ninguna señal. Vasili no podía ser más claro. No se atrevía a hablar abiertamente contra el sistema.

Por supuesto, Nina estaba contenta de que su hija progresara tan rápido en la compañía de ballet para jóvenes. Estaba bien que tuviera el futuro asegurado. Pero también observaba consternada cómo su hija se convertía en el prototipo de Nueva Mujer Rusa, una ultranacionalista, una belleza alta y de pelo castaño que caminaba

con la elegancia de una bailarina y se comportaba como el *apparatchiki* de los viejos tiempos.

Dominika se tumbaba en la alfombra del salón y su madre le cepillaba el pelo suave y rítmicamente con un cepillo de mango largo que había pertenecido a su bisabuela: un cepillo de concha de tortuga con el mango suavemente curvado que, junto con una fotografía enmarcada y un samovar de plata, eran las únicas pertenencias rescatadas de la elegante casa del San Petersburgo prebolchevique. El cepillo de cerdas de jabalí producía un sonido sereno y rítmico, que llenaba el aire de un color carmesí. Su cabello relucía. Dominika, que se estiraba después de un largo día de ballet, interrumpió la narración de la suave voz de su padre para contar lo que había oído en el colegio.

—Padre, ¿te das cuenta de que las influencias exteriores amenazan el país? ¿Eres consciente de que está creciendo el número de disidentes que abogan por el caos? ¿Has leído el artículo de V. V. Putin sobre los sionistas que trabajan contra el Estado?

Con un dolor sordo, los padres miraron a su hija. *Gospodi pomiluj!* ¡Dios nos libre! «El Estado.» «V. V. Putin.» «Disidentes.» En el suelo, Dominika se estiró a fondo. Sus piernas largas y su cuerpo flexible se habían convertido en un «instrumento que "ellos" dominaban»; gradualmente, habían conseguido poner la mente de su hija «a su servicio». Nina miró a Vasili. Quería decirle la verdad a su hija, advertirle de que las trampas del sistema habían acabado con su carrera, de un sistema que había obligado a Vasili a vaciar su mente excepcional y a permanecer callado toda su vida. Vasili sacudió la cabeza.

—Ni ahora ni nunca —dijo.

Con veinte años, Dominika fue seleccionada como primera bailarina de la Primera Compañía. Sus evaluaciones eran uniformemente sobresalientes y su capacidad atlética dio pie a su maestro de ballet a compararla con una «joven Galina Ulanova», la *prima ballerina assoluta* del Bolshói tras la guerra. Ahora, cuando bailaba, los colores que veía ya no eran formas y tintas elementales, sino sofisticadas olas de luces multicolores que circulaban, latían y la elevaban con ellas. Los tonos sepia que rodeaban a su compañeros de baile le permitían combinarse con ellos con mayor perfección. Respondía bien al tacto, de un modo preciso, fuerte en la espalda y en las piernas, exquisita y elevada sobre las puntas. Su maestro de baile insistía en que había llegado el momento de prepararse para la prueba anual que le permitiría entrar en la compañía del Bolshói.

A medida que se volvía más fuerte y ágil, algo más iba naciendo dentro del cuerpo de Dominika, una extensión de los rigores de la danza: la conciencia de su propio cuerpo. No era lascivia, pues llevaba la sexualidad en su interior. Era un despertar privado que ponía a prueba sus límites sin un solo pensamiento de vergüenza. Por lo que ella sabía, ninguno de sus padres era así, por lo que quizá algún pariente largamente olvidado podría haber sido un libertino.

En su habitación en penumbra, cuando su cuerpo la llamaba, estudiaba sus sensaciones, las exploraba tan atentamente como practicaba en la barra, sintiendo su respiración profunda y carmesí tras los párpados, mientras se estremecía al descubrir cómo conectaba consigo misma. No era un fetiche ni una adicción, sino más bien un yo secreto que se hacía más consciente a medida que se hacía mayor. Disfrutaba de su yo secreto. No era todo inocencia natural. A veces sentía la necesidad de algo osado, prohibido, y

cerraba los ojos con fuerza mientras, fuera de su ventana, en el cielo nocturno, se desataba una tormenta colosal, y se sorprendía a sí misma sosteniendo entre los largos dedos el cepillo de *Prababushka* de mango de cisne, sincronizando el destello de los rayos con el ritmo de su cuerpo. Quería más y, todavía desconcertada, buscaba un punto húmedo más abajo, aguantaba la respiración y sentía la dulce explosión del mango del cepillo atravesándola, como si fuera un alfiler clavándose en el escarabajo de una vitrina. Menos mal que ya era ella quien se peinaba por las noches después del ballet.

Aunque tenía amigos informales, Dominika no se mostraba muy abierta con sus compañeros. Era la líder de la clase, preocupada y consumida por el progreso de la compañía, por su récord de excelencia y los triunfos en competiciones con otras escuelas, especialmente las de San Petersburgo, el centro espiritual del ballet ruso de estilo imperial. Dominika sermoneaba a sus cansados compañeros de baile sobre la pureza de la Escuela de Moscú, su naturaleza esencialmente rusa. A su espalda la llamaban *klikushka,* la endemoniada, la Nueva Mujer Rusa, la gladiadora, la estrella, la devota, la verdadera creyente. «¡Venga ya, cállate!», pensaban.

A sus veintidós años, a Sonya Moryeva solo le quedaba uno para poder ingresar en el Bolshói, pero con Egorova en la competición no tenía muchas posibilidades. Llevaba bailando toda su vida, era hija de un miembro de la Duma y, en el fondo, una joven vanidosa y mimada. Estaba francamente desesperada. Se había estado acostando de forma imprudente con un chico de la compañía, un rubio con ojos de lince llamado Konstantín, algo increíblemente arriesgado que si descubrían los profesores habría garantizado su expulsión instantánea de la escuela. Pero después de quince años en

la Academia, sabía cuándo había poca gente, cuándo se quedaba desierta la sauna y cuánto tiempo tenían para sus sesiones de sudor con las flexibles piernas elevadas sobre la cabeza. Durante una semana susurró a Konstantín al oído, le dijo que le amaba, se acercó a él y se apretó contra sus caderas, le chupó el sudor de la cara y le rogó que salvara su carrera y su vida.

Los alumnos de ballet experimentados saben tanto de anatomía, articulaciones y lesiones como el mejor médico. Konstantín, loco en su avidez por la *pizda* de Sonya, esperó a que lo emparejaran con Dominika. Practicando un *pas de deux* sobre un suelo abarrotado, le pisó el tobillo con fuerza cuando ella estaba en puntas, torciéndole el pie hacia delante. Para Dominika los colores comenzaron a sangrar, el mundo se convirtió en un negro torbellino y se desplomó debido a un dolor insoportable; se derrumbó por completo. La llevaron a la enfermería mientras sus compañeros permanecían en la barra, helados, lívidos, Sonya la más pálida de todos. Dominika la había mirado y había percibido su expresión de culpa, los invisibles miasmas grises alrededor de su cabeza. Se había dado cuenta. Sobre la mesa de la enfermería su pie adquirió los tonos negro y morado de una berenjena. Lo peor era el dolor que le subía desde la pierna. El médico murmuró:

—Fractura de la articulación de Lisfranc.

Después de una serie de exámenes ortopédicos, de cirugía y una escayola hasta el tobillo, Dominika tuvo que dejar la Academia. Su carrera como bailarina, su vida durante diez años, se había acabado. Era el punto final. Todas las frases edulcoradas sobre la próxima Ulanova se evaporaron. Los maestros, los instructores, los entrenadores... ni la miraban.

En su temprana edad adulta había aprendido a lidiar con el *buistvo*, las explosiones de ira, pero ahora quería dejarlas crecer y saborearlas en la garganta. Desesperada, consideró denunciar a Konstantín y a Sonya por haberla saboteado. Ellos también serían expulsados si se revelaba su relación, pero sabía que no podría hacerlo. Estaba todavía contemplando su futuro con aturdimiento cuando la llamó su madre.

Su padre había sufrido un derrame cerebral grave y había muerto de camino al hospital clínico central de Kuntsevo, reservado a ciudadanos ricos o privilegiados. Había sido la persona más importante de su vida, su guía, su protector, y ahora se había ido. Habría podido tomarle la mano y llevársela a la mejilla; contarle su salida de la escuela de ballet, la traición de sus compañeros. Le podría haber pedido consejo, que le dijera qué debía hacer. Ahora ya no podía saberlo. Vasili habría susurrado a su idealista hija que uno puede enamorarse del Estado, pero que nunca será correspondido, jamás.

Dos días después, Dominika se sentó en el salón formal del apartamento familiar, con el pie derecho escayolado estirado, los ojos secos, el elegante cuello y la cabeza bien altos. Su madre estaba sentada a su lado, de negro, silenciosa y tranquila. La casa estaba llena de invitados que habían venido a dar el pésame: académicos, artistas, miembros del gobierno, políticos. El sonido de sus voces llenaba la atmósfera con sombras de un verde elemental, el color que ella asociaba con la tristeza y la aflicción, y que parecía dejar la habitación sin aire. Dominika hizo un esfuerzo por respirar.

Había comida en la cocina, los tradicionales blinis con caviar rojo, y esturión y trucha ahumados. En el aparador, botellas de agua mineral, un humeante samovar de plata, zumo de frutas, whisky y vodka helado.

Enfrente del sofá estaba el tío Vania, inclinado sobre su madre, pronunciando palabras de condolencia. Los hermanos nunca habían tenido una relación estrecha, sus personalidades y temperamentos eran casi polos opuestos. Dominika no sabía exactamente qué hacía; nadie se atrevía a pronunciar las siglas KGB o SVR. Luego su tío se le acercó y se sentó a su lado, sus rasgos carnosos a centímetros de su cara, inmiscuyéndose en su desconsuelo. Lo vio evaluarla: vestido negro, cabello negro, de luto. Como de costumbre, se le hizo un nudo en la garganta; su madre alargó el brazo para apretarle la mano. «Contrólate.»

—Dominika, mis más sentidas condolencias —dijo Vania—. Sé lo unidos que estabais tu padre y tú.

Abrió los brazos y le dio un paternal abrazo, rozando la mejilla contra la de ella. Su colonia (Houbigant de París) olía a lavanda y era intensa.

—Déjame decirte también que siento lo de tu lesión, la manera en que afecta a tu carrera.

Asintió ante su escayola.

—Sé lo buena estudiante que eras, tanto en danza como en el colegio. Tu padre siempre estuvo muy orgulloso de ti.

Vania se recostó en el sofá mientras otro amigo de la familia pasaba por delante y se daban la mano. Hasta ahora, Dominika se había limitado a mirar a su tío, no había hablado.

—¿Cuáles son ahora tus planes? —preguntó él—. ¿Quizá la

universidad?

Dominika se encogió de hombros.

—No estoy muy segura de lo que voy a hacer. Bailar era mi vida, tengo que encontrar otra cosa.

Sintió que él la miraba.

—Dominushka, tengo que pedirte un favor. Necesito tu ayuda. —La joven lo miró sorprendida. El tío Vania se encogió de hombros—. No es tan misterioso. Necesito que hagas algo por mí, algo no oficial, una cosa pequeña, pero importante.

—¿Para el servicio secreto? —preguntó Dominika, sorprendida.

Vania puso un dedo en los labios. La condujo, cojeando, al otro lado del salón. El día del funeral de su padre. Había elegido este momento a propósito, ¿no? Siempre lo hacían.

—Necesito tu talento, *dorogaya moya*, querida mía, y tu belleza —dijo el tío Vania—. Alguien en quien pueda confiar, alguien con tu reconocida discreción. —Se acercó a ella, y Dominika sintió los halagos envueltos en el calor corporal de él—. Es una tarea sencilla, casi un juego. Reunirse con un hombre, llegar a conocerlo. Puedo darte los detalles más tarde.

Zmeya, serpiente.

—¿Accederás a ayudar a tu viejo tío? —preguntó Vania con las manos en los hombros de Dominika.

Una serpiente moviendo la lengua, saboreando el aire. Pedirle algo en ese momento era monstruoso, típico, bestial. Dominika podía sentir los latidos del corazón en su pie hinchado.

Un halo amarillo brotó detrás de la cabeza de Vania como si fuera un santo bizantino. Luego recuperó el aliento y, con él, una calma hueca. Precisamente porque él esperaba que se negara, Dominika

aceptó. Ella le devolvió la mirada de igual forma, observando a su tío entrecerrar los ojos y calcular. Lo vio escudriñar su rostro, pero ella no le dio nada, y el rostro de él reaccionó.

—Excelente. Sabes que tu padre estaría muy orgulloso. No había mayor patriota que tu padre. Y crio a su hija para que también lo fuera. Una patriota rusa.

«Continúa hablando de mi padre y te arrancaré el labio inferior de un mordisco», pensó ella. En su lugar, Dominika le sonrió de una forma que tenía un efecto especial, como había descubierto recientemente.

—Ahora que mi carrera en el ballet está acabada —dijo—, por qué no hacer «tareas secretas» para ti...

La cara de Vania se movió, pero enseguida se recuperó. Retiró las manos de sus hombros.

—Ven a verme la semana que viene —dijo mirando la escayola—. Si puedes. Te mandaré un coche.

Vania se abrochó su ligero traje de lana. Alargó su zarpa y le cogió la mano, con su cara a escasos centímetros de la de ella

—Ven, despide a tu tío como está mandado.

Dominika le puso las manos sobre los hombros y le dio un ligero beso en la mejilla, observando, durante un segundo, sus labios color hígado. Esencia de lavanda y halo amarillo. Él le susurró al oído:

—No pido que me ayudes a cambio de nada —dijo—. Créeme, puedo intervenir en el asunto de este apartamento. —Dominika se apartó—. Tu madre no lo perderá aunque tu padre haya muerto. Será un gran consuelo para ella.

Vania le soltó la mano, se estiró el traje y salió de la habitación. Anonadada, ella lo observó cerrar la puerta tras de sí. «Ahora sé a

qué sabe un yugo», pensó Dominika.

En la calle, Vania pidió a su chófer que continuara y se acomodó en el asiento de atrás de su Mercedes. «Bueno —pensó—, he presentado mis respetos. Mi hermano Vasili era un profesor de pelo alborotado que vivía en el pasado. Y esa cuñada. Ya ha perdido la cabeza, es una *sumashedshij*, una loca. Pero la sobrina... Es una estatua griega, es perfecta para este asunto, me alegro de haber pensado en ella. Ahora que se ha destrozado el pie no tiene opciones. Puede aprender otras cosas. El apartamento podría venderse por millones —pensó Vania—. Sí, después de todo, son familia y es lo menos que puedo hacer.»

Esa noche, después de que los invitados se hubieran ido, se sentó con su madre en el salón en penumbra. Bach sonaba suavemente, acompañado del casi vacío samovar que suspiraba de tanto en tanto con el vapor que le quedaba. Dominika no necesitaba luz en la habitación. Grandes olas de un rojo carmesí emergían de la música y latían frente a ella. Juntando las manos en el regazo, Nina miró a su hija y supo que estaba «observando los colores». Apretó las manos de Dominika para que se concentrara y comenzó a hablar en una voz baja y lenta. Inclinándose sobre su hija, le susurró cosas sobre su padre y su vida. Habló de la escuela de ballet y de Rusia, y de lo que le había sucedido a ella. Y luego Nina habló de cosas más oscuras, de promesas y traiciones y venganza. Dos figuras en una habitación oscura llena de un Bach encarnado, dos *kilikushi* en el claro de un bosque, planeando el caos.

Dos días después, Dominika regresó a la Academia,

aparentemente para hablar con los médicos y recoger sus cosas. Ya era una extraña, era como si estuvieran deseando que se fuera. Se quedó remoloneando sin molestar, sentada en una silla cerca de la salida, viendo bailar a Sonya Moroyeva y Konstantín, la pierna de Sonya imposiblemente alta, imposiblemente estirada *en penché.* Konstantín se volvía hacia ella en una lenta *promenade*. Sus ojos estaban fijos en la banda de leotardo negro del pubis. En el descanso de la tarde, cuando se alargaban las sombras de la sala de prácticas, casi vacía, Dominika vio a Sonya y Konstantín deslizarse por la sala hacia la sauna. Había rumores sobre los dos, pero ahora Dominika estaba segura. Esperó y vio desaparecer la luz sobre el parqué de la sala de prácticas, sintiendo la familiar tensión, controlándola, enfriándola.

El edificio se había quedado en silencio, las oficinas a oscuras. Todavía quedaban el maestro de ballet y dos matronas en las oficinas al fondo; las tenues luces brillaban al final del pasillo a oscuras. Dominika cojeó en silencio hasta la puerta de la antesala de la sauna de los estudiantes, cubierta con grandes paneles de madera, y la empujó. Caminó callada hacia la habitación del vapor y miró a través del cristal ahumado de la puerta de cedro. Ambos estaban desnudos sobre los listones de madera del banco superior, apenas iluminados por la única bombilla del techo. Konstantín había alzado su cara de entre las piernas abiertas de Sonya y estaba posado sobre ella como una gran bestia. Sonya agarraba el cuello de Konstantín con las manos y balanceaba las piernas sobre sus hombros. A través del cristal, Dominika vio los callos en los pies de Sonya y sus dedos destrozados de bailarina.

Tenía la boca abierta y la cabeza echada hacia atrás sobre el

banco. La pesada puerta de la sauna amortiguaba los jadeos de Sonya. Dominika dio un paso atrás y deseó que el hielo venciera a la rabia. Un giro del regulador de vapor y el palo de una escoba en el cierre exterior de la puerta los cocería a ambos en veinte minutos. No. Algo elegante, indetectable, tóxico, definitivo. Esos dos habían acabado con la carrera de Dominika; ahora llegaba el turno de acabar con la suya, pero sin dejar huella, sin el menor rastro de venganza.

Dominika dejó abierta la puerta del pasillo que daba a la antesala y encendió la luz del techo, que brilló en el negro corredor. Abrió una de las ventanas exteriores del largo pasillo. Una fría corriente nocturna penetró en el interior y Dominika siguió el aire frío, alfilerazos de luz azul hielo como libélulas arremolinadas en el pasillo hacia las oficinas de las matronas. Se coló en una oficina a oscuras dos puertas más abajo. Se apoyó contra la pared y escuchó.

Tres minutos después, la matrona (¿cuál de ellas era?, se preguntó Dominika) sintió el aire frío y fue pasillo abajo a investigar. La luz de la antesala de la sauna y la puerta abierta frente a la ventana la hicieron murmurar para sí. Parecía madame Butyrskaya, la más estricta, la más feroz, uno de los perros guardianes de la Academia. Dominika esperó en silencio, contando los segundos, luego oyó la puerta de la sauna sisear, los bramidos de madame y lo que sonaba como sollozos entrecortados. Ruido de pisadas sobre el linóleo y continuos alaridos; los gimoteos y los gemidos se perdieron al final del pasillo. Ni siquiera su papaíto de la Duma podría salvarla, pensó.

Dominika levantó una mano en la oscuridad de la oficina y se la observó. Estaba tranquila, resplandeciente; sintió que el aire volvía a sus pulmones, como si alguien hubiera abierto la válvula de una

botella de oxígeno, y se dio cuenta, con un resoplido de sorpresa, de que no sentía nada al haber destruido a esos dos, y se deleitó en la elegancia y la sencillez de lo que había hecho, y luego pensó en su padre y se sintió un poco avergonzada.

Le quitaron la escayola del pie. Los planificadores del SVR trataron de tentar a Ustinov con Dominika en la emisora de televisión. Querían que la invitara a pasar tiempo con él. No le dijeron que tenía que acostarse con él, no era necesario, pero ella sabía que estaba implícito. Su engaño estaba claro. Le sorprendió que no le importara nada. Los informantes la miraban con cautela, inquietos por su mirada de igual a igual y su leve sonrisa, no muy seguros de con quién estaban lidiando.

De acuerdo, de acuerdo, dijeron, necesitaban saber más de sus negocios, sus planes de viajes internacionales, sus contactos. Dijeron que lo estaban investigando por fraude y apropiación indebida de fondos del Estado. Los colores de sus palabras eran pálidos, desteñidos, como si no estuvieran formadas del todo. Sí, lo que necesitaban estaba claro, dijo, podía hacerlo. Los hombres que estaban en la habitación se miraron entre sí y luego a ella, y ella los leyó como si fuesen un libro de himnos. Ese fue un descubrimiento sumamente interesante: los del SVR, el servicio secreto ruso, pensó, no eran más que *gusi,* un puñado de gansos.

Mientras leía los informes, ya de por sí un derroche de color, resolvió callar la boca a los arrogantes oficiales de la contrainteligencia que la miraban con ojos borrosos, y eliminar la sonrisa de la cara de su querido tío Vania. Recordó su olor a lavanda.

Su pobre sobrinita, la arruinada bailarina, la hermosa hija de su difunto hermano. ¿Te importaría ayudarme en una cosita delicada? Quizá, después de todo, podemos dejar que tu madre se quede en el apartamento. *Ochen horosho.* Muy bien.

La luz de las velas temblaba y el cristal tintineaba. Mientras Ustinov engullía la comida, Dominika sintió un lento y uniforme desprecio hacia él, que le infundía un desapego gélido. Estaba dispuesta a todo lo que fuera necesario para completar su misión, y sabía exactamente qué y cómo hacerlo.

Y así lo hizo. Durante la cena, Dominika estuvo cautivadora. Educada, atenta, entretenida. Se recorrió la garganta con un dedo y observó los hombros de Ustinov rodearse de parábolas naranjas. «Interesante —pensó Dominika—. El amarillo de la falsedad mezclado con el rojo de la pasión. *Zhivotnoe*. Animal.»

Él casi no podía sentarse derecho (ella lo veía tragar el champán con la insaciable sed de la lujuria). Los botones de su camisa vibraban. Al final de la cena le dijo que tenía una botella de coñac de trescientos años en su apartamento, mejor que cualquier otra cosa que el restaurante pudiera ofrecer. ¿Querría ir con él? Dominika lo miró y se inclinó con complicidad. Sus pechos se abultaron al juntarse bajo la luz de las velas.

—Nunca he probado el coñac —dijo ella.

Ustinov sentía los latidos del corazón en la boca.

BLINIS SERVIDOS EN EL VELATORIO DE VASILI EGOROV

Condimente una taza de harina con levadura y sal *koscher*. Añada leche, huevo y mantequilla clarificada, y mezcle hasta conseguir una masa suave. Cocine una cucharada de la masa a temperatura media-baja hasta que el blini esté dorado por ambos lados. Sírvalo con caviar, salmón, crema fresca, crema amarga y eneldo.

4

Se marcharon del restaurante en el elegante BMW de Ustinov, cuyas ventanillas estaban totalmente blindadas. El apartamento de Ustinov ocupaba el piso superior de un gigantesco edificio neoclásico en la Milla de Oro de la Arbat. Era un espléndido ático de lujo, resultado de haber unido dos apartamentos contiguos. Poseía suelos de mármol, enormes muebles de cuero blanco y apliques dorados en las paredes. Las azoteas de la ciudad y las luces de Moscú eran visibles a través de las ventanas que, de suelo a techo, se distribuían a lo largo del apartamento.

El aire estaba perfumado con incienso. Enormes lámparas chinas proyectaban una cálida luz sobre piscinas distribuidas por toda la estancia, y en una esquina colgaba un desnudo reclinado abstracto, con los dedos de las manos, los ojos y los dedos de los pies apuntando en todas las direcciones; un Picasso, supuso Dominika. «Así a voy a acabar yo en quince minutos», pensó con ironía.

Ustinov despidió a su escolta y la puerta hizo clic al cerrarse. En un aparador de ébano, entre un grupo de botellas, Dominika vio una rechoncha botella de coñac, probablemente la de trescientos años. Ustinov lo vertió en dos copas de cristal de Bohemia del siglo XVII y se lo dio a probar. De otra bandeja, Dominika tomó una delicada tostada cubierta de un terroso paté con un sublime regusto a limón.

Ustinov tomó la mano de Dominika y la condujo a un amplio vestíbulo con pinturas iluminadas, y subieron los tres anchos escalones que lo separaban del dormitorio en penumbra. Él no notó

la leve cojera de su pie recién curado, más un ligero obstáculo al andar que otra cosa. Estaba demasiado ocupado contemplando su pelo, su cuello, la suavidad de su pecho.

A medida que se movían hacia la habitación se iban encendiendo luces. Dominika observó anonadada la alcoba desde el umbral. El dormitorio era un espacio lúgubre del tamaño de un salón de tronos, decorado en blanco y negro. En el centro, una inmensa cama circular sobre una plataforma estaba cubierta de suaves mantas de piel. Las paredes estaban forradas con múltiples espejos de cuerpo entero. Ustinov cogió un mando y presionó un botón. La cama empezó a girar lentamente y las pantallas del techo se descorrieron para revelar un negro cielo lleno de estrellas a través del cristal.

—Así puedo seguir el recorrido de la luna y las estrellas —dijo—. ¿Verás mañana el amanecer conmigo?

Dominika se forzó a sonreír. El *svin'ya* en su pocilga. Pero ¿cómo era posible que un hombre así hubiera amasado semejante riqueza mientras que otros hacían cola para conseguir pan? La atmósfera del dormitorio era pesada, olía a sándalo. La alfombra color marfil bajo los pies era suave y gruesa. Sobre un aparador de fresno blanco relampagueaba, bajo las luces giratorias, una colección de piezas de plata. Había un foco dirigido a un panel enmarcado de Ebru cubierto por una intrincada caligrafía. Ustinov vio como lo miraba.

—Siglo XVI —dijo, como si estuviese dispuesto a descolgarlo y dárselo en ese momento.

Ahora que estaban de pie en el dormitorio, el juego era más serio. Quizá derrochar tanta sexualidad durante la cena no había sido tan inteligente por su parte. El acto físico era fácil. No era una mojigata. Pero se preguntaba qué perdía al seducir a ese hombre. Nada, se

dijo. Ustinov no podía quitarle nada, como tampoco podían hacerlo los maliciosos informantes del servicio secreto; tampoco el tío Vania, con su perfume de lavanda y sus condolencias. «Trabajo serio para el Servicio», había dicho Vania. Tonterías, pensó Dominika. Era un juego político para derrocar a un rival, aunque de todas formas ese *blyad*, ese gilipollas de oro, se merecía perder lo que tenía, ir a la cárcel. Lo destriparía, y el tío Vania se preguntaría qué tipo de persona había reclutado para la tarea.

Dominika se volvió hacia Ustinov y dejó caer el chal que le cubría los hombros. Le besó la boca con suavidad y le acarició la mejilla. Él la atrajo hacia sí y besó su espalda con brusquedad. Sus dos figuras se reflejaban en un millón de espejos.

Ustinov se separó y miró a Dominika con los ojos entornados. Su cuerpo era todo descaro; su cerebro estaba desprendiéndose de los puntos de anclaje del cráneo. Se quitó bruscamente la chaqueta, tirándola al suelo, y se arrancó de golpe la pajarita de seda. El oligarca que había hecho una fortuna derrotando a otros hombres peligrosos, haciendo trampas, golpeando e incluso eliminando a sus competidores solo veía los ojos azules, los rizos que caían por la esbelta y blanca garganta, los labios todavía húmedos de su beso. Dominika puso las manos sobre su pecho y susurró:

—*Dushka,* espérame en la cama. Serán dos minutos.

En el baño de tonos dorados, Dominika se miró al espejo. «Has dicho que sí —pensó—. Primero a Vania y ahora a este *medved*, este oso babeante. Si tan importante es para ti ponerte a prueba, acabemos con ello de una vez. —Alcanzó su espalda, bajó la cremallera y se deslizó fuera del vestido—. Usas esto —pensó mirando su cuerpo en el espejo— y haces lo que tienes que hacer: lo

cautivas y averiguas lo que quieres saber.»

Le habían dicho que Ustinov era peligroso, que era una bestia que había matado hombres. Bien. Mañana por la mañana le estaría metiendo cucharadas de consomé con una cuchara al revés como si fuera un pajarito, y él le estaría cantando sus secretos; y luego la bestia vería el mundo tras unas rejas. Entonces recordó algo del informe; alcanzó su bolsito y sacó una pastilla de benzedrina que le habían dado: para animarse físicamente, le habían dicho.

Ustinov se hallaba tumbado en la cama, apoyado sobre los codos. Estaba desnudo excepto por unos calzoncillos de seda negra. Dominika caminó lentamente hasta los pies de la cama, preguntándose cómo empezar. Recordó qué bien se sentía cuando los entrenadores le masajeaban los inflamados pies en la Academia de ballet, se arrodilló y frotó fuertemente con los dedos el arco de sus pies. Ustinov la miró perplejo.

«*Idiokta* —pensó—, ¡menuda cortesana estás hecha!» Y con una desesperada intuición comenzó a chupar el dedo gordo del pie derecho de Ustinov moviendo la lengua alrededor. Él gimió y se tumbó en la cama. Mejor. La mano temblorosa de él pulsó un hueco que había en el dosel de la cama y al instante la habitación quedó bañada de una densa luz roja. El efecto se veía intensificado por unos puntos más pequeños de luz rosa que rotaban por la habitación, rebotando en los espejos y sobre el cuerpo carmesí de Dominika. Con un zumbido grave, la cama comenzó a girar. «Dios nos libre de los mafiosos», pensó Dominika.

Ustinov le gruñó algo y estiró la mano. Contra el fondo rojo de la habitación, las luces giratorias rosas se convirtieron en dobles puntos rosas, luego en tres, girando alrededor de sí mismas en sus

respectivos haces a través de la habitación. Dominika estaba saturada de tanta luz y tanto color, y Ustinov continuaba acercándosele. Sus obscenidades guturales brotaban como cuchilladas de un profundo naranja, elementales, brutales; de alguna manera se deslizaban no encima, sino bajo los puntos rosas.

Dominika le miró con los párpados entrecerrados y pensó si debía humedecerse los labios para disimular. Mientras Ustinov daba vueltas como una tarta en un microondas, sus ojos no se despegaban de ella. Dominika sabía que tenía que anular tanto el cuerpo como la mente del mafioso, y conseguir que deseara que quisiera quedarse con ella. Una semana, dos semanas, dos meses. La cantidad de tiempo que satisficiera los requisitos, cuanto más mejor, le dijeron. Le habían contado que la acera del apartamento de Ustinov estaba manchada por las lágrimas de sus rollos de una noche.

Ustinov giraba lentamente hacia ella. Cuando llegó adonde estaba arrodillada, le rodeó la cintura, la arrojó sobre su espalda. Dominika notó que le arrancaba las bragas de un tirón. Se encorvó sobre ella como una gárgola y comenzó a hacerle el amor apasionada y salvajemente.

Bajo la luz roja, los dientes apretados de Ustinov (normalmente blancos y uniformes) mostraban un contorno azul y negro. Dominika echó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos. Sintió la caliente respiración de Ustinov sobre sus pechos. La luz rosa se derramaba por sus piernas temblorosas, por sus cuerpos, por los espejos. Ella levantó los glúteos y movió las caderas para responder a cada una de las brutales embestidas, le agarró de los brazos y se concentró en volverle loco. Ustinov echó la cabeza hacia atrás en el paroxismo de su inminente colapso. Dominika involuntariamente resopló cuando él

comenzó a moverse más fuerte y rápido. Aparte de la luz roja, los dientes azules y los gruñidos, Dominika estaba sorprendida de que su propio cuerpo (su yo secreto) estuviera respondiendo. La benzedrina había surtido efecto. Miró detrás de su barbilla al techo de cristal, pero no se veía ningún cuerpo celeste. ¿Dónde estaban las estrellas?

Lo que sí vio fue el ángel de la muerte. Primero vislumbró un reflejo borroso en el cristal del techo. Ese borrón se convirtió en una sombra que se deslizó hasta la cama recorriendo todos los paneles de espejo, como si se tratara de mercurio negro reflejado mil veces. Dominika sintió un soplo de aire cuando la aparición se cernió sobre la cabeza de Ustinov. Los ojos del mafioso estaban ciegos de pasión. No se daba cuenta de nada.

El cable de acero brilló alrededor del garganta de Ustinov, apretándose con un *zing* musical y clavándose en la carne. Los ojos de Ustinov se abrieron de golpe y sus manos se movieron hacia el cable que ahora le cercenaba la tráquea. Ustinov intentaba agarrar el cable con los dedos; su cara estaba a unos centímetros de la de Dominika, cuya boca se había congelado en un grito silencioso. Él la miró sin entender con ojos inyectados en sangre, una vena hinchada en la frente, sus dedos intentando asir el cable. Su boca seguía abierta y un hilillo de saliva negro cayó desde la comisura hasta la mejilla de Dominika. El cuerpo de Ustinov comenzó a convulsionarse. Se agitaba a un lado y al otro como un pez intentando liberarse del anzuelo. Dominika se dio cuenta de que todavía estaba dentro de ella; le empujó el pecho, volvió la cabeza para evitar la saliva y la sangre e intentó escabullirse de debajo de él. Pero era un hombre grande y súbitamente muy pesado, y ella no podía moverse.

Dominika solo podía cerrar los ojos, cruzar los brazos sobre la cara y sentir cómo la vida se escapaba del cuerpo de Dimitri Ustinov. Sentía la sangre brotando del cable que le cercenaba la garganta, goteando sobre su cuello y sus pechos. Ustinov emitió una especie de gorgoteo y empezó a volverse flácido, su respiración burbujeó ahogada por la sangre de su tráquea, de un tono azul-negro bajo esa luz rojiza. Dominika sintió que un temblor recorría el cuerpo de Ustinov, sus pies tamborilearon sobre la cama rápidamente una o dos veces, y luego se quedó inerte. La cama seguía girando en un silencio rosado.

No pasó nada durante un terrorífico minuto. Dominika abrió un ojo y vio la cara de Ustinov colgando sobre la suya, los ojos abiertos, la lengua visible en su boca abierta. La indistinta figura negra se cernía sobre ambos, inmóvil, tachonada de puntos rosas. ¿Eran alas negras lo que tenía tras los hombros o solo el reflejo de los espejos? La escena de tres figuras inmóviles giraba sin cesar en el dormitorio. Como en una acción coordinada, el cuerpo de Ustinov se retiró de encima y con un solo movimiento la figura negra lo arrastró lejos de ella. Rodó por la cama hasta el suelo. El asesino ignoró el cadáver y procedió a coger el mando para parar la cama. Dominika intentó levantarse, pero la figura de negro le puso la mano en el hombro y la empujó suavemente hacia la cama. Estaba temblando, desnuda y ensangrentada. Tenía los pechos mojados, negros de sangre. Las sábanas estaban hechas un gurruño, pero las recogió e intentó limpiarse el cuerpo con ellas.

No podía mirar al hombre, y sin embargo sabía que no le iba a hacer daño. Permanecía erguido a los pies de la cama, inmóvil, y Dominika dejó de intentar limpiarse y sostuvo la sábana empapada

de sangre en las manos. Su respiración era irregular por el miedo y el shock. El hombre estaba estudiando su pie, visible entre las sábanas. Él alargó la mano y ella comenzó a retirarlo, pero por una especie de instinto primario lo dejó quieto. El hombre acarició el dorso superior del pie ligeramente. La mayoría de la gente se daba un apretón de manos, pero con Matorin era distinto.

Formalmente, Serguéi Matorin era un oficial del SVR con el rango de mayor, asignado al Departamento de Acción Ejecutiva (Departamento V). Informalmente, era un *chistilshchik,* un ejecutor, un verdugo del servicio secreto ruso. En los años de la KGB, este departamento se conocía como el Departamento Trece o Línea F, o simplemente como *mokroye delo,* «trabajo mojado». Durante el punto álgido de la Guerra Fría, la Línea F había organizado secuestros, interrogatorios y asesinatos, pero en el nuevo SVR se decía que ese tipo de cosas no se contemplaban ni consentían. Cierto, los periodistas díscolos acababan asesinados en ascensores de Moscú y los críticos al régimen sucumbían a altas concentraciones de polonio enriquecido en su hígado, pero eso no tenía nada que ver con el Servicio Secreto de Inteligencia exterior ruso. La era de los «paraguas asesinos» ya había pasado.

Durante la invasión soviética de Afganistán, Matorin había servido como comandante del grupo de élite Alfa de Spetsnaz, en ese momento bajo el mando de la KGB. Algún tornillo se le aflojó durante los cinco años que estuvo en los valles de Afganistán, y se quedó tocado para siempre. El equipo de ocho hombres que dirigía seguía órdenes, pero lo cierto es que a Matorin no le importaba

mucho el mando. Era esencialmente un lobo solitario al que le gustaba matar.

Fue alcanzado en combate por una esquirla de metal que le dejó ciego del ojo derecho, que se le quedó de un blanco lechoso. Alto, delgadísimo, de cara picada y con cicatrices, Matorin llevaba el pelo gris hecho una plasta sobre un cadavérico cráneo. Esto y una afilada nariz aguileña le daban la apariencia de un enterrador. Después de la retirada de Afganistán, solo se le veía en raras ocasiones por el cuartel general del SVR, moviéndose sigilosamente por el Departamento V. Los oficiales más jóvenes se quedaban mirando fascinados a ese atávico Polifemo. Los mayores se daban la vuelta y se santiguaban.

Aunque ahora se le utilizaba para «tareas especiales», Matorin echaba de menos la acción en Afganistán. Pensaba en ello a menudo. Tenía la capacidad de regresar allí mentalmente, ver las vistas, oír los sonidos, oler los olores. Algunos momentos activaban espontánemente sus recuerdos. Esos viajes inesperados eran los mejores, los más vívidos, música incluida. Podía escuchar perfectamente las notas de *staccato* del *rubab* y el crescendo de las tablas.

Matorin había acariciado el pie de Dominika de igual forma que el de la tipa afgana a la que habían matado una tarde en el valle de Panjshir. Su equipo había amañado un toldo sobre las aspas del helicóptero y había asegurado las esquinas al suelo para crear una zona en sombra donde los hombres pudieran sentarse. Un poco antes habían disparado a un grupo de muyahidines en la carretera y habían aterrizado para recoger el botín; entonces encontraron a la muchacha escondida entre las rocas, junto al río ensordecedor.

Tenía aproximadamente quince años, el cabello oscuro, las ropas desgastadas y polvorientas, la típica mugrienta seguidora de campamento. Todos los militares soviéticos que servían en Afganistán habían oído historias de lo que les hacían las mujeres afganas a los prisioneros rusos, así que no es que la chica gozara de muchas simpatías. Luchaba por desasirse de unas cuerdas alrededor de las muñecas, pero la doble vuelta alrededor del cuello amenazaba con estrangularla si forcejeaba demasiado. Insultaba, gritaba y escupía a los ocho soldados del comando Alfa que la rodeaban en círculo. Matorin se puso en cuclillas entre sus piernas abiertas, inmovilizándole los tobillos y observándola resistirse. Estiró el brazo y le acarició el pie cubierto de tierra. Al tacto del infiel, la chica chilló y mugió, pidiendo a gritos a las colinas que sus compañeros de lucha vinieran a rescatarla.

No tenía que haberse opuesto a que alguien simplemente le tocara el pie. Eso no era nada. Durante los siguientes quince minutos, Matorin le rebanó las ropas con un cuchillo corto y estas se hincharon suavemente con el viento. Un soldado vertió agua sobre su rostro y se lo limpió, pero ella le escupió, golpeándose contra las cuerdas. Matorin sacó un cuchillo Khyber de setenta pulgadas de la espalda. El filo de su elegante hoja plateada en forma de T brillaba debido a su constante afilado.

Tumbado tras un peñasco cien metros más arriba, un adolescente afgano depositó en el suelo su AK-47 y miró de refilón alrededor de la roca. Alcanzaba a ver el gran helicóptero moteado en verde posado en el suelo (solo lo conocía como Shaitan Arba), con el rotor de la hélice inclinado por su propio peso. Vio un círculo de figuras debajo del toldo movido por el viento. Por encima del sordo rugido

del río y del viento entre las rocas, el muchacho oyó otro sonido que venía del fondo del valle: unos agudos alaridos de dolor, los gritos de una mujer joven, que se sucedían sin cesar. El chico pronunció una oración y se escabulló. Sabía que allí abajo había algo mucho más terrorífico que unos infieles rusos.

Matorin obtuvo su apodo de esos hombres ese día, al menos los que lo vieron utilizar el cuchillo. De pie, Khyber miró a Dominika con sus ojos de huevo escalfado, quitó la mano de su pie y dijo: «Vístete». Tenía una cita con el tío Vania.

PATÉ RÚSTICO DE USTINOV

Caramelice hígados de pollo, panceta y ajo, y luego añada brandi a la sartén. Pique la mezcla con perejil, alcaparras, cebolletas, ralladura de limón, zumo de limón y aceite de oliva hasta conseguir una textura terrosa. Añada más aceite de oliva y sirva sobre tostadas con limón.

5

Tras el asesinato de Ustinov, el tío Vania convocó a Dominika a Yasenevo. La escoltaron al área de ascensores de los altos mandos del cuartel general del SVR. El escudo con la estrella y el globo del SVR pendía dentro del ascensor. A Dominika todavía le sabía la boca a cobre, aún tenía la pegajosa sensación de la sangre de Ustinov sobre el cuerpo. Durante una semana había luchado por aplacar el horror que la invadía, intentó dormir en vano, resistió el siniestro impulso de arrancarse la piel de los pechos y del vientre. Ahora las pesadillas habían desaparecido, pero se sentía mareada y deprimida; también anonadada ante el modo en el que la habían manipulado. Entonces el tío Vania mandó llamarla.

Nunca había estado en Yasenevo, dentro del cuartel general del SVR, y mucho menos en la planta de los altos mandos. Reinaba un silencio mortal; no se filtraba ningún ruido a través las puertas cerradas que jalonaban el pasillo. Pasó por delante de una serie de retratos oficiales (cada uno de ellos discretamente iluminado por un foco) de los antiguos directores de la KGB, alineados a un lado del largo pasillo de moqueta encarnada que conducía del ascensor a la suite ejecutiva: Andropov, Fedorchuk, Chebrikov, Kriuchkov. Berlín, Hungría, Checoslovaquia, Afganistán. En el lado opuesto colgaban los retratos de los nuevos líderes del SVR: Primakov, Trubnikov, Lebedev, Fradkov. Chechenia, Georgia, Ucrania. ¿Habrían ido al cielo o al infierno? Los ojos de los «viejos muchachos» la siguieron mientras caminaba por el corredor.

A mano derecha se hallaban las imponentes puertas de la oficina del director. A la izquierda, unas puertas idénticas conducían al despacho del primer subdirector. Hicieron pasar a Dominika. El tío Vania estaba sentado detrás de una gran mesa de lustrosa madera clara. Un pesado cristal cubría el escritorio. Aparte del vade de cuero rojo frente a él, la mesa estaba vacía. Una hilera de teléfonos blancos ocupaba el aparador detrás del escritorio. La amplia oficina, enmoquetada de azul marino, se completaba con un cómodo sofá y unas sillas en el otro extremo, cerca de tres grandes ventanales por los que entraba la luz del sol.

Vania la invitó con un gesto a tomar asiento. La observó minuciosamente. Llevaba una falda azul marino y una inmaculada camisa blanca ceñida con un cinturón negro. Estaba tan hermosa como siempre, pero dos círculos negros le rodeaban los ojos y estaba notablemente pálida. Utilizarla en el asunto de Ustinov había sido un maniobra inspirada. Qué pena que para ella la experiencia hubiese sido tan... extrema. Había tenido la mala suerte de que la orden urgente del Kremlin de solucionar el lío de Ustinov hubiera coincidido con su marcha de la escuela de baile y la muerte de su padre.

Ninguno de los dos habló. De acuerdo con el informe, había actuado de forma encomiable, había logrado seducir a Ustinov y quitarle los pantalones, hasta el punto de que él había despachado a sus guardaespaldas, proporcionando a Matorin un acceso fácil a su objetivo. Aunque ella no había sufrido un colapso nervioso, Egorov se dio cuenta de que le había resultado duro. Matorin podía resultar excesivo para los no iniciados. Ya lo superaría.

—Dominika, te felicito por tu excelente desempeño en la operación

—dijo Vania. Miró serenamente a su sobrina desde su lado del escritorio—. Sé que debe de haber sido difícil, un shock. —Se inclinó hacia ella—. Ahora ya ha pasado, ya puedes olvidarte de algo tan desagradable. Por supuesto, no tengo que mencionarte que es tu deber, tu responsabilidad, no hablar de ello con nadie. Jamás.

Su madre siempre le había dicho que tuviera cuidado en presencia de su tío, pero estaba furiosa. Sentía que no podía respirar. Dominika miró la niebla amarilla que lo rodeaba. Le temblaba la voz.

—Hablas de «algo desagradable». He visto cómo asesinaban a un hombre a unos centímetros de mi cara. Estábamos desnudos, él estaba sobre mí, como bien sabes. Quedé cubierta de sangre, empapada de sangre. Todavía puedo olerla.

Miró a los ojos de su tío y vio malestar en ellos. «Ten cuidado», pensó, también discurría dentro de él una corriente subterránea de ira. Volviendo a adoptar un tono de voz más suave, dijo:

—Solo un pequeño favor, una cuestión muy simple. Me pediste que te ayudara. —Sonrió—. Debe de haber hecho algo muy grave para tener que matarle.

Menuda impertinencia. Vania no estaba dispuesto a discutir de política, ni del narcisismo tóxico de Putin, ni de la necesidad de hacer de Ustinov un ejemplo para el beneficio de otros *kulaks*. Había convocado a su sobrina por dos motivos: por una parte, quería evaluar su estado de ánimo, juzgar si podía mantener la boca cerrada, si podría dejar el incidente atrás, recuperarse del trauma. Y dependiendo de la respuesta a la primera pregunta, tendría que considerar dos posibles opciones.

Si Dominika se levantaba de la silla, desquiciada y negándose a escuchar, no abandonaría viva la Central. Matorin resolvería el

problema. Puede que Dominika no se diera cuenta, pero había sido testigo de un asesinato político del que a los enemigos de Putin les encantaría informar al mundo. Si eso ocurría, él, Egorov, estaba perdido. En ese mismo momento, diversos órganos del Estado estaban vendiendo la muerte de Ustinov como un crimen macabro perpetrado por un rival comercial. Pero todo el mundo sabía lo que había pasado en realidad y hacía tiempo que se lo esperaban. Así, si esa joven sobrina suya de ojos Fabergé y talla 95C de busto se ponía a decir lo que había visto y desde qué perspectiva, la prensa de la oposición no se detendría ante nada.

Si, no obstante, se mostraba controlada, él daría los pasos para asegurarse su discreción. Su bienestar político dependía de su buena conducta en el futuro. Ya había decidido que podía lograrlo introduciéndola en el Servicio, bajo la disciplina y supervisión permanente de la Central. No sería difícil: se le daría un puesto en el registro, en los archivos. Iniciaría el proceso de formación, aprendería los procedimientos y reglamentos. Así podrían vigilarla. Dependiendo de su desempeño (del que él no esperaba demasiado), se le podría dar un puesto administrativo en algún departamento o ponerla de florero en la recepción del despacho de algún general. Luego se la mandaría al extranjero para enterrarla en alguna *rezidentura* de África o Latinoamérica. Tras cinco años (para entonces él habría alcanzado la dirección), sería destituida por un buen motivo y expulsada. Vania habló con suavidad.

—Sobrina, es tu deber ser siempre leal, dar el máximo, servir a tu país. No te pedimos discreción: te la exigimos sin concesiones. ¿Va a ser esto un problema entre nosotros?

Vania miró a Dominika firmemente mientras depositaba con un

toque la ceniza de su cigarrillo.

En ese mismo momento se decidía su vida. El habitual halo amarillo alrededor de la cabeza de Vania se había oscurecido, como si le hubieran insuflado sangre. También el timbre de su voz había cambiado, adoptando un tono distinto. En un relámpago telepático Dominika se dio cuenta, se acordó de los consejos que le había susurrado su madre. «*Zaledenet* —pensó, recuperando el control—. Congélate.» Miró desde abajo a su tío, a quien ya empezaba a detestar y también a temer. Sus ojos se encontraron.

—Puedes contar con mi discreción —dijo con sequedad.

—Sabía que podría —contestó Vania. Era una chica lista, se veía que tenía instinto, que era sensata. Ahora llegaba el momento de endulzar la situación—. Y como lo has hecho tan bien, tengo una propuesta. —Se recostó en la silla y se encendido otro cigarrillo—. Te ofrezco un puesto inicial como personal administrativo del Servicio. Deseo que te unas al trabajo que hacemos aquí.

Dominika se forzó a mostrarse impasible.

—¿En el Servicio? —preguntó—. Nunca lo había pensado.

—Ahora mismo, sería una excelente oportunidad para ti. Empleo estable, empezar a cotizar para la jubilación. Si perteneces al Servicio, podré seguir garantizando que tu madre se quede en el apartamento. Además, ¿qué más puedes hacer? ¿Buscar un trabajo? ¿De qué? ¿De profesora de baile? —comentó cruzando las manos sobre el escritorio.

Dominika marcó mentalmente el punto de la camisa del tío Vania donde le clavaría el lápiz que descansaba sobre la mesa. Bajó los ojos y mantuvo el tono tranquilo.

—Ayudar a mi madre es importante —dijo. Vania hizo un gesto de

«¡por supuesto!» con la mano—. Sería raro trabajar aquí —añadió.

—No tan raro —dijo Vania—. Y podríamos trabajar juntos.

Las palabras quedaron flotando sobre su cabeza, cambiando de color con el sol que brillaba fuera. «Seguro, como si una recién llegada fuese a trabajar codo con codo con el subdirector», pensó Dominika.

—¿Qué tipo de tareas se me encargarían? —preguntó, aunque ya sabía lo bastante para adivinar la respuesta.

—Tendrías que empezar en el nivel inicial, claro —dijo Vania—, pero todas las funciones del Servicio están dirigidas a cubrir una necesidad fundamental: datos, información, archivos. Una organización de espionaje sobrevive o perece dependiendo de cómo se gestione la información.

Por supuesto: querían enterrarla en el sótano.

—No estoy segura de saber hacer eso, tío —respondió Dominika—. No me veo capaz de hacerlo bien.

Vania ocultó su irritación. Solo había dos opciones con esta Venus de Milo. O Matorin se encargaba de ella antes de la comida o la metía en el Servicio, donde podría controlarla. Una solución intermedia era inaceptable. No podía dejarla suelta por Moscú, cada vez más resentida, incluso pensando en vengarse. *Sookin syn.*

—Estoy seguro de que aprenderás muy rápido. Es un trabajo bastante importante —dijo Vania; se veía obligado a convencer a aquella estúpida.

—Pero creo que sí me interesaría entrar en otra parte del Servicio —dijo Dominika.

Vania la miró desde el otro extremo del escritorio, con las manos entrelazadas e inmóviles. Ella estaba sentada con la espalda recta, la

cabeza alta, impasible. Vania no dijo nada y esperó.

—Me gustaría ser admitida en la Academia del Servicio Exterior de Inteligencia como candidata para el entrenamiento.

—La Academia, la AVR —dijo Vania lentamente—. Quieres ser espía. ¿En el Servicio?

—Sí, creo que lo haría bien —dijo Dominika—. Tú mismo has señalado que no lo hice mal con Ustinov, que logré ganarme su confianza.

Sacar a colación lo de Ustinov le servía para insistir. Vania encendió su tercer cigarrillo en pocos minutos. Excepto las mujeres en funciones de apoyo, solo había habido dos o quizá tres mujeres en la Primera Dirección General de la antigua KGB, y una de ellas era una vieja bruja en el Presidium. Ninguna había sido admitida en la antigua Escuela Superior de la KGB, en el Instituto Andropov o en la actual AVR. Las únicas mujeres implicadas en operaciones de campo eran las esposas de los agentes *rezidenturi* y las *lastochki*, las gorriones entrenadas para seducir a posibles confidentes.

Pero en treinta segundos Vania Egorov hizo sus cálculos a la velocidad del rayo. Como candidata a la AVR, su sobrina estaría bajo un control aún más férreo. En el futuro, su desempeño, actitud y localización estarían monitorizados de manera constante. Estaría físicamente fuera de Moscú durante largos períodos de tiempo. Si descarrilaba o se sentía tentada a abrir el pico, estaría bajo la jurisdicción disciplinaria del Servicio. Para su destitución, e incluso encarcelamiento, solo haría falta una firma.

Pensándolo bien, podría obtener ciertos beneficios políticos proponiendo su nombre como candidata a la Academia. Sería un subdirector con principios, el primero en seleccionar a una mujer

(por lo demás atlética, educada y conocedora de diversos idiomas) para el entrenamiento formal de la moderna SVR. Los jefes del Kremlin verían las ventajas que suponía para su imagen.

Al otro lado del escritorio Dominika escrutaba su cara y seguía en ella sus cálculos. Ahora vendría el acuerdo renuente, la inevitable retahíla de advertencias.

—Pides mucho —dijo Vania—. Hay un examen de ingreso que muchos suspenden. Luego un largo entrenamiento, bastante riguroso.

Giró en su silla y miró por el ventanal, considerándolo. Había tomado una decisión.

—¿Estás preparada para comprometerte a seguir este camino? —preguntó.

Dominika asintió. No estaba absolutamente segura, claro. Pero era un reto y eso le gustaba. También era leal, amaba a su país, sabía que deseaba intentar unirse a una de las más importantes organizaciones de Rusia. Quizá incluso podría contribuir. El asesinato de Ustinov le había repugnado, pero también le había enseñado, en el lapso de una tarde, que podía manejar el trabajo secreto, que contaba con la inteligencia, el coraje y la fuerza.

Había algo más, lo sabía, algo indefinido, algo que se acumulaba en su pecho. La habían utilizado. Ahora quería entrometerse en su mundo, esos *domovladel'tsy,* esos señores que abusaban del sistema y de su pueblo. Se preguntó lo que habría pensado su padre.

—Lo consideraré —dijo Vania, volviéndose para mirarla—. Si decido enviar tu nombre y te seleccionan, tu desempeño en la AVR será un reflejo de mí mismo, de toda la familia. Te das cuenta, ¿verdad?

Encantador. Su preocupación por ella y por la familia no le había impedido arrojarla a los brazos de Ustinov. Le hubiera gustado decir: «Me aseguraré de estar a la altura de tu reputación», pero se tragó la ira y se limitó a asentir de nuevo, más segura ahora de querer entrar en la Academia.

Vania se levantó.

—¿Por qué no bajas y comes aquí? Te comunicaré mi decisión por la tarde.

Tendría que consultarlo con el director (mediante una suave persuasión) y humillar al director de entrenamiento (lo cual sería un placer). Pero Dominika entraría en la Academia (era cosa hecha) y así podría resolver su problema. Cuando se fue, Vania tomó el teléfono y habló brevemente.

Dominika fue escoltada por el pasillo hacia el ascensor. Los anteriores directores la miraban como si sonrieran levemente. En la inmensa cafetería, Dominika pidió el *kotleta po-kievski,* un panecillo y una botella de agua mineral. La cafetería estaba bastante llena y Dominika tuvo que buscar un sitio libre. Encontró una mesa en cuyo extremo estaban sentadas dos mujeres de mediana edad. Ambas miraron a la bella joven de ojos cansados y con tarjeta de visitante sin dirigirle la palabra. Dominika empezó a comer. El pollo estaba ligeramente empanado, de un marrón dorado y delicioso. Un hilillo de mantequilla salió del rollito de pollo, que tenía un sabroso gusto a estragón y ajo. El rollo se convirtió en la garganta de Ustinov y la mantequilla se volvió carmesí. Soltó el cuchillo y el tenedor con las manos temblorosas. Cerró los ojos y luchó contra la sensación de náusea. Las dos mujeres de la mesa la estaban mirando. No era algo que se veía todos los días. No sabían que no se equivocaban.

Dominika levantó la mirada y vio un remolino negro. Serguéi Matorin estaba sentado en la mesa de enfrente, inclinado sobre un cuenco y tomando sopa con una cuchara. La observaba mientras comía, su ojo muerto sin pestañear, como un lobo vigila mientras bebe de un arroyo.

POLLO KIEV DE LA CAFETERÍA DEL SVR

Mezcle y enfríe mantequilla con ajo, estragón, zumo de limón y perejil. Corte pechugas de pollo en filetes finos. Disponga un dedo de mantequilla en cada filete y enróllelos apretadamente. Átelos con una cuerda. Reboce los rollos con harina condimentada, sumérjalos en huevo y vuelva a rebozarlos en pan rallado. Fríalos hasta que adquieran un tono dorado.

6

Dominika entró en la Academia Exterior de Inteligencia (AVR) poco tiempo después del funeral de su padre. La escuela había cambiado de nombre varias veces durante la Guerra Fría: de Escuela de Superior de Inteligencia o Instituto de la Bandera Roja a AVR, pero entre los veteranos se la conocía como la Escuela 101. Durante décadas, su campus principal se había situado en el norte de Moscú, cerca del pueblo de Chelobityevo. Para el momento en el que se convirtió en la AVR, la escuela se había modernizado, había reestructurado el currículo y había flexibilizado los criterios de admisión. El campus se había trasladado a un claro en los espesos bosques del este de la ciudad, en el kilómetro 25 de la autopista Gorki. Por ello, ahora se la conocía como Kilómetro 25 o el Bosque.

En las primeras semanas, cautelosa y excitada, Dominika, la única mujer, junto con una decena de nuevos alumnos, se montó en traqueteantes autobuses de la empresa PAZ con cristales ahumados para dirigirse a diversas localizaciones distribuidas por la ciudad de Moscú y sus barrios periféricos. Atravesaron verjas de anónimos complejos vallados identificados como laboratorios, centros de investigación o campamentos juveniles. Los días estaban repletos de conferencias sobre la historia del Servicio, sobre Rusia, la Guerra Fría y la Unión Soviética.

Mientras que el atributo más valorado para ingresar en la antigua escuela de la KGB había sido una devoción sin límites hacia el Partido Comunista, el moderno SVR exigía a los reclutas no solo

ciertas aptitudes, sino también que fueran lo que se podría denominar *políticamente fiables*. Dominika destacaba en los debates y en los ejercicios escritos. Había en ella indicios de una vena independiente, de impaciencia con los planteamientos y dictados tradicionales. Un instructor había escrito que la cadete Egorova se demoraba siempre unos segundos antes de contestar una pregunta, como si estuviera valorando si contestar o no, y luego invariablemente respondía con excelencia.

Dominika sabía lo que querían oír. Los eslóganes de los libros y de las pizarras eran de colores caleidoscópicos, fáciles de categorizar y memorizar. La doctrina del deber, la lealtad y la defensa del país. Era una candidata a convertirse en miembro de la élite de Rusia, la Espada y el Escudo de antaño, el Globo y la Estrella actuales. Ahora se daba cuenta de que su ideología de juventud había horrorizado al espíritu librepensador de su padre; ya no aceptaba esa ideología «tan completamente». Aun así, quería que las cosas le fueran bien.

Comenzó el segundo bloque del entrenamiento. La clase se había trasladado permanentemente al campus del Kilómetro 25, un núcleo de edificios alargados y chatos de tejado a dos aguas, rodeado de pinos y bosques de abedul. Extensas praderas separaban los edificios; senderos de grava conducían a los campos de deportes que había detrás. El campus estaba a un kilómetro de una autopista de cuatro carriles, Gorkovskoye, oculto primero por una alta empalizada de madera pintada de verde para camuflarlo entre los árboles. Pasada esta «valla de árboles», tres kilómetros hacia el interior del bosque, había dos vallas de alambre, entre las cuales corrían libremente los perros, unos pastores belgas malinois. Se los veía correr desde las ventanas de las pequeñas aulas; por la noche,

los alumnos, desde sus dormitorios en barracones de dos pisos, los oían jadear.

Era la única mujer en los dormitorios y le habían dado una habitación individual al final del pasillo, pero aun así tenía que compartir los baños y las duchas con doce hombres, lo que significaba que debía encontrar momentos en los que no hubiera mucha gente por la mañana y por la noche. Casi todos sus compañeros eran bastante inofensivos, hijos de familias privilegiadas, importantes, jóvenes con contactos en la Duma, las fuerzas armadas o el Kremlin. Algunos eran brillantes, muy brillantes; otros no. Unos cuantos «valientes», acostumbrados desde niños a conseguir todo lo que se les antojaba, al ver su silueta tras la cortina de la ducha sentían deseos de arriesgarlo todo por un revolcón.

Una noche, ya tarde, alargó el brazo para alcanzar la toalla que colgaba fuera de la ducha del baño colectivo, pero no la encontró. Entonces un compañero de clase, huesudo y de pelo rubio, se metió en la ducha con ella, rodeándola por la cintura. Mientras la apretaba contra la pared y restregaba la cara contra su pelo, notó que estaba desnudo. Le susurró algo que no pudo entender; no veía los colores. Se apretó contra ella con más fuerza y una mano se deslizó desde su cintura hasta los pechos. Mientras la apretaba, ella se preguntó si él podría sentir el latido de su corazón, si sentiría su respiración. Tenía la mejilla aplastada contra los azulejos blancos de la pared de la ducha. Los veía transformarse, como prismas bajo la luz del sol, y volverse de un rojo carmesí.

El asa del grifo de agua fría, afilada y de unos ocho centímetros, llevaba un tiempo suelta. Dominika la desenroscó hasta lograr que

se soltara. Se volvió hacia él, resbaladiza y jadeante, aplastando sus senos contra su torso y le dijo con voz ahogada:

—*Stojat* —«Espera, espera un segundo».

Él sonrió antes de que Dominika le clavara la punta afilada del asa del grifo en el ojo izquierdo. Sus gritos de dolor y de terror, así como un vómito verde, la anegaron, mientras él resbalaba contra la pared agarrándose la cara y apretando las rodillas.

—*Stojat* —le dijo otra vez mirándole de pie—. Ya te dije que esperaras un segundo.

«Intento de violación y justificada defensa propia» fue la sentencia del Comité de Análisis secreto de la AVR. Novosibirsk ganó un conductor de autobús tuerto y el Comité recomendó que Dominika fuera apartada del entrenamiento de la Academia. Ella arguyó que no había hecho nada para causar el incidente, y los miembros del Comité (una mujer y un hombre) la miraron impasibles de arriba abajo. Iba a pasar lo mismo otra vez: la escuela de baile, Ustinov y ahora la AVR. Dominika le dijo al jurado que interpondría una queja formal. No importaba: ¿a quién se iba a quejar?

No obstante, el incidente acabó llegando a Yasenevo y el subdirector Egorov les echó una bronca brutal por teléfono. Si Dominika hubiera estado presente habría visto salir del auricular melaza de color pardo, así que le dijeron que habían decidido darle otra oportunidad y que estaría a prueba. A partir de entonces, el resto de la clase la ignoró, la evitó, una *klikusha* caminando entre los edificios del Bosque, una espalda imposiblemente recta y una zancada elegante marcada por una levísima cojera.

Comenzó el tercer bloque del entrenamiento en la AVR. Ocupaban aulas con hileras de sillas de plástico, paredes de ladrillos acústicos y toscos proyectores colgados del techo. Había moscas muertas entre las hojas de las ventanas dobles. Ahora tocaba instruirse en economía mundial, energía, política, el Tercer Mundo, asuntos exteriores y «problemas globales». Y América. Ya no se la llamaba el Principal Enemigo. Sin embargo, Estados Unidos era el más importante competidor de su país. Rusia tenía que hacer todo lo que estuviera en su mano para mantener la paridad entre los superpoderes. Las conferencias estaban marcadas por un sesgo específico.

Los estadounidenses desdeñaban Rusia, la ignoraban. Intentaban manipularla. Washington había interferido en las últimas elecciones, afortunadamente sin éxito. En la actualidad, Estados Unidos apoyaba a los disidentes rusos y animaba conductas subversivas obstaculizando el delicado proceso de reconstrucción. Las fuerzas militares estadounidenses habían desafiado la soberanía rusa, desde el Báltico al mar de Japón. La reciente política de *reset* era un insulto, no había nada que resetear. Rusia simplemente merecía ser respetada, Rodina merecía ser respetada. Si como agente del SVR Dominika llegaba a conocer a algún americano, le enseñaría a respetar Rusia.

La ironía era que América estaba en declive, decían los profesores, ya no eran los omnipotentes Estados Unidos. Desbordada por las guerras y en apuros económicos, la supuesta cuna de la igualdad estaba ahora dividida por una guerra de clases y ponzoñosas políticas de ideologías en conflicto. Y los muy idiotas todavía no se habían dado cuenta de que pronto necesitarían a Rusia para

acorralar a una China en ascenso. Si tenía lugar una guerra, iban a necesitarla como aliada.

Si los americanos preferían enfrentarse a Rusia pensando que era frágil o débil, se estaban equivocando. Un alumno de su clase estaba en desacuerdo. Sugería que las viejas nociones de Oriente y Occidente estaban anticuadas. Además, Rusia había perdido la Guerra Fría, ya era hora de que lo asimilaran. La clase se sumió en el silencio. Otro alumno se levantó con los ojos echando chispas.

—Rusia no ha perdido la Guerra Fría —dijo—, porque la Guerra Fría no ha terminado.

Dominika vio sus palabras, de color escarlata, subir hacia el techo. Palabras bien escogidas, potentes. Interesante: la Guerra Fría no había terminado.

No mucho después, separaron a Dominika de sus compañeros. No necesitaba las clases de idiomas: ella misma podía haber sido la profesora de inglés y francés oral. Tampoco le insistieron para que se embarcara en una carrera administrativa. Sus profesores habían visto su potencial y habían informado a los administradores de la AVR. Estos, a su vez, habían llamado a Yasenevo y solicitado a la Central permiso para admitir a Dominika Egorova (sobrina del primer subdirector) en la fase práctica, operativa, del entrenamiento. Sería la única candidata femenina para entrenarse como *operupolnomochenny*, como oficial de operaciones del SVR. Sin demora alguna, la aprobación de la Central llegó puntualmente.

Había sido admitida en el entrenamiento de operaciones, la puerta de entrada al juego. Iniciaba una fase especial, la última antes de

salir de la crisálida como servidora de la patria. El entrenamiento había sido muy rápido, sin que ella apenas se diera cuenta. Las estaciones parecían haber sobrevenido sin ella notarlo. Clases, conferencias, laboratorios y entrevistas se habían sucedido a una velocidad apabullante.

El entrenamiento en operaciones comenzó con temas ridículos (sabotaje, explosivos, infiltración) que habían comenzado a enseñarse en tiempos de Stalin, durante el sitio de Moscú por la Wehrmacht. Luego vinieron lecciones más prácticas y exigentes. Creó señales *zashifrovat'* que ocultaran sus movimientos, y RDV sobre el terreno; encontró lugares propicios para convertirse en casas seguras; transmitió mensajes cifrados; localizó potenciales puntos de encuentro o *yavki;* organizó *vstrenchki*, reuniones de agentes; planificó cómo aproximarse a posibles confidentes. Practicó con disfraces y comunicaciones digitales, señales y escondites. Su capacidad para recordar detalles e instrucciones dejaba anonadados a los profesores.

A los instructores de combate cuerpo a cuerpo les impresionaban su fuerza física y su sentido del equilibrio, aunque les alarmaba un poco su intensidad y el modo en el que se negaba a quedarse tirada en el suelo cuando la derrotaban. Todos habían oído la historia del Bosque. Por eso los hombres vigilaban atentos el movimiento de sus manos y rodillas, y se protegían el *mudya* cuando luchaban contra ella. Dominika escrutaba sus caras, su respiración verde de desaprobación y temor mientras resoplaban y gruñían en el gimnasio. Nadie se le acercaba si no era por obligación.

La instrucción práctica continuó. La llevaron al centro de Moscú, a las calles que se usaban como clases para practicar los principios del

oficio, las lecciones que les habían enseñado en ruinosas aulas próximas a Yasenevo. Los instructores del entrenamiento sobre el terreno eran *pensionerki*, viejos espías, algunos de ellos de setenta años, retirados hacía décadas. A medida que los ejercicios se aceleraban, experimentaban cierta dificultad para seguir el ritmo de Dominika. Observaban sus tensas pantorrillas de bailarina corriendo por las relucientes aceras de Moscú. Su ligera cojera de un pie, que ya había sanado, resultaba adorable. Era una alumna decidida que quería destacar. Su cara brillaba por el sudor, que también oscurecía su camiseta en la zona del pecho y las costillas.

Los colores la ayudaban en la calle: los azules y verdes que emanaban los coches de telecomunicaciones y las furgonetas de vigilancia le permitían identificar a los agentes entre la multitud que abarrotaba los bulevares. Era capaz de despistar a los equipos que la seguían; sincronizaba meticulosamente los intercambios de información en los andenes del metro de Moscú, siempre llenos de gente; se reunía con los agentes en prácticas en sucias escaleras a medianoche; controlaba los encuentros; leía sus mentes. Los viejos agentes se limpiaban la cara con el pañuelo y murmuraban «Fanatichka»*,* y ella se reía, con su moño tirante y sus hombros erguidos, mientras secretamente veía su asombrado color de aprobación. «Venga, *dinozavry*; venga, viejos dinosaurios.» Esos viejos huraños la adoraban y ella lo sabía.

Se suponía que estos ancianos debían entrenarla para las condiciones a las que se enfrentaría fuera de Rusia y lo que podía esperarla sobre el terreno en las capitales extranjeras. «Glupost.» Ella pensaba que era una estupidez. Esos viejos no habían salido de Rusia desde antes de que Brézhnev enviara tropas a Afganistán.

¿Qué sabían ellos de cómo eran ahora las calles de Londres, Nueva York o Pekín? Cometió la temeridad de mencionar tal incongruencia al coordinador del curso, que le ordenó cerrar el pico y comunicó sus comentarios a la cadena de mando. Le ruborizó que le hablaran de ese modo, pero se dio la vuelta maldiciéndose a sí misma. Estaba aprendiendo.

Como estaba siendo evaluada, Dominika comenzó a ir a clases de psicología dirigida a la obtención de información. Quería saber cómo funcionaba la psicología de los confidentes, entender lo que motivaba a las personas y cómo identificar sus puntos flacos. Un instructor llamado Mijaíl lo denominaba «abrir el sobre humano». Era psicólogo de la Central y tenía cuarenta y cinco años. Dominika era su única alumna. La llevaba por todo Moscú para ver gente, observar sus interacciones. Dominika no le dijo nada sobre los colores, ya que su madre le había hecho jurar hacía tiempo que no lo mencionaría jamás.

—¿Cómo demonios has podido averiguar eso? —le preguntaba Mijaíl cuando Dominika le susurraba que el hombre sentado en el banco de al lado estaba esperando a una mujer.

—Me ha dado esa impresión —contestaba sin explicar que la mancha de morado oscuro alrededor del hombre resplandeció cuando una mujer dobló la esquina.

Mijaíl se rio y la miró asombrado cuando resultó ser así.

Mientras Dominika se concentraba en estas sesiones prácticas, su fina intuición le decía que a Mijaíl no le era indiferente. Aunque al principio se presentó como el severo instructor de la Dirección

General T, ella solía sorprenderle mirándole el pelo o el cuerpo de refilón. Mentalmente contaba las veces que se chocaba con ella a propósito o le tocaba el hombro o le ponía la mano en las lumbares cuando cruzaban una puerta. Irradiaba deseo, una niebla de oscuro carmesí flotaba alrededor de su cabeza y sus hombros.

Ella sabía cómo tomaba el té, cuándo necesitaba las gafas para leer el menú, la velocidad de los latidos de su corazón cuando se le acercaba en el metro. Podía ver a Mijaíl mirar de reojo sus uñas sin pintar o balancear el zapato bajo la mesa.

Acostarse con él era muy arriesgado. Era profesor y, además, psicólogo. Era el encargado de evaluar su personalidad y si era adecuada para las operaciones. Sin embargo, ella sabía que Mijaíl no diría nada. Sabía que ella le dominaba de una forma indefinida, y que hacer el amor, una falta grave durante el entrenamiento, más allá del placer sexual (del cual también habría mucho), supondría algo peligrosamente excitante. Una tarde, tras un ejercicio sobre el terreno, se fueron al apartamento que Mijaíl compartía con sus padres y su hermano, que estaban fuera trabajando. La colcha de su cama estaba en el suelo; los muslos y hombros de ella se estremecieron. Se soltó la melena, que enmarcó su rostro, mientras se montaba a horcajadas sobre él. Un hormigueo le recorrió la espalda hasta llegar a los dedos de los pies, haciéndose más intenso en el que se había roto. Sabía lo que quería; por la escuela, el entrenamiento y los barracones últimamente había descuidado su yo secreto. Lo tenía atrapado y, de haberlos visto, uno se habría preguntado quién ensartaba a quién; comenzó a mover las caderas con fuerza para obtener lo que necesitaba. Ya llegaría el momento de la suavidad, los arrullos y los suspiros. Ahora sus ojos

permanecían entrecerrados, estaba concentrada en dirigir la creciente presión, cada vez más fuerte (*povorachivaisya!*, «¡venga!»), hasta alcanzar un torrente convulsivo que la doblegó. Demasiado sensible para continuar; demasiado delicioso para detenerse. Su visión se aclaró y se quitó el pelo de la cara. Los muslos y los dedos de los pies todavía le temblaban. Mijaíl estaba tumbado debajo de ella en silencio y con los ojos muy abiertos, no muy seguro de lo que había presenciado. Después, siguió dirigiéndole largas miradas de reojo mientras preparaba el té. Envuelta en un jersey y sentada a la mesa de la cocina, Dominika le miraba inocentemente, y el psicólogo supo en ese mismo momento que el sexo no había tenido nada que ver con él; que él jamás lo mencionaría; y que no volvería a suceder. En cierto modo, Mijaíl se sintió aliviado.

El curso de operaciones llegaba a su fin, la última pata del trípode que constituía su entrenamiento estaba a punto de acabarse. Los agotados jubilados que habían entrenado a Dominika hacía tiempo que la llamaban *mushka,* lunar, que en lenguaje coloquial significaba también «punto de mira», la que localiza el blanco antes que nadie. En sus evaluaciones valoraron su espíritu diligente, subrayaron su gran inteligencia e ingenio, así como su inexplicable intuición sobre el terreno. Su lealtad y dedicación a Rodina eran incuestionables. Uno o dos pensionistas señalaron que era impaciente. Podía ser discutidora y debía desarrollar una mayor flexibilidad en la captación de posibles confidentes. Solo uno de los ancianos escribió que, a pesar sus óptimas capacidades, carecía de un verdadero celo

patriótico. Su independencia natural terminaría por desbancar su devoción. Era una sensación, una impresión; no podía citar ningún ejemplo. El comentario se descartó como ejemplo de la confusión mental de un viejo loco. A Dominika nunca le enseñaron las evaluaciones.

Solo quedaba un examen práctico sobre el terreno, en el que debía demostrar su conocimiento de técnicas y procedimientos, un examen escrito y una entrevista de salida. Casi había acabado. Antes de que nada de eso pasara, sin embargo, y para consternación de sus profesores, Dominika desapareció del curso: había sido convocada por la Central, pues «se la requería para una tarea especial», fue todo lo que dijeron.

Se le indicó que se presentara en una sala en el otro extremo de la cuarta planta de Yasenevo, cerca de los retratos de los directores. Llamó a una sencilla puerta de caoba y entró. Era un pequeño comedor para altos mandos cubierto de paneles de madera y una moqueta granate. No tenía ventanas. Maderas pulidas y aparadores de anticuario resplandecían bajo las focos empotrados. El tío Vania estaba sentado en el extremo más alejado de la mesa cubierta por un mantel inmaculado sobre el que descansaba una vajilla Vinogradov. Las copas de cristal titilaban bajo la luz. Se levantó de la silla cuando vio entrar a Dominika, recorrió la distancia de la mesa que los separaba y le dio la bienvenida rodeándola enérgicamente por los hombros.

—La graduada ha vuelto a casa. —Sonrió ampliamente, sujetándole los brazos y mirándola—. La primera de la clase, las mejores notas en operaciones sobre el terreno, ¡lo sabía!

Ella lo tomó por el brazo y caminaron por la habitación. Había otro

hombre sentado a un extremo de la mesa, fumando un cigarrillo en silencio. Parecía tener cincuenta años y un tetraedro cubierto de venillas rojas por nariz. Su mirada era opaca y acuosa; sus dientes, torcidos y con manchas. Se encorvaba con la habitual autoridad relajada que otorgan décadas de oficialidad soviética. Llevaba la corbata torcida; el traje era de un marrón descolorido que recordaba a una playa con marea baja. Hacía juego con la burbuja de gas marrón que lo encapsulaba. Lo desconcertante no era tanto el color (esos negros, marrones y grises que siempre denotaban problemas), sino la palidez de los tonos y cómo lo envolvían hasta desenfocarlo. «Es un *bluzhdajushiy*, un hombre retorcido —pensó Dominika—. No hay que confiar en él.»

Dominika se sentó frente a él y sostuvo su mirada evaluadora sin pestañear. Vania estaba en su sitio, presidiendo la mesa, con las zarpas dobladas recatadamente. A diferencia del *apparatchik* soviético que tenía enfrente, Vania, como siempre, vestía un elegante traje gris perla, camisa azul con cuello almidonado y una corbata azul marino con minúsculos lunares blancos. En la solapa llevaba un lacito rojo con una estrella azul cielo (*Za Zaslugi Pered Otechestvom,* por su importante contribución a la defensa de la patria). Vania encendió un cigarrillo con un viejo encendedor de plata y luego lo cerró con un golpe de muñeca.

—Este es el coronel Simyonov —dijo Vania señalando con la cabeza al hombre encorvado—. Es el jefe del Quinto Departamento.

Simyonov no dijo nada, pero se inclinó hacia delante y tiró la ceniza de su cigarrillo en un cenicero de cobre situado al lado de su plato.

—Hemos identificado una oportunidad operativa especial —

continuó Vania—. El Quinto tiene la responsabilidad de llevarla a cabo. —Con aburrimiento, Dominika desplazó su mirada de Vania a Simyonov—. Te he recomendado al coronel por estar particularmente dotada para asistir en esta operación, sobre todo ahora que has terminado tu entrenamiento en la Academia con excelentes resultados. Quería que os conocierais.

«¿Qué tonterías son estas?», pensó Dominika.

—Gracias, general —dijo. Tuvo cuidado de no llamarle *tío* en presencia de un oficial superior—. Todavía me quedan dos semanas para terminar. Falta un ejercicio y la evaluación final. Yo...

—En lo que a ti te concierne, ya has terminado —interrumpió Vania—. No hay ninguna necesidad de volver a la AVR. De hecho, quiero que empieces un entrenamiento adicional para preparar esta misión operacional con Simyonov.

Vania apagó el cigarrillo en un cenicero idéntico al otro.

—¿Podría preguntar por la naturaleza de la misión, general? —inquirió Dominika.

Miró los dos rostros impasibles. Ambos eran demasiado listos para dejar que su mirada los delatase, pero no sabían que Dominika podía ver más allá. Sus respectivas auras se hinchaban alrededor de las cabezas.

—Por ahora basta con decir que es un caso potencialmente valioso, una *konspiratsia,* un asunto delicado y sensible —dijo Vania.

—¿Y cuál es la naturaleza del entrenamiento adicional? —preguntó Dominika.

Cuidaba su tono de voz, siempre respetuoso. Se abrió una puerta al final de la habitación y entró un bedel con una fuente de plata en una bandeja.

—Aquí está la comida —anunció Vania reacomodándose en su asiento—. Hablemos del proyecto después de comer.

El camarero levantó la tapa y empezó a servir la humeante *golubtsi,* grandes rollos de repollo en forma de cubo, fritos hasta dorarse, que nadaban de una espesa salsa de puré de tomate y crema amarga.

—La mejor cocina rusa —dijo Vania llenando la copa de Dominika con vino tinto de un decantador de plata.

Era todo una pantomima. Las recién entrenadas antenas operacionales de Dominika zumbaban. No tenía apetito para una comida tan pesada.

La comida duró una deprimente media hora. Simyonov no pronunció más de tres palabras, aunque continuó observando a Dominika desde el otro lado de la mesa. Su expresión era de claro aburrimiento, tenía aspecto de no querer estar en esa sala en absoluto. Cuando terminó de comer, se limpió la boca con una servilleta y empujó la silla para levantarse.

—Con su venia, mi general —dijo.

Dirigió otra mirada examinadora a Dominika, saludó al general con la cabeza y abandonó la estancia.

—Tomaremos el té en mi despacho —dijo Vania apartando su silla —. Allí estaremos más cómodos.

Dominika se sentó cautelosamente, con la espalda muy recta, en el sofá de la oficina de Vania, mientras la vista del bosque de Yasenevo se extendía ante ellos. Dominika vestía camisa blanca y falda negra, y se había recogido el pelo en un moño alto; era el uniforme informal de la Academia. Dos vasos de té humeante en magníficas tazas *Kolchugino podstakannik* estaban dispuestos sobre

la mesa.

—Tu padre estaría orgulloso —dijo Vania sorbiendo con cuidado.

—Gracias —replicó Dominika.

—Te felicito por tu desempeño y por tu entrada en el Servicio.

—El entrenamiento ha sido todo un desafío, pero ha cumplido por completo mis expectativas —comentó Dominika—. Estoy lista para empezar a trabajar.

Era verdad. Pronto estaría en primera línea.

—Siempre es un honor servir a tu país —dijo él señalando la insignia de la solapa—. Esta operación con el Quinto no es algo que ocurra todos los días, sobre todo no a una recién graduada —comentó dando otro sorbo.

—Estoy deseosa de saber más —dijo Dominika.

—Baste decir que la operación consiste en efectuar las maniobras de captación iniciales de un diplomático extranjero. Es de la máxima importancia que no haya la menor *razoblanchenie,* sospecha, que no se descubra la mano del Servicio en ello. El diplomático debe quedar comprometido por completo y no se debe cometer ningún error.

Su voz había ido volviéndose más grave, más seria. Dominika no dijo nada, esperó a que él continuara. No había podido ver bien el color de sus palabras, pero eran pálidas e indistintas.

—Naturalmente, el coronel Simyonov ha expresado su preocupación por tu inexperiencia en operaciones, que, a pesar de las excelentes calificaciones durante tu formación, podría ser una desventaja. Yo le aseguré que «mi sobrina» —se detuvo en la palabra para indicar que había ejercido su influencia— era la candidata perfecta. Él, por supuesto, pronto reconoció que lo lógico era utilizarte, sobre todo después de que yo le propusiera un

entrenamiento adicional.

Dominika esperó. ¿A qué oficina la enviarían? ¿Medidas técnicas? ¿Idiomas? ¿Tutoriales sobre temas específicos? Vania encendió un cigarrillo y expulsó el humo hacia el techo.

—Has sido matriculada en un curso especializado del Instituto Kon.

Dominika se obligó a mantenerse inmóvil e inexpresiva al sentir un frío golpe en el estómago que se expandió por la espalda. Había oído rumores sobre el Instituto durante el entrenamiento: antiguamente se llamaba Escuela Estatal Cuatro, aunque era más conocida como la Escuela de Gorriones, donde hombres y mujeres eran entrenados en técnicas de seducción asociadas al espionaje. «Me quieres mandar a una escuela de putas», pensó.

—¿Es esa que llaman Escuela de Gorriones? —preguntó, controlando el temblor de su voz—. Tío, pensé que entraba en el Servicio como agente, que me asignarían a un departamento para empezar a practicar el espionaje. Eso es un entrenamiento para *prostitutki,* no para agentes.

Casi no podía respirar. Vania la miró con serenidad.

—Tienes que ver este paréntesis como algo positivo. Cuando en el futuro controles tus propias operaciones, este entrenamiento te dará más opciones.

Se recostó todavía más en el sofá.

—¿Y la operación contra el diplomático? ¿Vais a intentar tenderle una trampa sexual, una *plovaya zapadnya*? —preguntó; en la Academia había leído sobre ese tipo de sucios engaños.

—El objetivo es *zastenchivyj,* tímido. Hemos evaluado sus vulnerabilidades durante muchos meses. El coronel Simyonov coincide en que es susceptible.

Dominika se puso rígida.

—¿El coronel sabe lo que quieres que haga, sabe sobre la Escuela de Gorriones? —Agitó la cabeza—. Me ha estado observando desde el otro lado de la mesa. Podría haberme abierto la boca y examinado los dientes.

Vania la interrumpió en un tono algo tenso.

—Estoy seguro de que se ha quedado muy impresionado, es un oficial veterano. Y todas las operaciones son, a su modo, únicas. Todavía no se ha tomado una decisión definitiva sobre cómo proceder. En cualquier caso, es una inmensa oportunidad para ti, Dominika.

—No puedo hacerlo —dijo ella—. Después de la operación anterior y de cómo terminó... Me costó meses olvidarme de Ustinov.

—¿Vas a sacar eso ahora? ¿No te acuerdas de las instrucciones que te di de olvidar por completo ese episodio, de no mencionarlo jamás? —dijo Vania—. Exijo total obediencia a ese respecto.

—Nunca he pronunciado una palabra —replicó Dominika—. Es simplemente que, si se trata de otra de esas operaciones, preferiría...

—¿Preferirías? Ahora eres una graduada de la Academia y una agente del Servicio. Obedecerás órdenes, aceptarás las misiones que se te asignen y cumplirás con tu deber. Defenderás Rodina.

—Estoy comprometida con el servicio a Rusia —dijo Dominika—. Es solo que me opongo a ser empleada en esta clase de operaciones... Hay personas que se dedican de forma habitual a ese tipo de trabajo, me han hablado de ellas. ¿Por qué no las utilizáis?

Vania frunció el entrecejo.

—Deja de hablar. Ni una sola palabra más. No parece que quieras

entender lo que te estoy ofreciendo. Estás pensando en ti misma, en tus preocupaciones infantiles. Como oficial del SVR no tienes preferencias ni elección. Cumples lo que se te ordena con excelencia. Si eliges no aceptar y dejar que tus prejuicios histéricos hagan descarrilar tu carrera antes de comenzar, dímelo ahora. Te liberaremos del Servicio, cerraremos tu expediente y te retiraremos todos los privilegios, todos ellos.

«¿Cuántas veces va a poner la soga alrededor del cuello de mi madre?», pensó Dominika. ¿Qué más le iban a exigir que hiciera para servir con honor?

Vania vio que sus hombros se desplomaban.

—Muy bien —dijo ella levantándose—. Con tu permiso, ¿puedo retirarme?

Dominika se levantó y caminó a lo largo del ventanal en dirección a la puerta; el sol iluminaba su cabello y silueteaba su perfil clásico. Vania la observó caminar sobre la alfombra (¿cojeaba un poco?), detenerse brevemente en la puerta, darse la vuelta y mirarle. Un escalofrío le recorrió el cráneo. Durante tres alarmantes segundos, contempló sus ojos azules, tan intensos y firmes como sierras o escalpelos, fijos en su rostro. Brillaban como los ojos de un lobo más allá de las luces de una *bliznye*, una dacha. No había visto una mirada así en su vida. Antes de que pudiera decir nada, ella se había ido, como una *klikusha* en el bosque de Krasni Bor.

GOLUBTSI DEL SVR

Hierva las hojas de repollo, haga arroz. Sofría pedacitos de cebolla, zanahorias y tomates pelados hasta que se ablanden.

Entonces, incorpore el arroz y carne picada de ternera. Doble las hojas sobre una cucharada de relleno y forme sobres cuadrados. Fríalos en mantequilla hasta que estén dorados. Luego guíselos durante una hora en caldo, salsa de tomate y hojas de laurel. Sírvalos con salsa y crema amarga.

7

Nate Nash aterrizó en el aeropuerto de Helsinki-Vantaa después de dos horas de vuelo. El moderno aeropuerto resplandecía y estaba bien iluminado. Como en Sheremétievo, había llamativos anuncios de colonia, relojes y viajes vacacionales. Las tiendas del aeropuerto, abarrotadas de lencería, productos de comida gourmet y revistas, se extendían por la espaciosa terminal. Faltaba el persistente olor a repollo cocido, colonia de agua de rosas y lana mojada de Rusia. En su lugar, en algún lado se horneaban bollos de canela. Cuando Nate recogió su única maleta, pasó la aduana y salió a la parada de taxis, no se dio cuenta de que había un hombre bajo con un sencillo traje negro observándolo en un extremo del vestíbulo de llegadas. El hombre habló brevemente por el móvil y se alejó. En treinta minutos, novecientos kilómetros al este, Vania Egorov se enteró de que Nash había llegado a Finlandia. Empezaba el juego.

A la mañana siguiente, Nate caminó al despacho de Tom Forsyth, jefe de estación en Helsinki. Era reducido, pero cómodo, con una única marina colgada encima del escritorio y un pequeño sofá contra la pared opuesta. Sobre una mesa al lado del sofá había una fotografía enmarcada de un barco sobre un mar cristalino, junto a otra de lo que parecía ser un joven Forsyth al timón. La única ventana estaba cubierta por varios estores.

Forsyth era alto y esbelto, y rozaba los cincuenta. Tenía el pelo gris con entradas y una poderosa mandíbula. Sus ojos marrones e intensos miraron a Nate por encima de sus gafas de medialuna.

Forsyth sonrió, arrojó un montón de papeles en la bandeja de entrada y se levantó para darle la mano por encima del escritorio. Su apretón era firme y seco.

—Nate Nash —dijo con una voz suave—. Bienvenido a la estación —saludó e hizo un gesto para que Nate se sentara en una silla de cuero enfrente de su escritorio.

—Gracias, jefe —contestó Nate.

—¿Tienes apartamento? ¿Dónde te ha metido la embajada? —preguntó Forsyth.

La Oficina de Vivienda de la embajada le había instalado aquella mañana en un cómodo piso de dos dormitorios en Kruununhaka. A Nate le había encantado abrir el pequeño balcón que daba al puerto deportivo, la terminal del ferri y el mar, y se lo dijo a Forsyth.

—La zona es buena y se puede venir andando al trabajo —comentó Forsyth—. Me gustaría que nos reuniéramos con Marty Gable para que te hagas una idea de lo que tenemos entre manos. —Gable era el subdirector de la estación. Nate no lo conocía—. Hay un par de casos interesantes, pero podemos hacer más. Olvídate de objetivos internos: los finlandeses son aliados y los tenemos cubiertos. Marty y yo trabajamos de enlaces, así que no te tienes que preocupar del Servicio nacional. Te pasaremos todas las posibilidades que desarrollemos unilateralmente.

»Por lo demás, los habituales árabes: Hezbolá, Hamás, los palestinos... todos tienen representantes en la ciudad. Puede ser complicado acercarse. Iraníes, sirios, chinos, embajadas pequeñas, se sienten seguros aquí en la neutral Escandinavia. Los persas podrían estar buscando equipos embargados. Échales un vistazo por el circuito integrado —dijo Forsyth, recostándose en la silla de su

despacho.

—Quiero encargarme de algo más importante —dijo Nate—. Tengo que ganar muchos puntos después de lo que me ha pasado en Moscú.

«Sin duda», pensó Forsyth. Notó preocupación en sus ojos y determinación en el gesto de la mandíbula. Nate enderezó la espalda.

—Muy bien, Nate —apuntó Forsyth—, pero cualquier reclutamiento, mientras sea productivo, nos conviene. Y solo se atrapan los peces gordos con paciencia, trabajando el circuito, generando varios contactos a la vez.

—Ya lo sé, jefe —contestó Nate con rapidez—. Pero el tiempo es un lujo que no me puedo permitir. Ese Gondorf va a por mí. Si no fuera por ti, estaría en el Departamento de Operaciones Rusas delante de un ordenador y moviendo un ratón. Hasta ahora no te he dicho lo mucho que aprecio que me hayas reclamado.

Forsyth había leído el expediente personal de Nate, que le había sido enviado cuando se aprobó su traslado. No había muchos agentes jóvenes con un ruso casi perfecto. Las mejores notas durante todo el entrenamiento en la Granja y también, posteriormente, en el entrenamiento en zonas hostiles para Moscú: el arte de operar bajo vigilancia continua. El expediente calificaba positivamente el servicio de Nate en Rusia, sobre todo en el control de un caso restringido y delicado (sin detalles). Pero Forsyth veía ahora a un distraído joven agente retorciéndose frente a él. Y con algo que demostrar. «Eso no es bueno. Hace que sucedan accidentes con mayor probabilidad; es como golpear la bola con los ojos cerrados.»

—No quiero que te preocupes por Moscú. He hablado con gente de la Central y no tienes ningún problema. —Dedujo por la cara de Nate que le estaba dando vueltas a su expediente—. Quiero que me escuches con atención —añadió Forsyth. Se detuvo hasta que logró captar la atención de Nate—. Quiero que seas listo, que demuestres tu oficio, pero sin atajos. Queremos casos importantes, cierto. Pero, caray, tú ya tienes uno entre manos. No aceptaré chapuzas, que lo sepas. ¿Queda claro? —Forsyth miró a Nate con dureza—. ¿Queda claro? —repitió.

—¡Sí, señor! —dijo Nate.

Había entendido el mensaje, pero se dijo que encontraría confidentes y los acabaría deslumbrando con su trabajo como agente. No tendría que volver a casa. Se le presentó un mosaico de imágenes delirantes como un relámpago: él en el club de campo de Richmond, sentado enfrente de Sue Ann o Mindy, chicas de labios de salchicha y pelo con mechas arreglado en un moño, mientras sus hermanos golpeaban pelotas de golf sobre la alfombra de cuadros y las metían en las bailarinas rosas de Missy, tiradas sobre la alfombra del club. ¡Joder, eso ni de coña!

—De acuerdo —dijo Forsyth—. Busca tu mesa. Yo estaré en el primer despacho del pasillo. Ahora vete y busca a Gable —dijo, alargando la mano a la bandeja de entrada.

El subdirector Marty Gable estaba sentado a su mesa en otro pequeño despacho al lado del de Forsyth, intentando averiguar cómo escribir un cable a la Central sin usar la palabra *soplapollas*. Mayor que Forsyth, Gable tenía cincuenta y muchos, era grande y de

hombros anchos, pelo blanco cortado al cepillo y ojos azules, y una viga de acero por nariz. Su frente estaba curtida, tostada; tenía la cara castigada por las inclemencias del tiempo típica de un deportista. Sus manos, inmóviles, eran morenas y nudosas, y hacían que el teclado pareciera minúsculo. Detestaba escribir cables; detestaba teclear con dos dedos; detestaba la burocracia. Era un tío de calle. Nate permaneció de pie en el umbral de su despacho. No había casi nada: ni un adorno, salvo por una foto oficial del Monumento a Washington en la pared. Su escritorio estaba vacío. Antes de que Nate pudiera golpear el marco de la puerta por cortesía, Gable se giró en la silla y miró a Nate con el ceño fruncido.

—¿Eres el nuevo? ¿Cómo te llamabas? ¿Cash? —le chilló; el acento era de algún sitio del cinturón industrial de Estados Unidos.

—Nash. Nate Nash —contestó Nate mientras caminaba hacia el escritorio.

Gable permaneció sentado, pero extendió su mano de sartén. Nate se tensó ante el inevitable apretón quebrantahuesos.

—Has tardado en llegar, ¿eh? ¿Es que has reclutado a alguien en el trayecto desde el aeropuerto? —Gable se rio—. ¿No? Bueno, tienes tiempo hasta la comida —dijo—. Venga, vamos.

De camino al exterior de la estación, Gable metió su cabeza de rottweiler en varias oficinas a lo largo del pasillo, para comprobar qué estaban haciendo los demás agentes. Estaban vacías.

—Estupendo —dijo Gable—. Todo el mundo tiene el culo en la calle. En el puto mundo, como tiene que ser.

Gable llevó a Nate a comer a un cochambroso y minúsculo restaurante turco en un callejón nevado cerca de la estación de tren. El humeante comedor tenía unas seis mesas, una ventana a la

cocina y un retrato enmarcado de Atatürk en la pared. Había gente gritando en la cocina, pero en cuanto Gable se acercó a la ventana y dio palmas, el ruido cesó. Un hombre delgado y de tez oscura con bigote negro y un delantal abrió una cortina de cuentas y salió de la cocina. Abrazó a Gable brevemente y se presentó como Tarik, el propietario. El turco le estrechó la mano a Nate sin mirarle a los ojos. Eligieron una mesa en la esquina y Gable separó la silla donde quería que se sentara Nate, contra la pared, mirando a la calle. Gable se sentó con la espalda pegada a la otra pared. Hablando en turco, Gable pidió kebabs adana, dos cervezas y una ensalada.

—Espero que te guste el picante —dijo Gable—. Este agujero de mierda tiene la mejor comida turca de la ciudad. Hay muchos inmigrantes turcos por aquí. —Gable miró a la cocina. Se inclinó hacia delante—. Recluté a Tarik hace más o menos un año, como activo de apoyo, ya sabes: recoger el correo, pagar el alquiler de una casa segura, mantener los oídos abiertos sobre el terreno. Un par de cientos al mes y él, feliz. Si fuera necesario, podríamos grabar a la comunidad de expatriados de Helsinki.

Gable se enderezó cuando llegó la comida, dos largos kebabs planos marrón oscuro espolvoreados con pimienta roja. Debajo había un gran pan árabe con mantequilla derretida. Una ensalada de cebolla cruda aderezada con zumaque rojo y limón se amontonaba a un lado del plato. Tarik depositó dos sudorosas botellas de cerveza mientras murmuraba:

—*Afiyet Olsen,* que os siente bien. —Y se retiró.

Gable empezó a comer antes de que Nate pudiera coger el tenedor. Engullía la comida, hablando y moviendo sus manazas en el aire.

—No está mal, ¿no? —preguntó sobre los kebabs con la boca llena.

Abrió su cerveza y se bebió la mitad. Sus mandíbulas tragaban la comida igual que un cocodrilo come el cuerpo de una gacela. Sin ningún preámbulo ni pudor le preguntó a Nate qué coño había pasado en Moscú entre él y el gilipollas de Gondorf.

Avergonzado, su preocupación se reavivó. Nate lo explicó brevemente, con unas pocas frases. Gable le señaló con el tenedor.

—Escúchame: recuerda dos cosas de este maldito negocio. Nunca serás un agente maduro a no ser que hayas fracasado a lo grande por lo menos una vez. Se te juzga por tus logros, los resultados que aportas y cómo proteges a tu gente. El resto no importa. —La otra mitad de la botella desapareció y Gable pidió otra—. Ah, y todavía hay otra cosa: Gondorf es un gilipollas. No te preocupes por él.

Gable había acabado su plato antes de que Nate hubiese llegado a la mitad del suyo.

—¿Has tenido algún fracaso en tu carrera? —le preguntó.

—¿Estás de broma? —dijo Gable inclinándose sobre la silla—. He estado en la mierda tan a menudo que prácticamente vivo en el piso de las letrinas. Así es como llegué aquí. Después del último choque de trenes, Forsyth me salvó el culo.

La carrera de Gable había transcurrido sobre todo en misiones de mierda en países del Tercer Mundo de África y Asia. Algunos agentes alcanzan el éxito en restaurantes, habitaciones de lujo y terrazas parisinas. El mundo de Gable era el de las reuniones a medianoche en medio de caminos de tierra desiertos dentro de un Land Rover cubierto de polvo rojo. Otros agentes grababan sus reuniones con los ministros del gobierno. Gable escribía sus secretos en libretas

empapadas de sudor mientras se sentaba con confidentes carcomidos por el miedo, haciendo que se concentrasen, no dejándolos desviarse del puto tema. Se sentaban cuando hacía más calor, con el motor goteando y las ventanas subidas, observando las cabezas de las mambas separar la parte superior de las hierbas altas a ambos lados del vehículo. Nate había oído que Gable era una leyenda. Su lealtad seguía este orden: primero sus activos, luego sus amigos y luego la CIA. Lo había visto todo y sabía distinguir lo que era realmente importante.

Gable se recostó sobre el respaldo y dio un sorbo a la cerveza. Comenzó a hablar. Su última misión había sido en Estambul, una ciudad grande de narices, buenas operaciones, mucho regateo. Hablaba turco bastante bien, sabía dónde ir y a quién ver. Enseguida reclutó a un miembro del PKK, el grupo terrorista independentista kurdo del este de Turquía. Habían estado poniendo bombas en maletines, colocándolos en edificios del gobierno, entre los bártulos de los limpiabotas o en papeleras de la plaza de Taksim.

Un día Gable tomó un taxi conducido por un muchacho kurdo, de veinte o veintiún años. Parecía listo, conducía bien. En este oficio uno tenía que prestar atención, estar con los ojos abiertos. Tuvo una corazonada, fue algo instintivo; pidió al chico que parara en un restaurante y le invitó a comer. El chico tuvo que bajar la mirada ante el turco hijo de puta que estaba tras el mostrador. Todos odiaban a los kurdos, los llamaban *turcos de montaña*.

El chico comió como si tuviera hambre. Le habló de su familia. A Gable le olía a PKK, así que contrató el taxi durante una semana para ir aquí y allá. La corazonada resultó fundada. El muchacho era un miembro de la célula local, pero no le acababa de convencer todo

eso del terrorismo. A cambio de un poco de respeto y quinientos euros al mes, Gable consiguió reclutar a un buen confidente. Y todo porque había mantenido sus putos ojos abiertos en un taxi. No había que olvidarlo.

El chico empezó trayéndole basura inservible, pero Gable le puso las pilas (por algo se le llama «control de confidentes»), y se concentraron en obtener información sobre los jefes de las células: cómo recibían las órdenes, cómo viajaban los correos. No estaba mal. Gable quiso presionar más al chico y empezaron a conseguir la ubicación de los almacenes del PKK donde guardaban el Semtex o lo que estuviesen usando, quizá Nitrolit de Polonia. Luego le empezó a pasar los nombres de los que hacían las bombas.

La cosa se estaba poniendo bien y había que tranquilizar a la Policía Nacional Turca, que lo único que quería era rodearlos, capturarlos muertos, como solían decir. El jefe de estación de Ankara estaba encantado y los altos mandos de la Central asentían satisfechos. Entonces Gable se puso chulo, perdió el norte. Lección para Nate: nunca hay que perder el norte.

El joven kurdo vivía en Tepeba¸si, un barrio bajando la colina desde Pera, el antiguo distrito europeo. Gable normalmente se reunía con el chico en su taxi y daban una vuelta sin detenerse, siempre de noche, y hablaban durante el trayecto. Pero rompió las reglas y visitó la casa del chico para conocer a su familia. El muchacho le había invitado y rehusar hubiese sido un insulto, uno tenía que ser sensible a su cultura, joder. Además, Gable quería saber dónde vivía su confidente. «Escucha con atención: siempre tienes que saber dónde vive tu gente, nunca se sabe si alguna noche, de repente, vas a tener que sacarlos de allí.» La calle era

empinada y estaba flanqueada por hileras de casas de madera pelada, de un esplendor marchito, con estrechas escaleras en la fachada, puertas dobles de entrada y ventanas laterales de cristal esmerilado, rotas y tapadas con listones de madera. En el pasado había sido un barrio europeo, pero ahora estaba lleno de basura y olía a alcantarilla. En Estambul te acostumbras al olor a desagüe, de hecho es un olor bastante dulzón. En cualquier caso, se estaba haciendo de noche y las luces de las casas empezaban a encenderse. La llamada a la oración vespertina acababa de terminar.

Gable descendió la cuesta con desgana. Esta iba a ser una hora incómoda, llena de tímidas miradas bajas e interminables tazas de té. A tomar por culo, era parte del trabajo. Mientras se acercaba a la casa percibió gritos. La puerta de entrada de la casa estaba abierta. Se oyó algo romperse. Joder, eso no auguraba nada bueno, los vecinos pronto se congregarían a la entrada. Decidió alejarse de la casa. Ya era de noche, nadie se daría cuenta de su presencia.

Dos hombres sacaron a su confidente fuera de la casa sujeto por las axilas. La esposa del muchacho era menuda y morena, con los ojos almendrados del sur de la cordillera de Tauro. Le habían desgarrado la camiseta e iba descalza. Corría detrás de ellos, chillando y golpeando a los hombres. Una niña de más o menos dos años permanecía desnuda en la puerta llorando. Esos dos capullos no eran menos raquíticos que su colaborador, pero nadie ejercía ninguna resistencia, quizá porque uno de los capullos iba armado.

Joder, el chico tenía problemas con el PKK. A lo mejor se había gastado el dinero extra o había ido fanfarroneando sobre su amigo extranjero. «Escucha, todo se viene abajo así de rápido. Y hay que protegerlos, a veces lo haces por ellos. Además, el PKK tiene un

punto de vista medieval respecto a los traidores.»

Gable podría haberse escapado. Vio a la niña en la puerta (una monada, de culete respingón y nariz mocosa) y pensó: «No puede ser, ¡a tomar por culo!». Subió el primer escalón de la casa y sonrió a los hijos de puta. Se detuvieron y soltaron al chico, que se cayó de espaldas sobre el escalón superior. Su menuda esposa dejó de gritar y miró a Gable, un enorme puto *yabanci,* un extranjero de grandes puños. Una docena de vecinos los rodearon, todos eran kurdos. En el puto barrio no se oía nada, ni un sonido, solo el agua que discurría por el centro de la calle. El cabrón de la pistola gritó algo en kurdo y sonó como el contrapeso de una bañera.

Boca grande empezó a sacudir la pistola, apuntándola hacia el chico y su mujer, señalando con ella como si fuese un dedo. Si Gable no hacía nada, el chico moriría. De todas formas, el puto caso concluía allí mismo, ya no había confidente: el chaval tendría que irse de Turquía si quería sobrevivir. El tío del PKK bajó un escalón y continuó chillando. Gable ignoró su mirada pétrea y se concentró en la pistola. «El cabrón tenía los nudillos blancos de apretar la pistola, te puedes imaginar. La levantó y calculé que tenía aproximadamente tres segundos. Empezó a levantar el cañón.»

Gable llevaba una pistola en su cinturón Bianchi, detrás de la cadera. Sacó la Browning y disparó al kurdo, bang, bang, bang. «Se llama el Mozambique, dos al pecho y uno a la cabeza, lo debieron de inventar allí.» Los ojos del cabrón se abrieron como platos y luego se desplomó como un saco. Se cayó de cráneo escaleras abajo. El arma rebotó tras él, Gable la recogió y la tiró ruidosamente por la rejilla de una alcantarilla, debe de haber miles de pistolas en las alcantarillas de Estambul. Los casquillos de Gable no habían tocado

el asfalto cuando los vecinos empezaron a correr como ardillas, huyendo en todas las direcciones. Por toda la colina, las contraventanas comenzaron a cerrarse de golpe.

El muchacho kurdo agarró a su mujer. Gable se preguntaba si el chico se habría dado cuenta de que su nueva vida empezaba ahí mismo; la mujer probablemente sí, parecía lista. Se le marcaban los pezones bajo la camiseta. Gable miró al otro tío del PKK, que parecía haber visto a Jesús o a Mahoma o a quien fuera, porque levantó las manos frente a Gable y bajó las escaleras y la calle corriendo hasta perderse en la noche.

Gable dio al chico cinco mil para que se marchase, no había podido sacarle más a la Central. No sabía adónde habían ido, quizá a Alemania o a Francia. Cinco chicos kurdos aprendiendo alemán. Cuando cumplan los veinte, el hijo de Nate podría encontrarlos y reclutarlos.

—¡Qué loco!, ¿no? ¿Y por qué te cuento esta historia? Lo que sucedió después fue una auténtica tormenta de mierda. Y no exagero —dijo Gable—. Primero fue el consulado y el cónsul general, que estaba histérico, con una vocecilla de cajita de música; luego la embajada en Ankara, y más tarde el Departamento de Estado, que terminó de joderme ya del todo. Un diplomático involucrado en un tiroteo con consecuencias fatales: estaban furiosos y hubo lloros y crujir de dientes. Graves repercusiones. Tuve que dejar Estambul. La policía nacional turca me agasajó con una placa y una cena de despedida. Estaban encantados. A los policías turcos les encanta un buen tiroteo. Pero todos los demás estaban seriamente cabreados, y que conste que ni siquiera se había iniciado una investigación oficial de la CIA.

Gable estuvo negociando con la Oficina de Seguridad de la sede central durante un mes. Después de cuarenta horas de conversación, llegaron al siguiente acuerdo: «Procedimiento deficiente». El jefe de estación de Ankara no respaldó a Gable, demasiado peligroso políticamente. «Suena tipo Gondorf, ¿no? Te encuentras a mucho cretino a lo largo de tu carrera.» La perspectiva de que Gable participara en operaciones exteriores parecía haberse acabado para siempre: estaba atrapado en un cubículo de cuatro por cuatro de la sección turca de la Central, desde donde oía a través de los paneles a recién contratados de veintitrés años mientras hablaban con su novia sobre si se la chuparían el fin de semana. Los nuevos agentes ni siquiera llevaban reloj de pulsera, joder: miraban la hora en el móvil o en las tabletas o como se llamaran.

Gable no se compadecía de sí mismo. Así era Operaciones. Le había pasado todo eso por un buen motivo. «Escucha, lo más importante es tu gente, su seguridad, salvar su vida. Es lo único que al final importa.»

Más o menos en esa misma época Forsyth emergía de su propia tormenta de mierda. No obstante, había salido indemne y había aterrizado en Helsinki. Oyó que Gable estaba jodido (no era nada nuevo), le hizo llamar y lo convirtió en su número dos, como en los viejos tiempos, solo que ya no eran los viejos tiempos. Eso era un mito. En la sede central estaban entusiasmados con su marcha a Finlandia como subdirector. Nadie más quería el puesto y estaban deseosos de quitárselo de encima: era una mala influencia.

—Así que aquí estamos, tres putos fracasados, sobre el terreno, operando cerca del Círculo Polar. Y tú y yo tomando unas cervezas en un bareto turco. —Gable terminó su cerveza y gritó—: *Hesap!*

Cuando Tarik salió de la cocina, Gable se volvió hacia Nate.

—Estamos invitados.

Nate se rio.

—Espera un momento —dijo—. ¿Qué quieres decir con que Forsyth salió de su propia tormenta de mierda? ¿Qué le pasó? —Nate rebuscó en su bolsillo y le dio a Tarik unos cuantos euros—. Quédatelo de propina.

Tarik esbozó una leve sonrisa, asintió a Gable y se retiró a la cocina.

—Le has dejado demasiada propina, novato —dijo Gable—. No dejes que se acostumbre a que pagues. Los tienes que mantener hambrientos.

Gable se levantó y se encogió de hombros con el abrigo ya puesto.

—Chorradas —dijo Nate—. Le pagaste al chico kurdo cinco mil para que huyera, aunque has admitido que era un contacto quemado, que ya no te servía. De no haber querido, no le hubieras pagado una mierda.

Nate miró a Gable mientras salían del callejón, y supo que era más que un tipo duro. Pero no parecía que fuera a comprobar cuáles eran sus límites en el futuro inmediato.

El aire era frío y Nate se subió el cuello del abrigo.

—No me has contestado a lo de Forsyth —insistió Nate—. ¿Qué pasó?

Gable ignoró la pregunta y continuó andando por la acera.

—¿Sabes dónde está la embajada rusa? —le preguntó Gable—. ¿China, Irán, Siria? Deberías meterte en un coche y conducir a cualquiera de ellas. Quizá algún día tengas que exfiltrar a un pobre desgraciado. Te doy una semana para que sepas dónde están.

—Vale, sin problema. ¿Y lo de Forsyth? ¿Qué le pasó?

Nate tenía que esquivar a los peatones que caminaban sobre la acera cubierta de nieve mientras Gable se abría paso entre la multitud. Llegaron a una esquina y esperaron para cruzar. Nate vio un café en la acera opuesta de la calle.

—¿Un café rápido? Venga, te invito —Gable lo miró de refilón y asintió.

Mientras tomaban un café y un chupito de brandi, Gable le contó la historia. Dentro del servicio, Forsyth estaba considerado el puto amo entre los jefes de estación. A lo largo de sus veinticinco años de carrera, Forsyth había ascendido de rango con un gran expediente. Cuando era un joven agente había reclutado al primer espía norcoreano. Antes de que cayera el Muro fue el controlador de un coronel polaco que entregó todos los planes de guerra del Comando Sur del Pacto de Varsovia. Pocos años después reclutó al ministro de Defensa de Georgia, quien, a cambio de una cuenta en Suiza, había logrado que un tanque T-80 de blindaje reactivo fuera conducido a las tres de la madrugada a una playa de Batumi y subiera la rampa de un buque que la CIA había alquilado a los rumanos.

En su ascenso, Forsyth era un alto cargo que había pasado por todos los niveles y sabía realmente de qué iba el juego. Los agentes le adoraban. Los embajadores buscaban su consejo. Los directivos de la séptima planta de la Central confiaban en él, y a la edad de cuarenta y siete años había sido recompensado con el muy goloso destino de jefe de Operaciones en Roma. El primer año de Forsyth en Roma fue, como se esperaba, un éxito total. Pero nadie podía imaginar que Tom Forsyth, tan hábil políticamente, durante una sesión informativa de la estación, le ordenaría cerrar el pico y

escuchar en vez de hablar a la altanera asistente de un senador de visita en Roma (como parte de una delegación parlamentaria).

Ella había cuestionado la «conveniencia» de una operación, polémica y compartimentada, de la estación de Roma. La muchacha, una graduada por Yale en Ciencias Políticas, de veintitrés años y con solo veinte meses de experiencia en Washington, se había permitido criticar en persona la gestión del caso que había hecho Forsyth, pues, según su criterio, «las tácticas empleadas eran sencillamente mediocres». Esto provocó en el flemático Forsyth un críptico «Que te den», que más tarde tuvo como resultado una notificación de la Central que explicaba que el senador se había quejado, que la asignación de Forsyth en Roma se había acortado y que le relevaban de su puesto de forma justificada.

Tras la habitual carta de reprimenda en el expediente de Forsyth, la séptima planta le ofreció discretamente la jefatura de Helsinki. La oferta se hizo para demostrar al Congreso que la Central simpatizaba con la reacción de Forsyth. No podían permitir que, durante un viaje de compras a Codel camuflado de recogida de datos, se supervisara de manera tan fatua el trabajo de los esforzados agentes. Ofrecerle Helsinki era, además, una maniobra calculada y poco sincera, ya que a nadie se le pasaba por la cabeza que aceptara. La estación tenía un tamaño seis veces menor que la de Roma y era probablemente la de menor importancia de las cuatro que la Agencia tenía en los somnolientos países escandinavos: era un puesto para alguien en los primeros estadios de su carrera. Esperaban que Forsyth declinara la oferta, encontrara un «buen aparcamiento» y se marchara dos años después, cuando pudiera jubilarse.

—Aceptando el puesto les dijo a los de la séptima planta,

básicamente, que se podían ir a tomar por culo. Seis meses después me llamó para que fuese el subdirector, y ayer llegaste tú. No es que seas un puto fracasado. —Gable se rio—. Solo se dice que lo eres.

Gable vio la cara de Nate, la mirada perdida. «Lo entiendo —se dijo—, el chico tiene un nudo en el estómago.»

Lo había visto antes: el agente con talento demasiado preocupado por su reputación y su futuro para poder relajarse y fluir. Ese Gondorf había descolocado al chico, debería avergonzarse de sí mismo, y ahora él y Forsyth tenían que hacer que Nate volviera a pensar correctamente. Tomó nota mental de hablar con el jefe. Lo último que necesitaba la estación era un agente que no sabía cuál era el momento adecuado para disparar el gatillo a la hora de reclutar.

KEBAB ADANA DE TARIK

Triture pimiento rojo y guindilla con sal y aceite. Añada la mezcla a la carne triturada junto con cebolla picada, ajo, perejil, pequeños cubos de mantequilla, cilantro, comino, pimentón, aceite de oliva y pimienta. Amásela y dele la forma de kebabs planos. Hágalos a la parrilla hasta casi chamuscarlos. Sírvalos con pan de pita y finas rodajas de cebolla morada salpicadas de gotas de limón y zumaque.

8

El hidroplano Voskhod blanco y azul amerizó y se aproximó al muelle dejando una nube añil de diésel tras de sí. Con una maletita en la mano, Dominika pisó la pronunciada rampa manchada de alquitrán del pontón del borde de la marisma. Caminó hacia el autobús que esperaba en una carretera de grava sobre el río. Tras ella, once jóvenes (siete mujeres y cuatro hombres) subieron al muelle con dificultad. Nadie hablaba, estaban cansados. Pusieron las maletas en el suelo, frente al compartimento para equipajes del autobús. Estaban callados, no se miraban. Dominika se giró y miró el ancho río Volga flanqueado por hileras de pinos. El aire era húmedo y el río olía a gasóleo. Tres kilómetros al norte, sobre el meandro del río, se divisaban entre la niebla matutina las torres y minaretes del Kremlin de Kazán.

Dominika sabía que era Kazán porque, viniendo del aeropuerto, habían cruzado la ciudad; también por las señales de la autopista. Eso significaba que estaban en Tartaristán, todavía en la Rusia europea. A medianoche habían volado setecientos kilómetros desde Moscú hasta llegar a un oscuro aeropuerto militar. Las señales apagadas decían AERÓDROMO BORISOGLEBSKOYE y PLANTA AÉREA ESTATAL DE KAZÁN. Subieron al autobús en silencio. Los cristales tenían impactos en forma de estrella y se cubrían con sucias cortinas grises. Antes de que amaneciera condujeron a través de las calles hasta un muelle. Allí, mientras salía el sol sobre la ciudad, subieron a un resplandeciente hidroplano.

Durante una hora esperaron en silencio sentados en la nave, cuyos asientos parecían los de un avión. El balanceo arrítmico del casco, el agua ondulante chocando contra el muelle y el crujido de los cabos de nailon desgastados estirándose contra las balizas la mareaban y adormilaban. Aparte del chofer del autobús y un hombre en el puente de la nave, no se veía a nadie. Dominika había contemplado la luz del sol extenderse por el agua y había contado las gaviotas.

Más tarde, un Lada gris se paró en la rampa de desembarco y un hombre y una mujer se bajaron con dos cajas de cartón planas. Se subieron a bordo del barco, pusieron las cajas en el mostrador de la parte delantera de la cabina y abrieron la tapa.

—Acercaos y coged lo que queráis —dijo la mujer, y se sentó en una asiento de la primera fila de espaldas a los pasajeros.

Se levantaron despacio y se hicieron paso hasta el frente. No habían comido nada desde el desayuno del día anterior. Una caja estaba llena de *bulochki* recién hechos, bollos con pasas; la otra, repleta de recipientes encerados con naranjada tibia. El hombre miró a los pasajeros regresar a sus asientos y luego salió para hablar con el del puente. Los motores de la embarcación se pusieron en marcha con un sonido sordo; los asientos temblaron. La rampa de aluminio chocó contra el muelle y soltaron amarras. El hidroplano estaba sobre plano y todo él tembló cuando aceleró río abajo. El asiento delante de ella vibraba, las arandelas de la cabina emitían un zumbido, el cenicero metálico de los reposabrazos claqueteaba. Intentando reprimir las náuseas, Dominika se concentró en el tejido del mugriento reposacabezas frente a ella. Una escuela de cortesanas. Volaba Volga abajo para someterse a una indignidad mayúscula.

Ahora estaban en el autobús; la mujer sin nombre, sentada en la primera fila. El autobús bamboleó a través de un bosque de pinos moteado por el sol y finalmente se detuvo en una pared de bloques de hormigón. El sol se reflejaba en los trozos de vidrio insertados en la parte superior. El autobús hizo sonar la bocina y luego atravesó la cancela. Entró en una amplia explanada y se detuvo a las puertas de una mansión neoclásica con una pronunciada cubierta en mansarda. No se oía ningún ruido en el bosque, ni la más ligera brisa; tampoco en la casa había señal de movimiento.

Respiró profundamente. «Venga, espabila.» Esa asquerosa escuela era un obstáculo más: un sacrificio mayor, otra prueba de lealtad. Permaneció en medio del bosque de pinos, delante de la mansión color mostaza, a la espera. Había llegado a la Escuela de Gorriones.

Después de hablar con su tío, Dominika había pensado en mandar todo al infierno. Contempló incluso convencer a su madre de que volviera a Strelna, a orillas de la bahía del Nevá, cerca de San Petersburgo. Allí podría encontrar trabajo como profesora o instructora en un gimnasio. Con suerte y un poco de tiempo, podría encontrar un puesto en la academia Vaganova y volver al ballet. Pero no, decidió que no huiría. Costara lo que costase. No es que fueran a dispararle. Se trataba de amor físico, no importaba lo que la obligaran a hacer, nunca podrían derrotar su espíritu.

Y aunque le repugnaba solo pensarlo, el yo secreto de Dominika, el susurrante servosistema de su cuerpo, se preguntaba si los deprimentes catecismos que residían en el ocre edificio podrían complacerla mínimamente. Detestaba la idea de la Escuela de Gorriones y se avergonzaba de que la hubieran enviado allí, pero secretamente estaba expectante, alerta.

—Dejad las maletas en el vestíbulo —ordenó la mujer, quien, adelantándolos, había subido los escalones de entrada y atravesado las imponentes puertas de madera desgastada.

Se reunieron en un auditorio. A juzgar por las estanterías, antes había sido una biblioteca que ahora habían transformado en sala de conferencias. En un extremo de la sala había un estrado de madera y varias filas de chirriantes asientos también de madera. La mujer, vestida con un traje de chaqueta informe, caminó entre ellos entregándoles un sobre.

—Dentro encontraréis las habitaciones que se os han asignado y los nombres que utilizaréis durante vuestro entrenamiento. Utilizad solo esos nombres. No revelaréis al resto de los alumnos ninguna información personal sobre vosotros. Cualquier infracción resultará en la expulsión inmediata.

La administradora debía de andar por los cincuenta y pocos. Tenía una desaliñada mata de pelo gris, rostro cuadrado y nariz recta. Se parecía a la mujer de los sellos, Tereshkova, la primera mujer en salir al espacio. Sus palabras se sucedían en gotas amarillas.

—Habéis sido elegidos para un entrenamiento especializado —dijo la matrona—. Es un gran honor. Puede que la naturaleza del entrenamiento os resulte ajena o extraña a algunos de vosotros. Concentraos en las lecciones y ejercicios. Nada más tiene importancia.

Su voz resonaba en los altos techos de la sala.

—Ahora subid al piso de arriba y buscad vuestras habitaciones. La cena es a las seis en el comedor al otro lado del vestíbulo. La instrucción empezará esta noche a las siete en punto. Ahora marchaos. Podéis retiraros.

En el pasillo del piso superior, Dominika contó doce dormitorios, seis a cada lado, con los números en desconchados rombos de esmalte atornillados a las puertas. Entre las puertas de los dormitorios a lo largo del pasillo había otras puertas sin pomos ni picaportes. Solo se abrían con una llave. Su habitación estaba pintada de verde claro y era sobria pero confortable, con una cama sencilla, un armario exento, una mesa y una silla. Había un ligero y constante olor a desinfectante en la colcha, en el armario, en la pila de sábanas del estante. La habitación tenía un aseo separado por una cortina (sobre el cual colgaba una ducha de mano) y un lavabo con manchas de óxido. Sobre el escritorio había un gran espejo, demasiado grande, incongruente en esa habitación de estilo militar. Dominika aplastó su mejilla contra el espejo y observó la superficie oblicuamente, como si estuviera en un entrenamiento. La plateada superficie ahumada de un espejo de dos caras. Bienvenida a la Escuela de Gorriones.

Al atardecer, el cielo nocturno no se veía a través de los pinos. La casa estaba iluminada muy tenuemente; en la mansión no había relojes en ningún sitio. No sonaba ningún teléfono. Los pasillos, las escaleras y las habitaciones de la planta baja estaban en silencio; la noche invadía la casa. Las paredes lucían desnudas, sin los retratos oficiales de daguerrotipo de Lenin o Marx, aunque todavía podían verse en los paneles las marcas de moho donde un día colgaron cuadros. ¿Qué noble familia tártara vivía aquí antes de la Revolución? ¿Cabalgaban en partidas por el bosque? ¿Oían el silbido del barco de vapor desde el río? ¿Qué instinto soviético había ubicado la escuela tan lejos de Moscú?

En la mesa de la cena observó a los otros «alumnos» mientras

tomaban silenciosamente *tokmach*, una espesa sopa de fideos servida en los cuencos de una sopera enorme de porcelana azul y blanca. Un plato de carne cocida vino después. Las mujeres y tres de los hombres estaban en la veintena. El cuarto hombre, delgado y pálido, era todavía más joven, no llegaba a los veinte. ¿Acaso alguno de ellos habría seguido el entrenamiento del SVR? Dominika se volvió hacia la mujer a su izquierda y sonrió.

—Me llamo Katia —dijo utilizando el alias del entrenamiento.

La mujer le devolvió la sonrisa.

—Yo soy Anya.

Era menuda y rubia, de boca amplia y altos pómulos ligeramente rociados de pecas. Parecía una elegante lechera de pálidos ojos garzos. Sus titubeantes palabras eran azul aciano, lo que revelaba inocencia e ingenuidad. Los demás recitaron sus apodos con timidez. Después de la cena, caminaron en fila hacia la biblioteca.

La sala estaba en completo silencio; las luces se hicieron más tenues. Bienvenidos a la instrucción de la Escuela de Gorriones. Pusieron una película, duras imágenes en blanco y negro, brutales, salvajes, como los dientes de una sierra. En la parte delantera de la sala la pantalla estalló con rostros jadeantes, cuerpos entrelazados, órganos penetrándose sin cesar, por todas partes, en primerísimos planos de un cariz ginecológico, irreconocible, quirúrgico. El sonido se subió al máximo y Dominika vio a sus compañeros sobresaltarse y sacudir la cabeza hacia atrás ante el súbito asalto de imagen y sonido. Para ella, el aire estaba lleno de colores que giraban. Reconoció las señales de sobrecarga cuando comenzó una sangrienta secuencia rojo-violeta-azul-verde. No tenía manera de controlarlo y cerró los ojos para escapar al ataque. Entonces bajó el

sonido hasta hacerse casi inaudible. La mujer de la pantalla parecía murmurar, aunque su cabello, pegado en uno de los lados de la cara, y su cuerpo recibían constantes sacudidas de su compañero, situado fuera de la pantalla.

La luz de los tubos fluorescentes, a seis metros de su cabeza, parpadeó. ¿Aguantaría la duración del curso? ¿Qué se esperaba que hiciera? ¿Qué harían si se levantaba y salía de la habitación? ¿La echarían del Servicio? Que se fueran al infierno. Querían un gorrión, pues tendrían un gorrión. Nadie sabía que podía ver colores. Mijaíl había afirmado que no había visto a ninguna alumna calar a la gente de esa manera. Podría quedarse. Aprendería.

Se dijo a sí misma que eso no era amor. Esa escuela, esa mansión oculta tras vallas con cristales rotos, era una máquina de un Estado que había institucionalizado y deshumanizado el amor. No contaba, era sexo físico, solo entrenamiento, como la escuela de baile. A la parpadeante luz de la húmeda biblioteca, Dominika se dijo a sí misma que lo soportaría solo para fastidiar a esos hijos de puta, esos *vnebrachnyi rebyonoki.*

Se encendieron las luces y los alumnos se quedaron sentados, ruborizados y avergonzados. Anya resopló y se secó los ojos con el dorso de la mano. La matrona se dirigió a los alumnos con un tono plano, seco.

—El viaje ha sido muy largo. Volved a vuestras habitaciones y descansad. La instrucción continuará por la mañana, a las siete. Podéis retiraros.

Nada en su manera de moverse podía indicar, ni remotamente, que durante los últimos noventa minutos habían estado viendo una película de coitos. Salieron en fila y subieron la gran escalinata de

inmensos balaustres de madera. Anya le dio las buenas noches con la cabeza antes de cerrar su puerta. Dominika se preguntó si Anya y los demás sabían que los todavía invisibles miembros del personal de la Escuela, encerrados en sus *cabinets de voyeur,* los observarían desvestirse, bañarse, dormir.

Dominika se paró enfrente del espejo, recorrió su pelo con el cepillo de mango largo, el único objeto familiar que había traído de casa, y lo miró en su mano, como si se burlara de ella. Se desabrochó la blusa. La puso en una percha de alambre y la colgó despreocupadamente en el marco del espejo, cubriendo uno de sus extremos. Colocó su pequeña maleta sobre la mesa y la abrió contra el espejo, bloqueando otro tercio de este. Se quitó la falda e hizo una pirueta inconsciente para observar la curva de su espalda y el bulto de sus glúteos bajo las medias de nailon, antes de lanzarla con un gesto casual sobre el espejo, con lo que tapó el tercio restante. Podían despejar el espejo a la mañana siguiente, quizá hablarle de ello con aspereza, pero por esa noche valía la pena. Luego se cepilló los dientes, se deslizó bajo las sábanas con aroma a desinfectante de alcanfor y aceite de rosa, y apagó la luz. Dejó el cepillo en el tocador.

Los hombres estaban separados de las mujeres y los días se sucedían idénticos, haciéndolos perder la noción del tiempo. Las soporíferas mañanas estaban dedicadas a clases eternas sobre anatomía, fisiología y psicología de la respuesta sexual en los humanos. Aparecieron nuevos miembros del personal. Una doctora no paraba de darles la turra con las prácticas sexuales de diferentes

culturas. Luego llegaron las clases sobre la anatomía masculina, para saber cómo funcionaba el cuerpo del hombre y cómo excitarlo. Las técnicas, posiciones y movimientos se contaban por cientos. Se estudiaban, se repetían y memorizaban; era una especie de Kamasutra del Alto Volga. Dominika se maravillaba ante tan monstruosa enciclopedia, ante las sudorosas epifanías que arruinaban la normalidad, que eliminaban en ella cualquier rastro de inocencia. ¿Podría hacer el amor de nuevo?

Las tardes estaban reservadas a «temas prácticos», como si estuvieran entrenándose para ser patinadores sobre hielo. Practicaban cómo caminar, conversar y descorchar una botella de champán. Había habitaciones enteras de ropa usada, zapatos arañados, ropa interior manchada de sudor. Se disfrazaban y practicaban la conversación entre ellos; aprendían a escuchar, a mostrar interés, a hacer cumplidos, a adular y, sobre todo, lo más importante: a obtener información durante la conversación.

En una de las raras tardes de camaradería, cinco de ellos se sentaron en círculo sobre el suelo de la biblioteca, con las rodillas casi tocándose, riendo, charlando, practicando lo que llamaban «hablar sexy» a partir de lo que habían oído en las películas nocturnas.

—Es así —dijo la chica morena con el fuerte acento del mar Negro; cerró los ojos y murmuró en un inglés de hierro—: Vosotrrros amantesss, vais a hacerrr yo correrme.

Un vendaval de risas. Dominika miró las caras coloradas y se preguntó cuánto tiempo faltaría para que alguno de ellos se encontrara en ropa interior en el hotel Intourist de Volgogrado, observando a raquíticos representantes comerciales vietnamitas

quitarse los zapatos.

—Katia, inténtalo tú —invitó la chica a Dominika.

Desde la primera noche todos se habían dado cuenta de que era diferente, especial. A su lado, Anya la miraba expectante.

Sin saber por qué, quizá para enseñarles, quizá para demostrárselo a sí misma, Dominika entrecerró los ojos y susurró:

—Sí, cariño..., así, así... Ohhh, Dios mío. —Y sacando el sonido del vientre, gimió—: Mmm.

Primero, el silencio total del shock. Luego, las chicas rugieron con aprobación y aplaudieron. Anya se la quedó mirando, con su pelo pajizo, los ojos como platos, muda, ajena al alborozo general del momento.

Anya, la del halo color flor azul silvestre, lo estaba pasando mal. Le horrorizaban los aspectos más salaces del entrenamiento y se colgaba de Dominika en busca de valor y apoyo. «Tienes que acostumbrarte», le decía Dominika, pero Anya se encogía de vergüenza durante las películas nocturnas, apretando la mano de Dominika mientras el circo follador se intensificaba en la pantalla. «La pequeña campesina no va aguantar hasta el final —pensaba Dominika—. Su color es cada vez más débil, no más fuerte.»

Entonces, una noche después de una película de una depravación imposible que la había hecho llorar calladamente, Anya fue a la habitación de Dominika con los ojos rojos y los labios temblorosos. Sus sílabas azules eran casi invisibles. Había acudido en busca de consuelo, estaba volviéndose loca. Les había comunicado que quería irse, pero le habían dicho algo (Dios sabe qué) que se lo impedía. Dominika la tomó de la mano y la arrastró tras la cortina del baño.

—Tienes que conseguirlo —le susurró, tomándola por los hombros

y agitándola suavemente.

Anya sollozó y rodeó el cuello de Dominika. Apretó los labios contra los de ella. La pequeña idiota estaba temblando y Dominika no la apartó, no la rechazó. Estaban en el suelo del pequeño aseo. Dominika acunó a Anya en sus brazos, sentía su estremecimiento. Anya volvió la cara en busca de otro beso. Dominika casi se negó, pero cedió y volvieron a besarse.

El beso tuvo su efecto en Anya. Buscó la mano de Dominika y la arrastró hasta su cuerpo; la deslizó dentro de su albornoz y la puso sobre su pecho. «¡Por el amor de Dios!», pensó Dominika. Ella no sentía ninguna pasión, sino más bien compasión por la muchacha que sostenía en brazos. ¿Era esto la bisexualidad sobre la que se les instruía en el piso de abajo? ¿Las podían observar detrás de la cortina? ¿Había micrófonos en la habitación? ¿Se consideraría esto una «seria ofensa»?

Anya le tomó la mano por la muñeca y la arrastró hacia el pezón, que se hinchó bajo las yemas de Dominika. El albornoz se abrió y Anya tiró de la mano hacia abajo, entre las piernas. ¿Perversión? ¿Un acto de amabilidad? ¿Otra cosa? La libertina desconocida y ancestral que vivía en Dominika (fuera quien fuese) la empujaba a continuar. Tenía la inexplicable sensación de estar fuera de su cuerpo y ahora le resultaba más difícil detenerse que seguir adelante. Los dedos de Dominika, tan ligeros como una pluma, trazaban círculos diminutos. Anya se derretía; volvió la cabeza hacia Dominika, mostrando la curva de su cuello, suave y vulnerable.

Sentada contra las baldosas del baño, Dominika sintió la respiración de Anya entre sus propias piernas. Ya no había motivo para parar. Su yo secreto le susurraba que sintiera su cuerpo. La

respiración de Anya irradió hasta su estómago. Dominika inclinó la cabeza hacia atrás y con el brazo agarró un lado del lavabo para apoyarse. Sintió el cepillo de concha de tortuga en la mano y lo bajó. El cepillo de su abuela, su madre se había cepillado el pelo con él, era su compañero secreto en las noches de tormenta de su infancia.

Dominika recorrió el vientre de Anya con el cepillo, convirtiendo la suave curva de ámbar en algo infinitamente ligero, infinitamente persistente. Anya contuvo la respiración y sus ojos temblaron detrás de los párpados apretados. Mirando a Anya a la cara, Dominika colocó el mango y flexionó la muñeca. La boca de Anya se entreabrió y sus ojos mostraron una breve línea blanca, como el inerte rostro de un cadáver sobre la lápida. La espalda de Anya se arqueó y ella comenzó a frotarse siguiendo el movimiento del cepillo. Se giró con la barbilla húmeda para mirar a Dominika y murmuró:

—Sí, nena, vas a hacer yo correrme...

Dominika sonrió y miró a la pequeña lechera revolcarse. Ella devolvió a su yo secreto a la habitación de los huracanes que albergaba en su interior y cerró la puerta.

Después de unos minutos, Anya suspiró y volvió la cabeza, estirándola para que la besara. «Ya basta.»

—Ahora tienes que irte, deprisa —dijo Dominika.

Toda colorada, Anya se cerró el albornoz, miró a Dominika y salió en silencio. ¿La acusarían a gritos por la mañana? ¿Había alguien detrás del espejo? Estaba demasiado cansada para que nada le importara. Se metió en la cama. La habitación estaba a oscuras. El cepillo se quedó olvidado en el suelo, bajo el lavabo.

A la mañana siguiente, en el gran salón de la planta inferior, el de paneles de madera e inmensa alfombra azul y marfil de Kazajistán, se les ordenó a las mujeres que se sentaran en las sillas dispuestas en círculo en el centro de la estancia. A la primera estudiante, una joven menuda de pelo castaño con el cantarín acento occidental de Nóvgorod, se le conminó a que se levantara y se desnudara, y que caminara alrededor del círculo para que sus compañeras hicieran una crítica. Hubo un silencio de conmoción. Ella titubeó, pero luego se desvistió. La doctora y su ayudante, ambas con bata blanca, hacían de moderadoras, apuntando sus fortalezas y debilidades. Cuando hubieron terminado, se invitó a la alumna a que volviera a su asiento, pero quedándose desnuda. Se llamó a la siguiente alumna y se repitió el proceso. Rubor en los rostros, carne de gallina, cuerpos desnudos y temblorosos, dientes mordiéndose los labios y una triste pila de ropa y zapatos debajo de cada silla.

Gracias a Dios no había hombres presentes. Anya se retorció las manos nerviosa cuando, inexorablemente, le llegó el turno. Miró a Dominika con pánico. Dominika desvió la mirada. Cuando Anya titubeó al quitarse las bragas, la doctora le gritó que se diera prisa. Cuando le llegó el turno, Dominika ignoró su nerviosismo y se levantó al oír que la llamaban. Era monstruoso que le mandaran quitarse la ropa en presencia de media docena de extrañas, pero se obligó a sí misma a hacerlo. Anya la miró atentamente. Dominika estaba avergonzada no solo por su desnudez, sino también por la admiración silenciosa que inundó la sala cuando comenzó a recorrer el círculo.

—Mejor ejemplar —dijo la ayudante.

—Y mejor ejecución —corrigió la doctora.

Al día siguiente un hombre se puso en el círculo de sillas y se quitó un albornoz corto. Estaba desnudo y tenía las uñas de los pies sucias. Necesitaba un baño. La doctora evaluó el pálido cuerpo ante las estudiantes, seguido por un examen más detallado. Al siguiente día volvió el hombre del albornoz, esta vez con una mujer baja y corpulenta de pelo rojo yodo y mejillas y codos agrietados. Se desvistieron e hicieron el amor despreocupadamente sobre un colchón en medio del círculo de sillas de las alumnas. La doctora señaló diversas posturas sexuales. En pleno acto, pedía a la pareja que se detuviera para ilustrar un punto relevante o para demostrar una forma de perfeccionarlo. Los modelos no mostraban ninguna emoción ni hacia sí mismos ni entre sí. Los colores que emanaban de ellos eran tan pálidos que casi ni se veían. Como si no tuvieran alma.

—No puedo mirarlos —confesó Anya a Dominika. Habían adquirido la costumbre de pasear juntas por el descuidado jardín de la mansión durante los escasos minutos libres antes del desayuno—. No puedo hacer esto. Sencillamente no puedo.

—Escucha, una puede acostumbrarse a lo que sea —dijo Dominika.

¿Cómo habían elegido a esa chica? ¿De qué ciudad provinciana la habían sacado? Luego se preguntó a sí misma: «Y tú, ¿qué? ¿También te puedes acostumbrar a cualquier cosa con el tiempo suficiente?».

La semana siguiente, como había anticipado Dominika, la indignidad se volvió a multiplicar. Nuevamente el salón y el familiar círculo de sillas, pero esta vez hombres, hombres bruscos en trajes apretados y con el pelo mal cortado, se sentaron en el círculo. Se ordenó a las alumnas que se desvistieran delante de ellos. Los

hombres se pusieron a juzgar a cada una de ellas, señalando los defectos de su figura, de la piel o de la cara. No se identificaron. Sus turbulentas burbujas amarillas se mezclaban con la sucia atmósfera de toda la sala.

Anya se cubrió el rostro con las manos, arrasada por las lágrimas, hasta que la doctora le dijo que dejara de ser una estúpida y que se quitara las manos de la cara inmediatamente. Sintiéndose como si estuviera en un sueño, Dominika abandonó su cuerpo, cerró su mente y soportó las miradas de un hombre con la cara llena de marcas. El color que salía de su interior hacía que sus ojos adquirieran un tono amarillo, como una civeta en un callejón. Ella le devolvió la mirada sin pestañear mientras su ojos la recorrían de arriba abajo.

—No tiene suficiente carne —dijo en alto sin dirigirse a nadie en particular—. Y los pezones son demasiado pequeños.

Otros dos hombres asintieron con aprobación. Dominika se les quedó mirando con desprecio hasta que ellos desviaron la mirada o se dispusieron a encenderse un cigarrillo.

Dominika se sorprendió al notar que se sentía ajena, solo en parte consciente. Ajena ante su desnudez, ajena a los comentarios lascivos, ajena a los ojos de los extraños observándole los pechos o el sexo o los glúteos. «Que hagan lo que quieran —se dijo a sí misma—, pero no voy a permitirles que me miren a los ojos.»

Las demás alumnas reaccionaban cada una a su manera. Una pequeña idiota de Smolensk con un dejo del dialecto del sur de Rusia se pasó las sesiones contoneando las caderas y haciendo de mujer fatal. En ningún momento pareció que Anya pudiera superar la vergüenza. El característico olor a desinfectante de la mansión

ahora se mezclaba con la acritud de sus cuerpos: almizcle, sudor, agua de rosas y jabón. Por la noche, cuando se apagaban las luces, el personal se sentaba en sus respectivas cabinas y tomaba notas, asegurándose de que ningún objeto bloqueara las cámaras.

Una noche, ya tarde, Anya llamó con suavidad a su puerta. Dominika abrió una rendija y le dijo que se marchara.

—Ya no puedo ayudarte —dijo, y Anya se giró y desapareció por el pasillo oscuro.

«No es problema mío —pensó Dominika—. Ya tengo bastante con luchar por conservar mi propia salud mental.»

El siguiente paso fue el autobús lleno de cadetes militares, los que habían sacado las mejores notas de su promoción. Las gorriones los esperaron en su habitación, se sentaron en la cama y miraron sus cuerpos enclenques llenos de moretones emerger de sus camisas, de sus botas, de sus pantalones. Intentaron aguantar mientras follaban como conejos hasta agotar su tiempo. Cuando se marcharon, mientras el autobús cruzaba la cancela y se adentraba en el bosque de pinos, los cadetes no se molestaron en echar un último vistazo a las mujeres.

A la mañana siguiente, en la biblioteca, en penumbra, con las cortinas echadas, el proyector se encendió, pero en lugar de las películas habituales vieron a su compañera de la habitación número cinco en una cama individual, con un cadete enclenque de cabeza recién afeitada. Casi no podían mirar la pantalla. Era una vergüenza, una indignidad, verse con las piernas enganchadas sobre una espalda llena de granos y las manos como garras sobre unos hombros huesudos. La doctora, de cuando en cuando, paraba la imagen para añadir comentarios y sugerir mejoras. Lo que era peor,

ahora todas sabían que las películas se sucederían por orden: habitación cinco, seis, siete.... Anya tenía la cabeza gacha, la cara entre las manos. Estaba en la habitación número once y tendría que soportar no solo los filmes, sino también la espera. Se fue de la sala corriendo y llorando cuando acabó su fragmento. La doctora dejó que se fuera. Parloteaba sobre lo que se había hecho mal y lo que se podía mejorar.

Dominika estaba en la habitación número doce, la del final del pasillo. El fragmento de su interludio con el cadete era el último. Sintiéndose fuera de su cuerpo, se vio a sí misma y se sorprendió de su expresión relajada, de cómo agarraba al muchacho mecánicamente y lo guiaba; y, cuando se derrumbó sobre ella, de cómo le tiró de la oreja para que se quitara de encima. Le daba vueltas la cabeza, pero no sentía ninguna vergüenza, ningún pudor. Veía las imágenes en la pantalla sin sentir nada, sin parar de repetirse que era un miembro del *Sluzhba Vneshney Razvedki*, el Servicio Secreto Exterior de la Federación Rusa.

A la mañana siguiente, Anya no bajó a desayunar y dos chicas la encontraron en su cuarto. Tuvieron que empujar la puerta con los hombros para abrirla. Se había atado unas medias alrededor del cuello y había colgado el extremo en un gancho para abrigos clavado en su puerta. Había subido las piernas hasta estrangularse: había tenido la fuerza y la determinación de mantener los pies en el aire hasta perder el conocimiento; el peso muerto de su cuerpo había mantenido el nudo apretado. Desde el jardín Dominika oyó los gritos. Subió corriendo las escaleras, apartó a las demás, soltó a Anya del gancho y la acostó sobre el suelo. Sintió culpa e ira. Pero ¿qué esperaba esa idiota que hiciera ella? ¿Cómo podía tener el

coraje de ahorcarse, pero no de acostarse con un hombre durante treinta minutos?

La reacción fue mínima. Olfatearon el cuerpo y luego le dieron la espalda. Sacaron a Anya de la mansión en una camilla de lona, cubierta por una sábana, con el pelo rubio desbordándose. No se dijo nada, nadie hizo ninguna mención. El día de instrucción continuó como estaba previsto.

El curso llegaba a su fin. Las seis gorriones observaron a cuatro hombres entrar en el comedor. Ahora ya eran crías de cuervos, entrenados en una pequeña aldea carretera abajo: tres de ellos, expertos en seducir a las mujeres vulnerables y solitarias blanco del SVR (la secretaria solterona del ministro; la frustrada esposa del embajador; la ayudante no apreciada de un general). El cuarto muchacho había aprendido otra especialidad: hacerse amigo de hombres sensibles y temerosos (el oficinista del Departamento de Códigos, el agregado militar, incluso diplomáticos de mayor rango), que secretamente anhelaban la amistad, compañía y amor de un hombre, pero que también eran mortalmente vulnerables si se les amenazaba con sacarlo a la luz. Los cuervos declararon altivos lo que habían sufrido durante el entrenamiento. Sus compañeras de entrenamiento no habían estado disponibles inmediatamente, susurró Dimitri; tenían que conformarse con practicar con las chicas de los pueblos vecinos, que no se lavaban, cetrinas pazpuercas que les traían en autobús desde las fábricas de Kazán. Dominika no preguntó por el cuarto chico ni cómo ni con quién había tenido que practicar.

—Pero ahora estamos entrenados para ser los mejores en el amor —dijo Dimitri—. Somos expertos —dijo abriendo los brazos y

contemplándolas a través de las pestañas.

Las mujeres lo miraron sin decir palabra. Dominika vio sus caras inertes, el escepticismo, el fatalismo y la desconfianza. Eran los rostros vacíos de las prostitutas de la calle Tverskaya en Moscú. «Los frutos de la Escuela de Gorriones», pensó Dominika. El sitio vacío de Anya en la mesa no había sido el único precio.

Se marcharon al aeropuerto a medianoche, cargando sus maletas baratas de cartón y dejando la casa a oscuras sin mirar atrás. La escuela de putas se cerraba hasta que llegara el siguiente grupo. Los bosques de pinos estaban negros y silenciosos. El avión rodeó las columnas de humo de Kazán y se dirigió hacia el oeste sobre un paisaje invisible. En una hora sobrevolaban las luces de Nizhni Nóvgorod, dividida en dos por la cinta negra del Volga. Luego vino el descenso gradual hacia el resplandor del insomne Moscú. Nunca volvería a ver al resto de sus compañeras.

Tenía que presentarse a la mañana siguiente en la Central, en el Quinto Departamento, para empezar su carrera como espía. Pensó en Simyonov, jefe del Quinto, y en los oficiales que conocería, cómo la mirarían, lo que dirían. «Bueno —pensó—, la ya entrenada cortesana ha vuelto de la estepa.» Pensaba habitar aquel mundo.

El salón estaba a oscuras cuando entró de puntillas en el apartamento, horas antes de amanecer, pero su madre apareció en el pasillo, en bata.

—He oído tus pasos —dijo, y Dominika supo que se refería a su ligera cojera en la escalera.

Dominika la abrazó, luego tomó la mano de su madre y la besó (con labios entrenados para arruinar a un hombre) como acto expiatorio.

SOPA *TOKMACH* DE LA ESCUELA DE GORRIONES

Hierva grandes trozos de patata, finas rodajas de cebolla y zanahorias en caldo de ternera hasta que se ablanden. Añada fideos y déjelo todo al fuego hasta que se haga. Ponga la carne cocida en el fondo del cuenco y vierta sobre ella la sopa de verduras.

9

Dominika se presentó en el Quinto a la mañana siguiente, agotada aún por el vuelo desde Kazán. Recorriendo los largos pasillos verde pálido de la Central, se dirigió a la oficina de Simyonov para presentarse al Servicio, pero le dijeron que el coronel había salido. En su lugar, fue enviada a Personal, luego a Registro y después a Expedientes.

Doblando la esquina de un pasillo se topó con el propio Simyonov, que estaba hablando con un hombre de cabello gris con un traje gris oscuro. Dominika se fijó en sus pobladas y blancas cejas, y en su amable sonrisa. Sus líquidos ojos marrones se entrecerraron mientras Simyonov hacía una breve presentación: general Korchnói, jefe del Departamento de las Américas, cabo Egorova. El nombre le sonaba vagamente, era consciente de su alto rango. Comparada con la pálida aura alrededor de la cabeza de Simyonov, Korchnói estaba bañado por un manto resplandeciente, el más brillante que Dominika había visto jamás. Era morado oscuro, aterciopelado, profundo, denso.

—La cabo acaba de regresar del curso en Kazán —dijo Simyonov con una sonrisita. Todo el mundo del Servicio sabía perfectamente lo que eso significaba. Dominika sintió que la sangre se le agolpaba en las mejillas—. Nos está ayudando en la aproximación al diplomático, el caso que le estaba comentando, general.

—Más que ayudar. Pertenezco a la última promoción del Bosque —comentó ignorando la Escuela de Gorriones y maldiciendo a

Simyonov entre dientes; sabía lo que este estaba haciendo, pero no percibió nada en el otro hombre: era difícil de descifrar.

—He leído su expediente de la Academia, cabo —dijo el general enigmáticamente—. Me alegro de conocerla.

Korchnói le estrechó la mano con un apretón seco y firme. Simyonov se quedó mirándolos, sonriendo y pensando que este no sería el último oficial de rango que intentaría bucear en su escote. En seis meses la vería trabajando en la oficina principal de un general (y en su sofá de cuero). Sorprendida y halagada, Dominika le estrechó la mano, le dio las gracias al general y siguió su camino. Los ojos de los hombres la siguieron.

—Tiene más humos que un *banya* en Yakutsk —murmuró Simyonov cuando Dominika dobló la esquina—. ¿Sabes que es sobrina del subdirector? —Korchnói asintió—. Sobrina o no sobrina, va a ser un grano en el culo —masculló Simyonov; Korchnói no dijo nada—. Quiere ser agente. Pero mírala, está hecha para ser una *lastochka.* Por eso Egorov la mandó a Kazán.

—¿Y el francés?

Otro bufido.

—*Polovaya zapadnya.* Directo a la trampa. Es cuestión de semanas. Es del tipo comercial, le exprimiremos hasta dejarle seco y se acabó. —Asintió con la cabeza mientras caminaba por el pasillo—. Ella quiere leer el expediente, involucrarse. Lo único en lo que va a involucrarse es en lo que el francés tiene entre las piernas.

Korchnói sonrió.

—Buena suerte, coronel —le dijo estrechándole la mano.

—Gracias, general —contestó Simyonov.

La habían puesto en una esquina de la sección francesa del Quinto. Se quedó mirando el ángulo de las paredes sin ventanas donde se arrinconaba su desconchado escritorio, vacío excepto por una vieja bandeja de entrada de madera agrietada. Dos gruesos expedientes descansaban descuidadamente sobre la mesa. Simyonov se los había dado al final para quitársela de encima. Las anodinas tapas azules con rayas diagonales negras estaban manoseadas, el lomo borroso por la marca de manos sudorosas. *Osobaya papka*. Su primera operación. Abrió la cubierta y absorbió las palabras, los colores.

El objetivo era Simon Delon, cuarenta y ocho años, primer secretario de la Sección Comercial de la embajada de Francia en Moscú. Delon estaba casado, pero su mujer se había quedado en París. Viajaba frecuentemente a Francia de visita conyugal. En tanto que soltero geográfico en Moscú, Delon había sido señalado por el FSB casi inmediatamente. Al principio le asignaron un solo observador, pero con el tiempo aumentó su interés y se fue cubriendo de garrapatas del FSB. Pasaban mucho tiempo con su *krolik,* su presa. Un equipo de doce hombres lo seguía desde la mañana, cuando salía hacia el trabajo, hasta que se metía en la cama. Entre las páginas del informe había un sobre con fotos que se derramaron sobre la mesa. Delon caminando solo a lo largo del río; mirando solo a los *skaters* en Dynamo Rink; comiendo solo en la mesa de un restaurante.

Dominika alisó con la mano las notas azules de vigilancia. Habían utilizado un espejo para observar a una prostituta de largas piernas deslizar la mano por la entrepierna de Delon en un pequeño bar de chicas de compañía al lado de la calle Krymsky Val. «El sujeto reacciona con incomodidad y nerviosismo. Se niega a irse con una

puta (¿o es que no puede?)», explicaba una de las entradas. Pobre diablo, ese no era su mundo, pensó Dominika.

Anexo técnico: se ha implantado un micrófono en un aparato eléctrico del salón de su casa. Dicho micrófono ha producido horas de grabaciones: «20:36:29, sonido de platos en el fregadero; 22:12:34, música suave; 23:01:47, se va a dormir».

Le habían pinchado el teléfono para escuchar sus llamadas semanales a su mujer a París. Dominika leyó las transcripciones en francés. En un extremo, madame Delon se mostraba impaciente y desdeñosa; en el otro, Delon, pequeño y silencioso. «Un matrimonio infeliz y sin sexo con una mujer impaciente», había escrito una mano anónima al margen.

Durante el proceso de evaluación, el SVR había reclamado su sitio violentamente, declarando su primacía sobre el FSB: era un caso internacional, no nacional. El segundo volumen del informe comenzaba con una evaluación operativa, escrita en el estilo abreviado de los soviéticos que solo habían sido alfabetizados parcialmente: un tipo de escritura del que se burlaban en la Academia.

«Sujeto potencial para explotación operacional excelente. Sin vicios identificables. Sexualmente insatisfecho. Acceso a información restringida bueno. Comprobado para jubilarse y no agresivo. Susceptible de chantaje dado el matrimonio lucrativo.» Y así.

Dominika se recostó sobre el respaldo de la silla y miró las páginas pensando en su entrenamiento en la Academia. Estaba claro que era un caso modesto con un objetivo modesto y con una recompensa también modesta. Puede que Delon fuera un hombre solitario, quizá vulnerable, pero su acceso en la embajada era de nivel inferior. ¿El

Quinto no tenía nada mejor que esto, este *navoz*, esta basura? Simyonov estaba inflando el caso, estaba claro. ¿Había pasado por la Academia y había soportado la escuela de putas solo para encontrarse ahora en este tipo de prostitución? ¿Era todo el Servicio así?

Tomó el ascensor a la cafetería, cogió una manzana y salió al sol de la terraza. Se sentó separada de los bancos sobre un murete que recorría el borde, se quitó los zapatos, cerró los ojos y sintió la calidez de los ladrillos bajo los pies.

—¿Puedo unirme? —dijo una voz sobresaltándola.

Abrió los ojos y miró a la compuesta figura del general Korchnói del Departamento de las Américas, de pie ante ella. Tenía el abrigo abotonado y los pies juntos, como si fuera el maître de un restaurante. La luz del sol hacía que su halo morado adquiriera un tono más oscuro, con una textura discernible. Dominika dio un respingo, buscando a tientas sus zapatos e intentando ponérselos.

—Quédese descalza, cabo —dijo Korchnói con una carcajada—. ¡Ojalá pudiera quitármelos yo y encontrar un estanque para sumergirlos!

Dominika se rio.

—¿Por qué no lo hace? Es una sensación fantástica.

Korchnói miró los ojos azules, el pelo castaño y el rostro inocente. ¿Qué tipo de agente provisional haría una sugerencia tan osada a alguien con el grado de general? ¿Qué tipo de recién graduado tenía ese coraje? El jefe de la Dirección del SVR, responsable de las operaciones de espionaje del hemisferio norte, se inclinó y se quitó los calcetines y los zapatos. Se sentaron juntos al sol.

—¿Qué tal el trabajo, cabo? —preguntó Korchnói, mirando los árboles que rodeaban la terraza.

—Es mi primera semana. Tengo una mesa y una bandeja de entrada, y estoy leyendo un informe.

—Tu primer informe. ¿Te gusta?

—Es interesante —contestó Dominika pensando en su general desaliño, sus dudosas conclusiones y sus recomendaciones espurias.

—No suena muy entusiasmada —dijo Korchnói.

—Oh, no, sí lo estoy —replicó Dominika.

—¿Pero...? —preguntó Korchnói, volviéndose hacia ella levemente; el sol proyectaba una sombra de tela de araña sobre sus pobladas cejas.

—Creo que necesito tiempo para familiarizarme con los informes de operaciones —dijo Dominika.

—¿Qué quieres decir con eso? —preguntó Korchnói.

Sus modales eran suaves y tranquilizadores. Dominika se sentía cómoda hablando con él.

—Después de leer el informe no estuve de acuerdo con las conclusiones que se apuntan. No puedo entender de dónde las sacaron.

—¿Con cuáles no estás de acuerdo?

—Están observando un objetivo de bajo nivel —dijo, sin dar conscientemente demasiados detalles, siendo cuidadosa con la seguridad—. Está solo y es vulnerable, pero no creo que valga la pena el esfuerzo. En el Bosque a menudo se hablaba de no malgastar los recursos de Operaciones; se nos advertía de que no había que perseguir objetivos poco rentables.

—Hubo un tiempo —dijo Korchnói probándola—, en el que las

mujeres estaban excluidas de la Academia. Hubo un tiempo en el que hubiera sido impensable que una agente recién llegada leyera el informe de una operación y mucho menos que hiciera un comentario al respecto.

Levantó la mirada al sol de mediodía y entornó los ojos. Morado imperial.

—Lo siento, general —dijo suavemente Dominika; estaba segura de que no estaba enfadado—. No era mi intención criticar o ser impertinente. —Lo miró observar el sol con los ojos entrecerrados. El instinto le decía que podía decir lo que pensaba—. Discúlpeme, general, solo quería comentar que creo que el caso es débil. No sé cómo han llegado a esas conclusiones operacionales. Soy consciente de mi escasa experiencia, pero cualquiera podría verlo.

Korchnói se volvió hacia ella. Se mostraba serena y confiada. Él rio entre dientes.

—Se supone que tienes que leer con una mirada crítica. Y esos idiotas de la Academia tienen razón. Tenemos que hacernos más eficientes. Los viejos tiempos han terminado. Tenemos cierta dificultad para recordarlo.

—No pretendía ser impertinente —dijo Dominika—. Quiero hacer un buen trabajo.

—Y tienes razón. —Korchnói sonrió—. Reúne los datos, pon en orden tus argumentos y di lo que pasa. Habrá desaprobación, pero continúa. Te deseo suerte. —Se levantó del murete, con los calcetines y zapatos en la mano—. A propósito, cabo, ¿cómo se llama el objetivo? —Vio que dudaba—. Mera curiosidad.

Dominika se dio cuenta inmediatamente que no era el momento de actuar como una novata. Si él no sabía el nombre lo podía

averiguar en diez segundos.

—Delon —dijo—. embajada francesa.

—Gracias —se despidió y se giró; sosteniendo aún los calcetines y los zapatos, se alejó caminando.

No esperaba otras cosa, pero las dificultades comenzaron en las sesiones de planificación. Sosteniendo los dos volúmenes del informe en brazos, Dominika entró en la sala de conferencias y se sentó en el extremo de una mesa descolorida con tres agentes, todos ellos envueltos en colores pardos y grises, del Quinto Departamento (responsable de Francia, Benelux, el sur de Europa y Rumanía). Sintió la falta de energía en la sala. No había ninguna señal emocional de aquellos hombres, ninguna imaginación, ninguna pasión.

Un enorme mapa de Eurasia cubría una pared entera; había varios teléfonos sobre un aparador polvoriento al final de la estancia. Los hombres dejaron de hablar cuando ella entró. Habían circulado rumores sobre la bella graduada de la Escuela de Gorriones. Dominika sostuvo la mirada, sin apenas reaccionar a sus duros rostros, a sus curiosas ojeadas de superioridad. Marrones, grises, colores lóbregos de mentes lóbregas. Los baratos ceniceros de aluminio del centro de la mesa rebosaban de colillas.

—¿Algún comentario preliminar?—preguntó Simyonov en un extremo de la mesa.

Se mostraba inexpresivo y sin ningún interés, como cuando Dominika le había conocido. Miró a las tres caras alrededor de la mesa. Nadie habló. Se volvió hacia Dominika, retándola a hablar. Ella

respiró profundamente.

—Con permiso del coronel, me gustaría discutir el acceso al objetivo —dijo Dominika; podía oír los latidos de su corazón.

—Ya hemos evaluado el objetivo —dijo Simyonov. Su tono implicaba que Dominika no tenía que molestarse con los entresijos de la operación—. Es un objetivo valioso. Lo que hay que determinar ahora es la forma de abordarlo —añadió, mirando a los agentes sentados a su lado.

—Me temo que eso no es del todo correcto —insistió Dominika.

Los agentes levantaron la cabeza para mirarla. ¿Qué era esto? ¿Chulería? ¿De una licenciada de la Academia? ¿De un gorrión? Las miradas se volvieron hacia Simyonov esperando su reacción. Esto iba a ser bueno.

Simyonov se inclinó sobre la mesa con las manos frente a él. Hoy irradiaba un aura amarilla y pálida. Ese hombre iba a defender cualquier contradicción.

—Estás aquí, camarada —dijo—, para ayudar en la aproximación al francés. Cuestiones de acceso, gestión y producción serán responsabilidad de los agentes del Departamento.

Se inclinó hacia delante aún más y se quedó mirando a Dominika. Las cabezas se volvieron hacia ella. Seguramente eso sería el final de la discusión. Dominika cogió con firmeza los informes frente a ella para evitar ponerse a temblar.

—Siento contradecirle, camarada —dijo Dominika, repitiendo la anacrónica expresión—, pero se me ha asignado participar en esta operación como agente. Estaré encantada de ser incluida en todas las fases del caso.

—¿Agente, dices? —preguntó Simyonov—. ¿Una licenciada del

Bosque?

—Sí —contestó Dominika.

—¿Cuándo te licenciaste? —preguntó.

—Soy de la última promoción —dijo Dominika.

—¿Y desde entonces...?

Simyonov miró alrededor de la mesa con expectación.

—Entrenamiento especializado.

—¿Qué tipo de entrenamiento? —preguntó Simyonov con serenidad.

Se había preparado para ese momento. Simyonov sabía perfectamente dónde había estado. Estaba intentando humillarla.

—Asistí al curso básico del Instituto Kon —respondió Dominika con los labios apretados contra los dientes.

No iba a achantarse ante esos *lichinki*, esos gusanos. Maldijo a su tío Vania.

—Ah, sí. La Escuela de Gorriones —dijo Simyonov—. Y ese, precisamente, es el motivo de que estés aquí. Para contribuir a que el objetivo, Delon, caiga en la trampa.

Uno de los hombres de la mesa intentó reprimir, sin conseguirlo, una sonrisa de suficiencia.

—Lo siento, coronel —dijo Dominika—, se me ha asignado a este departamento como miembro del equipo de pleno derecho.

—Ya veo... —dijo él—. ¿Has leído el *papka* de Delon?

—Ambos volúmenes —respondió Dominika.

—Admirable —dijo—. ¿Qué observaciones preliminares tienes sobre el caso y sus méritos?

Una nube de humo comenzó a flotar hacia el techo de la habitación. Se hizo un silencio total. Dominika miró sus caras,

evaluándolas. Tragó saliva.

—El asunto del acceso es crítico. El objetivo, Delon, en su capacidad de agregado comercial de nivel medio, no tiene acceso a suficiente material clasificado que justifique una *chernota* políticamente delicada.

—¿Qué sabes tú del chantaje? —dijo Simyonov con tranquilidad, ligeramente divertido—. Pero si acabas de salir de la Academia...

—El propio Delon no se merece tanto esfuerzo —repitió Dominika.

—Hay una serie de analistas en la Línea R que no estaría de acuerdo contigo —dijo Simyonov, en un tono más duro—. Delon tiene acceso a datos comerciales de Francia y Estados Unidos. Cifras del presupuesto. Programas. Estrategias de inversión, política energética. ¿Desecharías ese tipo de información? —Simyonov, con el rostro cada vez más tenso, se apoyó en el respaldo de la silla—. Por lo visto has aprendido mucho en la Academia. Así que, ¿propondrías que el Departamento no validara la operación? ¿Que nos retiremos y no hagamos nada contra el objetivo?

—Yo solo digo que el riesgo potencial de comprometer a un diplomático occidental en Moscú no está justificado por su bajo potencial como fuente de información.

—Vuelve a leerte el informe, cabo —dijo Simyonov—, y me hablas cuando tengas algo constructivo que aportar.

Todos se quedaron mirando a Dominika mientras ella se levantaba de la mesa, recogía el informe y cruzaba caminando toda la habitación hasta llegar a la puerta. Mantuvo la espalda recta y se concentró en el pomo. Cerró la puerta entre risitas y murmullos ahogados.

A la mañana siguiente, al llegar a su mesa vacía, Dominika se

encontró un sobre blanco en su maltrecha bandeja de entrada. Lo abrió cuidadosamente con la uña y desdobló la hoja de papel. Escrito en tinta morada y letra clásica, el mensaje tenía una sola línea: «Delon tiene una hija. Sigue tu instinto. K».

Al día siguiente volvieron a reunirse alrededor de la mesa, cubierta de montones de fotografías e informes de seguimiento. Los ceniceros estaban a rebosar. Dominika caminó hacia su sitio en el extremo de la mesa. Los hombres la ignoraron. Revisaban el perfil de Delon entre la nube de sus cigarrillos y sin demostrar interés alguno, con el ojo puesto en el reloj de la pared. De ninguno de ellos salían colores primarios. Revisaron los hábitos y patrones que habían descrito los equipos de vigilancia y discutieron acerca de los lugares en los que podrían orquestar un encuentro. Aburrido, como de costumbre, Simyonov alzó su mirada hacia Dominika.

—Bueno, cabo, ¿se le ocurre alguna idea sobre posibles puntos de contacto? Asumiendo que hayas considerado tus primeras objeciones a la operación.

Dominika mantuvo la voz calmada.

—He releído el informe, coronel —dijo ella—, y sigo creyendo que no es un objetivo válido.

Los rostros alrededor de la mesa esta vez no se levantaron. Los hombres continuaron mirando los papeles que tenían delante. La *lastochka* no iba a durar mucho en el Quinto, pensaron, probablemente ni siquiera en el Servicio.

—¿Todavía sigues con eso? Qué interesante —dijo Simyonov—. Así que nos olvidamos de él, ¿es esa tu recomendación?

—Yo no he dicho tal cosa —dijo Dominika—. Creo que deberíamos intentar hacerlo nuestro confidente explotando su soledad. —Abrió la carpeta del informe—. Pero el objetivo último, el blanco de la operación, no debería ser Delon mismo.

—¿De qué tonterías estas hablando? —preguntó Simyonov.

—Ya está en el informe. Lo he completado con un poco más de investigación —dijo Dominika.

Simyonov miró alrededor de la mesa.

—El caso ya ha sido rigurosamente investigado...

—Y he descubierto que monsieur Delon tiene una hija —le interrumpió Dominika.

—Y una esposa en París, ¡eso ya lo sabemos!

—Y una hija que trabaja para el Ministerio de Defensa en Francia.

—Eso no es posible. —Simyonov estaba furioso—. Se ha investigado a toda la familia. La *rezidentura* ha comprobado todos los datos locales.

—Parece que se han dejado algo fuera. Tiene veinticinco años, está soltera y vive con su madre. Su nombre es Cécile —dijo Dominika.

—Esto es ridículo —contestó Simyonov.

—Solo se la menciona una vez en las transcripciones. He comprobado los directorios extranjeros de la biblioteca de la Línea R —dijo Dominika, pasando más páginas del informe—. Cécile Denise Delon está listada en el registro de la rue Saint-Dominique, es decir, en el registro central del Ministerio de Defensa. —Dominika miró los rostros alrededor de la mesa—. Eso sugiere que, hasta donde puedo comprobar, tiene acceso a los boletines clasificados que Defensa distribuye a diario al gobierno. Es una de las personas que custodian

los documentos de planificación del ejército francés. Probablemente gestiona la distribución y almacenaje de gran variedad de informes sobre presupuesto, recursos humanos y localización de las fuerzas armadas.

—Por ahora, son solo conjeturas... —dijo Simyonov.

—No sabemos dónde almacenan los franceses sus secretos nucleares, pero no me sorprendería...

—No tenemos ninguna necesidad de especulaciones ociosas —interrumpió Simyonov.

La niebla amarilla alrededor de su cabeza había crecido y se volvía más oscura. Dominika sabía que estaba frustrado, enfadado, que estaba sopesando la situación... Sabía que el desafío a la autoridad y la insubordinación eran más que suficientes para echarla del Servicio.

La habitación se sumió en un silencio total. El instinto soviético antediluviano de Simyonov estaba alerta; el burócrata que llevaba dentro calculaba. Sus pensamientos más inmediatos procedían de su naturaleza de funcionario de la KGB de toda la vida: «Esta pequeña *tsarevna* de apellido importante me está haciendo quedar como un incompetente y un estúpido. ¿Cómo puedo beneficiarme de su trabajo? Si esta *maneken* tiene razón, las recompensas serían enormes, pero también hay riesgos. Una operación que tiene como objetivo el Ministerio de Defensa francés requeriría la aprobación de los de arriba».

—Si es cierto —dijo mezquinamente—, podría haber un beneficio añadido.

Habló como si él lo hubiera sabido desde el principio. Sacudió la ceniza en el cenicero. Ella podía leer su mente grasienta y húmeda.

—Estoy de acuerdo con usted, coronel. Es el verdadero potencial de Delon, es lo que hace que valga la pena como objetivo y merezca el riesgo de intentar reclutarlo.

Simyonov sacudió la cabeza.

—La hija está en París, a veinticinco mil kilómetros.

—No tan lejos, creo —dijo Dominika sonriendo.

—Ya veremos —contestó Simyonov, al que le había inquietado la sonrisa.

—Por supuesto, tendremos que desarrollar un informe más detallado sobre la relación entre padre e hija.

—Claro, muchas gracias, cabo —dijo Simyonov.

Unos minutos más y ella se haría con el mando del Quinto Departamento. Muy bien, pensó Simyonov, ella haría el trabajo preparatorio, todo el que quisiera. A medida que se desarrollara la operación, él se aseguraría de que acabara tumbada con las piernas en el aire y una cámara grabando. Con eso ya no habría de qué preocuparse.

—Muy bien, cabo, como has descubierto ese interesante detalle, me gustaría que compartieras tus ideas para contactar con el objetivo, Delon —dijo a Dominika.

—Con su permiso, ya he redactado un plan para organizar un primer contacto —replicó Dominika.

—Ya veo...

Los agentes del Quinto Departamento se recostaron en la silla y apagaron sus cigarrillos sin terminar en los ceniceros. ¡Jesús, los cotilleos sobre esa gorrión se habían limitado a sus ojos azules, cómo llenaba la falda reglamentaria y al tamaño de su busto! Nadie había mencionado sus *yaitsa*, las pelotas que tenía la tía. Salieron en

fila de la habitación dejando que Dominika recogiera los papeles dispersos por toda la mesa: que la chica nueva limpiara la sala. A ella no le importaba. Amontonó los papeles, los colocó encima de las sobadas carpetas del informe Delon y salió de la sala de conferencias cerrando la puerta tras de sí.

En el Arbat, en el número 12 de Nikitsky Boulevard, hay un pequeño restaurante llamado Jean Jacques. Es una especie de *brasserie* francesa: ruidosa, llena de humo y aroma a *cassoulets* y estofado. Las mesas están cubiertas con manteles blancos y apelotonadas hasta casi tocarse entre sí sobre un suelo de baldosas negras y blancas. Las sillas de madera curvada se disponen muy cerca las unas de las otras. Las paredes están cubiertas de botellas de vino en estanterías que llegan hasta el techo. Frente a la barra en curva, hay una hilera de taburetes. Jean Jacques está siempre atestado de moscovitas. A la hora de comer, si uno está solo comparte la mesa con extraños.

Un martes lluvioso, a mediodía, Jean Jacques estaba más lleno que de costumbre. Los clientes se agolpaban de pie en el interior o fuera, bajo el toldo, esperando a que quedaran sitios libres para sentarse. El estrépito era abrumador; la atmósfera, llena de humo de tabaco, densa. Los camareros se apresuraban entre las mesas abriendo botellas y portando bandejas. Después de una espera de quince minutos, Simon Delon, de la embajada francesa en Moscú, fue acompañado a una mesa para dos en una esquina de la sala. El joven que ocupaba el otro sitio terminaba un profundo cuenco de estofado *dijonnaise,* espeso por las verduras y los trozos de carne.

Mojó el pan negro en la salsa. Mientras Delon se sentaba a la mesa, el joven ni siquiera lo miró. A pesar de la gente y el ruido, a Delon le gustaba el restaurante, le recordaba a París. Y lo que era aún mejor: la práctica rusa de sentar a la mesa a perfectos desconocidos le había ofrecido la oportunidad ocasional de sentarse al lado de alguna estudiante universitaria mona o una dependienta atractiva. A veces incluso le sonreían, como si estuvieran juntos, o al menos así podría parecer desde el otro lado de la sala.

Delon pidió una copa de vino mientras miraba el menú. El joven que tenía enfrente pagó la cuenta, se limpió la boca y cogió la chaqueta del respaldo de la silla. Delon levantó la mirada y vio a una despampanante mujer morena de ojos azules como el hielo caminar hacia su mesa. Contuvo la respiración. La mujer se sentó en el sitio que había dejado el joven. Llevaba el pelo recogido en un moño y una única hilera de perlas en el cuello. Debajo de una gabardina ligera se vislumbraba una blusa de satén beis sobre una falda más oscura de color chocolate, con un cinturón de cocodrilo marrón. Delon tomó un gran sorbo de vino mientras miraba de reojo cómo se movía la blusa sobre el cuerpo de la mujer. Ella sacó un par de pequeñas gafas de leer cuadradas de un bolsito de cocodrilo, se las puso en el extremo de la nariz y comenzó a mirar el menú. Notó que él la observaba y levantó la mirada, pero él se zambulló detrás del menú aterrorizado. Volvió a mirarla y advirtió la elegancia de los dedos que sostenían el menú, la curva del cuello, las pestañas sobre esos ojos de rayos X. Ella lo miró otra vez.

—*Izvinite.* Disculpe, ¿ocurre algo? —dijo Dominika en ruso.

Delon tembló y tragó cohibido. Parecía estar en la cincuentena, con su pelo pajizo peinado sobre una cabeza grande que se

bamboleaba sobre un cuello delgado y unos hombros estrechos y redondos. Su apariencia de ratoncito se completaba con unos pequeños ojos negros, una nariz puntiaguda y unos labios fruncidos coronados por un breve bigote. Dominika resistió el impulso de meterle el cuello por dentro y enderezarle la corbata. Sabía su fecha de nacimiento, qué tipo de aspirina había en su armarito del baño, el color de la colcha de su cama solitaria. Bueno, pensó, desde luego tenía pinta de agregado comercial.

Delon casi no podía sostener su mirada. Dominika sentía el esfuerzo que hacía por hablar con ella. Cuando finalmente lo hizo, las palabras eran de un azul palidísimo, no como el azul silvestre de Anya en la Escuela de Gorriones. Él respiró profundamente. Dominika esperó, confirmando que lo habían evaluado correctamente y que sus planes irían según lo proyectado.

—Disculpe —dijo Delon—. Lo siento, no hablo ruso. ¿Habla usted inglés?

—Sí, claro —dijo Dominika en inglés.

—*Et français?* —preguntó Delon.

—*Oui* —respondió Dominika.

—Qué maravilla. No era mi intención mirarla —balbuceó—. Solo pensé que tenía mucha suerte de conseguir asiento. ¿Ha estado esperando mucho?

—No demasiado —dijo Dominika mirando al restaurante y a la puerta de entrada—. De todas formas, ahora parece que hay menos gente.

—Bueno, me alegro de que haya conseguido un sitio —añadió Delon quedándose sin cosas que decir.

La suerte no había tenido nada que ver con que Dominika

consiguiera justo ese asiento en la esquina. Todos los clientes de Jean Jacques aquel día eran oficiales del SVR.

Un segundo encuentro fortuito en Jean Jacques fue la excusa para presentarse bajo un seudónimo, Nadia, al diplomático menudo con cara de búho. Otro encuentro en la acera de la *brasserie* días después consiguió dar el coraje a Delon para sugerirle que almorzaran juntos. Después de eso, probaron otros restaurantes para comer. Delon era terriblemente tímido, de modales elegantes. Bebía con moderación, hablaba vacilante sobre sí mismo y se limpiaba la frente sudorosa de forma furtiva mientras observaba a Dominika peinarse un mechón detrás de la oreja. Durante estos contactos, la reticencia de Delon comenzó a desvanecerse, mientras su aura azul se volvía más fuerte. Era lo que ella estaba buscando.

Delon había aceptado sin rastro de sospecha la historia de que Nadia era una profesora de idiomas en la Liden & Denz de la calle Gruzinsky. Se guardó bien de reaccionar cuando ella le habló de su marido, de quien estaba separada, un geólogo que trabajaba en el este, en algún sitio con otro huso horario, y fingió desinterés cuando Dominika mencionó vagamente su pequeño apartamento, que solo se salvaba porque no tenía que compartirlo con nadie. En privado, los pensamientos de Delon iban a la carrera. Simyonov quería ir más deprisa. Quería que Dominika sedujera al hombrecillo y se lo llevara a la cama. Luego le caería la bomba encima. Dominika se resistía, se paraba en seco, se rebelaba hasta llegar casi a la insubordinación. Sabía que Simyonov intentaba usarla como una gorrión, que su visión sobre el intento de reclutamiento no iba más allá de la trampa sexual, que no apreciaba el potencial del caso. Ella argumentaba enérgicamente que era necesario trabajarse con cuidado a Delon

durante un período, doblemente importante debido al potencial que tenía su hija como privilegiada fuente de información. Simyonov contenía su rabia mientras la recién licenciada le informaba sobre el progreso de la operación y proponía los próximos pasos.

Durante las siguientes semanas se puso en marcha la clásica operación progresiva, *razrabotka*. Dominika condujo a Delon por todas las fases de una relación, desde el conocimiento casual hasta la amistad, comprobando cómo se relajaba a cada paso, cómo se encontraba más cómodo con ella y cómo ocultaba su creciente anhelo. Nadia se anticipaba a sus deseos y le motivaba, dejándole ver que a ella también empezaba a gustarle. El francés estaba colado por ella, pero Dominika sabía que era demasiado tímido, demasiado temeroso para echársele encima. Decidió que no habría ninguna posibilidad de reclutarlo si se sentía engañado o pensaba que se le había puesto en una situación comprometida. El reclutamiento estaría basado en la amistad, en el gradual deseo de Delon, en su progresiva incapacidad para negarle nada.

Primero se veían una vez a la semana, después dos, más tarde comenzaron a quedar los fines de semana para pasear por los alrededores de la ciudad o para visitar museos. Por decisión propia, eran discretos. Después de todo, ambos estaban casados. Hablaban de la familia de él, de su infancia sin preocupaciones en Bretaña, de sus padres. Dominika tenía que ser suave. Delon era como una tortuga y volvería a meter la cabeza en su caparazón si se asustaba.

Con el tiempo, Delon comenzó a hablar vacilantemente de su matrimonio sin amor. Su mujer era varios años mayor que él, alta y patricia, y manejaba las cosas a su manera. La familia de su mujer tenía dinero, mucho dinero, y se habían casado tras un breve

noviazgo. Delon le contó a Dominika que su mujer había decidido convertirle en alguien, tenía ideas grandiosas de posición y títulos, inducida por la influencia de su familia. Cuando su reticencia y tibieza se hicieron patentes, su mujer le dio la espalda al matrimonio. Guardó las apariencias, por supuesto, pero no le importó la separación que implicaban sus misiones diplomáticas. Su posición en el servicio exterior dependía de ella.

Delon adoraba a Cécile, su única hija. Una foto mostraba a una menuda joven morena de leve sonrisa. Se parecía mucho a él, tímida y reservada. Con la creciente familiaridad y confianza, finalmente le reveló a Dominika que su hija trabajaba en el Ministerio de Defensa. Él, ni que decir tiene, estaba inmensamente orgulloso de su joven carrera, que habían organizado su mujer y su influyente suegro. Delon hablaba con buen humor sobre sus esperanzas con respecto a su hija. Un buen matrimonio, una carrera sólida, una vida cómoda. Que quisiera hablar de Cécile era un importante paso para el desarrollo de la operación.

Sobre el borde de una taza en un café, Dominika le preguntó una tarde si le preocupaba su futuro, que su mujer lo abandonara, que su hija conociera al hombre equivocado y fuera presa de una vida llena de melancolía como la suya. Delon miró a Dominika (el objeto de su creciente afecto); debería haber sentido que era el sedoso tacto del guante del SVR lo que le acariciaba la mejilla. Era una señal de peligro. Pero él ignoró el escalofrío, distraído por sus ojos azules y su pelo revuelto y, aunque le escandalizaba admitirlo, las rayas horizontales del jersey que trazaban la curva de su pecho. Todavía continuaban su casta amistad. Sus salidas terminaban con torpes despedidas y sonrojados apretones de manos y, una vez, con un

apresurado beso en la mejilla que hizo que le diera vueltas la cabeza.

—¿A qué estás esperando? —se enfurecía Simyonov—. Estamos aquí para atrapar a un franchute timorato, un *robkij francuz*, no para escribir su biografía.

—No es momento de ser estúpido —le dijo Dominika a Simyonov, sabiendo que estaba cometiendo una grave ofensa de disciplina—. Déjame que lo dirija yo y conseguiré reclutar al francés y a su hija —rogó.

Simyonov estaba que echaba humo; la palpitante niebla amarilla a su alrededor palideció, luego se hizo más fuerte para más tarde volver a palidecer. Estaba disimulando, planeando una traición, estaba segura. Ella continuó agobiándole con sus argumentos, pero también físicamente, enfrentándose a él. El enredo de Delon era cosa hecha. Ya estaba listo para morder el anzuelo, ella estaba convencida. Quería comenzar a hacer de espía para ella, pero aún no lo sabía. Ella se acordó de una frase que le había dicho uno de los viejos jubilados de clase de Operaciones y soltó:

—No se preocupe, camarada —dijo—, esta remolacha está casi hecha.

Al repetirlo se sintió como una veterana.

—Mira —le dijo Simyonov, señalándola con el dedo—, olvídate de viejas bromas chorras y termina de captar al objetivo. Deja de perder el tiempo.

Sin embargo, incluso mientras le echaba la bronca, él intuía los matices que Dominika introducía en la operación, un refinamiento que, era consciente, él no habría podido alcanzar y que, en consecuencia, tampoco le gustaba del todo.

Dominika finalmente invitó a Delon a su falso apartamento del norte de Moscú, cerca de la terminal ferroviaria de Bielorrusia, no lejos de la escuela de idiomas donde decía trabajar. Era un pequeño piso de dos habitaciones con un salón, una cocina americana, un baño separado por una cortina y un minúsculo dormitorio. La alfombra estaba deshilachada, el papel de la pared desteñido y lleno de burbujas por la edad. Había una tetera abollada, demasiado vieja para silbar, sobre el único fuego de una cocina de propano. Pequeño y sórdido, cierto, pero un apartamento en Moscú no compartido con parientes o compañeros de trabajo era todavía un lujo indescriptible.

Otro aspecto que Delon no podía apreciar era que las paredes, techos y apliques estaban plagados de lentes y micrófonos. Los apartamentos a los lados, arriba y abajo también eran unidades controladas por el SVR. La energía consumida por el bloque de apartamentos podía haber iniciado el vuelo de un bombardero Tupolev Tu-95. A veces, tarde por la noche, se podía oír el zumbido de los transformadores del sótano.

—Simon, necesito tu ayuda —dijo Dominika abriendo la puerta de su apartamento.

Con un ramito de flores azules en la mano y una botella de vino debajo del brazo, Delon enseguida pareció preocuparse. Era la tercera visita al apartamento de Nadia, y las anteriores se habían limitado a escuchar cintas castamente, beber vino y conversar. Dominika añadió un tono nervioso a su voz y sacudió la cabeza.

—He aceptado un trabajo temporal como intérprete, del francés al ruso, para la feria de Comercio ITFM el mes próximo. Para ganar un dinero extra. ¿En qué estaba pensando? No tengo ningún vocabulario de la industria, energía o comercio en ninguna de las

dos lenguas.

Delon sonrió. Dominika notó que su aura azul brillaba con confianza y afecto. Se sentaron en el pequeño diván del minúsculo saloncito. Él lo sabía todo sobre la feria. Era su trabajo. Al menos seis técnicos del SVR tras las paredes observaban y grababan la escena.

—¿Eso es todo? —preguntó Delon—. En un mes te puedo enseñar todo el vocabulario francés que necesitas. —Le dio unas palmaditas en la mano—. No te preocupes.

Dominika se inclinó hacia él, le tomó la cara con las manos y le plantó un beso de vodevil en los labios. Había calculado cuidadosamente el tiempo y la naturaleza del beso. Aunque aparatoso e infantil, ese beso era la primera vez que Delon sentía los labios de Dominika.

—No te preocupes —volvió a decir tembloroso.

Había sentido el sabor de su barra de labios. Las palabras azules tenían ahora un color uniforme y más oscuro. Él había tomado la decisión.

Dominika siempre había mostrado interés por su empleo, sus deberes como diplomático, y Delon se había acostumbrado a describir su trabajo encantado. Ahora él podía hacer algo por ella. La noche siguiente, Delon fue al apartamento de Nadia directamente desde la embajada con su cartera, de la que sacó un informe de veinte páginas de la Sección Comercial sobre los retos y oportunidades de inversión en Rusia. Se lo leyó en alto. La palabra *CONFIDENTIEL* estaba escrita sobre el borde superior e inferior de todas las páginas.

Más sesiones, más documentos. Cuando Delon no podía traer

originales o copiarlos, traía fotografías de documentos que hacía con el móvil. Trabajaban con sus diccionarios técnicos en francés y con los de ella en ruso. Como una profesora de idiomas competente, Dominika comenzaba a dominar el vocabulario, y él veía con orgullo de tutor que ella también comenzaba a dominar los temas de comercio internacional y energía. Delon apretó la mandíbula con convicción. La instruiría, la entrenaría, la haría una experta. La amaba, se decía a sí mismo.

Para resolver el problema de dejar los documentos de la embajada por la noche para que Dominika pudiera estudiarlos, el propio Delon comenzó a hacer copias, un paso no tan importante para el SVR en términos de copia de documentos (las cámaras cenitales en el techo sobre la mesa podían enfocar hasta la última coma), pero sí como prueba de la comisión de una falta, un paso irreversible contra el reglamento de seguridad de la embajada. Dominika sabía que había caído en la trampa: no tenía escapatoria. Para Delon, la ficción del «estudio del vocabulario» se transformó en otra ficción, la de «educar a Nadia», que a su vez se metamorfoseó en una abrumadora devoción por ella, hasta el punto de ser capaz de hacer cualquier cosa que le pidiera. Esa motivación era más fuerte que cualquier compensación como agente que ella pudiera haberle ofrecido. Mucho más, también, que las amenazas de chantaje que podría conllevar un escándalo de dormitorio. Si ya se había dado cuenta de que estaba trabajando para la inteligencia rusa, nunca llegó a admitirlo. Simyonov, que observaba el progreso de cerca, convocó otra reunión y montó un numerito gritando que tenía que avanzar e instándola a llevarse a la cama al diminuto francés.

—Adelante, llévatelo tú a la cama —les dijo Dominika a Simyonov

y a los hombres alrededor de la mesa—. ¿Quién quiere follárselo?

La habitación cayó en el silencio. Dominika intentó ser más suave.

—Mirad —dijo—, el siguiente paso es extremadamente delicado.

Primero tenía que conseguir que Delon accediera a contactar con su hija, luego pedirle a ella, con toda delicadeza, que le proporcionara secretos de Defensa. Era como tirar de los hilos para controlar una marioneta pegada a otra marioneta. Una vez que su hija cruzara la línea, Delon tendría que asegurar su participación continuada.

—Cuando los documentos de Defensa empiecen a fluir, el caso estará hecho —dijo Dominika.

Simyonov escuchaba amargamente sin estar del todo convencido. El plan era demasiado complicado. Esta *diletantka* era una insubordinada. Pero resolvió esperar un poco más. Se reafirmó en sus planes tras otra conversación en el pasillo con el general Korchnói. El veterano espía dijo que él estaba de acuerdo con que había que avanzar con el reclutamiento y se compadeció de Simyonov cuando se enteró de la terca actitud de Dominika.

—Estos jóvenes agentes —dijo Korchnói—. Cuéntame más sobre ella.

Irónicamente, fue el timorato Delon quien forzó el calendario. Sentado en el sofá de Dominika una noche, revisando otro documento comercial de nivel medio, Delon le había tomado impulsivamente las manos entre las suyas. Se había inclinado sobre ella y la había besado con ternura. Quizá la intimidad de trabajar juntos finalmente había podido con él; quizá adivinaba que había

sido arrastrado a una red de espionaje y eso le ponía fatalista. Fuera lo que fuese lo que hubiera despertado en él, Dominika le devolvió el beso con igual ternura, sopesando la situación rápidamente. Estaban en un punto crítico de la operación. Acostarse ahora con él, antes de incorporar a la hija en el plan, podía comprometer la transición. Por el contrario, podía consolidar su control sobre él. Dominika pensó en los carrillos grasientos y las tripas colgantes de los tipos de la pequeña habitación al otro lado de la pared.

Como si notara su indecisión, los labios de Delon vacilaron, sus ojos se abrieron de repente. Iba a parar en el momento menos probable. El halo alrededor de su cabeza estaba en llamas, incandescente. En ese instante Dominika supo que tenía que dar el siguiente paso, tenían que convertirse en amantes. Ella lo guiaría, le ayudaría a seducirla.

Dominika sintió un ligero arrepentimiento al llegar a este estadio. Era tan confiado y dulce, ¡qué diferente a su farsa con Ustinov! Y ahora tenía el entrenamiento de un gorrión, apuntes que comenzaban a emerger de forma incontrolable en su cerebro. Dominika puso una mano detrás de la cabeza de Delon y presionó los labios contra los de él con más fuerza («número 13: da señales inconfundibles de predisposición sexual») y tomó aire temblorosamente («número 4: provoca una respuesta fingiendo pasión»). Él se separó y la observó con los ojos muy abiertos. Ella le acarició la mejilla y luego, mirándole a los ojos, le colocó la mano en el pecho. Delon podía sentir el latido de su corazón y presionó la mano contra el cuerpo de ella con mayor fuerza («número 55: muestra abandono carnal para hacer más auténtica la excitación física»). Dominika se estremeció. Él la observaba sin mover las

manos.

—Nadia —susurró.

Ahora con los ojos cerrados, Dominika frotó su mejilla contra la de él y acercó la boca a su oreja («número 23: estimula su deseo con palabras»).

—Simon, *baise-moi* —murmuró, y se levantaron para entrar tambaleándose en el sombrío y minúsculo dormitorio (que, en realidad, estaba mejor iluminado que el estadio del Dinamo de Moscú, pero con luz infrarroja invisible).

Dominika se quitó la falda y luego la blusa, pero conservó el escotado sujetador («número 27: utiliza la incongruencia de la desnudez y el vestido para azotar los sentidos»), y observó a Delon saltar ridículamente para desprenderse de los pantalones, mientras ella se acariciaba los muslos («número 51: autoestimúlate para generar feromonas»).

Él era como una tórtola en la cama, aleteando, plumoso, ingrávido sobre el cuerpo de ella. Se frotaba la cara suavemente contra sus pechos y ella casi ni le sentía, pero arqueó la espalda y le rodeó con las piernas («número 49: genera tensión dinámica en las extremidades para acelerar la respuesta nerviosa»). Por un instante se concentró en la apertura del aplique de la luz del techo. Él puso la cabeza entre sus pechos para mirarla. Ella le devolvió la mirada y él suspiró y aleteó más enérgicamente sobre ella. Dominika cerró los ojos («número 46: bloquea las distracciones que desvíen la respuesta sexual»), pronunció su nombre una y otra vez, y sintió que un gradual estremecimiento sacudía su cuerpo. Ella le ayudó («número 9: desarrolla el músculo pubocoxígeo») y él gimoteó:

—Nadia*, je t'aime.*

Ella le acarició el cuello y le susurró:

—*Lyubov' moja.* —«Mi amor.»

Supo lo que estaba pasando cuando la puerta de la habitación se abrió de golpe, la bombilla naranja de la lámpara del techo (para mejorar el contraste de las cámaras digitales) inundó la habitación y tres hombres trajeados entraron a trompicones. Tenían el cuello de la camisa húmedo y sus ojos parecían los de un cerdo en un bosque de trufas. Habían estado mirando desde la habitación de al lado, y su olor a sudor, a camisa sucia y calcetines de una semana llenó la habitación.

En el momento en el que se abrió la puerta, Dominika se sentó en la cama y apretó a un aterrorizado y encogido Delon contra ella, como si fuera su muñeca preferida, y comenzó a gritar que se fueran en ruso. Sabía que Simyonov acababa de destruir su minucioso plan de reclutamiento. No había podido esperar y había preferido proceder según su tosco guion. Era un golpe bajo contra ella. Era el precio por sus locuaces intervenciones en la mesa de juntas, sus irrespetuosas interrupciones. Ella recordó que había intentado hablar como uno de ellos: «La remolacha está casi hecha», había dicho. Bueno, le estaba demostrando quién mandaba.

Le arrancaron a Delon de los brazos, lo arrastraron fuera de la cama y lo llevaron al salón a empujones. Lo arrojaron sobre el sofá y le tiraron sus pantalones arrugados. Delon levantó la mirada hacia los gigantescos hombres sin entender. Dominika continuaba con los insultos desde la cama mientras se cubría con una sábana y se ponía en pie. Estaba casi ciega de rabia y sentía el cuerpo, la garganta y la cabeza tensos, y los oídos inundados por un pitido.

Estaba decidida a echarlos de la habitación y recuperar la

situación. Antes de que pudiera levantarse, el tercer hombre la agarró de la muñeca y la sacó de la cama hasta el salón. Cuando Delon vio que la estaban maltratando, hizo amago de levantarse, pero los otros dos hombres lo empujaron hacia el sillón. El hombre giró a Dominika para ponerla frente a él y le dio una bofetada en la mejilla.

—*Shalava, suka!* —escupió, y la arrojó al suelo.

Fuera esto una interpretación o no, Dominika alzó la mirada hacia el bastardo que la había llamado «puta» y «ramera», y midió la distancia hasta sus ojos. Se puso en pie y dejó que la sábana se deslizara hasta el suelo. Todos los ojos de la habitación se transfiguraron por su cuerpo, su pecho respirando agitadamente, sus piernas rígidas. Intentó dar una patada y el hombre del SVR se agachó hacia delante para protegerse. Dominika rápidamente estiró el brazo y le clavó las uñas del índice y el pulgar en el septo entre los dos orificios nasales, le pellizcó con fuerza y lo arrastró hacia ella, una táctica improvisada de las celdas de tortura del NKVD de los años treinta. Dominika tiró de la cabeza del matón, que aullaba sin resistirse, hacia abajo, contra la mesita del salón (enterrada en documentos comerciales de la embajada francesa). Le dio con la esquina en la mejilla, volcó la mesilla y los papeles e hizo que el hombre cayera al suelo sobre la cadera. No se movió. Desde el sofá, Delon la miró con incredulidad.

Toda la secuencia había durado menos de diez segundos. Uno de los hombres del SVR agarró a Dominika y la empujó fuera del apartamento, arrastrándola a la fuerza por el vestíbulo y metiéndola en otra habitación a empellones.

—Quítame las manos de encima —ordenó ella mientras la puerta

se cerraba de un portazo, pero el hombre ya se había ido.

Oyó una voz que provenía del fondo de la habitación.

—Una actuación muy eficaz, cabo: un final contundente para una discreta operación de espionaje.

Dominika se volvió para ver a Simyonov sentado en un sofá frente a dos monitores. Una pantalla mostraba el apartamento contiguo: a un hombre inclinado sobre un bulto insensible tirado en el suelo, mientras el otro vigilaba a Delon, que todavía sujetaba los pantalones en la mano y miraba hacia arriba, como si rezara. La segunda pantalla repetía la escena de Dominika y Delon en la cama. Con el sonido quitado, el sexo parecía clínico, ensayado. Ella lo ignoró.

Dominika sujetó la sábana alrededor de su cuerpo con una mano, mientras se tocaba la mejilla hinchada.

—*Zhopa!* ¡Cabrón! Lo podíamos haber conseguido todo —gritó.

Simyonov no respondió. Sus ojos saltaban de una pantalla a la otra.

—Habría reclutado a su hija por mí —se enfureció.

Simyonov no se giró para mirarla, pero murmuró:

—Lo hará de todas formas.

Apuntó con el mando y el sonido surgió del monitor. Los dos hombres del SVR estaban chillando a Delon, que permanecía sentado e inmóvil en el sofá. Dominika dio otro paso descalza en dirección a Simyonov, considerando seriamente hundirle el pulgar en el ojo.

—¿No te das cuenta de que no sucumbirá al chantaje? No es lo bastante valiente. ¿De verdad crees...?

Simyonov se volvió hacia ella mientras encendía un cigarrillo. Sus

ojos centellearon, amarillos.

—Si no funciona, podemos registrarlo en tu cuaderno de fracasos —dijo—. No es decisión tuya, nunca lo fue —le comentó con una sonrisa—. Este Servicio no es de tu dominio privado.

Se giró hacia el monitor sin sonido. Dominika se contempló sombríamente envolviendo las piernas en la cintura de Delon.

—¿Cuál es el propósito de repetir el filme de la habitación, camarada? —le preguntó a Simyonov; él no respondió, pero expulsó el humo del cigarrillo hacia el techo.

—Como Serov te golpeó, no presentaré cargos contra ti por lo que le has hecho. —Señaló al otro monitor y a Serov, aún inconsciente en el suelo—. Tienes mucho genio, ¿no te parece, *lastochka*? Debería ser un activo en tu incipiente carrera. —Sonrió de nuevo y señaló con la cabeza la puerta de una habitación adyacente—. Hay una muda de ropa si quieres vestirte, cabo. Es decir, si es que no prefieres quedarte desnuda toda la noche.

Dominika se metió en la pequeña habitación y se puso rápidamente un vestido sin forma, un cinturón de plástico y zapatos de cordones negros. La imagen oficial de la Mujer Moderna Soviética de los últimos cincuenta años.

Dominika nunca volvió a ver a Delon. Su historia le llegó por partes. Un informante de la SVR que trabajaba como administrativo en la embajada francesa reportó que Delon había solicitado una cita con el embajador a la mañana siguiente. Delon confesó que había mantenido «una relación íntima con una mujer rusa de la que no había informado». El hombrecillo había demostrado un gran valor al describir el número y la naturaleza de los documentos comerciales que había compartido, copiado y comprometido. El jefe del DGSE en

Moscú envió un cable a la Central de París y a la División de Contraespionaje en la DST. Había habido los consabidos gestos de comprensión. Ante una mujer hermosa, *quoi faire?* ¿Qué se puede hacer?

Los alemanes le habrían encontrado *shuldhaft*, culpable, y sentenciado a tres años. Los americanos habrían etiquetado al pobre desgraciado de víctima de *sexpionaje* y lo hubieran condenado a ocho años. En Rusia lo hubieran liquidado por *predatel'*, por traidor. Los investigadores franceses emitieron un severo veredicto en el que se le calificaba de negligente. Delon fue transferido a Francia inmediatamente (y puesto fuera de alcance) y asignado a tareas donde no tendría acceso a información clasificada durante dieciocho meses. Estaba cerca de su hija de vuelta en París. En última instancia, su penitencia era vivir otra vez en la amplia y elegante casa de su mujer en el Distrito XVI, con solo recuerdos (durante las madrugadas insomnes) de un miserable pisito en Moscú y un par de ojos color cobalto.

ESTOFADO *DIJONNAISE* DEL JEAN JACQUES

Sazone y espolvoree pequeños cuadraditos de ternera y dórelos a fuego alto. Retire la carne. Sofría beicon picado y trocitos de cebolla, tomate, zanahoria, patatas y tomillo hasta que se ablanden. Vuelque la carne en la sartén, cúbrala con caldo de ternera y cuézalo hasta que la carne se ablande. Añádale mostaza de Dijon y un golpe de nata. Caliéntelo y sírvalo.

10

Vania Egorov fumaba como un carretero los Gitanes que le enviaba el *rezident* de París por valija del SVR. Tenía los ojos cansados y se sentía como si un cinturón de acero le oprimiera el pecho. En el vade de cuero rojo de su escritorio descansaba otro informe de vigilancia del FSB, el tercero en tres meses. Dos noches atrás, se había vigilado a un diplomático americano (sospechoso de pertenecer a la CIA) durante una RDV de doce horas. Se habían desplegado múltiples equipos sobre el joven americano y el número de espías destacados se había incrementado hacia el final de la tarde y el comienzo de la noche, cuando parecía cada vez más probable que el yanqui estuviera involucrado en una operación y se dirigiera a reunirse con un activo. Los equipos se habían mostrado entusiasmados al ver que el joven estadounidense no parecía haber detectado su presencia. Eso apenas ocurría.

El número final de observadores alcanzó los ciento veinte, según se jactaba torpemente el informe del FSB. Durante el día, las tormentas de nieve habían dejado en tierra los aviones de vigilancia, pero las unidades terrestres lo habían seguido de muchas formas y habían cambiado con frecuencia de observador. Se habían distribuido hombres a lo largo de las rutas probables que podría tomar el americano, y había equipos siguiéndolo por los flancos. Al menos un observador del FSB se encontraba en sesenta de las ciento ochenta estaciones del metro de Moscú, por si el americano cambiaba de rumbo súbitamente. Egorov pasó las últimas páginas del informe con

impaciencia. Los *dolboyoby* del FSB: menudos gilipollas.

El americano había entrado en el parque Sokolniki, en el nordeste de Moscú, al atardecer, había caminado a través del decrépito parque de atracciones, oscuro y frío, y había pasado por delante de la herrumbrosa noria, para luego entrar en un laberinto de callejuelas y callejones flanqueados por líneas de árboles desnudos. Se había detenido en una fuente vacía, donde se había sentado en el borde de cemento, en medio del frío, para contemplar tontamente los parterres yermos. Entonces, el tráfico de mensajes encriptados por radio se disparó. En efecto: se trataba de un encuentro. «Mantened los prismáticos de visión nocturna sobre el yanqui, pero también estad atentos y no os separéis de quien aparezca por el vecindario, sea quien sea: un viandante solitario, furtivo, nervioso, moviéndose en dirección a la fuente.»

Leyendo el informe, Egorov se imaginaba a los hombres del FSB saltando de árbol en árbol por el espeso bosque, con los dispositivos de visión nocturna sujetos a la cabeza como si fueran alienígenas con ojos de insecto. Se habían llevado un rastreador para buscar cables de fibra óptica enterrados. También un nervioso pastor alemán que se utilizaba específicamente para seguir americanos, pues estaba entrenado para detectar el perfume del jabón Dial y del desodorante Sure: los aromas de Estados Unidos.

Y esperaron. Y el americano esperó. Bastante más del margen de cuatro minutos habitual. Diez, veinte, treinta minutos. Nada. El resto del parque estaba vacío. Se paseó al perro por la RDV que había seguido el americano a pie, pero no hubo nada que hiciera saltar las alarmas. Ni armas ni pinchos ni dispositivos: nada. Los coches de telecomunicaciones recorrían lentamente el perímetro del parque,

grabando matrículas de la zona cuyos datos serían comprobados y cruzados. Nada. El americano abandonó el parque y, fuera de lo acostumbrado, procedió a irse a casa directamente, sin realizar ningún esfuerzo por comprobar si lo seguían. Las radios del FSB se quedaron en silencio.

Egorov lanzó el informe a la bandeja de salida con disgusto. El FSB se felicitaba por un «perfecto desarrollo del seguimiento», porque su presa no había sospechado en ningún momento que había caído en la trampa. «¡Menudo logro!», pensó Egorov. No habían conseguido nada.

Vania Egorov no lo sabía, pero la agitación sobre la operación de vigilancia del agente americano había causado tal jaleo que Marble, que se dirigía al parque Sokolniki para intentar reunirse con el yanqui, decidió en su lugar esperar y quedarse observando desde la parada de autobús de Malenkovskaya Ulitsa, a varias manzanas de la entrada del parque. Su excepcional instinto callejero quedó confirmado cuando vio tres coches de telecomunicaciones vigilantes pasar uno al lado del otro a unos cien metros de él. Los miembros del equipo de vigilancia se habían apoyado en los guardabarros, se habían fumado unos cigarrillos y se habían pasado (no muy furtivamente) una botella. Era el clásico error de vigilancia sobre el terreno: ir en grupo y hundir el buque, como *tarakanki.* Cucarachas.

«Muy bien, otro indulto a la vida que yo he elegido», pensó Marble mientras se alejaba del vecindario. ¿Cuántos más le quedarían? Pensó en lo que escribiría para su transmisión en alta frecuencia de esa noche y cómo encontraría una razón urgente para viajar al

extranjero. Tenía que reunirse con Nathaniel otra vez.

A la mañana siguiente Zyuganov, el jefe de la Línea KR, envió una *zapiska* confidencial al general Egorov, un memorándum diseñado para demostrar la presciencia y dominio de la situación de Zyuganov.

> Podría haber un número limitado de explicaciones para las actividades del oficial americano: 1. Podría haber sido un ejercicio para obtener y, más tarde, cuantificar, la capacidad de vigilancia del FSB. 2. El americano habría detectado que lo seguían y habría abortado sus planes de encuentro tras llevar a los equipos de vigilancia al parque para despistar. 3. El americano habría ignorado que le seguían, pero su agente habría abortado el encuentro por motivos desconocidos.
>
> Esta actividad por parte de los americanos parece poco planificada y torpemente ejecutada, y confirma la evaluación de Gondorf como un jefe de estación inapropiado para lidiar con la complejidad del cargo, el infeliz producto del sempiterno clientelismo.

«¿A quién le importa ese merluzo? —pensó Egorov—. Bastante tenemos con los chapuzas de nuestro Servicio: estúpidos, arrogantes, mimados.»

Vania sabía con certeza que habían fallado otra vez, que un topo andaba suelto y seguía sudando por las noches en la cama traicionando a Rusia, poniendo en riesgo el futuro político y personal de Vania Egorov.

Ese día, a media tarde, una llamada telefónica del Kremlin le había dejado destrozado. La suave y hueca voz del presidente le llamaba por la línea encriptada. Putin sabía lo que había sucedido con la vigilancia de la noche anterior en el parque Sokolniki y le recitó varias interpretaciones de lo que podría haber sucedido. Vania anotó

mentalmente que la *zapiska* de Zyuganov se había colado en aquella oficina.

«Un triunfo del contraespionaje contra los americanos sería muy oportuno —había ronroneado el presidente al teléfono—. En época de crisis para la Madre Patria, hay menos tiempo para *hozjajki*, esas amas de casa que se dedican a aporrear cazos y sartenes en señal de protesta. —Se hizo el silencio en la línea, pero Vania no dijo nada. Estaba familiarizado con la cadencia del discurso del presidente—. El tiempo es un lujo que no nos podemos permitir», dijo Putin para terminar y desconectó la línea.

Vania miró el auricular y lo devolvió a su base. *Sookin syn*, hijo de puta. Apretó el botón de su interfono:

—Zyuganov, inmediatamente.

El topo aún campaba a sus anchas, pero si los encuentros clandestinos en Moscú no estaban funcionando, quizá las reuniones en terceros países fuera de Rusia fuesen la clave. Y Nash estaba justo al lado, en Finlandia. Nash. Apretó el interfono otra vez.

—Egorova, mi sobrina. Al instante.

Al cabo de veinte minutos, Dominika estaba sentada frente a su escritorio. Los pies del jefe de contraespionaje, Zyuganov, no tocaban el suelo. Se sentó enfrente de ella. Todos los botones del informe traje negro del enano estaban abrochados y él se agarró a los brazos de la silla. Su perpetua e insulsa sonrisa exasperaba a Vania. Su enano venenoso.

Como era habitual, Dominika era una visión deliciosa, con una falda y una chaqueta de lana azul marino, y el pelo recogido en el moño reglamentario. Lanzó una rápida mirada a Alexéi Zyuganov y a los triángulos negros que emergían detrás de su cabeza. No era tan

nueva en el Servicio como para no haber oído sobre su trabajo en las celdas de tortura de Lubianka durante los últimos años de la Unión Soviética.

Eran historias susurradas, increíbles, repetidas solo entre buenos amigos dentro del Servicio. Zyuganov había sido uno de los dos principales verdugos de Lubianka en los viejos tiempos, joven para el puesto pero adecuado para él por la sencilla razón de que era inmune a sus horrores. Se decía que el enano sentía fascinación por los prisioneros que ejecutaba, que le encantaba verlos colgados de las vigas del techo o echados sobre las mesas o despatarrados sobre los suelos en rampa, con la cabeza hacia el desagüe. Él se encargaba de ellos, los movía de un lado a otro (como si fueran muñecos de trapo, según se contaba), los apoyaba contra la pared para poder hablar con ellos mientras disponía y redisponía meticulosamente sus extremidades. Dominika se imaginaba las batas sucias, los cuellos morados, los...

—Parece que nos pasamos la vida sentados aquí, tú y yo —dijo Vania animadamente. Dominika sacó su mente de los sótanos de Lubianka. Vio el halo amarillo de su tío, amplio y brillante. Esta iba a ser una reunión interesante—. Me alegro de volver a verte.

—Gracias —contestó ella en voz baja. Se tensó.

—Estoy encantado de saber que el general Korchnói te ha ofrecido un puesto en el Departamento de las Américas.

«Venga ya, termina de una vez», pensó ella.

—Cuando el coronel Simyonov me liberó del Quinto, no tenía despacho. Le agradezco mucho al general la oportunidad —dijo Dominika.

—Korchnói me ha dicho que le impresionó tu trabajo con el

francés —comentó Vania.

—A pesar de que la operación fuera un fracaso —replicó Dominika.

—Todos tenemos éxitos y fracasos —dijo Vania, bañado en amarillo y haciéndose el amable.

Dominika alzó la voz levemente.

—La operación contra Delon podría haber continuado progresando si el Quinto Departamento no hubiera actuado prematuramente. Podríamos haber penetrado en el Ministerio de Defensa francés.

—He leído el informe. Era prometedor. ¿Por qué no lo logramos entonces? —interrumpió Zyuganov suavemente.

Dominika se obligó a que no se le notara en los ojos la impresión que le causaban las parábolas negras que se extendían como alas de murciélago tras los hombros de Zyuganov. «*Shaitan;* maldad en estado puro», pensó Dominika.

—Tendrás que preguntarle al jefe del Quinto Departamento —respondió Dominika sin mirar a Zyuganov a los ojos, pues no quería ver lo que vivía en ellos.

—Quizá lo haga —dijo Zyuganov.

—Ya está bien. Las recriminaciones no sirven de nada. Cabo Egorova, a usted no le concierne cuestionar las decisiones de oficiales superiores —comentó Vania con suavidad.

Dominika conservó el tono de voz y sus ojos no abandonaron ni un instante los de su tío.

—Por eso el Servicio tiene dificultades para existir. Por eso Rusia no puede competir. Por actitudes como esta. Oficiales como Simyonov. Son como *krovopiytsy,* agarrados a la tripa, chupando sangre, imposibles de quitar.

Se hizo un silencio en la sala mientras se miraban entre sí.

Zyuganov observaba la cara de Dominika; no movió las manos de los brazos de la silla.

—¿Qué voy a hacer contigo, sobrina? —dijo Vania finalmente, levantándose de su escritorio y caminando hasta el ventanal—. Tu expediente es sólido, no deberías poner en riesgo la carrera que tienes por delante. La forma en la que me has hablado es suficiente para que te eche del Servicio. ¿Quieres continuar con tus quejas?

«Y piensa en tu madre», se anticipó Dominika.

—Y piensa en tu madre —dijo Vania—, necesita tu ayuda.

—Me estoy aprovechando de nuestra relación, lo sé —contestó Dominika—, pero nuestro trabajo es demasiado importante para que se haga *starinnyj,* de la manera en la que siempre se ha hecho.

Se giró para mirar a su tío en el ventanal y se dio cuenta de dos cosas: de que a Vania no le importaba nada de lo que estaban hablando, tenía otros planes para ella; y de que ella tenía cierto margen en sus comentarios. Se apercibió asimismo de que Zyuganov absorbía sus palabras, lo veía irradiando humo como una caldera.

Mirando a través de la ventana, Vania sacudió la cabeza: «Bienvenida al moderno SVR —pensó—: mejoras, reformas, relaciones públicas y mujeres en el Servicio». Los agentes recién ingresados podían criticar los viejos métodos.

—Así que no te gustan los viejos métodos, ¿no? —dijo Vania.

—No me gusta fracasar en una operación que podía haber sido un éxito, sea cual sea el motivo —contestó Dominika.

—¿Crees que estás lista para dirigir tu propia operación? —preguntó Vania suavemente.

—Con la guía y el consejo de oficiales como tú o el general Korchnói... y del coronel Zyuganov, por supuesto —respondió

Dominika.

Se forzó a incluir al pequeño amante de cadáveres sentado a su lado. Él volvió la cabeza hacia ella, con las orejas de soplillo desplegadas, y asintió.

—Casi todo el mundo diría que eres demasiado joven, demasiado inexperta, pero veremos. —Dominika notó el tono de Vania, las frases almibaradas que anunciaban el golpe—. La naturaleza de la misión que tengo en mente lamentablemente te sacará del Departamento de las Américas.

—¿Cuál es la misión? —preguntó ella; se pondría a gritar si le decía que tenía que seducir a alguien.

—Es una misión en el extranjero, en una de las *rezidentura,* para encargarte de una operación de verdad. Es un reclutamiento.

Los recuerdos de Vania de sus propias operaciones en el extranjero eran cuando menos tenues, pero habló como si se deleitara en ellos.

—¿Una misión en el extranjero?

Dominika no sabía qué decir. Nunca había salido de Rusia.

—A Escandinavia. Necesito a alguien nuevo, fresco, con el instinto que has demostrado —dijo él.

«Es decir, se trata de un hombre», pensó Dominika amargamente. Él la miró a los ojos y alzó la mano.

—No me refiero a lo que estás pensando. Te necesito como *operupolnomochenny,* como agente.

—Eso es lo que quiero ser —dijo Dominika—. Miembro del Servicio. Trabajar para Rusia.

Zyuganov habló, su voz suave y grasienta, las palabras negras como el carbón:

—Y así será. Esta es una tarea muy delicada que requiere un gran talento. Una de las tareas más difíciles que hay. Tienes que destruir a un agente americano de la CIA.

Desde su oficina, Maxim Volontov, *rezident* del SVR en la embajada rusa en Helsinki, observó a Dominika cruzar el vestíbulo para devolver el informe de tapas color pardo al archivo. Desde que había llegado a la *rezidentura* desde Moscú, Dominika sacaba informes y se los llevaba al área de trabajo para leerlos, habitualmente escribiendo en un cuaderno, tomando notas. Al final del día, los devolvía al empleado encargado de los archivos, según era práctica establecida en la *rezidentura.*

Además de Volontov, Dominika era la única agente autorizada a sacar ese informe en particular. Era una copia de la *papka* sobre el agente americano Nathaniel Nash, transmitido por Yasenevo.

Volontov se fijó en las piernas de bailarina y el cuerpo que se escondía debajo de la camisa entallada. Él tenía cincuenta y cinco años, estaba lleno de verrugas y era rechoncho, con un plateado tupé soviético estilo años cincuenta. Tenía un diente de metal en la parte posterior de la boca, solo visible cuando sonreía, algo que hacía en contadas ocasiones. Su traje era oscuro, holgado y brillaba en algunas zonas. Si los espías modernos estaban hechos de compuestos de la era espacial, Volontov todavía era de planchas de acero y clavos.

Dominika observó con interés la niebla naranja de engaño y arribismo alrededor de su cabeza en forma de huevo. Naranja, distinta del tono amarillo de las morsas de Moscú. Pero había estado

en todas partes durante los tiempos difíciles de la KGB y era un superviviente proteico. Ese instinto en particular le advertía de que debía manejar con cuidado a la sobrina del primer subdirector Egorov, aunque le irritase. Además, ese bombonazo estaba allí en misión especial. Algo delicado. Después de una semana de preparación, Dominika iba a asistir esa noche a su primera recepción diplomática (el Día Nacional en la elegante embajada española) para ver si podía localizar a Nash, el americano. Volontov también estaría allí, observándola desde un extremo de la sala. Sería interesante verla trabajar en aquella recepción.

La mente de Volontov, que funcionaba con gasolina diésel, se acordó de los deliciosos canapés que siempre servían los españoles. Dominika se alojaba temporalmente en un apartamento de la parte vieja de Helsinki, alquilado a toda prisa por la *rezidentura* por orden de Moscú, separado y con un diseño distinto de los de la comunidad de la embajada rusa, por lo general apiñada en apartamentos minúsculos del complejo diplomático. Helsinki era una maravilla. Dominika había mirado con asombro las pulcras calles, los edificios con cornisas onduladas pintadas de amarillo, rojo y naranja, y las cortinas de encaje en las ventanas, incluso en las tiendas.

En su confortable apartamentito, Dominika se preparó para el Día Nacional de España. Se maquilló y se vistió. Se cepilló el pelo; notaba el mango del cepillo caliente en la mano. Lo que es más, ella se sentía acalorada, lista para la batalla. Su pequeño apartamento estaba bañado de ondulantes barras de colores: rojo, carmesí, lavanda; pasión, excitación, desafío. Revisó lo que Volontov le había dictado que tenía que conseguir con respecto al americano. La primera noche, establecer contacto; en las semanas posteriores,

organizar el seguimiento; luego, regularizar los encuentros, desarrollar vínculos de amistad, construir la confianza y descubrir sus patrones y movimientos. Hacer que hablara.

Había recibido instrucciones de la Central. Antes de abandonar Moscú, Zyuganov le había hablado brevemente.

—Cabo, ¿tiene alguna pregunta? —preguntó. Sin esperar una respuesta, continuó—: Se da cuenta de que esta no es una operación de reclutamiento, al menos no en el sentido clásico. El objetivo prioritario no es de carácter exterior. —Se pasó la lengua por los labios. Dominika permaneció quieta, callada—. No —continuó Zyuganov—, esto es más bien una trampa, un cebo. Todo lo que necesitamos es una indicación (activa o pasiva, eso no importa) de cuándo y dónde se reunirá el americano con su informante. Yo haré el resto. —Miró a Dominika con la cabeza levemente inclinada—. ¿Lo has entendido? —Su voz se volvió más sedosa—. *Obdirat*, quiero que lo despellejes. Te dejo a ti la forma.

La miró fijamente. Dominika estaba segura de que él sabía que podía ver colores. Sus ojos decían: «Léeme si puedes». Dominika le agradeció la instrucción y se apresuró a marcharse.

El tal Nash era un agente entrenado en la CIA. Incluso un único contacto con él iba a requerir el máximo cuidado. Pero la diferencia era que esta operación contra el americano la dirigía ella. Era suya. Dejó el cepillo sobre la mesa y se agarró al borde del tocador mientras se miraba en el espejo.

Se devolvió la mirada. ¿Cómo sería él? ¿Podría mantener el contacto? ¿Y si a él no le gustaba ella? ¿Podría introducirse en sus actividades? Tendría que decidir la forma adecuada de abordarle rápidamente. «Recuerda las técnicas: averigua, evalúa, manipula sus

vulnerabilidades.»

Se acercó al espejo. El *rezident* Volontov la observaría y el *buivoli* de la Central también estaría atento al resultado: todos los ojos de los búfalos del rebaño fijos en ella. Muy bien, pensó, les demostraría de lo que era capaz.

Los americanos eran materialistas, vanidosos, *nekulturny.* En las clases de la Academia habían insistido en que en la CIA conseguían todo con dinero y tecnología, no tenían alma. Ella le iba a enseñar lo que era el alma. Los *Amerikanskiy* eran también blandos, evitaban el conflicto, huían del riesgo. Ella le tranquilizaría. La KGB había dominado a los americanos en los años sesenta, durante la Guerra Fría de Jruschov. Ahora le llegaba el turno a ella. Le dolían las manos de apretar el tocador. Dominika se embutió en su abrigo invernal y se giró hacia la puerta. Ese chico de la CIA no tenía ni idea de lo que se le venía encima.

El salón palaciego de la planta baja de la embajada española estaba espléndidamente iluminado por tres enormes arañas de cristal resplandecientes. Una hilera de puertas acristaladas situadas en uno de los lados de la habitación daba a un jardín francés, pero las puertas estaban cerradas para combatir las heladas del final del otoño. La sala estaba abarrotada. Mientras Dominika se detenía en el rellano y miraba a los invitados, se desplegaron ante sus ojos un centenar de imágenes. Trajes de chaqueta, vestidos de noche, gargantas desnudas, altos tocados, susurros al oído, carcajadas de cabezas inclinadas. Ceniza de cigarrillos en las solapas, una docena de idiomas hablados al mismo tiempo, vasos envueltos en servilletas

de papel mojadas. Los invitados circulaban siguiendo un patrón siempre distinto, el estruendo de sus voces era un rugido continuo. Se había dispuesto un bufet a lo largo del perímetro de la sala con comida y bebida. La gente se agolpaba alrededor en tres hileras. Dominika se obligó a mitigar el caleidoscopio de colores para poder gestionar la sobrecarga.

Se preguntó cómo conseguiría ver a Nathaniel Nash dentro de ese rebaño. A lo mejor ni siquiera había acudido. Nada más entrar en la salón de recepciones, la arrinconaron varios hombres mayores, diplomáticos por su aspecto, que se inclinaban hacia ella demasiado, hablaban demasiado alto y observaban su busto con demasiado descaro. Dominika llevaba un discreto traje de chaqueta gris con una única hilera de perlas; la chaqueta estaba abotonada, dejando ver ocasionalmente un toque de encaje negro. «Nada muy obvio —pensó Dominika—, sino más bien sofisticado y sexy.» Desde luego, las mujeres escandinavas a veces se vestían como putas. Por ejemplo, a la rubia escultural de pie al lado de la doble cristalera le estallaba el corpiño de cachemira, revelando cada detalle de su anatomía. Tenía el pelo tan rubio que casi era blanco, y jugaba con él mientras se reía de algo que un hombre joven le había dicho. El hombre joven. Era Nash. Conocía su rostro por los cientos de fotografías de su expediente.

Dominika avanzó lentamente hacia la cristalera, pero era tan costoso como andar en plena hora punta en el metro de Moscú. Cuando llegó, Miss Escandinavia y Nash se habían ido. Dominika intentó buscar la cabeza rubia de la mujer (esa amazona era media cabeza más alta que el resto de la gente), pero no logró localizarla. Como le habían enseñado en la Academia, Dominika caminó en el

sentido de las agujas del reloj por el perímetro de la sala buscando a Nash. Se acercó a una de las mesas del bufet donde el *rezident* Volontov estaba de pie, con el plato y la boca llenos de tapas. No hacía ningún esfuerzo por hablar con nadie. Se metió un trozo de tortilla de patata en la boca, ajeno a la multitud que lo rodeaba. Dominika continuó circulando alrededor de la habitación. Podía ver los anchos hombros de la rubia alta, rodeada de los encantados rostros de cuatro hombres sudorosos. Pero Nash no estaba. Finalmente, Dominika lo vio en una esquina de la sala, cerca de la barra.

Pelo oscuro, figura esbelta, vestía un traje azul oscuro con una camisa azul claro y una sencilla corbata negra. Su rostro era abierto, su expresión enérgica. «Tiene una sonrisa deslumbrante», pensó Dominika. Irradiaba sinceridad. Permaneció de pie cerca, al lado de una columna del salón de baile, de forma lo bastante informal y sin que la observara el americano. Lo que era más notable y más sorprendió a Dominika fue que Nash estaba bañado de un morado oscuro, un color bueno, cálido, honesto, seguro. Solo lo había visto en dos personas más: su padre y el general Korchnói.

Nash estaba charlando con un hombre de cincuenta y tantos, bajo, de pelo ralo y nariz bulbosa, que ella reconoció como uno de los traductores de la embajada rusa. ¿Cómo se llamaba? ¿Trentov? ¿Titov? No, Tishkov. El traductor del embajador. Hablaba inglés, francés, alemán y finés. Ella se acercó más, utilizando la multitud en la barra como escudo, y cogió una copa de champán. Oyó a Nash hablar en un excelente ruso, sin acento, al sudoroso Tishkov, que sostenía un vaso de whisky lleno hasta la mitad. Escuchaba nervioso a Nash, lanzándole miradas intermitentes y asintiendo

ocasionalmente. Nash incluso hablaba como un ruso: abriendo y cerrando las manos, empujando las palabras por el aire. Extraordinario.

Dominika tomó un sorbo de champán y se acercó un poco más. Observó a Nash por encima del borde de su copa. Estaba relajado, sin agobiar a Tishkov, pero se inclinaba hacia delante para hacerse oír sobre el estruendo de la sala. Le estaba contando al hombrecillo la historia de un ciudadano soviético que aparcó frente al Kremlin. «Un policía le asaltó corriendo y le gritó: "¿Estás loco? Aquí está todo el gobierno". Y el hombre respondió: "No pasa nada, mi coche tiene buenos cerrojos".» Tishkov intentó reprimir la risa.

Desde el otro lado del bufet, Dominika vio a Nash pedir otro whisky para Tishkov. Este le estaba contando su propia historia, agarrando del brazo a Nash mientras hablaba. Nash se reía, y Dominika pudo verlo emplear su encanto con el hombre. Atento, encantador y discreto, Nash estaba intentando que Tishkov se sintiera cómodo. «Es un espía», pensó Dominika.

Dominika divisó a Volontov detrás de Nash y Tishkov, en medio de la sala. El rinoceronte del *rezident* parecía no darse cuenta del encuentro, casi de manual, entre un espía americano y un potencial objetivo. Nash levantó la vista un segundo y escaneó la sala rápidamente. Sus ojos se encontraron y, al notarse pillada por un instante, Dominika desvió la mirada y Nash volvió a atender a Tishkov. No registró haberla visto, pero en esa décima de segundo Dominika sintió una sacudida; era la primera vez que experimentaba la chispa eléctrica que surge al ver de cerca al objetivo. Su presa. Solían denominarlo el *principal enemigo*.

Dominika descansó detrás de la columna y observó al americano.

Fascinante, esa postura tan distendida. El joven había logrado mantener interesado a Tishkov, más viejo. Seguro de sí mismo, pero no *nevospitannyi,* sin ser grosero o fanfarrón, nada parecido a sus colegas del Quinto. *Sympatichnyi.* Los nervios que había sentido antes sobre abordarle, sobre poder contactar con él, se evaporaron. Deseó acercarse en ese momento, entrar en su espacio, en su cabeza, como había practicado con Mijaíl en Moscú, utilizando la belleza de su cara y su buen tipo para captar su atención. Tan sencillo como aproximarse más, una rápida presentación...

«No. Tranquilízate.» Con Tishkov por ahí, Dominika no podía abordarlo. Las instrucciones de la Central sobre Nash eran muy específicas. El contacto debía ser en privado, no oficial, y nadie de la embajada debía enterarse, excepto Volontov. Sería profesional, estricta, calculadora. Era lo que exigía la operación y no se iba a desviar. Para conseguir conocerlo, Dominika necesitaba una estrategia mejor que simplemente asistir a todos los eventos diplomáticos de Helsinki del siguiente año.

Unos días después, el destino le ofreció a Dominika la oportunidad que necesitaba en un lugar que no podía haber previsto. A pesar de su discreta entrada bajo un modesto neón, la piscina de Yrjönkatu, en el centro de Helsinki, era una joya neoclásica, construida en los años veinte y situada a pocas manzanas de la estación de tren. Lámparas de cobre *art déco* a lo largo de una entreplanta con balcones se suspendían sobre la elegante piscina y proyectaban sombras propias de un set cinematográfico sobre las pilastras de mármol gris y el titilante suelo de baldosas.

Gracias a las constantes sesiones de terapia acuática de la escuela de baile, Dominika era una gran nadadora, muy comprometida. Comenzó a ir a la piscina, a unas cuantas manzanas de su apartamento, como válvula de escape. Le gustaba sobre todo la hora del mediodía. Por la noche estaba demasiado oscuro, hacía demasiado frío, y el paseo a casa le resultaba demasiado deprimente. Además, empezaba a sentirse cada vez más sola y errática. Volontov, como fiel reflejo de la impaciencia de Moscú, la presionaba para que avanzara en su encuentro con Nash. Programar un encontronazo azaroso y verosímil con un objetivo, incluso en un sitio tan pequeño como Helsinki, no era algo que pudiera hacerse sin más, automáticamente. Pero eso a Volontov no le importaba.

Dominika avanzó en el caso de la forma más fortuita. Un día Volontov le pidió que actualizara un informe para Yasenevo y se perdió su chapuzón de las doce. Tuvo que ir después del trabajo y ahí estaba Nate saliendo del vestuario masculino y andando por el borde de la piscina con una toalla alrededor del cuello. Dominika estaba sentada al final de la piscina, con las piernas metidas en el agua cuando lo vio. Sin prisa, se levantó y se acercó a uno de los pilares de mármol para observarlo. Nadaba fluidamente, pero con fuerza. Dominika observó sus hombros juntarse y abombarse mientras roturaba el agua.

Dominika intentó aplacar su nerviosismo. ¿Debía tirarse a la piscina, literal y figuradamente a la vez? Podía esperar y reportar a Volontov que había descubierto uno de los patrones de Nash y que iba a poner en marcha sus planes para establecer contacto. Pero eso se vería solo como un retraso. Podía hacer algo ahora, en ese momento. *Privodit´ v dejstvie,* como decían en la Academia, pon la

operación movimiento. Era una oportunidad perfecta para un primer contacto que parecería casual y azaroso. «Muévete.»

Dominika llevaba un sencillo bañador de natación y un gorro de baño blanco. Se deslizó dentro del agua y lentamente atravesó varias calles hasta llegar a la contigua a la de Nate. Empezó a nadar pausadamente por la calle, dejando que Nate la pasara y volviera a pasarla en el siguiente largo. Calculó que la tercera vez que Nate la superara coincidirían justo al final de la piscina. Nate dio una voltereta relajadamente para empezar el largo de vuelta.

Dominika comenzó a nadar para mantenerse a la altura de Nate, lo cual podía hacer sin esfuerzo. Ninguno nadaba muy rápido. A través de las burbujas, Dominika veía su cuerpo bajo el agua, deslizándose rítmica y suavemente a crol. Dominika y Nate tocaron el final de la piscina al mismo tiempo y comenzaron el largo de vuelta hacia el otro extremo. Para entonces, Nate ya se había percatado de que había otra persona nadando a su mismo ritmo. Miró por debajo del agua y vio que se trataba de una mujer, elegante en su bañador de natación, que daba brazadas fluidas y enérgicas.

Nate se esforzó un poco más para ver si unas cuantas brazadas le permitían adelantar ligeramente a la misteriosa nadadora. Ella siguió a su altura sin esfuerzo aparente. Nate braceó con más fuerza flexionando los dorsales. Ella se mantuvo a su ritmo. A medida que se aproximaba al bordillo, Nate decidió emplearse a fondo, clavar el giro y aumentar la velocidad de sus brazadas en el siguiente largo. «Vamos a ver si consigue hacer el giro y finalizar con un esprint.» Tomó aire al llegar a la pared. Elevó las piernas por encima de la cabeza, flexionó los pies con fuerza contra la pared y salió disparado

limpia y potentemente, listo para seguir avanzando. Movió los brazos como aspas, subiendo los codos, estirándose, avanzando, como si fueran un metrónomo: chop, chop, chop, entrando en el agua, llenándole los oídos. Aumentó la velocidad de la patada y sintió las ondas del agua sobre la cabeza y los hombros. Suave y velozmente, limitó las respiraciones a un único lado, el opuesto a la chica. Ya habría tiempo cuando tocara el bordillo y se quedara esperando a que ella llegara nadando hasta el bordillo. Durante los últimos cinco metros, Nate se deslizó estirándose y volviéndose hacia la chica. Pero ella ya estaba allí, su estela tocó la pared al mismo tiempo que él. Le había ganado por la mano. Ella se giró hacia él mientras se ponía de pie en el lado poco profundo, se quitó el gorro de la cabeza y agitó el pelo, ligeramente húmedo.

—Nadas muy bien —le dijo Nate en inglés—. ¿Estás en algún equipo?

—No, en realidad no —contestó Dominika.

Nate se fijó en sus fuertes hombros, las elegantes manos que se agarraban al bordillo, las uñas cortas y sin pintar, y esos ojos azules, eléctricos y enormes. Nate había clasificado el acento de su inglés de báltico o ruso. Había un montón de finlandeses que hablaban inglés con acento ruso.

—¿Eres de Helsinki? —preguntó Nate.

—No, soy rusa —dijo Dominika, observando su cara en busca de alguna reacción de desdén o de rechazo; en su lugar apareció una brillante sonrisa.

«Adelante, sr. CIA —pensó—. Y ahora, ¿qué vas a decir?»

—Una vez vi al equipo de natación del Dinamo competir en Filadelfia —dijo Nate—. Eran muy buenos, sobre todo a mariposa.

El agua de la piscina chocaba contra sus hombros y reflejaba su halo morado.

—Claro —comentó Dominika—. Los nadadores rusos son los mejores del mundo.

Iba a decir «como en todos los deportes», pero se calló. «No te pases —pensó—, tranquilízate. Muy bien, has hecho contacto, has dejado establecida la nacionalidad, ahora lanza el anzuelo.» Eran las lecciones que había aprendido en el Bosque. Se movió hacia la escalera para salir de la piscina.

—¿Vienes aquí por las tardes? —preguntó Nate cuando Dominika dijo que se tenía que ir.

Los músculos de su espalda se flexionaron al subir por la escalerilla.

—No, mi horario es irregular —respondió Dominika, intentando no sonar como Garbo—, muy irregular. —Estudió su cara; parecía decepcionado. Bien—. No sé cuándo volveré, pero quizá volvamos a encontrarnos.

Sintió que sus ojos la seguían mientras salía de la piscina y caminaba hacia el vestuario de señoras.

Al final resultó que Dominika y Nate volvieron a coincidir en la piscina dos días más tarde. Ella inclinó la cabeza sin compromiso cuando él la saludó con la mano. Nadaron unos cuantos largos, uno al lado del otro. Dominika se hizo la indiferente. Actuaba de forma correcta y reservada como contrapeso a la apabullante informalidad americana. Se decía constantemente que no debía estar tan nerviosa. Cuando él la miraba, ella sabía por su expresión que no

sospechaba nada. «Él no sabe qué es esto —pensó con entusiasmo —. Ese agente de la CIA no sabe a lo que se enfrenta.» Cuando llegó el momento de irse, ella salió de la piscina sin demora. Esta vez lo miró. Un saludo sin sonrisa. Por ahora era suficiente.

En el transcurso de varias semanas se encontraron unas cinco o seis veces, y ninguna de ellas fue por casualidad. Dominika había elegido como lugar de observación el hotel Torni, justo enfrente de la entrada a la piscina, en diagonal. Casi todas las tardes, Dominika se sentaba junto a la ventana del salón para observar su llegada. Por lo que ella veía, nunca llegaba acompañado, de lo que deducía que no lo vigilaban.

Dominika intentó desarrollar una dinámica dando pasos minúsculos e indetectables. Como continuaban encontrándose en la piscina, era normal que se presentasen. Nate le dijo que era diplomático en la embajada estadounidense y que trabajaba en la Sección Económica. Dominika le dijo que era auxiliar administrativa en la embajada rusa. Ella escuchó la historia que le servía a Nate de tapadera y le contó la suya. «Se comporta de una manera muy natural —pensó Dominika—. ¿Qué tipo de entrenamiento les dan?» El típico americano confiado, incapaz de una verdadera *konspiratisa.* La miraba sin malicia o cálculo, su halo morado nunca cambiaba.

«¡Dios, qué seria es! Típicamente rusa, con un miedo horrible a pisar en falso.» Pero a Nate le gustaban su reserva, su sensualidad latente, la forma en la que sus ojos azules lo miraban. Y le gustaba especialmente la manera en la que pronunciaba su nombre: «Neyt». Pero se decía, un tanto deprimido, que ella no tendría acceso a sus secretos. «¡Para ya! Solo es una guapa empleada de la embajada. Veinticuatro o veinticinco años, moscovita, Servicio Exterior,

administrativa en un puesto menor, recuerda conseguir el patronímico y el apellido del carnet de la piscina. Si ha salido de Moscú tan joven, seguro que algún viejo forrado se ha prendado de ella y la ha enchufado.» Algo que no era difícil de creer con esa cara y ese cuerpo bajo la licra. Inalcanzable. Nate decidió que enviaría un cable, simplemente para guardar las formas, pero sabía que tendría que olvidarse del asunto.

Esto era más que tender una trampa sexual a un desgraciado europeo en suelo patrio, se dijo Dominika. Era una operación en territorio extranjero contra un agente de la inteligencia de otro país. Estaba entrenada por la Central, sabía que tendría que recoger el sedal con mucho cuidado. Había entregado a Yasenevo un informe inicial en el que se detallaban los primeros encuentros. Volontov la presionaba para que progresara en su avance.

Habían pasado un par de semanas y Langley no había contestado al cable de Nate en el que pedía datos sobre la chica rusa. «Típico. Pero ¿a quién le importa...?», pensó. Le bastaba con verla ocasionalmente y absorber ese rostro. Había conseguido que sonriera dos veces y su inglés era lo bastante bueno como para entender un chiste. No quería ponerse a parlotear en ruso de repente y asustarla. Una noche, cuando terminaron de nadar, ambos se acercaron a la vez a la escalerilla para salir de la piscina. El bañador se le pegaba a las curvas. Nate notó el latido de su corazón bajo la tensa piel de la licra. Le ofreció a Dominika la mano para subir la escalerilla. La mano de ella era fuerte, cálida al tacto. La sujetó durante un segundo y luego la soltó. Con la cara impasible,

Dominika no demostró ninguna reacción. Le sostuvo la mirada durante un segundo más. Ella se quitó el gorro y se sacudió la melena. Dominika sabía que él la estaba mirando y conservó la calma, distante. ¿Qué diría si supiera que había sido formada como gorrión, si supiera lo que les había hecho a Delon y a Ustinov? No iba a poder seducirlo. Las carcajadas se oirían desde Moscú. No, tendría que lograr su objetivo a base de disciplina e inteligencia. «Da un paso más —pensó—. Ha llegado el momento de utilizar el elemento humano, de que ese manto morado tan frustrantemente sereno se conmueva.»

Dominika accedió a la propuesta que le hizo Nate de parar esa noche a tomar una copa de vino en un bar del barrio. El rostro se le iluminó, primero de sorpresa y luego de placer. Verse en ropa de calle en la acera les resultó raro. Dominika se sentó firmemente al otro lado de la pequeña mesa, bebiendo su copa de vino.

Llegaba la hora de sonsacarle. ¿De qué parte de Estados Unidos eres? ¿Tienes hermanos? ¿A qué se dedica tu familia? Ella iba punto por punto de su lista, rellenando los huecos de su *papka.*

Si Nate no se equivocaba, sonaba a interrogatorio. «Quizá está nerviosa e intenta desviar las preguntas sobre ella misma. Cuando los rusos no son intensos —pensó él—, suelen resultar torpes.» Bueno, dejaría que se relajara. No iba a asustarla entrándole demasiado fuerte. Asustarla, ¿de qué?, se preguntó. No era un objetivo ni tampoco se iba a acostar con ella.

Pidió pan negro y queso. «Muy listo —pensó Dominika—, cree que eso es todo lo que comemos los rusos.» ¿Otra copa de vino? No, gracias. Fue Dominika la que finalmente dijo que tenía que irse a casa. Nate le preguntó si podía acompañarla dando un paseo. En la

puerta de su pequeño y moderno bloque de apartamentos, ella lo vio luchar contra la enormidad de si inclinarse o no para darle un beso en la mejilla. Lo miró mientras intentaba decidirse (todos los hombres eran iguales), extendió la mano, estrechó la suya con firmeza y se metió dentro. A través de la puerta de cristal lo vio darse la vuelta con las manos en los bolsillos.

La agente entrenada en el SVR, licenciada de la Escuela de Gorriones y la AVR se felicitó por una velada y un progreso satisfactorios, especialmente por cortar ese beso. Luego, se rio. «Menuda cortesana estás hecha», pensó la asesina de mafiosos, la seductora de diplomáticos y ahora *otkazatsya,* tras negar un beso de buenas noches.

—Eh, Romeo —dijo Forsyth inclinándose en la puerta del pequeño despacho de Nate en la estación—. ¿Has visto lo que ha llegado de la Central esta mañana sobre Esther Williams?

Forsyth se refería a la solicitud de datos que Nate había enviado por cable sobre Dominika Egorov. Fecha y lugar de nacimiento: 1989, Moscú; ocupación: auxiliar administrativa, embajada de Rusia. Había escrito el cable hacía más de un mes. Nate esperaba que la respuesta sobre la mujer fuera «Sin datos en la Central», ni siquiera en el listado local de empleados diplomáticos. Le había dicho a Nate que tenía un puesto administrativo de rango inferior, en lo más bajo de la pirámide. El resto del cable de Nate delineaba vagamente su contacto, basado en encuentros irregulares en la piscina. Totalmente inútil, sin acceso ni potencial.

—No, no he visto el cable —dijo Nate—. ¿Está en el tablón de

lectura?

—Aquí tienes mi copia —dijo Forsyth—. Échale un vistazo.

Forsyth lanzó una risita al pasarle el cable a Nate. Cuando este empezó a leerlo, Gable apareció detrás de Forsyth.

—¿Ya ha leído Tommy Follarrápido el informe? —dijo Gable.

Él también se estaba riendo. Nate no levantó la mirada y continuó leyendo:

1. Datos sobre el sujeto de referencia. Confirmado su estatus como cabo del SVR, posiblemente en la Dirección General I (informática y diseminación de información). Posible entrada en el SVR: agosto de 2007. Licenciada de la Academia de Inteligencia Exterior (AVR): 2010. Probable conexión familiar con el primer subdirector del SVR: Iván (Vania) Dimitrevich Egorov. Puesto del sujeto en Finlandia no reflejado en las listas del Departamento de Asuntos Exteriores de la Federación rusa, lo que sugiere el estatus de puesto temporal o asignación operacional de duración limitada.
2. Comentario de la Central: el contacto referido es de interés. Los vínculos del sujeto con la dirección del SVR le dotan de posibilidades de acceso único, y representa una oportunidad significativa de reclutamiento.
3. Aplaude la diligencia de la estación por su agresiva detección y actividad de seguimiento. Anima al agente de la estación a perseguir al objetivo para su evaluación y desarrollo posterior. La Central está dispuesta a apoyar el plan de operaciones de la estación en lo que sea necesario. Saludos.

Nate levantó los ojos del cable y miró a Forsyth y a Gable.

—Uno no puede esperar un informe mejor que ese —dijo Forsyth —. Esto podría convertirse en algo grande si consigues reclutarla.

Nate notaba que las piernas se le cargaban de cemento.

—Siento que hay algo que no está del todo bien, Tom. No tiene suficiente experiencia, es demasiado novata. Está por ver si es reclutable. Es algo distante y hermética. —Miró el cable otra vez—. Durante los últimos cincuenta años no se ha permitido la entrada de mujeres en la Academia. Podría malgastar seis meses intentando captarla para nada. Creo que debería concentrarme en otra cosa.

Gable se asomó aún más dentro del despacho, superando el hombro de Forsyth.

—Tienes razón, piénsatelo bien. —Se rio—. Es una puta broma, ¿verdad? ¿Un bombonazo como ese, con un pariente próximo en la cúspide del SVR? Sí, mejor piénsatelo muy bien. Ni se te ocurra concentrarte en otra cosa. Es una puta ciruela madura esperando que la cojan.

—Vale, vale —dijo Nate—. Es simplemente que ella no parece el tipo de persona que se hace agente del SVR. Arisca y asustada, esa es al menos mi impresión —dijo encogiéndose de hombros y mirando a los otros dos.

—Bueno, pues deshazte de tu impresión, chaval. Tienes ante ti una posibilidad bastante sólida de que esto evolucione —dijo Gable abandonando la oficina—. Cuando estés listo, podemos hablar del plan de operaciones —le dijo volviendo la cabeza sobre el hombro.

Forsyth se giró para irse y le guiñó un ojo. Nate lo miró y asintió. «De acuerdo. Veamos adónde nos lleva esto —se dijo—. Una pérdida de tiempo. Venga, motívate.» Desde aquel momento, Dominika Egorova era más que una cara bonita. Era el objetivo de su misión.

Calle arriba de la embajada de Estados Unidos, en la embajada rusa, el *rezident* Volontov arengaba a Dominika sobre el lento progreso de la operación.

—Cabo Egorova, has empezado bien, pero tu progreso es demasiado lento. Desde que llegaste, el general Egorov ha enviado tres peticiones de puesta al día sobre el estado de la operación. Tienes que redoblar tus esfuerzos y avanzar en tu amistad con Nash. Encuentros más frecuentes. Excursiones a esquiar. Viajes de fin de semana. Usa la imaginación. El general Egorov ha recomendado otra vez que cultives la dependencia emocional de Nate.

Volontov se recostó en su silla y se pasó los grasientos dedos por el pelo engominado.

—Muchas gracias, coronel —dijo Dominika. Su tío, Simyonov y ahora este retrógrado maloliente—. ¿Me puede explicar, por favor, lo que el director Egorov quiere decir con *dependencia emocional*?

Le desafió con la mirada para que dijera explícitamente que quería que se acostara con el americano.

—No estoy seguro de poder hablar por boca del subdirector —contestó Volontov intentando desviarse del campo de minas en el que se había convertido su conversación—. Lo único que tienes que hacer es dar un paso más en la relación. Desarrollar vínculos de confianza. —Volontov agitó la mano en el aire para ilustrar lo que podría significar *vínculos de confianza*—. Lo más importante es conseguir que hable de sí mismo.

—Por supuesto, coronel —dijo Dominika, levantándose de la silla —. Daré un impulso a la relación y le mantendré informado. Muchas gracias por su inestimable guía.

Después de la sesión con Volontov, Dominika estaba

desmoralizada. Él se movía en un mundo resbaladizo, asqueroso, plagado de taimadas indirectas e insinuaciones. *Vínculos de confianza*, *dependencia emocional*. La Escuela de Gorriones. ¿Tendría que lidiar con eso toda su carrera?

Caminando hacia casa, Dominika pensó furiosa: «Levanta ese ánimo». Estaba en un país extranjero, viviendo en su propio apartamento en una pequeña ciudad de ensueño. Era maravilloso. Tenía un importante trabajo que hacer contra un agente americano de inteligencia. Bueno, no parecía peligroso, pero era un agente de la CIA, y eso ya era bastante. Esa noche conseguiría que hablara más sobre sí mismo. Le preguntaría lo que pensaba de los rusos (él todavía no había admitido que hablaba el idioma). Lograría que le hablara de Moscú. Tendría que admitir que había ocupado un puesto allí. Mientras caminaba rápidamente por las calles iluminadas hacia Yrjönkatu, sin darse cuenta de que su cojera era más pronunciada, esperaba con ganas su próximo contacto con Nate.

Caminando también hacia Yrjönkatu, Nate estaba tan absorto en sus pensamientos que se dio cuenta de que no estaba prestando ninguna atención a la calle, ignorando su propia seguridad. «Despierta, chico, esta es la primera noche del caso.» Aprovechó un semáforo en rojo para cruzar la calle y cambiar de dirección y así echar una mirada y observar el tráfico. «Sin choques, sin casualidades. Camina tres manzanas más y vuelve a hacer lo mismo. No he visto a gente repetida. Esto ya no es un juego divertido con una eslava de ojos azules con el bañador mojado.» No, si era una agente del SVR (aún lo dudaba), tendría que prestar atención y evaluar la situación más en profundidad. Dios, preferiría trabajarse al borrachín de Tishkov. Por lo menos tendría acceso a documentos y

reuniones privadas de unos minutos. Habría sido un verdadero chollo, algo de lo que se hablaría en la Central de Estados Unidos.

También perdida en sus pensamientos, Dominika descuidó comprobar si la seguían hasta que solo faltaban tres manzanas para llegar a la piscina. Para expiar su falta de atención, hizo un giro tan absurdo en un callejón que se sintió ridícula (los *pensionerki* la hubieran abucheado). Ambos, distraídos en sus cosas, doblaron esquinas diferentes y llegaron a la puerta de entrada de la piscina al mismo tiempo. La respiración de Dominika se aceleró; el pulso de Nate aumentó su ritmo, pero los dos recordaron lo que debían hacer con el otro respectivamente y se pusieron a trabajar.

Dominika se apoyó contra el panel de madera del reservado del bar. Sus dedos largos se enroscaron alrededor del fuste de la copa. Nate estaba sentado frente a ella, con las piernas estiradas y cruzadas a la altura del tobillo. Vestía un jersey de cuello de pico y vaqueros. Dominika llevaba un jersey azul de ochos y una falda tableada, con medias oscuras y zapatos negros planos. Nate se fijó en el balanceo de su pie bajo la mesa.

—Los americanos nunca se toman nada en serio —dijo Dominika —, siempre se burlan de todo.

—¿A cuántos americanos conoces? —preguntó Nate—. ¿Has estado en Estados Unidos?

—Había un alumno extranjero, un chico americano, en la escuela de ballet. Siempre estaba de broma.

A Dominika no le importaba mencionar el ballet. Era parte de su tapadera.

—Pero ¿era buen bailarín? —preguntó Nate.

—No especialmente —contestó Dominika—. El programa era muy difícil y él no se aplicaba.

—Debió de sentirse muy solo —dijo Nate—. ¿Le enseñaste Moscú o le llevaste a tomar algo?

—No, claro que no. Estaba prohibido.

—¿Prohibido? ¿Qué? ¿Beber o hacerle sentir bienvenido? —preguntó Nate mirando su copa; Dominika lo observó durante un segundo y luego desvió la vista.

—¿Ves? Siempre haciendo chistes —dijo ella.

—No es un chiste —puntualizó Nate—. Simplemente me pregunto lo que recordará de Rusia, de Moscú. ¿Tendrá buenos recuerdos de la ciudad o se acordará de su soledad, de no sentirse querido?

«Qué extraño decir eso», pensó Dominika.

—¿Qué sabes tú de Moscú? —le preguntó, aunque conocía ya parte de la respuesta.

—Viví allí durante un año, creo que ya te lo había dicho, estuve trabajando en la embajada americana. Viví en el complejo residencial cerca de la Chancillería.

No mostraba ningún interés, ningún cambio en su entonación.

—¿Te gustó?

—Estaba siempre ocupado; la verdad es que no tuve tiempo de explorar la ciudad. —Bebió un sorbo de vino y le sonrió—. Ojalá te hubiera conocido; me la habrías podido enseñar. Salvo que estuviera prohibido.

«Qué inocente —pensó Dominika—. Menuda actuación.» Ignoró el comentario de Nate.

—¿Por qué te marchaste después de un año? Pensaba que los

diplomáticos se quedaban más tiempo.

Con la respuesta de Nate comenzaría Dominika su informe.

—Hubo una vacante inesperada en Helsinki —dijo Nate—. Así que hice el cambio.

«Está muy tranquilo», pensó Dominika. Notó que el morado alrededor de sus hombros no cambiaba cuando mentía. Muy profesional.

—¿Te dio pena marcharte? —preguntó Dominika.

—Por algunas cosas sí —contestó Nate—. Pero también me dio pena Rusia.

—¿Te dio pena Rusia? ¿Por qué?

—La Guerra Fría terminó sin que nos voláramos mutuamente, aunque estuvimos cerca en un par de ocasiones. Fuera bueno o malo, el sistema soviético estaba acabado. Creo que todo el mundo esperaba que Rusia vería un nuevo día con libertades y una vida mejor para sus ciudadanos.

—¿Y crees que la vida no es mejor en Rusia ahora? —dijo Dominika intentando dominar su indignación.

—En algunos aspectos, sí, no hay duda —respondió Nate encogiéndose de hombros—. Pero creo que la gente todavía lo pasa mal. Lo más cruel es que la nueva era llega a su fin y todavía no ha salido nada de ella.

—No te entiendo —dijo Dominika.

«Vamos a ver si muerde el anzuelo», pensó Nate.

—No te lo tomes a mal, pero creo que vuestros actuales dirigentes están creando un sistema tan infame como el de la antigua Unión Soviética. Pero no es tan evidente. Es más moderno, telegénico, conectado. Las nuevas armas son el petróleo y el gas natural, pero

tras los bastidores hay tanta crueldad, represión y corrupción como antes. —Nate miró a Dominika con cierto pudor; levantó las manos —. Lo siento. No era mi intención criticar.

A pesar de todo su entrenamiento y práctica, Dominika nunca había mantenido una conversación de este tipo con un americano. Tenía que recordar que Nate era un espía y que estaba entrenado para decir cosas que la provocaran, que la llevaran a hacer cierto tipo de comentarios. Se dijo que tenía que relajarse. No era el momento de perder el control. Aun así, debía contestar.

—Lo que dices no es correcto —dijo Dominika—. Es la típica actitud antirrusa, de la que somos muy conscientes. Simplemente, no es cierto.

Nate pensó en el agente renegado de la KGB envenenado con polonio y el periodista tiroteado en un ascensor, y terminó su vino.

—Dile eso a Alexánder Litvinenko o a Anna Politkóvskaya —dijo Nate.

«O a Dimitri Ustinov», pensó Dominika sintiéndose culpable. Pero seguía enfadada con él.

TORTILLA DE PATATAS DE LA EMBAJADA ESPAÑOLA

Fría en abundante aceite de oliva rodajas de patata de tamaño medio y cebolla picada. Retírelas y déjelas escurrir. Añada huevos batidos. Agregue aceite de oliva a una sartén y caliéntelo a temperatura media. Vuelque la mezcla y deje que se haga hasta que los bordes estén dorados. Cubra la sartén con un plato y dele la vuelta. Deslice la tortilla de nuevo en la sartén hasta que se haga por el otro lado.

11

Nate se sentó en la estación mirando a través de las lamas de la persiana de su despacho. Distraído, golpeó el cordón de la persiana, haciendo que su extremo de plástico rebotara contra la pared y volviera, clic, clic, clic. La noche anterior se había celebrado el Día Nacional en otra embajada. La media docena de tarjetas de visita que tenía sobre el escritorio no eran gran cosa y tenía un nudo entre los omóplatos.

La idea de ir a nadar le recordó a Dominika. La había investigado a fondo, habían salido varias veces, pero todavía pensaba que el caso no iba a ninguna parte. Ella creía, estaba muy comprometida, sin dudas o vulnerabilidades. Nate perdía el tiempo. El plástico del cordón chocó contra la pared. Las tarjetas de visita sobre el escritorio se burlaban de él. Un solo papel (su último cable sobre el contacto con Dominika) descansaba en la bandeja de metal de la mesa.

Gable metió la cabeza en su oficina.

—Dios, el puto prisionero de Zenda en su torre —dijo—. ¿Por qué no estás en la calle? Lleva a alguien a comer.

—Ayer acabé baldado. Cuatro Días Nacionales solo esta semana.

Gable sacudió la cabeza, caminó hacia la ventana y cerró las persianas de un tirón. Se sentó en el borde del escritorio de Nate y se inclinó hacia él.

—Acércate, Hamlet, que te voy a dar una perla de sabiduría. Hay un elemento perverso en este mierdoso trabajo de espionaje. A

veces, cuanto más intentas encontrar un objetivo, comenzar un caso, más se aleja de ti la posibilidad. Impaciencia, agresividad (en tu caso desesperación) llenan el aire de un tufillo a azufre, nadie quiere hablar contigo, nadie quiere cenar contigo. Hay azufre en el aire. Hueles a huevo podrido.

—No te sigo —dijo Nate.

Gable se inclinó más aún.

—Tienes lo que se llama «miedo a hacerlo mal» —explicó, arrastrando las palabras—. Cuanto más te mires la polla, más blanda se te va a poner. Sigue intentándolo, pero quita el pie del acelerador.

—Gracias por una imagen tan gráfica —dijo Nate—, pero llevo en la estación un tiempo y no he hecho nada.

—Para o me voy a poner a llorar —continuó Gable—. Los únicos tíos a los que tienes que complacer somos el jefe y yo, y no tenemos queja... por ahora. Tienes tiempo, así que continúa. —Gable cogió el cable en la bandeja de Nate—. Además, la rusa de nalgas de acero es oro esperando a ser extraído, a pesar de tu evaluación profesional. Ponte a trabajar en ella, por Dios. Tengo una idea de cómo podemos hacer que el viento le levante la falda y podamos ver lo que hay debajo.

Gable propuso que el pequeño equipo de vigilancia de la estación siguiera a Egorova para tener una idea de lo que hacía en Helsinki. A Nate vigilarla le pareció una exageración. Había intentado comunicarles a Gable y Forsyth que Egorova era un objetivo de nivel menor, una administrativa sin acceso. Vigilarla era una pérdida de tiempo.

—O sea, que estamos de acuerdo en que no estamos de acuerdo —dijo Gable—. Es decir, cierra la puta boca.

Forsyth alzó la mano.

—Nate, como eres el agente encargado del caso de Egorova, ¿por qué no te ocupas del equipo de vigilancia? Es una experiencia útil y puedes aportar información. Son una pareja de viejos interesante. Ambos muy rigurosos con el procedimiento.

«Genial», pensó Nate. Gable había sugerido utilizar la vigilancia para dar impulso a la operación y Forsyth le había asignado la gestión del equipo para que se concentrase en el caso. Forsyth y Gable trabajaban bien juntos, eran verdaderos profesionales, sabían cómo motivar a sus agentes.

Gable deslizó un archivo hacia él, desafiándole con la mirada a decir algo.

—Aquí tienes el expediente de Archie y Verónica. —Se detuvo durante un segundo—. Son dos leyendas. Llevan trabajando desde la década de los sesenta. Han llegado a participar en operaciones la hostia de importantes, incluyendo la deserción de Golitsyn. Diles hola de mi parte.

Veinticuatro horas más tarde, condujo durante horas para comprobar que nadie lo seguía. Primero se dirigió al norte por la E75 durante una hora y luego al oeste por carreteras secundarias hacia Tuusula, y más tarde de vuelta a la ciudad por la 120. Después, Nate dejó el coche tirado en el aparcamiento público de la estación de tren de Pasila y fue caminado a Länsi-Pasila, un barrio de rascacielos y edificios comerciales. Encontró el edificio correcto, un modesto bloque de apartamentos de cuatro pisos de ladrillo y cristal, con balcones acristalados en ángulo. Pulsó el botón del telefonillo

marcado con el nombre RÄIKKÖNNEN y le abrieron la puerta. Nate tocó el timbre del apartamento del cuarto piso.

—Adelante —dijo la mujer mayor que le abrió la puerta.

Era vivaz y pasaba ya de los setenta. Verónica. Su rostro era estrecho y patricio, de nariz recta y boca firme, rastro de lo que debía de haber sido una considerable belleza en su juventud. Sus ojos, azules como el hielo, eran asombrosos; su piel, rosada y saludable. Llevaba pantalones de lana y un ligero jersey. Unas gafas de leer colgaban de su cuello, y había una pila de papeles y revistas en el suelo, al lado de la silla.

—Teníamos muchas ganas de conocerte —dijo—. Soy Jaana.

Tomó la mano de Nate y la apretó con firmeza. Irradiaba vitalidad y energía: el apretón, los ojos, la forma de moverse.

—¿Te apetece una taza de té? ¿Qué hora es? —Miró el reloj, que llevaba en el dorso de la muñeca: una pista clásica de un agente de vigilancia, pensó Nate—. Es lo bastante tarde como para contemplar tomar algo más fuerte. ¿Me permites ofrecerte aguardiente? —preguntó entre un aluvión de movimientos, gestos, sonrisas y miradas resplandecientes.

—Marty Gable le manda recuerdos —dijo Nate.

—Muy amable por su parte —replicó Jaana, despejando un sitio en la atestada mesa de café—. Es un cielo. Tienes suerte de tenerlo como supervisor.

Entraba y salía de la cocina con vasos y un líquido transparente no identificado dentro de una botella ovalada. *Schnapps.*

—Ha habido jefes raros durante estos años —comentó—. A ambos lados. Por supuesto, los rusos siempre eran peores, tarugos horribles que intentaban sobrevivir en un sistema brutal, que Dios los

bendiga. Desde luego nos proporcionaron épocas muy interesantes.

Jaana Räikkönnen sirvió dos copas de *schnapps*, elevó la suya en un brindis escandinavo y lo miró a los ojos al tomar el primer sorbo. El salón era pequeño y confortable, abarrotado de muebles y estanterías que cubrían las pulidas paredes de madera.

—¿Está su marido en casa? —preguntó Nate—. Esperaba conocerlo también.

—No tardará —dijo Jaana—. Estaba en la calle vigilando tu llegada. —Se encogió de hombros—. Me temo que es un hábito que tenemos.

Nate se rio para sí. Había planificado una ruta de dos horas para comprobar si lo seguían y había pasado por alto al viejo que merodeaba fuera de su edificio. «Así es como han logrado operar todo este tiempo», pensó.

Justo en ese momento sonó una llave en la cerradura, la puerta principal se abrió y Marcus Räikkönnen entró en la habitación. Archie. Llevaba un perro salchicha canela de una correa, que tras olisquear a Nate brevemente se fue trotando hacia su cama y se dejó caer. Se llamaba Rudy. Marcus era alto, superaba el 1,80, y tenía los hombros anchos. Sus cejas eran pobladas y sus ojos, azules. Bajo su fuerte mandíbula se le marcaban los músculos del cuello. Se movía con facilidad, como un atleta. Se estaba quedando calvo y llevaba el pelo que le quedaba muy corto. El apretón de su mano era firme. Vestía un chándal azul oscuro con zapatillas negras. En el lado izquierdo de la chaqueta se veía una pequeña bandera finlandesa.

—¿En la acera de enfrente, en el patio? —preguntó Nate—. ¿El banco cerca de las escaleras?

—Muy bien —dijo Marcus—, no pensaba que te hubieras fijado. —Sonrió y cogió un tercer vaso de *schnapps—.* A tu salud —dijo, vaciando el vaso mientras miraba a Nate a los ojos.

Nate recordó el expediente que resumía su carrera. Archie y Verónica habían constituido el corazón del operativo de vigilancia unilateral de la estación de Helsinki durante cerca de cuarenta años. Ahora ambos estaban jubilados. Archie había sido investigador de la Administración de Hacienda finlandesa; Verónica, bibliotecaria. Eran eficaces sencillamente porque mezclaban diversas apariencias en la calle con un instinto natural que les permitía adivinar lo que iba a hacer la presa. Por supuesto, conocían la ciudad y su sistema de metro al dedillo, habían nacido allí y habían crecido con ella. Obstinados, discretos, con la paciencia y la perspectiva de toda una vida, podían trabajar sobre un objetivo durante meses sin quemarse, sin ser descubiertos. Su estilo de vigilancia era lo que Gable denominaba *la caricia de una esposa*, en vez del *dedo del médico*.

Nate y los Räikkönnen esbozaron un plan de vigilancia para Dominika, que seguirían de forma irregular pero en momentos cuidadosamente elegidos (tardes después del trabajo, fines de semana), cuando podría ocurrir algo interesante. Desde lejos, Nate los vería trabajar. Gorros de lana, mitones y parcas un día; trajes de chaqueta y paraguas el siguiente. Bicicletas con un timbre cantarín y Rudy de la correa. Un anodino Volvo gris, una motocicleta con una cesta. Jaana seguiría a Dominika a una tienda usando un andador. Archie y Verónica lo hacían todo: vigilancia en movimiento, estática, adelantándose, cruzándose, en paralelo e intermitente.

Nate volvió a verlos en su apartamento después de las primeras dos semanas. Habían tomado algunas fotografías. Marcus resumió

los resultados hasta la fecha. Su informe era impecable, preciso. Jaana interrumpía ocasionalmente con sus observaciones.

—Primero —dijo Marcus—, estamos seguros de que todavía no ha detectado o sospechado que la vigilan —explicó encogiéndose de hombros—. Es joven, pero posee un talento considerable en la calle. No recurre a los trucos habituales y se mueve bien, saca provecho de su entorno. Yo diría que en la calle está por encima de la media. Ya conoce bien la ciudad —comentó Marcus mirando a Jaana—. Espera en la entreplanta del hotel Torni en la acera de enfrente de la piscina de Yrjönaktu.

—Marcus no está de acuerdo conmigo —dijo Jaana—, pero yo creo que no está en Operaciones. No gestiona activos y no está involucrada en apoyo operativo a la *rezidentura.* No tiene un trabajo que hacer.

Jaana miró a Marcus, esperando su réplica.

—Claro que tiene un trabajo que hacer —dijo Marcus—, lo que pasa es que todavía no lo hemos visto. Dale tiempo.

—Una cosa es segura —añadió Jaana ignorando a Marcus—: se siente sola. Se va directamente de la embajada a su pequeño apartamento. Hace la compra para uno. Durante los fines de semana pasea sola.

—¿Habéis detectado alguna señal de que esté vigilada? —preguntó Nate—. ¿Hay alguien de la *rezidentura* controlando lo que hace?

—Creemos que no —respondió Marcus—. Está limpia. Seguiremos atentos a cualquier indicación de que la estén vigilando.

—Voy a quedar más veces con ella —comentó Nate—. Necesitaré que me ayudéis a cubrir alguno de nuestros encuentros fuera de la

piscina.

Marcus asintió.

—Cuanto más la veas, más interesante se pondrá. Sobre todo con respecto a lo que hace después de vuestros encuentros. Es entonces cuando siempre corre hacia el teléfono o se reúne con un agente de la embajada. Intenta que conozcamos tus planes con el mayor detalle. Si lo deseas, te podemos hacer sugerencias sobre sitios donde os podéis ver.

—Una última cosa —dijo Jaana, sirviéndose otra vaso de *schnapps* —. Discúlpame, pero parece una persona agradable, una muchacha dulce. Necesita un amigo.

Marcus la miró a ella primero y luego a Nate, arqueando las cejas.

Nate repasó los informes de Archie y Verónica con Gable.

—Muy bien, manteneos alerta, especialmente si tiene a alguien de apoyo en la embajada —ordenó Gable—. Si vemos que tiene respaldo, probablemente es operativa, quizá te esté trabajando a ti.

—Ni de broma —dijo Nate—. Imposible.

—Me alegro de que estés tan seguro. De todas formas, persíguela, a fondo. Sin prisa, pero sin pausa.

Nate se puso el objetivo de ver a Dominika fuera de la piscina por lo menos una vez a la semana. Peinó la ciudad en busca de sitios donde encontrarse sin que los vieran. Quedaban después del trabajo en bares subterráneos, para tomar café el sábado por la mañana, para comer el domingo en cafés alejados. La sentaba dando la espalda a la sala. Había rusos de la embajada por todo Helsinki, y Nate quería evitar que alguien los viera por casualidad. Quería

construir una amistad, permanecer en la clandestinidad, llegar siempre por separado, irse cada uno por su lado. Evitar el teléfono, variar los patrones, construir una relación. Una pérdida de tiempo.

Dominika también aplicó su propio conocimiento del oficio. Comprobaba si la seguían mientras andaba por la ciudad de camino a alguna de sus citas con él. Los finlandeses se quedaban mirando a la hermosa joven morena que subía por la escalera mecánica, o que se deslizaba en un callejón nevado, o que abandonaba una tienda por la puerta trasera, sin saber que lo que estaba haciendo era comprobar si alguien la seguía o vigilar desde la acera de enfrente la llegada de Nate a la cafetería, contando las cabezas, observando las caras, marcando gorros y abrigos.

Se estaban empezando a conocer. Durante sus últimos encuentros habían hablado, hablado de verdad, una evolución natural tras pasar tiempo juntos. Dominika confirmó que Nate era sincero, natural e inteligente. No era un *nekulturny.* Simplemente era, bueno, americano. Sus comentarios sobre haber vivido en Moscú eran evasivos, claro, así tenían que ser, estaba ocultando el hecho de que había estado ocupándose de un infiltrado. A Dominika no le importaban mucho sus comentarios sobre Rusia, pues sabía que coincidía con él en casi todo. «Vamos, adelante», se decía. Tenía que pasar más tiempo con él, continuar concentrándose en sus patrones de comportamiento. Debía determinar si estaba en alguna operación.

Ella sentía presión. Si no había algún resultado pronto, con la Central y Volontov atosigándola, ¿contemplaría un acercamiento físico? *Nelzya!* Nunca. Era atractivo; su franqueza y sentido del humor, agradables. Pero ni soñarlo.

¿Cuántas veces habían salido? Nate sentía expectación por volver a ver a Dominika, pero no estaba convencido de poder persuadirla de nada. Era inflexible. Enfrentarse a cien vehículos de vigilancia en Moscú no le asustaba, pero le inquietaba determinar cuáles eran los motivos de ella. Si tenía en mente un fin operativo, Nate no podía identificarlo. Casi parecía que estaba en Helsinki solo para adquirir experiencia, y eso no tenía ningún sentido. Su conexión con el SVR era importante, lo cual hacía valioso su reclutamiento. Tenía que obtener resultados pronto o Forsyth perdería la paciencia y Gable le daría una patada en el culo.

Una cosa era cierta. Podía pasarse horas contemplando su cara. «Dios mío, escúchate. Concéntrate en el progreso de la operación, en la evaluación, en lo que a ella le puede mover.» Ahora hablaban con mayor comodidad, aunque no estuvieran de acuerdo. Ella se ponía quisquillosa y se enfurruñaba cuando él sacaba el tema de Rusia, lo notaba, pero también tenía la impresión de que a veces, aunque a regañadientes, coincidía con su opinión. No se creía la propaganda. Quizá era una puerta de entrada. Quizá no.

Se miró al espejo y se peinó. El domingo le había sugerido ir a un restaurante étnico en Pihlajisto, una comunidad a medio camino en la línea de metro, en la parte nordeste de la ciudad. Dominika había accedido a encontrase con él allí. Semanas antes, Archie lo había propuesto como sitio fuera de lo habitual: «Allí no nos encontraremos a nuestros amigos rusos —dijo—. Uno de nosotros en el tren, vigilándola; el otro, cubriéndote a ti». Nate se puso una chaqueta impermeable sobre un jersey de cuello de pico y unos pantalones de pana. Llevaba zapatos con suela de goma. Abandonó el apartamento y siguió a pie una ruta escalonada a través de las

limpias calles de Kruununhaka, luego a lo largo del helado litoral, para más tarde embarcarse en una trayectoria de despiste.

Al otro lado de la ciudad, Dominika también se miraba al espejo abriendo los ojos. No se puso perfume y se cepilló el pelo por décima vez con su cepillo-talismán de concha de tortuga. Se preparó para salir del apartamento y tomar el metro, echando un vistazo en diagonal a la calle a través de las cortinas de la ventana de la parte delantera. Tenía ganas, le apetecía hablar con él, discutir, saber cada vez más cosas.

Se puso un jersey de cuello vuelto y una chaqueta de tweed sobre unos pantalones de lana para abrigarse y unos zapatos apropiados. Se ató una bufanda sobre la cabeza como una vieja *babushka* y cerró la puerta del apartamento. Bajó al sótano del edificio, atravesó el trastero y siguió por el cuarto de calderas. Un pequeño pasillo conducía desde allí a una pesada ventana con barrotes de hierro, situada en la parte superior de la pared, que Dominika había descubierto hacía unas semanas. Parecía que había sido un conducto para el carbón que habían transformado en ventana hacía tiempo. Dos noches antes, había tardado casi una hora en abrir el cerrojo de la rejilla: esos malditos cacharros no eran sencillos, sobre todo cuando se tiene que improvisar una ganzúa con una horquilla. Dominika apiló unas cajas debajo de la ventana y, de un salto, se deslizó a través de la ventana. «Menudo comienzo para una cita», pensó, deseando verlo de nuevo.

Dominika cerró con cuidado la ventana y salió al callejón, mirando hacia las ventanas cortinadas. Nada. Caminó silenciosamente callejón arriba, se coló entre un camión aparcado y un contenedor, se apoyó sobre una valla y salió a la calle. Estaba ya a una manzana

de su edificio. Llevaba el cuello del abrigo levantado y la bufanda le tapaba la cara. Pasó otra manzana hacia el oeste con cierta indiferencia, constatando que al cruzar la calle no se encontrara repetidamente con las mismas personas y mirando el tráfico a ambos lados. Entró en el edificio Kamppi, cruzó un centro comercial, se detuvo en una librería y comprobó las caras de los presentes, luego bajó a la entrada del metro. Permaneció quieta en la lenta escalera mecánica de bajada, utilizando el cristal reflectante de los anuncios publicitarios de las paredes. Ninguna silueta. Dominika estaba llegando al andén cuando una anciana menuda, con gabardina y un sombrero flexible, se montó en las escaleras detrás de ella. Llevaba un ramo de flores envuelto en papel verde y una bolsa de rejilla con dos manzanas. Verónica esperaba poder contar un día a esa querida niña sobre lo predecible que había sido utilizando el centro comercial y una estación de metro tan cercana a su apartamento.

El instructor de vigilancia de Nate, hacía un montón de años ya borrosos, se llamaba Jay; era un viejo físico que llevaba la barba a lo Van Dyck y la melena pajiza, y que se parecía mucho, bueno, también a Van Dyck. «Quitáoslo de la cabeza: no sois héroes —les decía—. Si detectáis que os siguen, se acabó la noche. Tenéis que abortar. —Había trazado una línea horizontal en la pizarra—. Toda ruta de detección de vigilancia se diseña para que quien os esté vigilando se muestre. No se debe perder a nadie. Toda vigilancia tienen su punto débil —dijo, cruzando la línea horizontal con un trazo vertical—. Este es el punto en el que los malos tienen que decidir si permanecen indetectables u os pierden de vista. —Se limpió las manos de tiza—. Si podéis forzarlos a que se delaten sin

romperles el corazón, habréis triunfado. Solo por esa noche, claro. Luego todo vuelve a empezar.»

«A mí qué coño me importa si les rompo o no el corazón», pensó Nate. Si lo estaban siguiendo, tenían que descubrirse. Se deslizó por el terraplén cercano a las vías detrás de la estación central de tren, escaló por una valla metálica y esquivó el tráfico al cruzar la E12. Se preguntó cómo iría vestida Dominika. Por el camino buscó a Archie, pero perdía el tiempo. El viejo era un fantasma en la calle, protoplasma, humo de hielo seco. Archie estaba contraespiando a Nate, buscando a gente repetida y haciendo uso del tiempo y la distancia. Olvídate de abrigos y gorros: Archie se fijaba en el modo de andar de la gente, sus movimientos, la forma de los hombros, de las orejas, de las narices. Rasgos que un espía no puede cambiar. Y en los zapatos. Nunca cambian de zapatos.

Tres horas después de trepar por medio Helsinki, y viendo que Archie (por fin) sujetaba una bolsa de lona en la mano derecha («Estás limpio: nadie te sigue»), Nate estaba seguro de que era «invisible». El modesto restaurante rural pertenecía a una familia afgana. Nate entró en el pequeño comedor encalado, decorado con tapices en las paredes y cojines de colores en las sillas. Todas las mesas tenían una vela. Sonaba un transistor sobre una balda. Un maravilloso olor a cálidas especias y guiso de cordero llegaba de la cocina. Nate se sentó a la mesa de la esquina, mirando el ventanal delantero. Dos minutos más tarde, Archie y Verónica pasaron caminando del brazo por delante de la ventana, mirando de frente. Verónica se tocó un lado de la nariz con el dedo. La señal de que todo estaba despejado. A Archie le parecía estúpido, pero ella era implacable. Él la miró y puso los ojos en blanco, luego

desaparecieron.

Un minuto después, Dominika empujó la puerta, vio a Nate y se acercó a la mesa. Fría, segura de sí misma, serena. Él separó la silla para que se sentara, pero ella se quitó el abrigo de un tirón cuando él hizo el gesto de ayudarla. Les trajeron dos copas de vino. A Nate le dolía la rodilla mala, porque una hora antes se la había golpeado con el poste de una valla. Tenía rasguños en la mano izquierda, tras la bajada controlada por el terraplén de las vías. Dominika tenía un roto en la manga de la chaqueta a la altura del hombro de cuando se había enganchado con la esquina del contenedor de detrás de su casa. Se le habían mojado un zapato y un calcetín. Se había metido hasta el tobillo en un charco medio derretido al cruzar la calle después de bajarse del tren en Pihlajisto.

—Me alegro de que hayas podido encontrar el sitio —dijo Nate—. Queda un poco a desmano, pero un amigo me ha contado que se come fenomenal. —Miró a la luz de su pelo—. Espero que no te haya parecido demasiado lejos.

—Ha sido un viaje fácil. No había casi nadie en el tren —dijo Dominika.

«Si tú supieras», pensó Nate.

—Espero que te guste el restaurante. ¿Has probado alguna vez la comida afgana?—preguntó.

—No, pero hay algunos restaurantes afganos en Moscú. Se supone que son buenos.

Su halo era amplio e intenso, y Dominika pensó en su padre.

—Porque, ¿sabes?, me preocupaba invitarte a un sitio afgano. Me preocupaba que pensaras que quería provocarte —dijo Nate sonriendo.

—No creo que me provoques. Eres americano, no puedes evitarlo. Estoy empezando a comprenderte, por lo menos un poco —comentó mientras mojaba un trozo de pan de pita caliente en un pequeño cuenco de pasta de guisante aderezada con aceite.

—Mientras me puedas perdonar por ser americano... —añadió Nate.

—Te perdono —le dijo Dominika mirándole fijamente; sonrisa de Mona Lisa y otro bocado de pan.

—Con eso me quedo contento —comentó Nate, inclinándose sobre los codos—. ¿Y tú? ¿Estás contenta?

—Qué pregunta más rara.

—No me refiero a este momento, sino en general, con tu vida —dijo Nate.

—Sí —contestó ella.

—Es solo que a veces pareces tan seria... Triste, incluso. Sé que tu padre murió hace unos años. Sé que te sentías muy cercana a él.

Ella le había mencionado a su padre alguna vez. Dominika tragó un bocado; no quería hablar de eso, de sí misma.

—Mi padre era un hombre maravilloso, un profesor universitario, amable y generoso.

—¿Qué pensaba de los cambios en Rusia? ¿Se alegraba de la desaparición de la Unión Soviética?

—Sí, claro. Todos lo hacíamos, es decir, todos nos alegrábamos de los cambios. Era un patriota ruso. —Tomó otro sorbo de vino y meneó los dedos de los pies dentro del zapato mojado—. ¿Y tú, Neyt? —No iba a dejar que secuestrara la conversación—. ¿Cómo es tu padre? Me has dicho que vienes de una extensa familia, pero ¿cómo es tu padre? ¿Estáis unidos?

Nate tomó aire. Esto era un toma y daca, un intercambio de preguntas.

Una semana antes, Nate le había confiado a Gable que creía que no iba a ninguna parte con la chica rusa. Estaba siempre demasiado tensa, en guardia, no veía cómo podía hacer mella en esa armadura. «Pero ¿qué esperas? —le había dicho Gable—. ¿Quieres tirártela enseguida? Es joven y está nerviosa, es una pequeña rusa que no tiene unos supervisores tan delicados y serviciales como los tuyos.» Nate se fijó por primera vez en que Gable tenía en la pared de la oficina un calendario de Laos de 1971. «Échale algún hueso, enséñale la enagua. Simplemente no te andes con pamplinas y a ver si se relaja.»

—Mi padre es abogado —dijo Nate—. Un hombre de éxito, tiene su propio despacho. Es influyente en la abogacía y en la política. Tiene una relación estrecha con mis dos hermanos mayores, ambos trabajan con él. El bufete lleva en mi familia desde hace cuatro generaciones.

«Cercano a sus hermanos mayores», pensó ella. Dominika le preguntó directamente:

—¿Y por qué no te hiciste abogado y entraste en el bufete de tu padre? Podrías ser un hombre rico. ¿No es eso lo que todos los americanos quieren?

—¿De dónde has sacado esa impresión? No sé, supongo que siempre quise hacer algo por mí mismo, ser independiente. La diplomacia me atraía, y me gusta viajar. Así que pensé, ¿por qué no probar antes algo más?

—Pero ¿tu padre se sintió decepcionado de que no siguieras a tus hermanos? —preguntó Dominika.

—Sí, supongo —contestó Nate—. Pero quizá yo no quería que la gente me dijera todo el tiempo lo que tenía que hacer. ¿Entiendes?

En un fogonazo, una serie de imágenes desfilaron tras los párpados de Dominika. Ballet, Ustinov, Escuela de Gorriones, el tío Vania.

—Pero ¿basta con salir huyendo de tu familia? ¿No tienes que conseguir algo a cambio? —preguntó; había decidido presionarle.

—Salir huyendo no es exactamente como yo lo describiría —explicó Nate, un poco irritado—. Tengo una trayectoria, estoy contribuyendo a mi país —comentó, mientras veía la cara de Gondorf sobrevolando la mesa.

—Por supuesto —dijo Dominika—, pero ¿cómo contribuyes exactamente? —Tomó un sorbo de vino.

—De muchas formas.

—Dame un ejemplo —insistió Dominika.

«Bueno, como ejemplo, gestiono el mejor activo de la CIA, un infiltrado de alto nivel en tu condenado servicio monolítico, para frustrar los malvados designios para el mundo de la Federación Rusa y de tu lupino presidente vitalicio», pensó.

—He estado haciendo un trabajo muy interesante en economía, en exportaciones de madera de Finlandia —dijo.

—Suena interesante —comentó Dominika, parpadeando—. Pensé que me ibas a hablar de la paz mundial.

Nate levantó la mirada y la fijó en ella. El manto morado tras su cabeza y sus hombros lanzó un destello.

—Lo haría si pensara que Rusia sabe lo que es la paz mundial. —Echó un vistazo al pequeño comedor—. Con Afganistán y todo eso.

Dominika tomó otro sorbo de vino.

—La próxima vez te llevaré a un restaurante vietnamita que conozco.

Se quedaron mirándose, sin que ninguno quisiera apartar la mirada.

«¿Qué coño está pasando?», pensó Nate. Ella le había puesto un poco nervioso. Se acordó de que Verónica pensaba que no se le había asignado ningún trabajo. ¿Era él su trabajo? Sus ojos azules permanecían invariables.

—Está bien —dijo Dominika leyendo sus pensamientos—, simplemente no te pases el día menospreciando a Rusia. Merecemos un respeto.

«Muy interesante», pensó Nate.

—Cuando echemos la vista atrás a este momento, lo recordaremos como nuestra primera pelea —dijo él.

Dominika dio un mordisco al pan de pita.

—¿Cómo se dice? Lo recordaré con cariño.

Les trajeron la comida. Dominika había pedido un rico guiso de cordero con lentejas, que llegó en un cuenco humeante. Encima le habían echado una cucharada de yogur espeso. Nate había pedido *bowrani,* trozos de calabaza caramelizada en una salsa de carne con yogur. Estaba delicioso, y Nate hizo que Dominika lo probara. Terminaron el vino y pidieron café.

—La próxima vez, pago yo la cuenta —comentó Dominika—. Deberíamos ir a Suomelinna antes de que haga demasiado calor y se llene de gente.

—Te dejo que lo organices tú —dijo él y ella asintió, mirándole a través de las pestañas.

—Sabes, Nate —dijo Dominika—, creo que eres sincero, divertido y

atento. Me gusta tenerte como amigo. —Nate se preparó para lo que le esperaba—. Espero que me consideres una amiga.

«Ahora quiere que seamos amigos», pensó Nate.

—Claro que sí —respondió él.

—¿Aunque sea rusa?

—Sobre todo porque eres rusa.

Estaban sentados en la luz del atardecer mirándose, cada uno pensando adónde llevaría todo aquello, cómo acercar al otro a su terreno. Cuarenta y cinco minutos después estaban en el andén del metro (al estar tan fuera de la ciudad era una estación al aire libre). Estaba oscureciendo y hacía frío, pero no helaba. Nate no se ofreció a llevarla en coche a la ciudad y, en cualquier caso, Dominika no hubiera aceptado. Nate no se iba a arriesgar a que otro ruso de la embajada viera a Dominika en un coche con matrícula diplomática.

El abultado morro de cristal del tren entró zumbando en la estación y ralentizó su marcha. No había nadie más en el andén y el interior iluminado del tren estaba vacío.

—Gracias por una tarde maravillosa —dijo Dominika volviéndose hacia él.

Sus ojos se encontraron y ella le estrechó la mano, como la gladiadora del SVR que era. Él había decidido ponerla un poco a prueba, así que no le soltó la mano, se inclinó hacia delante y le dio un beso en la mejilla.

«Qué encantador», pensó ella, pero había visto más en su corta carrera. Sonó un silbido musical y ella entró en el vagón sin sonreír, con una pequeña cojera mientras se giraba y le saludaba. Las puertas se cerraron con un siseo.

Cuando el tren aceleró, Nate vio en el siguiente vagón, por las

ventanas que se movían a toda velocidad, a una mujer mayor con una parka y una cesta de punto en el regazo. El tren iba demasiado rápido como para que Nate viera si Verónica se tocaba la nariz con el dedo. En el andén no había habido nadie en ningún momento: ¿cómo habría logrado subirse al tren?

Durante sus respectivos viajes de vuelta a la ciudad, tanto Dominika como Nate deberían haber estado catalogando sus impresiones, recordando los detalles y redactando en la cabeza los informes sobre el contacto que tendrían que entregar al día siguiente. Pero ninguno de los dos lo hizo. Nate se quedó recordando sus mejillas y la manera en la que ella se había metido en el vagón con una suave cojera. Dominika pensó en sus manos y las rozaduras recientes que tenía, y en cómo él había parpadeado con sorpresa, y luego placer, cuando ella le había echado en cara lo de Vietnam.

KADDO BOWRANI, CALABAZA AFGANA.

Dore a conciencia grandes trozos de calabaza. Cúbralos con abundante azúcar y áselos en el horno a temperatura media hasta que estén tiernos y caramelizados. Sírvalos sobre una espesa salsa de carne, compuesta por un sofrito de carne picada, trocitos de cebolla, ajo, salsa de tomate y agua. Acompáñelos con salsa de yogur, eneldo y ajo triturado.

12

Por la puerta abierta de la oficina, Forsyth observó a Nate trabajar en el cable sobre su última comida con Egorova. Nash se esforzaba por que el caso evolucionara, pero no dejaba de albergar cierto escepticismo. El proceso con los rusos estaba siendo largo, y la confianza de Nate era todavía inestable. Estaba desesperado por apuntarse un tanto y darse cabezazos contra la pared tenía un precio. Inevitablemente, lo que estaba en juego era cada vez mayor. Cuantos más contactos tuviese con Egorova, más presionaría la Central. Forsyth lo sabía. Incluso se les ofrecería asistencia externa y reclamarían pruebas operativas. Si Nate conseguía reclutarla, insistirían en hacerle entrevistas y aplicarle el polígrafo. La respuesta más reciente de la Central a los informes de Nate sobre su contacto había sido, como decía Gable, «un puto presagio de lo que los esperaba».

1. A partir de la recepción de este cable, se ruega se limite la información sobre este caso a los canales de gestión restringidos. El tema referenciado ha sido encriptado: GTDIVA. Por favor establezca la lista de personal autorizado y envíela a la Central.
2. La Central continúa aplaudiendo la diligencia de la estación y del agente por sus esfuerzos contra Diva. Encontramos especialmente significativa la continuada disposición de Diva a reunirse con el agente (ciertamente sin autorización) y de discutir sus pensamientos personales. Es urgente que el agente continúe sondeando

detalles profesionales y determine hasta dónde puede responder el sujeto. La obtención de datos del agente ha sido amortizada hasta la fecha. Quedamos a la espera de futuros avances.

3. A la luz de los desarrollos referenciados, solicitamos los planes y tests de Operaciones actualizados que contempla la estación de contacto con Diva. Rogamos informen sobre el siguiente encuentro y medidas de seguridad programadas. La Central queda a la espera de consulta sobre posibles futuros pasos.

Forsyth conocía las señales. La última línea presagiaba que la Central se inmiscuiría si el caso llegara a despegar. Los buitres comenzarían a sobrevolar en círculo desde ya, pero la avalancha de visitas no se produciría hasta que el tiempo mejorara y fuera más cálido, pensó Forsyth. Al final del día llamó a Nate a su despacho.

—Toma asiento, Nate. Tus últimos cables sobre Diva fueron excelentes, objetivos, con una evaluación propia de un buen agente —comentó Forsyth.

—Gracias, jefe —dijo Nate.

Personalmente, él no estaba tan seguro. Sabía que el creciente público que veía sus cables los leía con una mirada cada vez más crítica.

—Tu procedimiento es sobresaliente: actúas con minuciosidad. Sigue así. Marble es una prioridad, por supuesto, pero, después de eso, lo más importante es asegurarte de que tu caso con Diva es indetectable para su embajada. —Forsyth pensó por un momento—. Ese traductor que conociste, ¿cómo se llamaba? ¿Tishkov? Es una buena pieza. Pero trabajarse a dos rusos de la misma embajada probablemente no sea muy buena idea, sobre todo porque Diva

quiere salir a jugar. Tal vez podríamos dejar a Tishkov para luego.

Nate pensó que, si no reclutaba a Dominika, ni todos los Tishkovs de Helsinki podrían ayudarle. Demasiadas expectativas. Forsyth señaló otros peligros.

—Este caso está en el punto de mira de la Central, es un asunto importante. Todo el mundo va a meter las narices. Si la reclutas, todos los trepas saldrán de su guarida. Ahora mismo tienes que averiguar si Diva podría ser proclive a dudar del sistema de su país. ¿Estaría dispuesta a escucharte y aceptar tu ayuda para tomar una decisión así? —Forsyth se recostó en la silla—. No es un mal trabajo: sentarse con una bella rusa e intentar convencerla de que espíe para ti. ¡Venga, sal y pásatelo bien! Si tienes alguna pregunta, mi puerta está siempre abierta.

Gable lo llevó a un pequeño restaurante que pertenecía a unos griegos y le hizo probar unos esponjosos huevos revueltos con cebolla y tomate. Esa noche, mientras cenaban y tomaban múltiples cervezas, Gable intentó animarle sobre el caso Diva.

—No intentes llevártela a la cama antes de reclutarla. Ella concluirá correctamente que te las has follado para que firme. Reclútala primero, luego podrás disfrutar de uno de los mayores placeres de la vida: controlar a una agente del SVR y poder desayunar en la cama con los dedos oliéndote a coño.

Gable se bebió la cerveza de un trago y pidió dos más.

—Dios, Marty, no te imaginas lo que aprendo con tus consejos... —dijo Nate, poniendo los ojos en blanco—. Todo lo que sé es que necesito conseguir que se relaje, que yo le guste. ¿Qué pasa si la cosa pasa a lo sentimental?

Gable lo miró a la cara.

—Por favor, no hay lugar para que un agente se enamore de una agente. No está permitido. No se puede hacer. Métetelo en la cabeza. Tíratela si es necesario, pero ¿amor?

La gran sala principal de la *rezidentura* del SVR en la embajada rusa en Helsinki estaba salpicada de sencillos escritorios de madera dispuestos en filas ligeramente escalonadas. Ninguno tenía terminal, pero casi todos contaban con máquinas de escribir eléctricas cubiertas de extrañas fundas color turquesa, situadas sobre pequeñas mesitas de máquina de escribir. Eran máquinas JAJUBAVA, fabricadas en Moscú bajo licencia especial para el SVR y el FSB, y enviadas por valija diplomática a las *rezidenturi* en el extranjero para asegurar que no se manipulaban.

La habitación, de techos bajos, estaba duramente iluminada por tubos de neón importados de Moscú por el mismo motivo. Zumbaban y parpadeaban, y se reflejaban, blancos como la leche, sobre los rayados cristales de las mesas. A lo largo de las paredes exteriores, las pequeñas claraboyas (la *rezidentura* se hallaba en el ático de la embajada rusa) se protegían con barras exteriores y contraventanas atornilladas, dobles ventanas y pesadas cortinas grises, cuyos dobladillos rozaban, andrajosos, el suelo. En la alfombra, entre los escritorios, se veían zonas más desgastadas, caminos formados por el uso a través del tiempo. La destartalada sala olía a cigarrillos rancios y a té negro frío servido en vasos de plástico.

En uno de los extremos de la sala había dos despachos. Uno estaba acristalado: el archivo clasificado, con un empleado sentado a

su mesa bajo un círculo de luz del flexo. La habitación estaba cubierta de altas cajas fuertes. Algunos de los cajones estaban abiertos, otros cerrados y protegidos por sellos de cera irregulares, amarillos, como si alguien hubiera estado tirándoles huevos fritos. El otro despacho era totalmente privado, la oficina sin ventanas del *rezident* Volontov.

Los seis trabajadores de la *rezidentura* del SVR mantenían las cabezas gachas sobre su trabajo mientras la voz de Volontov atravesaba la puerta cerrada de su despacho. Era obvio que estaba echando la bronca a la recién llegada de Moscú, la agente novata Egorova.

—Moscú me ha estado hostigando para que le envíe informes de progreso —aulló Volontov, inclinándose sobre el escritorio—. Quieren más resultados con el americano.

La nube naranja sobre su cabeza era como el humo, turbulenta e inestable. «La presión le está afectando», pensó Dominika.

—Estoy progresando, coronel —dijo ella—. Nos hemos visto por lo menos doce veces, todas de forma discreta. No hay ninguna señal de que haya informado sobre el contacto a sus superiores, lo cual es un avance significativo.

—No me digas lo que es significativo y lo que no. Yo te he ordenado, mejor dicho, la Central te ha ordenado que documentes cada uno de los encuentros con Nash. ¿Por qué no estás redactando los telegramas para que yo los supervise y los despache a Yasenevo?

—Ya los he redactado. Usted mismo me dijo que combinara varios mensajes en formato resumen. No puedo escribir sobre los contactos hasta que se materializan.

Volontov cerró el cajón de su escritorio de un golpe, y el humo

naranja se arremolinó a su alrededor.

—Te vendría bien ser respetuosa y dejar el sarcasmo para otro momento. Ahora quiero que aceleres este lento vals que te traes con el americano. Recordarás que el principal objetivo es sacarle información que pueda conducirnos a la identificación de un traidor. Es urgente, primordial, que lo hagas.

—Sí —dijo Dominika—. Entiendo el fin último. Para empezar, he redactado una propuesta operativa. Todo está progresando.

—Eso incluye observar si se está preparando para una operación inminente, si se va de viaje, si está nervioso o distraído o ansioso.

—Sí, coronel, soy consciente de todo eso. Estoy segura de que seré capaz de discernir si hay cambios en su agenda.

Dominika no estaba muy segura de eso; su relación estaba estancada. O eso es lo que parecía. Volontov hizo como que la miraba pensativamente. Sus ojos revolotearon desde su barbilla a la cintura y al pecho.

—Muchos de los indicadores que estamos buscando —dijo, recostándose— son quizá más discernibles cuanto más se conoce al objetivo. En mi experiencia —añadió Volontov—, cuanto más íntima es una relación, más íntima es la conversación.

«En tu experiencia con los muchachos de las teterías de Marruecos», pensó Dominika. Ella contuvo su fría cólera y observó las verrugas del cuello de Volontov.

—Muy bien, coronel. Voy a ver al americano la semana que viene. Recordaré sus consejos con respecto a la intimidad y le informaré del progreso. Propondré citas adicionales con la esperanza de descubrir su agenda de trabajo. ¿Encuentra eso su aprobación?

—Sí, sí, está bien. Pero no infravalore la dependencia emocional.

¿Entiende?

La niebla naranja se movía en espiral: nervios, miedo. Las palabras de Dominika salieron antes de que pudiera detenerlas.

—¿Por qué no lo dice de una vez? —preguntó levantándose de su asiento—. ¿Por qué no me ordena que me acueste con él? Soy una agente del Servicio. Sirvo a mi país. No le permitiré que me hable así.

Su cuerpo temblaba de rabia y frustración. Antes de que el ceñudo Volontov pudiera reaccionar, Dominika se giró y salió de su despacho dando un portazo.

«Si hubiera sido otra agente principiante —pensó Volontov amargamente—, la hubiera seguido hasta la oficina y le hubiera pegado una paliza con una vara. Luego la habría mandado escoltada a casa rumbo al sótano de Lubianka. Se lo voy a pasar por ahora. Con su pedigrí, es más seguro.»

Varios ojos siguieron a Dominika mientras salía en estampida del despacho de Volontov y se abría camino hasta su mesa, en la esquina contra el ángulo de uno de los ventanucos, con la cara enrojecida. Se sentó sujetando el borde de la mesa con la cabeza gacha. «Esta se ha agarrado un calentón», pensaron sus colegas. Habían oído a Dominika levantar la voz. ¿Estaba loca? Mejor mantenerse lejos de esta *samoubiystvo,* era un suicidio inminente, pensaron todos. Todos excepto una persona.

La conversación con *rezident* Volontov se enconó dentro de Dominika durante los cinco días que faltaban para su cita con Nate, esta vez para cenar en un restaurante local. Esa noche, en su

apartamento, miró su reflejo en el espejo negro de la ventana. Las luces de Punarvuori se veían a través de las copas de los árboles. «¿Quién eres? —se preguntó con cansancio—. ¿Hasta cuándo vas a seguir tragando?» Cómo anhelaba ponerle el ojo morado a esa bestia, agujerear la disecada prepotencia de esos falsos manipuladores. Hacerlo públicamente era suicida. No, mejor una venganza secreta, indetectable, algo delicioso que pudiera guardar en su interior, algo que ella supiera y ellos no.

Volontov era el último *nadziratel* de la caterva de supervisores asquerosos que habían jalonado su vida y su carrera. Pero él estaba aquí y ahora, y ella quería dañarlo a él, extinguir el repugnante halo naranja que rodeaba su cara verrugosa. Tendría que guardar su creciente rabia bajo llave y calcular. La operación contra Nate era crucial para Volontov; temía fallar a la Central. Podría devolvérsela (a él y a todos) echándola a perder. «Pero ¿cómo puedo hacerlo sin destruirme?» Más tarde, esa misma noche, se detuvo con el cepillo de dientes en la boca, y se miró en el espejo. «Podrías darle una sorpresa al americano, tirar de la manta, decirle que eres del SVR.»

Izmena. Traición. Eso es lo que sería. *Gosudarstvennaya izmena.* Alta traición. Pero arruinaría el caso de Volontov, pondría a los americanos en guardia y le ayudaría a Nate a recuperarse. Sería interesante ver su sorpresa al saber que era una agente de inteligencia. La respetaría por eso, le impresionaría. La respetaría.

«Venga, ¿te has vuelto loca? ¿Te has olvidado de la disciplina? ¿Y la responsabilidad con Rodina?» Pero esto no iba contra Rusia. Ella se vengaba de ellos echando por tierra su complicado dominó, no vendiendo secretos de Estado. Ella estaría al control, determinando hasta dónde quería llegar. No, era una locura y le podía causar

muchos problemas, era imposible. Tendría que resarcirse de otra manera. Se cepilló el pelo y miró el estrecho mango del cepillo, imaginándoselo clavado hasta el fondo entre los glúteos de Volontov. Luego apagó la luz y se fue a su dormitorio.

A finales de semana, Nate y Dominika estaban sentados a una mesa de la esquina de un restaurante italiano de imitación, el Ristorante Villetta de Töölö. Era un clásico en Helsinki. Un toldo con los colores de la bandera italiana se proyectaba desde el primer piso del bloque de apartamentos en el que estaba emplazado. Dentro, los sempiternos manteles de cuadros rojos y blancos y las velas llenas de goterones completaban la decoración. El tiempo era todavía frío, pero el invierno no tardaría en finalizar: unos metros más de nieve y la corta primavera daría paso al delicioso verano, con el puerto lleno de velas y los ferris sobre el mar. Dominika y Nate habían llegado por separado, como siempre. Bajo su abrigo invernal, ella llevaba un vestido negro de punto con cinturón y medias de lana negras. El vestido se le ajustaba al cuerpo. Colgó el abrigo en el respaldo de la silla.

Nate llevaba un traje, pero se había quitado la corbata y se había abierto el cuello de la camisa de finas rayas azules. Había abandonado la embajada dos horas antes y había conducido por la E12 hasta Ruskeasuo, había cortado hacia el oeste, y había regresado hacia el sur por las calles en superficie, entrando en Töölö solo después de ver a Archie aparcado a un lado de la calle con el retrovisor izquierdo bajado. Todo despejado.

Nate se había reunido con Gable el día anterior. «Hazle hablar del

trabajo —le había dicho—. Es una agente del SVR, ese es su secreto.» Nate asintió. Se retorcía atormentado por la necesidad de conseguir un momento de éxito. Forsyth lo había elogiado. Gable no hacía más que animarle, pero Nate se estaba angustiando. Necesitaba ganar ventaja y tenía que ser ahora.

Hablaron durante un minuto mientras miraban los imposiblemente sobredimensionados menús.

—Estás callado esta noche —dijo Dominika, mirándole por encima del menú.

«El mismo majestuoso morado. Nunca cambia», pensó.

—Un día duro en la oficina —replicó Nate. «Conserva el tono despreocupado»—. He llegado tarde a una reunión, no incluí algunas cifras en un cable, mi jefe no estaba muy contento y me lo ha dicho.

—No me creo que no seas excelente en tu trabajo.

—Bueno, ya me siento mejor —dijo Nate, pidiendo dos vasos de vino al camarero que rondaba por la sala—. Hoy estás muy guapa.

—¿Tú crees?

Le estaba echando un piropo. ¡Qué seguro de sí mismo parecía!

—Sí. Haces que me olvide de mi jefe y de un día asqueroso de trabajo.

Su jefe. Se preguntó en qué estaba pensando de verdad. Dominika volvió a mirar el menú, pero tenía problemas para concentrarse en lo que ponía.

—No estás solo. Mi jefe también regaña.

Podía sentir los latidos del corazón en los oídos. Tomó un sorbo de vino, sintió que se le encendía el estómago.

—Así que los dos nos la hemos cargado. ¿Qué has hecho tú?

—No es importante —contestó Dominika—. Es una persona

desagradable, *nekulturny.* Y feo. Tiene verrugas.

«¿Cuántos *rezidents* en Helsinki tienen verrugas?», pensó.

—¿Qué es eso, *nekulturny*?

«Como si no lo supieras», pensó Dominika.

—Es un campesino. No tiene cultura.

Nate se rio.

—¿Cómo se llama? ¿Lo habré conocido dentro del circuito?

Había cambiado de idea cinco veces en los dos últimos días y finalmente había decidido mantenerse al margen de juegos estúpidos. Miró a Nate desde el otro lado de la mesa. Estaba masticando *grissini,* sonriendo. No. *Izmena.* ¡Traición!

—Su nombre es Volontov, Maxim —dijo, oyendo su propia voz como si fuera la de otra persona.

«Bozhe moi, Dios mío —pensó—. Ya lo he dicho.» Miró a Nate atentamente. Él estaba escaneando su menú y no levantó la mirada cuando ella pronunció ese nombre. El halo alrededor de su cabeza no cambió.

—No, no creo haberlo conocido.

Nate notó que se le erizaba el vello de los brazos. «¡Joder! ¿Qué hace? Acaba de confesar.»

—Bueno, pues entonces eres afortunado —añadió Dominika aún mirándole.

Nate levantó la vista del menú. ¿Había cometido Dominika un error y se le había escapado el nombre del *rezident*? Ella le devolvió la mirada con serenidad. No. Lo había dicho deliberadamente.

—¿Por qué es tan horrible? —preguntó Nate.

—Es asqueroso, un viejo cabrón soviético. Todos los días me mira... ¿cómo se dice en inglés? —Dominika lo siguió observando

con serenidad.

—Te desnuda con la mirada —dijo Nate.

—Sí —respondió Dominika.

Ninguna reacción por parte de él. ¿No había oído lo que acababa de decir? Dios mío, ¿se había pasado? Luego súbitamente supo que no le importaba en absoluto. Se había tirado a la piscina y ahora era el custodio de un secreto mortalmente peligroso. «¿Estás contenta ahora, *durak*, loca?»

—Suena horrible... pero puedo comprender por qué te contempla.

Nate miró a Dominika y sonrió como un muchacho. «Madre mía. Me ha salido sin querer —pensó Nate—. ¿Me está intentando decir algo? ¿Será que es tímida?» Miró sus ojos de un azul inquebrantable. Su pecho subía y bajaba bajo el vestido de lana. Las yemas de sus dedos agarraban los bordes del menú, ridículamente enorme.

—Ahora eres tú el *nekulturny* —dijo ella.

¿Es que él ya lo sabía? ¿O era tan profesional que podía ocultar su reacción?

—Bueno, parece que los dos tenemos problemas en el trabajo. Podemos compadecernos.

—¿Qué significa *compadecernos*? —preguntó Dominika, mirándolo con sus ojos azules.

—Llorar sobre el hombro del otro —dijo Nate.

Morado, estable, cálido. Dominika no sabía si reír o gritar. «Sé profesional.»

—Lo de llorar lo podemos dejar para luego. Tengo hambre, vamos a pedir —dijo ella.

Era un lunes por la mañana cuando le fue entregado a Nate un cable de entrega restringida de la Central para informarle de que Marble les había comunicado vía covcom que llegaría a Helsinki al cabo de dos semanas como parte de la delegación de comercio rusa que participaba en una cumbre económica escandinava-báltica que duraría dos días. Marble transmitió que utilizaba la delegación como tapadera para viajar. Estaría bajo el radar de la Línea KR. Además, contaba con vigilancia adicional porque formaba parte de una operación. Estaba en la ciudad para intentar sondear a un miembro veterano de la delegación canadiense, el ministro de Comercio Anthony Trunk, de quien el SVR pensaba que podía ser válido como potencial confidente, una idea basada en la predilección del funcionario por los hombres en la veintena.

Un agente veterano canadiense y *pidor* al que iban a dar la patada. El Departamento de las Américas tenía prioridad, y Marble era el candidato lógico para viajar a Helsinki y olisquear al perfumado personaje de Trunk. El viaje fue aprobado por la Central. Como Marble había anticipado, sus instrucciones le pedían que excluyera la *rezidentura* de Helsinki tanto de la conferencia como de la operación. Marble posteriormente había señalado mediante su transmisión por satélite que podría reunirse con un controlador de la CIA por la noche, después de que las sesiones diarias y las cenas oficiales hubieran concluido. Arriesgado, pero posible.

Un analista de la Central rusa llegaría dos días antes del comienzo de la conferencia para ayudar a preparar los requerimientos actuales de la información para las reuniones. Se cableó a la estación una larga lista de preguntas generadas a partir de informes anteriores de Marble. Al final de la lista, como era habitual, había una serie de

cuestiones de contraespionaje expresadas lo más suavemente posible: «¿Conoce la existencia de infiltrados en el gobierno de Estados Unidos? ¿Sabe si hay material clasificado norteamericano que se encuentre comprometido? ¿Conoce alguna operación de espionaje dirigida contra alguna persona o sistema?». Eran preguntas medidas e imprecisas diseñadas para abrir la puerta del infierno y echar un vistazo.

Revisaron la lista. Recargar los dispositivos de comunicación era imposible; Marble pasaría por la aduana a su regreso de Helsinki. Se actualizaría el plan de contacto universal. Forsyth vetó que se sumaran dos agentes de rango de la Central a las sesiones informativas. Nate era el controlador de Marble y sería la persona encargada.

Ahora tendría que hacer preparativos que nadie más podía ejecutar. Nate se puso en un segundo plano, salió a la calle y desapareció del mapa. Por la noche, se dedicó a estudiar los callejones oscuros, las esquinas, las escaleras de carga de los muelles, lugares que les podrían servir para encuentros breves cerca del esplendor neoclásico del hotel Kämp, donde se celebraría la cumbre y se alojarían los delegados. Merodeó por los cafés, los restaurantes, el centro de la ciudad y el Museo de la Escultura, midiendo distancias en pasos, las esquinas, determinando flujos y observando minuciosamente todos los lugares a los que se pudiera ir andando desde el Kämp. Esos serían los sitios donde podrían cruzarse y pasarse información sin que los detectaran.

Finalmente, en una noche en la que caían trombas de agua desde los bloques de la terminal ferroviaria, Nate subió los escalones laterales y, justo cuando cruzaba la puerta de entrada, sintió una

mano y luego el gran peso de la llave del hotel en su bolsillo. Un hombre de rostro delgado, un agente secreto europeo, había reservado, bajo un nombre falso, una habitación en el hotel Glo durante una semana. Todas las noches de la conferencia Nate esperaría en la habitación del hotel a que Marble pudiera escaparse y reunirse con él. Estaría atento al menor arañazo en la puerta, esperaría para hablar largo y tendido en aquella habitación sobrecalentada, con las persianas bajadas y el volumen de la televisión a tope, hasta la madrugada, mientras la ciudad dormía y las luces de los semáforos cambiaban y se reflejaban una y otra vez sobre la superficie húmeda de las calles vacías. Para cuando Marble bajó del avión en Helsinki, la estación estaba lista para pasar el mayor tiempo con él de la manera más segura y sin que se viera en la calle ni un pelo de los americanos.

A primera hora de la tarde, después del trabajo, Dominika estaba de pie en la ventana de la planta intermedia del hotel Torni, frente a la piscina, esperando a que Nate apareciera. Ahora nadaban juntos por lo menos tres días a la semana, pero Nate no había ido a la piscina los últimos seis días. «Extraño», pensó, sintiéndose un poco plantada. Una semana antes, en un ventoso domingo primaveral, habían quedado en el Café Carusel, sobre las aguas del Ullanlinna. Un creciente bosque de cuerdas se mecía en el puerto; las drizas hacían un ruido metálico al chocar contra los mástiles de aluminio y las nubes atravesaban un cielo excepcionalmente azul.

Dominika había tomado el autobús, luego el metro y, finalmente, dos taxis para llegar al puerto. Discutió consigo misma mientras

caminaba a lo largo del Havsstranden, pero al final se había aplicado unas gotas de perfume detrás de las orejas. Él llegó andando y cruzó la calle. Parecía caminar dando saltitos. Nate estaba tan encantador como siempre, pero había algo más. Su aura morada se veía difusa, descolorida. Estaba distraído, pensando en otra cosa. Mientras que antes solían pasar cuatro, cinco, seis horas juntos, después de una hora Nate le dijo que tenía otro compromiso: trabajo inesperado, nada social, le aseguró, pero tenía que irse. Caminaron un rato juntos y, cuando Dominika sugirió que el siguiente fin de semana podrían tomar el ferri a Suomenlinna y pasar el día explorando la vieja fortaleza, Nate dijo que le habría encantado, pero que le venía mejor otro día.

Los árboles que flanqueaban la calle estaban echando brotes. Sentían el calor del sol en la cara. Se detuvieron el uno frente al otro en una esquina tranquila. Dominika regresaba a casa, Nate iba en dirección contraria. Dominika sintió la energía nerviosa que él emanaba. «Está alerta, a la expectativa», pensó.

—Perdona que me ponga pesado, es que tengo mucho trabajo. Entonces ¿quedamos dentro de dos semanas para ir a la fortaleza?

—Claro —contestó ella—. Te buscaré en la piscina. Podemos organizar lo de Suomenlinna cuando nos veamos.

Se giró para cruzar la calle. ¿Qué le habría llevado a ponerse perfume? Nate la miró mientras caminaba por la acera del barrio arbolado, notando su tenue cojera. Sus esbeltas piernas de bailarina se juntaban a la altura de las pantorrillas y caminaba balanceando los brazos suavemente.

Luego se puso a pensar en la llegada inminente de Marble. Todavía tenía que encontrar un lugar donde no se detectara ninguna

señal cerca del hotel Glo, de manera que Marble supiera que podía subir a la habitación. Y se marchó.

HUEVOS GRIEGOS *STRAPATSADA*

En aceite de oliva caliente, mezcle tomates triturados sin piel, cebolla, azúcar, sal y pimienta hasta que se forme una salsa espesa. Añada huevos batidos a los tomates y remueva vigorosamente hasta que los huevos cuajen. Sírvalos con pan de pueblo tostado rociado de aceite de oliva.

13

Había pasado demasiado tiempo. «¿Dónde está? ¿Qué está haciendo? ¿Tiene otro objetivo, otra mujer? ¿Ha abandonado el contacto conmigo porque me descubrí?» Dejó pasar otro día en el hotel Torni enfrente de la piscina, como cada tarde, esperando verlo. Sabía que no vendría aquella noche. «Esto es para lo que me han mandado aquí.» Luchó para deshacerse de la imagen del tío Vania en su despacho, de la sebosa cara de Volontov mirándola a diario. Tendría que redactar un informe a la mañana siguiente.

Mientras caminaba hacia su apartamento, Dominika casi ni se fijaba en las calles o en las luces en las ventanas. Pensaba sobre qué pasaría al día siguiente en la *rezidentura*. Su informe sobre la ausencia de Nate durante una semana se cablearía inmediatamente al subdirector con el sello de ESTRICTAMENTE CONFIDENCIAL. En la Línea K, una petición urgente a la oficina de viajes produciría una lista de todos los rusos que fueran a viajar a Escandinavia, seis meses antes y seis meses después de una fecha dada. Diplomáticos, empresarios, académicos, estudiantes, oficiales, incluso la tripulación de los aviones. La lista sería limitada. Los pacientes lobos de la KR empezarían eliminando nombres en función de la edad, profesión, historial y, lo que es de mayor importancia, acceso a secretos de Estado. Una lista reducida con los sospechosos principales podría contener una docena o un centenar de nombres. No importaría. El SVR empezaría entonces a seguirlos por Moscú, vigilando su correo, escuchando sus teléfonos, registrando sus apartamentos y dachas,

enviando a informantes para que los siguieran de cerca.

La búsqueda seguro que se extendería a Helsinki, pensó. Un equipo de vigilancia de la Dirección General K podría ser destacado para seguir a Nate durante dos o tres semanas, un mes, para observar sus actividades. Inesperado e invisible, la gente hablaba del equipo de la Dirección General K en susurros de temor reverencial. Grabarían sus observaciones y, una vez de regreso en Moscú, comenzaría la vigilancia sin fin. Era inevitable. Al final del proceso, si el confidente era ruso, lo arrestarían, juzgarían y ejecutarían. Los cardenales grises se habrían salido otra vez con la suya.

Sus pisadas resonaban con fuerza en la atmósfera nocturna; la ciudad estaba tranquila. ¿Quién era el agente de Nate?, se preguntaba. ¿Por qué traicionaba a Rusia? ¿Se trataba de un hombre o de una mujer de principios? ¿O era sobornable? ¿Traidor? ¿Noble? ¿Loco? Quería oír su voz, ver su rostro. ¿Podría ella llegar a simpatizar con sus motivos? ¿Podría llegar a justificar su traición? Pensó irritada en su pequeña transgresión. «Lo has racionalizado muy fácilmente, ¿no?, *zagovorshica*: Dominika, la gran conspiradora.»

Dominika cerró los ojos y se apoyó en la pared de un edificio a oscuras. Ahora mismo era la única que sospechaba (no, que sabía) que Nate se iba a encontrar con su confidente, el infiltrado, y se sentía mareada. ¿Y si no decía nada? ¿Y si les negaba a ellos lo que sabía y el poder de ganar esta partida? ¿Podría llegar a tal deslealtad?

Pensó en cómo la zorra de Sonya le había destrozado el pie. Recordó el verduzco alarido de agonía en la ducha de la AVR. Vio en un flash la luz anaranjada mientras el indefenso Delon se marchitaba

ante los gorilas, y también recordó el sabor de la sangre de Ustinov en la boca. Y vio la cara de lechera de Anya azul por la asfixia.

«Deja que esperen», decidió, mientras la determinación brotaba en su interior. Esto sería horriblemente peligroso, potencialmente letal. Su resolución era frágil, exquisita, prohibida. El poder que ejercería sobre Volontov y el tío Vania sería real. Su madre siempre le estaba diciendo que controlara su genio. Ahora la mordedura helada que notaba en la garganta era estimulante.

Comenzó a caminar otra vez, con los tacones repiqueteando sobre la acera. Había algo más; se dio cuenta de una cosa que le sorprendió. Conocía el juego lo suficiente como para saber que, si Nate perdía a su confidente, sería destruido y su reputación, arrasada. Repasó los momentos que habían pasado juntos en Helsinki. No le haría algo así, pensando en lo parecido que era Nate a su padre y en cuánto le gustaba.

Al día siguiente, sintiendo náuseas, enseñó su pase en la puerta de entrada a la embajada, atravesó el patio y subió las escaleras de mármol hasta el ático. Los escalones estaban desgastados por el uso de incontables agentes que habían servido allí antes que ella. *Sluzhba Vneshney Razvedki*, el Servicio de Inteligencia Exterior. Al final de las escaleras había una inmensa puerta acorazada sujeta por enormes goznes, luego una puerta con un candado de combinación y, a continuación, una verja de alambrada con teclado electrónico. Dejó el bolso sobre su escritorio. Saludó con la cabeza a un colega. Volontov estaba de pie en la puerta de su oficina y le hizo un gesto para que se acercara.

Dominika se quedó parada frente a su mesa, incapaz de retirar los ojos de sus manos viscosas.

—¿Algún progreso que reportar, cabo? —preguntó Volontov.

Se estaba limpiando las uñas con el abridor de cartas. El corazón le iba muy deprisa y los latidos le retumbaban en la cabeza. ¿Se notaba? ¿Sabía él algo? Oyó una voz en su cabeza, como si hubiera alguien más en la habitación y le hablara.

—Coronel, he descubierto que parece que al americano le gustan los museos —dijo Dominika. Su voz sonaba inexpresiva—. Le he invitado a ir a la galería Kiasma dentro de poco. Tengo pensado ir a cenar luego... a mi apartamento.

Pero ¿qué estaba diciendo? Exactamente lo que Volontov quería oír. Este desvió la mirada de su manicura, gruñó y luego le miró el pecho.

—Ya era hora. Asegúrate de que se lo pase bien; así tendrá ganas de volver a visitarte —dijo—. ¿No has visto nada fuera de lo ordinario?

Una palabra (*Sí*), y se pondría al mando, su responsabilidad terminaría. Una simple frase («Me ha dicho que va a estar ocupado durante las dos próximas semanas») bastaría. El rugido en los oídos se volvió más fuerte y se le nubló la vista. Dominika casi no podía ver al cerdo detrás de la mesa, rodeado de una asquerosa neblina naranja. Sentía que se ahogaba y se extrañó de que le temblasen las piernas. Las rodillas, de hecho, se entrechocaban de forma bastante extraordinaria. Se resistía a apoyarse en la mesa, se obligó a parar. Volontov continuó mirándole el pecho, le salía un mechón de pelo engominado de un flanco de la cabeza. En el último milisegundo, Dominika tomó una decisión.

—En este momento no tengo nada que reportar —dijo con el corazón golpeándole el pecho.

Había cruzado la línea que separaba a los infractores de los traidores al Estado. Lo averiguarían, enviarían hombres con picahielos para apuñalarla como a Trotski. Meterían a su madre en un horno. Volontov la miró un momento, volvió a gruñir y con un gesto de la mano le indicó que saliera de su oficina. Como en un fogonazo, Dominika supo que no sospechaba nada. Estaba segura de su instinto y sentía que el hielo le recorría las venas con un hormigueo.

Dominika regresó a su mesa y se sentó pesadamente en la silla. Con las manos húmedas y temblorosas, miró alrededor de la sala, a los agentes y secretarios de los otros escritorios. Todas las cabezas gachas, leyendo, escribiendo o tecleando. Excepto Marta Yelenova, que ocupaba el escritorio de enfrente del de Dominika. Marta sostenía un cigarrillo y la observaba. Dominika le sonrió levemente y desvió la mirada.

Dominika suponía que Marta era lo más parecido a una amiga que tenía en la embajada. Era la auxiliar administrativa de mayor rango en la *rezidentura*. Habían hablado en la oficina ocasionalmente y se habían sentado juntas en alguna cena de la embajada en honor de algún colega desconocido. Habían quedado un domingo para pasear por el puerto y por los puestos de comida fresca de la plaza del mercado. Marta era elegante, aristocrática, de unos cincuenta años, con una espesa melena castaña a la altura de los hombros. Tenía unas prominentes cejas oscuras sobre unos asombrosos ojos color miel. Su hermosa boca tendía a elevarse en las comisuras, en una sonrisa burlona que hacía intuir su firme y cínica visión del mundo.

Era una de esas personas de color intenso alrededor de la cabeza y el cuerpo, el profundo rojo rubí de la pasión y el calor, tan rojo como cuando Dominika escuchaba música.

Dominika pensaba que Marta debía de haber sido una belleza en su juventud. Se volvía en contra de cualquier hombre que hiciera el mínimo comentario sobre su majestuosa figura, ahora ligeramente gruesa en la cintura, haciendo que huyera en busca de la salida. Marta no se sentía en absoluto intimidada por el *rezident* Volontov, y era típico de ella que le dijera que le daría el recibo o la contabilidad o el informe mensual cuando lo terminara. Volontov no hacía mella en su olímpico aplomo.

Dominika no sabía nada de la vida de Marta. No obstante, si lo hubiera hecho, le habría sorprendido que Marta Yelenova había sido reclutada por la KGB en 1983 para asistir la Escuela Estatal Cuatro (la Escuela de Gorriones) en el bosque de las afueras de Kazán. Tenía veinte años. Su padre había luchado en la Gran Guerra Patriótica, luego se había convertido en guardia del NKVD en el cuartel general de Leningrado, un miembro del partido, un vasallo leal del Estado. La conmovedora belleza de Marta había sido percibida por un mayor de la KGB de Moscú en viaje de inspección, y este se las había apañado para que la contrataran en el Servicio como su ayudante especial. El padre de Marta, que conocía el juego pero que, de todas formas, deseaba una vida mejor para ella, no dijo nada y envió a su única hija a Moscú a vivir con su hermana y empezar a trabajar en la Segunda Dirección General Principal (seguridad nacional), del Séptimo Departamento (operaciones contra

turistas), Sección Tercera (hoteles y restaurantes). Solo el Séptimo Departamento empleaba a doscientos agentes y mil seiscientos informantes y agentes a tiempo parcial.

Ya en Moscú, era inevitable que un coronel del SCD, de rango superior al mayor, la asignara a su personal. Después se fijó en ella un general de la SCD, de mayor rango que el coronel, quien la hizo su ayudante, aunque Marta no tenía ni idea de lo que implicaban las labores de una ayudante. Lo averiguó una tarde cuando el general la forzó en el diván de su oficina y metió la mano bajo la falda del uniforme. Marta le golpeó la cabeza con un objeto típicamente soviético: una garrafa de agua de acero. El escándalo en la extrañamente puritana KGB se exacerbó por el hecho de que la esposa del general era la hermana de un miembro suplente del Politburó. Se transfirió a Marta a toda prisa a la Escuela Estatal Cuatro. No tenía elección. Marta iba a aprender a ser una gorrión.

Marta contaba con la rara combinación de un sublime poder de seducción y un intelecto superior. La primera cualidad servía para atraer a desventurados diplomáticos, periodistas y empresarios extranjeros; la segunda le proporcionaba la perspectiva y la sagacidad para granjearse amistades influyentes. Al final de una carrera de casi veinte años, se la conocía como *Koroleva Vorobej*, Reina Gorrión. Había participado en montones de trampas de seducción de la SCD, entre las cuales estaba el reclutamiento por parte de la KGB de un millonario japonés obsesionado por el sexo, un mujeriego embajador británico y un ministro de Defensa indio de aspecto reptiliano. En la cumbre de su carrera, Marta había sido el cebo de una legendaria operación en la que se había seducido, comprometido y reclutado a una encriptadora, una empleada de la

embajada alemana que trabajaba con códigos, cuyo soborno había permitido a la KGB leer el intercambio cifrado entre los alemanes y la OTAN durante siete años ininterrumpidos. Era el único momento en el que Marta se había trabajado a otra mujer, pero su reclutamiento todavía se enseñaba en la Escuela Superior de la KGB como una operación clásica.

A lo largo de los años, los romances no-operativos de Marta incluyeron aventuras discretas con dos miembros del Politburó, con un general en la Primera Dirección General y con diversos hijos de oficiales influyentes en el Collegium de la KGB. Muchos antiguos jefes la recordaban con afecto. Gracias a estos «mentores», Marta estaba a prueba de balas, y se le había concedido la pensión de un mayor del SVR tras retirarse de las operaciones como gorrión gracias a benefactores agradecidos (aunque exhaustos). Marta decidió disfrutar de la vida y ver un poco de mundo, así que solicitó y enseguida se le concedió un puesto en el extranjero, en Helsinki.

Al principio, Marta no sabía si Dominika era una administrativa del SVR. Desde luego era muy joven para que la asignaran a una estación en el extranjero. Su apellido lo explicaba en parte, pero el hecho de que Dominika no tuviera obligaciones estables en la *rezidentura,* saliera y entrara a su gusto, y hablara directamente y en privado con el *rezident* sugería que estaba en Helsinki en un capítulo especial. La ropa de Dominika era nueva. Le debían de haber proporcionado un vestuario. Los cotilleos de la oficina se intensificaron cuando se descubrió que a la bella recién llegada se le había asignado un apartamento privado fuera del bloque reservado

para todo el personal de la embajada. A Marta todo eso le sonaba familiar.

En la *rezidentura* era correcta, reservada, hacía su trabajo con celeridad y bien, con una intensidad poco común. En la calle, Marta veía los ojos de Dominika moverse rápidamente de los rostros a las puertas, a las aceras, al otro lado de la calle, utilizando movimientos normales para enmascarar sus miradas constantes. Estando sentadas juntas en el café hubo un destello de grata intuición, un indicio de alegría, la brillante sonrisa. Por experiencia, Marta identificó la forma en la que Dominika utilizaba su belleza (ojos, sonrisa, cuerpo) en sus interacciones. Y cuando hablaron, reconoció la forma en la que Dominika utilizaba técnicas para conversar y sonsacar.

«Menuda criatura —pensó Marta— ¡y en Operaciones!» Belleza, cerebro, oficio y unos ojos azules incandescentes. Se notaba que conocía el trabajo y amaba su país, pero había algo bajo la superficie, un resorte subterráneo borboteando invisible. Orgullo, ira, desobediencia. Y algo más, difícil de definir, un lado secreto, una inclinación por la rebelión, como si tentara a la suerte. Marta se preguntó cuánto tiempo pasaría antes de que esta mujer, con su sagacidad e instinto natural, se diera cuenta de que el trabajo de la Central era *pokazukha,* algo que se hacía únicamente de cara a la galería, puro teatro. El *rezident* Volontov era un ejemplo extremo de su ética de trabajo, el tipo de funcionario que había dirigido la KGB y el Kremlin desde hacía setenta años.

Empezaron a pasear fuera de la embajada al final de la jornada; se paraban en un bar local para tomar una copa de vino y un pecaminoso trozo de tarta de caviar rebosante de nata y queso

fresco. Hablaban de la familia, de Moscú, de experiencias. Dominika no mencionó la Escuela de Gorriones. Marta se reía y hacía reír a Dominika. Hacia el final de la tarde, caminaban cogidas del brazo por la acera.

Una noche, en un bar, después de decirle suavemente a un alemán asqueroso que las dejara en paz, Marta le contó a Dominika la historia de su vida, su carrera como gorrión. Se sentía orgullosa de haber servido a su país; no pensaba en los brutales años de la KGB. No estaba ni ligeramente avergonzada de lo que era o de lo que había hecho. El labio de Dominika tembló, miró a su amiga y se puso a llorar en silencio. Esa noche fue muy larga. A la mañana siguiente Marta lo sabía todo sobre Dominika. La misión de seguir a Nate, el tío Vania, la Escuela de Gorriones, el francés Delon, incluso Ustinov. Las palabras salían a borbotones. No se les pasó por la cabeza la idea de manipulación o sonsacamiento. A partir de ahí, las dos mujeres fueron, sencillamente, amigas.

Noche tras noche, fría y serena, Marta escuchaba y pensaba: «Dios mío, qué *vlastiteli*, los jefes han exprimido bien a esta chica en muy poco tiempo». Pero Marta veía que Dominika era fuerte... y algo más. Marta sospechaba que la exposición de Dominika al desenfadado agente americano de la CIA también le generaba reacciones de modo más profundo. Comentar algo así habría implicado que Dominika no podía operar correctamente, así que no dijo nada.

—No sé —decía Dominika—. Es algo creído, ocurrente, no le gusta Rusia o, por lo menos, no reconoce nuestros méritos. El tío Vania cree que es un operativo desesperado.

—Parece un tío desagradable —comentó Marta—. Pero eso debería

hacerte más fácil trabajártelo (incluso acostarte con él) y conseguir lo que quieres.

Encendió un cigarrillo y miró a Dominika apoyarse en el reservado del bar. Iban por la tercera copa de vino.

—No es que sea desagradable, más bien frustrante. Pero simpático. —Suspiró—. Se supone que tengo que informar a Volontov cuando crea que está operativo y distraído. Lo quieren atrapar con su confidente.

Dominika sentía el efecto del vino.

—¿Lo conoces lo suficiente para hacer eso? —preguntó Marta—. ¿Serás capaz de detectarlo?

Dominika se apartó un mechón de la frente.

—Creo que ya he podido hacerlo, bueno, que soy capaz —dijo.

—Y volviste inmediatamente e informaste al coronel Volontov —añadió Marta, que ya sabía lo que había pasado.

—No exactamente —dijo Dominika—. Le dije que continuaría vigilándolo.

—Y por tanto no informaste de que sospechabas que tu joven americano empezaba a estar más ocupado de lo habitual.

—No es mi joven americano —dijo Dominika cerrando los ojos.

—Pero sospechas algo así, y Volontov te ha preguntado directamente y no has dicho nada, ¿correcto? —preguntó Marta inclinándose hacia Dominika—. Abre los ojos, mírame.

Abrió los ojos.

—Correcto. No he dicho nada.

Cerró los ojos. Marta tomó un sorbo de vino, advirtiendo con cierto desapego que Dominika no solo había cometido traición contra el Estado (decir *traición contra la Duma* sonaba ridículo) al no informar

y mentir sobre ello, sino también que esa noche la había convertido a ella en culpable de traición por escuchar el delito. Cogió la mano de Dominika y se la apretó.

—Debes tener cuidado —dijo.

Marta había dedicado su vida al Estado, durante años había ignorado sus excesos y había contribuido personalmente a la ruina de hombres cuyo único pecado había sido sucumbir a la tentación de la carne. Pero, internamente, hacía tiempo que había roto con esos hijos de puta. Sabía la situación en la que se encontraba Dominika. «Esos bestias —pensaba— van a vaciar totalmente a esta hermosa e inteligente muchacha para luego tirarla a la basura.» Y si lo que hacía boicoteaba a Vladimir Putin, aunque fuese remotamente, era mortalmente peligroso. Lo que sabía Dominika era como una bolsa de serpientes cerrada con un nudo: de momento está segura, pero no la golpees contra la pared.

La corta visita de Marble a Helsinki era un éxito por muchas razones. Primero, el propio Marble se reunió e hizo progresos significativos con Trunk, el ministro de Comercio, estableciendo así de manera indiscutible la necesidad de conseguir reclutar al extravagante canadiense. Segundo, las tres noches (desde medianoche hasta el amanecer) con Nate en el hotel Glo habían producido ocho informes de gran valor (con notas para unos treinta y siete adicionales) sobre operaciones del SVR en Europa y Norteamérica. Tercero, Marble había proporcionado el nombre de un comisionado adjunto en la Dirección General de Política Estratégica y Planificación del RCMP que iba a reunirse con un ilegal ruso (que trabajaba durante el día como bailarín en el Bare Fax de Ottawa). Por último, el viejo confidente había repetido de memoria

(normalmente no tenía acceso a los informes de China) lo esencial de tres soberbios informes del SVR provenientes de Pekín sobre las luchas de poder aún candentes en la Comisión Permanente del Politburó, dos años después de la retirada de Bo Xilai a comienzos de 2012. Los comentarios de Marble sobre el interés del presidente Putin (lo había calificado de «significativamente obsesionado» por la desunión del Partido Comunista Chino) fueron muy apreciados por los analistas.

Este era el buen hacer de Marble en Inteligencia. El asunto más explosivo era el indicio de que existía lo que él llamaba el «caso del director», dirigido desde la cuarta planta de Yasenevo, un activo pagado por Rusia tan importante y susceptible que la dirección del SVR lo gestionaba casi en exclusiva. Para el contraespionaje de la CIA esta gestión especial solo podía significar un infiltrado importantísimo, un espía del más alto nivel. Algún gobierno o país tenía un problema importante, alguien había penetrado de manera grave, y todos se miraban preguntándose si era Washington. Ese rumor fue notificado en un informe aparte, separado de cualquier otra información de Marble.

Nadie tenía que decirle al viejo espía qué tenía que hacer con eso, pero él les describió lo que haría en su lugar. Sabía cómo mover los hilos con solo chascar los dedos, cómo ser la araña que espera en su red a que tiemblen los hilos de la tela. Reuniría (suavemente, suavemente) más información cuando pudiera. Mientras tanto, las frases *infiltrado del SVR*, *caso del director* y *Yasenevo* entraron en las pizarras de una docena de analistas de contraespionaje de la Central de la CIA. Se les daba bien esperar. Podían esperar meses, incluso años, a que más piezas encajaran en el rompecabezas.

La última noche, Marble le comentó a Nate que Anthony Trunk asistiría dentro de los seis meses siguientes a una conferencia económica en Roma y a una Asamblea General de las Naciones Unidas en Nueva York, lo que proporcionaba a Marble dos futuras oportunidades de viajar fuera de Rusia con una tapadera plausible facilitada por el deseo del SVR de reclutar a Trunk.

La Central estaba satisfecha con esta ronda de reuniones con Marble y con el desempeño de Nate. Se depositó una bonificación en la cuenta de inversión secreta de Marble, y a Nate se le concedió una subida de sueldo de 153 dólares netos por período de pago. «Cojonudo —dijo Gable cuando supo del aumento—. Ciento cincuenta y tres dólares, y eso siempre y cuando no devalúen tu puta contribución. ¿Te das cuenta de que con eso te puedes comprar un vale por el que te dan seis lavados de coche gratis?»

Al final de las reuniones, antes de que Marble regresara a Moscú, Nate mencionó delicadamente el asunto de la seguridad del general. De manera bastante despreocupada, Marble reconoció que desde que él y Nate se habían librado por los pelos de que los atraparan en una nevada calle de Moscú (parecía que habían pasado siglos) se había emprendido una seria búsqueda de infiltrados en Yasenevo. Su viejo camarada, el primer subdirector Egorov, estaba convencido de que algún alto mando del Servicio ruso era un espía de la CIA:

—En otras palabras: yo —dijo con una carcajada. La preocupación de Nate se reflejó en su rostro—. Mira —añadió Marble—, estoy acostumbrado al riesgo. Sé cómo funciona el Servicio. Sé cómo piensa y opera ese *zhulik*, el farsante de Egorov. No hay razón para

alarmarse.

Pensó sobre los catorce años como confidente de Langley, en las noches en vela escuchando las pisadas en la escalera o sintiendo la tirantez del pecho cuando llamaba luego a Moscú para «realizar consultas». Recordó la ola de alivio inexpresable cuando vio una sala de conferencias llena después de haber sido convocado a una reunión. Otros antes que él habían llegado a una sala vacía con *ubijca*, los gorilas, esperando tras la puerta.

El viejo intentaba bromear sobre la intensidad de su joven controlador. Revisaron su plan de emergencia para la acción de mayor envergadura y riesgo dentro de zona hostil: la exfiltración desde dentro de Moscú, en situación de búsqueda y captura con familia o con la amante, acurrucado en el maletero de un coche o pasándolo descaradamente por control de pasaportes. Después de cuarenta minutos, Marble levantó la mano.

—Nathaniel, por hoy es suficiente, creo. Eres muy minucioso.

Nate se ruborizó cohibido y se dieron las buenas noches.

Ahora Marble estaba a salvo en casa y Nate, satisfecho de leer los efusivos elogios de la Central por lo seguras y productivas que habían sido las reuniones con el confidente. Un cable había dicho que los informes de Nate habían sido «bien recibidos en las más altas esferas», refiriéndose a la Casa Blanca y al NSC.

Forsyth le dio una palmadita en el hombro por su buen trabajo y Gable le invitó a una cerveza.

—Te están felicitando a ti y nadie piensa en el confidente —dijo Gable—. Es responsabilidad tuya no olvidarte de él jamás. ¿Lo has

entendido?

El brillo se apagó con un problema apremiante: Dominika. ¿Hacia dónde iba el caso? ¿Qué significaba que hubiera reconocido que trabajaba para el *rezident*? Si el caso no progresaba pronto, llegarían quejas de la Central.

—Que se joda la Central —dijo Gable, empezando otra cerveza—. Tómatelo con calma durante un par de semanas, disfruta del éxito de tu reciente actuación, que les debe de haber dejado con la carne de gallina, y luego decidiremos qué hacer a continuación.

Para entonces, Nate ya conocía a Gable bastante bien.

—En realidad, lo que quieres decir es «Levántate de esta silla y vete a la calle antes de que te eche a patadas», ¿no? —dijo Nate.

—Pues, sí, en realidad, sí —contestó Gable—. Vete a la piscina. Encuentra a esa cabo del SVR. Llévale flores. Dile que has estado muy triste sin verla, que la has echado de menos. Llévala a cenar.

—A decir verdad, Marty, sí que la he echado un poco de menos —reconoció Nate mirando la alfombra y después a Gable.

—¡Joder! —dijo Gable, y se marchó.

TORTA DE CAVIAR

Mezcle chalotas sofritas, crema fresca y queso neufchâtel rallado, y vierta la mezcla en un molde desmontable. Espolvoree por encima huevos duros picados. Disponga una fina capa de huevas pequeñas de caviar (Ossetra o Sevruga) sobre la torta y deje enfriar. Saque del molde y extienda sobre blinis o triangulitos de tostada.

14

Marta contribuía a la conspiración de Dominika con pequeños detalles. La ayudaba con su agenda y su bitácora, para que pareciera que había actividad. Juntas hablaban de cómo Dominika podía redactar los informes de contacto para que mostraran un progreso esperanzador y, al mismo tiempo, fueran lo bastante anodinos como para no despertar al oso dormido de la Central. Escribía sobre sesiones agradables pero no concluyentes con el americano: museos, comidas, cafés, y las salpicaba de referencias veladas a su lánguida falta de respuesta.

—Hace que parezca un tío horrible —dijo Dominika— y yo también. ¡Va a resultar que somos dos vejestorios, tú y yo!

—¿Eso es lo que piensas? —preguntó Marta encendiendo un cigarrillo—. Tal vez lo que somos es un par de chiquillas comprando salchichas. El carnicero no tiene cambio, así que les da una salchicha de más. «¿Y qué vamos a hacer con la tercera salchicha?», murmura una niña. «Calla —le dice su amiga—. Nos la comeremos.»

Dominika empezó a reírse.

Volontov estaba todo el tiempo merodeando, sintiendo la presión de Moscú y transfiriéndosela a los de abajo. Era consciente de la evidente amistad entre las dos mujeres, la madura gorrión y su joven amiga. Y Yelenova, claramente, era cómplice de Egorova. La ya crónica falta de respeto y conformidad de Yelenova crecía y se hacía cada vez más aparente.

Hacía un día tormentoso en el que caían trombas de agua en

oleadas provenientes del sur, de Estonia. Y Dominika estaba fuera de la embajada cuando Volontov llamó a Marta a su oficina. Esta se sentó sin que se lo ofrecieran, y cuadró los hombros.

—¿Quería verme, coronel?

Volontov miró a Marta sin hablar. Sus ojos se movieron desde sus piernas a su cara. Marta le miró a los ojos.

—¿Qué es lo que desea, coronel? —repitió Marta.

—Me he estado fijando en su estrecha amistad con la cabo Egorova —comentó Volontov—. Parece que pasan bastante tiempo juntas.

—¿Hay algo malo en ello, coronel? —preguntó Marta, y encendió un cigarrillo, levantó la cabeza y lanzó el humo hacia el techo.

Volontov la miraba como un granjero.

—¿Qué le ha estado diciendo a Egorova?

—No estoy segura de entender la pregunta, coronel —contestó Marta—. Salimos a tomar una copa de vino y hablamos de la familia, de viajes, de comida...

—¿De qué más hablan? —preguntó Volontov—. ¿Habláis de hombres, de novios?

Los tubos fluorescentes de la oficina se reflejaban en las lustrosas solapas de su traje búlgaro.

—Discúlpeme, coronel —dijo Marta—. ¿A qué vienen estas preguntas personales?

—*Sookin syn!* —Volontov dio un golpe sobre la mesa—. No tengo que darle explicaciones —bramó—. Sea lo que fuere que le ha estado diciendo a Egorova, quiero que pare. Su bien conocido cinismo y hastío le están afectando. Su productividad ha bajado. Se está quedando atrás en su misión. Sus informes escritos son

insatisfactorios. Déjela en paz. O tomaré medidas.

Acostumbrada e insensible a los bramidos flemáticos de la oficiosidad soviética, Marta se inclinó con calma hacia delante y apagó su cigarrillo en un cenicero que había en la mesa. Los ojos de Volontov se deslizaron a la abertura de su blusa. Ella puso las manos en el borde del escritorio y se inclinó todavía más para ofrecerle una vista mejor.

—Coronel —dijo Marta—, tengo que comentarle una cosa. Es usted repulsivo. Es usted el que debería dejar en paz a Egorova. No la mancille con sus maneras asquerosas. No ha hecho nada malo.

—¿Con quién se cree que está hablando? —aulló Volontov—. No eres más que un puta mustia, *blyadischa!* Puedo hacer que te manden a casa esta misma noche, atada de pies y manos como la cerda que eres. Te mandarán a una agencia de viajes regional en Magnitogorsk, donde te pasarás el día comprobando permisos de viaje y la noche chupándosela sin dientes a jugadores de hockey del Metallurg.

—¡Ah, sí, coronel, las amenazas de siempre! —dijo Marta. Conocía a esta especie de sapos, a este tipo de cobardes—. Pero ¿qué le parece esta amenaza, coronel? Te voy a puentear y a crear tantos problemas en Moscú que serás tú el que acabes de rodillas en Magnitogorsk. A Vania Egorov no le gustará oír que tu *rezidentura* es una *svalka*, una montaña de mierda, y que tus logros son inexistentes. Seguro que le interesará oír que miras con lascivia a su sobrina y que sueñas con meter la cara entre sus piernas. Cabrón. *Mudak.*

Se trataba de un acto de insubordinación colosal. Era traición. Volontov se quedó en pie tras su escritorio y gritó a Marta:

—Haga las maletas. La quiero fuera de aquí mañana por la noche. No me importa cómo: tren, barco, avión. Como no se haya ido mañana por la noche...

—*Zhopa!* ¡Cabrón! —dijo Marta, quien le dio la espalda y caminó hacia la puerta.

Temblando de rabia, Volontov abrió de golpe el cajón de su mesa, lo revolvió y sacó de él una pequeña Makarov automática, la pistola que le había acompañado toda su carrera. Nunca la había disparado sobre el terreno, nunca había disparado por ira. Ahora, con la mano temblorosa, le quitó el seguro para disparar. Ya en la puerta, Marta oyó el ruido y se volvió. Volontov había levantado la pistola y la apuntaba.

—Yo no soy Dimitri Ustinov, coronel Volontov. Tú y tu especie no podéis destruir todo lo que no podéis controlar.

El corazón de Marta latía con fuerza. No sabía si Volontov apretaría el gatillo.

¿Ustinov? ¿El oligarca asesinado? ¿Al que habían matado en su ático, todo lleno de sangre? ¿No había sido, como se rumoreaba, una vendetta de la mafia? Volontov no tenía ni idea de lo que esa perra estaba diciendo, pero los tubos de vacío *vintage*, años cincuenta, de su cabeza se estaban calentando. Su instinto de babosa le decía que había algo acechando bajo la superficie, quizá algo de extrema importancia. Bajó la pistola. Marta giró el picaporte de la puerta de la oficina y salió. Sus colegas estaban reunidos en el pasillo, habían oído los gritos.

En el interior de su oficina, Volontov fumó un cigarrillo e intentó calmarse. Había cogido el teléfono seguro, color crema, con la etiqueta VCH, de *vysokochastoty,* alta frecuencia.

—Ponme con Moscú —ordenó a la operadora.

Tras una espera de treinta segundos, estaba hablando con el primer subdirector Egorov. Dos minutos más tarde había recibido instrucciones. Estas incluían ignorar lo que Yelenova le hubiera dicho, no repetirlo bajo ninguna circunstancia y no hacer nada más. Volontov estaba a punto de protestar que ese tipo de insubordinación minaba su autoridad. A través de la chirriante línea, Egorov le pidió que prestara atención:

—*Yest' chelovek, yest' problema. Nyet cheloveka, nyet problemy* —dijo Egorov.

Volontov se estremeció. Se sabía la frase de memoria. Uno de los aforismos del camarada Stalin: «Si hay una persona, hay un problema. Si no hay persona, no hay problema».

Nate y Dominika estaban sentados en el sofá del apartamento de él. Las luces del puerto se filtraban a través de la ventana y la grave sirena de un barco atravesó la oscuridad desde más allá de las islas de la bahía. Un equipo había comprobado que no había escuchas en su apartamento para que pudiera invitar a Dominika a cenar. A estas alturas, ninguno de los dos sabía quién llevaba ventaja operativa, adónde los llevarían sus esfuerzos. Tampoco ninguno entendía lo que entrañaba el juego. De lo que ambos estaban seguros es de que tenían muchas ganas de verse. El salón de Nate estaba iluminado suavemente con dos lámparas. La música sonaba baja, baladas de Benny Moré.

Nate había cocinado *vitello picatta*, escalopines de ternera con salsa de alcaparras y limón. Dominika había permanecido de pie,

apoyada en la mesa de la cocina, mirando mientras Nate salteaba los delgadísimos medallones de carne en aceite y mantequilla. Se acercó a la cocina mientras él vertía vino y zumo de limón en la sartén para hacer la salsa con lo que quedaba en ella, le añadía rodajas de limón y alcaparras, y luego trozos de mantequilla fría. Volvió a poner los medallones de ternera en la sartén para calentarlos. Comieron en el sofá, con los platos en el regazo. Dominika terminó su copa de vino y se sirvió otra.

Habían reanudado su relación después del intervalo de hacía unas semanas, y habían pasado más tiempo juntos desde entonces. En un frío domingo, caminando alrededor de la vieja fortaleza, comenzaron la discusión que ya era habitual.

—Viviste en Moscú durante un año, por Dios —dijo Dominika—, pero no conoces a los rusos. Ves todo en blanco y negro. No aprendiste nada.

Nate sonrió y le ofreció la mano para ayudarla a subir un parapeto cubierto de hierba, parte de las murallas del castillo. Dominika no la cogió y subió el montículo ella sola con dificultad.

—Mira, el nacionalismo está bien. Tienes mucho de lo que estar orgullosa —comentó Nate—, pero el mundo no está poblado por tus enemigos. Rusia tendría que concentrarse en ayudar a su pueblo.

—Ya lo hacemos muy bien, gracias —dijo Dominika.

Continuaron su riña en el apartamento después de cenar.

—Solo digo que Rusia no ha cambiado en lo esencial desde los viejos tiempos, que está perdiendo las grandes oportunidades que se le presentan. Los antiguos malos hábitos están de vuelta.

—¿Qué malos hábitos? —preguntó Dominika mientras secaba un plato en el fregadero.

—Corrupción, represión, prisión. La conducta soviética es la base de todo, pero está estrangulando la democracia en Rusia.

—Parece que te complace enumerar la lista —dijo Dominika—. Supongo que nada de eso pasa en América.

—Desde luego que tenemos problemas, pero no dejamos que los disidentes se mueran en la cárcel o asesinamos a oponentes políticos. —Nate notó que a Dominika le cambiaba la cara—. Hay gente que valora la humanidad, que piensa que los seres humanos tienen derechos, sin importar de qué país sean. Y luego hay personas a las que no les importa el prójimo, que no tienen conciencia, como alguna gente de la antigua Unión Soviética, de la antigua KGB. Algunos de ellos siguen en activo.

Dominika no se podía creer que estuvieran manteniendo esa conversación. Para empezar, era insultante estar sentada ahí siendo sermoneada por un joven americano. Y para continuar, Dominika sabía que mucho de lo que decía era cierto, pero admitirlo le resultaba impensable.

—Ahora resulta que eres un experto —dijo, depositando el plato y cogiendo otro— en la KGB.

—Bueno, he conocido a uno o dos agentes.

Dominika continuó secando el plato sin pausa.

—¿Has conocido a hombres de la KGB? Imposible. ¿A quiénes? —preguntó mientras pensaba: «¿Y qué vas a hacer si te lo dice?».

—Nadie que tú conozcas. Pero, en comparación, prefiero mil veces a los agentes del SVR. Son mucho más simpáticos.

Esa sonrisa otra vez, de un morado oscuro. Dominika no reaccionó, pero miró su reloj y dijo que se estaba haciendo tarde. Picajosa. Nate la ayudó a ponerse el abrigo, sacándole el pelo del

cuello. Dominika sintió su dedo rozarle la nuca.

—Muchas gracias por la cena, Nate —dijo.

Tenía su mal genio encerrado bajo llave en una caja; bueno, casi.

—¿Te acompaño a casa dando un paseo? —preguntó él.

—No, gracias —respondió Dominika.

Caminó hasta la puerta de entrada y se giró ofreciéndole la mano, pero él estaba justo detrás de ella, le puso la mano sobre el hombro y le besó ligeramente los labios.

—Buenas noches —se despidió ella, y salio al pasillo con un hormigueo en los labios.

PICATTA DE TERNERA DE NATE

Golpee medallones pequeños de ternera hasta que adquieran el grosor de un papel. Sazónelos y sofríalos leve y rápidamente hasta que se doren. Retírelos y cúbralos. Eche en una sartén vino blanco y zumo de limón, y llévelo a hervir. Baje el fuego, añada finas rodajas de limón y mantequilla fría. Calientelo a fuego lento, sin hervir. Vuelva a poner los medallones en la salsa para que se calienten.

15

Era pasada la medianoche y la nieve de Helsinki había dejado paso a la lluvia de la primavera en ciernes, que salpicaba el pavimento, se escurría por las desnudas ramas de los árboles y repiqueteaba contra las ventanas. Nate se dio la vuelta en la cama. Doce manzanas más allá, Dominika yacía despierta oyendo la lluvia y sintiendo el persistente hormigueo del beso de buenas noches en los labios. Estaba contenta de haberlo salvado. Y lo volvería a hacer, decidió.

Gracias a Dios que tenía a Marta. El apoyo de su amiga no solo la ratificaba en su decisión, sino que sus irónicos comentarios sobre la vida habían cristalizado en su mente, especialmente en lo que concernía a guardar los secretos del Servicio. Marta no creía en la devoción ciega. Le había aconsejado a Dominika que no fuera una *tricoteuse,* que lo primero era ser leal consigo misma y, luego, si quedaba sitio, con Rusia. Dominika se dio la vuelta en la cama.

Cinco manzanas al este, Marta Yelenova abrió la puerta de su apartamento del bloque residencial reservado a los empleados de la embajada rusa. El denso olor a ternera y repollo hervido recorría el pasillo y le recordaba a los edificios de apartamentos de Moscú. Se sacudió la lluvia del impermeable y lo colgó de un gancho junto a la puerta.

El piso era pequeño: una sola habitación con cocina incorporada, detrás de la cual había un minúsculo cuarto de baño. Lo habían usado generaciones de empleados de la embajada rusa y era cutre y

viejo, el mobiliario estaba lleno de marcas y medio roto. Marta se tambaleó al quitarse los zapatos. Se rio de sí misma. Estaba un poco borracha después de una larga noche sola en un pequeño café. En un momento de la noche había pedido *pytt i panna*, un guiso de carne, cebolla y patata típico de Escandinavia. Al marcharse del bar había caminado a casa bajo la lluvia. Hacía ya tiempo de su pelea con Volontov, y su esperado regreso a Moscú, las reprimendas o su despido del Servicio no se habían materializado. El *rezident* la ignoraba estudiadamente, pero nada había cambiado

Marta vio que durante los últimos días Dominika había intentado programar más reuniones operativas con Nathaniel, sobre todo para tener a Volontov contento, pero también, según Marta había observado, porque Dominika deseaba contactar con el joven americano. Volontov la había llamado a su oficina y Dominika había regresado a su mesa guiñándole un ojo a Marta.

—Estaba muy tranquilo, casi arrepentido —dijo Dominika mientras tomaban una copa de vino después del trabajo—. Me ha animado a continuar trabajando y a acelerar el ritmo si puedo.

—Yo no me fiaría de esa medusa —dijo Marta—. Mi consejo, Domi, es que continúes diciéndole que estás trabajando muy diligentemente, que el progreso es lento, pero que estás animada con los resultados. Todos desean enviar un informe de éxito a la Central, así que Volontov pondrá buena cara.

Más tarde esa misma noche, caminando hacia casa, le contó a Dominika, un poco alegre por el vino, que si tuvieran un poco de sentido común ambas desertarían. Escandaloso.

Marta entró en su dormitorio. Se sentó pesadamente sobre la cama, se quitó la ropa mojada y dejó que cayera en una pila en el

suelo. Se puso una corta camisa de pijama de seda. Era de la India, beis claro, vaporosa, con bordados verdes y dorados. La cerraban botones de nudo verdes, a juego, desde la garganta a la cintura. Estaba de pie frente a un espejo colgado en la pared con una esquina rota. Observó su reflejo. La camisa había sido un regalo de un general del GRU que había sido destacado en la embajada soviética en Nueva Delhi. Había conocido a Marta durante la operación de seducción del ministro de Defensa indio. Habían tenido una tórrida aventura durante ocho semanas, pero luego había acabado. Tener a la Reina Gorrión como diversión en Moscú era una cosa, pero asentarse con «alguien como tú», otra muy distinta.

«Alguien como yo», pensó Marta mirando su reflejo. Abrió la camisa y observó su cuerpo desnudo en el espejo. Superaba los cincuenta y su cuerpo todavía era firme, pensó. La cintura un poco más gruesa y arrugas alrededor de los ojos... Sin embargo, los pechos no se le habían caído del todo y, girándose un poco y apartando la tela, veía que el trasero conservaba la curva que había sido responsable, en parte, de que un joven agente de inteligencia francés olvidara su deber en 1984 y pasara los domingos con ella, durante un mes, en una habitación de hotel de Leningrado. A veces pensaba en él sin motivo aparente.

Marta entró descalza en la cocina para servirse un vaso de agua. Le despejaría la cabeza y podría dormir. Regresó al dormitorio y sintió que un brazo de serpiente le envolvía el cuello desde atrás. Agarró el brazo con las dos manos para aliviar la presión. La persona a su espalda no parecía grande, sino más bien delgada. Sentía su respiración sobre el cuello. No estaba asustada ni le apretaba excesivamente la garganta, simplemente la tenía agarrada. Marta

pensó que quizá era un pervertido, ¿era esto un abuso sexual? Se preparó para cogerle los testículos por detrás y retorcérselos.

Hasta que no la obligó a caminar de lado y la situó frente al espejo no se percató de que no se trataba de un repartidor finlandés con un punto húmedo en el delantal. Le llegó olor a amoniaco y sudor. Luego otra cosa: una voz en su oído como un escarabajo caminando sobre papel de seda. Una palabra rusa. *Molchat*. Silencio. En un relámpago de terror ella se dio cuenta. Eran ellos. Había alguien mirando su imagen en el espejo por encima de su hombro. Sus ojos se encontraron. Más específicamente, los ojos de ella se encontraron con el único ojo de él. El otro, de mármol pizarroso en su cuenca, la observaba oblicuamente. En la tenue luz de su dormitorio, Marta no podía ver el resto del cuerpo, solo su brazo incorpóreo y un rostro picado con cicatrices tras ella, flotando sobre su hombro. Su voz comenzó de nuevo.

—Buenas noches, camarada Yelenova. ¿Puedo llamarla Marta? ¿O quizá mi gorrioncita?

La camisa de Marta estaba ligeramente abierta. Sus reflejos dorados vibraban y reflejaban el temblor del cuerpo de Marta. Su pubis era visible entre los pliegues. El monstruo la apretó un poco más estrechamente, y la hizo ponerse de puntillas.

—Mi pequeña gorrioncilla —susurró el hombre—. ¿Qué has estado haciendo?

La movió, aún de puntillas, un paso más cerca del espejo. Marta miró hacia allí y vio sus propios ojos aterrorizados observándola.

—¿Compartirás tu cama conmigo, gorrioncita? —preguntó el hombre—. Vengo de muy lejos.

Una segunda mano, con un guante negro y sosteniendo un

cuchillo de treinta centímetros y mango curvo, apareció por su espalda y cruzó su cuerpo. El hombre abrió uno de los lados de la camisa todavía más con la punta del cuchillo. El pecho de Marta se agitaba de miedo. La cabeza flotante detrás de ella sonreía, y encajaba la barbilla en la curva de su cuello, haciendo su abrazo cada vez más estrecho. La visión de sí misma en el espejo comenzaba a volverse borrosa. Un sonido como una ráfaga era cada vez más fuerte. Oyó al diablo decir:

—*Pokazat gde raki zimuyut.* Te voy a enseñar dónde pasan los cangrejos el invierno.

Ella conocía esa frase y su poder mortífero. Luego, el sonido se hizo más fuerte y se desmayó.

Marta recobró el conocimiento rápidamente, como si de repente saliera a la superficie, subiendo desde las profundidades y volviendo a la luz. Estaba desnuda, acostada sobre su espalda encima de su estrecha y amarga camita. Sintió que le tiraba una cinta sobre la boca. Tenía las manos atadas a la espalda y los nudos de las muñecas se le clavaban. La familiar lamparita de noche con su pantalla rosa, descolorida y semitransparente, reflejaba una suave luz sobre la colcha de la cama. Tenía las piernas atadas por los tobillos. Tiró y probó todos los nudos, pero ninguno se aflojó.

Oyó un ruido, volvió la cabeza y se le heló la sangre. Era lo más terrorífico que había visto nunca. El hombre llevaba puesta su camisa india. Bailaba por la habitación, balanceando el cuerpo adelante y atrás. Sostenía el cuchillo en una mano y, de vez en cuando, al hacer una pirueta, lo retorcía por encima de su cabeza. Marta comenzó a llorar en silencio.

Serguéi Matorin estaba a cuatro mil quinientos kilómetros en un

viaje mental al valle de Panjshir. Contemplaba las sombras que proyectaba la lamparita del dormitorio de Marta. Estaba en el búnker de sacos de tierra sobre la colina de su Grupo Alfa y la linterna de gas sibilante proyectaba luz verde en las esquinas. El cuerpo amarrado de Marta se convirtió en el de la esposa del cacique del pueblo, capturada como rehén durante una incursión al amanecer realizada como castigo por esconder insurgentes. El golpeteo de la lluvia de Helsinki en la ventana era el aullido del viento de las cien noches que elevaba la arena del desierto del norte y atravesaba el Kush en nubes ondulantes, sacudiendo la puerta de uralita del búnker. Khyber había vuelto a casa.

La mujer afgana había muerto en algún momento de las primeras horas de la tarde. Demasiada excitación, todos los soldados pasándosela de uno a otro; o quizá había sido el cinturón de munición alrededor del cuello, grapado a la pared de contrachapado, que le apretaba demasiado la garganta. Estaba erguida contra la pared, con la barbilla en alto, como en un gesto de orgullo, sujeta por el collar; sus ojos sin vida reflejaban la luz verde de la linterna. Hacía compañía a Khyber. Él estaba sentado, meciéndose al ritmo de una musiquilla afgana que salía de un radiocasete, pero las pilas se estaban gastando y la música se ralentizaba y aceleraba todo el rato.

Marta se movió de un lado a otro con la esperanza de aflojar uno de los brazos o liberar las piernas para luchar contra él. Su movimiento atrajo su atención, se subió a los pies de la cama y empezó a gatear lentamente hacia ella. La camisa se le arremolinaba alrededor del cuerpo. La acechó desde arriba y presionó el peso de su cuerpo contra ella. Marta continuó intentando aflojar las cuerdas de los brazos mientras se le abultaban las venas del cuello. Matorin

bajó la cara hasta casi tocar la suya y la miró a los ojos, escuchando sus jadeos. Le arrancó la cinta de la boca y saboreó su trabajosa respiración, llena de pánico.

—*Bozhe*—murmuró ella.

Los ojos de Matorin escrutaron su rostro y su mano oculta hundió la punta del Khyber en un ángulo obtuso bajo el diafragma, casi veinticinco centímetros, atravesándole el corazón por completo y llegando a la garganta. Marta arqueó la espalda entre convulsiones. Matorin contuvo los temblores de su cuerpo, sintió su bronca respiración acelerarse, miró, miró, miró, hasta que la luz se apagó de unos ojos parcialmente en blanco. Un hilo de sangre goteaba de la nariz y de la comisura de los labios. Marta tardó tres minutos en morir. No oyó a Matorin murmurar:

—*Bohze*? No, Dios no podría estar aquí esta noche.

Dominika entró en la *rezidentura* y miró el escritorio vacío de Marta. «Probablemente una noche larga de aquavit», pensó.

Cuando Marta aún no había llegado a mediodía, Volontov sacó la cabeza de su despacho y bramó:

—¿Dónde está Yelenova esta mañana? ¿Ha llamado diciendo que está enferma?

Nadie sabía dónde estaba.

—Cabo Egorova, llámela a su piso. Mire si puede hablar con ella.

Dominika marcó el número varias veces, pero no contestó nadie. Volontov llamó al agente de seguridad y le dijo que fuera a su casa, llamara a la puerta a golpes y utilizara la copia de la llave que tenían en la oficina. Regresó una hora después y dijo que el apartamento

estaba vacío, pero que tenía un aspecto perfectamente normal. La ropa estaba en el armario, los platos en el fregadero, la cama hecha.

—Redacta un cable a la Central —ladró Volontov al hombre de seguridad, que lo observaba como un rottweiler que espera que le hagan una señal con la mano—. Infórmeles de que la auxiliar administrativa Yelenova, Marta, no se ha presentado en su puesto de trabajo, su paradero es desconocido. No ha llamado por enfermedad. Informe de que la estamos buscando. Llame a su contacto en la policía. Dígales que la embajada exige acción inmediata y total discreción. Vaya.

Volontov llamó a su contacto en contraespionaje para que este fuera a su despacho y cerró la puerta.

—Podemos tener un problema —dijo—. Marta Yelenova no ha venido a trabajar. —Comprobó el reloj de pared del SVR sobre la puerta—. Han pasado casi cinco horas.

Su hombre de la Línea KR, una mula de carga sin imaginación que antes estaba en la Dirección General de Guardas Fronterizos de la KGB, miró su reloj, como para confirmar la estimación de Volontov.

—Vete a Supo —ordenó Volontov—. Pide una cita con Sundqvist. Cuéntales lo de Yelenova, que pensamos que ha sido secuestrada. Pídeles que comprueben todas las terminales: aire, tren, barco.

—¿Raptada? —preguntó el hombre de Contraespionaje—. ¿Quién querría secuestrar a Yelenova?

—Idiota. No le vamos a decir a la inteligencia finlandesa que creemos que ha desertado. Haga que comiencen las comprobaciones. Deben de tener las fotos de su visado. Dígales que la más completa discreción es imperativa. Y mantenga la boca cerrada.

En las seis horas siguientes la policía no había hecho ningún progreso, pero Supo había conseguido una foto de una mujer que se parecía vagamente a Yelenova en la estación fronteriza de Haaparanta, en la frontera sueca del golfo de Botnia. La mujer llevaba una bufanda y gafas negras que ocultaban la mayor parte de su rostro, pero la barbilla y la nariz parecían las de ella. Supo dijo que la mujer había pasado por el control de inmigración con un pasaporte finlandés con el nombre de Rita Viren, el nombre que los finlandeses estaban rastreando. Iba acompañada de un hombre con gafas de sol y una gorra de béisbol.

—Eso lo confirma —dijo el hombre de contraespionaje—. Han sido los americanos. Ha desertado a la CIA.

—Imbécil. ¿Cómo ha llegado a esa conclusión? —dijo Volontov.

—Mire la gorra, coronel —dijo el hombre, señalando la foto del vídeo de seguridad que Supo les había mandado por fax—. Pone Nueva York.

Volontov le ordenó que se marchara.

La oficina se inundó de rumores. ¿Asesinato? ¿Secuestro? Y la palabra que nadie se atrevía a pronunciar: ¿*deserción*? Todos sabían que Marta y Volontov habían tenido un enfrentamiento a gritos hacía unas semanas. Pero ¿fugarse? Dominika estaba fuera de sí. Marta no habría desertado, pero si lo hubiera hecho no se habría ido sin decir adiós. Solo había bromeado sobre la deserción de ambas.

No, había pasado algo malo. Luego se quedó helada. ¿Se habían enterado de que ella, Dominika, no estaba informando, de que falsificaba la evolución del caso Nash? ¿Era la desaparición de Marta un aviso? Ridículo. Había una explicación fácil: que Marta se hubiera largado a Lapland con su rubio profesor de yoga. Cualquier cosa.

Pero Dominika no lograba convencerse.

La búsqueda de Yelenova continuó durante días sin resultado. Volontov estaba histérico por que la desaparición de un miembro de su equipo pudiera manchar su expediente ante la Central, una fijación irónica teniendo en cuenta que su reputación, durante sus treinta años de carrera, estaba manchada hasta arriba de pereza, falta de atención y arribismo. La embajada elevó una protesta al Ministerio de Asuntos Exteriores y el Ministerio del Interior sobre el secuestro criminal de un miembro del personal diplomático, cuya seguridad, les recordaron a los incómodos finlandeses, era responsabilidad directa del gobierno finlandés. Un investigador especial de Moscú llegó de la Dirección General K para entrevistar a los oficiales y al *rezident,* así como para deliberar con los investigadores finlandeses. Se fueron después de cuatro días, con la conclusión solemne de que Yelenova había desaparecido.

Dominika sospechaba la verdad mientras permanecía tumbada boca abajo en la cama del apartamento provisto por el SVR, llorando por su amiga. Había sido una amiga de verdad, la hermana mayor que nunca había tenido. Era monstruoso, inconcebible, que le hubiesen hecho daño. Pero ¿por qué? Repasando sus conversaciones mentalmente, le vino a la cabeza con un escalofrío el recuerdo de haberle contado a Marta lo de Ustinov. ¿Se habían enterado ellos? ¿Se lo había mencionado Marta a alguien? ¿Había podido una indiscreción suya resultar en la desaparición de una agente del Servicio, de la somnolienta y pequeña Helsinki, en pleno siglo XXI, en un mundo cuerdo y civilizado? Cerró los ojos y sintió que la cama le daba vueltas. De repente volvió al nidito de amor de Ustinov, a su cama giratoria empapada de sangre. Volviendo a sus pensamientos,

recordó que la cara de Volontov había reflejado miedo, su halo naranja era irregular.

Se levantó, caminó hasta la ventana y miró el cielo nocturno. Se despreciaba. Espía entrenada. Un operativo real. Implacable seductora. La habían utilizado, y lo seguían haciendo, como si fuera una pieza de ajedrez, un peón insignificante. Fuera quien fuese el agente de Nate, ahora lo podía entender un poco mejor, apreciar el odio que lo sostenía. Dominika más que nunca confirmó su decisión de no informar sobre Nate. Había sido como si la atravesara una corriente de aire frío. Pero sus juegos eran pasivos, ¿no? Vio el rostro de Marta a través del cristal. ¿Cómo podía hacerles expiar lo que le habían hecho? ¿Cómo podía destruirlos, a Volontov, al tío Vania, a todos los demás?

Le rodaban lágrimas por las mejillas. Lloró por Marta, por su padre, quizá también por ella. Lloró por Rusia, aunque sabía que ya no creía en ella. Se apartó de la ventana con los ojos cerrados. Algo se rompió en su interior. Con el brazo tiró de la mesa un jarroncito de cerámica que le había comprado Marta en un mercadillo. Apretó los dientes y los puños.

En la *rezidentura*, lleno de terror, Volontov esperaba que le llegara la reprobación oficial de alguna manera. En su lugar, recibió una llamada comprensiva por la línea del subdirector, Vania Egorov, que se lamentó de que el servicio sobre el terreno, en el frente, no existiera sin riesgos. Había habido desertores en el pasado y habría desertores en el futuro. «Los deploramos —dijo—, y tenemos que estar vigilantes, pero es imposible prevenirlo.» Egorov pidió a Volontov que se concentrara en dirigir operaciones seguras y sobre todo en el «proyecto especial» de su sobrina con el joven

americano.

—Por supuesto, mi general —dijo aliviado Volontov—. Creo que está haciendo muchos progresos en ese frente.

«*Chush' sobach'ya.* Gilipolleces», pensó Egorov, y colgó. Vania sabía que su sobrina le había mencionado a Yelenova al menos parte de la historia de Ustinov, un grave error, pero lo tendría que ignorar por el momento. Había sido un golpe de suerte que después se le escapara a Yelenova delante del imbécil de Volontov, que, gracias a Dios, había tenido la sensatez de llamarlo. Para no dejar hilos sueltos, solo había hecho falta enviar a Matorin y una relativamente simple *konspiritsia* para que mandaran a un investigador y así guardar las apariencias. Dios, si al presidente le llegaba algo de esto... Egorov no quería ni pensarlo.

En la frontera entre Finlandia y Rusia, tres kilómetros al este de Vyartsilya, a través de un tramo de densos pinos y suaves colinas, los soviéticos habían establecido, tras la Segunda Guerra Mundial, una ruta de infiltración que atravesaba las torres, las alambradas y los campos de labor. En el lado finlandés apenas había patrullas. Durante décadas se había asignado regularmente a oficiales del KGB a esa zona, infiltrados como guardias fronterizos, para permitir que los agentes cruzaran la frontera sin que los molestaran. Y, a pesar de que habían cambiado las técnicas, las rutas seguían siendo las mismas. En 1953 estaban señaladas a través de los campos de minas mediante estacas marcadas con trapos atados. Desde 2010, la ruta que atravesaba el terreno estaba indicada por pilones marcados con estroboscópicos infrarrojos, solo perceptibles con gafas de visión nocturna.

Una semana antes, Matorin se había infiltrado en Finlandia usando

esa ruta. Lo había recogido en la carretera rural número 70 un ilegal de apoyo perteneciente a la Dirección General S y lo había conducido cuatrocientos kilómetros hacia el sur por la ruta rural 6 para finalmente llegar a la ciudad por la autopista E75. El asesino del Spetsnaz había ido directamente al apartamento de Yelenova, la había matado hacia medianoche y había guardado su cuerpo en una bolsa de goma del ejército. Después había desinfectado el apartamento y había hecho una señal al ilegal, quien, a primera hora de la mañana, había conducido a Matorin, junto con el cuerpo de Marta, de vuelta a la vía de escape del norte de Vyartsilya. Luego, el ilegal y su mujer, ligeramente disfrazada, habían abandonado el país en Haarpanta, aparentemente para unas agradables vacaciones en Suecia. Nunca volverían a Finlandia, lo que complicaría aún más la investigación sobre lo que le había sucedido a Marta Yelenova. Toda la operación había durado menos de cuarenta horas.

La luz del sol ascendía a través de los pinares de Vyartsilya, proyectando sombras largas y delicadas sobre las colinas cubiertas de nieve. Los guardias del Servicio de Seguridad Federal se hallaban en la torre elevada B30, observando el perfil del bosque con prismáticos. El sol se elevó tras la torre, sobre la copa de los pinos, bañando toda el área de luz dorada.

—*Vo* —dijo uno de los hombres.

Ahí. Una figura delgada emergió de entre los árboles. Llevaba un traje de nieve blanco con capucha y botas para la nieve. Los guardias vieron que avanzaba ininterrumpidamente sin rumbo, dejando una larga sombra a su paso. Tiraba de una cuerda que arrastraba un trineo de equipamiento. Una forma oblonga descansaba sobre el trineo, envuelta en nailon blanco. Marta

Yelenova había regresado a Rodina.

PYTT I PANNA, LA ÚLTIMA CENA DE MARTA

En mantequilla hirviendo, dore a fuego fuerte y por separado taquitos de ternera, patatas y cebollas en rodajas hasta que estén crujientes. Incorpore los ingredientes en una sartén con más mantequilla, sazone y vuelva a calentar. Haga un hueco en la mezcla y ponga un huevo crudo. Revuelva el huevo con la mezcla antes de servir.

16

Nate estaba sentado con Gable al fondo del India Prankkari de Kallio, mirando por la ventana. El restaurante estaba casi vacío. Gable había insistido en pedir *rogan josh,* un guiso de cordero fragante, picante y aceitoso de color bermellón. Comieron con pan blando, una salsa picante de tomate y jengibre, y grandes cantidades de cerveza. Gable comparó su primera cucharada con el *rogan josh* nepalí que había probado en un campamento de Dhahran hacía mil años, cuando había esperado en la pista de aterrizaje al Pilatus que infiltraría a cuatro tibetanos en China.

—Estos putos escandinavos no saben preparar la comida india —dijo mientras masticaba—. Para ellos no hay más que reno, bayas con nata y patatas cocidas. Si el chef pone un poco de perejil les da un ataque al corazón.

Como de costumbre, la comida desaparecía en el buche de Gable a un ritmo prodigioso.

—Eran cuatro tipos minúsculos, unos sherpas muy maniáticos. Se habían entrenado durante un mes. Tenían que entrar, empalmar un relé en la línea principal del Ejército Popular de Liberación a lo largo de la frontera, literalmente a la sombra del Everest y el Kanchenchunga, y salir. El puto culo del mundo. Habían llegado en avión cruzando las montañas y se suponía que tenían que salir a pie. Pero nunca volvieron. Probablemente fueron capturados por una patrulla de la China comunista.

Se quedó callado durante un minuto, luego hizo un gesto para que

les trajeran más salsa. Comenzaron a hablar del caso Diva, cómo activarlo. Nate no sabía de qué iba exactamente, no se veía capaz de hacerle dar el salto. No parecía ablandarse y él tenía la sensación de estar perdiendo un tiempo precioso. Gable dejó de masticar y se lo quedó mirando cuando Nate admitió que ella le gustaba.

—Está dispuesta a exponerse, a involucrarse; discutimos sobre un montón de cosas. Pero no cede.

—¿Has pensado alguna vez que es ella la que te está trabajando y no al revés? —dijo Gable masticando.

—No, imposible —contestó Nate—. No ha intentado entrarme de ninguna manera: no me ha ofrecido ni un ascenso en mi carrera ni dinero. Nada.

—Sí, ya, ¿y qué harías si se presenta sin nada debajo del abrigo? ¿Sería eso un truco para reclutarte?

Nate miró a Gable molesto.

—No creo que vaya a hacer una cosa así. No me da esa sensación.

—Te encantaría. Bueno, parece que la cosa está parada. Te sugiero que pienses en algo para desbloquear el caso. Ponla nerviosa, haz algo que la desequilibre, que le haga perder pie.

Vació su cerveza y pidió otras dos.

—No se va a tragar el típico rollo enlatado, Marty —dijo Nate—. He intentado que hable más de Rusia, de sus problemas, sin presionarla, dándole espacio. Hay algo en sus ojos... Pero todavía no estamos ahí.

—Tienes que buscar otra forma de entrarle. Lo bien que se vive en Occidente, los productos de lujo, una cuenta en el banco.

—Es la dirección equivocada —dijo Nate—, ella no es así. Es idealista, una nacionalista, aunque no una tosca soviética. Ha

crecido con el ballet, la música, la literatura, los idiomas.

—¿Hablas del Kremlin y de toda la mierda que sucede dentro?

—Por supuesto que sí —respondió Nate—. Pero ella es demasiado fanática. Lo considera Rodina.

—¿Qué coño es eso?

—El puto mito nacional. La patria, la tierra, los himnos, perseguir nazis a través de la estepa.

—Ay, sí, las rusas del Ejército Rojo estaban buenísimas —comentó Gable mirando al techo—. Con esas túnicas y esas botas, parecían...

—¿Es esta tu idea de un instructor de operaciones? ¿Así es como vamos a hablar de Diva?

—Bueno, tienes que encontrar algo que la saque de su posición defensiva. —Se apoyó sobre el respaldo de la silla con las manos detrás de la cabeza, meciéndose ligeramente—. No pases por alto sus sentimientos hacia ti —dijo Gable—. A lo mejor querría ayudarte en tu carrera, hacerte un regalo. Eso no la haría sentir como que está cometiendo traición. O tal vez le encanta el peligro. A algunos agentes les pone mucho la adrenalina.

Esa noche sonó el timbre del Nate. Dominika estaba en la puerta, demacrada y con los ojos rojos. No estaba llorando, pero le temblaban los labios. Se puso la mano en la boca como para reprimir un sollozo. Nate comprobó el pasillo rápidamente y la empujó hacia el interior. Parecía un peso muerto y no se resistió. Le cogió el abrigo. Dominika llevaba un camiseta elástica blanca y unos vaqueros. Suavemente hizo que se sentara en el sillón. Ella se sentó en el borde de un almohadón, mirándose las manos. Nate no sabía lo que le pasaba ni qué hacer. A lo mejor es que la iban mandar a casa antes de concluir su misión o quizá estaba metida en un lío.

Eso sí que sería un precedente: que echaran a un agente antes de poderlo reclutar.

«Ve a calmarla. Sea lo que sea, está alterada, se la ve vulnerable.» ¿Una copa de vino, whisky, vodka? Al tomar un sorbo, los dientes le castañetearon contra el cristal.

—Sé que hablas ruso —dijo Dominika de repente, su voz plana, exhausta. Aún tenía la cabeza gacha y el pelo suelto enmarcándole la cara—. Eres el único con el que puedo hablar: un chico de la CIA. ¡Qué locura!, ¿no?

«¿Un chico de la CIA? —pensó Nate— ¿Qué coño está pasando?» Se quedó sentado sin moverse y se forzó a parpadear. Dominika bebió sin ganas.

Empezó a hablar lentamente, en voz baja. Le refirió lo de Marta, lo de su desaparición. Cuando Nate le preguntó por qué, Dominika le contó lo de Ustinov. Cuando le preguntó cómo, ella le habló de su entrenamiento. «Esos rumores sobre la Escuela Estatal Cuatro —pensó él—. ¡Dios mío!»

Ella lo miró intentando calibrar su reacción al oír que había estado en la Escuela de Gorriones. No había compasión ni desprecio. La miró a los ojos. Siempre era así. El manto morado que lo cubría palpitaba. Ella quería confiar en él desesperadamente. Él le sirvió otra copa.

—¿Qué necesitas? —le preguntó en inglés—. Quiero ayudarte.

Dominika ignoró la pregunta y también cambió al inglés.

—Sé que no eres un diplomático americano que trabaja en la Sección Económica de la embajada. Sé que eres un agente de la CIA. Sabes muy bien que trabajo en la *rezidentura* de mi embajada como agente de seguridad del Estado. Al menos deberías haberte

dado cuenta de ello cuando te dije que Volontov era mi jefe. Supongo que también sabes que Vania Egorov es mi tío, primer subdirector del Servicio.

Nate intentó no moverse.

—En Moscú, después de la AVR, trabajé en el Quinto Departamento, en una operación contra un diplomático francés. Fue un fracaso. Luego me asignaron a Helsinki.

Dominika levantó la cabeza. Tenía la cara hinchada. Lo miró inquisitivamente y Nate le tomó la mano. Estaba fría.

—Marta era mi amiga. Sirvió toda su vida con lealtad, le concedieron medallas, una pensión, un puesto en el extranjero. Era fuerte e independiente. No se arrepentía de su vida, disfrutaba de todo. Cuando la conocí, me enseñó quién era yo —dijo apretando la mano de Nate ligeramente—. No sé lo que le ha podido pasar, pero ha desaparecido sin una palabra. Sé que está muerta. Nunca les hizo nada. Mi tío tiene miedo de verse expuesto. Quiere protegerse. Hay un hombre, un *koshmar*, una criatura de pesadilla que pertenece a mi tío. Él lo usaría para algo así.

—¿Estás en peligro?—preguntó Nate.

Su mente iba a toda velocidad. Dominika le estaba contando operaciones pasadas, un asesinato político, cómo habían liquidado a un miembro de su propio personal. Un escándalo en la cúspide del SVR. Le estaba dictando al menos media docena de informes de inteligencia allí mismo, en el sofá. No se molestó en tomar notas, tenía que lograr que no parara.

—Estuviste involucrada en el asunto de Ustinov —dijo Nate—. Quizá por eso pongas nervioso a tu tío.

Ella sacudió la cabeza.

—Mi tío sabe que no puedo hacerle daño. Mi madre está en Moscú. Él la usa como *zalozhnica,* como rehén, como en los viejos tiempos. Además, él me ha entrenado, logró que entrara en la escuela, me ha mandado al extranjero. Soy su creación, como ese monstruo suyo.

»Me mandaron a Helsinki para conocerte, para iniciar y cultivar una amistad contigo —continuó Dominika—. Mi tío dice que me considera una de sus agentes de operaciones, pero me mira como a una gorrión, como si estuviéramos en los años sesenta. Se está impacientando contigo. Quieren que les diga que te he llevado a la cama.

—En eso estoy dispuesto a ayudarte —dijo Nate.

Ella lo miró y resopló levemente.

—Si te complace seguir bromeando... —dijo ella—. Pero quizá no lo encuentres tan divertido cuando te diga que se supone que tengo que averiguar qué hacías en Moscú y el nombre del infiltrado con el que te reúnes. El tío Vania me envió para que te vigilara y descubriera cuándo estabas de operación, como hiciste durante dos semanas el mes pasado.

«¿El infiltrado con el que te reúnes?» Nate se sintió como un niño junto a las vías mientras un tren de carga pasa rugiendo a solo unos centímetros. Intentó no reaccionar, pero supo que Dominika se lo había visto en la cara.

—No le dije nada al baboso de Volontov —dijo Dominika—. Marta aún estaba viva. Conocía mi decisión.

Nate intentaba concentrarse en sus palabras mientras contemplaba aturdido el riesgo que había corrido con Marble, lo cerca que había estado de ser descubierto. No tenían ni idea del

peligro que corrían. La decisión de Dominika de no informar probablemente le había salvado la vida.

—Desde que me encontré contigo en la piscina, he estado intentando establecer una relación de amistad —dijo Dominika—. En cierto modo, nos estábamos haciendo lo mismo mutuamente. Sé que estabas tratando de identificar mis puntos flacos, mi *ujazvimoe mesto, ¿*cómo se dice?, mis vulnerabilidades.

»Tu encantadora misión solo aseguraba que pasaríamos algún tiempo juntos. Supongo que ese fue el plan del tío Vania todo el tiempo. Lo que de verdad me sorprendió es que yo te dejara seguir. En el fondo quería que siguieras, porque me gusta estar contigo.

Nate estaba sentado inmóvil con la mano todavía entre las suyas. Por Dios, ella había estado trabajándoselo, tal y como Gable había sugerido. El SVR quería atrapar a Marble. Menos mal que ella había tomado esa decisión. «Y que Dios bendiga a Marta, esté donde esté», pensó Nate.

Sabía que Dominika ya había dejado la casilla de salida, la fase más delicada. Su voz plana destilaba cólera, miedo y muchas ganas de atacar. Ya le había dicho lo suficiente como para que se la cargaran tres veces. Ahora venía un momento infinitamente delicado: se echaría atrás y se marcharía, o tomaría la decisión de convertirse en confidente de la CIA.

—Dominika —le dijo él—, ya te he dicho que quiero ayudarte. Te he preguntado qué es lo que necesitas. ¿Qué quieres hacer?

Dominika retiró la mano y se ruborizó.

—No me arrepiento de nada —dijo.

—Ya lo sé —respondió Nate. La habitación estaba en silencio—. ¿Qué quieres hacer? —le preguntó con suavidad.

Era como si ella pudiera leerle la mente.

—Eres muy listo, señor Neyt Nash, ¿verdad? —dijo ella—. He venido aquí a llorarte, a contarte mi misión sobre ti, a relatarte cómo te he ayudado.

—Te estoy muy agradecido —añadió Nate, sin querer mostrar lo escandalosamente aliviado que se sentía; de todas formas, Dominika se lo notaba en la cara.

—Pero tú no me estás pidiendo que trabaje contigo para vengar a Marta ni tampoco para darle en las narices a mi tío o a Volontov o a todos los demás, o para intentar reformar mi amado país.

—No tengo que decirte nada de eso —dijo él.

—Claro que no, eres demasiado cuidadoso para eso. —Nate la miró sin decir nada—. Lo que me preguntas es lo que yo quiero hacer.

—En efecto —dijo Nate.

—En su lugar, supón que me dices lo que tú quieres que haga.

—Creo que deberíamos empezar a trabajar juntos. Robando secretos —dijo Nate inmediatamente, se le salía el corazón por la boca.

—Por venganza, por Marta, por Rodina, por...

—No, por nada de eso —interrumpió Nate. Las palabras de Gable le vinieron a la mente. Dominika lo miró. Su halo morado se había expandido como los rayos de un sol naciente—. Porque tú lo necesitas, Dominika Egorova, porque te ayudará a nutrir tu carácter, porque será la primera vez en tu vida que tengas algo que te pertenece solo a ti.

Dominika se lo quedó mirando. Sus ojos estaban serenos, abiertos.

—Eso que dices suena muy interesante —contestó ella.

«Los mejores reclutas son lo que se reclutan ellos mismos —le había bramado su instructor en la Granja—. Recuérdalo. Sin sorpresas, que la evolución sea natural», le había dicho. Bueno, esto no era ni por asomo una evolución natural de un proceso de reclutamiento escalonado. Nate se sentía como si hubiera superado unos rápidos de grado cuatro en una bañera.

Había pasado una hora y Dominika no había dicho en ningún momento «sí, lo haré». Ningún confidente toma esa decisión con un apretón de manos y una firma. En su lugar, Nate solo quería conseguir que ella comenzara a contemplar la posibilidad.

—Decidas lo que decidas, te prometo que trabajaremos sin correr riesgos.

Es lo que dice el catecismo cuando se recluta a un agente. Lo dices de verdad, pero todo el mundo (tanto el agente como el confidente) sabe que la supervivencia a largo plazo de una confidente, sobre todo en Rusia, no es muy probable. El insulso comentario, no obstante, provocó una reacción:

—Para hacer este trabajo correctamente no podemos evitar los riesgos. Ambos lo sabemos —comentó Dominika maliciosamente.

«Ha dicho *podemos*», pensó Nate.

—Empezaremos lentamente, con cuidado... si es que decidimos empezar, claro —dijo él.

—Exactamente —puntualizó Dominika—, si ambos decidimos empezar.

—E iremos todo lo rápido o despacio que tú quieras —añadió Nate.

—Tu lado puede examinar mi *motivaciya* como consideren oportuno. Si nuestra colaboración resulta insatisfactoria, te lo diré y entonces acordaremos la *okonchanie*, el final de nuestra relación.

Por lo visto, en lo que concernía a la gestión de confidentes, el SVR utilizaba la misma verborrea.

La primera fase había concluido. Se hacía tarde. Dominika se puso en pie y cogió el abrigo. Nate la ayudó mientras contemplaba sus ojos, la comisura de sus labios, sus manos. ¿Iba a salir esto? Se miraron uno a otro un instante. Dominika se volvió hacia él en la puerta y le ofreció la mano. Él la tomó y le dijo:

—*Spokoinoi noci*, buenas noches.

Y ella se fue rápidamente sin hacer ruido en la escalera.

Después de que Dominika abandonara su apartamento, Nate se quedó despierto, tomando notas, recordando lo que ella le había contado. Resistió la estúpida urgencia de caminar hacia la embajada, despertar a la estación, comenzar a escribir cables a la Central. «Reclutamiento. Agente del SVR. Del cuerpo de las gorriones, su tío dirige todo el cotarro, asesinatos. Es una película de espías, por Dios.» Estaba ansioso por ir a la estación a la mañana siguiente.

Su buen ánimo se evaporó. Empezó a dar vueltas en la cama, quitándose las sábanas de encima. En su boca lo prometedor de la noche se convirtió súbitamente en cenizas. Tenía que asegurar el reclutamiento, estar seguro de su compromiso. Dominika podía echarse atrás, muchos confidentes lo hacían. Cuando le pusiera el arnés, tendría a la Central respirándole en el cuello. ¿Cuál es su motivación? ¿Cuánto gana? ¿Cuál es su nivel de acceso? ¿Qué

quieres decir con que no ha firmado un acuerdo de confidencialidad? Todo había sido muy repentino. ¿Era solo una provocación por su parte?

Producción. Querrían resultados rápido. Primero le pedirían la mejor información disponible, y eso sería peligroso. Esos hombrecillos con ojos como cuentas, desde sus pequeñas oficinas, querrían validarla como activo fiable. Todo sería una prueba, no estarían satisfechos hasta corroborar la información que ella les diera, hasta que pasara el polígrafo. La presionarían demasiado o en la dirección equivocada, y la perderían. Nate lo sabía. Y si la perdían después de haber reclamado su reclutamiento, se producirían las consabidas miraditas de la Central. Pensarían que el caso había sido un fiasco desde el principio.

Esto era solo el comienzo. Si descubrían a Dominika, el SVR la mataría. No importaba cómo la atraparan: un agente en la Central de la CIA, un error de gestión, vigilancia hostil o simplemente mala suerte, que se encendieran las luces y ella estuviera frente a un armario cerrado con llave con una cámara en las manos. Nate se dio la vuelta en la cama.

Habría un interrogatorio y un juicio, pero no les importarían los hechos. El tío Vania no la salvaría. La conducirían, descalza y con uniforme carcelario, al sótano de Lubianka o Lefortovo o Butyrka. La empujarían por el pasillo alineado con puertas de acero barato en una habitación con un desagüe en el suelo resbaladizo, y ganchos en las vigas del techo, y el ataúd de cartón grapado de pie en una esquina de la habitación. Le dispararían detrás de la oreja derecha incluso antes de que hubiera llegado al centro de la habitación, sin avisar, y la mirarían boca abajo sobre el suelo antes de recogerla,

por los tobillos y las muñecas, y dejarla caer en el ataúd de cartón. Así de simple. Así de definitivo.

ROGAN JOSH

En un mortero, muela trozos de cebolla y jengibre, chile, cardamomo, clavo, cilantro, pimentón, comino y sal hasta formar una pasta. Añada laurel y canela. Caliente mantequilla y agregue la mezcla. Guísela hasta que se mezclen los olores. Añádale trozos de cordero mezclado con yogur, agua caliente y pimienta. Áselos en el horno a temperatura media durante dos horas. Espolvoréelos con cilantro.

17

El reclutamiento de Dominika no era normal desde ningún punto de vista. Era una agente de inteligencia entrenada, pero ahora tenía que aprender a convertirse en espía. No resultaba una transformación natural. «Consolida el vínculo entre vosotros», le había dicho Forsyth a Nate.

Como primera reacción, la estación había realizado una muy discreta investigación sobre el paradero de Marta, como muestra de su implicación. Gable había organizado una reunión con un enlace del Supo, el servicio de inteligencia finlandés, que se había mostrado muy cooperativo. No había rastro de la mujer rusa. El vídeo de seguridad de Haaparanta no era concluyente. Una contenida Dominika le dio las gracias a Nate por intentarlo.

Mantuvieron la lista Bigot (el número de agentes autorizados a tener conocimiento de la operación) lo más reducida posible, aunque poco podían hacer en ese sentido en lo que tocaba a la Central. El caso ya había entrado en los canales de acceso restringido, lo cual, según Gable, en la práctica no significaba nada, porque al menos cien personas leían los cables. Aun así, intentaron que la distribución fuese limitada. Forsyth y Gable tenían experiencia y sabían que, cuanto más cuidadosamente la iniciaran, más tiempo duraría la corriente de información. Nate sentía que su determinación de proteger a Dominika a toda costa era cada vez mayor. No podía fallar. No podía fallarle a ella.

Nate encontró un apartamento de dos habitaciones en

Munkkiniemi, por Ramsay Strand y la ensenada del puerto. El miembro del personal encubierto con cara de rata se ocupó de alquilarlo por un año con un nombre falso danés. Explicó que era un hombre de negocios y que estaría yendo y viniendo todo el tiempo. Al satisfecho propietario no podía importarle menos.

Era una noche lluviosa y primaveral. Los faros se reflejaban en el pavimento. Dominika, con su silueta a contraluz, bajó del tranvía número cuatro, verde y amarillo, en Tiilimaki. Nate la alcanzó dos manzanas más tarde y la tomó del brazo. Ni siquiera se dijeron hola, tal como exigía el modo operativo del SVR, muy estricto. Dominika mantenía la espalda recta, estaba nerviosa. Era su primer encuentro en una casa segura como confidente. Luchaba no tanto contra el miedo, como contra la vergüenza. Caminaron callados por callejones estrechos, detrás de los bloques de apartamentos, mientras la luz plateada de los programas de televisión iluminaba las ventanas. Cruzaron deprisa la puerta del portal. Olor a comida: reno cocido y crema. Subieron los dos pisos en silencio.

La primera noche del resto de su vida. Había un par de lámparas encendidas. Gable los estaba esperando. Se acercó a ella y tomó su abrigo. Dominika no podía dejar de mirar el pelo de Gable cortado a cepillo, como alambres. Le gustaron su aspecto, sus ojos, el morado de su aura. «Otra completamente *purpirnyj*», pensó. Forsyth salió de la cocina con las gafas en la frente, forcejeando con un corcho. Elegante, sabio, calmado, la atmósfera a su alrededor era azul celeste. *Lazurnyj.* Era un hombre sensible. Dominika se sentó en el sofá y miró a los tres hombres moverse por la habitación. Actuaban con naturalidad, no mostraban afectación, aunque la mirasen y ella supiera que la estaban evaluando.

Estando con ellos en la habitación se daba cuenta de que esto iba en serio. Nate era un agente joven, todo lo que había conocido de la CIA hasta el momento. Esos otros hombres eran tranquilos, serios, se podía sentir la experiencia acumulada, como sucedía con el general Korchnói en Moscú. Entonces Gable alzó la copa y masacró un horrible *zdorov'e.* Dominika reprimió una sonrisa y permaneció seria y correcta.

Esa noche, nada de negocios: así de bien conocían el oficio. Solo charlarían. Dejaron que Nate fuera quien hablara: así de bien conocían el oficio. Y escucharon y oyeron todo. Al final, ella se marchó primero (se percató de que era una práctica habitual) y caminó a lo largo del paseo. A pesar de la primavera, aún no había muchos barcos en el agua. Y ella ya no sentía tanta vergüenza. Así de bien conocían el oficio.

Durante el segundo encuentro, Dominika tuvo tiempo de echar un vistazo al apartamento. La cocina empotrada tenía dos fuegos, lo justo para hervir agua, y una nevera con bandejas de goma para cubitos de hielos. Como sucedía en toda casa segura que se preciara, los muebles eran horrorosos. El sofá, las sillas y las mesas eran frágiles, baratas y horteras, de color aguacate y dorado, según Gable el último grito en mobiliario escandinavo. Los grabados baratos de las paredes mostraban furiosas olas y alces a la luz de la luna; las alfombras eran Laponia en estado puro. Un dormitorio tenía una cama doble que tocaba las paredes por ambos lados. Había que subir a gatas por encima de los pies de la cama. El segundo dormitorio se encontraba vacío, excepto por una lámpara de cristal rojo brillante que colgaba del techo. El cuarto de baño tenía una bañera y el acostumbrado bidé, que Gable una noche confundió con

el inodoro. Dominika lloraba de risa. Desde ese momento empezó a llamar a Gable *bratok*, «querido hermano».

Controlar a un espía entrenado como confidente es más difícil que a un banquero desesperado por ganar euros y que tiene a King Kong por esposa, a Godzilla por amante y un BMW viejo. Dominika era una licenciada de la AVR. Discutían con ironía sobre los procedimientos («no me puedo creer que pienses que es un sitio adecuado») o seguridad («no, Domi, el trapo en la barandilla significa que es seguro, ¿no os enseñaron señales positivas?»). Nate se preguntaba cuántas veces había tenido que decir «vamos a hacerlo a mi manera» y le entraban escalofríos cada vez que Dominika le soltaba en tono dramático para fastidiarle: «Si te equivocas, es mi pellejo el que está en juego».

Los hombres de la CIA enseguida reconocieron que Dominika gozaba de una intuición extraordinaria. Sabía lo que iban a decir antes de que terminaran la frase, asentía rápidamente a sugerencias discretas y tenía un extraño sexto sentido para saber cuándo escuchar. Una mujer inteligente, entrenada como agente, pensó Forsyth, pero había algo más que no había visto nunca. *Clarividencia* no era la palabra adecuada, pero se le acercaba bastante.

Una parte de Dominika observaba el proceso desde la distancia. Veía que la respetaban, que reconocían y valoraban su entrenamiento previo, pero no daba nada por supuesto. Sabía que la estaban probando de sutiles formas. A veces la dejaban decidir, pero otras insistían en hacerlo a su manera. Eran minuciosos, pensaba ella.

Las reuniones semanales en la casa segura y su trabajo con ellos empezaron a hacer mella. Una vez olvidada la tortura que había

supuesto tomar la decisión, su trabajo para la CIA se convirtió en un diamante que ardía en ella. Lo llevaba consigo a todas partes, lo saboreaba. Le resultaba especialmente dulce cuando hablaba con Volontov. «No te puedes ni imaginar lo que estoy haciendo», pensaba, mientras el sudoroso *rezident* la aburría sobre su trabajo. Nate había acertado: era algo que le pertenecía solo a ella, a nadie más.

Forsyth volvió a aparecer cuando llegó el momento de discutir, con infinito cuidado, qué secretos podría robar Dominika en la *rezidentura*. Construyeron el edificio minuciosamente, desde su base, comenzando por los papeles que ella manejaba personalmente; luego, los que podía robar sin peligro; más tarde, tesoros de los que tenía conocimiento, pero a los que no tenía acceso. Le dijeron que se lo tomara con calma. Los espías entrenados como confidentes entraban muy fuerte e intentaban hacer demasiado. Dominika preguntó si le darían una cámara y aparatos para comunicarse. Quería mostrarles lo fría y dura que era, pero solo consiguió que a los hombres de la CIA se les dispararan las alarmas. Dominika vio que sus rostros y auras cambiaban, y comprendió que había dado un paso en falso. «Ya hablaremos de equipos más adelante», concluyó Forsyth, y escribió un cable al día siguiente para pedir un examinador; quizá era el momento de quitarse el procedimiento de encima.

El polígrafo. La máquina de la verdad. Nate se sentó en el pequeño dormitorio y oía las voces que le llegaban amortiguadas del salón: una profunda, la otra dulce. Dominika estaba sentada en una silla color blanco sucio. Contestaba sí o no a un examinador con bigotes y dedos gruesos a quien Gable conocía de otras sesiones de

polígrafo. No le gustaba.: «Guy tocó fondo hace veinte años y luego se puso a cavar», había dicho Gable.

Dominika sabía que era una prueba importante para ella y se obligó a no leer al hombre, a no hacer monerías, a no jugar con él. Se concentró en las preguntas que flotaban por el aire llenas de color y le rozaban la mejilla.

Nate sudó durante una hora, luego, cuando oyó que estaban terminando, entró en el salón. Dominika hizo un gesto con la cabeza, pero Dedos Gordos no movió una pestaña. Nunca lo hacían, se guardaban los resultados hasta que «revisaban el gráfico». Eran más evasivos que una virgen.

Luego Forsyth se lo llevó a la estación, se sentó con él y le dijo que le importaba un bledo que fuesen resultados preliminares, pero que necesitaba ya un sí o un no. Escandalizado, el examinador declaró que, según su criterio, Dominika era quien decía ser, una cabo del SVR y, lo que era más importante, no era una agente doble enviada por el SVR para desinformar a la CIA o identificar a clandestinos y averiguar las necesidades de la inteligencia norteamericana.

Confidencialmente, el examinador hizo notar a Forsyth que el gráfico reflejaba un pico exagerado cada vez que respondía a una pregunta en la que se mencionaba a Nate, el agente que la había reclutado. Sería necesaria otra serie de preguntas reformuladas, dijo gravemente, antes de poder confirmar si esto respondía a las clásicas técnicas cubanas o checas para engañar al polígrafo, pues el sujeto no había controlado la respiración, cerrado los puños o contraído el ano.

Cuando Forsyth le relató los comentarios del examinador sobre las

reacciones de Dominika a Nate, Gable simplemente dijo: «Es un *orgaspasmo*», y abandonó la habitación.

Con el resultado de «no miente» en el bolsillo, la operación podía seguir adelante. Tenían que hablar de cómo gestionar su seguridad, su tapadera, su comportamiento, su conducta, los plazos.

—Tienes que mantener un perfil normal —advirtió *lazurnj* Forsyth —. Tienes que seguir informando sobre tus contactos con Nathaniel a la Central, seguir mostrando un progreso modesto. Que solo os veáis una vez al mes no es muy bueno. Cada dos semanas, todas las semanas, mejor. Eso te dará libertad de movimientos.

—Sé lo que tengo que hacer —dijo Dominika—. Tengo telegramas ya escritos en la cabeza. De aquí al invierno.

—Tienes que escribirlos sola —comentó Forsyth—. Podemos ayudarte, pero tienen que ser tus informes, con tus palabras, con tus detalles.

Dominika asintió con la cabeza. «Conoce el juego —pensó Forsyth —, se siente cómoda.»

—Pintaré un retrato de Neyt: vanidoso, jactancioso, pero cauto. Fácil de manipular, pero suspicaz, distraído.

Se volvió para mirar a Nate, y elevó una ceja.

—No se van a creer que descubrir eso te lleve hasta el invierno — comentó Gable, sentando en el sofá junto a Nate, quien le sacó el dedo.

—No sé hasta cuándo podemos estirarlo. Yasenevo perderá la paciencia antes o después —dijo Forsyth.

Ya estaba pensando en el día en el que Dominika fuera reclamada desde Moscú. ¿Estaría preparada para operar desde dentro? ¿Tendrían tiempo para prepararla? El calendario decidiría, no ella,

pensó.

—Hay una forma de prolongar el contacto y que me den cancha. Algo que persuadiría a Yasenevo de invertir más tiempo —dijo Dominika—. Es lo que espera mi tío.

—¿A qué te refieres? —preguntó Forsyth.

—Cuando llegue el momento, le diré que Neyt y yo nos hemos convertido en amantes. Moscú se sentirá satisfecho; colmará sus expectativas. Lo encontrarán razonable. Se acordarán de la Escuela Estatal Cuatro.

Gable jadeó al levantarse del sofá con una expresión de dolor en rostro.

—¿Amantes? Por Dios santo, yo no pediría a nadie que hiciera eso con Nash. Es demasiado.

Era un domingo ventoso y los pequeños esquifes y sus ociosos navegantes se acercaban lentamente a los muelles de la ensenada. En la casa segura, Dominika empezó a hablar de Marta, pero se paró y le contó a Nate lo que había pasado en la *rezidentura*. El energúmeno de Volontov hacía poco que se había dado cuenta de que no tenía una auxiliar administrativa y le había pedido solícitamente si podía asumir algunas tareas secretariales. Le hubiera gustado decirle que no, para desacreditarlo frente a la Central, pero había pensado en Forsyth, Nate y Bratok, y le había contestado que estaba dispuesta a ayudar. El precioso secreto que guardaba en su interior ardía. Estaba aprendiendo a buscar oportunidades para alimentar su creciente apetito.

Le dieron las tarjetas con las que fichaban los oficiales de la

rezidentura y el archivo de cuentas operativas. Esto último tenía una ventaja añadida, ¿a que no lo adivinaba? Cada gasto tenía que hacer referencia a un informe de caso o a un telegrama operativo que describía la operación.

—Volontov y sus oficiales deberían hacerlo ellos mismos, pero prefieren tirarlo sobre mi mesa —contó Dominika—. Solo el *rezident* tiene autorización para leer los cables de los demás, hay una *razdelenie,* una compartimentación, muy estricta. —Los ojos azules de Dominika centellearon—. Pero necesitan que yo justifique los gastos, que los referencie —continuó—. Así que Volontov me ha dado acceso al tráfico operativo. A todo.

La información comenzó a llegar poco a poco, por trozos, y la fueron analizando. Forsyth de primera mano; los artrópodos de Langley desde la distancia. Buscaban una nota desafinada, algo demasiado trillado o demasiado elaborado. Dominika era prodigiosa recordando detalles, frases de una historia de la que surgía otra y luego otra más. Empezó a tomar notas encriptadas y las verificaron. No les estaba engañando.

Memorizó casi completamente el texto de la Línea N del informe de la actividad de apoyo mensual, poniendo al descubierto a tres ilegales de la Línea S en Helsinki, agentes encubiertos que habían vivido en Finlandia y pasado por finlandeses durante décadas. Uno ya había abandonado el país por Haarparanta para encubrir la desaparición de Marta. Los otros dos vivían en la vecina localidad de Espoo, pero los dejaron en paz para proteger a Dominika.

En la siguiente reunión, les asustó al desdoblar un documento

original directamente extraído de la bandeja de entrada de Volontov. Se lo había metido hecho un gurruño en el bolsillo en vez de triturarlo con el resto de la basura. *Sovershenno Sekretno, Top Secret*, de la Línea PR, cuatro páginas sobre los parlamentos de Estonia y Letonia. Ahora eran aliados de la OTAN, así que Langley se llevó la información a Washington, al Centro de Seguridad Nacional y al Despacho Oval. Gable le ordenó a gritos que no volviera a hacer algo así.

La Central estaba de acuerdo. Nada de afanar documentos, que le dieran una cámara oculta. A Nate no le gustaba la idea, era demasiado arriesgado, pero Forsyth dijo que tenían que ayudarla para que se acostumbrara, que la creía capaz.

—No sé si está preparada para eso —comentó Nate.

Cualquier artilugio de espionaje triplicaba el riesgo y no quería que el caso quedara expuesto, no quería ponerla en un peligro mayor.

—Pues ya puedes prepararla a toda leche —dijo Gable—. Si la reclaman desde Moscú, el caso habrá terminado.

—Hablando de lo cual, ya toca un poco de entrenamiento en operaciones internas moscovitas —añadió Forsyth—, tu especialidad.

Así se inició la formación de Dominika sobre cómo operar en zona hostil. El verano se había establecido sobre los puntiagudos tejados y las cúpulas de cobre de Helsinki, y un crepúsculo permanente había reemplazado a la noche. Montones de pálidos finlandeses bajaban por las escaleras mecánicas hacia los andenes del metro. Dominika llevaba bufanda, boina y abrigo. Contando los pasos, se apretujaba con el resto de la gente en el torno de salida. Al salir, en

la esquina de un pasillo, él pasó rozándola. Ella pudo sentir su olor en el aire carmesí, la manga de su jersey y el paquete de cigarrillos que sostenía con fuerza entre los dedos, contra la cintura. Él le dio una palmadita; había sido un pase de rozamiento perfecto. Desapareció en la multitud.

La fresca y ligera lluvia estival, el tráfico lento y perezoso, las luces reflejadas sobre el pavimento. Comprobó su reloj bajo la luz del escaparate. Nadie la seguía, se sentía bien; sabía que llegaría a tiempo. Cuando Nate le describió lo que iban a hacer, se había reído. «Nosotros no recurrimos a tanto drama», le había dicho. Y él le había contestado: «Eso es porque el SVR opera en democracias». Y ella había resoplado, pero luego lo había escuchado con atención.

Caminó pegada al muro de granito, con los coches zumbando sobre la calle húmeda. Dobló la esquina y se detuvo bajo la sombra de un andamio, en la entrada del pasaje cubierto para peatones. El coche de Nate dobló la esquina a los 38 minutos. Avanzó rápidamente con la ventana del copiloto bajada. Ella se acercó a la curva y metió la mano en la ventana, dejando que la bolsa de plástico cayera en el asiento. Recogió el casete de repuesto que Nate le entregó, y volvió a situarse bajo el andamio mientras el vehículo seguía su camino. Nate no la había mirado, pero ella le había visto la mano tirando del freno, con las luces apagadas: la entrega en un coche en marcha. «Menudo numerito», pensó ella.

No se podía hacer mejor: habían alcanzado la excelencia, todos ellos, e inevitablemente los buitres de la Central empezaron a volar en círculos. Ella era un activo controlado, bien situado dentro de una *rezidentura* del SVR, habían escrito, y querían «explorar otras posibilidades». Forsyth los había mantenido a raya durante semanas,

pero ahora las sugerencias se habían convertido en órdenes. Gable quería subirse a un avión y plantarse en Washington, pero Forsyth le mandó parar.

Comenzó la locura. Los ingenieros de la Dirección General de Ciencia y Tecnología querían que Diva se descargara toda la red informática de la *rezidentura*, atacar los sistemas encriptados, colocar audio y vídeo dentro. Los técnicos de Ciencia y Tecnología admitieron alegremente que algunos de sus dispositivos podían causar repeticiones, atenuar las luces del sur de Helsinki. En un caso, pidieron que Diva instalara una fuente radiactiva en el tejado de la embajada rusa. La Central entonces advirtió de que la Regla de los Seis que gobernaba el desarrollo de toda la nueva tecnología podría retrasar el despliegue de cualquier equipo sobre el terreno: la I+D para el dispositivo podría tardar más de seis años, implicar un coste adicional de seis millones de dólares, y de acuerdo con las pruebas de comparación, uno de los dispositivos podría pesar seiscientas libras. Una locura.

Mientras la parte clandestina de la operación crecía, Nate y Dominika continuaron su lento contacto público para complacer a Volontov y a la Central. Cenas, excursiones al campo, conciertos. Nate le daba detalles personales sobre sí mismo, algo que la Central podía comprobar de forma independiente, para ilustrar lo bien que Dominika fisgoneaba en el interior de la ostra hasta abrirla del todo. Sin embargo, como Forsyth había predicho, Volontov quería más progreso y más rápido, así que con la entusiasta ayuda de Dominika esbozaron el borrador del muy esperado cable que informaría sobre el inicio de una relación física con Nate, para ganar tiempo. Gable quería meter una disfunción eréctil en el documento, arguyendo que

eso podría retrasar las cosas aún más, pero un ruborizado Forsyth lo desautorizó. Nate le sacó el dedo.

Dominika comenzó a tomar fotografías de documentos rusos clasificados desde dentro de la *rezidentura*, utilizando una variedad de cámaras ocultas instaladas en bolsos, llaveros y pintalabios. Era perspicaz al fotografiar solo los mejores documentos; lo bastante flexible para saber cuándo tenía que esperar. Gable la alababa, pero Nate estaba permanentemente preocupado y melancólico por los riesgos que asumía Dominika.

Una tarde de domingo en la casa segura, Dominika se hartó.

—¿Estás preocupado por mí o es por el caso y tu reputación? —le preguntó.

Se hizo un silencio en la habitación y Gable se aclaró la garganta. Nate se volvió lentamente hacia ella, apenado y enfadado.

—Estoy decidido a salvaguardar la información —respondió, mientras su cara se endurecía—. Simplemente pienso que deberías ir más despacio.

—Si eso es lo que piensas, la próxima ronda te va a encantar.

El cable de la Central tenía cinco páginas. Querían que insertara un dispositivo USB especialmente preparado en un ordenador de la *rezidentura,* preferiblemente en la máquina que estaba en el archivo, aunque el que estaba bajo la mesa de Volontov serviría. Catorce segundos de descarga y Langley podría acceder, punto por punto, al texto que escondían los cables encriptados Yasenevo-Helsinki del SVR, transmitidos por líneas telefónicas comerciales. Leer los mensajes en abierto era mucho más fácil que intentar descifrar los

siempre cambiantes algoritmos de encriptación. Pero esto era lo más arriesgado hasta el momento. Forsyth vio la cara de Nate y le dijo que se saltara la reunión en la casa segura. Gable instruiría a Dominika.

Dos días después, Dominika empujaba dentro del archivo un carrito de alambre de ruedas bamboleantes repleto de archivos y sobres para documentos clasificados, y libros de registro. Menos mal que podía agarrarse a esa cosa, porque le temblaban las piernas. El conservador del archivo, un hombre de mediana edad llamado Svets, levantó la mirada expectante hacia ella. Llevaba unas gafas enormes y una ancha corbata de lana que le llegaba solo hasta la mitad de la tripa. Le encantaba ver a Egorova devolver los archivos todas las tardes, al final de la jornada, sobre todo cuando se estiraba para alcanzar los cajones más altos de las cajas fuertes. Sus ojos de escarabajo la siguieron mientras ella cruzaba la puerta empujando el carrito con esfuerzo.

Había ensayado la pantomima con Gable, y él le había dicho que no parara, que había que dejarlo fluir. El carrito se enganchó en la esquina del escritorio del empleado. Dominika dejó que se volcara y que los papeles se esparcieran por el suelo. Svets se levantó, todo nervioso. Ella se arrodilló al lado de su escritorio. Había un puerto con una luz verde parpadeante. Se aseguró de colocar el pen correctamente y lo sintió insertarse. Comenzó a contar mientras continuaba recogiendo papeles (nueve, diez, once...) y Svets se dispuso a levantarse, pero Dominika le señaló un archivo que estaba tirado en una esquina de la habitación (doce, trece, catorce); sacó el dispositivo USB, se puso en pie, arreglándose el pelo detrás de las orejas, con el trozo de plástico palpitando en su mano como el

corazón delator de Edgar Allan Poe. Ordenó los archivos y los devolvió a sus cajones, y dejó que él la mirara mientras se ponía de puntillas y levantaba un pie para darle efecto.

Faltaban dos horas para que terminara la jornada y todo el mundo parecía tener los ojos fijos en ella, era como si todos lo supiesen. Luego el vestíbulo y la impaciente y quejosa cola de empleados de la embajada agolpados frente a las puertas dobles de la entrada, junto a las que había una mesa ocupada por dos remeros del Volga, los empleados de seguridad, con dos nubes marrones alrededor de su cabeza, comprobando bolsos y bolsillos. «Dios mío, justo hoy registro aleatorio de bolsos...» Un riachuelo de sudor le resbaló por la espalda y un escalofrío la recorrió de arriba abajo; estaba atrapada en la cola, no podía volver arriba porque vigilaban ese tipo de cosas, apretó el abrigo delante de ella y deslizó el USB dentro de la cinturilla de su falda y luego en su ropa interior.

El hombre de seguridad apestaba a vodka. Sus ojos rojos sabían, tenían que saber, que llevaba esa cosa en las bragas, pero él removió el contenido de su bolso, lo deslizó hasta el final de la mesa y le hizo una señal con la mano para que pasara.

Esa noche lo contó. Todavía sentía la adrenalina del peligro en la tripa. Nate estaba de pie, solo, en la puerta de la pequeña cocina. Forsyth la escuchaba en silencio con las gafas en la frente. Gable abrió un tercio y se lo bebió de un trago.

—Supongo que ahora los americanos lo podríamos llamar *penedrive* —dijo, y con un empujón pasó delante de Nate y se puso a hacer una fondue de queso, por amor de Dios. Dominika nunca la había probado, no sabía lo que era y, cuando la fondue estuvo lista, se sentaron a la mesa y mojaron pan en el fuerte queso fundido,

que olía a vino, y hablaron y se rieron un poco.

Forsyth y Gable se marcharon después de cenar. Nate sirvió dos copas de vino y fueron al salón.

—Lo que has hecho hoy es demasiado peligroso. No debí dejar que lo intentaras.

—Ha salido bien —dijo Dominika volviéndose hacia él—. Ambos sabemos que existen riesgos.

—Algunos son aceptables, unos cuantos inevitables, pero la mayoría son estúpidos.

—¿Estúpidos? *Glupyj?* No te preocupes, Neyt —dijo Dominika—. No perderás a tu espía estrella.

La palabra *estúpido* había encendido la mecha de su genio. La de él ya estaba ardiendo.

—Simplemente deberías colocarte con algo que no fuera adrenalina —dijo él.

—¿Como el vino? —preguntó ella estrellando el vaso contra la pared—. No, gracias, prefiero la adrenalina.

El goteo del vino era lo único que se oía en la sala. Nate la acorraló y le cogió los brazos por encima de los codos.

—Pero ¿a ti qué te pasa? —siseó.

Se fulminaron con la mirada, con sus rostros a solo unos centímetros el uno del otro.

—Qué te pasa a ti —susurró ella.

A Dominika la habitación se le había vuelto borrosa. Nate estaba morado y nebuloso. Le miró a los labios, retándolo, queriendo que se acercara más. Pasó un segundo y el momento se desvaneció.

—Por favor, suéltame —dijo ella, y bajó los brazos.

Dominika cogió su abrigo y, sin mirar a Nate, abrió la puerta y

(echando el vistazo de precaución al pasillo y al vestíbulo de forma automática) salió cerrando la puerta suavemente tras ella.

Nate se quedó mirando la puerta, con la lengua hinchada y el corazón latiéndole con fuerza. Dios, lo único que quería es que el caso fluyera; lo único que quería era mantenerla a salvo, lo único que quería...

FONDUE DE QUESO DE GABLE

Mezcle vino blanco y ajo machacado. Añádale gruyère y emmental rallado, póngalo al fuego a temperatura media y remuévalo hasta que se funda. Agregue harina fina de maíz y remueva, ponga más vino según su gusto y vuelva a calentarlo (sin que hierva) hasta que la fondue esté cremosa y espesa. Sírvala con pan de pueblo ligeramente tostado.

18

Hacía ya tiempo de manga corta, y los finlandeses que estaban en la acera esperando a que el semáforo cambiara volvían sus rostros al sol como girasoles. Las amplias praderas y bancos de Kaivopuisto estaban salpicados de secretarias tomando el sol en sujetador en su hora de la comida, con las barbillas alzadas, absorbiendo la luz.

Había una nota pegada con celo en su puerta. Nate entró en la oficina de Forsyth y tomó asiento. Gable estaba sentado en el sofá. Forsyth le entregó un breve cable de la Central, en el que se anunciaba la disponibilidad del nuevo director de la CIA, recientemente ratificado, para viajar de incógnito desde Copenhague a Helsinki durante seis horas para un encuentro controlado con Diva. El objetivo era saludarla y expresar el aprecio de la Agencia por su servicio hasta el momento. Nate miró primero a Forsyth y luego a Gable.

—¿Cómo puede viajar de incógnito? —preguntó Nate—. Está en todas las noticias.

—Va a estar en Copenhague para eso de la OTAN —añadió Forsyth —. Cómo podrá escaparse de los daneses es algo que me supera. Allen Dulles solía hacerlo, y también Angleton: se subían a un avión sin decírselo a nadie y aparecían sin avisar.

—Sí, pero en el puto año 1951 —dijo Gable—. Y esos tíos iban solos. Bajaban las escaleras del *Constellation*, atravesaban la pista, cogían un taxi y se registraban en un hotel con solo firmar. Aunque los gorros en forma de bonete de las azafatas...

Forsyth lo ignoró.

—Anoche le envié una nota de «no, gracias» y el jefe de Europa me puso firme media hora después por la línea verde. No es una petición. El director quiere involucrarse.

—Otro globo hinchado, el puto director de Europa —dijo Gable—. Se cree un capitán de un barco en Trafalgar. No sé si habéis leído su bendición a las tropas por Navidad...

Forsyth continuó ignorándole.

—Solo podemos controlar las cosas desde el minuto en el que se baje del avión. Que salga por la puerta VIP, le damos una vuelta segura en coche, escondemos a sus hombres de seguridad abajo, en una furgoneta. Luego lo subimos aquí, que le estreche la mano a Dominika y lo sacamos. Solo recemos por que FAPSI, el servicio ruso de SIGINT, no se entere de su plan de vuelo. —Forsyth miró el cable otra vez—. Le deben de haber informado sobre Diva recientemente. Bueno, por lo menos es buena publicidad para el caso.

—¿Publicidad? Va a conseguir que la maten —dijo Nate—. Sería más seguro que la metiéramos en el maletero y la lleváramos a Suecia para un fin de semana largo. ¿Por qué no le decimos que no está disponible?

—No —dijo Forsyth.

—Dile que ella se niega.

—No. Tenla preparada. Dile que sonría. Esos ojos azules harán el resto. Subamos algo de comida, algunas bebidas.

—Un coche preparado para escapar aparcado cerca —añadió Gable.

—¿Y qué pasa con Dominika? —preguntó Nate—. ¿Quién se come el marrón si algo sale mal?

—Tú —dijeron Gable y Forsyth.

Pisadas en el descansillo. La puerta se abrió y Dominika se quedó de pie mientras el director de la CIA se quitaba el abrigo, cruzaba la habitación y le estrechaba la mano arriba y abajo, diciendo lo contento que estaba de conocerla. Luego, el director estrechó la mano de Nate y le felicitó por el gran trabajo junto con su joven amiga, lanzando una sonrisa en su dirección, y que ambos podían estar orgullosos de lo que estaban haciendo por Estados Unidos. Dominika inclinó la cabeza al oír eso. Se sentaron, Dominika y el director en el sofá. Él se puso encantador a más no poder y comenzó a hablar de sus días en el Congreso, dándole palmaditas en la rodilla. A veces dejaba la mano sobre la rodilla, un hábito adquirido en el guardarropa del Senado.

Era alto y delgado, con ojos de ardilla, mejillas hundidas y un cabello brillante teñido de negro. Dominika decidió que se parecía a Koschei, un malvado mítico sobre el que su padre solía leerle de niña. Dominika lo miró con atención, pero su aura era débil, un brillo verde pálido alrededor de su rostro y orejas.

«Verde, *zelenj*, emocional, no es lo que parece, es buen actor», pensó Dominika. Tan diferente de su tío Vania, pero lo mismo: servicios distintos, la misma *yashyeritsa,* el mismo lagarto.

Le preguntó a Forsyth por la «atmósfera operativa» en Escandinavia. Todos sabían que ese no era un tema para discutir enfrente de una confidente, así que Dominika se levantó y trajo un plato de *pelmeni,* empanadillas al vapor recién hechas, rellenas de carne picada y especias, untadas de crema amarga. Dominika había

insistido en cocinar algo, una forma rusa de honrar al invitado. Nate pensó que deberían haber servido galletas *näkileipä* rancias y refrescos calientes.

—Excelentes —dijo el director con rastros de crema amarga en la comisura de los labios.

El director se limpió los labios y dio unas palmaditas en el almohadón para que Dominika se volviera a sentar junto a él. Nate, Gable y Forsyth estaban sentados con las sillas juntas para poder mirar a Dominika y darle su apoyo mientras el director le preguntaba de dónde era, como si fuera una de sus votantes. Gable se retrotrajo muchos años atrás, a esas desesperadas noches en habitaciones de hotel malolientes con sudorosos confidentes, hombrecillos que corrían indecibles peligros. Recordó cómo trataba de infundirles el valor de continuar. Ellos lo escuchaban con atención y él les hablaba lentamente, pero sin pausa, observando sus rostros, sirviéndose vodka o *maotai* o *arrack.* Eso había sucedido hacía mucho tiempo. Aquí, en ese apartamento bañado por la luz del sol, se celebraba el feliz encuentro con una confidente.

Para una rusa, hablar de éxitos futuros es conjurar la mala suerte. Mejor quedarse callada. El director se acercó más a Dominika, pero ella no se apartó. «Buena actuación —pensó Nate—. Sabe cómo manejarlo.» El director le decía que todos aplaudían sus esfuerzos, que él se había tomado un interés personal en sus actividades y que ella no debía dudar en contactar con él directamente a cualquier hora del día o la noche. Nate estuvo tentado de pedirle el número de teléfono de su casa de Bethesda. Forsyth le leyó el pensamiento, arrastró la silla para acercarse a él y le dijo que cerrara la puta boca.

De un verde botella y parloteando, el director Koschei decía ahora

algo sobre una cuenta bancaria secreta. Habían ingresado una suma de dinero en la cuenta de Dominika como bonificación por su reclutamiento, y le sería depositado más dinero mensualmente. La cuenta estaría completamente bajo su control, pero, por supuesto, le desaconsejaba que sacara dinero y mucho menos que lo despilfarrara. Continuó diciendo que depositarían fondos adicionales cuando comenzara a trabajar en Moscú. Dominika miró a Nate, y se volvió para mirar a Forsyth. Los rostros de ambos permanecieron inexpresivos. Koschei continuó implacable.

Al final de dos años de servicio interno en Moscú, depositarían en su cuenta una bonificación de un cuarto de millón de dólares. Por fin, en la fecha de cese de servicio, que se decidiría conjuntamente, la CIA la establecería en un lugar de Occidente donde quedara garantizada su seguridad, y le proporcionaría una casa de no menos de mil metros cuadrados.

La habitación permaneció en silencio. La cara de Dominika había cambiado y miró a cada uno de ellos. Luego se volvió hacia el visitante. Le regaló una de sus deslumbrantes sonrisas. Nate pensó: «La hemos cagado».

—Señor, muchas gracias por hacer un viaje tan largo para conocerme —dijo Dominika—. Ya les he comunicado a los señores Forsyth, Gable y Nash —hizo un gesto hacia ellos mientras mencionaba sus nombres— que me he comprometido a ayudar a su Servicio como me sea posible. Me he comprometido a ayudar a mi país, a ayudar a Rusia. Aprecio todo lo que me ha ofrecido, pero le ruego que me disculpe. Yo no estoy haciendo esto por dinero.

Miró serenamente a quien consideraba un mamarracho *nekuturny.*

—¡Claro, por supuesto! —dijo Koschei dándole una palmadita en la

rodilla—. Aunque nos damos cuenta de lo útil que puede ser el dinero.

—Sí, usted está en lo cierto —replicó Dominika.

Nate vio que estaba molesta; la garganta se le había cubierto de un ligero rubor. Forsyth también lo advirtió. Gable comenzó a recoger los abrigos y a moverse por la habitación.

—Señor director, por desgracia tenemos que pasar otra media hora en el coche para salir de aquí antes de llegar al avión —comentó Forsyth levantándose.

—Muy bien, muy bien —dijo—. Ha sido un placer conocerla, Dominique. Es usted una mujer muy valiente al correr un riesgo tan alto.

«Dios mío, y ahora dile cuánto le queda de vida», pensó Nate.

—Recuerde —dijo el director dándole un abrazo—: llámeme a cualquier hora en caso necesario.

«Sí, hombre, no te jode, para que la tomes de la mano y la conduzcas a través de la alambrada de espino de la frontera, entre la línea de minas antipersonas, a dos minutos de los perros», pensó Gable.

Forsyth ofreció a Koschei su abrigo y su sombrero mientras Gable bajaba para avisar al equipo de seguridad. El director lo siguió. Forsyth se detuvo en la puerta y le guiñó un ojo.

—Hablamos pronto —dijo, y desapareció.

Dominika y Nate se quedaron en el umbral del apartamento, como dos recién casados despidiéndose de un pariente gruñón que ha venido a cenar el domingo.

Nate cerró la puerta con suavidad. La casa segura estaba en completo silencio, podían oír las puertas de los coches cerrarse y

que estos se alejaban.

—Bueno —dijo Nate—, ¿te ha gustado el director?

Estaba atardeciendo y los faros de los coches iluminaban el interior con una luz espectral. A través de la ventana abierta llegaban alegres voces desde el agua. Dos copas de vino permanecían intactas y ellos seguían sentados en la oscuridad. La luz se reflejaba en el cabello de Dominika y en las pestañas de su ojo derecho. Se había puesto un vestido veraniego para la ocasión, entallado, con tacones, como para una entrevista de trabajo. No le apetecía hablar y Nate no sabía qué decir. Le preocupaba que sus discusiones y la visita la hubieran desmoralizado, que le dijera que se echaba atrás. Nate era el agente encargado. Era su responsabilidad que el caso siguiera adelante.

«Joder —pensó—, muchos intentos de reclutamiento fracasan, se pierden muchos confidentes en la trituradora de la Central. Puede intervenir la mala suerte y dejar pasar el momento adecuado, o perder el tren por treinta segundos y que eso lo cambie todo. Pero ¿perder a una confidente porque piensa que somos unos cabrones?» Se podía imaginar los cuchicheos en la cafetería de la Central. Sí, había sido Nash, en Helsinki. Su expediente, como era de suponer, decía la verdad. Langley enviaría un cable: «Es el momento de mandarte de misión a Estados Unidos. Siéntate un momento, vamos a hablar de tu futuro». Su padre le escribiría: «Bienvenido a casa, hijo, todo está olvidado». Era como entrar en el pozo negro de una mina sin aire. Se dio cuenta de que ella se había puesto en pie y se le acercaba.

La oscuridad de la habitación le afectaba, como si fuera un capullo invisible. Ella se detuvo delante de él y lo miró desde arriba. El habitual trasfondo morado oscuro estaba ahí y, extrañamente, podía sentir el calor que emanaba, estable y tranquilo. Sabía que Nate estaba sufriendo. Era un profesional demasiado serio y preocupado por su carrera, pero bajo esa capa de seriedad profesional era una persona vulnerable. Fuera lo que fuese lo que él pensara de ella personalmente (no estaba segura) su inquietud y preocupación le enternecían. Se dio cuenta de que ella misma acusaba la tensión de vivir constantemente con ese secreto helado en su interior. Se había acercado a los americanos porque confiaba en ellos, se preocupaban por ella, eran profesionales.

Pero sobre todo por Nate. Parte de lo que Dominika hacía era por él, se daba cuenta. Si le hubieran preguntado, habría dicho que no tenía ninguna intención de dejarlo. Estaba decidida, centrada.

Sin embargo, ahora mismo necesitaba algo más que la excitación que provenía de la impostura misma o de saber que su voluntad era más fuerte que la de otros o de su futura victoria sobre los cardenales grises. Necesitaba que la necesitaran. Que la necesitara él. Sentía que su yo secreto abría las puertas de su habitación como un huracán y salía. Dominika puso las manos en la silla de Nate, se inclinó y le besó en los labios.

No lo había previsto y sabía que él, desde luego, tampoco. En ambos Servicios, Dominika lo sabía, el contacto físico con un agente estaba estrictamente prohibido, *zapreshchenny*. Las complicaciones emocionales podían acabar con una operación clandestina. Por eso la gorrión debía salir de la habitación una vez tendida la trampa. Luego el tío Sasha se hacía cargo del resto, del negocio, porque las

pasiones se inmiscuían. Un agente que pensara solo en su *khuy* no llegaba a ninguna parte. Eso es lo que le habían dicho los viejos instructores, cacareando e intentando sonrojarla.

Estaba en sus brazos, besándole, no frenéticamente, sino despacio, con suavidad; sus labios eran cálidos y ella deseaba bebérselos. Sentía que la presión le crecía en su interior, en el cráneo, los pechos, entre las piernas. Sus manos presionaban su espalda y ella se sintió dulce y atrevida, como si fueran unos amigos de la infancia que años más tarde se descubrieran como adultos. Él respiró en el oído su aliento morado oscuro, y ella sintió que le recorría la espalda.

—Dominika —dijo él, queriendo ir más despacio.

Se habían peleado días antes, era una locura enrollarse de esta manera, la estabilidad del caso exigía...

—*Za molchi* —susurró ella: «Cállate, tonto», y recorrió con los labios su mejilla y le apretó con más fuerza.

Le daba vueltas la cabeza por la indecisión, la alarma, la lujuria espontánea que le crecía en las entrañas. Nate sabía que la deseaba; era una locura, algo temerario, prohibido. Luego no supo que pasó.

Estaban desnudos y enfebrecidos en el pequeño dormitorio. Dominika le clavó las uñas suavemente entre las piernas para hacer que la siguiera (pensó que debía de haber inventado una nueva técnica de acercamiento). Tuvieron que saltar ridículamente por encima de los pies de la cama, embutida entre las paredes del dormitorio, para subir al colchón. Ella seguía tocándole con la mano, apretando las uñas. Soltó una carcajada. Tenía la boca seca por el deseo.

Sentir su piel por primera vez, recorrerle el vientre con los labios, le resultaba todo irreal y embriagador. Él la miró sorprendido y ella le empujó el pecho con la mano para que se tumbara. Lasciva y tierna, tímida y audaz, ella le saboreó, se llenó la boca de él. Era como si hubieran sido amantes siempre. No tuvo ni un solo pensamiento para la Escuela de Gorriones ni para sus técnicas numeradas. Dominika simplemente lo deseaba.

La urgencia era cada vez mayor, su yo secreto se hinchaba y llenaba su mente, le constreñía la garganta. Justo en ese momento, Nate le dio la vuelta y ella subió las piernas temblorosas. La luz de una luna llena ascendió sobre las islas del puerto, atravesó la ventana y se quedó fija en sus ojos. La noche y la luna la cegaron. Nate se convirtió en una silueta contra la luna y luego en un peso sobre ella. Dominika sintió que algo se expandía dulce y dolorosamente en su interior. La luz de la luna temblaba tras sus párpados.

Ella esperaba evitar que su jadeante cuerpo estallase en mil pedazos como un papel. Notó que una corriente vacía le recorría el cuerpo y se extendía por todas sus células; experimentó una ola de placer, mayor que las anteriores, que surgía de lo más profundo de su ser. Se quedó en suspenso, retorciéndose. Desde lo más recóndito de la garganta brotó un *Bozhe moj*, y puso los ojos en blanco. Ese estado de gracia la doblegó igual que el viento dobla las espigas de trigo.

Se quedaron tendidos el uno junto al otro bajo la luz de la luna. Dominika esperó a que sus muslos dejaran de temblar antes de volverse a mirar su cuerpo iluminado por la luna.

—*Dushka*, cuidas muy bien a tus confidentes —susurró.

El aire de la noche todavía no les había secado los cuerpos cuando oyeron girar la llave en la cerradura de la puerta de entrada a la casa segura. Salieron disparados de la cama, y Nate se puso rápidamente la camisa, los pantalones y los zapatos. Dominika cogió la ropa y corrió al cuarto de baño. Nate se dirigió al salón y vio a Gable en la cocina inclinándose sobre la nevera abierta.

—He pensado en volver para controlar los daños causados por las proezas del director —dijo Gable. Se volvió para mirar en la nevera —. ¿Quedan empanadillas?

—En la repisa de abajo —respondió Nate—. Ya he hablado de toda esa mierda con Dominika. Creo que ella entiende la diferencia que hay entre nosotros y esos trajeados.

—Me partí el culo cuando se cabreó con el viejo loro. Tiene carácter —dijo Gable mientras colocaba el recipiente de las empanadillas sobre la encimera—. Entonces ¿la has podido calmar sin problema? —preguntó.

—Sí, Bratok —dijo Dominika saliendo del baño—. Ahora estoy tranquila.

Estaba completamente vestida, peinada y con una expresión serena. Nate observó la cara de Gable.

—Déjame calentarte las *pelmeni* —dijo Dominika.

Encendió el fuego, sacó una sartén.

—Están mejor cuando se calientan, sobre todo así.

Echó las empanadillas al vapor en la sartén con mantequilla y las frio hasta que estuvieron ligeramente doradas.

—Ahora estarán más ricas con vinagre —dijo.

La cháchara doméstica fue muriendo mientras comían de pie en la cocina, cada uno con su cuenco. Nadie hablaba. Gable de vez en

cuando miraba a Dominika y a Nate; luego a Nate y a Dominika. Nate observaba estudiadamente su comida, pero Dominika le devolvía la mirada imperturbable, leyendo la flor que se expandía a su alrededor. Cuando terminaron de comer, Gable abrió el grifo mientras Dominika se ponía el abrigo y les daba las buenas noches. Al bajar la escalera no miró a Nate. Este cerró la puerta, volviéndose con fastidio hacia Gable, que caminaba hacia al sofá del salón con dos vasos entre los dedos y una botella de whisky en la otra.

—Bueno, Príapo —dijo Gable, poniendo los vasos sobre la mesa—, pasa los dedos por los bordes mientras voy a por hielo.

EMPANADILLAS *PELMENI*

Haga finos discos de masa con harina, huevos, leche y sal. Mezcle carne picada de cerdo y de ternera, trozos de pollo, cebolla rallada, ajo triturado y agua. Ponga un montoncito en el centro de cada disco, humedezca los bordes y ciérrelo doblándolo. Junte las esquinas inferiores. Hiérvalos en agua con sal hasta que floten en la superficie. Sírvalos con crema amarga.

19

—¿Cómo se te ha podido ir así de las manos? —preguntó Forsyth, inclinándose sobre el escritorio—. Estás encargado, según el criterio de la Central, de uno de los casos rusos más prometedores de la Dirección General de Operaciones de la última década ¿y careces de la disciplina para no acabar en la cama?

—Jefe, soy consciente de que ha sido un error, no es que lo hubiéramos planeado, simplemente sucedió. Ella tenía un mal rollo horrible con el director. La llamó Dominique. Había acumulado mucha tensión y de repente necesitó sentirse cercana a alguien.

—¿Que necesitó sentirse cercana a alguien? —dijo Gable desde su lugar habitual, el sofá de detrás de Nate—. ¿Así llama vuestra generación a follar?

La cara de Forsyth, normalmente amable y patricia, estaba sombría; sostuvo la mirada de Nate hasta que el joven tuvo que bajarla.

—Entonces hazte cargo de sus necesidades, tranquilízala, dale apoyo. Pero no...

—Os pongáis a ello como conejos —terminó Gable.

—Sí, como conejos —dijo Forsyth—. ¿Qué pasa si vuestra relación atraviesa un bache? ¿Qué pasa si os peleáis dentro de cuatro meses y ella decide que no te puede soportar?

—Yo lo veo posible —dijo Gable.

—¿Seguiría ella trabajando para la CIA? ¿O es que hace todo esto porque está enamorada de...?

—Macho gazpacho —añadió Gable.

—¿De qué coño estás hablando? —preguntó Forsyth mirando a Gable despatarrado en el sofá; se volvió a Nate, que se había reído del comentario de Gable—. Venga, Nate. A pesar de la información que nos ha proporcionado hasta el momento, y a pesar del polígrafo, Diva es un activo nuevo. Tenemos que verla operar productivamente antes de que sepamos el cariz de tu recluta. ¿Significa eso que no nos fiamos de ella? Sí y no; nunca te fías por completo de un confidente. Los rusos se vuelven taciturnos, dramáticos, empiezan a echar de menos su país. Se vuelven un poco locos. ¿Te acuerdas de Yurchenko despidiéndose en las escaleras del vuelo de Aeroflot? Diva es fuerte, pero todos sabemos que tiene un carácter temperamental, impulsivo. —Levantó la mano para impedir que Gable hiciera un comentario pueril—. Tu trabajo como agente es reunir la información, asegurar su seguridad, sublimar tus emociones personales y hacer de Diva la mejor confidente posible.

—*Sublimar*: eso significa nada de follar —puntualizó Gable.

—Desde que llegaste a la estación has estado de bajón porque querías hacer un reclutamiento importante, no querías perder pie, te preocupaba tu expediente. Bueno, maldita sea, empieza a ocuparte de esta rusa como un profesional. Encárgate de ella con la cabeza fría.

—La que tienes sobre los hombros —dijo Gable.

—Y considera que un rollo amoroso podría acabar con la operación y con ella. Debemos empezar a pensar en su regreso a Moscú. No sabemos cuándo será. Podría negarse en rotundo a trabajar desde dentro, así que convendría que comenzara a planteárselo. Prepárala para eso.

—¡Sí, señor! —dijo Nate alzando la mirada a Forsyth.

—¿Ha quedado claro? —preguntó Forsyth, insistiendo por última vez.

—Ya lo sé, ya lo sé, ya lo sé —dijo Nate—. Ya está. Gracias por la charla. Reconduciré la situación.

—Me alegra oír eso —dijo Gable, levantándose del sofá—. Ahora ya puedo tirar los cuatro monitores para bebés con vídeo de la casa segura.

Nate lo miró con los ojos como platos. Forsyth se mantuvo impasible.

—Estoy de coña, Romeo —dijo Gable—. No podría soportar ver la repetición de la jugada.

Lo que previno a Forsyth y a Gable de seguir fustigando a Nate por su desliz fue una señal que Dominika les envió al día siguiente.

Al coger el coche, Nate notó el tacto resbaladizo de la vaselina en el interior de la manilla, pero se controló para no reaccionar de forma visible. Dominika debía de haberla aplicado durante la noche. «Señal de emergencia —pensó—, después de doce horas.» La noche era fría, el otoño escandinavo había llegado: los parabrisas se cubrían de escarcha y el vapor goteaba desde los conductos de ventilación. Estaban esperando en la casa segura, revisando las medidas que emplearían en caso de emergencia. ¿Estaba Dominika a la fuga y era una situación de persecución inmediata? Nate había buscado los horarios de vuelos y de ferri. El contacto de Gable en el Supo estaba a la espera. Archie y Verónica aguardaban sentados al lado del teléfono. Los tres oficiales de la CIA lidiaban con la espera y

el nudo que tenían en el estómago. Nadie comprobaba el reloj. Eran demasiado profesionales.

Nate se levantó cuando oyó la llave en la cerradura. Todos supieron que no pasaba nada porque sus ojos azul hielo refulgían y sus mejillas estaban arreboladas, y no solo por la RDV. Había algo más.

Gable le preparó una humeante taza de té y ella sopló mientras les contaba la historia de forma rápida y efectiva, empezando por los detalles, como dictaba el entrenamiento. Quería desestabilizarlos un poco, impresionarlos. El día antes, un hombre no identificado había llegado a la embajada rusa solicitando ver al «hombre de seguridad» y le había entregado un sobre en el que ponía en letras mayúsculas: ENTREGAR CERRADO AL SR. VOLONTOV. El hombre se había esfumado antes de que el bovino agente de seguridad anotara su nombre, pero enseguida llevó el sobre arriba, al *rezident* Volontov, quien descubrió un segundo sobre dentro del primero. Volontov había llamado a gritos a Dominika y se había puesto a dar vueltas por el despacho echando humo en medio de una polvorienta nube de color naranja, mientras ella le traducía la nota del inglés. Escrita en mayúsculas, decía que el remitente ofrecía un manual técnico clasificado de Estados Unidos por la suma de medio millón de dólares, y proponía un encuentro al cabo de cinco días en el hotel Kämp.

Dominika miró de Nate a Forsyth y luego a Gable, dio un sorbo al té, y continuó. Había una segunda hoja en el sobre con tres arandelas rotas, como si hubiera sido arrancada de un archivador de tres anillas: TOP SECRET/UMBRA arriba y abajo de la página. Título en negrita: *Retícula nacional de comunicaciones de Estados Unidos*. Una de las esquinas superiores estaba cortada en diagonal. Volontov

estaba nervioso y le hizo leer la nota de advertencia bajo el título dos veces: «Distribución no autorizada», «si se lo encuentra, devolver a la Oficina de Coordinación», «su uso indebido será objeto de acción judicial».

La cara de Volontov estaba gris, le ladró que hiciera una copia. Los jugos del sicofante soviético fluían y de forma grandilocuente le ordenó que enviara por valija diplomática la página original, directamente al primer director general Egorov, con la máxima prioridad. Era lo más seguro. Forsyth miró a Gable. Este estaba de pie, poniéndose el abrigo. Dominika se subió el jersey, sacó de la cinturilla de la falda un papel doblado y se lo deslizó a Forsyth: había hecho una segunda copia. Los americanos se agolparon alrededor. Gable dio golpecitos sobre la esquina rasgada y murmuró:

—El muy cabrón ha cortado el número de serie. —Miró a Dominika y añadió—: Si no recuerdo mal, te habíamos dicho que no volvieses a hacer una cosa así.

Luego se inclinó, la besó en la cabeza y se marchó. El cable NIACT de la estación se recibiría en Washington al cabo de treinta minutos. A Gable le gustaba enviar cables de acción nocturna y despertar a los comedores de dónuts de Langley.

El resto del día Volontov había sido un torbellino, explicó Dominika. La había llamado a su oficina por lo menos seis veces. Una noria naranja de angustia giraba en torno a su cabeza. Incluso él se había dado cuenta del colosal regalo que esto podía ser. Casi al final de la jornada decidió que llamaría a Vania Egorov directamente para informarle del sensible y potencialmente espectacular incidente, y para advertirle de la llegada de la valija. Quería que el subdirector viera que él, Volontov, se estaba ocupando personalmente de la

operación

Volontov cerró la puerta para hacer la llamada en el teléfono de alta frecuencia, pero Dominika puedo oír sus carcajadas gratuitas y el servilismo que rezumaban sus repetidos «da, da, da», como ladridos.

—Un verdadero *l'stets*. ¿Cómo los llamáis vosotros?, ¿«lameculos»? —preguntó Dominika.

—Algo así —respondió Forsyth.

Volontov la llamó por décima vez ese día y le informó con aires de superioridad de que el subdirector apoyaba su sugerencia de que fuera Dominika, y solo Dominika, quien asistiera al *rezident* en la operación. Ella prepararía el dinero (se le dijo que sacara solo cinco mil dólares). Se le ordenó que reservara una habitación en el Kämp. Actuaría de intérprete durante la reunión con el americano. «Empieza a trabajar», le había dicho, ordenándole que se retirara con un gesto.

Lo que no sabía Dominika es que Volontov había llamado también a su enlace en la Línea KR, el antiguo prodigio de los guardas fronterizos.

—Quiero que actúes como agente de contravigilancia en la reunión que voy a mantener a finales de semana. En el vestíbulo del hotel Kämp. Quédate sentado en el vestíbulo y observa.

—¿Una reunión? —había preguntado el agente de contrainteligencia—. ¿Cuántos hombres necesitaremos? Por supuesto, iré armado.

—Idiota. Solo tú. Nada de armas. Solo quédate en el vestíbulo. Observa mi encuentro con el contacto. Quédate ahí. Luego, observa como me marcho. ¿Está claro? —preguntó Volontov.

El hombre del KR asintió, pero estaba decepcionado.

Después de una hora, Nate sacó a toda prisa a Dominika de la casa segura. Desde ahora mandaban las órdenes de Moscú: nada de encuentros innecesarios. Nada de reuniones durante el día. Buscar señales de que está siendo vigilada, asumir que realmente está siendo vigilada. Limitar los contactos sociales. Quedarse cerca de la embajada hasta después del encuentro en el hotel Kämp. Volontov estaría histérico, nervioso y estrecharía la vigilancia. Tendría a todo el mundo observado. No podían correr riesgos.

—Es como tener una cobra en la taza del váter —dijo Gable cuando regresaron a la estación—. Tenemos que ser muy cuidadosos. Si hay algo que hace que la reunión fracase (como que el americano sea arrestado y que el SVR no consiga el manual), Dominika será la única persona que habría sabido de su existencia.

Forsyth envió un cable confidencial para recordar a la Central el riesgo que suponía para Diva. El jefe de Europa quedó conmocionado, realmente conmocionado, al leer la recomendación de Forsyth de limitarse a identificar al traidor y dejar que el FBI se encargara de él una vez que regresara a Estados Unidos. El jefe de Europa no podía consentir un plan que resultara en una grave pérdida de información relativa a la seguridad nacional, no mientras su mano permaneciera al timón de la División de Europa.

Cuando el agregado legal de la embajada americana, un agente especial del FBI de cincuenta y dos años llamado Elwood Maratos, se coló en la oficina de Forsyth para coordinar la operación, se percataron de que la Central le había contado la reunión a todo

Washington. Durante sus veinticinco años de carrera, Maratos se había distinguido como investigador de robos bancarios en el Medio Oeste de Estados Unidos. Puso los pies en la mesa, enseñando las suelas de sus zapatos a Forsyth y Gable, y dijo que era un caso clarísimo de espionaje cometido por un ciudadano americano, y que por eso era competencia estricta del FBI.

—Puto cabrón —dijo Gable cuando Maratos se marchó—. Ese tío piensa que *espresso* significa tren directo en español.

Tenían la certeza de que, si no les paraban los pies, una docena de agentes especiales del FBI invadirían Helsinki con sus pantalones militares, sus botas y sus gorras de béisbol de los New York Yankees. Lo único que podían hacer desde la estación era intentar mantenerlos bajo control. Forsyth le pidió a Nate que tuviera el plan de exfiltración de Diva a punto. Quizá tendrían que sacarla si algo salía mal y los rusos se empezaban a preguntar por las causas.

Entonces algo sucedió en la Central. Se debió de celebrar una gran reunión donde se dieron cuenta del peligro que corría Diva. Más tarde, algunos dijeron que había sido Simon Benford, el jefe de contraespionaje, que había tenido uno de sus conocidos ataques de histeria. Benford advirtió del peligro que corría la confidente desde el punto de vista del contraespionaje y añadió que el hecho de no prestar la suficiente atención a ese aspecto podía provocar una debacle. Como resultado, se enviaron dos cables que llegaron dos días antes de la reunión en el Kämp. El primero llevaba la siguiente etiqueta: DEL JEFE DE EUROPA, DIRECTAMENTE AL JEFE DE ESTACIÓN. El segundo había sido esbozado por Benford con el laconismo que le era propio y que rayaba en la grosería. El cable proponía una maniobra operativa que sorprendió incluso a Marty Gable, una vieja bruja que

tenía un cenicero en su despacho hecho con un cráneo humano de Cambodia o Miami (según él, no se acordaba).

El primer telegrama decía lo siguiente:

1. Por favor, restrinjan a este canal el futuro tráfico de información. Nótese ref. Central asigna máxima prioridad a prevenir la potencial venta ilegal al SVR de material. Estación dirigida a coordinar con el representante del FBI de la embajada, que ha sido informado por la Central del FBI en Washington. Central confirma a la estación que el FBI tiene primacía en todos los asuntos de carácter investigativo de cumplimiento con la ley que impliquen amenazas a la seguridad nacional y ciudadanos americanos sospechosos de crimen federal, según el título II de la Ley de Reforma de Inteligencia de 2004 y la Orden Ejecutiva 12333 y 50 USC 401.
2. Requiere de la estación el completo apoyo a la investigación del FBI que sea necesario. Por supuesto, la Central está preocupada con que cualquier arresto podría afectar a la seguridad del activo de la estación Diva. La estación debería aumentar las medidas de seguridad para asegurar la seguridad operativa de Diva.
3. Por favor, reporten desarrollos por cable de prioridad total, también la acción nocturna.

El segundo cable rezaba así:

1. El informe GTDIVA recibido. Diva está convirtiéndose en fuente excepcional.
2. Por favor, transmitan las felicitaciones de la Central.
3. De acuerdo en que el más ligero error en el trato del voluntario en cuestión pondrá el escrutinio sobre Diva. En

caso de que suceda lo peor, por favor asegúrense de que se disponga de un protocolo de exfiltración de emergencia. La Central está preparada para procesar y reubicar al defector.

4. Aparte de las acciones de salvaguarda de la ley del FBI, los objetivos de la Central son identificar al voluntario, efectuar su arresto sin alertar al SVR, y permitir que el SVR reciba el manual sin levantar sospechas de su contraespionaje. El FBI será informado sobre la oportunidad de una acción encubierta y seguirá las directrices de la estación para alcanzar los objetivos de la Central.
5. Para información de la estación, un programa compartimentado del Departamento de Defensa produjo el año pasado un manual modificado (GTSOLAR) idéntico a la copia puesta a la venta en Helsinki. La naturaleza exacta de las modificaciones es clasificada, pero resultará en una desinformación técnica y error.
6. Investigador Iden Oswr, que actuará de correo de un manual Solar, saldrá de Washington la noche del 17. Prevista llegada mañana del 18. Reunir y acomodar.
7. Entreguen lo antes posible una propuesta operativa para sustituir el manual Solar con prioridad absoluta. Ignoren instrucciones del cable anterior.

Lo organizaron todo, llamaron a los técnicos y convocaron una reunión más con Diva la noche antes del contacto. Le enseñaron los dibujos, hicieron una copia de la llave de la habitación del hotel, repasaron juntos los pasos que había que dar. Le hicieron mirar los dibujos otra vez. «Está bien, Neyt», dijo ella. Un dejo en su voz, los nervios que salían a la superficie. Hablaron de los riesgos, de la posibilidad de ser expuesta, pero ella no quería oírlo. Sus ojos azules

buscaban su cara cuando él enrolló el mapa que marcaba la esquina donde la recogería si tenía que huir. Ella notó la preocupación de su tono.

¿Era por ella?, se preguntó; ¿o era por la operación? Nate el agente estaba de vuelta, con su aura intacta.

Las cosas eran muy serias, demasiado. Pararon un momento para cenar. Era el turno de Forsyth. No cocinaba mucho, pero Dominika se admiró al verlo con un delantal, bañado de azul, con manoplas, sacando una fuente del horno. Solo sabía hacer un plato, un *soubise*, un arroz estofado con mantequilla y cebollas caramelizadas. En caso de desastre, y para que no se murieran de hambre, Gable había traído kebabs de cordero de un restaurante. Comieron sin hablar. Luego miraron el reloj. Mejor que se fuera a casa.

No abrió la puerta y esperó un segundo mientras se subía el cuello del abrigo.

—Buena suerte mañana —dijo ella.

«Es ella quien se juega el cuello», pensó Nate.

—Para ti también —respondió Nate—. Todo va a ir bien.

—Nos vemos en dos días —dijo ella, sacando un par de guantes, lista para abrir la puerta.

Esperaba. Ruido de platos en el fregadero. Lo miraba. Sonrisa de Mona Lisa.

—Quiero que tengas cuidado —dijo él.

Ella miró el pequeño dormitorio bañado por la luz de la luna, pero él no pestañeó, y su corazón se entristeció un poco.

—*Spokoinoi nochi*, Neyt.

Nunca hacía ruido al bajar las escaleras.

Ellos recorrieron la casa apagando las luces, preparándose para

irse a casa. Ya era mañana. Forsyth hablaba mientras cerraban el apartamento.

—Nada de sorpresas, rondar el lugar del encuentro o heroicidades de última hora, ¿está claro?

Gable cerró las cortinas y apagó la luz del baño.

—Muy claro —dijo Nate.

—Lo que quiero decir es que si nos encontramos con un bache mañana, no nos pongamos en plan «unidad de fuerzas especiales» —añadió Forsyth.

—Claro, lo entiendo —dijo Nate sabiendo lo que venía, intentando no actuar de forma condescendiente con su jefe.

—Si hay problemas, lo que hay que hacer es evaluarlos. Luego tomaremos una decisión y actuaremos. Pero va a ser fundamental que Dominika haga su papel en el intercambio. Si tropieza, sea cual sea la razón, la operación está acabada.

Gable volvió a la habitación.

—A esta hora mañana, el SVR tiene que estar haciéndose pajas pensando que tiene un documento auténtico. Sin que alberguen ni la más mínima duda. Felicidad total en Moscú.

Se estaban poniendo los abrigos. Lo que había que decir había que decirlo ahora. Una vez fuera, en la calle, se separarían en diferentes direcciones, nada de desearse las buenas noches.

—Lo que estoy oyendo, entonces, es que vamos a dejar que se meta en una tormenta de mierda para vender un fiasco —dijo Nate intentado mantener un tono sereno.

—¿Vender un fiasco? —dijo Gable—. Esto no es Las Vegas. Vamos a protegerla de todas las maneras posibles. Pero tienes que subirte al barco, colega. Pon la cabeza en su sitio. Esto es muy serio.

Los tres se separaron en la calle helada. Nate tomo el camino más largo hacia su coche, a esa hora no había camiones. Aún quedaba algo de vaselina bajo la manilla de su coche. Se metió en el coche y miró el parabrisas. Se dejó llevar y por un momento y se vio frente al apartamento de ella, aporreando la puerta; ella en sus brazos; su camisón suspendido, ligero, sobre su cuerpo; ella cubriéndole de besos... Salió de su estado de ensoñación, agitó la cabeza para aclararla y puso en marcha el coche hacia su casa, desviándose por las afueras de la ciudad y mirando por el retrovisor.

SOUBISE DE FORSYTH

Hierva arroz en agua con sal durante cinco minutos. En una sartén distinta caramelice ligeramente cebollas con mantequilla. Añada el arroz y cúbralo. Deje que se haga en el horno a temperatura media. Remuévalo de vez en cuando hasta que se dore. Antes de servirlo agregue nata y gruyère rallado.

20

Forsyth, Nate y un técnico llamado Ginsburg se aposentaron en las sillas estilo imperio de terciopelo rojo de una elegante habitación del hotel Kämp. Lanzaron una mirada escéptica a las paredes enteladas en seda y al dosel de satén sobre la cama. El ruido de la Norra Esplanaden les llegaba amortiguado a través de las puertas del balcón. Los tres agentes de la CIA estaban sentados alrededor de una mesita cubierta por ordenadores portátiles, un teléfono móvil, un receptor de señales en miniatura y un Motorola SB5100: esas pesadas radios eran más seguras que los móviles, especialmente en el más que probable caso de que los rusos estuvieran monitoreando todos los canales durante su encuentro. Los portátiles mostraban dos imágenes: la primera era la habitación de Dominika en el Kämp, idéntica en lo esencial a la que ellos ocupaban. Era, de hecho, la habitación contigua. El segundo portátil revelaba el interior del amplio baño adjunto. Ambas imágenes estaban tomadas desde la esquina superior, cerca del techo; eran vistas cenitales de 270 grados.

Por indicación de Volontov, Dominika había reservado la habitación días antes, lo que había dado a los técnicos la oportunidad de intervenirla. La estación había trabajado durante la noche para instalar dos cámaras sin cables, una insertada en una moldura de yeso del techo; la otra, dentro del hueco de ventilación del baño. Las cámaras transmitían una señal encriptada al receptor, que, a su vez, era desplegada y grabada por los ordenadores. Cada una de las

cámaras de cabezal remoto (del tamaño de un encendedor Zippo) también contenían un micrófono digital en miniatura que transmitía el audio.

Gable estaba en la calle, en una furgoneta aparcada frente al Kämp con Maratos y otros tres agentes especiales de la Oficina de Contraespionaje del FBI en Washington. Forsyth había prohibido la presencia del FBI en la habitación del hotel, en parte para contener y controlar a los federales, pero sobre todo para impedir que vieran a Dominika. La estación no la expondría como activo ante los federales. Eso había enfurecido a Maratos, que disimulaba mal su enfado.

Los federales se lo habían peleado en Washington. Se negaban a permitir que el confidente, fuese quien fuera, se marchase de Helsinki y regresara a Estados Unidos antes de que los desenmascarasen. Eran demasiadas las cosas que podían salir mal, argüían. Lo que realmente querían decir es que no podrían sobrevivir a las represalias políticas si el sujeto desconocido se les escapaba. Los mandamases de la Central decidieron que los federales debían esperar para apresarlo a que los rusos despejaran la zona. Cuando la CIA insistió en que Forsyth, y solo Forsyth, podría dar la orden de captura, ellos asintieron sin rechistar: «Claro, claro».

—Todo el mundo entiende la secuencia de acontecimientos, ¿no? —preguntó Forsyth el día antes en su despacho; miraba fijamente a Maratos.

—Sí, lo tenemos claro. No es nuestra primera encerrona —respondió Maratos—. Solo asegúrate de avisarnos cuando averigües el nombre de ese capullo.

—Elwood, quiero volver a insistir en que tienes que esperar a mi

señal. Si te precipitas, pondrás en peligro la vida de mi confidente —dijo Forsyth.

Maratos miró a Forsyth con fastidio.

—Joder, ya te he dicho que lo hemos pillado.

Gable le había dicho a Nate que su trabajo en la operación era cerrar el pico y escuchar, pero Nate habló de todas formas, mirando directamente al hombre del FBI.

—Como la caguéis, mejor que sea tu mujer la que arranque el coche todas las mañanas.

Era un clamoroso incumplimiento de la etiqueta.

—Tú, mierdecilla, ¿estás amenazando a un agente federal?

Nate estaba a punto de responder cuando Forsyth saltó:

—Cerrad la puta boca los dos.

Maratos pensó en decir algo, pero se calló.

La radio hizo clic dos veces. Era la señal de Gable de que Volontov y Dominika habían entrado en el vestíbulo del hotel. Tres minutos más tarde, el primer ordenador mostraba que se abría la puerta y entraban en la habitación Volontov, Dominika y un joven de baja estatura. Ella llevaba un maletín. El voluntario tenía la piel oscura, una mata ingobernable de pelo negro y cejas tupidas. Llevaba una cazadora y una bolsa de lona colgada al hombro. Lo que la cámara no podía captar es lo que veía Dominika. El aire a su alrededor estaba bañado de una forma amarilla, como un viento febril o un cielo antes de un tornado. Sabía lo que Volontov le haría; sabía que ese hombre estaba perdido. Se sentaron alrededor de una mesita. El audio recogía a Volontov hablando en ruso y a Dominika

traduciendo. Era extraño oír la voz de Dominika saliendo de un portátil. Ante la insistencia de Volontov, el joven se identificó como John Paul Bullard, un analista de nivel medio del Servicio Nacional de Comunicaciones. Describió su trabajo y su necesidad de dinero. Dio unas palmaditas en la bolsa de lona y repitió su exigencia de que Volontov le pagara medio millón de dólares por el manual, cuya cubierta ya habían recibido. Volontov habló nuevamente y Dominika preguntó al joven americano cómo podían estar seguros de que era auténtico.

Bullard abrió la bolsa de lona y le entregó a Dominika un manual encuadernado del tamaño de una guía de teléfonos. Ella se lo pasó a Volontov, que estuvo tres segundos hojeándolo antes de devolvérselo a Dominika. Dijo algo a Bullard que Dominika tradujo. Tendrían que examinar el documento en privado antes de determinar su valor exacto. Bullard dijo:

—Es genuino, créanme, es auténtico.

Cuando Volontov asintió, Dominika se levantó de la silla con el documento y el maletín y se metió en el baño. Como le había indicado expresamente el *rezident* el día anterior, quería que metiera el manual en el falso fondo del maletín cuanto antes, por si acaso se trataba de una provocación occidental, de una trampa. El baño sin ventanas era una manera de asegurarlo.

Forsyth murmuró en la radio.

—Todo bien. Esperad.

El segundo ordenador mostró que se abría la puerta del baño. La cabeza de Dominika llenó la pantalla. Cerró la puerta, colocó el maletín sobre el tocador. Moviéndose rápidamente, se inclinó hacia el suelo y empujó la tabla de la parte inferior del mueble bajo el

lavabo, que se plegó hacia dentro por medio de tres bisagras. Dominika sacó un manual de idéntico aspecto de un compartimento secreto y lo reemplazó con el manual que le acababan de entregar (era una réplica exacta del de Bullard, un manual modificado microscópicamente por un grupo de lumbreras, hasta la cubierta que le faltaba). El tablón se volvió a cerrar. Dominika presionó los dos remaches de la tapa del maletín. Con la presión, el forro interior del maletín se abrió para revelar un falso fondo en el que Dominika puso la réplica del manual. Cerró la cubierta del falso fondo y luego la tapa del maletín con un clic. Dominika se detuvo para mirarse en el espejo, se alisó el pelo y luego miró a la cámara oculta en el conducto de ventilación. Nate, la noche anterior, le había dicho que supervisaría el cambio para asegurarse de que todo salía según lo planeado. Dominika sacó la lengua a la cámara y, mirándose por última vez en el espejo, salió al dormitorio.

—Madre mía —dijo Forsyth—, increíble. Pero ¿qué tipo de operación estás dirigiendo? —preguntó mirando a Nate.

—¿Me dais su teléfono? —dijo Ginsburg, el técnico.

—Callaos los dos —ordenó Nate.

Dominika se volvió a sentar mientras Volontov buscaba en el bolsillo de su abrigo, del que sacó un sobre grueso. Lo colocó sobre la mesa y lo deslizó hacia Bullard. Dominika le dijo a Bullard que le pagarían solo cinco mil dólares hasta verificar la autenticidad del manual. La mirada anonadada de Bullard fue respondida por el silencio pétreo de Volontov.

—¿Qué va a hacer? —dijo Ginsburg—. ¿Llamar a la policía?

La severa mirada de Forsyth hizo que se callara. Dominika le anunció a Bullard que se marcharían ellos primero y que él debería

esperar cinco minutos en la habitación antes de salir del hotel. El joven americano se quedó sentado en la silla, aturdido. Cuando se quedó solo, se inclinó hacia delante y apoyó la cara entre las manos.

Forsyth susurró en la radio y repitió el nombre de Bullard dos veces.

—La fiesta ha terminado. El invitado todavía está arriba. Que nadie se mueva. Ningún movimiento.

Recibieron dos clics en señal de asentimiento. De repente, Bullard se enderezó y se levantó.

—Vuelve a sentarte, gilipollas —dijo Forsyth a la pantalla del ordenador—. Quédate quieto, capullo.

Bullard se acercó a la puerta y abandonó la habitación. Forsyth agarró la radio.

—El invitado se ha movido. Cazadora azul, bolsa de lona negra. Todo el mundo quieto. Que nadie se mueva.

Volontov y Dominika salieron del hotel y se metieron en el coche de la embajada que los esperaba en la esquina. Los hombres del FBI los observaron irse e intentaron salir de la furgoneta.

—Quedaos sentados, muchachos —ordenó Gable—. Todavía no es hora de subir.

—A tomar por culo —espetó uno de los agentes del FBI—. Los rusos se han ido. Vamos a detener a ese cabrón.

Gable agarró del brazo a uno de los agentes.

—Nadie va a ningún lado hasta que reciba el visto bueno.

—Apártate de mi camino, joder —chilló Maratos mientras deslizaba la puerta de la furgoneta.

Los agentes del FBI se agolparon fuera de la furgoneta y corrieron hacia el hotel. Las puertas del ascensor se abrieron y Bullard salió

con su cazadora azul al vestíbulo para echarse a los brazos del FBI. Lo tumbaron en el suelo, le doblaron los brazos detrás de la espalda y le pusieron las esposas. Un grupo de turistas y clientes del hotel formaron un corro alrededor mientras los agentes levantaban a Bullard y lo arrastraban fuera del vestíbulo. En medio de la conmoción, nadie se apercibió del hombre del KR de la embajada rusa, que observaba de pie detrás de la multitud. Se dio la vuelta y abandonó el hotel por la puerta lateral.

Forsyth guardó el equipo mientras Nate recuperaba el manual de Bullard del baño de la habitación donde había transcurrido la reunión. El técnico retiró rápidamente las cámaras de las esquinas del techo y del ventilador del baño. Todos se encontraron luego en la estación.

—¡Maldita sea! —dijo Forsyth colérico—. Le voy a cortar los huevos a ese Maratos. ¡Han salido demasiado pronto!

—Tendrás que esperar hasta que vuelva por aquí —dijo Gable—. Se han ido directamente al aeropuerto. Tenían un G esperando para llevar al tío directamente a Washington. A esos cabrones se les debe de haber puesto dura. Estaban pensando en el ascenso.

—¿Crees que habría algún ruso vigilando el hall? —preguntó Nate, que intentaba luchar contra la angustia que le subía desde el estómago.

—Es imposible de decir —dijo Gable—. Había un montón de gente mirando el arresto. Yo habría dejado a alguien esperando.

—Estupendo —dijo Nate—. Me voy a la casa segura a esperar a Dominika. Llamadme si os enteráis de algo.

Se levantó para irse.

—Un momento —dijo Forsyth—. Siéntate un segundo.

Nate se sentó.

—Quiero que mantengas la calma, ¿entendido? Ni se te ocurra ir a su apartamento o llamarla por teléfono ni una sola vez. Nada de dejar señales, nada de comprobar que está en los lugares que frecuenta. Si te veo a menos de cinco manzanas de la embajada rusa, después de arrancarle los huevos a Maratos, te los arranco a ti. —Miró a Nate durante un largo instante—. ¿Me has entendido, Nate?

—Sí, me voy a la casa segura, eso es todo.

—Este es el tipo de situación del que hablamos. No sabemos lo que han visto los rusos, si es que han visto algo. Voy a enviar un cable a Washington con el cuadro completo. Espero que manden a ese gilipollas a Topeka a perpetuidad y que le pongan a catalogar los impresos de titulares y autorizados de las cajas de seguridad bancarias.

Nate se levantó para marcharse. Su cara reflejaba rabia y miedo.

—Siéntate. No he terminado —dijo Forsyth—. Ahora viene la parte difícil: esperar a saber si tu confidente está a salvo. Si te mueves demasiado pronto, puedes exponerla, aunque nadie sospeche nada. Tenemos que esperar a ver qué pasa.

—¿Y si apostamos a Archie y Verónica en su apartamento? —preguntó Gable, una sugerencia que hacía más por Nate que por otra cosa.

—No, no quiero correr ni siquiera ese riesgo —dijo Forsyth—. Pero, Marty, sí quiero que tu chico del servicio de inteligencia finlandés se quede vigilando la calle Tehtaankatu y les eche un ojo a los rusos. Que nos llame si ve entrar o salir de la embajada cualquier cosa rara. Dile que le compensaremos.

Nate se levantó para marcharse.

—Mantén la calma —dijo Forsyth.

Desde el momento en que entró en el apartamento, Nate sintió en el aire el olor de Dominika, un aroma a jabón y polvos sobre algo más elemental y agudo que recordaba a la madera. Durante un minuto pensó que ella había llegado antes al apartamento, pero allí no había nadie. Le habían dicho que se mantuviera alejada durante un día y una noche. Volontov estaría flotando de contento, mandando cables y haciendo llamadas. La necesitaría cerca. Nate entró en el dormitorio y se tumbó en la cama. Se quedó dormido con la ropa puesta, y se despertó en medio de la noche para cubrirse con la colcha. El olor de Dominika en las sábanas le llenaba los pulmones. La luz del día lo volvió a despertar. Gable estaba en la cocina haciendo café.

—Todo está bien —dijo—. Nada extraño o fuera de lo normal. Una cosa: no se lo digas a Forsyth, pero anoche mandé a Verónica que llamase a su timbre. No había nadie en la casa. Parece que no ha dormido allí. Los rusos probablemente han trabajado toda la noche.

Nate se acercó al fregadero y se mojó la cara. Tenía el pecho tenso. Había un plato con una sola empanadilla en la nevera. Miró el pequeño y rizado bolsillo de masa que ella había moldeado con sus dedos. Gable estaba en la cocina preparando una tortilla, pero Nate estaba demasiado nervioso para comer.

—Nadie sabe hacer una tortilla de verdad —comentó Gable—. No es solo batir unos huevos y doblarlos por la mitad. Eso es una mierda. Tienes que agitar la sartén y darle vueltas para que no se hagan grumos, ¿estás escuchando?, que la tortilla esté homogénea y

se cuaje en la parte delantera de la sartén. Así.

Empujó los huevos suavemente con un tenedor, agarró la sartén por el mango, le dio unos golpecitos sobre los fuegos y le dio la vuelta sobre un plato. La tortilla de Gable era de un amarillo pálido.

—Y el centro tiene que estar jugoso.—añadió Gable abriéndola por la mitad—. ¿Gustas?

—Por Dios, Marty —dijo Nate.

—Mira, lo único que podemos hacer es esperar y ver qué pasa. Por ahora no tenemos nada. No se ha movido nada. —Se metió en la boca un tenedor lleno de tortilla—. Te voy a hacer una pregunta. ¿Cuál es el aspecto más importante de esta merienda?

—¿A qué te refieres, al manual, a la sustitución? —preguntó Nate —. El manual se puede ir a la mierda, ¿y nuestra confidente? Puede que ahora mismo tengan a Dominika en una silla en el sótano, y tú comiendo tortilla.

—Me preocupa su seguridad tanto como a ti —dijo Gable—, pero tenemos que esperar para ver si los rusos creen que han logrado robar el manual. Tenemos que esperar a que se den las palmaditas en la espalda. La Central vigila el tráfico de la *rezidentura* en tiempo real. El USB de Dominika ha servido para eso. Nos lo está dando todo, y la Agencia de Seguridad Nacional está leyendo todo. Total silencio radiofónico, pero eso podría significar que están siendo extracuidadosos.

—¿Y si perdemos a la confidente? ¿Vale la pena?

—Averígualo tú. Acabamos de lograr que los bolchis se pasen siete años planeando ciberataques contra lo que piensan que es nuestra infraestructura. Para nada. ¿Qué es más importante?

Nate miró a Gable, que tenía la mirada fija en él.

—Disfruta de tu puta tortilla —dijo Nate.

A mediodía Forsyth despegó la mirada de su escritorio de la estación. Gable había tenido noticias de su hombre, que se había pasado toda la mañana vigilando desde OP. A Nate no le gustó la cara de Gable.

—Una furgoneta ha abandonado la embajada rusa esta mañana a las nueve. Diva y otros dos. Llevaban una valija diplomática. Se dirigían al aeropuerto. Hay un vuelo a Moscú todos los días a las doce —dijo Gable, mirando el reloj—. Eso es en noventa minutos.

—¿Eso es todo? —preguntó Nate—. ¿Qué vamos a hacer al respecto?

—Lo que vamos a hacer es absolutamente nada —dijo Forsyth—. Que una furgoneta vaya al aeropuerto es normal. Lo que seguramente han estado haciendo toda la noche es copiar el puto manual y preparar la valija. Ahora regresan con el original en la valija en el vuelo de las doce. Dominika y dos escoltas. Volontov haría una cosa así: lamer culos y llevarse todo el mérito.

—Eso no lo sabemos —dijo Nate—. ¿Qué pasa si la escolta es para que ella regrese a Moscú? ¿Y si está en peligro?

—Aunque eso fuera cierto, ¿qué sugieres? —preguntó Forsyth—. Ese manual va a llegar a Moscú.

—Déjame ir al aeropuerto. No la cagaré. Solo echaré un vistazo. A lo mejor me puedo enterar de lo que está pasando. Estaría bien saber qué pinta tiene la situación, ¿no? Estaría bien poder reportar los detalles.

—Ni de coña —dijo Forsyth—. Serías como una especie de Romeo

gritando para que Julieta saliera al balcón.

Nate miró a Gable.

—Yo esto no lo aguanto —dijo Gable—. De un momento a otro este gilipollas se va a poner a llorar. Tom, iré con él. No le dejaré que se pise la polla. A lo mejor vemos con quién viaja ella; tal vez podamos pillar algún indicio de lo que está pasando.

Gable miró a Forsyth y asintió. Como este no decía nada, Nate y Gable cogieron sus abrigos y bajaron corriendo las escaleras. Con Nate al volante, hicieron el viaje al aeropuerto sobre dos ruedas. Caminaron a lo largo de la entreplanta acristalada de observación que daba al vestíbulo de salidas. Gable localizó a Dominika sentada cerca de la puerta de embarque de Aeroflot. Llevaba puesto el mismo traje de chaqueta azul marino y blusa blanca. Llevaba el cabello recogido con una cinta. La flanqueaban dos agentes de la embajada. La valija diplomática, de lona amarilla, estaba en el suelo entre las rodillas de uno de los agentes. Dominika tenía aspecto menudo, callado, de buena funcionaria de regreso a Moscú, a la Central.

Gable agarró a Nate por el cuello de la camisa y le arrastró detrás de un pilar.

—Quédate aquí. No saludes. No te muevas. Si te ve, no sabes cómo reaccionará. Si la cagas, podrías matarla.

Dominika estaba sentada entre un hombre de seguridad de la *rezidentura* y un lacayo de la administración de la embajada que, cuando le dijeron que le regalaban un viaje de ida y vuelta, atiborró la maleta de latas de salmón y CD de música para vender a sus vecinos y amigos de Moscú. No tenía ni idea de quién era el curvilíneo pibón sentado a su lado, ni tampoco le importaba. El

hombre de seguridad al otro lado había recibido instrucciones sobre el viaje en un susurro. Solo le habían dicho que la cabo Egorova se reuniría con agentes en el aeropuerto y que él tenía que entregar la valija directamente a esos mismos agentes. Tenía que obtener un recibo firmado por la valija y se le concedían dos días de permiso antes de regresar a Helsinki. Punto.

Dominika estaba envuelta por el potente aroma del hombre de seguridad y el nauseabundo olor a repollo cocido del gañán de administración. Algo le llamó la atención, y miró hacia la entreplanta de observación. De pie, junto a una columna, estaba Nate. Se quedó erguido mirándola, con las manos a los lados, el cristal teñido de morado. Su presencia le cortó la respiración y se obligó a quedarse quieta. Sus ojos se encontraron y ella sacudió la cabeza imperceptiblemente.

«No, *dushka*. —Quería llegar a él con su pensamiento a través del cristal—. Deja que me vaya.»

Nate la miró y asintió.

TORTILLA FRANCESA (COMO DIOS MANDA) DE GABLE

Bata huevos con sal y pimienta. Caliente mantequilla a fuego fuerte, y cuando haya dejado de echar espuma, vierta los huevos. Remuévalos enérgicamente mientras agita la sartén hasta que empiecen a cuajarse. Incline la sartén hacia delante para que los huevos se acumulen en un extremo. Pase el tenedor por los bordes para que se doble sobre el centro, todavía sin cuajar, asegurándose de que los extremos de la tortilla se toquen. Agarre el mango de la sartén, dé unos golpecitos para comprobar que la

tortilla no se ha pegado y vuelque la sartén sobre un plato. La tortilla debería tener un color amarillo pálido y estar cremosa en el interior.

21

Volontov ni la miró al decirle a Dominika que quería un resumen traducido del manual de Bullard, pero alrededor de su cabeza flotaba una nube naranja oscuro. Falsedad, desconfianza, peligro. Podía sentirlo. Tendría que quedarse en la embajada toda la noche, podría dormir en el sofá de la salita de día, cerca del archivo. El tarugo de contraespionaje (KR) y seguridad del *rezident* no le había quitado el ojo. Ella ignoraba que había visto a un torbellino de hombres arrastrando a Bullard por el suelo de mármol del vestíbulo del Kämp mientras los turistas se apiñaban alrededor, pero su intución le decía que había pasado algo grave.

Volontov la miró desde un extremo de la habitación y ella sintió el ácido de los viejos tiempos, la presencia de los verdugos de Stalin (Dzerzhinski, Yezhov, Beria), la mirada vacía y sin vida que enviaba a mujeres y hombres al calabozo. Dominika era consciente de que había pasado algo. Luchó contra la ola de pánico que la invadía. Guardaban las distancias con ella. Eso era siempre una mala señal: anunciaba que la maquinaria de la desconfianza se había puesto en funcionamiento. Pensó en la casa segura, en Nate y Bratok, luego se dijo a sí misma que dejara de pensar en eso y que se preparara para lo que la esperaba. Empezó a construir muros alrededor de su mente, a enterrar sus secretos lo más profundamente posible. Por mucho que cavaran no debían encontrarlos.

Los hombres grises se reunieron con ellos en Sheremétievo, de pie, hombro con hombro, en medio de la terminal. Tomaron la bolsa

de lona del hombre de seguridad, que abandonó la terminal en un coche distinto. Le dijeron que era requerida para una entrevista y la escoltaron a un coche que estaba esperando. Condujeron en silencio bajo la luz de la tarde desde el aeropuerto hasta un edificio anodino situado en el extremo este de la ciudad. Solo pudo deducir que estaba a las afueras de Ryazanskiy Prospect. Un ascensor chirriante; un largo pasillo pintado de verde. Se quedó sentada mientras anochecía. No había comido y hacía dos días que llevaba la misma ropa. Un hombre con gafas abrió la puerta e hizo un gesto para que entrara en una habitación dispuesta como una oficina privada, aunque nadie la había usado. Todo formaba parte de un decorado, hasta el jarrón de rosas sobre el aparador. El hombre tenía manos delgadas, de pianista. Era calvo, con una abolladura en la cabeza como de una trepanación que, sorprendentemente, también había distorsionado la burbuja amarilla a su alrededor. *Zheltyj,* el famoso amarillo de la traición y el engaño. Dio a Dominika la bienvenida a Moscú: «Siempre es estupendo regresar a Moscova, ¿verdad?». Estaban encantados, dijo, con su trabajo en Escandinavia, especialmente con la manera en que había gestionado al informante. No, mejor que *zheltyj, zheltizna*, porque ese hombre era la esencia del amarillo. Era el engaño en estado puro; un peligro mortal, se podía oler en el aire.

Ella tuvo que adoptar la actitud adecuada: curiosa, un poco desconcertada, cansada del viaje. Sobre todo, por amor de Dios, ni rastro de miedo, ni rastro de desesperación. ¿Había algún problema?, preguntó. ¿Se le permitiría saber su nombre, rango y Dirección General? Ella daba por supuesto que era un colega del Servicio. Coronel Digtyar, Dirección General K, sí, por supuesto, de la

Central. «*Digtyar.* Ucraniano», pensó. La lámpara del techo reflejaba una sombra en el hueco de su cráneo.

Ella le contó el cronograma de la operación desde su llegada a la reunión del hotel. No, no sabía que había habido un incidente, no sabía nada del aparente arresto después de que ella y el *rezident* abandonaran el Kämp. *Rezident* Volontov no había mencionado que nada hubiera ido mal. Digtyar no tomaba notas, no se refirió a ningún informe. Estaban grabándolo todo, observándole la cara, las manos. Resistió el ansia de buscar dónde estaban las cámaras. «No mires, no pienses, nadie puede ayudarte, tienes que hacerlo tú sola, es un camino que tienes que recorrer sola.»

Le quitaron el pasaporte y esa noche le dejaron irse a casa. Su madre abrió la puerta en camisón, al principio sorprendida, pero tardó menos de un segundo en apagar su rostro y tornarse inexpresiva.

—Dominushka, qué sorpresa, entra, deja que te mire. No sabía que venías a casa —dijo su madre en tono plano. Cautela.

—Ha sido un viaje inesperado —respondió Dominika con la voz más normal que pudo—. Me alegro de estar en casa, mamá, de verte otra vez.

Peligro. Madre e hija se abrazaron, se dieron los tres besos en las mejillas de rigor, y se volvieron a abrazar.

Dominika no se atrevía a abrazarla con más fuerza por miedo a desmoronarse. Podrían estar vigilándola, escuchando. Madre e hija se quedaron levantadas y Dominika parloteó sobre los finlandeses y la vida en el extranjero. Tenía que dormir, tendría que trabajar por la mañana. Otro beso. Su madre le acarició la mejilla y luego se fueron a la cama arrastrando los pies. La madre se había dado cuenta.

Sabía.

La recogieron por la mañana y la volvieron a llevar a Ryazanskiy, donde volvió a contar su historia. Esta vez había tres hombres sentados a la mesa con el jarrón de rosas enfrente. Probablemente habría un micrófono escondido entre las rosas. Nadie habló, pero pasaban las hojas de un informe sin marcar (¿habría mandado el cerdo de Volontov un informe tan pronto?). Se marcharon y la dejaron sola, luego regresaron y ella volvió a contar la misma historia. Buscaban variaciones, contradicciones. A Dominika nadie la había observado así en su vida, era peor que la Academia de Baile, peor que los hombres que la miraban en la Escuela de Gorriones. Sentía que se le contraía la garganta, que la ahogaba la rabia, pero luchó contra ella y les devolvió la mirada sin pestañear. No dejó que se acercaran al helado secreto que guardaba su pecho.

Duró todo el día, luego se le permitió irse a casa. Su madre tenía *shchi* en el horno, un rico estofado de carne. El aroma a dacha y verduras, y los recuerdos de mañanas nevadas llenaban el apartamento. La mano de Dominika temblaba mientras comía. Su madre, sentada enfrente, no comía y la observaba. Ella lo sabía. Su madre no había tocado profesionalmente en quince años, pero se levantó y volvió a la cocina con un estuche. Era un violín corriente, nada parecido a su Guarneri, pero se sentó cerca de su hija a la mesa, lo puso bajo la barbilla y comenzó a tocar lentamente, Schumann o Schubert, Dominika no lo sabía. El violín vibraba, las notas densas, ricas, rojo-morado, como hacía mucho tiempo en el salón con *Batuschka*.

—Tu padre siempre estuvo orgulloso de ti —dijo su madre mientras tocaba. ¿Tocaba conscientemente para ensordecer los

micrófonos? Imposible. ¿Su madre?—. Siempre esperó que tu entusiasmo, tu deber patriótico, te sostuviera. —Cerró los ojos—. Estaba desesperado por decirte lo que sentía él, que había triunfado dentro del sistema. Pero no se atrevía. No hablaba, porque quería protegerte. —Abrió los ojos, pero continuó tocando como en trance, los dedos firmes y seguros sobre el diapasón—. Los despreciaba, te lo habría dicho ahora, en este momento en que experimentas dificultades. —¿Cómo lo había adivinado? ¿Cómo lo sabía?—. Te lo quiso decir toda la vida. Ahora te lo diré yo —le susurró su madre—: resiste; lucha contra ellos; sobrevive.

Con la última palabra dejó de tocar y puso el violín sobre la mesa, se levantó, besó a su hija en la cabeza y salió de la habitación. La música quedó suspendida en el aire, el violín se mantenía cálido donde su madre había apoyado la barbilla.

Al día siguiente, una sucesión de oficinas, con un hombre o dos o tres, o una mujer con traje y moño, nublada, negra y malvada, que se acercó al escritorio para sentarse cerca de ella, el coronel Digtyar con el hueco amarillo en el cráneo, pidiéndole que le describiera el dibujo de la alfombra de la habitación del hotel Kämp. Las puertas a veces se cerraban suavemente y otras de un portazo que hacía temblar las jambas. «No te creemos.» Luego pasó lo inconcebible, lo monstruoso, lo imposible, lo inevitable.

El bamboleante y tóxico trayecto en una furgoneta cerrada y el eco de un garaje subterráneo. Estaba en una prisión. Tenía que ser Lefortovo, no Butyrka, porque era un asunto político. La empujaron por un corredor mal iluminado a una maloliente antesala. Un hombre

y una mujer la observaban mientras se quitaba la falda, se sacudía los zapatos y se desabrochaba el sujetador. Esperaban que inclinara la cabeza, que apartara el rostro de sus miradas, que se cubriera los pezones y el pubis, pero estaba entrenada como gorrión y era una graduada de la AVR. Se podían ir al infierno. Completamente desnuda, se mantuvo erguida y los miró hasta que le tiraron un uniforme de algodón de la cárcel manchado. Los muelles del colchón chirriaron en la oscura celda con dos camastros y sin ventanas. Pensó en su madre, que la esperaba para cenar; en silencio llamó a su padre y, para su sorpresa, también a Nate.

La llevaron por un pasillo, pero no le dejaban ver a los otros prisioneros para diezmar su espíritu. Los guardias marchaban sobre sus botas con puntera de acero y tras dos fuertes pisadas, una cascada de ellas, clic-clac, clic-clac, al mismo tiempo. La empujaron dentro de un armario de madera. Había uno en cada extremo del pasillo. Se quedó ahí, acurrucada, en plena oscuridad, con el olor de prisioneros desaparecidos hacía mucho tiempo, para que no viera al otro prisionero. El tragaluz de su celda mostraba el negro azabache o el amarillo pálido: el día, también allí, sucedía a la noche, pero las luces del techo de la celda no dejaban de zumbar nunca y una sirena aullaba a intervalos regulares.

Su padre caminaba a su lado y un sonriente Nate la esperaba en cada una de las salas. Algunas estaban calientes, otras frías; algunas oscuras, otras luminosas. Ella se retiraba el pelo de los ojos cuando le arrojaban agua y encendían los ventiladores. Nate se sentaba junto a ella y le sujetaba la mano, atada a los brazos de la silla, mientras ella temblaba. No le hablaban, pero le bastaba con saber que estaban allí y sentir su tacto.

Los investigadores gritaban o se reían muy cerca de su cara, y le preguntaban sobre sus contactos extranjeros: el francés Delon y Nash, el americano. ¿Trabajaba para los americanos? Por cierto, que eso ya no era un problema, con la distensión y todo eso. Decían que querían conocer su versión, luego la abofeteaban para que se callara y le decían que Marta Yelenova estaba muerta, que Dominika poco menos que la había matado, y que enviarían hombres para hacer lo mismo con su madre. Siguieron abofeteándola hasta que tuvo el rostro dolorido y cubierto de moratones. A las gorriones os gusta que os den, ¿verdad?

Cambiaban los días y las noches, y los gritos y los interrogatorios, y a veces la ataban al borde de mesas de acero inoxidable. No importaba si cabía entera o si le colgaba la cabeza en el borde. Dominika resisitía con todas sus fuerzas, con toda su voluntad. No era odio, porque eso la haría demasiado frágil. Lo que cultivaba era su desprecio. No sucumbiría a estas bestias. Se negó a dejarlos ejercer su voluntad sobre ella.

No parecían lo bastante listos para encontrar las terminaciones nerviosas (en la base de su coxis o sobre el codo, o en las plantas de los pies) y, sin embargo, los delgados dedos buscaban y no fallaban nunca. El dolor insoportable le recorría el cuerpo, hasta llegar a la cabeza, sentía que se ahogaba y oía su propia respiración entrecortada en la garganta. El dolor de los nervios era diferente del dolor de los tendones, que era diferente del dolor de un cable atado bien prieto alrededor de la cabeza cruzando la boca abierta. Dominika descubrió que la anticipación del dolor, esperar lo que vendría a continuación, era peor que la agonía que pudiera causar. El pegote de lanolina conductiva que le untaban entre los glúteos le

daba más miedo que sentir la corriente eléctrica, el amargo dolor palpitante, involuntario, que le hacía arquear la espalda y la dejaba inerte cuando cesaba la corriente.

Una carcelera parecía practicar su deporte favorito y ocuparse de asuntos oficiales a un tiempo. Sus fuertes manos y gruesas muñecas presentaban manchas de vitiligo, no tenían pigmento. Atada a una silla de lona y acero, Dominika la veía hundir sus rosadas manos en su cuerpo, presionando, pellizcando, apretando. Los ojos de la matrona (eran ovalados como los de un gato) observaban la cara de Dominika. Una de sus manos se detuvo en el vientre, y los labios de la matrona se separaron, inconscientemente excitados.

La matrona se inclinó más cerca. Su rostro estaba a milímetros del de Dominika, y sus ojos lo rastreaban buscando asco, terror, pánico. Dominika no movió un músculo, devolviendo la mirada a sus inquisitivos ojos, y luego abrió los muslos.

—Venga, *garpiya*, arpía —susurró Dominika en su cara—. No te cortes y date el gusto.

La matrona levantó a Dominika y le pegó una torta en la mejilla. «Siento haberte arruinado ese jueguecito húmedo que te traías entre manos», pensó Dominika.

La cerradura se abrió con un clic y la empujaron, golpeándola contra el fondo del estrecho armario del extremo del pasillo. Dejaron las luces encendidas hasta que le escocieron los ojos. El chirriante megáfono sonaba como Schumann o Schubert, no sabía cuál. Arrojaron a su celda, boca abajo, a una chica de piel cetrina. Tenía moratones en las piernas y una úlcera seca en la comisura de los labios. Quiso hablar toda la noche. Una compañera de celda asustada que gritaba entre sollozos cuánto los odiaba y que no

había hecho nada malo. Ese canario de alas amarillas, *kanarejka*, quería una amiga. La chica se chupaba la herida de la boca y miraba a Dominika tendida en la cama. Alargó el brazo y murmuró que se sentía sola. Dominika se volvió hacia la pared e ignoró su voz quebrada.

Ellos no tenían ni idea. Estaban buscando que cometiera algún fallo, pero ella se aferraba a sus secretos. Volvieron a los americanos, querían saber cosas sobre su cometido de acercarse a Nash. ¿Te lo has follado? ¿Le has envuelto el *khuy* con tu pico de gorrión? Todos los días pasaba dos horas sin las correas ni los gritos ni las bofetadas en la cara, que sacudían su cabeza a uno y otro lado y le nublaban la vista. Un coronel sin nombre se sentaba al otro lado de la mesa. Llevaba el uniforme oficial de su rango, con charreteras azul celeste que hacían juego con su halo. Era un hombre sensible, como Forsyth, un artista. Debía tener cuidado con él. Estar alerta.

Hablaba con calma, serenamente. Al comienzo de todas las sesiones le preguntaba por qué había traicionado a su país. Ella respondía que no había hecho tal cosa, y él continuaba como si no la hubiera oído, preguntando con suavidad cuáles eras las razones que la habían llevado a hacerlo, cuál había sido el momento exacto en que lo había decidido.

El coronel era muy amable, muy seguro en sus maneras. Sus preguntas partían de la premisa de que ella era culpable, que comenzaba a teñirse de un cariz de realidad. Hablemos de las decepciones de la vida, decía, las decepciones que llevaban a hacer cosas de ese tipo. La lógica, la fantasía y las inexactitudes empezaron a invadir su mente exhausta por igual. ¿Te gustaría leer las transcripciones del juicio de Sinyavsky? Ella no sabía quién era,

un disidente de 1966. Lee cómo la negación se transforma en aceptación, cómo libera, dijo el coronel. Su voz era suave, modulada, su burbuja azul parecía envolverla. «Mantente despierta.»

La antigua transcripción, venenosa, desapasionada, la fascinó. Era como si estuviera físicamente presente durante el juicio. Sentía que las fuerzas le fallaban. Sentía que podía rendirse. El agotador acto de negar cada acusación, una por una, la acercaba a concordar con la suposición del coronel: era culpable. En realidad era simple, le decía él, solo tenían que establecer cómo se había desviado, cuándo y hasta qué punto.

El moderado coronel del uniforme planchado estuvo a punto de doblegarla, pero ella se negó a que la arrastrara a su agujero negro. Su nombre era Dominika Egorova. Era una bailarina, una oficial del SVR, una gorrión entrenada para doblegar las mentes de los demás. Amaba y era correspondida. Cerró los ojos y voló por encima de Moscú, recorriendo el río por encima de los campos y los bosques, y desplegó sus alas sobre Butovo y la estrecha zanja que albergaba el cuerpo de Marta Yelenova, cubierta por la tierra helada. Marta le daba fuerza. Arrancó su mente del abismo y se retiró dentro de ella, utilizando cualquier cosa para resistirlos, incluyendo las alucinaciones. Dominika les daba la bienvenida. Se tumbaba en la celda y era su cama de Helsinki, y la ardiente luz sobre sus ojos era la luna llena finlandesa, y ella permanecía quieta y lo sentía sobre ella. La fiebre y los escalofríos eran sus caricias. Su ojo infectado derramaba lágrimas de amor que él secaba con sus besos. Se daba la vuelta en el colchón con los puños apretados bajo el estómago para aliviar el dolor.

Aunque tenía los brazos entumecidos por las correas, se sentía cada vez más fuerte. Acariciaba su secreto. Lo había enterrado muy dentro, pero volvía a sentirlo. El secreto que vivía en su espíritu y que había escondido fuera de su alcance se había reavivado, volvía a arder. Podía pensar en él con la certeza de que ellos nunca podrían llegar a tocarlo. Su madre se lo había dicho: resiste, lucha, sobrevive. Ellos se debilitaban, ella se fortalecía. Sus colores individuales parpadeaban, se encendían y apagaban, como si tuvieran suelto un fusible.

Se lo había dicho miles de veces y continuaría diciéndoselo: ella no había hecho nada malo; no les podía contar nada, porque no había nada que contar. Cuanto más alto gritaban, más feliz se sentía. Sí, feliz (amaba a esos hombres y mujeres que la atormentaban, amaba al coronel color turquesa). Ellos sabían que no podrían seguir así indefinidamente, se les estaba acabando el tiempo. A no ser que forzaran una confesión, no tenían nada.

Muy por encima de las almenas del tejado de Lefortovo, Lubianka y Yasenevo, el éter se colmaba de mensajes taimados, preguntas y respuestas, prioridades y fechas límite. A los rusos les iba llegando información de la *rezidentura* de Washington sobre el asunto Bullard. Allí tenían sus propias fuentes de información. Así, habían empezado a invitar a comer a sus contactos y a reunirse con americanos dispuestos a cooperar en garajes subterráneos, en la ribera del canal de Chesapeake, Ohio o en las adoquinadas calles de Georgetown o Alejandría. Circulaba el rumor, originado en el Departamento de Justicia, de que Bullard había estado bajo sospecha desde antes de que contactase con el servicio de inteligencia ruso en Helsinki. Se había planeado arrestarlo en Washington, pero su inesperado viaje

al extranjero había forzado la situación. Fuentes oficiales de Estados Unidos restaban importancia a la pérdida del manual. No obstante, y aunque poco de todo ello fue del dominio público, una filtración de «alguien muy arriba en la Seguridad Nacional» había descrito el incidente como una «grave pérdida de información sobre Seguridad Nacional». Ante esto, el Congreso exigió que se asumieran responsabilidades. Las dudas, recriminaciones y acusaciones formaban parte de una farsa propagada por confidentes involuntarios y charlatanes, orquestada por el jefe de contraespionaje, Simon Benford, con el único objetivo de rearfirmar a los rusos en su convicción de que el manual era genuino. Si de paso se protegía a Diva (si es que aún estaba viva), mejor que mejor.

Las Direcciones Generales R (Análisis) y X (Ciencia) entregaron sus informes. El análisis preliminar del documento de la Red de Comunicaciones Nacionales de Estados Unidos que Bullard les había pasado concluía con la evaluación de que el documento era auténtico y único. Los oficiales de la Dirección General T, FAPSI y expertos en comunicaciones, y científicos de Tecnologías de la Información de la Universidad de San Petersburgo comenzaron a estudiar el manual junto con el ministro de Defensa para identificar vulnerabilidades explotables en la vasta red de Estados Unidos. Se habían solicitado fondos del presupuesto de Defensa para desarrollar software, aplicaciones cibernéticas y otras herramientas para su uso potencial contra los puntos del sistema que demostraran ser más débiles. Debido a que deseaban creérselo, se llegó a un consenso entre los principillos del Kremlin. El material era auténtico, un golpe de suerte, aunque los americanos supieran que lo tenían. El haber

obtenido la información de Bullard en las narices de la inteligencia americana era una victoria táctica, una demostración del dominio ruso del oficio. Que el voluntario Bullard hubiera sido arrestado era una desgracia, obviamente el resultado de su estupidez, su torpeza y su codicia. Al Kremlin no le podía importar menos su destino. Ahora era problema de los americanos, con tres sentencias a cadena perpetua. Una distinción de la Duma reconoció la labor del *rezident* Volontov y de la *rezidentura* de Helsinki. En una ceremonia, al anochecer, en el dorado salón Andreievski del palacio del Kremlin, con el águila bicéfala sobre las puertas donde antes habían colgado las estrellas rojas, al primer subdirector del SVR Egorov se le concedió la segunda estrella de teniente general. El presidente Putin en persona le entregó a Egorov el estuche oblongo de fieltro con las dos estrellas, lo besó tres veces en las mejillas y le regaló su típica sonrisa de cocodrilo, lo que, viniendo del presidente, era un emocionante gesto de aprobación. La ceremonia de su ascenso coincidió con el fin de semana y retrasó dos días la liberación de Dominika. El lunes, después de desayunar, Vania Egorov hizo finalmente las llamadas: al KR, a la Dirección General de Investigaciones Internas y, por fin, al FSIN, los siniestros tipos del Servicio de Ejecución de Castigos, los diabólicos herederos del gulag. Se identificó usando su nueva estrella, teniente general Egorov, para ordenarles que dieran fin al encierro. Empezaba a darle mala imagen, era la hija de su hermano, por el amor de Dios. No, no deseaba que ejecutaran el nivel dos. No, no autorizaba que le administraran drogas, ninguna estrategia de privación sensorial o más electroshocks. «Pero ¿qué les pasa a estos tíos? Esas medidas son para putos traidores, como ese chivato que todavía anda suelto

—pensó—. Si no ha confesado ya es que no hay nada que confesar.» Aunque solo Dios sabía qué había pasado en Helsinki con ese *sliznjak,* ese gusano de Volontov al mando.

—Limpiadla y enviádmela de vuelta, su madre está preocupada y yo quiero que regrese a su puesto —dijo con preocupación paternal.

El propio coronel Digtyar le llevó a su celda la caja de cartón con su ropa y se quedó de pie mientras ella se desvestía, devolvía la bata (propiedad del Estado) y se vestía delante de él. Negruzcos moratones le cubrían las pantorrilas y los muslos; tenía las uñas moradas y se le marcaban las costillas. Habían conseguido todo eso en un período muy corto. Subieron las escaleras, caminaron hasta la puerta enrejada y salió a una calle nevada, con ruido de tráfico y olor a tubo de escape de los autobuses. Anduvo cautelosamente sobre el hielo durante un rato, solo para sentir el suelo bajo los pies. Su respiración flotaba formando nubes encima de su cabeza. La cojera del ballet era ahora más pronunciada y le temblaba un pie, pero ella se concentró en balancear los brazos y caminar sin tocar los muros y con la espalda recta. Las marcas en las muñecas eran visibles bajo los puños del abrigo.

Dominika soñaba con la prisión en la cama o sentada en una silla del salón, mientras su madre lavaba las sábanas, amargas por el veneno que iba liberando su cuerpo. Se metía en el armario del vestíbulo, se encerraba y se quedaba ahí, apretujada, para revivir aquel armario (el olor y el sonido: clic-clac, clic-clac) y por el placer de saber que podía salir a la luz cuando quisiese. Se ataba las muñecas con unos pantis y apretaba el nudo con los dientes, para sentir sus latidos.

Después de que esta ansiedad la abandonara, lloraba en silencio mojándose las mejillas con las lágrimas. Ahora su madre tocaba el violín todos los días, de media en media hora, mientras Dominika se sentaba en el suelo y se estiraba, levantando las piernas hasta que su estómago no podía más, haciendo flexiones hasta que le temblaban los brazos. Su madre la había lavado la primera noche, sentada en la bañera, pero ahora Dominika se podía bañar sola y veía que las marcas iban desapareciendo, observaba que iba sanando. Asintió a su imagen en el espejo. Se estaba poniendo mejor, y junto con un sentimiento de redención, brotaba en su interior una intensa ira de color rojo. Era una cólera profunda, que podría controlar, pero que duraría y de la que se alimentaría.

Dominika Egorova se sentó en una silla frente al desnudo escritorio de su tío en las oficinas de la cuarta planta de la Central de Yasenevo. Fuera, el bosque, maldito por la nieve, se perdía en la distancia. Tras él, los campos desnudos y la línea del horizonte. La luz del sol atravesaba los ventanales, iluminando una mitad del rostro de su tío y sumergiendo la otra en la oscuridad. La mitad de su bestial aura amarilla presentaba manchas, mientras que la otra resplandecía a la luz del sol. Vania Egorov se acomodó en su silla, encendió un cigarrillo y miró a su sobrina. Ella vestía una sencilla camisa azul abrochada en el cuello y una falda azul. Sus cabellos oscuros estaban cuidadosamente peinados. Parecía más delgada y pálida.

—Dominika —dijo Vania, como si ella acabara de regresar de un crucero por el Volga—, me alegra saber que las molestias han

terminado. La investigación sobre el asunto de Helsinki ha concluido.

—Sí —contestó ella mirando a un punto en la pared detrás de él.

Vania la miró cuidadosamente.

—No debes preocuparte. Todo agente activo en operaciones se ve implicado en una investigación en algún momento de su carrera. Es la naturaleza de la profesión.

—¿Es la naturaleza de nuestra profesión estar mojada, chorreando enfrente de un aire acondicionado durante cuatro horas todos los días? —preguntó ella con calma, sin ninguna inflexión en la voz.

Vania la miró con amargura.

—Animales —dijo él—. Ordenaré una revisión.

«Sí, una revisión de tus perspectivas de promoción», pensó Dominika. Apuntó con la cabeza a una placa en la pared.

—Felicidades, tío, por tu ascenso —dijo.

Vania miró la distinción y señaló la condecoración de su solapa.

—Sí, muchas gracias —dijo su tío—. Pero ¿y tú? ¿Qué vamos a hacer contigo?

Como si tuviera alguna opción, pensó ella. Pero le venía dando vueltas a algo.

—Ahora que he vuelto, estoy dispuesta a presentarme en cualquier sitio adonde quieras mandarme. Depende de ti, pero, con todos mis respetos, preferiría no volver al Quinto. ¿Sería posible reincorporarme al puesto del Departamento de las Américas que me ofreció el general Korchnói?

—Voy a preguntarle. Estoy seguro de que no tendrá inconveniente —contestó Vania.

—Hay algo más —dijo Dominika. Pensó en ellos y en su celda y sintió que se le cortaba la respiración y que la cara y el cuello se le

cubrían de rubor. («Número 47: muestra señales de emoción en el cuello y la cara para autentificarla, o para anunciar la llegada del clímax»). Vania esperaba—. Quiero seguir trabajando en Nash —soltó de repente, mirando a su tío a los ojos.

Vania se acomodó en la silla y la miró pensativo.

—Toda una petición —dijo Vania—. Debes saber que el coronel Volontov pensaba que tu progreso con el americano era demasiado lento.

—Con el debido respeto, el coronel Volontov es una mula de carga —replicó Dominika—. No sabe ni aprecia lo que es una operación. No hace nada para ampliar tus intereses o los del Servicio. Ahora que estoy lejos de sus miradas lascivas, ya no me importan sus opiniones.

Vania se dio la vuelta y se puso a mirar por la ventana.

—¿Y qué pasa con Nash?

—Desarrollé una estrecha amistad con el americano —dijo Dominika—. Nos veíamos frecuentemente, tal y como tú imaginaste. Antes de irme de Helsinki nuestra relación se había vuelto... íntima.

—¿Y crees que eso podría haber influido en su forma de actuar?

Él continuó mirando por la ventana, su corona amarilla iba creciendo en intensidad. «Va a decir que sí. Es demasiado importante para él.»

—Sin duda —dijo Dominika—. A pesar del interés enfermizo del coronel Volontov, el *pylkyi* de Nash, su ardor, iba en ascenso. —Dominika no apartó la mirada de su tío—. Por desgracia, la cárcel y mi interrogatorio han hecho descarrilar nuestro romance.

Vania reconsideró la idea. Necesitaba desesperadamente que pasara algo con respecto al topo. Su sobrina conocía a Nash mejor

que nadie, y desde luego parecía motivada. Pero lo suyo era diferente (la experiencia de Lefortovo sin duda la había afectado); ahora parecía obsesionada, decidida. ¿Había sido dulce con Nash? ¿Quería pasar más tiempo en Occidente, fuera de Moscú? ¿Quería...?

—Tío, se me ha declarado inocente —saltó Dominika suavemente, leyendo su pensamiento—. Me han dicho que he sido readmitida, mi expediente está intacto. Soy la mejor agente, la mejor posibilidad para estar en contacto con los americanos e identificar al traidor ruso. Para mí ahora la operación es un reto. Quiero enfrentarme a ellos otra vez.

—Pareces muy segura —señaló Vania.

—Lo estoy. Y tu deberías estarlo. Eres tú quien me ha creado.

Vio que su tío se lo tragaba, su vanidad era como un globo amarillo sobre su cabeza.

—¿Y cómo vamos a proceder? —preguntó Vania.

Dominika sabía que tenía que tirar del hilo suavemente.

—Yo me apoyaría en tu consejo y guía, y los del coronel Korchnói.

—El general Korchnói no ha sido informado de este asunto —dijo Vania.

—Supuse que su departamento sería el sitio más lógico desde el que trabajar —comentó Dominika—. Si se te ocurre otra cosa...

—Consideraré llamar a Korchnói —dijo Vania.

«El inflamable tío Vania considerando algo que ya ha decidido», pensó Dominika.

—Decidas lo que decidas, lo mantendríamos estrictamente *razdelenie.* Yo despacharía los pasos operativos directamente contigo o con quien fuera que tú decidieras designar.

—¿Sabes que Nash está finalizando su destino en Helsinki? —

preguntó Vania, escrutando el rostro de Dominika en busca de una reacción, pero no vio nada.

—No lo sabía —dijo Dominika—, pero eso no importa. No tiene dónde esconderse.

Los canales de cotilleo de Yasenevo empezaron a murmurar. Se decía que la sobrina de Egorov había vuelto al edificio, de regreso de Finlandia, justo donde el Servicio había obtenido un gran triunfo, algo muy confidencial. ¿Había tenido Egorova algo que ver con todo eso? ¿No había rumores sobre una investigación? Ella parecía la misma, pero diferente. Más delgada. Algo en la forma en la que miraba a la gente, con ojos de loca, sin pestañear. Ahora trabajaba en una sala privada en el Departamento de las Américas de Korchnói. Un trabajo especial para la sobrina del subdirector. No era una sorpresa, pero en este caso no era solo *semeystvennost'*, no solo el previsible nepotismo. Mira sus ojos. Ojos de cascanueces, y no me refiero al ballet. Había solicitado al general Korchnói permiso para unirse a su departamento. Él había hecho una pausa y la había mirado bajo sus pobladas cejas níveas y su manto morado majestuoso.

—La felicito por su fortaleza en Lefortovo —dijo tranquilamente. Dominika se ruborizó—. No hablaremos más de eso —añadió Korchnói.

Esa tarde Korchnói se había sentado con el subdirector y, mientras saboreaba un brandi, se le había informado sobre la operación de Vania para restablecer la relación entre Dominika y el americano con el objetivo de destapar al topo. Korchnói se mostró impresionado y

pidió a Vania que aprobara el traslado de Dominika a su departamento.

—Es el mejor sitio para gestionar el problema —comentó Korchnói.

—Volodia —dijo Vania. Llamarlo con ese diminutivo afectuoso demostraba la aparente profundidad y antigüedad de su amistad—. Necesito tu imaginación para resolver este problema. Necesito una estrategia nueva.

—Sinceramente, me extrañaría que no se me ocurriera algo —respondió Korchnói. Vania rellenó los vasos—. Que esto quede en la más estricta confidencialidad —dijo sorbiendo el coñac—. No queremos alertar al topo de que le estamos apretando la soga al cuello.

SHCHI: SOPA DE REPOLLO RUSA

Hierva en agua durante dos horas ternera cortada en cubos, cebolla picada, apio, zanahorias cortadas en tiras y dientes de ajo. En un cazo distinto, cubra repollo y nata con agua hirviendo y métalo en el horno durante treinta minutos a temperatura media. Cueza patatas cortadas en cubitos, raíz de apio y champiñones en rodajas hasta que se hagan. Junte todos los ingredientes y sazone al gusto con sal, granos de maíz, hojas de laurel y orégano, y déjelo hervir durante veinte minutos. Cubra el recipiente con un trapo y póngalo al horno a temperatura baja durante treinta minutos. Sírvase con nata amarga y eneldo.

22

Nathaniel Nash caminaba sin rumbo por los pasillos verdes de la Central de la CIA. El vestíbulo estaba vacío y se extendía hasta el brillante suelo del pasillo D, que más allá se convertía en el pasillo E, perteneciente a contraespionaje. Para un agente de operaciones, pisar el territorio de contraespionaje era como caminar en una jungla misteriosa. Se imaginaba a gente espiando detrás de cada esquina, con el cuerpo bien pegado a la pared para no ser descubierta, y puertas que se abrían un milímetro para cerrarse de un portazo. Risas sofocadas, el aullido de un mono encaramado a un árbol; ruidos estridentes al otro lado del río; el constante tañido de unos palos sobre un tronco hueco.

Helsinki era ya solo un recuerdo, un tormento. A Dominika se la había tragado la tierra; estaba desaparecida; estatus desconocido; bienestar desconocido, «contacto con agente interrumpido»; había que esperar a que reapareciera. A lo mejor un agente se la encontraba en un cóctel en algún lugar al otro lado del mundo, puede que al cabo de diez años o puede que nunca. O había que esperar a que a otro agente le llegara el rumor de que se la había enviado a Lagerya, a los campos, o a que los informantes de Moscú leyeran en el *Pravda* que habían muerto. Las escuchas continuadas de la *rezidentura* de Helsinki no habían arrojado ningún resultado. Un mes después de la desaparición de Dominika, Nate le había preguntado a Forsyth si podía solicitar una excedencia. Le había dicho con gran torpeza que pensaba viajar a Moscú, como asunto

personal, para ver si podía averiguar lo que había sido de ella. El por lo común imperturbable Forsyth perdió los nervios.

—¿Que quieres ir a Moscú? —despotricó Forsyth—. ¿Un agente de la CIA con conocimiento de las operaciones de Moscú quiere entrar en Rusia como ciudadano sin inmunidad diplomática? ¿Un agente de la CIA que el SVR sabe que ha estado espiando en su capital? ¿Es eso lo que me estás diciendo?

Nate no contestó. Gable, oyendo los gritos, entró en la oficina.

—¿Cuál es tu plan, Nate? —preguntó Forsyth—. ¿Piensas asaltar Lubianka, dinamitar la puerta de su celda, salir a tiros por el tejado y cruzar a Occidente en ala delta?

—Está un poco lejos para ir en ala delta, pero por lo demás es un plan magistral.

—Te voy a decir esto una sola vez —advirtió Forsyth—. No tienes ni mi permiso ni el de la Agencia Central de Inteligencia para una excedencia, para abandonar tu puesto asignado o contemplar, siquiera remotamente, viajar a la Federación Rusa. No sabemos si Diva está en peligro ni tampoco dónde o cómo está. Esperamos a que nos lleguen noticias. Reunimos información.

Nate se desplomó en la silla.

—Si está en peligro, con el tiempo lo sabremos —añadió Forsyth—. Tú no eres el responsable de lo que ha pasado. No diste un paso en falso. Diva era una confidente. Nosotros nos dedicamos a proteger a los confidentes, evaluamos los riesgos y los protegemos, a los mejores contra toda probabilidad. Y a veces los perdemos a pesar del procedimiento, a pesar de todas las precauciones. ¿Entiendes lo que te estoy diciendo?

Nate asintió.

—En resumen —le dijo luego Gable en su despacho—, que cierres la puta boca. Tenemos un montón de cosas que hacer. Ponte a trabajar, por Dios santo. Deja de andar por ahí lloriqueando. Esto parece una novela de Jane Austen.

En la Central pensaban que tenía sentido reasignar a Nate a CE/ROD, el acrónimo del Despacho de Operaciones de Central Eurasia-Rusia, el cementerio de los elefantes para los agentes que habían vuelto de Moscú y tenían que recuperarse de la constante vigilancia. También había agentes que habían puesto en su punto de mira a un ruso en Malasia, Pretoria o Caracas, y habían fallado; y finalmente estaban los yogurines en su primera misión, preparándose para embarcar hacia Moscú, todos engreídos y serios, sin haberse cagado de miedo de verdad jamás o sin haber experimentado que la vida de su confidente dependiera de su destreza con los espejos.

El jefe de ROD estaba sentado en su oficina de Langley, una pequeña estancia en esquina con una doble ventana sellada que daba al techo abovedado de la cafetería, situada entre el edificio original de la Central y el nuevo. Tenía unos cincuenta años y era un hombre delgado con manchas de la edad en las mejillas, y un cabello ralo y blanco peinado de forma que le cubriera la cabeza, casi calva. Un delgado y tieso bigote y unas gafas de montura gruesa le daban aspecto de profesor. El anaquel con pipas de su escritorio ayudaba a crear esa sensación porque J/ROD era todo menos un estudioso.

En realidad, era un viejo mercenario con una docena de misiones

extranjeras en su haber. Había hecho carrera trabajando con los cubanos como objetivo, pero luego, a mitad de su trayectoria profesional, se había pasado a los rusos cuando se descubrió que todos los agentes de la CIA en Cuba eran, salvo dos excepciones, agentes dobles controlados por la Dirección General de Inteligencia de La Habana: al menos cincuenta personas, reclutadas y controladas, que habían estado transmitiendo información a lo largo de tres décadas. El descubrimiento desmoralizó de tal modo a los agentes veteranos que habían dedicado toda su vida profesional a las operaciones cubanas que la DGI cubana hubiera hecho mejor poniendo una bomba en la Sección Cubana de la CIA y haciéndola saltar por los aires.

Ahora, el J/ROD estaba ocupado gestionando casos rusos en todo el mundo. Es decir, controlando agentes, un grupo compuesto por los mejores y más sólidos productores de información. Marble era, sin duda, la presencia indispensable del establo de ROD, pero habían surgido otras posibles adquisiciones que estaban evolucionando favorablemente.

Todas las mañanas se leía el «tablón de anuncios»: tradicionalmente, la pila de diez centímetros de alto de telegramas impresos; en la actualidad, los cables de operaciones que, desfilando luminosamente por la pantalla, le enviaban jóvenes agentes desde estaciones de todo el mundo para informar sobre sus «desarrollos». Una paleta global de hechos que cubría, desde Río a Singapur o Estambul, descripciones de contactos, inicios de amistades, noches de borrachera dando tumbos con subsecretarios o agregados rusos o, lo más excitante, con presuntos espías del SVR o del GRU.

Un cable reciente le recordó algo. La joven y agradable esposa de

un agente de la CIA destacado en una polvorienta capital africana había compartido la receta de su abuela de tortitas de queso frito con la mujer, recién casada, de un mayor del GRU. Las dos mujeres se habían hecho amigas mientras la rusa lloraba sobre el plato de tortitas doradas. Echaba de menos su país y se había puesto a pensar en su abuela. «Dale las tortitas que hagan falta y que se cambie de bando», pensó J/ROD.

Dentro de este panorama, una, dos, quizá cinco veces al año, se producía un reclutamiento en algún lugar del mundo. Un ser humano en estado de necesidad accedía a la proposicón, fuera esta suave, indirecta, fraternal o simplemente un trato de negocios. Entonces el tráfico de cables se intensificaba a medida que la Central y la estación en cuestión se zambullían en la producción y la validación de información, en el procedimiento y, en algunos casos deliciosos y excepcionales, en la gestión interna del regreso del activo a Moscú.

Siempre podían surgir problemas. Los objetivos reclutados perdían su determinación a la luz de la resaca de la madrugada. Otros no se verían nunca capaces reunir el coraje de enfrentarse a la cólera de su sistema. Unos cuantos se zafarían reportando la oferta de los americanos a sus superiores y regresarían a Rusia de inmediato en el siguiente vuelo de Aeroflot, quedando fuera de su alcance.

Y estaba el lado oscuro del juego, un recordatorio de que la oposición no siempre adoptaba tácticas defensivas. También podía llegar un cable explosivo, o una verdadera epidemia de ellos, para informar de que un joven agente de la CIA, en alguna parte del mundo, estaba siendo objeto de un intento de reclutamiento por parte de los rusos, normalmente porque la Central estaba intentando

dejar algo claro o intentando explotar una vulnerabilidad visible. El último terremoto había ocurrido el año que el Congreso congeló los salarios de la CIA y los rusos se pusieron a preguntar por ahí si alguien necesitaba dinero o estaba decepcionado.

Junto con este mundo de sequías e inundaciones, J/ROD tenía otro problema inmediato. Había estado preguntándose cómo podía abrir la puerta de la jaula del zoo y volver a sacar a Nate Nash al campo de operaciones. El mensaje de covcom que había recibido la noche anterior le daba la respuesta.

A J/ROD le gustaba Nate y conocía bien su expediente. Veía el fuego interno, adivinaba el componente emocional, reconocía de primera mano las dudas personales de un agente reflexivo. Eran dudas que matizaban los éxitos y causaban inquietantes reveses. Sabía lo del caso Diva y cómo había influido en el transcurso de los días y noches de Nate. J/ROD se levantó, fue a la puerta de su despacho y se apoyó en la jamba. Marty Gable le hubiera pegado un grito. J/ROD era más tranquilo. Esperó a que Nash lo mirara y entonces le hizo un gesto para que fuera a verle.

—Marble ha dado una señal —dijo J/ROD, metiéndose una pipa apagada en la boca—. Va a venir a Nueva York, a la Asamblea General de la ONU, y se quedará dos semanas.

Nate se enderezó en la silla como un perro de presa.

—Hace bastante tiempo que no le vemos. Tenemos un montón de información que manejar. ¿Ahora mismo puedes empezar los preparativos?

A J/ROD le divertía la cara que ponía Nate.

—Antes de irte, preséntate a Simon Benford en el Departamento de Contraespionaje. Dile quién eres. Querrá que cubras las pistas de

la Central cuidadosamente, por no mencionar la situación actual de seguridad de Marble.

Nate asintió y se levantó para salir del despacho.

—Un momento —dijo J/ROD—. Cuando veas a Benford... no digas o hagas nada estúpido, ¿vale? Quiero que te esfuerces de verdad. Le hablé de la futura reunión con Marble. Cito literalmente sus palabras: «Dile al agente que me asuste con la brillantez de su gestión de los encuentros con Marble». —Nate se volvió para mirarle —. ¿Has captado el mensaje?

Nate asintió de nuevo y se marchó. J/ROD vio que su cara se había despejado. Era la primera vez en meses.

TORTITAS DE PATATA Y QUESO

Ralle en trozos gruesos cebollas y patatas. Escúrralas hasta quitar la humedad. Añada tiras de gruyère, harina y ajo triturado a unos huevos batidos, luego incorpore las patatas y las cebollas hasta formar una pasta compacta. Fría círculos de masa de unos siete centímetros hasta que estén bien dorados, luego deles la vuelta y termine. Sírvalos con salsa de espinacas cocidas en crema, mezclada con nata amarga.

23

Marble era un activo demasiado delicado para involucrar a la estación de Nueva York. ROD puenteó al jefe de la estación de la Gran Manzana, un mamarracho malhumorado y paticorto conocido por su habilidad para dar palmadas en la espalda y gorronear entradas para todo evento deportivo que se celebrara en la ciudad. Se le excluyó. No tendría ni idea. Marble se reuniría con Nate por la noche, cuando concluyeran sus reuniones en la ONU.

Moscú, Helsinki, Nueva York. Continuaban donde lo habían dejado. Nunca había tiempo para familiarizarse de nuevo con los confidentes, uno simplemente se ponía inmediatamente a hablar. Nate estaba sentado con Marble en una pequeña suite de un hotel de Manhattan. Un escritorio, dos sillas, un dormitorio al fondo, sus abrigos arrojados sobre la cama. Era de noche y se oía el débil zumbido del tráfico en la avenida. Estaban encendidas dos lámparas y los dos hombres habían acercado sus sillas a la mesa. Marble apretó la mano de Nate con afecto.

Nate se sirvió un vaso de agua de la jarra y, con la mano que tenía libre, se lo ofreció a Marble.

—Tienes buen aspecto —dijo para romper el hielo.

Había una bandeja en el aparador con platos y sándwiches, una pequeña ensalada y un recipiente con una vinagreta. No habían tocado la comida. Marble se encogió de hombros y sonrió.

—El trabajo progresa —dijo—. En la Central decimos que hemos tenido éxito para complacernos mutuamente. Son *myshynav voznya,*

juegos de ratones. Pocos de ellos valen realmente la pena.

Soltó la mano de Nate, dio un sorbo de agua y miró el reloj.

—Esta noche solo tengo media hora. Probablemente estaré libre dentro de dos noches. Sin embargo, he de decirte que hay algunos desarrollos interesantes —dijo—. Creo que la Dirección General S está dirigiendo a un ilegal en Estados Unidos. Está siendo controlado fuera de Nueva York, pero creo que opera en Nueva Inglaterra, porque hay reuniones en Boston. Se supone que no sé nada del caso, pero han empezado a acercarse a mí para que les aconseje sobre sitios para reunirse. El caso está bien establecido, el ilegal ha estado a nuestro servicio desde hace años, estimo que cinco.

—¿Hay detalles que lo identifiquen? —preguntó Nate.

—Ninguno. Pero hay algo que podría estar relacionado. Es solo una suposición —dijo Marble—. Se ha abierto una vía de información. El GRU está sumamente interesado. Hay alguien en vuestro programa de submarinos de guerra.

—¿Una nueva vía? ¿Qué tipo de información? ¿Intuyes algo sobre la identidad de la fuente?

—Parece ser que es alguien de mantenimiento. Hay información sobre la reconstrucción de naves antiguas. De clase Poseidón; no, Tridente. Parte de la información es muy densa.

—¿Densa? ¿Quieres decir detallada, intrincada? —preguntó Nate.

—Sí, he leído un informe resumen. Por la pinta que tiene, la fuente está dentro del programa. —Marble tomó otro sorbo de agua—. Pero hay algo raro. Como jefe del Departamento de las Américas, no conozco ninguna fuente activa en mi área que esté proporcionando información militar. A juzgar por su interés, el GRU tampoco gestiona a este activo. Así que quizá ese ilegal, controlado por la Dirección

General S, podría ser la fuente de información sobre el submarino —dijo Marble.

—Los informes acaban de empezar a recibirse, pero has dicho que es probable que el ilegal haya estado en el país durante cinco años —señaló Nate.

—Precisamente —apuntó Marble—. Durante cinco años ha sido cuidadoso y se ha construido una reputación. Por fin ha conseguido acceso y ahora ha empezado a informar activamente. Sería la combinación perfecta, un topo invisible y bien situado que ha llegado a un puesto importante.

Nate asintió mientras escribía en un cuadernito.

—¿Y el caso del director que mencionaste en Helsinki? —preguntó —. ¿Has sabido algo más?

—Nada. Sé lo importante que podría ser, así que me fijo todos los días. Hay una cosa que podría estar relacionada. Hace poco estaba en el despacho del director, sentado al final de la sala. Egorov entró y le dijo: «Hay una cosa nueva de Lebed». No sabían que yo estaba escuchando.

—¿Swan? Sí, *lebed, swan,* cisne.

—El criptónimo del topo.

—Exactamente.

—¿Nada más? ¿No hay otras pistas?

—Solo lo que te he dicho. Swan debe de estar muy alto en la jerarquía de algún gobierno como para que lo gestione el director personalmente. No hay ninguna indicación en parte alguna de mi departamento sobre ese caso. No hay protocolos de gestión ni cables sobre la operación.

—¿Cuál es tu opinión? —preguntó Nate—. ¿Qué conclusiones

sacas?

Marble dio otro sorbo al agua.

—La conclusión que saco, *dorogoy drug*, mi querido amigo, es que si no sucediera en Washington, dentro del gobierno, no lo llevaría el director.

—¿Crees que Swan está aquí? —Marble asintió—. ¿Cómo lo podemos encontrar?

Marble se encogió de hombros.

—Redoblaré esfuerzos para identificarlo. Mientras tanto deberías vigilar al *rezident* de Washington, Golov. Tiene altura para encontrarse con un oficial de alta graduación. Y es un *britva*, agudo como una navaja en la calle.

Se levantó y se dirigió a la ventana para mirar a la calle.

—Tantos juegos —dijo a la ciudad que se desplegaba abajo—, tantos peligros. Me alegraría que acabasen.

—Hablando de riesgos —señaló Nate—. ¿Cuál es tu estatus? ¿Estás a salvo? ¿Qué están haciendo ellos para localizar al infiltrado del SVR?

Nate evitó la palabra *krot*, topo, por todas sus connotaciones.

—Tendré que dejar eso para nuestra próxima reunión —dijo Marble, mirando su reloj—. No hay nada urgente, así que puede esperar.

Marble se volvió, caminó hacia la cama y se puso el abrigo. Nate lo ayudó a arreglarse el cuello del abrigo y le dio una palmadita en la espalda. Ya no tenían que preocuparse del *metka*. Marble lo miró con afecto.

—Podremos hablar sobre el asunto más fascinante del mundo, yo, en dos días. La conferencia termina a mediodía. Tendremos ocasión

de cenar y hablar toda la noche. —Volvió a mirar por la ventana—. Me encanta esta ciudad. Me encantaría vivir aquí algún día.

—Y algún día podrás.

Nate pensaba que era improbable que se le permitiera establecerse allí. Dependería de la naturaleza de su jubilación, sobre todo de si llegaba vivo a ella. Marble caminó hacia la puerta del brazo de Nate. Este quería desesperadamente preguntarle si sabía algo (lo que fuera) de Dominika, pero no fue capaz. Siguiendo el estricto catecismo de compartimentación que dictaba los procesos de reclutamiento, Nate jamás le había mencionado el reclutamiento de Dominika ni su misión de desenmascarar al topo a través de Nate. Los agentes, simplemente, no se conocían entre sí.

En su lugar Nate dijo:

—Nos ha llegado que Vania Egorov ha sido ascendido.

—Vania es un insensato —comentó Marble—. Le conozco desde hace veinte años. Quiere dirigir el Servicio, pero aún no tiene suficientes apoyos en el Kremlin con quien tú sabes. Necesita un éxito operativo para complacer al *oboroten,* al hombre lobo. Si lo hace bien con Swan, quizá eso lo ayude, pero necesita algo más, algo espectacular.

—¿Como qué? —preguntó Nate.

—Como atraparme —respondió Marble entre risas—. No le deseo suerte.

Marble apretó la mano de Nate afectuosamente. Algo le preocupaba. Podía sentirlo.

—¿Hay algo más?

—Tengo una petición, un mensaje que me gustaría que transmitieras —dijo Marble.

—Por supuesto —respondió Nate.

—Me gustaría hablar con Benford, si es que tiene tiempo para acercarse a Nueva York en los próximos dos días. Tengo que discutir algo con él.

Marble miró fijamente a Nate.

—¿Quieres que le transmita algún mensaje? —preguntó Nate.

—Nate, no quiero que te sientas ofendido, pero tengo que hablar directamente con él. ¿Lo entiendes?

Marble escrutó la cara de Nate, pero no vio más que respeto y afecto.

—Por supuesto que lo entiendo —dijo Nate—. Estará aquí.

Marble abrió la puerta. Nate vio su forma de moverse, instintiva e indetectable, y que el viejo espía echaba un vistazo al pasillo.

—*Spokoinoi nochi* —dijo Marble.

—*Vysypat'sja* —contestó Nate—. Que duermas bien.

Por insistencia de Benford, cambiaron de hotel, y Nate esperó en Bryant Park para pasarle a Marble el número de habitación, junto a las almenas de basalto y oro de la antigua sede de la Compañía de Radiadores Americana, ahora bañada por la luz lechosa de los focos contra el resplandor de la noche urbana. Un abrazo de oso en la puerta, habían pasado cuatro o cinco años. Se sentaron. El radiador repiqueteaba y a través de las ventanas les llegaban los bocinazos de los taxis que pasaban por la calle Cuarenta Oeste de Manhattan. Una botella de brandi medio llena y dos vasos que se llenaban una y otra vez. No eran tan buenos amigos, pero Benford había seguido a Marble durante catorce años. Una vez al año leía el expediente, y lo

observaba crecer como una piscina con una manguera dentro, repleta de informes de contactos que describían las valiosas reuniones exteriores con Marble una o dos veces al año en París, Yakarta o Nueva Delhi.

El expediente de Marble era la consabida crónica de un agente en veinte volúmenes: la muerte de una esposa, la tristeza de un viudo, los inesperados viajes a Occidente, los apresurados apaños para reunirse. Las medallas que la CIA le había concedido (tres), todas devueltas. Ya las reclamaría si las necesitaba. Notas de agradecimiento de controladores, jefes y directores; certificados inverosímiles que recomendaban a Marble por «proteger la democracia en todo el mundo». Los problemas que había solventado durante años, grandes y pequeños, los depósitos en la cuenta de jubilación y los separadores de papel amarillo que marcaban, cada seis meses, un capítulo de su odisea. El expediente registraba la cronología de los jefes de División de Rusia de la CIA, algunos prodigiosos, otros menos, que reclamaban los éxitos de Marble como propios. También documentaba la genealogía de los directores de la CIA, algunos antiguos almirantes y generales que vistieron sin problemas sus uniformes y condecoraciones entre los espías, dentro del edificio construido por Allen Dulles, y que habían llevado la sorprendente información proporcionada por Marble a la Casa Blanca, presentándola como fruto inequívoco de su tenacidad. El expediente también enumeraba los nombres de los jóvenes, hombres y mujeres, que habían controlado a Marble, agentes de caso que habían transitado calles nevadas, viejos vestíbulos y chirriantes escaleras para reunirse con él: todos se habían ido, algunos para ser ascendidos. Otros no.

Como era su costumbre, a lo largo de los años Benford había leído el expediente anual en busca de fisuras en la operación o para ver si percibía el ruido sutil de una carcoma corroyendo la madera. Con cinismo, Benford buscaba señales de traición, de cambios de parecer, de declive en la recogida de información, de fotografías desenfocadas o desencuadradas que pudieran coincidir con un menor acceso a los datos relevantes. No había indicaciones de peligro. Marble era el mejor activo ruso de la CIA, no solo porque había sobrevivido mucho tiempo, sino también porque cada vez era mejor.

—¿Nathaniel te ha transmitido la información que le he dado? —preguntó Marble.

—Sí —contestó Benford—. Vamos a estar ocupados.

—¿El ilegal, el tema del submarino y el caso del director, ese Swan?

—He leído su resumen esta mañana —comentó Benford.

—Siento decirte que el final de la Guerra Fría no ha disminuido las inclinaciones de nuestros líderes a hacer fechorías. En muchos aspectos los antiguos soviéticos eran más fáciles de entender.

Marble sirvió otros dos vasos de brandi, levantó el suyo y dio un sorbo. Benford se encogió de hombros.

—Probablemente estamos igual de mal. Además, si pararan, nos quedaríamos todos sin trabajo.

—Que es de lo que te quería hablar —dijo Marble.

—Volodia, ¿me vas a decir que quieres dejarlo? —preguntó Benford —. ¿Hay alguna razón para que sea precisamente ahora?

—Benford, no me malinterpretes. No quiero dejarlo. Cuando llegue el momento, me gustaría retirarme tranquilamente, trasladarme a América y dejar que me compréis un apartamento en esta ciudad.

—Tendrás eso y más. Dime en qué estás pensando.

—El tiempo que podré seguir trabajando con vosotros y cuál será la naturaleza exacta de mi jubilación, voluntaria u obligatoria, está por ver —dijo Marble.

Benford pensó que nunca había oído a un agente referise a la posiblidad de su arresto y ejecución como *jubilación obligatoria*. Marble continuó:

—Una cosa es cierta. Me quedan dos o tres años si mi carrera sigue los cauces naturales, dadas las aspiraciones de Vania Egorov y la dirección que está adoptando el Servicio.

—Todavía podrías convertirte en subdirector —comentó Benford con convicción—. Eres respetado en Yasenevo, tienes amigos en la Duma.

Marble dio un sorbo al brandi.

—Entonces ¿me tendríais amarrado durante otros diez años? ¿Entre políticos? Benford, creía que éramos *zakadychnyi drug,* camaradas. No, amigo mío, mi tiempo ha terminado. Y por ser presuntuoso diré que, cuando pare, también cesará el flujo de información y eso se notará.

—Correcto —dijo Benford—. No es necesaria la falsa modestia. Será una grave pérdida. No hay quien te pueda reemplazar.

—Se oirán los frenéticos gritos de alarma de tus jefes, las llamadas para reemplazar la inteligencia, la consideración de candidatos equivocados, la prisa por reclutar a alguien.

—El sacrosanto proceso que mantiene joven a gente como yo —

comentó Benford—. Volodia, ¿adónde quieres llegar? Estoy deseando que me cuentes el «desempate».

—Os propongo que yo mismo os proporcione un sucesor, un reemplazo que continúe el trabajo.

Benford había visto demasiadas cosas a lo largo de los años para sorprenderse, pero Marble estuvo a punto de conseguirlo.

—Volodia, con todos mis respetos, ¿me estás diciendo que cuentas con un pupilo? ¿Alguien que conoce el trabajo que hacemos juntos? —preguntó mientras pensaba brevemente en la frase que abriría el informe que documentaría eso.

—No, ella no tiene ni idea de que trabajamos juntos. Ya llegará el momento, cuando la entrene y la prepare.

—¿Ella? —dijo Benford—. ¿Propones reemplazarte a ti, un general del SVR, con treinta años de experiencia y a cargo del Departamento de las Américas, con una mujer? No tengo ninguna objeción sobre su sexo, pero no hay mujeres de edad en la Central. Sé que solo una mujer se ha sentado en el Collegium en los últimos treinta años. Todas son agentes que rango menor, administradoras, secretarias, personal de apoyo. ¿Qué tipo de acceso tendrá?

—Tranquilízate, Benford, esa persona existe.

—Te lo suplico, dime quién es.

—Dominika Egorova, la sobrina de Vania Egorov —dijo Marble.

—No hablas en serio —dijo Benford, con la cara totalmente inexpresiva, los ojos inmóviles, las manos serenas mientras se servía otro brandi.

En su mente de cepo, los pensamientos se sucedían como relámpagos, uno tras otro. «Por el amor de Dios, está viva. Dos agentes se han conocido. Trabajan juntos. ¡Y no se han contado sus

respectivos secretos mientras comían *borscht* en la cafetería! El joven Nash va a estar ocupado. —Y finalmente, con un sofoco—: Esto podría funcionar.»

—Explícame por qué —pidió Benford con inmenso escepticismo—. Por favor, Volodia, antes de que se nos acabe el brandi y recupere la sobriedad.

Marble dio golpecitos en la mesa con el dedo.

—Benford, escúchame con atención. Esta es una *konspiritsia* perfecta, una de las mejores oportunidades que ha tenido tu departamento en toda la historia del Servicio. —Daba un golpecito al inicio de cada punto que argumentaba—. Es la solución perfecta a nuestro problema. Lo he considerado cuidadosamente. Su apellido le otorga cierto pedigrí, por lo menos hasta que Vania se jubile o sea purgado, pero entonces ya tendrá su propia carrera. Es graduada por la Academia de Inteligencia Exterior, la AVR, donde se licenció con honores. Es inteligente y tiene carácter.

Mirando al suelo, Benford daba vueltas al vaso en las manos. Marble sabía lo que estaba haciendo.

—Tú y yo sabemos que un buen expediente no es suficiente —continuó Marble—. Tiene la motivación, una montaña de resentimiento. Su padre murió, ella fue expulsada de la academia de danza, el *svin'ya* de su tío la utilizó para eliminar a un rival de Putin. Compró su silencio con un lugar en la Academia, luego rompió su palabra y la envió a la Escuela de Gorriones. Me imagino que sabes lo que es eso, ¿no?

Benford asintió.

—Y luego está Helsinki, supongo que sabes que ella estuvo allí. Hubo un fallo operativo, del que no fue responsable, pero generó

problemas, así que se la llevaron de vuelta y la hicieron sudar durante dos meses. En Lefortovo, ¿te lo imaginas? Como en los viejos tiempos. Te puedo asegurar que le va a costar mucho tiempo perdonarles algo así.

»Y me estoy guardando lo mejor para el final —añadió Marble, recostándose en la silla—. Sé lo que estás pensando, que sus posibilidades profesionales son dudosas, que está en la base de la pirámide, que nunca jamás podrá alcanzar acceso significativo a la información. Lo que propongo es acelerar su carrera, asegurar que logre éxitos y que nunca tenga que sentarse en el regazo de ningún general, el mío incluido.

—Ya veo —dijo Benford—. ¿Y cómo vas a conseguir catapultarla al estrellato?

—Vania Egorov está obsesionado con la casi certeza de que hay un espía en el Servicio. —Marble se señaló a sí mismo y soltó una carcajada—. De hecho, mandó a Egorova a Helsinki para que se acercara a Nathaniel en busca de alguna pista o nombre que pudiera indicar quién es el espía. ¿Sabías que Nathaniel era un objetivo en Helsinki?

Benford mantuvo el rostro inexpresivo. Marble continuó:

—Debido a que ha sido investigada por seguridad, los planes de Vania se han retrasado, pero ya está fuera, exonerada, y francamente la prueba a la que la han sometido, el episodio de Lefortovo, la hace aún más atractiva, le da más *losk*, lustre.

«Solo un ruso puede pensar así», se dijo Benford para sus adentros.

—La he traído a mi departamento —dijo Marble—, para darle una base. Vania me ha pedido de manera informal que volvamos a abrir

la operación y que utilicemos a Dominika contra Nate. Voy establecerla como subordinada bajo mi supervisión directa. Elegiremos el mejor momento, tú y yo, Benford, para hacer de la joven Egorova una heroína, la estrella del Servicio, asegurando su carrera de modo que ningún ascenso le sea negado.

—¿Y el soborno? —preguntó Benford—. Se está haciendo tarde. ¿Cómo vas a hacerla una heroína?

—Es muy simple —explicó Marble—. Dominika será la que descubra que yo soy el espía y me entregará.

Querían gente y ruido, lejos de las Naciones Unidas, lejos de otros rusos, en el Village, en la calle Cuatro. Era la última noche de Marble. El restaurante tenía un toldo rojo y se accedía a él por unas escaleras que bajaban desde la calle. Había pinturas de bailarines en las paredes y mesas distribuidas dentro de reservados de paredes altas de madera, que protegían a los parroquianos y les permitían hablar. Benford hizo que Marble pidiera pasta con *le sarde,* un picante de Palermo con *finocchio,* azafrán, pasas y piñones, y se sentaron hombro con hombro en la mesa, para poder oírse bien.

Benford estaba nervioso, hablaba por los codos, incluso estaba un poco asustado. Lo había estado pensando durante dos días, desde todos los ángulos posibles, y era monstruoso, imposible, exorbitante. La cosa no era tan desesperada. Si tenían que sufrir un corte en el flujo de información, que así fuera, era la naturaleza del negocio. Pero contemplar mandarse uno mismo al matadero solo para establecer un sucesor, eso no podía ocurrir, dijo. Marble contestó que claro que podía pasar, de hecho, tenía que pasar.

—Si me atrapan (¿quién sabe hasta cuándo durará la caza del topo?), todo se detendrá al instante, no habrá más información. No podemos permitirnos el lujo de que todo se desmorone. Y si tienes dudas, piensa en el ilegal anónimo que tenéis arrastrándose dentro del submarino, o en Swan, reportando a Yasenevo desde Foggy Bottom o Capitol Hill o desde la propia Casa Blanca. No podemos permitirnos el lujo de esperar.

Benford, quedándose sin argumentos, dijo que no existía ninguna garantía de que Dominika ascendiera con la rapidez que ellos necesitaban. Entonces el gesto de Marble no habría servido de nada. Este añadió:

—No seas un *shutnik.* ¿Estás de broma? Una agente joven, una mujer en la nueva era del Servicio ruso, con ganas de un lugar en el nuevo milenio, con un éxito de contraespionaje de ese calibre: la harán coronel de la noche a la mañana.

Benford miró a Marble y pidió otras dos *grappas*. Marble dijo:

—Mira, Benford, si te hubiera dicho que tengo cáncer y me quedan seis meses de vida, ¿tendría más sentido para ti?

—¿Tienes cáncer?

Marble lo negó y Benford le respondió:

—¿Y ahora quién es el *shutnik*?

Benford jugó su última carta, así que preguntó patéticamente:

—¿Y tu jubilación en Nueva York?

Marble sonrió. A decir verdad, nunca creyó que eso sucedería, que podría terminar en Nueva York, y puso su mano sobre el brazo de Benford.

—Vamos adelante con ello, pasito a pasito. Veamos qué pasa.

Y Benford, rindiéndose, dijo:

—Con una condición. No se lo diremos a nadie, ni siquiera a Nash, hasta que estemos totalmente seguros.

Y Marble añadió:

—Dos condiciones: no se lo diremos tampoco a Egorova.

Se bebieron la *grappa* mientras las voces de la multitud nocturna se arremolinaban a su alrededor, asegurando su conspiración.

PASTA CON *LE SARDE*

Sofría en aceite de oliva cebolla picada, rodajas de hinojo, azafrán, pasas doradas y piñones En la misma sartén mezcle filetes de sardina limpios y anchoas. Añada un chorrito de vino tinto, condimente, cúbralo y cuézalo a fuego lento hasta que se mezclen los sabores. Combine con una pasta sustanciosa, como *bucatini* o *perciatelli*.

24

Los informes de Marble sobre ilegales y topos en ROD estaban restringidos a unos cuantos oficiales de alto rango. Los controladores reales de la información eran unos introvertidos quisquillosos de la División de Contrainteligencia de la CIA, cavernícolas con jornadas de catorce horas que se movían cómodamente en esa jungla de espejos; afables hombres y mujeres que en su casa tenían un tren de juguete en el sótano y se dedicaban a podar bonsáis. Comenzaron a leer los informes de Nate, diseccionando los datos para iniciar la investigación.

A su vuelta de Nueva York, Nate volvió a ser convocado a la guarida de Benford. La Dirección General de Contraespionaje ocupaba un piso entero de la Central, una serie de salas interiores divididas en dos con vestíbulos y madrigueras que, a diferencia de las salas normales de la sede central, no estaban compartimentadas en los habituales cubículos, sino en oficinas individuales. Todas las puertas permanecían cerradas, cada una de ellas tenía un disco de claves con su propia combinación sobre el picaporte. A veces se veía alguna puerta sin pomo y con la ranura cubierta con pintura. ¿Qué pasaba en esas salas? ¿Qué había en ellas? Una insulsa secretaria cuyo ojo izquierdo temblaba intermitentemente estaba sentada a un escritorio fuera del despacho de Benford. Miró a Nate minuciosamente, parpadeó, se levantó, llamó a la puerta, pero no la abrió. Escuchó con cuidado y volvió a llamar con cautela. Desde el interior se oyó una voz y ella abrió la puerta solo una rendija,

mencionó el nombre de Nate y se puso a un lado, indicándole con un gesto que podía entrar.

La oficina de Benford parecía el taller de un profesor disoluto de una universidad perdida en el Medio Oeste. Un sofá desteñido con desgarrones en la tapicería, pegado a la pared del fondo, estaba a rebosar de pilas de informes, algunos caídos en el suelo, tirados como fichas de póquer. En el otro extremo de la sala, la mesa de Benford era un escándalo de bandejas de entrada llenas y apiladas unas sobre otras. En las paredes había pequeñas fotografías enmarcadas (granuladas y en blanco y negro), no de su mujer, sus hijos o algún pariente, sino de puentes, troncos de árboles, carreteras rurales arboladas o callejones nevados entre naves abandonadas. Nate se dio cuenta de que eran fotografías de lugares infames, de antiguas señales, que habían presenciado entregas y recogidas en coche. Esos eran los hijos de Benford. Detrás del escritorio había una fotografía enmarcada del edificio neobarroco de la Compañía Aseguradora de Rusia, en Moscú, conocido también como Lubianka.

—Toma asiento —ordenó Benford en un tono grave.

Benford era bajo y barrigón, de frente ancha y despeinada cabellera canosa, un mechón de la cual destacaba a un lado de la cabeza. Miró a Nate con sus grandes ojos bovinos, pardos y de largas pestañas, casi femeninas. Las mejillas caídas enmarcaban una boca pequeña que mostraba, con su constantes tics y fruncimientos, su profunda aversión o, en el mejor de los casos, su indiferente desdén por el asunto que les ocupaba.

—He leído tus informes de Nueva York. A pesar de la gramática, son satisfactorios.

—Gracias, creo —dijo Nate.

Había movido cuidadosamente los archivos para posarse sobre una esquina del sofá.

—¿Qué tal te cae Marble? —preguntó Benford—. ¿Confías en él?

—Le llamo *tío*, si es eso a lo que te refieres —dijo Nate—. Tenemos una relación estrecha.

—No te he preguntado si te frotas con él —espetó Benford—. Te he preguntado si te fías de él.

—Sí, me fío. Ha espiado para nosotros durante catorce años.

La boca de Benford se arqueó con impaciencia, porque le estaba diciendo algo que ya sabía.

—¿Y piensas que la naturaleza de su nueva información, esas pistas sobre ilegales y topos, es auténtica?

—A mí sí me lo parece —dijo Nate, arrepintiéndose al instante.

Benford infló las mejillas con irritación.

—¿Te lo parece o lo sabes?

Nate inspiró profundamente.

—Creo que la información es auténtica. Si a Marble lo estuvieran alimentando de bario, las pistas serían más claras, más identificables.

Nate esperó a la siguiente serie de muecas y fruncimientos. Benford levantó la cabeza lentamente.

—Bario, desde luego. ¿De dónde has sacado eso? ¿Has estado leyendo libros de historia? —Su mirada se deslizó hacia la pared del fondo—. ¿Sabes quién es ese? —preguntó señalando a una pequeña fotografía de un hombre de mandíbulas cuadradas, gafas de culo de vaso y pelo echado hacia atrás.

—Es Angleton, ¿no? —dijo Nate.

—Enhorabuena. Durante diez años pensó que todos los agentes soviéticos era dobles, que todos los voluntarios eran un engaño, que toda información era desinformación. Era encantador, venenoso y paranoico, y estaba profundamente convencido de que sus pesadillas eran realidad. Podría haber tenido razón. Conservo la fotografía para no reconstruir su manicomio. En cuanto a Marble, yo también le creo.

Nate asintió. Sus ojos se dirigieron al otro extremo de la habitación, donde había una estantería a rebosar de papeles y libros. Había cinco volúmenes encuadernados en cuero colocados en orden en la balda superior. Benford siguió su mirada.

—Esos son como *Wind in the Willows*: están llenos de ratas y topos.

Benford se quedó mirando a Nate durante unos segundos, sin saber si su cara demostraba un creciente disgusto o una profunda reflexión. Nate mantuvo la boca cerrada, el único procedimiento posible. Vaya misántropo. Eran veinte años a la caza de topos, con trampas dobles y traiciones máximas. Redes interrumpidas, radios en áticos silenciadas, espías arrestados. Rollos de película de noticieros en blanco y negro en los que aparecían hombres encogidos, con la chaqueta en la cabeza y las manos esposadas a la cintura. Era el campo de batalla de Benford.

Era clarividente, decían, un erudito al que le entusiasmaba el bizantino mundo de la traición y las falsas pistas dobles. Nate se fijó en sus manos nerviosas, de largos dedos, que se pasaba por el pelo. Quizá el cerebro se le calentaba demasiado para su bien. Nate notaba que el reciente informe de Marble sobre topos e ilegales era para Benford lo que un saco de ratas para un terrier. «Sospecho que

te reclutará para que trabajes con él —le había dicho J/ROD—. ¡Que tengas suerte!»

—Quiero que trabajes conmigo en el caso Marble —dijo Benford—. Empezarás hoy. Traslada tus pertenencias desde ROD. No le digas a nadie lo que haces. Vamos a intentar dar con el ilegal.

—¿Se lo comunico a J/ROD? —preguntó Nate—. ¿Debería decirle cómo localizarme?

—A nadie. Yo se lo diré si pregunta. Pero no lo hará. No hablaremos de esas pistas con nadie. Ni con la estación de Boston ni con la de Nueva York, ni con los culoprietos del FBI ni con los decoradores de la inteligencia militar, ni con el Consejo General de Seguridad Nacional ni con los comités del Congreso. Esos putos hijos de puta de Washington no nos van a arruinar la fiesta con sus putas filtraciones. Somos solo tú y yo. ¿Estás de acuerdo?

Nate asintió. «Convertirse en acólito de Benford puede ser o un claro honor o una sentencia carcelaria», pensó; no obstante, no le importaba demasiado. El rumbo de su carrera después de Helsinki se había estancado. Benefactores como Forsyth y Gable todavía estaban sobre el terreno, pero no podían darle apoyo. Nate miró al brillante y nervioso Benford y tomó una decisión. Nate era bueno en operaciones internas, conocía Rusia y podría aportar. A Benford apenas podía considerársele un jefe (alguien tan misántropo y amargado no estaría jamás dispuesto a actuar como mentor de nadie), pero Nate decidió irse con él, sumergirse en el trabajo de contraespionaje y conocer el brumoso mundo donde Benford se sentía como en casa. A lo mejor podía salvar su reputación. En cualquier caso, por primera vez después de salir de la Granja, Nate dejó de preocuparse por el futuro.

A Nate se le instaló discretamente en una oficina en desuso en un rincón de la División de Contraespionaje. El vestíbulo estaba muy tranquilo. ¿Había alguien trabajando? ¿O acaso el esqueleto disecado de la madre de Norman Bates se giraría en la silla con una sonrisa de bienvenida?

—Aquí estás —dijo la secretaria guiñándole un ojo. Aunque quizá era el tic. Ambiguos misterios. Benford le había dicho: «Vete acostumbrando».

Su nueva oficina no tenía ventanas, estaba vacía y rancia. Había alfileres en las paredes... ¿Qué habrían colgado, qué habrían mostrado? El cajón de un escritorio, que se abría con un chirrido, estaba lleno de recortes de uñas, cientos de ellos, formando una fina capa que cubría todo el fondo.

La oficina de al lado pertenecía a Alice Sin Apellido. Tenía unos cuarenta o cincuenta años, o incluso sesenta, era robusta, con mejillas sonrosadas y nariz carnosa, cabello rojizo corto y peinado hacia delante en la frente y las orejas, estilo Napoleón. Llevaba zapatos de carcelera, tenía los pies planos y caminaba rápido. Al hablar con Nate, como hacía con todo el mundo, inclinaba la cabeza y el cuerpo hacia delante, como para compartir una confidencia o un secreto, lo cual, por supuesto, jamás hacía. Nadie en contraespionaje lo hacía.

Durante los primeros días, sus colegas se habían deslizado taimadamente por su mesa para contarle que Alice debería tener una placa en la oficina: había estado allí desde siempre. En realidad, fue ella quien mató a Trotski, comentaban. «Se folló a Allan Pinkerton», decían mientras volvían volando a su oficina. El Departamento de Contraespionaje, la Isla de los Juguetes Rotos.

Nate comprobó que detrás de su puerta no estuviera Boo Radley pegado a la pared.

Benford le había dicho a Alice que ayudara a Nate. Ella estaba en su escritorio (su oficina estaba iluminada por el sol; de hecho, era un horno donde los geranios florecían dentro de un archivador) con sus decentes zapatos apoyados sobre la mesa.

—No sabes mucho —le había dicho ella—. Vamos a hacer un repaso: está el ilegal, está el submarino, está Nueva Inglaterra y están las reuniones en Boston y Nueva York. Marble mencionó lo del mantenimiento del submarino y cinco años. Vale —dijo—. ¿Por dónde empezamos?

—¿Listas del personal de la Marina? —preguntó Nate.

—*Nop* —contestó Alice girando la silla—. Vamos a empezar por la comida.

Se sentaron en el piso superior de la cafetería y Nate se puso a jugar con su ensalada. Alice comió sopa. Una amiga de ella, Sophie, llegó resoplando después de subir con sus enormes piernas las escaleras de la entreplanta. Trabajaba en OSR, donde aún contaban los oxidados submarinos nucleares, los Oscars y Typhoons y Akulas en la bahía de Olaya y Polyarny. Aún eran importantes, afirmaba con sus labios finos, dijera lo que dijese la séptima planta. Tenía cincuenta años y una espesa mata de cabello negro azabache, cejas negras y un perfil digno de un friso de Cnosos. Llevaba medias negras, un vestido suelto y negro, y zapatos ortopédicos para dedos montados. Llevaba una goma en la muñeca para emergencias.

Puso una fiambrera de Sailor Moon sobre la mesa y sacó de ella cajitas de plástico, otros recipientes, palillos chinos, cucharas que se sostenían verticalmente sin apoyo y una vinagrera con un aliño para

la ensalada. Sophie miró la ensalada de Nate y le puso un poco de aliño.

—Prueba esto. Es casero.

La salsa tenía la dulzura del balsámico cortado con Dijon y una pizca de picante, a diferencia de otras vinagretas que él había probado. Se lo dijo y Sophie sonrió.

Alice les ordenó que dejaran de hacer el tonto y le contó a Sophie lo que necesitaban saber. Se comió su curri y lo masticó con los ojos cerrados, quizá para recordar algo, quizá por el simple placer de comer, quizá por ambos.

—New London, en Connecticut; Portsmouth, en New Hampshire; Brunswick, en Maine. Solo tres bases. Los submarinos son grandes y solo hay un sitio donde pueden repararse. Se están haciendo viejos y hay que readaptarlos todo el tiempo, como los Akulas de finales de los ochenta. Los llamaban Schukas, pero hacían mucho menos ruido.

Alice hizo que retomara el hilo.

—Electric Boat Works es un gran astillero en Groton, Connecticut, al otro lado del río Támesis de New London. Empezad por ahí —les aconsejó Sophie.

De regreso en la oficina de Alice, el enlace de la Dirección General de Contraespionaje era antiguo como de los tiempos del tubo catódico y los nombres aparecían diminutos. Miraron las bases de datos con las funciones de los empleados, el servicio activo de la Marina de Estados Unidos y el listado de personal de los contratistas. Alice, con su dedo masculino, hacía que la pantalla se desplazara hacia abajo y mascullaba: «No, no más de siete años; menos de tres, no. ¿Un directivo de la Electric Boat y General Dynamics?, ¡ni de coña!».

Alice era muy rápida, miraba un nombre, escaneaba la información e iba al siguiente. Se había pasado tres décadas sacando nombres de listas. Tenían dos pilas de papeles y Nate dejó de discutir sobre «posibles candidatos» por lo rápido que iba Alice. Ella ya había elegido su equipo ganador, los llamaba sus «adorables», y comenzó a cruzar sus datos: empleo, sueldo, impuestos, residencia, teléfono, Internet, vehículo, cuentas, correos, matrimonio, educación, hijos, arrestos, divorcios, viajes, padres, Ethernet o cable, hetero o gay.

—¿Con qué nivel de perfección han preparado al ilegal? ¿Hasta dónde han llegado, para que gente como yo no logre detectarlos? —susurraba Alice a la pantalla.

Tres días después, Nate y Alice le llevaron la lista a Benford, quien golpeó cada nombre con el lápiz mientras miraba sus perfiles, tap, tap, tap; dejó el lápiz a un lado y entregó el papel a Nate.

—Es Jennifer Santini —dijo bostezando.

El erudito relajado de indomables cabellos. Alice dio un codazo a Nate («¿ves? Te lo había dicho») y se rio a carcajadas.

—Vamos a investigarla a fondo, pero ella es nuestro hombre —dijo Benford. Miró a Nate—. Ahora nos vamos a New London a echar un vistazo.

VINAGRETA DE SOPHIE

Mezcle ajo triturado, eneldo, orégano seco, granos de pimienta, mostaza de Dijon, azúcar, sal, pimienta y parmesano rallado con una parte de vinagre balsámico y tres de aceite de oliva extra virgen.

25

A pesar del espléndido tiempo veraniego, New London era gris y deprimente. Su edad de oro comercial y cultural era ya cosa del pasado (había finalizado en la década de 1860, cuando la flota ballenera desapareció definitivamente). Tiempo atrás, durante la Segunda Guerra Mundial, su ajetreado puerto había tenido atracadas hasta tres filas de cascos grises, un bosque de mástiles, antenas y chimeneas que se mecían suavemente con la marea. Ahora no era más que un desierto lunar de muelles torcidos y empapados en aceite, y almacenes oxidados sin techo. Las colinas residenciales sobre el río se hallaban cubiertas de casas de dos o tres alturas revestidas de tablillas, normalmente adosados para dos familias. Los tejados de tela asfáltica se separaban entre sí por una longitud no mayor a dos brazos estirados. Las cuerdas de la ropa se tendían entre los balcones del segundo piso. Vallas metálicas de media altura y cancelas picadas por el aire marino demarcaban los jardines al frente de las casas y los descuidados solares traseros.

Al otro lado del río, en Groton, el astillero de Electric Boat se extendía millas por la ribera, una ciudad de grúas, penachos de vapor y bóvedas fabriles. En ocasiones se avistaba la forma de puro de un submarino nuclear desde el extremo que se adentraba en el mar, un inmenso muelle flotante del tamaño de un crucero. El submarino estaba varado sobre unos bloques, con sus hélices de siete aspas cubiertas de grueso plástico, ocultas a los satélites espías rusos.

Nate no sabía qué esperar. Tomaron el tren hasta allí (Benford no conducía) y se quedaron en el andén de la estación como dos porqueros búlgaros en Sofía para pasar el fin de semana, no como cazadores de topos en busca de un ilegal entrenado por la Central. No estaba claro si Benford era frugal, estaba loco o simplemente se engañaba tanto en términos operativos como para insistir, desconcertantemente, en que compartieran una habitación en la torreta del Queen Elizabeth Inn, un *bed and breakfast* emplazado en una casa victoriana en medio de una colina arbolada. También quería que se pasaran el día andando (él lo llamaba «inspeccionar»): cinco, seis, doce horas al día, durante las cuales la brillante y estrafalaria cacatúa le contaba cosas sobre la OGPU, la policía secreta soviética entre 1923 y 1934, el NKVD, el Comisariado del Pueblo para Asuntos Internos, y los Cinco de Cambridge, el manual básico de la historia de la Guerra Fría.

Día uno: caminaron arriba y abajo de la colina. Por la mañana subieron y por la tarde-noche bajaron. Observaron las casas, los coches aparcados en el bordillo, uno detrás de otro, las malas hierbas de las aceras, las cortinas de encaje de las ventanas. Buscaron posibles lugares para intercambiar señales y sitios apartados, la geografía que podía servir de apoyo a un ilegal. No tenían nada.

Día dos: pasaron delante de la casa de Santini a diferentes horas del día para marcar la posición de sus estores o comprobar si se había movido la maceta vacía sobre las escaleras de la entrada, pues podrían ser señales en caso de peligro. Por la noche fueron cuidadosos, pasaron solo una vez por la casa, ya en penumbra. Solo había encendida una lámpara tras un estor del piso de arriba.

¿Estaba sentada en la oscuridad mirando a oscuras por la ventana? ¿Tenía otro apartamento, alquilado con un nombre falso, donde se reunía con su controlador? No tenían nada.

Día tres: preguntaron por ella de forma casual en la tiendecita de la esquina. No la conocía nadie. A nadie le importaba un comino. «¡Debemos de tener una pinta de cojones! —pensó Nate—. El místico de contraespionaje y su joven secuaz». Intentó hacer una broma, pero Benford le dijo que si no prestaba atención lo enviaría a casa. Nate dijo:

—¿Prestar atención a qué?

Se estaban haciendo pajas en el puto New London, Connecticut. Y no tenían nada.

Trabajaban en los márgenes. Benford estaba decidido a mantenerse alejado de las garras, las pistolas y las insignias del FBI.

—Si ha sido entrenada por la Central, olerá el peligro mucho antes de que vaya nadie a su casa. Se irá corriendo en un minuto si ve y oye algo que no le gusta. Es como la han entrenado.

Tenían que hacer esto solos.

Día cuatro: otra vez lo mismo. Esa noche, una tormenta de verano sacudió los árboles y agitó las contraventanas de la torreta. Se cortó la electricidad. Una radio con pilas sonaba en el piso de abajo. Nate se despertó con un relámpago y vio a Benford sentado en la ventana mirando la tormenta con una pinta realmente siniestra. Observaba las caras de los doce agentes rusos que la CIA perdió en un solo año, 1985, el Año del Espía, todos víctimas de Ames y Hanssen, de una inexplicable traición que sirvió para alimentar las incandescentes calderas de la Unión Soviética.

Las comidas con Benford eran la prueba de fuego, todo un

desafío. No solo por lo anodino de la conversación, sino por el babero que se ponía para comer langostas en salsa picante y galletas de ostra; las notas que le ponía a la crema de marisco (demasiada crema, demasiadas patatas, acuosa, no lo bastante espesa, habría que echarle una pizca más de sémola), lo que le gustaba hablar sobre la diferencia entre el bacalao y otros pescados, y lo que se podía o no servir en una cena de Nueva Inglaterra. «Nada de ajo. Eso jamás. Hay reglas que no se pueden violar», decía Benford, el cazador de topos.

Sin tener nada sustancioso para continuar, el jueves por la noche, durante la cena, Benford anunció que ya era hora de hacer una entrada en la casa de Jennifer Santini. Lo harían a la mañana siguiente.

—¿Entrada? —preguntó Nate al otro lado de la mesa. Estaban cenando en la Bulkeley House de la calle Bank, cerca del puerto—. Benford, ¿qué quieres decir con eso?

Benford estaba cortando una pieza de un inmenso entrecot, con la cara vuelta a un lado para trocear mejor la carne. Nate dejó el cuchillo y el tenedor sobre la mesa.

—Tranquilízate —dijo Benford masticando—. Por *entrada* me refiero a la acción extralegal de allanar la residencia privada de una ciudadana americana presuntamente inocente, contra la cual no existe prueba de falta alguna, ejecutada por dos agentes no autorizados de la CIA casualmente involucrados en una investigación, no coordinada y por tanto ilegal, de contraespionaje, que dentro del terreno nacional es competencia del Federal Bureau of Investigation, como estipula la Orden Ejecutiva 12333. —Volvió a mirar su plato y regó la carne con más salsa de rábano picante—. A

eso me refiero —dijo, y añadió—: Esta salsa de rábano es fantástica.

Día cinco: un tranquilo viernes por la mañana. Esperaron hasta las diez y, a pelo y con las manos vacías, cruzaron la pequeña cancela que conducía a la parte trasera de la casa de dos pisos de Santini. Las ventanas de las casas de enfrente estaban vacías. El jardín trasero estaba descuidado. Una palangana descansaba boca abajo sobre la tierra, al lado de un cobertizo que se caía a un lado. Benford subió las escaleras de madera e intentó abrir la puerta de atrás. Estaba cerrada con llave y echó un vistazo a través de las cortinas de chintz. No había nadie en la casa.

—¿Puedes forzar la cerradura? —preguntó Nate, detrás de Benford, mirando a través de la cortina.

—Seamos serios —ordenó Benford.

Todavía tenía una pletina con cartucho de ocho pistas en casa.

—¿Nos cargamos la ventana?

—No. Vamos al segundo piso —dijo Benford, que se desabrochó el zapato, se acercó a un cable de caucho grapado a un lado de la casa y enrolló el cordón del zapato a su alrededor, dejando un anillo colgando.

—El nudo Prusik —señaló Benford, y le enseñó a Nate cómo subir un pie al anillo mientras deslizaba el nudo de fricción hacia arriba, un pie cada vez, hasta que pudo alcanzar la ventana del segundo piso, que estaba abierta. «¿Dónde coño habrá aprendido eso?», pensó Nate, mientras hacía una señal para indicar que ya estaba dentro.

La habitación de arriba estaba vacía. Era un dormitorio en desuso.

Nate se dirigió a la puerta y miró dentro de la casa. Silbó por si había un perro, pero no se oyó ningún ruido. Se imaginaba que una ilegal rusa tendría un dóberman o un rottweiler cuidándole la casa en silencio.

Nate bajó las escaleras sigilosamente. El pasamanos de caoba crujía mientras descendía. Caminó de puntillas por una cocina estilo años cincuenta que olía a trigo, semillas y aceite. Abrió la puerta trasera para que Benford entrara.

—La casa está vacía —apuntó Nate.

Benford y él caminaron por las habitaciones del piso inferior en silencio. La sensación de estar realizando un arriesgado allanamiento los envolvía. La casa olía a gimnasio: linimento y radiadores llenos de polvo. No se movía el aire, algo incongruente para un día de verano.

La casa tenía dos habitaciones en la fachada, el salón y el comedor, con ventanas que daban a la calle. Brillantes cortinas de encaje las tapaban. Retazos de sol moteaban las mugrientas alfombras que cubrían el suelo de madera. Los muebles eran pesados, oscuros. Los sillones y el sofá eran enormes piezas de piel cubiertas con tapetes (sí, tapetes) en los brazos y el respaldo. La repisa de la ennegrecida chimenea se adornaba con tazas de baquelita y figuritas (un tazón de capitán de barco, una española con mantilla). La pantalla de una de las lámparas estaba rematada con madroños. Un set de utensilios de hierro forjado se hallaba al lado de la chimenea. La boca de Benford se movía incansable mientras analizaba la decoración.

—Para decorarla debe de haber arrasado con las tiendas de antigüedades portuguesas de Fall River.

Al lado del salón había un pequeño despacho con un escritorio y una estantería baja a reventar de revistas y periódicos. Sobre el escritorio se amontonaban facturas de la casa y una goleta blanca y azul con la palabra *ahoy* pintada en la proa.

—Registra el escritorio —dijo Benford—. Voy a echar un vistazo arriba.

Nate experimentó la ridícula sensación de no quererse separar de Benford, pero asintió y abrió los cajones uno por uno. Vacíos. Mientras intentaba cerrar el cajón inferior notó una resistencia y oyó el crujido de papel. Tiró del cajón hasta el final y vio una pieza de papel enrollado en el fondo de un hueco. Estiró la mano, lo sacó y lo desenrolló sobre el escritorio. Era un cianotipo, una sola hoja, con planos de sección de piezas y conexiones eléctricas. La página llevaba el título de «Sección 37. Tirantes y grapas». ¿Eran componentes de un submarino? Santini trabajaba en suministros y adquisiciones en Electric Boat. ¿Era un documento clasificado? ¿Por qué lo tenía en casa, escondido en el fondo de un cajón?

En el entretanto, Benford se había metido en el dormitorio de la planta superior. Había una cama con cuatro postes, un edredón con motivos florales y tres grandes almohadas y cuadrantes de seda. El único armario contenía blusas y pantalones colgados en perchas ordenadas. Había varios pares de zapatos en el suelo, todos ellos cómodos y pensados para caminar, primorosamente alineados. Ninguna foto, ningún recuerdo, ningún objeto personal. Una casa que podía abandonarse en noventa segundos. El cuarto de baño era neutral, el armarito estaba casi vacío. Un cepillo de dientes, un frasco de aspirinas, dos cajas de enemas salinos para el estreñimiento. Y el permanente olor a linimento.

De vuelta en el dormitorio, Benford abrió el único cajón de la mesilla de noche. Ni libros ni porno ni vibrador ni lubricante. Bajo un fieltro encontró un trozo de papel con una larga lista de fechas y horas escritas a mano: 5 de junio, 21.00; 10 de junio, 22.00; 30 de junio, 21.30. Un calendario de transmisiones. Probablemente se había llevado consigo el ordenador portátil y la tarjeta de encriptación. El calendario de reuniones estándar con su controlador en el consulado ruso en Nueva York. Una penetración en el programa del submarino. Benford cerró el cajón y empezó a bajar para contárselo a Nate.

Nate acababa de volver a registrar el fondo del resto de los cajones, pero no encontró nada. Enrolló el plano para ir arriba y mostrárselo a Benford. Cuando atravesaba la puerta se detuvo. Jennifer Santini estaba de pie en el salón mirándolo. Tenía una bolsa de lona en el suelo, a sus pies. Nate se dio cuenta de que no la había visto nunca. «Uf, sí que hace ejercicio. Con pesas. Y seguro que toma esteroides.» Aparentemente acababa de volver del gimnasio. ¿Por qué no estaba trabajando?

Jennifer tenía treinta y muchos, y era de estatura mediana. Llevaba unos ajustados pantalones cortos de licra que le marcaban las robustas piernas, las prominentes pantorrillas y los cuádriceps. Tenía los brazos, hombros y cuello recorridos por músculos, le sobresalía la mandíbula. Llevaba una camiseta sin mangas ajustada que cubría unos pechos que no parecían femeninos, sino más bien pectorales del tamaño de una bandeja con pezones. Sus ojos eran brillantes y verdes, con la córnea de un blanco azulado como señal de salud y vitalidad. Su cara estaba esculpida alrededor de la boca y de una nariz recta y aguda. Tenía la frente cruzada por las arrugas

que le generaba el ceño fruncido. Llevaba la melena rojiza en una tensa y apretada coleta: una bala, un torpedo, un personaje de acción ensamblado, un todoterreno hecho de piedra.

En su evaluación final, Nate se dio cuenta de que tenía unas manos femeninas muy hermosas, con cuidadas uñas pintadas de rosa pálido. Estaba descalza y sus pies también eran bonitos y delicados, con las uñas pintadas del mismo color. El sonido de las fuertes pisadas de Benford en las escaleras le impulsó a moverse, ciegamente veloz, hacia Nate. Con una potencia terrible le arrojó la lámpara que había sobre una mesita mientras se le acercaba con dos grandes zancadas. Nate esquivó la lámpara, que se estrelló contra la pared a su espalda, y al enderezarse se encontró cara a cara con ella, un antebrazo duro como el pedernal que le apretaba la garganta, mientras le cruzaba la cara con la mano que tenía libre. Nate le agarró el antebrazo con ambas manos y tiró. Nada.

Le martilleó a golpes el brazo, pero ella se mantuvo firme, aplastándole la garganta con brazos de Schwarzenegger y manos de Grace Kelly. Nate le dio un puñetazo en la cara y su puño rebotó en ella como si nada. El rostro de Jennifer estaba muy cerca del suyo, con los dientes apretados del esfuerzo. Nate esperaba que le arrancase los labios. Mientras continuaba pegándole puñetazos, a Nate se le cruzaron pensamientos inconexos y demenciales, a saber: (1) la mala suerte de tenerse que cruzar con el único ilegal ruso que no era el típico contable aficionado a los pájaros; (2) ¿qué coño pensarían de ella los hombres de su oficina cuando se sentara a su escritorio por la mañana?; (3) ¿qué haría esta androide en lo que a sexo se refiere? Entonces, absurdamente, a Nate se le pasó por la cabeza qué estaría haciendo Dominika en ese momento. ¿Dónde

estaba? Una inexpresable tristeza lo invadió cuando pensó que Dominika podía estar muerta. Su cabeza chocó contra la pared y sintió que Santini le apretaba aún más la garganta, y cayó en la cuenta de que ese engendro era parte de la maquinaria que la había matado.

Benford apareció al pie de las escaleras y se quedó paralizado por el shock. Jennifer echó una mirada fugaz a su figura rechoncha y arrugada: después del plato principal, se lo zamparía de postre. Nate le dio una patada en la espinilla con el zapato y luego un pisotón en su pie rosa de Lolita, lo cual provocó que ella aflojara un poco. Nate pudo deslizarse a un lado, zafándose de su brazo inmovilizador, y aprovechó para pegarle con el empeine en el bulto de licra entre las piernas, utilizando toda la fuerza de que era capaz. Jennifer rugió como un hombre, se agarró el pubis con las dos manos y golpeó el suelo con el pie, para luego caer sobre un lado y yacer encogida.

Benford miró a Nate y luego a la bestia sobre el suelo. En sus treinta años cazando topos, atrapando espías y pescando ilegales no había visto nada igual. Sobre todo cuando Jennifer se volvió a sentar como el imparable asesino en serie de un campamento de verano juvenil. Cogió la mesita de cristal y madera que estaba frente al sofá y la arrojó al otro extremo de la habitación, dando en el peldaño de la escalera donde se encontraba Benford. Este fue capaz de reaccionar con la suficiente velocidad (que quizá le quedaba de sus dos años de capitán del equipo de los Ocho Pesados del Princeton Varsity, allá por los años sesenta) y saltó dos peldaños arriba justo cuando la mesita se estrellaba contra la escalera, estallando en mil pedazos y rompiendo dos gruesos balaustres. Benford continuó subiendo las escaleras y desapareció en el descansillo del segundo

piso.

Jennifer se volvió hacia Nate, de pie en medio del salón. Durante los últimos segundos este se había movido unos pasos y había cogido el atizador de hierro de la chimenea, que sujetaba junto a su cuerpo. La coleta de Jennifer volvió a balancearse mientras corría hacia Nate, con los pies tocando ligeramente el suelo. Sin motivo aparente le vino a la mente el nombre de su instructor de lucha libre, Carl, y dio un paso adelante, dobló la muñeca y la golpeó con el atizador en el lateral del cuello, en el plexo braquial, como se hacía en los entrenamientos cuerpo a cuerpo. La conmoción del impacto recorrió el brazo de Nate. Era como si golpeara el tronco de una encina.

Jennifer lanzó un aullido sorprendentemente femenino mientras salía catapultada al sofá, que se volcó hacia atrás haciendo volar los tapetes. Rodó por el suelo hasta quedarse quieta contra la pared, con la cara pegada al rodapié. Nate respiraba con dificultad; le temblaba el brazo y lo sentía entumecido. Seguía agarrando el atizador, rodeó la esquina del sofá volcado y se arrodilló junto a ella. Una de las piernas le temblaba ligeramente y los glúteos simiescos se contraían. Nate tiró de ella para darle la vuelta. Miraba sin ver con uno de los ojos; el otro, desparejado, estaba en blanco. Tenía la boca abierta, pero Nate no detectó respiración alguna. Esas putas uñas rosas contra el oscuro suelo de madera... El cuidado pie de Jennifer descansaba sobre uno de los tapetes, como si fuera el pastel de un escaparate.

Las escaleras crujieron y Benford bajó para ponerse al lado de Nate. El salón estaba destrozado; trozos de muebles y porcelana rotos cubrían el suelo. Benford miró el retorcido rostro de la mujer.

—Jesús —exclamó.

—Era como el malo de James Bond —dijo Nate—. ¿De dónde sacan a esta gente? Creo que se me ha doblado el atizador.

Se inclinó para tomarle el pulso del cuello, pero la cabeza se desplomó hacia el otro lado, demasiado floja, demasiado flácida.

—No te molestes —dijo Benford—. Se ha partido el flexor cervical. El golpe ha dejado suelta la médula espinal. Avulsión.

—¿De qué coño estás hablando? —preguntó Nate, cuyas manos comenzaban a temblar.

—Avulsión. Le has separado el cuello.

Nate se pasó la mano por la cara.

—Genial. Detenme antes de que mate otra vez.

—¿Estás bien? —preguntó Benford.

—Sí, gracias por el refuerzo. El divertimento de verte subir las escaleras a toda prisa me dio la oportunidad que necesitaba. —Nate se levantó y soltó el atizador en el suelo—. ¿Y ahora qué hacemos?

—He encontrado un calendario de transmisiones —dijo Benford—. Tenemos que localizar su portátil y la tarjeta de encriptación. Mira en su bolsa. Probablemente se comunicaba a través de un enlace de Internet protegido. Eso y reuniones en persona. ¿Y tú?

—Algo que parece un plano en un cajón del escritorio. Deberíamos poner este sitio patas arriba.

—Una mierda —dijo Benford—. Vamos a recoger lo que tenemos, ahora ya podemos llamar al FBI. Dejemos que registren este sitio con bolsitas y pinzas. ¿Cómo es posible que no cazaran a una ilegal que estaba operando en sus narices? Se pueden meter sus prioridades y competencias por el culo.

SALSA DE RÁBANO DE BENFORD

Haga una bechamel y añádale mantequilla, mostaza de Dijon y rábano picante rallado al gusto. Sazone con pimienta negra molida y vinagre de vino tinto. Enfríe y sirva.

26

El verano llegaba a Moscú: se podía sentir el calor del sol en el rostro. Dominika había empezado a trabajar en un «proyecto especial» del Departamento de las Américas, bajo el mando del general Korchnói. Poco después de su traslado, el general la llevó aparte y le dijo que ambos iban a hacer un viaje operativo. El general dijo que en una hora los llamarían al despacho del primer subdirector para discutir los detalles.

Dominika sabía que estaba engañando al general Korchnói, utilizando la operación como tapadera para viajar al extranjero y así contactar con los americanos. El general le caía bien y sentía respeto por él (la ayudaba y era profesional), y pensaba que ahora se estaba aprovechando de una persona decente, igual que otros anteriormente se habían aprovechado de ella. El fango de la cloaca también comenzaba a manchar sus pezuñas. No había nada que hacer, se decía. Tendría que traicionar su confianza.

¿Y en el despacho de tío Vania? Le miraría a la cara y lo disfrutaría. Los interrogadores de Lefortovo no habían podido descubrir su secreto. Dominika Egorova era una infiltrada de la CIA en el SVR, y ninguno de ellos lo sabía. Había manipulado al tío Vania para que la volviera a asignar al caso de Nate. Ahora reportaría un éxito temprano, organizaría más contactos, más viajes al extranjero. La agente clandestina, reactivada.

¿Por qué esta fiebre? Los americanos la entendían. Habían reconocido enseguida el *zhazhdat*, su sed por guardar este secreto,

por el poder que le daba. La nube morada de Nate, la nube morada de Bratok y el halo azul de Forsyth, todos intensos y preciosos: la conocían mejor que sus compatriotas.

No sabía exactamente cuáles eran sus sentimientos por Nate. Pensar en él en la cárcel la había ayudado a sobrevivir a los armarios del final del pasillo. Intentaba no pensar en su única noche juntos y se preguntaba si él pensaría en ella. La había tratado casi solo como un activo, una mercancía. ¿La vio alguna vez como una mujer? ¿Le importaba algo como persona, como lo que era ella, Dominika?

Tenía que verlos, a todos ellos, a los americanos, pero sobre todo a Nate. Enviarles un mensaje desde Moscú habría sido terriblemente arriesgado. Seguro que la Dirección General K la vigilaba periódicamente por si acaso. Siempre lo hacían con los rehabilitados. Con un viaje al extranjero inminente, podía esperar.

Ya era la hora de subir. Se mantuvieron silenciosos en el ascensor. Le gustaba tener a ese espía de pelo blanco junto a ella, el minúsculo espacio se llenaba de su espíritu morado y profundo, sereno y tranquilizador. Sabía que debajo de esa sonrisa paternal estaba su excepcionalidad operativa, su agudo intelecto y su insobornable patriotismo. ¿Cómo un hombre tan decente e inteligente podía haber durado tanto en el Servicio? ¿De dónde sacaba la fuerza? Dominika no se hacía ilusiones de que ese viejo profesional no fuera capaz de detectar un desliz. Tendría que tener cuidado con él.

Caminaron juntos por el corredor enmoquetado que ella tan bien conocía, dejando atrás la sala de los retratos de los directores. Los cardenales grises la miraron a su paso. «Te has librado esta vez», parecían decirle. «Te estamos vigilando», advertían mientras pasaba

por delante; sus ojos la seguían.

Cuando llegaron a la suite ejecutiva y abrieron la puerta, Korchnói se fijó en la cara de ella. Había percibido emoción, estaba nerviosa, agitada. «¿Cómo redirigir toda esta turbación?», pensó. Entraron en la oficina. Vania estaba esperándolos: falso, calvo, iluminado por una luz amarillo canario, el feo color de su ambición, contra las ventanas. Como saludo, una calurosa palmadita en el hombro de Korchnói y una edulcorada bienvenida a su sobrina. Dominika sabía que cuanto más azúcar ponía él, más amargo se le hacía a ella.

Ahora, a los negocios. El objetivo seguía siendo el agente de la CIA Nathaniel Nash, que conocía la identidad del traidor. Dominika debía tener éxito, no había ni un minuto que perder. El general y Dominika se habrían sorprendido al saber que sus pensamientos frente a tan exagerada actuación eran casi idénticos: *hvastun*. Mamarracho, bravucón, fantasma.

El general Korchnói habló tranquila y reflexivamente. «Este proyecto va a exigir que la cabo Egorova haga viajes periódicos al extranjero. ¿Hay alguna objeción al respecto dada la reciente (y sumamente lamentable) investigación?» El tío Vania abrió sus brazos a modo de bendición. No, claro que no. Se dejaba todo a su capaz criterio. Lo importante era llegar a los americanos, restablecer contacto. Debían hacer que eso sucediera, y que se hiciera con suma excelencia. Vania guiñó un ojo a Dominika.

En su camino de vuelta, a lo largo del ancho corredor de la planta baja, Korchnói habló relajadamente, hizo una lista de las cosas que eran importantes y le aconsejó que abriera un archivo y empezara a completar detalles, horarios, estrategias. Dominika notó que estaba complacido y agradecido, y no suspicaz o preocupado. ¿Por qué

tendría que estarlo? Dominika era una pupila excelente. Traicionarlo sería difícil, pero era necesario. No había otra forma.

En dirección opuesta se aproximaba el verdugo de la Línea F, Serguéi Matorin. Pareció no reconocerla. La visión de Dominika comenzó a nublarse. Empezó a sentir miedo y luego una rabia atomizada que hizo que midiera la distancia entre sus ojos y los dedos de Matorin. ¿Podía sentir el general el peso de su odio? ¿No veía el rastro de huellas sangrientas o el negro sudario que flotaba alrededor de Matorin? ¿No oía las notas musicales que salían del filo de su guadaña? El ojo lechoso de Matorin la rozó mientras pasaba de largo por el pasillo. Mientras caminaba, se agarraba a la pared como una raya a la arena de un fondo marino, dejando un rastro de humo denso y negro, como sangre en el agua. Siguiéndolo con la mirada, Dominika se estremeció ante la visión del pelo ralo que se le pegaba a la parte posterior del cráneo, y de sus dedos, que se abrían y cerraban como esperando un cuchillo.

Ocho en punto, una noche lluviosa. Vania Egorov era conducido a través de la puerta de Borovitskaya, en la esquina occidental del Kremlin. Las ruedas del coche golpeaban los resbaladizos adoquines, pasando delante del Gran Palacio y la catedral del Arcángel, y dejando atrás al Edificio Catorce para llegar a la somnolienta y desierta plaza Ivanovskaya. Su Mercedes oficial se abrió paso a través de la estrecha puerta para acceder al patio interior del edificio mostaza del Senado, donde se detuvo bajo la puerta de una cochera tenuemente iluminada. La última vez que había estado tras esas paredes fue para recibir las dos estrellas. Ahora tenía que demostrar

que merecía conservarlas.

Un ayudante llamó una vez, abrió la puerta y se retiró a un lado. La oficina del presidente era relativamente pequeña y estaba cubierta de ricos paneles. Un juego de escritorio de mármol verde era el único objeto sobre la superficie de la mesa. Se habían bajado las luces de los candelabros de las paredes. El presidente llevaba un traje oscuro y una camisa blanca sin corbata. Egorov intentó pasar por alto que Putin iba en calcetines; sus zapatos se hallaban debajo de la silla. El presidente estaba sentado ante una mesita con incrustaciones enfrente de su escritorio, con las manos entrelazadas sobre el regazo. No había ni papeles ni medios noticiosos ni televisión. Egorov se sentó a la mesita.

—Buenas noches, señor presidente —dijo.

La cara de Putin, como siempre, era una máscara, pero esa noche parecía cansado.

—General Egorov —dijo Putin, que miró su reloj de pulsera y luego clavó sus eléctricos ojos en la cara de Vania.

«Adelante, pero no te alargues.» Vania moduló la voz.

—El manual de los americanos sigue siendo una rica fuente de datos cruciales y oportunidades cibernéticas para el futuro.

Putin asintió; sus ojos azules no pestañearon.

—Nuestro más sensible activo en Washington, Swan, nos está proporcionando información técnica detallada sobre vehículos espaciales del ejército americano. Las Kosmicheskie Voyska, las Fuerzas Espaciales, califican la información de excelente. Mi *rezident* en Washington...

—Querrás decir *mi rezident* —puntualizó Putin.

—Claro, su *rezident,* el general Golov, se está encargando de Swan

con el mayor de los cuidados —dijo Egorov, advirtiéndose de que debía poner más atención cuando estuviera de ese humor.

Un ayudante llamó a la puerta y trajo un humeante té en delicados *podstakanniky* afiligranados, con cucharillas de plata sobre el borde de los vasos y un terrón de azúcar en cada uno de ellos. Se colocó la bandeja en la cercana mesa de conferencias de la esquina de la sala, junto con una fuente de magdalenas. Ambos estaban fuera del alcance y permanecieron intactos.

—Continúa —dijo Putin después de que el ayudante se marchara.

—Seguimos la búsqueda de un topo de la CIA, probablemente en el Servicio. Lo desenmascararemos, es solo cuestión de tiempo.

—Es muy importante que lo consigas —dijo Putin—. Probaría aún más que los extranjeros, los americanos, están intentando perturbar nuestro gobierno.

—Sí, señor presidente. Es doblemente importante. El topo amenaza la seguridad de nuestros activos...

—Como Swan —señaló Putin—. Hay que mantenerla a salvo, nada de *kompрometirovat,* nada de líos internacionales, nada de errores.

Egorov notó con interés que Putin conocía el sexo de Swan. Estaba seguro de que por lo menos él no se lo había mencionado jamás.

—Hemos identificado al oficial de la CIA que se encarga del topo. Estoy iniciando una operación contra él para obtener el nombre de su agente.

—Fascinante —dijo Putin, un antiguo oficial de la KGB—, pero no necesitas mi aprobación para conducir una operación de ese tipo.

—Es una complicada *konspiratisa* —dijo Egorov dando rodeos—. Mi intención es que uno de nuestros agentes se implique con el americano y lo comprometa. Quiero el nombre de su confidente.

La máscara de Putin sufrió un leve cambio, Egorov no podía decir si era por disgusto o placer vicario.

—Quiero discreción y moderación. No apruebo el secuestro físico del agente de la CIA. Eso no se hace entre Servicios rivales. Las consecuencias podrían ser inmanejables.

La voz del presidente era sedosa, una cobra desplegando su capucha. Un reloj de porcelana Fabergé en un lado de la mesa señaló la media hora. El té al otro lado de la sala se había quedado frío.

—Por supuesto. Estoy tomando todas las precauciones, señor presidente. Aparte de mi dirección, un oficial de alto rango está supervisando la acción contra el americano sobre el terreno.

—¿Y la agente más joven? Es una mujer, ¿verdad? ¿Ha sido exonerada en una reciente investigación?

—Así es, señor —asintió Egorov siguiendo con la mirada los movimientos de los labios color hígado.

—Y si no recuerdo mal esa joven es tu sobrina. —Miró fijamente a Egorov—. La hija de tu hermano.

—La familia da más seguridad —dijo Egorov débilmente. Esto era un espectáculo de omnisciencia, de fuerza diseñada para conmocionar, para provocar la admiración de sus subordinados. Como Stalin solía hacer—. Ella seguirá mis órdenes.

—Haz que se implique con el americano, pero no apruebes medidas activas. Eso está fuera de la cuestión.

Putin, obviamente, sabía que se había discutido esa opción.

—Como usted desee, señor presidente —dijo Egorov.

Nueve minutos más tarde, las pisadas de Egorov resonaban por la gran escalinata mientras se apresuraba hacia su coche. Se dejó caer

en el asiento de atrás, contemplando los desastres que se cernían sobre su ambiciosa carrera. Mientras las luces de su Mercedes destellaban bajo el arco de la Borovistskaya, Vania no vio que otro coche oficial, menos imponente, se dirigía al edificio del Senado que él acababa de abandonar, llevando al jefe de la Línea KR de contraespionaje, el diminuto Alexéi Zyuganov.

MAGDALENAS DEL KREMLIN

Prepare una masa genovesa con huevos y sal hasta que esté espesa; añada azúcar y extracto de vainilla gradualmente. Incorpore harina y mantequilla de avellanas para formar una masa aún más espesa. Vierta la mezcla en moldes de magdalenas cubiertos de mantequilla y harina, y hornee a temperatura suave hasta que los bordes adquieran un tono dorado oscuro. Saque de los moldes y deje enfriar sobre una rejilla.

27

La senadora de Estados Unidos por California Stephanie Boucher no estaba acostumbrada a conducir o aparcar su propio coche, a andar por un pasillo sin escolta o, incluso, a abrir ella misma las puertas. Como vicepresidenta de la Comisión de Inteligencia del Senado, tenía una cohorte de becarios y empleados que la llevarían en silla de manos si ella quisiese. No le habría venido mal algo de ayuda en ese momento: el parachoques frontal de su coche había tocado el del vehículo de delante y se había oído un crujido sordo. El maldito aparcamiento en paralelo. La senadora Boucher giró el volante y apretó el acelerador. Las ruedas traseras dieron contra el bordillo, el morro del coche quedó sobresaliendo en la calle. Boucher golpeó el volante con la palma de la mano. Avanzó para entrar desde otro ángulo. El coche de detrás pitó: «¡O aparcas o te vas!».

La senadora Boucher bajó la ventana del copiloto y gritó: «¡Que te jodan!», mientras el otro coche le pasaba rozando. Boucher sabía que debía ser más discreta. Era una cara conocida (incluso una celebridad) en el Capitolio, pero ese hijo de puta no le iba a pitar y quedarse tan fresco. A la cuarta, Boucher consiguió aparcar. Atardecía en una oscura y frondosa calle del norte de Washington, D. C. Mientras cerraba el coche, vio que la rueda trasera izquierda estaba subida en el bordillo, pero ¡a tomar por saco! Se dio la vuelta y comenzó andar por la acera delante de las elegantes casas de ladrillo, con sus puertas georgianas iluminadas por lámparas de cristal biselado.

Boucher tenía cuarenta años. Era baja, delgada y de constitución más bien masculina, con unas piernas fibrosas y delgadas. Su corta melena rubia hacía resaltar su nariz chata y sus penetrantes ojos verdes. La boca era el único rasgo que no casaba con su imagen de vibrante energía y poder corporativo. Su boca pequeña y de labios finos tendía a fruncirse, a contraerse; estaba dispuesta a morderte o simplemente a hacer un mohín.

Boucher había ascendido rápido en la cadena de poder del Capitolio. Era joven para ser senadora, pero ella sabía que se había ganado el puesto en la Comisión de Inteligencia gracias a una preparación brutal y un trabajo constante. También pertenecía a otras comisiones, pero ninguna de tanto prestigio. Doce años antes había sido elegida al Congreso después de una penosa campaña en un distrito del sur de California repleto de contratistas aeroespaciales y de defensa. Se convirtió en adepta a las apropiaciones y a sostener la bolsa de dinero sobre la cabeza de la gente cada vez que quería conseguir algo. Ascender a senadora había sido el siguiente paso lógico y, ahora, en su segundo mandato y nuevamente nombrada presidenta, podía intervenir en cuestiones de legislación, apropiaciones y supervisión dentro del Departamento de Estado, el de Seguridad Nacional y toda la estructura de de inteligencia.

Áspera, impaciente y abusiva durante las sesiones de la Comisión, toleraba a los funcionarios de Defensa por los beneficios que aportaban a su estado de origen. Reconocía lo políticamente inexpugnable que era el Departamento de Seguridad Nacional, pero en privado lo calificaba de pandilla de inútiles que operaba en el mundo sin entenderlo en absoluto: intentaban hacer neurocirugía con guantes de béisbol.

Pero Boucher reservaba sus más amargos vituperios para la estructura de inteligencia (un conglomerado de dieciséis organizaciones). Los servicios de inteligencia militar no le preocupaban; eran soldados de carrera peleándose en el ámbito del espionaje exterior, cuando lo único que querían realmente era una foto donde se les viera conquistando un puente sobre una colina. La Sección de Investigación e Inteligencia del Departamento de Estado tenía analistas brillantes, pero ya no reunía secretos. Sus analistas necesitaban que les diera más el aire, tomar vitamina D. Por su parte, el FBI era como un grupo de novias reticentes obligadas a ceñirse a su papel dentro de la seguridad nacional, papel que ni entendían ni aceptaban, lo cual estaba inevitablemente relacionado con su origen estrictamente policial. Por eso preferían organizar operaciones encubiertas en torno a adolescentes árabes en Detroit que construir verdaderas redes de confidentes a largo plazo.

Para ella eso era chusma. A la senadora Boucher solo le importaba una agencia: la CIA. Destestaba a los espías que se sentaban frente a ella en la sala de la Comisión, encogidos en la silla, a veces sinceros y otras evasivos. Boucher sabía que le mentían cada vez que abrían la boca, tan seguros de sí mismos, hábiles, sonrientes y astutos. Sabía que los informes que llevaban en sus bolsas de seguridad no eran más que papel de embalar que servía para ocultar la verdadera historia. «Los diligentes hombres y mujeres de la inteligencia», decían; «el Servicio Clandestino de Inteligencia», resoplaban; «el patrón oro de la inteligencia», anunciaban. Esas eran las frases más comunes que sacaban de quicio a Boucher.

Durante su primer mandato como joven congresista, Boucher conoció a Malcolm Algernon Philips, de setenta y cinco años, un intermitente activista de un grupo de presión que daba lujosas fiestas y actuaba de bróker del poder entre bambalinas en Washington. Philips conocía a todo el mundo y, lo que era más importante, sabía (en la jerga de Washington) quién daba azotes en el culo a quién, con qué y por qué. Sus muchos admiradores se habrían escandalizado al saber que ese impecablemente vestido caballero de cabellos plateados trabajaba desde la década de los sesenta como cazatalentos de la KGB y que había sido reclutado como joven *socialite* cuando Jrushchov era aún presidente.

Aunque los rusos le pagaban bien, Philips estaba en el ajo solo por el placer del cotilleo, para repetir secretos, traicionar confidencias y ejercer el poder que todo eso implicaba. No le importaba un rábano lo que hacían los rusos con su información. Estos, a su vez, demostraban una paciencia inusual con Philips. Estaban satisfechos con que les indicara candidatos para el reclutamiento desde dentro de la vorágine de Washington. Lo había estado haciendo durante casi cuarenta años y se le daba bien.

Durante una cena invernal en su casa de Georgetown, Philips puso la antena y detectó en la joven congresista de California algo más que la habitual mezcla capitolina de ambición, ego y codicia. Una comida en privado con Boucher seis semanas más tarde confirmaron sus sospechas. Philips le dijo a su contacto en la KGB que podría haber encontrado el motor que necesitaban. Stephanie Boucher era, según la opinión de Philips, una persona sin el menor ápice de conciencia. Las ideas del bien y el mal no ocupaban sus pensamientos. Tampoco el patriotismo, la lealtad a Dios, a la familia

o a su país. Solo se preocupaba por ella misma. Si le convenía, Stephanie Boucher no derrocharía ni un solo segundo cuestionándose la moralidad de espiar para Rusia.

Había crecido en South Bay, en Hermosa Beach, llevando camisetas cortadas, surfeando, fumando y esquivando a los sosos y rubios californianos. Su padre era patético por dejar que su madre se acostara con todo el mundo; ella llegó a despreciarlos a los dos. Pero entonces su padre las soprendió a ambas. Tenía dieciocho años cuando su padre mató a su madre de un tiro, en ese momento en los brazos de un mensajero de FedEx. Stephanie se derrumbó durante un tiempo, pero se recuperó y, con tristeza, consiguió acabar la carrera en la Universidad de Southern California, se graduó y se metió en la política local con la creciente convicción de que la amistad estaba sobrevalorada y de que las relaciones solo tenían valor si podían explotarse para ascender. Se le había pegado parte del ADN materno, así que poco a poco descubrió que el sexo le encantaba, sexo sin compromiso. Tuvo que controlarse a sí misma mientras florecía su carrera política, pero estaba siempre ahí, latente bajo la superficie.

La *rezidentura* de Washington condujo una cuidadosa investigación de su candidata. Se fue dibujando una imagen que coincidía en todo con lo que Malcolm Philips les había reportado. Se inició una operación de reclutamiento y una sucesión de agentes del SVR e informantes influyentes continuaron investigando a la senadora. Pero hasta que el *rezident* de Washington (urbanita, suave y encantadoramente irónico) no contactó con ella, Boucher no vislumbró lo que se escondía tras la puerta del tesoro. La batería de rollos filosóficos que se utilizaban en los reclutamientos no causaron

ninguna impresión en la joven. No le interesaba el concepto de amistad entre las naciones ni tampoco el deseable equilibrio mundial entre la Rusia moderna y Estados Unidos. Golov se dio cuenta y no perdió el tiempo. Sabía lo que quería: éxito, influencia, poder. Golov encargó una serie de meticulosos estudios al Servicio I, que luego compartió con la senadora para «discutirlos». Relaciones internacionales, política global respecto al petróleo y el gas natural, la evolución de áreas como el Sudeste Asiático, China e Irán. Estos informes preparados *ex profeso* convirtieron a la senadora en una experta dentro de su Comisión. El presidente, impresionado por su fluidez y conocimientos, le ofreció la vicepresidencia de la Comisión de Inteligencia. A la senadora no se le escapaba que era capaz de cosas mayores.

Mientras se desarrollaba la relación, Boucher no luchó mínimamente contra la idea del espionaje. Discutía las asambleas y temas de la Comisión durante sus cenas con Golov como una mera cuestión de *quid pro quo*, natural para cualquier político de Washington. Golov le sacaba información como quien pela una gamba. Los pagos cada vez más frecuentes que él le hacía «para gastos» ella los consideraba su cuota. Desde entonces, Boucher había cruzado el punto de no retorno, pero era necesario recordárselo. En su mente, lo único que ella hacía era sacar provecho, prepararse para prosperar, esforzarse por su conseguir sus objetivos profesionales. El SVR, por su parte, tenía un miembro del Congreso como confidente activo: Swan.

Anatoly Golov esperó a la senadora Boucher en el pequeño jardín

reservado de la Tabard Inn, en la calle N. Pequeñas lucecitas colgaban entre las ramas de los árboles en macetas del estrecho jardín, que se cerraba con una valla de ladrillo. El ruido del tráfico del cercano Scott Circle podría haberse confundido con el murmullo del suave oleaje nocturno. Golov había sido *rezident* de Washington durante un año y se había encargado personalmente de Swan. Tenía una vasta experiencia previa y reconocía que Swan podía ser, con toda probabilidad, la fuente de información americana más valiosa que Rusia hubiera tenido jamás.

Aun así, le disgustaba la confidente y le disgustaba el caso. En realidad, Swan lo asustaba un poco. Pensaba en los primeros años, cuando los informantes se reclutaban por razones ideológicas, por su fe en el comunismo mundial, su compromiso con el sueño de un Estado socialista. «Ahora todo es una charada», pensó Golov. Swan era una ambiciosa sociópata fuera de control.

Se ajustó los puños de la camisa. Golov era imperialmente alto y llevaba su fino cabello gris peinado hacia atrás. Tenía una larga nariz recta y su delicada mandíbula le emparentaba con los Romanov, pero eso ya no importaba, ni siquiera en el SVR. Golov lucía un sublime traje oscuro de Brioni de dos botones, con una camisa blanca muy almidonada y una corbata azul de seda de Marinella con diminutos lunares escarlata. Llevaba mocasines negros de Tod Gommino sobre calcetines de un gris carbón. Podía ser un elegante conde europeo, tal vez de vacaciones en Estados Unidos. La única nota discordante era el pequeño sello dorado en su meñique. En Golov era misterioso, parecía tener una historia oculta.

Golov estaba terminando un plato de fricasé de cordero al huevo y limón con repollo sofrito en vinagre balsámico y patatas *aligot* tan

bueno como el que recordaba haber tomado en el sur de Francia. Aunque normalmente no bebía cuando estaba en una operación, tenía que fortalecerse, es decir anestesiarse, cuando se reunía con la senadora. Terminó su segunda copa de chardonnay y pidió un *espresso* doble.

Mientras despejaban la mesa, Golov se recordó repetidamente que Swan era un activo demasiado importante para perder tiempo y técnica intentando aplacarla, disciplinarla o controlarla. Si Stephanie quería algo, el SVR se lo daba. Les había estado pasando las actas de las sesiones cerradas de la Comisión de Inteligencia, cientos de páginas digitales de testimonios de oficiales del ejército y de inteligencia sobre sistemas armamentísticos, operaciones de espionaje y política estadounidense, de una categoría que la Central no había visto jamás ni sabía siquiera que existiese. A cambio, el SVR había establecido un salario de una cantidad sin precedentes en los anales del crónicamente tacaño servicio de inteligencia ruso.

Su valor la elevaba por encima del estatus de confidente (ella era una supertopo, un potencial confidente de influencia, el espía durmiente). Golov había comenzado dirigiéndola, asistiéndola y entrenándola, preparándola para un importante ascenso profesional. No era nuevo. Durante años, los rusos lo habían hecho, indirectamente, con otros miembros del Congreso. Por desgracia, casi todos esos depravados legisladores acababan estrellándose contra una farola, o tomando aire antes de caerse en un estanque o arrastrados por la marea desde un puente sobre el estuario. Comparados con esos torpes cirróticos, Swan carecía de vulnerabilidades. Aún mejor, ninguno de ellos tenía el potencial de Swan. La Central se imaginaba a Boucher como un miembro del

gabinete presidencial, como directora de la CIA, incluso como vicepresidenta.

Su producción era alucinante, y lo mejor estaba por llegar. Swan estaba a punto de acceder al más importante Programa de Acceso Especial del Pentágono, dedicado al desarrollo de un Vehículo de Prueba Orbital (GLOV, por sus siglas en inglés).

La información inicial proporcionada por Swan asombró a los rusos. El GLOV podía ser una plataforma híbrida para captar información de señales (SIGINT) e información electrónica (ELINT), y al tiempo proveer soporte GPS. Podía protegerse en órbita de satélites asesinos. Lo más alarmante para Moscú era la anticipada habilidad de GLOV para lanzar ofensivas desde el espacio contra objetivos terrestres. Sin aviones de guerra, sin necesidad de repostar, sin tecnología de infiltración, sin misiles antiaéreos, sin pilotos muertos, sin aviso previo. Ataques localizados sobre la superficie del planeta desde quinientos kilómetros en el espacio. Los informes sobre el proyecto de la aviación americana lo habían llamado «el dedo de Dios».

El Programa de Acceso Especial, valorado en mil millones de dólares, había sido contratado exclusivamente a la Pathfinder Satellite Corporation de Los Ángeles, que también lo gestionaba con total exclusividad. La compañía estaba situada en el pasillo de alta tecnología que se extendía a lo largo de la carretera del aeropuerto y la base de la aviación americana en El Segundo. Casualmente, este había sido el primer distrito en el que Boucher había sido congresista. «Desde luego, no hay duda de que lo mejor está por llegar», pensó Golov.

La senadora Boucher entró bruscamente en el vestíbulo de la pequeña casa de campo inglesa que albergaba el hotel Tabard Inn y pasó como pudo entre la gente que se agolpaba en el pasillo decorado con pinturas entre los salones y el comedor, antes de salir al jardín. Vio a Golov en la mesa del fondo y caminó hacia él. Este se levantó, le ofreció la mano y se inclinó al modo europeo para acercar los labios a unos milímetros de su mano. Golov no llegó a tocar la mano de la senadora con sus labios. Se acordó de los informes previos sobre sus hábitos sociales y lo que le gustaba hacer con esas manos.

—Stephanie, buenas noches —dijo Golov, escogiendo sus palabras.

Utilizaba su nombre de pila para crear familiaridad y evitar utilizar su título, en un tono entre la cortesía y la intimidad. Nunca se sabía de qué humor estaría. Golov esperó su respuesta mientras ella se sentaba.

—Hola, Anatoly —saludó Boucher. Puso los codos sobre la mesa—. Siento hablar de negocios sin mayor preámbulo, ¿recibiste respuesta de tu gente?

La senadora rebuscó un cigarrillo en su bolso. Golov se inclinó hacia delante para encenderlo con un mechero de oro Bugatti, tan fino como un lápiz.

—He pasado tu petición, Stephanie —contestó Golov—. Junto con mi recomendación de que deben acceder sin dudarlo. Estoy esperando la respuesta, que llegará dentro de unos días.

Estaba sentado con las manos descansando relajadamente sobre el mantel. Le sirvieron el café y Stephanie pidió un whisky con soda.

—Me parece genial que recomendaras el pago, Anatoly —dijo Boucher con su voz de Comisión—. No sé qué haría sin tu apoyo.

«Qué mujer más insufrible», pensó Golov. Pero sabía que la Central pagaría. Le hubieran pagado cinco veces más de lo que pedía por la información. Los primeros discos que había entregado de los informes de la Comisión sobre Pathfinder Satellite habían dejado anonadados a los investigadores rusos. Los discos, manuales y software de los futuros informes de Pathfinder y del Departamento de Defensa serían de un valor incalculable.

—Stephanie, sabes que siempre tendrás mi apoyo. No te preocupes, la Central accederá con gran satisfacción.

Golov resistió el impulso de dar palmaditas en la mano de Boucher desde su extremo de la mesa.

—Eso es estupendo, Anatoly, porque hoy se nos ha informado de que Pathfinder está a punto de completar la primera fase de los ensayos en bancos de prueba de algunos de los circuitos de navegación y puntería. He insistido en recibir informes regulares sobre su progreso. Voy a visitar Pathfinder, en Los Ángeles, una vez cada cuatro meses. El proyecto va a recibir fondos durante, por lo menos, diez años más. —Boucher echó el humo hacia arriba—. Así que si tus camaradas en Moscú —esto dicho demasiado alto, como amenazando, pensó Golov— no quieren pagar, por mí bien. Hemos terminado, lo dejo y punto.

Golov notó nuevamente que decir eso indicaba la medida de la sublime arrogancia de Boucher, que vivía en un mundo carente de consecuencias y que era incapaz de comprender que la Central no le permitiría «dejarlo» jamás, de entender que ella no tenía opción. Golov intentó imaginar la reunión en la que se le dijera a Boucher que estaba obligada a espiar para Moscú o sería expuesta.

—Por supuesto, vamos a continuar nuestra colaboración —dijo

Golov con dulzura—. Ni se te ocurra sugerir tal cosa. Vamos a continuar colaborando de forma segura: tú seguirás sorprendiendo y asombrando a nuestra gente, y nosotros no dejaremos de remunerar tus esfuerzos. Tu carrera seguirá floreciendo.

Hacía tiempo que Golov había descartado la tentación de añadir argumentos ideológicos. Una simple lista de los hechos era suficiente. Nos pasas secretos y nosotros te pagamos.

—Me gustaría continuar la conversación que comenzamos la última vez sobre tu seguridad —dijo Golov—. Sé que no lo crees necesario, pero debo insistir en que me escuches. Lo hago por ti, Stephanie, por nadie más. Es muy importante.

Golov dio un sorbo a su *espresso* y miró a Boucher por encima del borde de la taza. Ella soltó el humo con un resoplido de fatiga.

—Eres un personaje bien conocido en Washington —dijo Golov amablemente—. En ciertos círculos yo también soy reconocible como diplomático ruso de alto rango. Continuar nuestros encuentros en público es altamente desaconsejable. Moscú está preocupado. Yo estoy preocupado. Tenemos que hacerlo mejor.

Golov conservó un tono tranquilo, informal. Se habían reunido demasiado frecuentemente. Estaba tentando su suerte. Boucher lanzó otra bocanada de humo.

—¿Vamos a tener la misma conversación otra vez? —preguntó Boucher, tirando la ceniza del cigarrillo en la mesa—. Lo hemos discutido antes y creí que había dejado mi postura muy clara.

—Por supuesto, Stephanie, pero insisto en que la reconsideres. Para empezar, tenemos que reunirnos en sitios más privados, alejados del ojo público. Además, la frecuencia de estos encuentros personales tiene que reducirse en favor de comunicaciones

impersonales.

Golov vio que a Boucher se le achinaban los ojos.

—Escucha, Anatoly, ya te lo he dicho. No voy a ponerme a hurgar en el tronco de un árbol del parque Great Falls en medio de la noche para encontrar un paquete tuyo. No voy a aceptar uno de tus burdos transmisores, que se pondrá a echar humo dentro del bolso y disparará las alarmas del edificio Dirksen. —Levantó una mano—. No me hables de vuestra tecnología, conozco todos vuestros recursos de espionaje. Vuestros aparatos no son ni la mitad de buenos que los nuestros. —Boucher estaba enseñando los dientes—. Y de ninguna manera voy a empezar a reunirme con un agente de tu embajada de Abjasia todavía con estiércol en los zapatos, en su primera misión. —Antes de los informes del SVR, la senadora no sabía que Abjasia existía, y mucho menos dónde estaba—. ¿Por qué volvemos a tener está discusión?

Golov sabía cómo controlar confidentes, pero este caso era diferente a todos los que había dirigido con anterioridad. Sabía que Egorov, en Moscú, estaba nervioso por su seguridad. Golov también estaba nervioso. Pero ralentizar el ritmo de la operación cuando la información que proporcionaba era así de espectacular no era posible.

—Stephanie, entiendo lo difíciles que son para ti estas precauciones. Vamos a llegar a un acuerdo: tú y yo continuaremos viéndonos. Si te parece bien, reservaré una habitación en algún hotel fuera de Washington. Como tendremos mucho tiempo, sugiero que nos veamos con menos frecuencia. Eso lo hará mucho más seguro.

—¿Fuera de Washington? ¿Hablas en serio? —preguntó Boucher—.

Si ya es difícil encontrar una noche libre para vernos en Washington, ¿esperas que me aleje de mi personal, de mi agenda, y conduzca hasta un ridículo Sheraton rural, a un lado de la autopista, para compartir contigo una bolsa de patatas fritas? Y ¿dónde? ¿Baltimore, Filadelfia, Richmond? No voy a hacer eso, Anatoly. Ni por casualidad.

Golov miró a Swan suavemente. No iba a insistir en nada. El caso era demasiado grande. Le sonrió.

—Stephanie, eres demasiado lógica. Cumplidora. Práctica. Vamos a ponernos de acuerdo solo en una cosa. Continuaremos viéndonos en Washington, pero no en público. Todos los meses nos veremos en un hotel. En una suite. La que tú consideres conveniente. Incluso este sitio tiene habitaciones, pero son pequeñas. Innovaremos, seremos acomodaticios, flexibles. Tu seguridad nos preocupa.

La senadora Boucher asintió distraída.

—De acuerdo, pero comencemos con una habitación aquí. Este sitio me gusta. No sé por qué.

Miró a Anatoly y se inclinó hacia él para que le encendiese otro cigarrillo. Golov reunió sus treinta años de disciplina para ocultar su repulsión.

—Ah, y Anatoly —dijo—, quiero el número de mi cuenta en Liechtenstein. Pídeles que te la den.

—Stephanie, ya hemos discutido este asunto varias veces. Va contra el procedimiento de la Central conceder acceso a la cuenta. Es solo por tu seguridad. Créeme, el dinero está ahí, los depósitos se han hecho. Has visto los balances.

—Anatoly, eres un hombre encantador —dijo Boucher—, pero si no te importa, voy a hacerme la *prima donna* y voy a insistir.

Boucher se levantó y apagó el cigarrillo en el whisky. Golov se

puso en pie y le deseó buenas noches. Mientras se giraba para marcharse, Boucher metió la mano en el bolso y sacó un disco de una funda negra y lo dejó en la mesa como por casualidad.

—Son las actas de la audiencia de la semana pasada de la Comisión sobre Pathfinder —dijo—. Iba a esperar hasta que tus colegas de Moscú me pagaran, pero me caes demasiado bien, Anatoly. Buenas noches.

La vio marcharse del hotel, con la melena rubia balanceándose rítmicamente. Golov se metió despreocupadamente el disco en el bolsillo de la chaqueta y se volvió a sentar. El jardín estaba vacío y en silencio. Pidió un brandi y comenzó a componer el cable para Egorov en su cabeza.

ESTOFADO DE CORDERO AL HUEVO Y LIMÓN DE GOLOV

Dore a conciencia tacos de cordero y taquitos de beicon y cebolla. Humedézcalos con vino blanco y caldo de carne. Sazónelos con sal, pimienta y nuez moscada, y póngalos al fuego durante una hora. Retire los trozos de cordero. Bata zumo de limón, yemas de huevo y ajo picado hasta que se forme una salsa. Sazone la salsa de huevo y limón con sal, pimienta y nuez moscada, y viértala sobre el cordero. Acompáñelo de ralladura de limón.

28

Vania Egorov leyó el cable desde Washington de Anatoly Golov en el que describía la constante negativa de Swan a aceptar un procedimiento más riguroso de seguridad. Murmuró y consideró ordenarle a Golov que ralentizara el caso, quizá incluso que lo congelara. Cambió de parecer cuando comenzó a leer la segunda página del cable de Golov, que resumía el contenido del disco que Swan le había pasado durante su último encuentro. Contenía una trascripción palabra por palabra de una sesión cerrada informativa sobre el vehículo orbital de la Comisión de Inteligencia por parte de la Pathfinder Satellite Corporation y las Fuerzas Aéreas americanas: calendarios, gráficos de Gantt, criterios de evaluación, parámetros de producción, requisitos de subcontratación... Estaba todo ahí. La información era espectacular. La Línea T estaba ya trabajando en un resumen ejecutivo para el Kremlin, el Comité Ejecutivo de la Duma y Defensa. Él mismo lo presentaría. Quedaría muy muy bien.

No obstante, este torrente de información estaba en grave peligro. La seguridad no era la apropiada y el caso era vulnerable. La presencia del imperturbable y experimentado Golov disminuía algo las probabilidades, y su gestión de esa bruja rubia era magistral, pero nada de lo que hicieran, fuera un régimen de procedimiento o herramientas tácticas, podría garantizar la seguridad de Swan indefinidamente. Egorov se encendió un cigarrillo y le temblaron las manos levemente.

Existían puntos vulnerables: a Golov, como *rezident,* podían

seguirlo constantemente, monitorizarlo electrónicamente, localizarlo por radar; la gente y los lugares podían llevar cámaras y escuchas ocultas. Pero era demasiado bueno, demasiado cauto para dejar que lo siguieran a uno de sus encuentros. Había destacado a un «equipo zeta» de contraespionaje que seguía a su jefe como si fuera un grupo de vigilancia enemigo, a la misma distancia y utilizando las mismas técnicas, para detectar e impedir que nadie vigilara al *rezident*. Swan misma suponía el mayor problema. Podía ir por Washington sin pensar ni un minuto en salvaguardar su anonimato y que alguien la pillara accidentalmente con Golov, o que llamara la atención sobre sí innecesariamente. Ningún procedimiento podría controlar eso.

Si alguien advertía la filtración o si recibían alguna pista, los cazatopos americanos saldrían de su madriguera y no pararían hasta encontrarla. ¿Y dónde podría originarse tal advertencia? Para empezar, en el hijo de puta traidor del SVR que controlaba Nathaniel Nate, el agente de la CIA, allí mismo. Egorov dio un puñetazo en la mesa. Alguien en ese mismo edificio. Probablemente alguien a quien él conocía.

Había media docena de oficiales de alto rango fuera de la lista restringida que conocían indirectamente la existencia de Swan y apoyaban el caso. Vania los listó mentalmente: el solemne Yuri Nasarenko, director de la Línea T (Ciencia y Tecnología), y los jefes de la Línea R (Planificación Operativa y Análisis) y OT (Apoyo Técnico) e I (Servicio Informático). Estos oficiales sabían que estaban dando apoyo a un caso excepcional y podían inferir quién lo estaba gestionando. No conocían la identidad de Swan, pero tenían acceso a los informes en bruto y, a partir de ellos, se podía deducir

mucho. A pesar de los rangos y puestos, tendrían que ser vetados por completo, y para esa desagradable tarea Vania tenía al enano de Alexéi Zyuganov, director del Servicio Especial II, contraespionaje, Línea KR.

Egorov sabía que la perspectiva de conducir una investigación interna contra sus propios colegas profesionales podría provocar en Zyuganov un estado de *upoenie,* de puro éxtasis, el máximo posible a excepción del que le proporcionaba el trabajo en los sótanos de Lubianka. Vania había concedido al enano total autoridad sobre la investigación interna y el hombrecillo de orejas de soplillo e insulsa sonrisa se había ido todo contento, con la mente a rebosar.

Egorov miró por la ventana de su despacho. ¿Quién más podría comprometer a Swan? El director, por supuesto. Probablemente media docena o más en el Secretariado Ejecutivo, la Oficina del Presidente, la Oficina del ministro de Defensa. Pero poco era lo que Egorov podía hacer con la gente fuera de su alcance. ¿Quién más? El único oficial de alto rango que valía la pena considerar era Vladimir Korchnói, director del Primer Departamento (América y Canadá), quien, aunque no tenía acceso a la información de Swan, conocía al dedillo lo que pasaba en su área en términos operativos. Eran buenos amigos, se trataban con los afectuosos diminutivos de su pueblo. Volodia Korchnói era de la vieja escuela. Contaba con la confianza y el aprecio de los agentes del Servicio. También tenía contactos en todo el Servicio, lo cual le permitía escuchar muchos cotilleos. Y ahora se encontraba dirigiendo una operación contra Nash.

Egorov pensó en lo poco que se veían últimamente. Su amigo se estaba haciendo viejo. Quizá aún le quedaban algunos años para la

jubilación. Para ese momento Egorov estaría en la cúspide de la pirámide, podría elegir a un pupilo leal para que se hiciera con el Departamento de las Américas. Aunque Vania sabía en su corazón que era improbable (imposible) que la traición se cobijara en el Primer Departamento, decidió añadir a Korchnói a la lista por si acaso. Primero atendería el Servicio, luego al americano Nash. «Za dvumya zaitsami pogonish'sya ne odnogo ne poimaesh», pensó: si intentas cazar dos conejos a la vez, no atraparás ninguno.

El jefe de la Dirección General T, Yuri Nasarenko, esperó en el umbral de la oficina de Egorov como un siervo espera que lo inviten al establo. Alto y desgarbado incluso a sus cincuenta años, Nasarenko llevaba gafas gruesas, torcidas y picadas por años de descuidado mal uso. Tenía la cabeza grande, una frente prominente, orejas de soplillo y una dentadura demasiado dejada incluso para un ruso. Era un hombre nervioso que parpadeaba, sacudía la cabeza, doblaba los pulgares y se tocaba las mangas en una especie de constante espectáculo de marionetas móviles. Tenía un gran lunar en el extremo izquierdo de la barbilla, que Egorov utilizaba como blanco cuando hablaba con él para evitar mirar la temblorosa entidad que era ese hombre. A pesar de sus hábitos externos, Nasarenko poseía una lúcida mente técnica, era alguien que entendía la ciencia de un problema y también podía aplicar la teoría a necesidades operativas o a la recogida de información.

—Yuri, pasa. Gracias por venir tan rápidamente —dijo Egorov, como si Nasarenko tuviera la oportunidad de elegir la fecha y hora de la cita—. Por favor, siéntate. ¿Un cigarrillo?

Nasarenko se sentó, se encogió de hombros, se dio una palmada en las rodillas y dobló los pulgares dos veces muy deprisa.

—No, gracias, Iván Dimitrevich —dijo Nasarenko, subiendo y bajando las cejas; Egorov clavó su mirada en la barbilla.

—Yuri, quiero decirte que estás haciendo un trabajo excepcional con la información que está llegando sobre el vehículo espacial de los americanos. El Servicio ha recibido grandes elogios de las alturas por el trabajo realizado hasta la fecha —comentó Egorov.

Para ser precisos, era él quien hasta ahora había recibido grandes elogios por el caso Swan.

—Me alegra oír eso, Iván Dimitrevich —dijo Nasarenko—. La información es excepcional. Mi analista y yo estamos muy impresionados por lo brillante del concepto. —Nasarenko miró desde el otro extremo del escritorio a la impávida cara de luchador de lucha libre de Egorov—. Por supuesto, la tecnología espacial rusa es fácilmente equiparable a este proyecto —añadió tragando saliva—, pero el trabajo de los americanos es muy notable.

—Estoy de acuerdo —convino Egorov encendiendo un cigarrillo—. Quería decirte que continuaras trabajando en tu análisis y evaluación, pero también darte la noticia de que la corriente de información va a interrumpirse temporalmente. La fuente de información, una fuente sensible que no puedo describir en más detalle por razones obvias, tiene problemas de salud y debe suspender su trabajo durante un corto período.

Egorov dejó que la frase quedara suspendida en el aire.

—¿Nada lo bastante serio como reducir la información, espero? —preguntó Nasarenko inclinándose hacia delante en su silla; le temblaba la pierna y la rodilla vibraba ligeramente.

—Sinceramente, espero que no —dijo Egorov expansivamente—. Un herpes puede ser debilitante. Espero que nuestra fuente se recupere pronto.

—Claro, por supuesto —respondió Nasarenko—. Continuaremos nuestro análisis de la información existente. Hay datos más que suficientes para mantenernos ocupados durante una buena temporada.

—Excelente —dijo Egorov—. Sé que puedo confiar en que seguiréis trabajando. —Se levantó y acompañó a Nasarenko a la puerta, con la mano en su tembloroso hombro—. Obtener esta información es importante, Yuri, pero cómo la explotamos es crítico. Y ahí es donde entras tú.

Egorov le estrechó la mano y lo miró alejarse por el pasillo hacia los ascensores. La cabeza inclinada a un lado, caminando escorado a estribor. Parecía la marioneta de Petrushka, de un espectáculo de *skomoroj,* a la que se le hubiera roto una cuerda.

—Si ese hombre es un espía —masculló—, estamos perdidos.

Y volvió a su oficina.

El jefe de la Línea R, Boris Alushevsky, no era un Yuri Nasarenko. Llamó una sola vez en el marco de la puerta de Egorov y entró calmadamente en la sala, a paso tranquilo y sin afectación. Tenía cuarenta años, aunque parecía mayor. Su aspecto era seriamente peligroso. Era delgado, de tez oscura; las mejillas hundidas y los pómulos prominentes estaban bien afeitados, pero morenos. Tenía ojos oscuros y almendrados, una fuerte mandíbula y nariz grande. La densa mata de pelo negro azabache en la cabeza era ondulada y

brillante; parecía un miembro del Comité Central nacido en Kirguistán. Pero él, de hecho, era de San Petersburgo.

El jefe de la Línea R (Planificación Operativa y Análisis) era el responsable de evaluar todas las operaciones del SVR en el extranjero. Después de años de estancia en Londres, el inglés de Alushevsky era perfecto. Tras regresar de Reino Unido, se había ido desplazando hacia planificación y análisis porque iba con su carácter. Era muy sagaz y tenía una mente inquisitiva. Era también, pensó Vania, algo ingenuo en términos políticos. Parecía muy improbable que Alushevsky pudiera ser el topo. Aun así, él era quien evaluaba los procedimientos de gestión de «la fuente sensible» de la *rezidentura* en Washington y quien había sugerido el uso del Equipo Zeta de contraespionaje para proteger al *rezident* Golov durante sus encuentros mensuales. Por eso Vania lo incluía en su prueba-trampa.

—Boris, siéntate, por favor —dijo Egorov. Le gustaba Alushevsky y lo respetaba por su ética de trabajo y su perspicacia—. He revisado tus recomendaciones sobre las mejoras de seguridad en Washington y las apruebo.

—Gracias, Iván Dimitrevich —contestó Alushevsky—. El general Golov es sumamente profesional sobre el terreno. Raramente lleva vigilancia del FBI. Su evaluación es que los americanos creen que un oficial de su rango y altura nunca se involucraría en la gestión de un confidente. Eso juega a nuestro favor. El Equipo Zeta es minucioso, discreto. Ellos le proveerán de protección adicional.

Alushevsky aceptó el cigarrillo que Egorov le ofrecía de una caja de caoba y tapa de concha de tortuga.

—Excelente —dijo Egorov.

—También los técnicos de la *rezidentura* escuchan las frecuencias

de vigilancia del FBI con especial cuidado. En concreto, están buscando anomalías en los procedimientos radiofónicos. Un cambio de táctica podría indicar la intensificación del interés por parte de la oposición.

Alushevsky se explicaba con sencillez, sin estar seguro de que Egorov entendiera los matices del juego.

—Boris, me gustaría que siguieras monitorizando la situación de la seguridad y la estrategia de contravigilancia. Tenemos un poco de tiempo extra para evaluar la situación.

—¿Cómo es eso, Iván Dimitrevich? —preguntó Alushevsky.

—No puedo discutir los detalles del caso del general Golov. Lo siento, pero seguro que lo entiendes —dijo Egorov—. No es por falta de confianza en ti, te lo aseguro.

—Por supuesto que lo entiendo. La seguridad es la seguridad —dijo, sin rastro de resentimiento en su voz.

—Sí puedo decirte que la fuente de Golov tiene que suspender su actividad durante un tiempo. Es una cuestión de salud bastante seria, la verdad.

Egorov miró levemente a Alushevsky.

—¿Cuánto tiempo durará el paréntesis? —preguntó Alushevsky—. Es importante que el general Golov no parezca inactivo de repente. Tiene que hacer como que tiene el mismo nivel de actividad. Cualquier cambio en su perfil podría alertar a la oposición, y eso sería doblemente peligroso cuando el general retome su actividad en el caso.

—No sé cuánto tiempo estará el confidente inactivo. Recuperarse de una operación de *bypass* coronario puede ser más o menos rápido. Ya veremos.

—Con tu permiso, te pasaré una serie de ideas para tu consideración y que se las mandes al general Golov.

—Por supuesto, estaré encantado de revisarlas. Por favor, entrégamelas en cuanto las tengas listas —comentó Egorov levantándose de su asiento—. Te repito que estoy sumamente complacido con tu trabajo. Tu dirección de la Línea R es muy satisfactoria.

Egorov acompañó a Alushevsky a la puerta y le estrechó la mano.

El jefe del Departamento de las Américas, el general Vladimir Andreievich Korchnói, entró en el área de recepción exterior de la oficina de Egorov con veinte minutos de retraso. El ayudante personal de Egorov salió de su cubículo y le estrechó la mano. Korchnói recibió la quisquillosa desaprobación de las dos secretarias sentadas a sus escritorios, pero las saludó por su nombre. Sus profundos ojos marrones brillaron bajo las cejas canas, mientras se sentaba a una esquina del escritorio para contarles un chiste.

—Se anuncia dónde hay más adulterio: en primer lugar, entre los actores de cine; en segundo, entre los actores de teatro; en tercero, la KGB. Alguien grita: «Yo he estado en la KGB treinta años y nunca he engañado a mi esposa». Otro responde: «Es por gente como tú por lo que ocupamos el tercer puesto».

Las secretarias y Dimitri se rieron. Dimitri sirvió un vaso de agua para Korchnói de una jarra en el aparador. Una de las secretarias estaba a punto de contar otro chiste cuando la puerta interior acolchada que daba al despacho de Egorov se abrió y apareció el subdirector. Las secretarias inclinaron rápidamente la cabeza sobre el

escritorio y retomaron el trabajo. Dimitri saludó cortésmente con la cabeza a Korchnói y luego a su jefe, y se retiró a su pequeño cubículo. Egorov echó un vistazo a la oficina exterior.

—Veo mucha alegría por aquí —dijo severamente—. No me extraña que no se termine nada.

—Director, la culpa es solo mía —dijo Korchnói con falsa humildad —. He perturbado la oficina contando un chiste tonto, una pérdida de tiempo ridícula.

—Sí, y encima llegas veinte minutos tarde —comentó Egorov—. Confío en que tendrás tiempo de hablar conmigo...

Egorov se giró sobre sus talones y entró en el despacho. Korchnói lo siguió, saludando con la cabeza a las secretarias a su paso. La puerta se cerró detrás de él y las secretarias se miraron sonriendo antes de volver al trabajo.

Egorov se dirigió al sofá de cuero beis al fondo de su suite y se sentó. Dio unas palmaditas a su lado para indicar a Korchnói que se sentara junto a él.

—Volodia, ¿estás aprovechando el tiempo con mis secretarias? Apuesto a que sé cuál de ellas te gusta, y déjame decirte que ambas son bastante buenas en la cama.

—Vania, soy demasiado viejo y estoy demasiado cansado para acostarme con nadie. Además, no me gustaría seguir tu culo asqueroso en ningún sentido. Compadezco a las jovencitas de ahí fuera.

Korchnói se recostó en el asiento y se desabotonó la chaqueta.

—Me agrada que estés comenzando a hacer planes contra el americano Nash —dijo Egorov—. Sé que lo harás bien. Es nuestra mejor oportunidad para desenmascarar al traidor.

Se levantó y se acercó a un armario ornamentado, de donde sacó una botella de brandi georgiano con dos vasos. Sirvió dos chupitos y le dio uno a Korchnói.

—Es un poco temprano, Vania —comentó Korchnói.

Acercó su vaso al borde del de Egorov. Ambos hombres doblaron el cuello hacia atrás y devolvieron los vasos a la mesa.

—No me sirvas más —dijo Korchnói cuando Egorov hizo el gesto de rellenar los vasos.

—Insisto —replicó Egorov con falsa solemnidad—. Es la única forma de hacer que te quedes y charles conmigo. Necesito hablar con alguien de confianza.

—Hemos sido amigos desde la Academia —dijo Korchnói—. ¿Es algo relacionado con nuestra operación? Tienes dudas sobre tu sobrina. Porque si es por eso, te puedo asegurar que me siento totalmente...

—No, no tiene nada que ver con la operación. Tengo mis esperanzas puestas en ella. Hay algo más —dijo Vania—. Necesito desahogarme.

—Vania, ¿tienes problemas? —preguntó Korchnói.

No se atrevía a preguntarle cómo iba su campaña para reemplazar al actual director. Ni siquiera su relación de décadas le permitiría ser tan directo.

—Los habituales dolores de cabeza y escaramuzas. Cada éxito que obtenemos se equilibra con un fracaso; la pérdida de una fuente o una deserción, con un reclutamiento.

—Vania, ya sabes cómo funciona este negocio. Siempre habrá fracasos, pero una vez cada cinco o diez años tenemos un éxito esplendoroso. Ya es el momento de otro. Llegará.

Korchnói dio un sorbo al segundo vaso de brandi.

—De eso te quería hablar —comentó Egorov—. Volodia, te debo una disculpa. Te he ocultado una cosa y no debería haberlo hecho. Tengo que continuar ocultándote algo un poco más, pero quierto contarte una pequeña parte.

—Respeto tu criterio, Vania —contestó Korchnói.

—Eres un verdadero amigo, Volodia —dijo Egorov rellenando ambos vasos—. He estado dirigiendo una operación en tu área, en Estados Unidos, sin tu conocimiento o aprobación. Por derecho propio, tu departamento debería haber gestionado el caso. Todo lo que puedo decir es que el Kremlin ordenó que se hiciera de esta forma.

Marble mantuvo el rostro relajado. Aquí estaba, el caso del director, Swan.

—No es la primera vez que hemos hecho algo así. Yo mismo lo he hecho. Si es adecuado desde el punto de vista operativo, entonces hay que hacerlo —dijo Korchnói, registrando la mentira.

—Sabía que te lo tomarías de manera profesional. No he querido faltarte al respeto a ti o a tu departamento —añadió Egorov.

—De ninguna manera —dijo Korchnói— ¿Está Golov, en Washington, al corriente del caso?

Parecía abrirse la oportunidad de un delicado sondeo. «Suave», pensó.

—Esos detalles no son necesarios —dijo Egorov evadiendo la pregunta—. Lo que te puedo decir es que el caso está empezando a producir información muy delicada y de gran relevancia para Rusia, algo no visto desde 1949 cuando Feklisov le compraba helado a Fuchs a cambio de sus notas para la bomba.

«Qué acertado —pensó Korchnói—, tocamos la cima como NKVD en 1950.»

Egorov se rio y le dio una palmada en la espalda.

—Te mereces mi enhorabuena, entonces —dijo Korchnói—. Es la clase de triunfo que necesitamos cada veinte años. —Dio un sorbo al brandi—. Vania, ¿cómo te puedo ayudar?

—No, no, no hay nada que puedas hacer —dijo Egorov—. Lo que necesito es que procedas contra el americano, aunque tengamos que hacer una pausa en el sensible caso que estamos gestionando. ¿Cuándo podríamos avanzar?

—Tan pronto como sea necesario. Tu sobrina está lista —añadió Korchnói enseguida—. ¿Con qué rapidez necesitamos movernos?

—Tenemos poco tiempo. Si puedes moverte ahora, mientras nuestra fuente se recupera de una grave cirugía ocular, este momento sería el conveniente.

—No hay ningún problema, estaremos preparados para viajar en unos días.

—Excelente —dijo Egorov.

—Tendremos éxito —añadió Korchnói—. Puedes estar seguro.

—Confío en vosotros —dijo Egorov—. Mi más leal *uchanstnik,* mi viejo compañero.

«Viejo cocodrilo», pensó Korchnói. Se levantó del sofá y miró hacia el bosque de pinos que se veía a través del enorme ventanal.

—Nos ha ido bien, especialmente a ti, Vania. ¿Quién hubiera pensado que esos dos jóvenes graduados de la Academia tendrían semejantes carreras?

—No te pongas sensiblero conmigo; aún no, hay mucho que hacer —dijo Egorov—. Muchas gracias, amigo, por ser tan leal, y la

próxima vez no dejes que pase tanto tiempo sin vernos.

Caminaron del brazo hasta la puerta del recibidor y se dieron un breve abrazo.

—Ahora vuelvo a mi despacho oliendo a brandi y a tu horrible colonia —comentó Korchnói—. Gracias a ti me voy a ganar la reputación de borracho y de *pedik.*

Ambos se rieron y Egorov miró a Korchnói caminar por el pasillo, mientras pensaba: «Fue brillante e intrépido hace tiempo, pero ahora está cansado». Volvió a entrar en su oficina y cerró la puerta.

La cabeza de Marble iba muy deprisa. Podía pasar la información inmediatamente en una transmisión por ráfagas vía satélite esa misma noche. Se imaginó a Benford leyendo la nota. Pero había un tufillo a algo más. La invitación de Vania a la cuarta planta era incongruente, no concordaba con su carácter. Las disculpas por dirigir una operación en su territorio eran poco menos que escaparatismo. Vania no tenía el menor escrúpulo a la hora de invadir un área de responsabilidad operativa. Solo hacía aquello que le proporcionara a él el máximo reconocimiento y beneficios. Siempre había sido así, era lo que le había decidido a convertirse en un burócrata y a dejar el verdadero trabajo de inteligencia a los demás.

Revisó los cuatro detalles de importancia que Vania le había dado. La megafuente (Swan) era el tipo de caso que solo aparecía una vez cada veinte años, y proporcionaba la mejor información desde la era del espionaje atómico. El caso se dirigía desde la *rezidentura* de Washington. Anatoly Golov estaba probablemente involucrado. Swan

acababa de pasar por una intervención ocular. «Más pistas para Benford», pensó Marble.

Marble caminó por los anchos pasillos de la planta baja hasta llegar a la cafetería. Solo eran las once y media, pero los empleados ya llevaban bandejas a las mesas para comer. Como se sentía un poco mareado y con el estómago revuelto por el puto brandi de Vania, Marble se detuvo en un mostrador y pidió un cuenco de *grybnoy sup*, una espesa sopa de setas con crema agria. Vio al jefe de la Línea T, Nasarenko, sentado solo a una mesa e intentó desesperadamente escapar de su línea de visión, pero Nasarenko lo vio e inclinó la cabeza en su dirección. Ahora tendría que acercarse y comer con él, porque como jefe de despacho no hacerlo constituía una ruptura del protocolo. Korchnói se blindó para aguantar veinte minutos comiendo sopa con un hombre que recibía el apodo de *osciloscopio* de los jóvenes científicos del Departamento Técnico.

—Yuri, ¿cómo te va? —preguntó Korchnói sentándose a la mesa; rompió el cuscurro del pan y lo mojó en la humeante sopa.

—Demasiado ocupado, demasiado ocupado —comentó Nasarenko.

Estaba partiendo con el cuchillo su repollo relleno con resultados desastrosos. Korchnói no podía apartar los ojos, era como ver un accidente de tráfico.

—Nos tienen trabajando día y noche. Nos llegan nuevos datos todo el tiempo, traducciones, análisis, escribir resúmenes para la cuarta planta. Una avalancha de discos. Están mandando todo al Kremlin.

«Qué interesante. Discos. Debe de ser el mismo caso, con un alto volumen de producción.»

—¿Necesitas ayuda? Podría mandarte un par de analistas.

Eso era un acto de generosidad sin precedentes. Ningún departamento ofrecía ese tipo de ayuda. Nasarenko levantó la cabeza como en un disparo, impresionado y sorprendido.

—Vladimir Andreievich, es muy amable de tu parte. Aprecio el ofrecimiento —dijo Nasarenko, masticando el repollo—, pero el trabajo debe constreñirse a un número de analistas autorizados. Es un requisito.

—Bueno, dime si te puedo ayudar de alguna manera. Sé cómo se siente uno cuando está inundado de trabajo —comentó Korchnói.

—Vamos a tener pronto un respiro. Egorov me ha dicho que va a haber una suspensión temporal de información. —Nasarenko se inclinó sobre su plato hacia Korchnói, su nuez subía y bajaba mientras sus mejillas se inflaban—. La fuente ha tenido un herpes, está incapacitada.

Nasarenko estaba cometiendo una grave ruptura de la seguridad, pero, después de todo, Korchnói era también jefe de departamento, un operador clandestino con un expediente muy respetado.

Marble sintió que un escalofrío le recorría la espalda. Las paredes de la cafetería se le vinieron encima y las voces de la sala se convirtieron en un clamor plano. Se obligó a tomar una cucharada de sopa.

—Bueno, eso sin duda son buenas noticias para ti. Uno se toma todos los respiros que puede. —Korchnói bajó la voz—. Yuri, probablemente no deberíamos hablar de estos temas. Sabes mejor que yo lo sensible que es esta actividad. Mejor no mencionar esta conversación a nadie, ¿no te parece?

Los ojos marrón oscuro de Nasarenko parpadearon culpables cuando se dio cuenta de lo que el general le estaba dando a

entender.

—Estoy completamente de acuerdo —dijo.

Nasarenko recogió su plato y se levantó murmurando disculpas por irse tan repentinamente. Marble se quedó solo en la mesa, obligándose a comer más sopa, intentando aparentar tranquilidad y naturalidad.

¿Era el principio del fin para él? ¿Era esto una trampa, sospechaban de él en concreto? ¿O era una prueba de lealtad general? Sacudió la cabeza irónicamente al pensar en el cepo de Vania. Sabe Dios cuántos oficiales de alto rango habían sido cebados con distintas variaciones de la misma historia. Y con cuchara de plata. «Venga, pequeño colibrí, a ver cómo dispersas el polen.» Su mensaje a Langley era ahora más crucial que nunca.

SOPA DE SETAS *GRYBNOY*

Sumerja setas secas en agua. Cuélelas y reserve el agua. Añádala a caldo de ternera. Hierva las setas durante cuatro horas. Sofría en mantequilla finas rodajas de cebolla hasta que se doren y añádalas a la sopa. Agregue harina fina de maíz y remueva hasta que se espese. Condimente y sirva con nata amarga y perejil.

29

Benford estaba sentado en la semioscuridad de su oficina, el mensaje de alerta de covcom era visible desde su escritorio. El resto era un caótico vertedero. Había leído el críptico mensaje de Marble dos veces, oyendo su voz mientras leía, viéndole limitarse a las pocas palabras que permitía la transmisión por ráfagas. Bramó a su secretaria que trajera a Nate y Alice inmediatamente. Mientras esperaba, volvió a leer el mensaje.

Uno: Swan, definitivamente en Estados Unidos. V dice material Swan, el mejor desde los cincuenta. Posiblemente trabajando desde capital. Golov probable gestor. Nasarenko dice sobrecarga de trabajo, discos y datos técnicos.
Dos: V tendiendo trampas. Nasarenko dijo gran fuente con herpes; yo, recuperándose de operación ocular. Probables variaciones.
Tres: V revisando op contra NN. Yo asignado para dirigir (¡) a la sobrina de V en mi departamento contra NN.
Cuatro: anticipo viaje a Roma coincide con conferencia EBES. Aviso cuando fuera.
niko

Los ojos de Benford se detuvieron sobre la *n* minúscula de la firma de Niko. Era la abreviatura de «sin coacción». Más concretamente significaba que Marble no había redactado el mensaje rodeado de personas, una de las cuales le amenazaba con romperle un dedo si no escribía lo que ellos querían.

Swan era un topo del gobierno americano. ¡A jugar! Que los rusos lo considerasen el mejor caso en años sugería que la información proporcionada por Swan era importante, tanto por su calidad como por su cantidad. Para Benford significaba que Estados Unidos tenía una hemorragia de información. Cuando Alice metió la cabeza por la puerta, Benford le dijo que, a partir de ese momento, tendría asignado un único proyecto.

—Estoy con algo de un agente doble en Brasil —dijo Alice secamente; no le asustaba llevarle la contraria.

—Esa mierda puede esperar —comentó Benford sin levantar la vista de su escritorio—. Quiero que lo dejes todo y compiles una lista. Es algo completamente diferente de lo que has hecho hasta ahora.

—Por favor, cuenta —dijo Alice buscando vagamente un sitio donde sentarse; no encontró ninguno, así que se quedó de pie frente al escritorio de Benford.

—Va a ser algo poco convencional, como a ti te gusta, Alice —dijo Benford. Levantó la mirada—. Quiero que hagas una lista de los Diez Mejores. Quiero que identifiques los diez secretos más importantes del gobierno de Estados Unidos. Pueden ser militares, políticos, internos, ciber, bancarios, espaciales, sobre energía, islam o el tatuaje del culo de Pat Benatar, no me importa...

—¿En el culo de quién?

—Pat Benatar, la cantante —espetó Benford a la defensiva—. Empieza con el Pentágono y sus Programas de Acceso Especial, secretos militares, eso es lo que más excita a los rusos. Averigua qué proyectos considera el Departamento de Defensa ultrasensibles. A largo plazo. Caros. Estratégicos. Haz que el subdirector de Asuntos

Militares llame al secretario de Defensa si es necesario. Ordénales educadamente que se pongan las pilas y se den prisa. Luego, cuando sepamos lo que consideran las joyas de la corona, empezaremos a revisar la lista de personas autorizadas.

Alice se dirigió a la puerta justo cuando Nate entraba. Mientras se apretujaban en el vano, Alice se volvió y preguntó:

—¿Sabes quién es Pat Benatar?

—Ni idea. ¿Quién es? —dijo Nate quitando los archivos de encima de una silla y sentándose—. ¿Es el tío del FBI en Boston que cubrió ese asunto de Nueva Inglaterra?

—Olvídalo —dijo Benford—. Gracias, Alice. Empieza ahora mismo, ¿vale?

Benford se volvió hacia Nate y le entregó una copia del mensaje de Marble. Vio las mejillas de Nate enrojecerse al leer sobre Dominika. Nate volvió a leer el mensaje como si pudiera extraer más información de esas escasas líneas. Miró a Benford.

—Está viva.

—No solo está viva, sino que parece que logró pasar por el colador —añadió Benford—. Y ahora su tío tiene el inexpresable buen juicio de asignársela a Marble.

Benford pensó nuevamente en la estrategia de sucesión de Marble.

—¿Crees que saldrá con Marble a Roma? —preguntó Nate.

—Te sugiero que te des una ducha fría —dijo Benfrod arrastrando las palabras—. Puede que nunca lleguen a confiar del todo en ella o, por el contrario, que se reintegre totalmente. Ahora mismo vamos a aprovecharnos de que una confidente reclutada por ti (Diva) y exonerada en una reciente investigación de contraespionaje ha sido

asignada por la Central, que parece no sospechar nada, para que te seduzca, con el objetivo de obtener el nombre del agente de alto rango del SVR que controlas (Marble), que por casualidad es el nuevo jefe de Diva y está al mando de la operación para castrarte.

Benford miró a Nate a través de sus torres gemelas de periódicos y expedientes, el alquimista medieval que no sabía dónde había puesto la piedra filosofal.

—Te encantan estas cosas, ¿no? —dijo Nate.

—Espero que sepas lidiar con la ambigüedad. Si no eres capaz, mejor que te vayas inmediatamente. —Benford lo fulminó con la mirada—. Bueno, ¿cómo procederías? —preguntó arrojándole el hueso.

Nate respiró e intentó apartar a Dominika de su mente.

—El mensaje dice que ellos todavía no tienen ni idea de Marble, de su identidad.

—¿Cómo llegas a esa conclusión? —preguntó Benford.

—Egorov ha soltado variaciones de una historia sobre Swan delante de varios jefes de departamento. Muestra que está desesperado.

—¿Qué más? —insistió Benford.

—Si Egorov ha estado cebando con bario a los directores más prominentes, probablemente esperará resultados, que una de esas variaciones le llegue de vuelta.

—¿Y?

—Eso sugiere que tiene a alguien dentro del gobierno de Estados Unidos que puede ocupar un puesto al cual puede llegar esa versión e informar sobre ello, dentro de la comunidad de inteligencia. ¿Swan?

—Podría ser —dijo Benford— ¿Qué otro detalle del mensaje podría ayudarnos a encontrar a Swan?

Nate volvió a bajar los ojos para luego mirar a Benford.

—Dame una pista —dijo Nate.

—Nasarenko.

Nate volvió a mirar el mensaje y luego levantó la mirada súbitamente.

—Conocemos la versión de Nasarenko —dijo—, así que podemos difundirla, con cuidado, registrando a quién se la soltamos. Si la fortuna de Nasarenko cambia repentinamente, tenemos por dónde empezar, una lista concreta de gente.

—Y la comida de bario de Vania Egorov se convierte en un enema de bario —añadió Benford—. A todo esto, por favor, no olvidemos que está impaciente y desesperado. Tú representas un atajo para que Egorov resuelva el problema que le salvará de la guillotina. Tiene la mirada puesta en ti.

Nate estaba pensando en Dominika otra vez y Benford se lo vio en la cara. Gimió teatralmente.

—Bueno, ya está bien de hablar de ti, por muy decepcionante que te resulte —dijo Benford—. Despeja la mente y dime qué es lo que harías en la cuestión inmediata de Swan. Si Marble está en lo cierto, el caso se dirige desde Washington, desde aquí, por el *rezident* mismo.

—Si Golov gestiona directamente a Swan, es un punto débil para ellos —explicó Nate—. Creo que deberíamos considerar cubrir al *rezident.*

—Brillante. Pero ¿cómo nos trabajamos a Golov? ¿Qué harías? —preguntó Benford azuzando a Nate.

—Lo matamos de hambre durante un mes. Lo vigilamos estrechamente, lo mantenemos aislado. Mira, no te enfades, pero creo que deberíamos incluir a los federales. Si vamos a jugar con Golov en el centro de Washington, el FBI tiene que estar involucrado. Los tíos de contraespionaje son los mejores, verdaderos cazadores de espías, y los federales saben lo que se hacen en la calle. Son un equipo de vigilancia alucinante.

»Vigilancia total. Harán tanto ruido que Golov tendrá que abortar todos sus intentos de contacto. No podrá reunirse con Swan. En la Central empezarán a ponerse nerviosos. Y Golov empezará a sudar la gota gorda. Estarán histéricos por perder contacto con su confidente. Y podemos imaginar el efecto que tendrá en Swan.

—De acuerdo, le ponemos nervioso. Pero es demasiado bueno para cometer un error en la calle —señaló Benford—. Y también tendrá su propio equipo de contraespionaje cubriéndolo.

—Está bien —añadió Nate—. Una noche oscura y tormentosa le quitamos la vigilancia. Verá que es «invisible» y así se lo confirmará su contraespionaje. Tomará la decisión de tener un encuentro. Y tendremos a los oriones y la puerta trampa sobrevolándolo y anticipando sus movimientos. Ahí es cuando podremos echar un vistazo a un Swan nervioso caminando por una calle o conseguir el número de matrícula de un coche mal aparcado. Y lo seguiremos intentando hasta que demos en el blanco.

Benford asintió con aprobación. El chico había estado en el otro lado, observando el cañón de los FSB, el Servicio Federal de Seguridad ruso, en las peligrosas calles de Moscú. Benford sabía cuáles eran las vulnerabilidades de un confidente, lo que asustaba a su controlador. Nate estaba progresando, reconoció con satisfacción.

Los oriones pertenecían a Benford, los mantenía fuera del radar de la gente, no los prestaba jamás. ¿Quién iba a querer un equipo de vigilancia geriátrico compuesto por agentes retirados? Coches desvencijados, calcetines negros con sandalias, prismáticos para avistar pájaros. El tamaño del grupo era cambiante, crecía o encogía dependiendo de los horarios personales, las visitas de los nietos o las citas médicas. Era la esencia misma de los oriones (lentos, pacientes, reflexivos). Era eso lo que los hacía tan efectivos. Resultaba imposible provocarlos con arriesgadas contramaniobras. Ellos observaban, esperaban, aparecían y desaparecían. Acariciaban sus objetivos, los olisqueaban con delicadeza, se arrimaban y retiraban como la marea. Pero nunca abandonaban su presa.

Utilizaban la puerta trampa. Solo cierto tipo de equipo de vigilancia podía lograr hacerla funcionar. Era un tipo distinto de seguimiento, una filosofía, la diferencia entre un perro detrás de un coche y un gato observando un pájaro. Se lo habían trabajado durante un tiempo. Los oriones lo habían perfeccionado: lápices grasos sobre mapas, el vector general de la brújula telegrafiado por una presa que, a fin de cuentas, es humana. A pesar de las curvas y virajes, de los retrocesos y atajos, sabían adónde iba el objetivo, adónde se dirigía.

Habían traído a expertos en vigilancia del FBI para observar a los oriones: querían entrenar otros equipos y obtener los mismos resultados. Querían etiquetar su magia negra. «Vigilancia predictiva basada en análisis de perfiles», habían escrito. «Proyecciones situacionales que apoyan una discreta vigilancia», habían escrito. «Despliegue anticipatorio determinado por una "ruta de marcha" equilibrado por la mitigación de un riesgo aceptable», habían escrito.

Casi todo gilipolleces, decían los oriones. Se trataba de desarrollar sensaciones, seguir la intuición, aprovechar oportunidades. Los federales se mostraban perplejos.

—Piénsalo de esta manera —dijo un miembro del equipo de sesenta y ocho años, quien en los primeros años de su carrera había pinchado el teléfono del GRU, el Departamento Central de Inteligencia de los rusos, en el túnel de Berlín—. Somos como una ameba, ¿sabes? Protoplasma, flexible, suave, que se puede estirar todo lo que se quiera en cualquier dirección y desbordarse.

Los expertos sonreían educadamente. ¿Cómo demonios pones eso en un manual de procedimientos sobre el terreno?

Durante sus demostraciones callejeras, los expertos buscaban a los oriones en las posiciones habituales de un equipo de vigilancia. Pero de repente desaparecían. Eso no era vigilancia, decían. Se ha dejado el blanco sin observación. ¿Dónde demonios estaba el equipo de vigilancia? Sin embargo, cuando la presa llegaba al sitio, los oriones estaban esperándolo, aparcados en el barrio: en el parque, en el cruce, esperando tan discretamente que ni siquiera los habían visto. Son ideas de loco, pura alquimia, dijeron los federales, muchas gracias. Y dejaron los oriones a Benford.

Así empezaron a observar a Golov y comenzó su valoración de la situación. Un caballero bastante distinguido, todavía un protocomunista, suave y sereno.

—Llegad a conocerlo —ordenó Benford— y tened cuidado con el equipo de contraespionaje que lo sigue. Que no se note vuestra presencia, observad, haceos invisibles. Muy bien, ha llegado la hora de que el señor Golov deje de trabajar por una buena temporada.

A la mañana siguiente los hombres del FBI estaban fuera de la

embajada de la Federación Rusa de la avenida Wisconsin, tirados en sus Ford Crown Victoria, con sus gafas de sol Oakley, cara de «a ver si te atreves» y doscientos cincuenta caballos bajo el capó.

Las sesiones a puerta cerrada de la Comisión de Inteligencia del Senado se celebraban en la sala 216 del edificio Hart de las oficinas del Senado, en la avenida de la Constitución. En los directorios del Congreso se lo conocía como HS, por las palabras *Hart* y *Senado*. Era una torre de nueve plantas, de cristal y mármol negro, a diferencia de otros edificios de oficinas del Senado, los conocidos como Dirksen y Russel, más elegantes y de estilo neoclásico.

Benford llegó solo, cruzó el atrio y subió las escaleras hasta la segunda planta. Al llegar a la sala 216, entró en la antesala, se registró con el guarda tras el mostrador y entregó su teléfono móvil. Cruzó una puerta acorazada de acero y accedió a la sala de la Comisión. Había llegado con antelación y la sala estaba vacía, excepto por los ayudantes que distribuían carpetas en cada uno de los puestos de la elevada mesa de roble. «Cómo no», pensó Benford, una mesa elevada. Los senadores disfrutaban mirando desde arriba a los testigos.

Invisible tras los paneles de madera y mármol que cubrían las paredes, techo y suelo de la sala de la Comisión, había una red de filamentos de cobre que continuamente soltaban energía para asegurar que, una vez que la puerta de acero se cerraba herméticamente contra el marco, no podría penetrar o salir de la sala ninguna señal.

En 1980, en un intento de espiar un testimonio delicado, los rusos

habían montado una operación para dejar en la sala equipos de grabación que serían recogidos más tarde, una simple técnica para saltarse el cinturón de castidad electrónico. El audaz plan había sido desbaratado por un bedel que encontró el aparato (pegado con pegamento a una silla de la galería del público durante una de las pocas sesiones abiertas de la Comisión) y se lo entregó a la policía del Capitolio, que se lo pasó enseguida al FBI. Más que reemplazarlo y cebar a los soviéticos con información falsa durante años, pensó Benford mirando a su alrededor en la augusta sala, el FBI se regocijó por su «hallazgo extranjero» (un aparato de escucha plantado por la oposición) y redujo el aparato a mil pedazos, perdiendo así una gran oportunidad.

Benford era la única persona sentada a la mesa de los testigos. Un ayudante colocó una pequeña tarjeta con su nombre delante de él. Por insistencia de los miembros, Benford informaba a la Comisión sobre contraespionaje cada tres meses, una sesión a la que solo estaban autorizados a asistir quince miembros de la Comisión. Los senadores, acostumbrados desde siempre a contar con personal de apoyo revoloteando a su alrededor, aceptaron a regañadientes que no se permitiera el acceso de otras personas, lo que se traducía en que no se tomaban apenas notas.

Los miembros raramente se perdían los informes trimestrales de contraespionaje de Benford, a menudo considerados la presentación más concisa y útil en toda la estructura de inteligencia. Todos, excepto uno de los miembros de la Comisión, lo trataban con respeto. Únicamente Stephanie Boucher, senadora por California, parecía albergar una intensa aversión por los testigos del contraespionaje, más concretamente los de la CIA. Mientras los

miembros iban entrando en la sala y sentándose, Boucher miró a Benford desde su estrado con el ceño fruncido. Este la ignoró y tomó una nota en el margen del guion de su presentación. Los miembros de la Comisión estaban sentados, el personal de apoyo se había retirado y la puerta acorazada se cerró. Mientras se cerraba, una lucecita verde se encendió sobre la puerta. La presidenta, simplemente, dijo: «Señor Benford», para indicar que podía empezar.

Benford rápidamente subrayó la evolución de un caso cibernético chino en la Costa Oeste, pero remitió a los miembros de la Comisión a la División de Operaciones Informáticas de la CIA, conocidos como «los código», para más información sobre la naturaleza de la amenaza. Continuó con un caso sensible en el que la CIA y el FBI habían detectado a miembros de la DGSE, el servicio de inteligencia francés, ocupándose de un buzón clandestino de intercambio de información al norte del estado de Nueva York. Se había preparado un informe conjunto con el Grupo Operativo para la Región de Francia del FBI, conocido como FROG, sobre las actividades francesas dentro de Estados Unidos. Benford pasó la página de su libro de informes.

—Senadores, la CIA, junto con la Marina de Estados Unidos y el contratista en cuestión, ha finalizado una valoración preliminar de los daños causados por el ilegal, el operativo al servicio de los rusos, de New London, Connecticut.

Benford miró sus notas.

—Mientras el Pentágono está preparando un informe sobre las ramificaciones a largo plazo de la penetración en el programa de la Marina, las conclusiones iniciales son que los rusos no tienen

suficiente información técnica como para degradar materialmente la viabilidad operacional de la plataforma...

—Disculpe, señor Benford —interrumpió la senadora Boucher. El resto de los senadores reconocieron la señal de ataque y se prepararon—. ¿Por qué utiliza la palabra *plataforma* cuando usted puede decir claramente s*ubmarino* para referirse a ello?

—Submarino, gracias, senadora —dijo Benford.

Esperó al anexo. Boucher protestó brevemente sobre las anticuadas capacidades de los submarinos estadounidenses en comparación con submarinos nucleares como el Dlogoruki, que comenzaban a hacer su aparición en la Marina rusa. «Está bien informada», pensó Benford. La senadora volvió a cambiar de tema.

—Pero ¿no diría usted que el verdadero problema de contraespionaje, la verdadera lección de New London, es que ni el refuerzo de la ley ni la inteligencia americana han tenido la astucia de detectar, localizar y aprehender a un agente ilegal ruso que operaba en Estados Unidos desde hacía casi cinco años? Lo que es más, el ilegal se había infiltrado en el programa con aparente facilidad, a pesar de que se habían comprobado sus referencias y antecedentes, y había pasado los controles de seguridad —comentó Boucher dando unos golpecitos con el lápiz sobre el vade de su escritorio.

—Desde el final de la Guerra Fría, senadora, el uso clásico de ilegales es extremadamente raro. Incluso los rusos reconocen que es un modo ineficaz y caro de reunir información —comentó Benford.

Desde luego, bajo ninguna circunstancia mencionaría cómo habían dado con el ilegal.

—Eso no es lo que le he preguntado, señor Benford. Preste

atención. Le he preguntado qué agencia, en su opinión, es más incompetente, la CIA o el FBI.

—Senadora, no tengo ninguna opinión al respecto —respondió Benford—. Con posterioridad al asunto de New London nos hemos encontrado con peces aún más gordos.

—¿Qué peces? —preguntó Boucher.

—Tenemos indicios de que los rusos están gestionando otra fuente de información. Alguien con mucho acceso. Estamos solo empezando. No hay ninguna confirmación —dijo Benford.

—Pare de marearnos —saltó Boucher—. ¿De qué está hablando?

Benford respiró audiblemente. Cerró su libro de informes y dobló las manos sobre la cubierta. Miró el sello del Senado en la pared.

—Tenemos información fragmentaria, pero hay una infiltración, actualmente gestionada por el SVR, en el más alto nivel del gobierno de Estados Unidos, con un acceso excepcional a secretos de Seguridad Nacional.

—¿Cuánto se tardará en identificar la filtración? —preguntó un senador de Florida.

—No sabemos quién o qué o dónde —dijo Benford—, estamos comprobando todas las posibilidades.

—Suena como que no tienen ni la más ligera idea —dijo Boucher.

—Senadora, este tipo de investigación lleva su tiempo —contemporizó el senador de Nueva York.

Boucher soltó una carcajada.

—Sí, lo sé todo sobre este tipo de investigaciones. Cientos de personas ocupadas y cobrando su sueldo, pero nadie parece atrapar a nadie.

Benford dejó que los miembros hablaran entre sí durante un

minuto antes de alzar la voz.

—Mientras intentamos obtener más información, tenemos un informe no corroborado de que el individuo en cuestión podría sufrir una enfermedad que lo incapacita momentáneamente, herpes. Nos será útil más tarde, cuando estrechemos nuestra búsqueda y empecemos a cruzar datos.

—Nada de esto es concluyente —dijo Boucher, volviéndose hacia la mesa—. Si mis colegas de la Comisión no tienen objeción, me tengo que excusar por tener que asistir a una importante reunión de otra Comisión. —Se volvió a Benford—. Creo que esto ha sido suficiente.

Boucher se levantó de su sitio, cogió su archivo clasificado y salió por la puerta. El resto de los senadores recogió sus papeles y guardó silencio mientras Boucher abría la inmensa puerta y abandonaba la sala.

Benford no levantó la cabeza. Ya estaba hecho. Quince de ellos ya habían oído lo del herpes. Dos días antes, tres subsecretarios de Defensa en una reunión informativa del Pentágono habían oído lo mismo, y al cabo de tres días sucedería igual con el ayudante especial del presidente y director de Defensa durante una sesión con un reducido y selecto grupo de miembros del Consejo de Seguridad Nacional.

Mientras cerraba de golpe su maletín en la sala vacía de la Comisión, Benford se imaginó las caras de mejillas lacias del Kremlin y pensó: «Queríais una trampa, pues aquí la tenéis».

El secretario de Vania Egorov había convocado al general Korchnói a la sala de conferencias segura del director en la cuarta planta de

Yassenevo. Dimitri lo había llamado tan pronto como había entrado en su oficina, incluso antes de que Korchnói hubiera colgado su abrigo en el armario y se hubiera sentado para revisar la agenda del día. Sonaba urgente. El general miró tristemente el plato de *sirniki*, tortitas de queso caliente, que su secretario le había dejado tapado para que picase algo mientras leía. Se habrían quedado frías y gomosas para cuando volviera. Mientras abandonaba su oficina, enrolló una de las tortitas y se la metió en la boca.

Desde que había descubierto que Vania estaba poniendo trampas para buscar al topo de la CIA dentro del SVR, la doble vida de Korchnói se había vuelto más dura. La acostumbrada leve sensación de peligro se había transformado en la urgencia de un terror inminente. Durante catorce años había vivido bajo una presión constante y había aprendido a adaptarse, pero había una gran diferencia entre espiar sin que lo detectaran y ser el objetivo de una cacería.

Cada vez que entraba por las puertas principales de la Central, no estaba seguro de si los agentes lo recibirían con el rostro pétreo, lo sacarían del vestíbulo y lo meterían a trompicones en una habitación lateral. Cada vez que sonaba el teléfono de su escritorio, no sabía si era para llevarlo a una habitación sin ventanas llena de caras solemnes. Cada salida de fin de semana podía ser una emboscada para arrestarlo en medio de una carretera forestal o en una dacha solitaria.

Korchnói salió del ascensor y pasó delante de los retratos. «Hola, viejas morsas —pensó—. ¿Me habéis pillado ya?» Entró en la sala de conferencias ejecutiva para ver a Vania Egorov riéndose en un rincón de algo que decía el jefe de la Línea KR, Alexéi Zyuganov. «Aquí está

el pequeño *domovoi*, el duendecillo que mete trapos en la boca de los prisioneros antes de pegarles un tiro en la frente porque sus gritos pidiendo clemencia le molestan», pensó Korchnói. Zyuganov miró al general acercarse a ellos.

La cabeza marmórea de Egorov brillaba, llevaba una camisa recién puesta y almidonada. Abrazó a su viejo amigo y le indicó con la mano que se sentara.

—Quería que nos reuniéramos aquí, Volodia, porque pueden instalar un proyector. Como ahora estás dirigiendo la operación, quería enseñarte material extra.

Cogió un mando a distancia y apretó el botón. Proyectada en la pared había una fotografía de Nathaniel Nash con las manos en los bolsillos del abrigo, encogido por el frío, andando por lo que parecía una calle de Moscú.

—No lo conoces, Volodia, pero es el agente de la CIA Nash, que controla al traidor. Fue destacado en Moscú durante menos de dos años y se fue aproximadamente hace dieciocho meses.

Lo primero que Korchnói se preguntó es si la foto de Nate se había tomado cuando volvía de alguno de sus encuentros. Luego se preguntó si todo era un drama sarcástico para hacerlo picar. ¿Se abrirían de golpe las puertas de la sala y entrarían corriendo los hombres de seguridad? ¿Era Egorov tan retorcido, querría atormentarle de esa forma? «No, no es nada —pensó Korchnói—. Esta es tu vida, respira hondo, mantente al borde del abismo, mantente tranquilo.»

—El tal Nash es muy hábil. No lo pillamos por los pelos, pero por un error nunca pudimos detectar ni un desliz en sus actividades.

Egorov hizo una pausa para encender un cigarrillo. Ofreció el

paquete por la mesa. Korchnói grabó las palabras que parecían confirmar que aún estaba a salvo. A no ser que fuera una elaborada trampa de Egorov.

—Personalmente creo que el traidor está en el Servicio —continuó Egorov.

Zyuganov miraba serenamente la imagen de Nash en la pantalla. ¿Estaban jugando con él?, pensó Korchnói. Zyuganov podía ser fácilmente así de diabólico.

—Lo del Servicio es solo una conjetura —parloteó Zyuganov—. Una cosa es segura: los americanos no correrían el grave peligro de establecer encuentros en Moscú para gestionar una fuente de rango medio.

«Di algo que suene relajado», pensó Korchnói.

—Si ambos estáis en lo cierto, hermanos —dijo—, se trata de un pez gordo del Servicio. La lista de candidatos abarcaría al director, tú, Vania, y los doce jefes de Departamento, Lyosha y yo incluidos.

Korchnói vio sus amargas miradas. ¿Qué estaba haciendo? Era una locura delirante.

—Eso, por supuesto, sin considerar al personal auxiliar, o una secretaria, o un empleado de comunicaciones, o cientos de empleados con acceso indirecto a los cables y las bandejas de entrada de sus jefes, y a las conversaciones en las antesalas de los despachos y la cafetería. El personal del Archivo ve más documentos confidenciales en un día que tres de nosotros juntos en una semana.

Korchnói vio en la cara de Zyuganov que él ya había hecho esos cálculos. Era mucha gente para interrogar. Korchnói decidió dejarlo ahí. «Demasiado análisis, demasiadas frases hechas.»

—Tienes toda la razón, Volodia. Hay demasiadas posibilidades.

Atraparemos a ese *svoloch* solo si tenemos una pista fiable o si lo pillamos a él o a su gestor en la calle. Esas dos opciones podrían llevar meses, incluso años. Por eso nuestra tercera opción es la única posible.

—*Ogovoreno,* de acuerdo: tu sobrina es nuestra mejor oportunidad —dijo Korchnói.

La escena era impensable, improbable, imposible. Contuvo una carcajada loca. Estaban discutiendo cómo encontrar al espía, sacarlo a flote, exponerlo, atraparlo. Zyuganov giró en su silla, sus pies no tocaban la alfombra.

—¿Y si tu sobrina no tiene éxito en un lapso de tiempo razonable? Quizá podríamos considerar otros medios.

Egorov se volvió hacia él rápidamente.

—Absolutamente no. He recibido instrucciones de las más altas instancias. Nada de «medidas activas» en esta operación. ¿Está claro?

Zyuganov giró un poco más, con una suave sonrisa en los labios.

—Tienes razón —dijo Korchnói—. En la historia de nuestro Servicio, en la historia de las operaciones de espionaje durante la posguerra, ningún Servicio ha dañado jamás intencionadamente a un agente de un Servicio contrario. No se hace. Crearía el caos.

Zyuganov siguió girando.

—Volodia, relájate. Si quisiéramos intentar algo drástico, estaría hablando con la Línea F, no contigo —dijo Egorov riendo; Korchnói vio temblar el párpado derecho de Zyuganov—. No, lo que yo quiero es una operación elegante, con matices, brillante, que produzca resultados rápido y que deje a nuestro principal enemigo sin saber qué ha pasado exactamente, preguntándose cómo han podido

perder un activo tan sensible y maravillándose ante la habilidad y astucia del SVR.

TORTITAS *SIRNIKI* DE MARBLE

Mezcle cuidadosamente queso de cabra blando, huevos, azúcar, sal y harina hasta formar una masa pegajosa. Eche pequeñas bolas de masa en harina, cúbralas bien y aplástelas en discos planos. Fríalas en mantequilla derretida a fuego medio hasta que se doren. Sírvalas con nata amarga, caviar, salmón ahumado o jamón.

30

Korchnói y Dominika estaban de pie en el saloncito del despacho del general. El hombre maduro la contemplaba en su perturbadora belleza, notando lo suavemente que se movía, cómo caminaba con la espalda recta, cómo los ojos de ella se clavaban en los suyos. Cuanto más tiempo pasaba con ella, más se convencía de que había elegido bien. Ahora tenía que reclutarla. Esa noche sería complicada.

Desde fuera ella parecía fría, controlada, concentrada. Pero en sus interacciones, sus gestos, incluso en su deferencia hacia él, Korchnói veía su ira y determinación. Nunca le había hablado de la Escuela de Gorriones, pero Korchnói había averiguado la mayor parte de lo que había sucedido allí, como había hecho releyendo sus interrogatorios en Lefortovo.

Ella ocultaba algo, él lo sabía. A diario se declaraba dispuesta a volver a entrar en contacto con los americanos. Pero el timbre de su voz, la inclinación de la cabeza, hacían a Korchnói sospechar que su contacto con Nathaniel en Helsinki no había estado exento de conflictos, simpatías, quizá sentimientos hacia él. Pronto lo descubriría.

Habían empezado a trabajar en el Proyecto Nash, como él lo llamaba. En su oficina en penumbra, con las persianas bajadas, el general había apretado un mando a distancia y las imágenes de Nate habían comenzado a proyectarse en la pared blanca del despacho. Por el rabillo del ojo, Korchnói vio a Dominika contener la respiración. Observándola de perfil, percibió que se le hinchaban las

aletas de la nariz. Él continuó implacable describiendo minuciosamente todo lo que el SVR sabía de Nash, revisando sus propios informes de Helsinki, observándola y sopesando las reservas que pudiera albergar.

Había apagado el proyector y la miraba seriamente. Esto era más complicado que su misión en Helsinki, le dijo. Dominika tendría que viajar fuera de Rusia y, para hacer plausibles sus viajes al extranjero, se le reasignaría al Servicio de Correos del SVR, que dependía de la Dirección General OT. Tendría que operar sola en Occidente. Tenía que acercarse y seducir al joven americano e identificar a la rata, *krysa.* ¿Sería capaz de hacerlo? Sus oscuros ojos brillaron titubeantes. Emoción. Conflicto.

Para Dominika ver la imagen de Nate en la pantalla había sido todo un desafío. ¿Había notado el general su agitación? ¿Cuánto tiempo podría engañarlo? ¿Se daba cuenta él?

Esa noche, Korchnói invitó a Dominika a su apartamento. Prepararía una cena sencilla, decididamente un plato de pasta no rusa, para celebrar su próximo viaje a Roma. Así podrían seguir discutiendo la operación. No había ninguna señal de nada inapropiado. El general Korchnói era un distinguido oficial de alto rango, un espía veterano, no un *grubyj chelovek*, un sinvergüenza. Fueron en metro, se bajaron en Strogino, en el Distrito Cuatro, y caminaron por el frondoso parque junto al río Moscova. El edificio de apartamentos de Korchnói era el tercero de una fila de cinco rascacielos tubulares idénticos. Desde las ventanas oxidadas, parecían bastones de caramelos clavados en la tierra. Su apartamento estaba en la planta duodécima. El lóbrego ascensor que los subió soltaba fuertes gemidos.

El pequeño apartamento era sobrio, pero limpio y confortable, con una vista panorámica del meandro del río. Era el espacio de una persona a la que no le importaba vivir sola. Había algunos tesoros. Un exquisito óleo italiano en la pared, una alfombra persa de seda en el suelo. Indicaban una carrera llena de viajes al extranjero. En un rincón había un sillón desgastado, una lámpara de leer y una estantería baja con una serie de volúmenes encuadernados.

Dominika vio una fotografía enmarcada con una mujer y a un Korchnói muy joven frente a un lago. Era verano y su brazo rodeaba la cintura de ella.

—Fue en 1973 —apuntó Korchnói—. Uno de los lagos italianos, el Mayor, creo.

—¿Es tu mujer? —preguntó Dominika—. Es muy guapa.

—Veintiséis años de matrimonio —comentó él, tomando el marco de las manos de Dominika y exponiéndolo hacia la luz del atardecer para contemplarlo—. Viajamos juntos por todo el mundo: Italia, Malasia, Marruecos, Nueva York. —Devolvió el marco a la mesa—. Luego enfermó. Estuvo mal diagnosticada durante meses. —Entró en la minúscula cocina—. Mejor no enfermar en una embajada rusa en el extranjero.

Sonrió. Dominika notó que inclinaba la cabeza.

El general relató que se había mudado a ese apartamento después de la muerte de su esposa: no podría haber seguido viviendo en el antiguo piso. Lo había cambiado por este, más pequeño, relativamente moderno, relativamente tranquilo, no muy lejos del centro. Podía disfrutar de la franja de verde a lo largo del río. No le dijo a Dominika que las transmisiones por ráfagas desde su saloncito del piso duodécimo se alineaban de manera excepcional con el

satélite americano.

Sirvió vino dulce moldavo en dos vasos de ámbar. La cocina tenía una pila, una pequeña nevera que repiqueteaba cuando se abría la puerta y un hornillo de tres fuegos en la encimera. Dominika se apoyó en la encimera y brindó solemnemente por el éxito de la operación. Vio que el general parecía relajado. Irradiaba un cálido resplandor morado que emergía de lo más profundo de su interior.

Durante el corto período de tiempo en el departamento de Korchnói, Dominika le había cogido cariño. Aparte de su evidente brillantez técnica y un instinto asombroso, la había tratado con respeto e incluso amabilidad, como si lamentara el trato que ella había sufrido hasta el momento. Y también estaba su lealtad hacia ella. En una reunión del departamento, Korchnói había protegido y respaldado un comenario de Dominika sobre una operación. De hecho, la había defendido. «¿Dónde has estado toda mi vida?», había pensado ella. Le volvió a recordar a su padre. El doble juego al que ella estaba jugando le afectaría si llegaba a descubrirse, podría acelerar el final de su carrera. ¿Entendería él sus motivos?

Mientras preparaba la cena, Korchnói le preguntó a Dominika sobre su vida, su familia. Fuera de la disciplina y el protocolo de la oficina, ella habló libre y afectuosamente sobre sus padres y el estudio del ballet, o sobre el placer que le había supuesto descubrir Occidente. Helsinki la había maravillado, quería viajar por todo el mundo. Hablar con él de este modo casi le hizo olvidar que le estaba mintiendo. Barrió ese pensamiento bajo la alfombra.

—Y sin embargo te pasó algo en Helsinki —dijo Korchnói, ocupado en la encimera—. ¿Me puedes contar algo de eso?

Ella dudó, reuniendo sus pensamientos mientras lo veía picar

tomate, ajo y cebolla, y sofreírlos en una sartén con aceite de oliva. «*Undivetelno*, impresionante —pensó—, conoce la cocina italiana.» La cocina se llenó inmediatamente del aroma.

—El voluntario americano del que me encargué en parte —explicó, mientras vaciaba el vaso— fue arrestado minutos después pasar el documento. El *rezident* era el único que sabía del encuentro. No podían entender cómo había sucedido algo así. Naturalmente sospecharon lo peor, que yo les había pasado la información a los americanos. —Korchnói le sirvió otro vaso de vino—. Pero al final concluyeron que no había sido yo —dijo ella simplemente para terminar la conversación, no quería seguir hablando de ello más, no quería seguir mintiendo.

—Sí, pero me refería a algo más que te ocurrió en Helsinki —insistió Korchnói lentamente—. He leído tus informes. A pesar de tus contactos regulares con Nash, no hiciste muchos progresos.

Dominika oyó su tono de voz, consideró las palabras que había escogido. «Ten cuidado —pensó—, esto es trabajo.»

—Sí, es cierto —dijo Dominika con serenidad—. No estaba interesado, evitaba un contacto sostenido. Era una lucha conseguir que saliera.

¿Podía notar Korchnói que le mentía?

—Es extraño. Una mujer de tu belleza. Un hombre joven, atractivo, soltero, espía en un país extranjero...

Korchnói se calló dejando la idea en el aire. La salsa de tomate hervía. Dominika miró al general echar un chorrito de vinagre balsámico a la sartén, darle vueltas y añadir trozos de albahaca a la salsa. Su halo se hacía más brillante. Ella estaba callada, observando las manos de Korchnói arrancar las hojas del tallo.

Él la miró. Ni Benford ni Nate le habían dicho que la CIA la había reclutado en Finlandia, pero él sabía que esa era la respuesta. «Vamos a tirar de la manta», pensó.

—Has tenido una suerte increíble hasta el momento, querida —dijo Korchnói suavemente—. Aunque ahora parezca que la Unión Soviética es cosa del pasado, el *chudovishiye,* el monstruo, late bajo la superficie.

Dominika sintió verdadera alarma; le estaba tendiendo una trampa, podía sentirlo. No había sido tan lista después de todo. Él sospechaba de ella. No, aún peor, este viejo prestidigitador, *okusnikf*, lo sabía. Si mentía y continuaba demostrándole tal falta de respeto, la echaría de la operación y del departamento. Si ponía su vida en sus manos y lo admitía todo, ¿por qué no habría él de denunciarla al instante? Lefortovo sería suave en comparación con lo que organizarían para ella. «Defiéndete —pensó—, protégete.»

—Conozco bien al monstruo —dijo ella con altanería—. He dormido en los sótanos de Lefortovo. Me obligaron a entrar en la Escuela Estatal Cuatro, la Escuela de Gorriones. Y he visto asesinar a un hombre con un cable. Casi le rebanan la cabeza. Mi amiga Marta desapareció en Helsinki. Dijeron que se había pasado al otro lado, pero yo no me lo creo.

Se dio cuenta de que se había puesto a gritar en la pequeña cocina. «Se enfada muy rápidamente —pensó Korchnói—. Un poco más.»

—El joven americano, Nash, ¿te caía bien? —preguntó.

—Supongo que sí. Era divertido, cortés, agradable. No sabía que los americanos eran así.

«Dios mío, ¿he dicho cortés?», pensó que debía de haber sonado

estúpida.

Él seguía mirándola, morado brillante, pero calmado. Ella se sentía como un pájaro, fascinado, incapaz de moverse, mirando los ojos esmeralda de la serpiente centellear mientras reptaba por la rama hacia el nido.

—Tengo la impresión de que conociste a ese joven bastante mejor de lo que reportaste durante la misión en Helsinki —dijo Korchnói. Hizo una pausa y removió la salsa lentamente. Era el único sonido que se oía. La voz de Korchnói era muy suave. Lo iba a intentar—. ¿Cómo intentó reclutarte? —preguntó.

Dominika se quedó quieta. Lo miró. Abrió la boca, pero no pudo hablar. Aquí era donde el riesgo, el peligro que definía su secreto, culminaba. Esto era mucho peor que resistir a los brutos de Lefortovo. Le temblaron las manos al dejar el vaso de vino. Korchnói estaba removiendo la salsa, su burbuja morada ocupaba toda la cocina, podía sentir su abrumadora voluntad. «Protégete, eres la única que puede salvarte, vete, sal de aquí.» Entonces Korchnói, el astuto maestro, le dijo algo que la sorprendió:

—Dominika, está muy claro. Te estoy dando la oportunidad de que me lo digas. No te haré daño.

«Dios mío, sería un interrogador de primera», pero su intuición le decía que no mentía, él la protegería; ella quería que él la protegiera, compartir la carga, lo necesitaba.

—Empecé siguiendo órdenes, intentando captarle al igual que él intentaba captarme a mí —dijo mientras le temblaba todo el cuerpo —. Era una carrera de «a ver quién recluta antes a quién».

Todavía se resistía, todavía se agarraba al borde del precipicio. Esto era una evasión, no una admisión. Él no la iba a dejar escapar.

—Sí, claro —dijo Korchnói—. Pero escúchame con atención. Te he preguntado cómo te reclutaron.

La voz de Dominika era casi inaudible, hablaba como sonámbula. Él levantó una ceja y ella se decidió, puso su corazón en las manos de él y saltó al vacío.

—No me reclutaron. Yo elegí trabajar con ellos. Fue decisión mía. Yo puse las condiciones.

Korchnói llenó el cazo con agua del grifo, encendió un segundo fuego y echó un puñado de sal al agua. Le hizo un gesto para que se acercara a los fuegos y le dio una cuchara. Dominika empezó a remover la salsa.

—No fue por amor, en absoluto —dijo con una vocecita—. Fue mi elección.

Korchnói no le contestó, pero ella supo que estaba a salvo. Ahora planeaba sobre el abismo, con el viento rugiendo a su alrededor y el mar abajo, rompiendo contra las rocas mientras volaba. Sabía que con él estaba a salvo.

Korchnói estaba satisfecho. No vio su admisión como señal de debilidad o de irreflexiva estupidez. Vio que ella había hecho sus cálculos, evaluado sus intenciones, y lo que era más importante, había aceptado un peligro mortal basándose en su extraordinaria intuición. Una combinación formidable. Su admisión también demostraba su confianza en él. Eso era importante. Porque necesitaría confiar en él en el futuro.

Ahora era él quien tenía que arriesgarse. En catorce años nunca había cometido un desliz, pero tenían que ser verdaderos socios para que la estrategia de sucesión funcionara. Decírselo iba a ser tan difícil como lo había sido para ella. Estaban hombro con hombro

frente al hornillo, el gas de los fuegos sibilante, la salsa hirviendo en la sartén. Dominika revolvía la salsa de tomate, cada vez más espesa; al chocar contra el fino aluminio, la espátula producía un sonido suave, casi musical. Se volvió hacia Korchnói; de cerca su belleza era inigualable, pero ella no la utilizaba.

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó ella tranquilamente—. ¿Vas a denunciarme?

Quería que él se lo dijera abiertamente.

—Te denunciaré si dejas que la pasta se pase —contestó el general, retorciendo un puñado de *bucatini* y dejándolos caer en el agua en forma de abanico—. Y vigila que la salsa no se pegue. Me voy a quitar la chaqueta y la corbata.

Se fue al pequeño vestíbulo que daba a su dormitorio. Luego se detuvo y se volvió hacia ella. Ahora.

—A lo mejor te lo estás preguntando —dijo él—. Mi duelo no puede devolvérmela, pero desde que murió mi mujer dejé de creer en la causa; mi corazón se puso en su contra para siempre. Hice mi trabajo, pero nunca me convertí en uno de ellos. No se merecen mi lealtad, igual que no se merecen la tuya. Garantizan nuestro odio.

Estaba hecho. Se quedó mirándola. Tenía los ojos muy abiertos. Su ágil mente captó las implicaciones de lo que había dicho antes de que él terminara de deshacerse el nudo de la corbata. Habló en un susurro.

—¿Eres tú? ¿La persona a la que están buscando? ¿Eres...?

Korchnói se puso un dedo en los labios para silenciarla.

—Vigila la salsa. Continúa removiendo —dijo volviéndose hacia el vestíbulo y dejando a Dominika contemplando su pelo gris y su manto morado.

—Valorar que las posibilidades de éxito son razonables y las de fracaso mínimas —dijo el general Korchnói—. Estamos listos para empezar, en Roma. Conozco bien la ciudad.

—Adelante —dijo Vania.

Estaban sentados en el sofá de su oficina. Zyuganov ocupaba la silla de al lado.

—La cabo Egorova abordará al jefe de la CIA en Roma. Conocemos la dirección de su residencia en el Centro Storico. Elegiremos una somnolienta tarde de domingo, cuando todo el mundo esté pegado al concurso de la televisión. La cabo Egorova explicará que es un correo de la SVR y que lleva solo unos días en Roma. Ha corrido el terrible riesgo de ir a verlo. Quiere contactar con el señor Nash. Nathaniel, a quien conoció en Escandinavia. El jefe de estación sabrá qué hacer. Llamará a Nash y este cogerá el primer vuelo a Roma.

—¿Y cuando llegue? —preguntó Egorov.

—Lo más probable es que se encuentren en la habitación del hotel de Nash —dijo Korchnói—. El procedimiento habitual. Ella le dirá que ha sido transferida al Servicio de Correos y que viajará con regularidad a Europa, Asia y Sudamérica. Los americanos, por supuesto, estarán interesados en su acceso. La posibilidad de interceptar un valija diplomática les excitará. Con esa tapadera podemos dictar la frecuencia y duración de futuros contactos. La cabo Egorova reavivará más adelante la relación que comenzó en Helsinki.

—Muy bien —dijo Egorov.

—Yo permaneceré entre bambalinas —añadió Korchnói—, ofreciendo consejo cuando sea necesario.

—Espero resultados positivos —dijo Vania.

—¿Puedo hacer una sugerencia a mis colegas de operaciones? —preguntó Zyuganov—. ¿Por qué no llevar a Nash a la habitación de hotel de Egorova? Más control, más seguridad.

Korchnói se preguntó por qué el enano sugería eso.

—Un pequeño detalle —dijo Vania moviendo la mano—: concentraos en obtener resultados positivos.

—Claro —dijo Zyuganov, reconociendo la autoridad de su jefe. Se volvió a Korchnói—. Tú, por supuesto, mantendrás Yasenevo al tanto de tu estatus, reuniones y situación.

Korchnói asintió cordialmente.

—Sin duda, reportaré regularmente, tanto como lo permitan la seguridad y el procedimiento.

—Gracias —dijo Zyuganov.

Korchnói y Dominika caminaron por el corredor de la Central. Ahora ambos sabían el secreto del otro. De una manera tácita, cada mirada entre ellos era más cómplice, su vínculo un grillete de hierro: irrompible y a la vez un poco incómodo. Ella andaba a su lado con su leve cojera marcando el paso, pero en realidad volaba. Iría a Roma por primera vez y vería a Nate de nuevo.

Dominika sentía la agitación del general. Estaba inquieto, nervioso. Lo miró mientras esperaban el ascensor.

—¿Qué sucede?

Ahora cada interacción estaba llena de significado, cada pregunta tocaba el inmenso secreto que compartían.

—Algo no va bien. Tenemos que tener mucho cuidado en nuestras

pequeñas vacaciones en Roma —le dijo—. De ahora en adelante tienes que hacer exactamente lo que yo te diga. *Likha beda nachalo*. Los problemas llevan al desastre.

Las puertas del ascensor se abrieron y se cerraron, como tragándoselos.

Zyuganof estaba al teléfono en su propio despacho. Las paredes de su oficina, más o menos pequeña, estaban cubiertas de fotografías de Zyuganov y colegas del SVR en la costa, frente a una dacha, de pie como delegación. Muchos de ellos ya no estaban: habían sido purgados por el propio Zyuganov, como le divertía advertir.

Asintió con la cabeza y dijo «da, da» en el teléfono como si estuviera recibiendo instrucciones detalladas.

—Sí, señor. Está claro. Sé perfectamente lo que hay que hacer. Sí, señor.

Colgó el auricular y pulsó el intercomunicador.

—Llame a Matorin. Que venga inmediatamente.

«Pro serovo rech a servy, navstretch», pensó Zyuganov, sentándose tras su mesa: hablando de gris, el gris viene a verme.

SALSA DE TOMATE RÚSTICA DE MARBLE

Sofría trocitos de cebolla, láminas de ajo y filetes de anchoa en aceite de oliva hasta que el ajo y la cebolla estén hechos y las anchoas se deshagan en la sartén. Añada pasta de tomate en el centro de la sartén y fríalo todo. Remueva hasta que la pasta adquiera el color del óxido. Agregue tomates maduros troceados,

orégano, guindilla y albahaca cortada en tiras. Sazone al gusto. Remueva la salsa hasta que espese y añádale un chorro de vinagre balsámico. Sírvala con hojas de albahaca fresca con pasta o albóndigas.

31

Hacía días que los agentes de la *rezidentura* en Washington se dedicaban a prepararse infusiones, leer los periódicos, ver la CNN y RTR Planeta y, ocasionalmente, a mirar a través de las persianas (que no se subían desde 1990). El tráfico de cables, tanto de llegada como de salida, se había detenido. No se salía a comer con nadie, no se acudía a las citas y los nuevos contactos corrían el riesgo de enfriarse. Durante semanas consecutivas, el FBI los había estado vigilando sin tregua, tanto en coche como a pie, algo sin precedentes y con resultados demoledores y efectos asfixiantes. Tras un mes, la Central había ordenado cancelar toda actividad operativa hasta nuevo aviso y había solicitado que la *rezidentura* preparase una valoración de la seguridad y explicara la situación. No había explicación.

Incluso el elegante *rezident* Golov no había permanecido inmune. Confirmó haber detectado que había coches vigilándolo a él personalmente veinte de cada treinta noches y que necesitaba urgentemente volverse «invisible». La reunión de apoyo con Swan se acercaba y no podía perdérsela por segunda vez. De ser así, no sabía cómo reaccionaría ella.

Las diez noches en las que ni Golov ni su Equipo Zeta de contraespionaje detectaron el más mínimo rastro de seguimiento habían sido, curiosa y perversamente, las peores. Las noches en las que no estaban del todo seguros, en las que no tenían la certeza absoluta de poder moverse a sus anchas. ¿Es que los americanos

habían desarrollado una nueva técnica o una nueva tecnología de vigilancia? El demonio sabría cuál era su estrategia. Pero era urgente hacerse invisible, indetectable.

Tenían que hacer todo lo posible para proteger a Swan, pero ella era una pesadilla con respecto a la seguridad. Continuaba rechazando propuestas razonables para mejorarla (comunicación electrónica, mensajes, discretos encuentros en hoteles, sustitutos preacordados para cubrir las reuniones perdidas): se negaba a todo en redondo.

—Si yo llevo mi puto culo a la reunión —le dijo a Golov—, más te vale llevar también el tuyo.

Una mujer imposible. Golov anhelaba pasar a Swan a un agente de gestión de operativos ilegales, pero Moscú se lo prohibía, sobre todo después de haber perdido al ilegal de New London.

Por tanto, Golov se enfrentaba a uno de los clásicos problemas del espionaje: necesitar reunirse con un activo sensible una noche predeterminada en un sitio preestablecido, a pesar de las condiciones de la calle. Abortar el encuentro era inaceptable, imposible. Esa noche era su cita con Swan. Tenía que conseguirlo.

Esa tarde revisó su ruta de detección de vigilancia con el Equipo Zeta. Golov les dijo que quería intentar conducir a la gente que lo seguía a un *dymohod,* un callejón sin salida, haciendo que delatasen su presencia. Y, lo que era más importante, creando una brecha de escape y zafándose de su seguimiento. Designaron un código numérico para las radios cifradas, que lanzarían una señal si la estrategia había funcionado. Repasaron la RDV una vez más.

Golov sabía que era una locura. Solo un activo tan valioso como Swan le haría asumir semejante riesgo, pero la Central insistía. Golov

tenía que intentarlo. Se puso en marcha a media tarde, en un coche en medio de otros ocho conducidos por ocho de sus agentes. Los vehículos atravesaron a la vez la verja de la embajada, en la avenida Wisconsin, cada uno en una dirección distinta. Los espías del FBI del puesto de vigilancia transmitieron la señal «explosión estelar», que indicaba que se había producido una salida en estampida diseñada para sobrecargar la vigilancia y permitir que alguno de los coches se librara de ella. El aviso de «explosión estelar» también fue oído por el equipo de oriones. Solo estaban interesados en el *rezident*, así que esperaron pacientemente a que los observadores avisaran sobre el paradero de Golov, que conducía su propio vehículo, un reluciente BMW negro serie 5. Golov condujo por la avenida Wisconsin, en cuyo lado occidental estaba destacado el Equipo Zeta. Cruzó la avenida Western, que marca el límite entre el Distrito Federal y el estado de Maryland, y torció hacia el sur, invirtiendo su curso en la retícula del barrio de American University Park, utilizando sus calles para desplazarse lateralmente, dar la vuelta, aparcar en el bordillo y esperar. Tras quince minutos los Zetas transmitieron: «Aparentemente nadie le sigue». Habían pasado por alto los dos coches parados de los oriones, que habían aparcado en los márgenes del barrio.

Golov volvió a subir por el oeste a lo largo de calles residenciales mientras su equipo lo seguía en paralelo. No sospecharon nada, porque no se estaba dando el típico movimiento envolvente de vigilancia practicado por el FBI. El Equipo Zeta cubrió a Golov mientras se desplazaba colina abajo hacia la calle Canal y cruzaba el puente Chain para llegar a Virginia. Allí le esperaba parado un coche de los oriones, en la intersección de las calles Arizona y Canal, la

única ruta entre Georgetown y Beltway que conducía al Potomac y cruzaba al estado de Virginia. Los oriones estuvieron tentados de inundar los barrios residenciales de Virginia, pero el director del equipo, un antiguo instructor de vigilancia de sesenta y cinco años con el nombre de Kramer, les dijo que se cortaran. En su lugar, ordenó que tres coches marcharan en paralelo al eje direccional de Golov por la ribera del Potomac que daba al estado de Maryland. Conducían hacia el norte siguiendo el río y anticipando los movimientos de Golov. La puerta trampa estaba en marcha.

Una orión (una abuela cuando no perseguía a oficiales del SVR) esperó en el aparcamiento de la esclusa 10 del canal de Chesapeake y Ohio, conocido como C&O. Otra abuela condujo diez millas hasta la Old Angler's Inn en MacArthur Boulevard, se sentó a una de las mesas del jardín bajo la luz vespertina, pidió una copa de jerez e intentó adivinar si las parejas allí sentadas eran amantes o no. Kramer dirigió a un tercer orión (en este caso una tía abuela) otras cuatro millas al norte del pueblo de Potomac, donde cenó una ensalada en la Hunters Inn. Mientras esas tres mujeres esperaban, grabaron una serie de matrículas y marcaron a más de diez personas que merodeaban por allí. La lista de posibles crecía. ¿Estaba alguno de ellos esperando el BMW negro?

Los dos coches de los oriones que quedaban (el equipo era pequeño ese día) se separaron. Uno de ellos cubrió el extremo superior de la calle River, al sudeste del Potomac; el otro aparcó a la entrada del Parque Nacional del canal C&O, donde, durante años, traidores americanos, como Walker y Ames y Pollard y Pelton, habían sacado de troncos medio podridos bolsas amorfas de basura llenas de dinero ruso. Los oriones se quedaron quietos y esperaron con las

radios apagadas, escaneando con los ojos, comprobando, programados para advertir la presencia del BMW: la silueta, el resplandor, la forma. Si Golov continuaba hacia Virginia, habrían perdido. Si volvía a Maryland, pero lejos del Potomac, habrían perdido. No les importaba esperar. Así funcionaba la puerta trampa. Habría otros días y otras noches. Solo tenían que acertar una vez.

Al final resulta que perdieron, porque Golov volvió a cruzar a Maryland por la I-495, parte de un bucle de autopistas de alta velocidad que permitió a su Equipo Zeta comenzar a desplegar, en el último tramo de la ruta, el *dymohod,* el tubo, la larga carretera de Beach Drive cuyas curvas entraban y salían del bosque y del arroyo de Rock por el sur hasta Georgetown. Al oír la señal de «todo despejado», Golov salió de Beach Drive al final de Rock Creek y aparcó en la calle 22 del West End, dejando que el Equipo Zeta continuara hasta el sur. Si el FBI hubiera plantado un geolocalizador en el coche de Golov (improbable: estaba siempre vigilado y se realizaban barridos todas las semanas), los federales lo hubieran encontrado a una manzana de hoteles como el Ritz-Carlton o del Fairmont, y de los casi cincuenta restaurantes del pasillo de la calle K. Por ellos, que se pusieran a registrar todos si les daba la gana. Cerró su coche y caminó seis manzanas hasta llegar a la familiar entrada del Tabard Inn. Ya era de noche y el interior del establecimiento estaba iluminado.

Otra locura era utilizar el mismo lugar para dos encuentros seguidos. Por lo menos debería haber habido un paréntesis para enfriarlo. Golov entró en el restaurante y pasó por delante de la

barra para recorrer el pasillo que conducía al jardincito vallado del fondo. En esta ocasión, Swan había llegado antes que Golov. Estaba sentada a la mesa contra la valla del jardín, fumando. Golov anticipó problemas. Swan acababa de hacer una señal al camarero para que le trajera otra copa. Frente a ella había un vaso largo vacío. Llevaba un traje azul con una blusa roja. Un collar de piedras azules alrededor del cuello combinaba con el traje; las uñas, rojas, con la blusa. Se había peinado la melena hacia atrás, dejando la cara despejada. Bajo la débil luz de las bombillas de los árboles, parecía más vieja y acartonada.

—Stephanie, ¿cómo estás? —saludó Golov como bienvenida.

Alargó la mano, pero ella no hizo el gesto de cogerla. Él sonrió y se sentó. El camarero llegó con un whisky doble para la senadora Boucher. Golov, cansado y agarrotado por las cinco horas en coche, pidió un Campari con soda.

—Anatoly —dijo Boucher con falsa cercanía—, te he estado esperando en este puñetero jardín durante casi una hora.

Intentó encender un cigarrillo con su pequeño encendedor dorado varias veces antes de conseguirlo.

—Lo siento mucho, Stephanie —dijo Golov—, pero estaba ocupado intentando que el FBI al completo no me acompañara a nuestro encuentro.

—Qué profesional por tu parte.

—Podríamos organizar las cosas de manera más segura si estuvieras dispuesta a considerar una serie de pequeños cambios —dijo Golov.

—Otra vez no, por favor. Es muy reconfortante oírte hablar de mi seguridad cuando hay una investigación a gran escala en

Washington sobre un agente ruso situado en las altas esferas.

Boucher soltó una bocanada de humo.

—¿Cómo? ¿Qué has oído? No tenemos ninguna razón para pensar que tu estatus se haya visto comprometido —dijo Golov—. Estamos bastante seguros de que ni el FBI ni la CIA tiene idea alguna sobre nuestra relación. Cinco personas del planeta saben quién eres y esa lista nos incluye a ti y a mí. ¿Qué es eso de una investigación para encontrar a un agente ruso? Detalles, por favor, Stephanie.

Esto era importante. Le picaba la cabeza. Mala señal.

—Me alegro de que estés tan seguro. ¿Cómo, entonces, explicas lo que escuché de boca de uno de los idiotas de la CIA durante la sesión informativa cerrada a la Comisión? Sonaba como que tenían pistas. Buscan a alguien que sufre de herpes, ya sabes, Anatoly, las heridas rojas que salen en la piel. Como picor de chichi.

Echó la cabeza atrás para apurar la copa y los cubos de hielo chocaron contra sus dientes. Hizo una señal para que le trajeran otra.

—Stephanie. Tú no tienes herpes, ¿no? —preguntó Golov.

Tendría que transmitir esa información inmediatamente, esa misma noche. Ella lo miró con irritación.

—Ese no es el tema. Sabes igual que yo que no puedo poner en riesgo mi puesto. He trabajado mucho y durante mucho tiempo para llegar hasta aquí.

A Golov le asombró que su colosal ego pudiera interpretar ese juego mortal, peligroso, como un mero potencial obstáculo en su carrera. ¿Era consciente del peligro que suponía para ella? ¿Y de las consecuencias?

—Esa es precisamente la razón de que insista en que nos

encontremos en habitaciones de hotel.

—Lo consideraré —respondió Boucher. Dio un repaso al camarero cuando le sirvió el tercer whisky, mirándolo mientras se alejaba—. Pero hay algo más —añadió en un tono plano, el que utilizaba durante los testimonios parlamentarios—. Si cometéis un error y los federales llaman a mi puerta, no iré a la cárcel. No iré. Así que quiero que me deis algo... permanente, algo que me pueda tomar.

Golov se recostó en la silla asombrado. «La mención de la caza del topo la ha desequilibrado y ahora quiere una pastilla L. ¡Toda una senadora de los Estados Unidos!» ¿Dónde se habría enterado? Él se acercó a ella y suavemente tomó sus manos entre sus dedos.

—Stephanie, es lo más asombroso que te he escuchado decir hasta ahora. No puedes estar pidiéndolo en serio. Estás hablando de la prehistoria, de los mitos de la Guerra Fría. No existe tal cosa.

—Creo que me mientes, Anatoly —dijo sonriendo débilmente mientras se deshacía de sus manos—. O me consigues una o disolveré nuestra «sociedad», como tú la llamas. Cuando nos veamos dentro de un mes (¿serás puntual el mes próximo?), espero una cajita monísima con pastillas. Que sea de marfil o nácar.

—Todavía me cuesta creerte —dijo Golov—. Voy a consultar con Moscú, pero dudo que me concedan la autorización.

Como era su costumbre, la senadora Boucher esperó hasta el final de su reunión para buscar en su bolso y deslizar un disco negro por la mesa hasta Golov. Antes de metérselo en el bolsillo, vio el logo de Pathfinder inscrito en un lado. La senadora sabía crear efectos dramáticos, pensó Golov mientras la veía salir con paso inseguro.

Anatoloy Golov se quedó sentado en una mecedora estilo Nueva Inglaterra en una habitación del Tabard Inn. La decoración de la pequeña estancia se componía de paredes de flores moradas, carteles de circos franceses enmarcados, una exuberante alfombra persa y, en una de sus esquinas, una cama demasiado grande con dosel.

Desde la última reunión con Swan, la vigilancia de la *rezidentura* no había disminuido. En vez de arriesgarse a implementar otra larga RDV, Golov había recibido la aprobación de la Central para intentar una «escapada del maletero» y hacerse así «invisible». La mañana del encuentro, Golov se había tendido en el maletero del coche del consejero de Economía, respirando oxígeno puro de una pequeña bombona por una mascarilla. Esa misma mañana, tres esposas de edad madura de la embajada habían ido conduciendo, haciendo caso omiso de la vigilancia, a Friendship Heights, en el norte de Wisconsin. Siguiendo las instrucciones del *rezident*, habían aparcado en el aparcamiento subterráneo, habían cerrado el coche y se habían ido de compras.

Una de las esposas había observado el vehículo aparcado durante quince minutos. No vigilaba nadie, estaba despejado. Cargando las bolsas con sus compras, las mujeres se habían acercado al coche, habían dado dos suaves golpecitos y habían abierto el maletero para dejar salir a un enojado y entumecido Golov.

Maldijo el caso Swan, Moscú y el Servicio, pero era invisible, indetectable, se había librado de la vigilancia. La «escapada del maletero» había funcionado. Abandonó el garaje y regresó a Washington caminando, tomando autobuses de forma aleatoria y algún que otro taxi. Evitó el sistema de metro y sus ubicuas

cámaras. Llegó a DuPont Circle y mató dos horas en librerías y en un pequeño *bistró*. Al anochecer, en el pico de la hora punta, caminó rodeando el Circle hacia el sur hasta la calle 19 para llegar a la calle N, a cuatro manzanas del Tabard Inn. No había señal de que lo vigilasen. Su atuendo era casual, para variar y poder mezclarse entre la gente, con una apagada chaqueta de ante sobre un jersey marrón de cuello redondo, pantalones de pana y unos cómodos zapatos de gamuza. Gracias a Dios por los zapatos. Cuando entró en el establecimiento, se puso unas gafas de montura gruesa con lentes sin graduar.

Golov se sentó en la suite del hotel y terminó un plato de almejas del Egeo aliñadas con orégano, queso de cabra, limón y aceite, acompañadas de una fría botella de vernaccia, de la Toscana. Le aliviaba haber podido alquilar sin problemas una habitación con un carnet de conducir falso y cheques de viaje. Habían pasado años desde que Golov había reservado una habitación de hotel bajo un alias (había sido un juego de juventud). La tensión y los nervios del procedimiento le habían dejado la boca seca, que alivió la frescura del vino. A pesar de su acento extranjero y el hecho de que no tuviera ni reserva previa ni equipaje, el distraído empleado del hotel pareció quedar satisfecho. Era un caballero distinguido. Lo acompañaron a la pequeña pero elegante habitación del segundo piso, donde podría estar a salvo de miradas ajenas. La privacidad era prioritaria, especialmente esa noche por lo que él tenía que darle.

Terminó de cenar y fue al cuarto de baño para refrescarse la cara, mirarse en el espejo y volver a maldecir el Servicio. Cerró la puerta con llave, bajó al pequeño vestíbulo y se sentó en un rancio sofá de ante verde enfrente de la puerta principal. Esperó, nervioso, con una

revista en el regazo, pero sin leerla.

La senadora Boucher entró en el local como si fuera la dueña. No vio a Golov sentado en el sofá (las gafas sin graduar interferían con sus rasgos patricios) y le pasó de largo a solo medio metro de distancia. Boucher atravesó una sala para que la vieran, no para ver quién estaba allí. Golov la alcanzó silenciosamente en el pasillo y la condujo hacia la pequeña escalera que llevaba al segundo piso. Nadie los había visto. Golov abrió la puerta y dejó que Boucher pasara primero. La senadora miró la habitación y sonrió con aires de superioridad.

—Anatoly, qué acogedor, siempre sospeché que eras un romántico.

Ignorando el comentario, Golov le ofreció una copa de vino, que ella aceptó como sustituto del whisky.

—Reunirnos aquí aumenta nuestra seguridad, Stephanie —dijo Golov—, pero la próxima vez tenemos que elegir otro hotel. Insisto en ello y lo mismo dice Moscú.

—Qué agradable por tu parte y la de Moscú —dijo Swan alargando la mano para que le sirviera más vino—. ¿Me has traído mis... vitaminas? Dime que lo has hecho, Anatoly, y me pondré muy contenta.

Golov pensó en un agente que había gestionado en Beirut Este, un cristiano maronita que se había acostumbrado a exigir dinero y regalos antes de compartir su información, de forma que la situación se había vuelto inviable. Golov había ordenado al grupo Vympel de la KGB que hundieran su grueso cuerpo más allá de Raouché y la Roca de las Palomas, pasada la barrera de cuarenta y cinco brazas. Miró a Swan y soñó despierto.

—Tengo noticias positivas —dijo Golov.

Se sirvió otra copa de vino y se sentó cerca de ella en un sofá de pana. Sacó una caja oblonga del bolsillo de la chaqueta y la puso en la mesa. Abrió la caja para revelar una elegante pluma insertada en un forro de seda celeste. Era una Montblanc Etoile, con un cuerpo negro y curvo, un capuchón acampanado color crema y la icónica estrella de Montblanc grabada en su punta. El final del clip estaba rematado por una perla de Akoya perfecta. Boucher estiró el brazo para cogerla y exclamó:

—Qué bonita.

Golov la detuvo cogiéndola por la muñeca y retirándole la mano.

—Es una pluma preciosa —dijo Swan—, pero yo había pedido algo que me pudiera tomar, una pastilla.

—No hay pastillas —espetó Golov de manera bastante brusca—. Hemos consentido tu petición, bastante extraordinaria, y esto es lo que te daremos. —Tomó la pluma y asió la perla con la yema de los dedos—. Tienes que sujetar la perla con firmeza —explicó—, y tirar de forma suave pero constante...

La perla se soltó súbitamente. Estaba pegada al final de una aguja de una pulgada que se sacaba de un orificio que recorría la parte inferior del clip. La aguja tenía un tono azul cobrizo, como si hubiera sido expuesta a una llama. Golov deslizó la aguja dentro del clip y empujó la perla hasta alcanzar el dispositivo de cierre que la bloqueaba.

—¿Qué es esto? —dijo Boucher—. Te pedí algo sencillo.

—Cállate y te lo explicaré —saltó Golov.

Fantaseaba con volver a extraer la aguja y clavársela en el cuello a Swan. Se tranquilizó.

—La aguja está cubierta por una capa de un compuesto natural.

Solo necesitas hacer que penetre la piel, hacerte un rasguño en cualquier parte, y tendrá un efecto inmediato. Diez segundos. —Levantó la mano para callarla—. Es infinitamente más eficaz que una pastilla. Por favor, olvídate de lo que has visto en las películas. Una pastilla puede perder potencia tras un período de tiempo. Con esto no existe ese problema.

Le alcanzó la pluma a Boucher.

—Ahora extrae la aguja —dijo una vez más poniendo la mano en su muñeca—. Muy lentamente, con mucho cuidado.

Las manos de Boucher temblaron un poco cuando cogió la pluma, la sopesó y tiró de la perla lenta y con serenidad, sacándola del clip. La pequeña aguja brillo débilmente; su amenaza parecía verse acentuada por su proporción achaparrada. Boucher devolvió la aguja a su funda y empujó la perla hasta la posición de bloqueo. Se volvió a Golov, un poco arrepentida.

—Gracias, Anatoly.

Enganchó la Montblanc entre los botones de la blusa y se bebió de golpe lo que quedaba del vino. Había pasado la gravedad del momento y recorrió la habitación con la mirada hasta detenerse en la cama con dosel y luego en Golov.

—¿Remotamente interesado? —le preguntó, para horror del *rezident*.

ALMEJAS MEDITERRÁNEAS DE GOLOV

Mezcle orégano fresco, zumo de limón, panko, aceite de oliva y queso feta desmenuzado con mantequilla a temperatura ambiente. Forme con ello una mantequilla suave. Enfríe. Ponga

una cucharada de mantequilla en cada almeja abierta dentro de su concha sobre un lecho de sal *kosher*. Métalas en el horno durante un minuto o dos hasta que la mantequilla se derrita. Rocíe cada almeja con unas gotas de limón.

32

Roma: tejados ocres y mármol resplandeciente bajo un sol eterno. El zumbido de los *motorini* entre el tráfico, a toda velocidad, conducidos por muchachas de cabellos moreno azabache y zapatos altos de cocodrilo subía el ánimo. El general Korchnói respiró hondo. Este había sido su terreno de operaciones. Pidió la comida en un restaurante viejo pero elegante. Dominika nunca había oído hablar de los *spaghetti alla bottarga,* pero un cuenco de pasta con aceite de oliva y botarga de mújol rallada la dejó extasiada. Miró a Korchnói, que asintió complacido. No se parecía en nada al caviar ruso, pensó.

Estaban sentados en la Taverna dei Fori Imperiali, dos pequeños saloncitos de mesas con manteles, paredes de estuco cubiertas de murales de colores pastel y suelos de baldosas blancas y negras. El restaurante estaba en medio de la Via Madonna dei Monti, una callejuela en sombra a perpetuidad, con desgastados edificios de viviendas. La panadería y la carpintería a puerta de calle llenaban la atmósfera de olor a pan horneado y a serrín.

El día antes Dominika había abordado al jefe de estación de la CIA en Roma y le había dado el mensaje, dejando el número de un teléfono desechable. Korchnói la había observado cuidadosamente después del contacto (sólida como una roca y tranquila) y había dado su aprobación. En la calle se había sentido estimulada, sus mejillas estaban arreboladas y sus ojos reflejaban el chapoteo de una docena de fuentes de delfines. Korchnói cambió unilateralmente el plan operativo cuando estuvieron fuera de Moscú. La Central

había insistido en que ellos, para empezar, contactaran con los americanos discretamente en la calle y luego utilizaran una habitación alquilada por la CIA para las conversaciones.

—Discúlpame, pero no me fío ni de tu tío ni de ese Zyuganov —dijo Korchnói a Dominika mientras paseaban después del almuerzo.

Caminaban lentamente por el Foro, sobre los adoquines de *sanpietrini,* subiendo por el estrecho paseo, mirando si los seguían. Metieron un euro en una caja metálica y descendieron a la Cárcel Marmetina, imaginando cómo metían a san Pedro en el calabozo a través del agujero excavado en la roca de la colina Capitolina. La cárcel inquietó a los rusos, que salieron rápidamente a la luz del día.

Mientras deambulaban por los diversos barrios, dieron prioridad al tiempo sobre la distancia para asegurarse de que no los vigilaban. Korchnói le hablaba, a veces se detenía y le ponía la mano en el hombro. Le describió la vida, lo que suponía trabajar para la CIA desde Rusia sin ser detectado por el Servicio. Se sentaron en un banco cerca del obelisco, saboreando *granitas*, ricos helados de café, mirando todo el tiempo el reloj y a los peatones y coches, mientras Korchnói le contaba cómo un espía debe conocer la diferencia entre correr riesgos y caer en la imprudencia, cómo evaluar (sin necesariamente aceptar) la dirección de tu enlace en la CIA.

—Es tu vida, tu integridad —dijo Korchnói—. En última instancia eres tú quien tiene que decidir qué hacer y cómo hacerlo.

La luz romana la liberaba. Le contó a Korchnói más sobre Helsinki, sobre sus actividades, cómo se había sentido con su secreto, la dulce sensación helada que le producía, dijo mirando al cono de espresso que tenía en la mano. No mencionaba a Nate a menudo porque no sabía qué sentía él o qué sentía ella misma. ¿Cómo la

veía él? ¿Primero como agente y luego, durante un breve instante, como amante fugaz? Era demasiado difícil y Korchnói lo percibía, lo sabía.

El general habló de control, del cálculo y la paciencia. La trinidad que le había permitido sobrevivir durante catorce años como un activo de la CIA. Nunca decían explícitamente que «trabajaban juntos», pero tampoco definían su asociación de ninguna otra forma. Sabían que los agentes raramente espiaban en tándem. Korchnói no hablaba en absoluto de su visión de su «sucesión» ni hacía aparente el papel de Dominika como sucesora.

De lo que tampoco hablaban (quizá no podían) era de Rusia y sus sentimientos hacia su país. Era un terreno pantanoso de traición y deslealtad, así que lo dejaban tranquilo. Ya habría tiempo. Ahora solo tenían tiempo para terminar su ruta de vigilancia, llegar al sitio del encuentro y reunirse con el principal enemigo.

Marble había informado a Langley por satélite de que el acercamiento de Dominika al jefe de la estación de Roma señalaría su llegada a la ciudad. Esto desencadenaría una reunión al cabo de veinticuatro horas, irónicamente en un lugar que solía utilizar la KGB, ahora largo tiempo inactivo, situado en Villa Borghese y que Marble recordaba de hacía quince años. También había transmitido una breve frase («se ha pasado. Ahora es nuestra») para indicar a Benford que Dominika, en esencia, había sido reclutada por él. Una situación de lo más extraordinaria. Dos agentes que conocían la condición del otro, con el mismo controlador, metidos en un caso que dirigía un científico loco de contrainteligencia. Dos cazadores de

topos con una necesidad añadida: tener que decidir dónde cenar. Después de todo, estaban en Roma, pensó Marble.

El móvil barato de Dominika vibró mientras subían la escalinata que llevaba al extremo norte de la Muralla Aureliana, desde donde se vislumbraban los árboles verde azulados, los mosaicos color galleta y las cúpulas doradas. Korchnói contestó en italiano, escuchó durante diez segundos y lo cerró abruptamente.

—Ya están listos. ¿Te apetece dar un paseo por el parque?

Caminaron bajo el calor de la tarde romana y cruzaron la Porta Pinciana que conducía a la Villa Borghese. Korchnói vestía un ligero traje gris y una camisa oscura con el cuello desabrochado; Dominika, una falda azul marino y una camisa de rayas azules y rosas. Llevaba el pelo recogido por el calor. Juntos parecían padre e hija, prósperos romanos, quizá de camino al museo del centro del parque. Korchnói podía ver que ella estaba emocionada y nerviosa, sus ojos azules resplandecían. Pero también advirtió su penetrante mirada comprobando si los vigilaban, catalogando a la gente.

Por supuesto, Korchnói conocía el parque. Había estado destinado en la *rezidentura* de Roma al comienzo de su carrera. Allí había conocido agentes y, mientras su mujer vigilaba, había dejado paquetes para activos en escondites enterrados. Siglos atrás. Ahora él y Dominika caminaban por las anchas avenidas cubiertas de grava moteadas por el sol que se filtraba a través de los plátanos. Korchnói condujo a Dominika por los estanques y se detuvo en la perfecta Fontana dei Cavalli Marini, con los caballos rampantes de cascos hendidos. Rodearon el hipódromo de la Piazza di Sienna y bajaron el Viale del Lago. Korchnói no había detectado repeticiones, ninguna indicación de vigilancia, a pesar de su ruta serpentina. Dos minutos

para llegar a su destino. Más que verlo, sentía que Dominika se estaba poniendo nerviosa, tensa. Korchnói la tomó del brazo y le contó un chiste.

—Un hombre llega asustado a la KGB: «Mi loro ha desaparecido». «Eso no es de nuestra competencia, vaya a la policía criminal», contesta la KGB. Y el hombre contesta: «Disculpe, ya sé que tengo que ir a la policía criminal. Estoy aquí para declarar oficialmente que no estoy de acuerdo con ese loro».

Dominika resopló y se tapó la nariz con la mano. Korchnói la miró y pensó que no le había fallado la intuición. Ella sería su sustituta. Sería capaz de hacerlo. Benford se daría cuenta a los diez minutos de conocerla.

Estaban cerca de un pequeño lago artificial con un templo jónico dedicado a Esculapio sobre una isla en su centro. Siguió la mirada de Korchnói y vio a un hombrecillo arrugado sentado en un banco al borde del lago.

—Benford —dijo Korchnói—. Voy a saludarle. —Hizo un gesto con la cabeza en dirección a la isla—. Sigue paseando alrededor del lago —ordenó—. Hay un puentecillo entre la isla y la orilla.

Él se acercó al banco. Dominika vio que el hombrecillo se levantaba y estrechaba la mano de Korchnói. Luego ambos se sentaron.

Dominika empezó a caminar alrededor del pequeño lago sin sentir las piernas. El corazón le latía con fuerza, podía oír el sonido que hacía al tragar. ¿Qué le diría? ¿Que le había echado de menos? «*Glupyi*. Estúpida. Sé profesional. No es que vayáis a estar solos. Habrá otra gente y hoy te lo juegas todo, como se suele decir. Sé profesional.»

Detrás de un sauce en la orilla vio una oscura silueta sobre el puentecillo de acero, en la cúspide de su graciosa curva. Conocía esa figura, cómo se movía, apoyándose en la barandilla, una forma en la sombra. Veía el halo que rodeaba su cabeza, más oscuro de lo que recordaba, pero podía ser la sombra de un árbol. Él se movió y sus pasos resonaron sobre el acero del puente.

Los capullos del sauce flotaban sobre la superficie del agua. Ella se acercó a él y le ofreció la mano.

—*Zdravstvuy* —dijo ella—. Hola.

Se quedó quieta, esperando que estallara la burbuja, que él ignorara la mano y la abrazara.

—Dominika —dijo Nate—. ¿Cómo estás? —Extendió la mano y ella la tomó, sintiendo su contacto, recordándolo todo—. Hemos estado preocupados por ti. Pasamos mucho tiempo sin saber nada.

Morado y brillante, como recordaba. Ella le soltó la mano.

—Estoy bien —dijo—. He estado trabajando con el general.

Eso, por lo menos, ya estaba sobre la mesa. El secreto que ella había estado intentado averiguar.

Nate no quería hablar de Marble con ella, porque las reglas de compartimentación lo prohibían. Había ensayado lo que le diría cuando se encontraran de nuevo: que había pensado en ella todos los días, lo mucho que le importaba... pero le salió mal.

—Me alegro de que estés fuera —dijo—. Tenemos mucho de que hablar.

Oyó sus torpes palabras, los rebuznos de un controlador de confidentes de nivel medio. Pronto estaría revisando el calendario de reuniones con ella.

Dominika veía que él lo estaba pasando mal: su halo latía como si

fuera esclavo de los latidos de su corazón. Se miraron sin decir nada y Dominika se puso tensa, porque sabía que, si él no se movía en tres segundos, sería ella la que le rodearía el cuello con los brazos.

Oyeron el suave chasquido de unos dedos y Nate levantó la cabeza. Benford le saludó con la mano. Korchnói y él estaban de pie. Benford señaló el puente y comenzaron a andar. Nate saludó en señal de asentimiento y se dirigió adonde estaban los dos hombres con Dominika a su lado.

Los cuatro se sentaron en el elegante salón de la suite de Benford en el Aldrovandi, en el lado opuesto del parque. Suaves tonos tierras, un jarrón de flores y un brillante suelo de mármol. Una piscina turquesa en el jardín, detrás de los cipreses. La brisa que entraba por el balcón movía las finas cortinas en suaves espirales. Una botella de vino permanecía abierta en una cubitera de cobre sobre la mesa.

Ocuparon las sillas que rodeaban una mesita de café, mientras las cortinas se elevaban y volvían a caer. Benford había discutido (y aún seguía discutiendo) la naturaleza excepcional de la situación de Marble y Dominika.

—Es incuestionable —decía Benford—, la peor de las situaciones en cuestión de seguridad. Tenemos que hacer ajustes inmediatamente.

—Una idea excelente —repuso Marble—. Me gustaría hablar contigo sobre ese tema, Benford, en privado. Me temo que será mejor, al menos por el momento, que Dominika no esté en la habitación. Y aunque sé que Nathaniel es mi controlador y, por

tanto, entiendo que responsable de mí, estoy seguro de que no le importará irse con Dominika y hacerle compañía.

Los dos abandonaron el cuarto y Marble se volvió hacia Benford, que se estaba encendiendo un cigarrillo.

—Es joven y apasionada, pero lista —dijo Marble—. Desde que está en mi departamento me ha estado observando, sin decir nada, solo evaluándome. He podido ver su determinación. Hice que admitiera ella misma su reclutamiento en Helsinki. Lo sospechaba. ¿Teníais pensado decírmelo en algún momento?

Benford se encogió de hombros.

—Y yo le he contado mi situación, de forma indirecta, pero lo pilló al instante. Hemos estado hablando: de los riesgos, del peligro, del trabajo (sobre penetrar la Central). Ella escucha sin pestañear, sin un solo temblor. Muy satisfactoria —dijo Marble.

—Muy reconfortante —respondió Benford secamente—. Yo aún pienso que es una joven de bajo rango en el Servicio y que tendrá que enfrentarse a muchos retos en su carrera. Tardará años en conseguir un puesto importante, si es que lo consigue.

—Conoces el juego igual que yo, Benford —dijo Marble—. Los que empiezan desde abajo y van haciéndose con el papel son los mejores, los más seguros. Ella es perfecta.

—¿Y será capaz de entregarte? ¿Puede hacerlo?

—Lo hará si no se da cuenta de lo que está haciendo. Actuará de forma mucho más convincente, su shock será genuino. En cualquier caso, seguirá las instrucciones que se le den. De eso estoy seguro.

—Eso es ridículo —dijo Benford—. Te necesitamos más que nunca. Contemplar perderte antes de tiempo...

Apagó el cigarrillo en un cenicero de cristal. Marble sacudió la

cabeza.

—No podemos calcular el tiempo. No tengo manera de saber lo cerca que están de descubrirme. Vania está activo. Aparte de la *kanareyka zapadnya*...

—Traducción, por favor.

—... la trampa que nos ha tendido. Dios sabe lo que estarán tramando Zyuganov y él.

—¿Adónde quieres ir a parar?

—Que puede que tenga mucho tiempo o muy poco. Es fundamental que Dominika esté preparada cuanto antes. Si me cogen antes de que ella me entregue, perderemos el posible beneficio.

—Discúlpame, pero ¡mierda! —exclamó Benford.

—Deja de quejarte, amigo mío. Estamos haciendo algo sin precedentes en nuestro oficio. Intercambiamos un año o dos de mi información a cambio de posicionar a un nuevo espía con el potencial de trabajar durante veinte o veinticinco años. Es genial.

Benford sacudió la cabeza.

—Tú no has estado trabajando todos estos años para esto, con todo el peligro y los riesgos. Te mereces una buena jubilación, una recompensa.

—Mi recompensa será dejar todo organizado, continuar el trabajo a través de ella. Lo único que falta es que tú y yo decidamos el momento oportuno —dijo Marble.

—Puede que este viaje no sea el momento adecuado —respondió Benford encendiendo otro cigarrillo—. No queremos esperar mucho tiempo, pero sí lo suficiente para observar si la prueba da algún pequeño resultado.

—¿Me avisarás? —preguntó Marble.

—He informado de que el topo americano sufre un brote de herpes. Es eso lo que Egorov le dijo a Nasarenko, ¿no?

—Pobre Nasarenko. ¿Te puedo preguntar a quién le has lanzado el cebo? —preguntó Marble.

—A quince miembros de la Comisión de Inteligencia, oficiales del Pentágono y algunos miembros del personal de la Casa Blanca —contestó Benford—. Un grupo lo bastante reducido para investigarlo si salta la alarma.

—*Vsego dobrogo* —dijo Marble—. Que tengas buena suerte. Mantendré los ojos abiertos y te avisaré si el pobre Nasarenko se tira por la ventana.

—Qué colaborativo —dijo Benford—. Y si puedes mantenerlos también abiertos por si surgieran otras pistas...

—Tengo algo en mente, pero luego —anunció Marble.

Nate y Dominika se sentaron en el cuarto y hablaron tranquilamente. Él actuaba con despreocupación, pero ella lo conocía bien y veía la intensidad de su aura. Él repitió que había estado preocupado por ella, todos habían estado esperando saber de ella y habían sentido un gran alivio cuando el general Korchnói había reportado que estaba a salvo. Se echaba la culpa de lo que había pasado, de su regreso a Moscú. Pero ahora podían recomenzar su relación, podían trabajar juntos de nuevo. Dominika pensó que sonaba como un agente encargado de un confidente, exactamente lo que era. Había estado preocupado*,* luego aliviado*. Chto za divo!* Maravilloso.

Nate se oía parlotear. Era consciente de los hombres de la

habitación de al lado, consciente de lo incómodo de la situación. Sabía que tenía que controlarse. Tartamudeó y paró de hablar cuando vio su cara. Elegante, deslumbrante, serena. Recordó esa expresión, el gesto de su boca. Se estaba enfadando. Los infinitos meses separados sin saber si estaba muerta y durante su primera hora juntos ella se cabreaba.

«¿Y ahora qué?», pensó Dominika. Habían estado separados, pero ella había albergado expectativas. Las cosas ahora, al parecer, eran distintas. No podían volver a los emocionantes días de Helsinki, cuando salía a escondidas de la *rezidentura* de Volontov con documentos hurtados debajo del jersey. Las largas tardes en la luminosa casa segura, cocinando, pertenecían al pasado. También el pequeño dormitorio bañado por la luz de la luna.

Era una estúpida *fantazerka*, una soñadora con la cabeza llena de pájaros. Muy bien, podía hacerse la profesional, pero no iba a ponérselo fácil. Dominika de sopetón le contó a Nate cómo se la habían llevado de vuelta a Moscú; le habló del sótano de Lefortovo, de los días sin fin llenos de interrogatorios y de las bofetadas y los labios morados, y de cómo los armarios en los extremos del pasillo crujían cuando la tiraban dentro.

Su cara estaba cenicienta cuando le contó que había conservado su imagen en su mente y que eso la había ayudado a sobrevivir, traerlo junto a ella, por los pasillos y las celdas. Nate no reaccionó, pero ella lo vio en sus ojos, la neblina morada detrás de él se había intensificado por la emoción. Tembloroso, se levantó de la silla.

Estaba sirviéndose vino en el aparador al fondo de la habitación y Dominika se levantó y se acercó a Nate. A él le temblaba la mano al servir las copas. No podía mirarla. Sabía que, si en ese momento se

tocaban, él estaría perdido. Pero se volvió a mirarla. Miró su pelo, sus labios, los cincuenta matices de sus ojos azules. Con los ojos le dijo: «No, no debemos», pero su garganta se había cerrado y sus entrañas gemían. Tomó la cara de Dominika en sus manos y la besó, recordando su sabor.

Se besaron apasionadamente, como si alguien fuera a entrar a separarlos. Dominika lo cogió del cuello y lo hizo caminar de espaldas hasta un balconcillo de mármol bajo la luz mortecina del atardecer. Las palomas volaban como dardos entre las copas de los cipreses, negros contra el cielo. No se oía nada, ni una brizna de viento. Ella lo empujó contra la baranda del balcón y, sin palabras, le desabrochó la hebilla del cinturón y se subió el vestido. Dominika estaba de puntillas frente a él, como una putilla de un callejón al lado de Kopevskiy Pereulok. Se agarró al hierro forjado fuertemente, hasta tener los nudillos blancos, levantó una pierna y enganchó el zapato en la barandilla. Aplastó la boca contra la suya y gimió en la garganta hasta llegar al estómago. Su cuerpo tembló, soltó la barandilla y abrazó su cuello para sujetarse. Todo el corcoveo, temblores y sacudidas del balconcillo pusieron nerviosas a las palomas de los árboles, que se zambulleron y dieron vueltas e hicieron piruetas sobre las copas de los cipreses.

Aferrarse el uno al otro era dulce, natural y lógico, y el mundo para Dominika se redujo a ese balcón y Nate mientras recorría su boca con los labios. Sus brazos estrecharon su cintura y las piernas de Dominika comenzaron a templar convulsivamente. «Dushenka», murmuró ella en su oído, y las palomas atravesaron en picado el cielo nocturno.

No se movieron durante dos minutos. Luego Dominika respiró

desgarradamente en su boca y se deshizo de su abrazo, alisándose la falda. Él se metió el faldón de la camisa en los pantalones y entraron en la habitación. Nate encendió una lámpara y le ofreció una copa de vino. Se sentaron uno junto al otro, mirándose de frente sin hablar. A Dominika le temblaban las piernas y sentía el latido de su corazón dentro de la cabeza. Parecía que Nate iba a decir algo, pero Benford entró en la habitación para ir a cenar.

Serguéi Matorin, el verdugo del SVR de la Línea F, estaba sentado en una acera al lado del Harry's Bar, en uno de los extremos de la Via Veneto. Tenía la vista de la entrada del hotel de Egorova en Via de Porta Pinciana, y estaba esperando entreverla a ella o a Korchnói, pero sobre todo al joven americano. Su cerebro de ardilla nerviosa se había grabado la cara del americano en su memoria antes de abandonar Moscú. «Ya tendría que haberse producido alguna actividad», pensó. Sentía un peso en el pecho, y la boca seca.

Estaba tentado a entrar en la habitación de Egorova y esperarla en la oscuridad, en una esquina, envuelto en el olor a vinagre y amoniaco de su propio cuerpo, pero había recibido estrictas instrucciones directamente del jefe Zyuganov, totalmente secretas: ninguna acción innecesaria; espera a que haya una oportunidad; ningún error. Matorin se contentaba con sentarse a esperar.

Había visto a varias mujeres subir en las escaleras mecánicas desde el metro de Galleria Borghese, pero las ignoró a favor de su última ensoñación: un grupo de mujeres y niños afganos escondiéndose, asustados, tras los muros de piedra de un redil sobre una colina, durante la ofensiva de Parwan. Las granadas de los GP-

25 volaban en arco acorralándolos y los gritos de las mujeres se mezclaron con el suave crujido de las explosiones hasta que se hizo el silencio. El estrepitoso claxon de un coche de Via Veneto lo sacó de golpe de su ensoñación, y Matorin se lamentó por ello.

SPAGHETTI ALLA BOTTARGA DEI FORI IMPERIALI

Sofría ajo en aceite de oliva hasta que dore. Retírelo. Ponga mantequilla y una cucharada de huevas de *bottarga di muggine*. No las cocine demasiado, porque se ponen amargas. Añada pasta al dente y remueva bien para que se empape de la salsa. Agregue más mantequilla y una segunda cucharada de *bottarga*. Para terminar, ponga perejil fresco.

33

El *rezident* Anatoly Golov se hubiera sentido inquieto si hubiera sabido lo mucho que los oriones habían deducido con solo observar sus movimientos sobre el terreno. Era todo un maestro, habían dicho, un intelectual, un artista. No usaba los agotadoras reglas del SVR, las severas rutas de detección de vigilancia a toda velocidad, las maneras arrogantes, las provocaciones al final de la escapada. El estilo de Golov reflejaba sus muchos años como agente de operaciones en Europa y América. Sus rutas acariciaban a los posibles vigilantes; hacía las paces con ellos, y solo después de muchas horas de suave manipulación, les rompía el corazón. Pero en sus RDV los oriones habían identificado patrones, preferencias, predilecciones. No era consciente de su elegante predictibilidad y de que en realidad telegrafiaba sus maniobras favoritas. Una de ellas era ejecutar un anzuelo inverso, *rybolovnyi krjuchok*, después de una ruta más o menos recta y sin complicaciones. Era una maniobra mortalmente efectiva: simplemente se volatilizaba.

El anzuelo de Golov había confundido a los federales, quienes durante meses le habían vigilado de cerca. Los equipos estaban frustrados y dispuestos a pegarle un azote en el culo, encajonarle entre varios coches y hacerle dar tres vueltas a la autopista de circunvalación antes de soltarlo y dejarle tomar una salida. Los oriones, mirando siempre por el rabillo del ojo, eran más pacientes. Estudiaron silenciosamente las maniobras de Golov, querían entenderlas, cuantificarlas y confirmar algo que ya intuían. Después

de su desmaterialización, el verdadero rumbo de Golov era la punta del anzuelo; esta siempre apuntaba a su verdadero destino, es decir, a la ubicación de su confidente, igual que el carro de la Osa Mayor apunta a la estrella Polar.

En realidad, era matemática pura. Golov podría haber estado a salvo si hubiera puesto en práctica solo cinco RDV al año. Pero los espías rusos de la *rezidentura* de Washington estaban desbordados. Había trabajo y confidentes con los que reunirse, sobre todo Golov. Tenía a su cargo la ingente tarea de mimar a Swan y necesitaba volverse «invisible» para reunirse con ella. Eso exigía dos o tres RDV a la semana. Igual que una estrella de cine envejecida que acepta todos los papeles que le ofrecen, Golov estaba empezando a sobreexponer sus trucos.

Sentados alrededor de una gran mesa en un Sizzler suburbano de Maryland, los miembros de los oriones disfrutaban la cena temprana especial antes de empezar la noche. Ese día el equipo era reducido, solo cinco personas, pero daba igual. Eran antiguas estrellas del rock.

Orest Javorskiy, en la Brecha de Fulda, había clavado en la nieve, junto a unos árboles, tocones de poliestireno con aparatos electrónicos dentro de estos para escuchar el movimiento de los soviéticos a medianoche. Mel Filippo había sacado de Brasov a un confidente ciego. Clio Bavisotto había tocado Chopin para Tito mientras su marido abría una caja fuerte en el piso de arriba. Johnny Parment había reclutado a un general del Vietcong en Hanói en las narices de un equipo de vigilancia de veinte personas. Y sentado al final de la mesa estaba el Filósofo, Sócrates Burbank, de casi ochenta años, con su perilla, tres veces casado y otras tres

divorciado, el Buda que inventó la puerta trampa y quien, desde el asiento de atrás, llevaba la voz cantante y dirigía al equipo.

Burbank había llegado a bailar con el Cerdo. Lo había hecho todo. Con apenas veintitantos había exfiltrado a un agente y su familia de Budapest delante de los tanques de la plaza de los Mártires. Había roto a golpes los faros de aterrizaje de las malditas playas de bahía de Cochinos. Se había sentado en casas seguras recalentadas en Berlín, sonsacando información a un general soviético que estaba como una cuba, sujetando una lata con vómito entre las rodillas del ruso. Ni siquiera Benford intervenía cuando Burbank dirigía a los oriones, con un lápiz graso entre los dedos y planos de calles plastificados sobre las rodillas, un remedo de Tolouse-Lautrec con una radio, hablando bajito por el micrófono.

Una tarde de nubarrones procedentes del oeste había culminado en una serie de colosales tormentas y rayos que habían paralizado el área metropolitana de Washington. Las hojas de los árboles ensuciaban las anegadas calles, la autopista de circunvalación no se movía y ambos aeropuertos se habían clausurado. Era la peor noche para una RDV, y también la mejor.

Golov utilizó el tráfico para ocultarse mientras se arrastraba desde la embajada por el sur, atravesando Georgetown y cruzando el río por el puente Key. Se dirigía hacia el sur a lo largo del Potomac. Se detuvo en el centro comercial Crystal City y en el barrio de Old Town Alexandria. Pararse en el ecuador de la tormenta fue más que desagradable, y para cuando Golov terminó sus arbitrarias compras en Alexandria estaba empapado. También lo estaba el equipo del FBI que le seguía el rastro de mala gana.

Al tomar una ruta suave y lineal, Golov les intentó vender que su

destino final era la mansión Mount Vermont, a pesar del mal tiempo. Los conciertos nocturnos y cenas coloniales eran populares y los equipos de vigilancia podrían inundar la zona sin dificultad si la presa asomaba la cabeza, aunque fuera un segundo. El FBI se lo tragó e hizo que dos coches se adelantasen mientras otros cuatro seguían de lejos al *rezident.* Ese fue el momento en el que Golov hizo uso de su magia. Esta vez el anzuelo consistió en un rápido giro en la rampa del puente Wilson, cruzando el Potomac e internándose en Maryland y Oxon Hill, para luego atravesar Forest Heights en dirección a Anacostia.

De repente desapareció tras una nube de humo. Media hora más tarde, el equipo del FBI comunicó por radio en tono sombrío que habían perdido a su presa por el sur del George Washington Memorial Parkway, no sabían cómo, que Mount Vernon era negativo y que iban a desandar la ruta cruzando Alexandria y yendo hacia el norte por los barrios residenciales de Virginia. Se habían tragado el anzuelo de Golov hasta el fondo. Estaban muy lejos del objetivo.

Paró de llover y el tráfico disminuyó mientras Golov atajaba por el norte cruzando por el noroeste de Washington desandando el camino, aparcando en el bordillo a esperar y observar. Los limpiaparabrisas se movían en modo intermitente. Ahora le tocaba atravesar el National Mall para llegar al centro. Dejaría el coche en un aparcamiento subterráneo en la calle K y caminaría doce manzanas aproximadamente hasta llegar al Tabard Inn. No había ni la más mínima señal de vigilancia; sus años de experiencia le decían que era invisible, estaba solo y libre.

El lápiz graso de Soc Burbank chirrió sobre el mapa. El giro tenía que haberse producido en el puente Wilson, era la única explicación,

y la punta apuntaba hacia el centro. Puso la radio del FBI a un lado. Lo único que se oía en su frecuencia eran palabrotas. Su lápiz volvió a gemir mientras dibujaba un piquete a lo largo del lado sur del Mall: tres coches en la calle Siete, Catorce y Diecisiete, dejando sin vigilar los túneles de la Nueve y la Doce. Al anochecer, Clio vio el BMW de Golov subiendo hacia la calle Catorce. Avisó a Soc y le dio la dirección y la velocidad. Puso el coche en marcha y lo siguió solo como podría hacerlo una abuela: tiernamente y con gran preocupación.

Los dos otros oriones convergieron donde estaba Golov utilizando caminos paralelos a lo largo de la Dieciocho y Pensilvania. Mel y Soc le dejaron la vigilancia a Johnny cerca de la plaza McPherson, donde vieron a Golov entrar en un aparcamiento. El equipo se preparó para seguir a Golov a pie. Aquí era donde resultaban insuperables. No habían hecho un seguimiento «de manual» desde hacía una década. En su lugar, daban vueltas alrededor de la presa, la sumergían en chocolate. Se adelantaban, desandaban el camino, se cruzaban delante de ella, se alejaban y hacían un giro. Si Golov por casualidad miraba en la dirección de uno de los oriones, él o ella no se retraía, ni se daba la vuelta, ni se ponía a ver escaparates. Unos ojos acuosos lo miraban por un instante, luego volvían a lo suyo con despistada dulzura, con su pelo blanco bajo una boina improbable, gorros de pescador ladeados, paquetes, bolsos, gafas de bibliotecario y una pipa de brezo. Golov, alto y patricio, como en casa en las calles de París o Londres, no se fijaba en esas cosas.

Eran demasiado buenos y naturales. Fluían. Eran invisibles entre la gente corriente de la calle, sobre todo para un oficial del SVR, exhausto por la presión, harto de las inflexibles cargas del oficio y

que evidenciaba una seria estrechez de miras con cada paso que daba hacia el Tabard Inn. Al ruso lo iban a atrapar cinco jubilados con manchas en la piel y dolor de rodillas. Si detectara a alguien, podría darse la vuelta, comprar un periódico, pedir un café, volverse a su casa, abortar la reunión. Pero no vio nada.

Paró de llover y, cuando Golov dobló la calle N, la puerta trampa se cerró. El lugar del encuentro tenía que ser el Tabard Inn. Era la única posibilidad de la calle, había que olvidarse del hotel Topaz. Mel y Clio ya estaban esperando dentro del vestíbulo, con los zapatos quitados, masajeándose los pies y exclamando: «¡Dios mío, qué dolor!». Observaron a Golov coger una llave y desaparecer por la estrecha escalera.

La disciplina (y un procedimiento firmemente establecido) los obligaba a quedarse en su sitio durante media hora, observar la actividad y a individuos potencialmente interesantes. No tenían la autoridad para arrestar a nadie ni tampoco podían quedarse merodeando lo bastante como para alertar al objetivo. Así que Soc llamó a Benford, le informó de forma concisa y colgó. Luego puso la radio y les dijo que se fueran.

No habían sido testigos de ningún encuentro. No tenían nada. Habían olisqueado al *rezident* del SVR, pero no había confidente ni sospechoso alguno. La paciencia y la perspectiva los ayudó a lidiar con una noche sin resultados. También lo hicieron unos perritos calientes en el Shake Shack de la Dieciocho.

Era muy probable que un espía ruso se estuviera reuniendo clandestinamente con un confidente sin identificar del gobierno de los Estados Unidos mientras los oriones se pedían sus perritos. El bagaje operativo de Johnny en China se manifestaba en su elección

de ensalada de sésamo y chiles. Orest era un purista y solo habría aceptado mostaza y chucrut. Mel favorecía las cebollas y el ketchup. Clio, la pianista clásica, se lo tomaba con lechuga, tomate, beicon y queso azul. Sócrates llevaba años dejándolos callados ante su invento, la Carga de Profundidad, cuyos ingredientes solo se hallaban en el Shake Shack: un repugnante mazacote de patatas fritas, cebollas caramelizadas, anchoas y picante chimichurri argentino. Por consentimiento mutuo, los oriones habían llegado al acuerdo de que, si estaba Soc, no se comía en el coche.

Benford estaba al teléfono con el FBI, alternativamente gritando y blasfemando o rogándoles que desplegaran un equipo en el Tabard Inn inmediatamente. Se pasaron algunas llamadas, se avisó a dos supervisores de turnos de servicio y se activó un escuadrón de vigilancia. Durante las dos horas que tardaron los federales en desplegarse alrededor del pequeño hotel, Stephanie Boucher había llegado, se había reunido con Golov y se había marchado. No hubiera sido difícil seguir a la senadora, desde luego no tanto como lo había sido con Golov. No hubiera sido más difícil que seguir a una bandada de turistas japoneses paseando por el Tidal Basin con sombrillas rosas. O a un elefante atravesando una fábrica de papel de arroz con un cascabel en la cola.

La medida de su arrogancia y sociopatía era que la senadora Boucher no se fijaba ni por asomo en si la seguían cuando salía, aunque se hubiera embarcado en una aventura definitiva: la traición. Había aparcado en una zona de carga y descarga de la calle N, el único sitio libre (contaba con la inviolabilidad que le confería la

matrícula roja y negra de miembro del Congreso). Cuando abandonó la reunión con Golov, y con un disco de Pathfinder Corporation menos en el bolso, se fue directa a casa. El FBI se lo perdió todo.

Benford revisó la bitácora de vigilancia de los oriones al día siguiente, bramando contra los agentes especiales del FBI en la sala. Nate, en un segundo plano, estaba sentado en silencio con la espalda contra la pared.

—Disculpe —dijo Benford con su tono aflautado de profesor. Nate sabía que era la primera señal de la tormenta que antecedía al verdadero temporal—, le alerto del hecho de que el *rezident* del SVR en Washington ha desaparecido después de una RDV de varias horas, sin duda para encontrarse con un topo americano clasificado por la Central como «el caso del director». Su organización ha tardado más de ciento veinte minutos desde mi llamada en desplegarse alrededor del Tabard Inn, que está a unos dos kilómetros y medio del edificio J. Edgar Hoover. A pesar de la evidencia empírica de contacto entre el ruso y un traidor americano, su gente no comprobó el registro ni habló con el personal del hotel, mucho menos subió corriendo las escaleras y entró en la habitación de Golov. Si hubiera entrado en la habitación y registrado físicamente al agente más antiguo del SVR en el hemisferio norte, sin duda hubiera recuperado información confidencial (bajo una forma u otra) entregada esa misma noche por el confidente americano de Golov.

Los agentes especiales del FBI se revolvieron en su asiento.

—Y, aun así, el FBI no hizo nada. En lo que se podría considerar el

caso más importante de espionaje desde 2001, dejaron que el traidor se marchara de la habitación, libre y sin identificar.

—Sospechoso —puntualizó Chaz Montgomery. Su corbata era un estampado de Gauguin de una chica polinesia. A Benford le hacía daño mirarla.

—¿Qué? —dijo Benford alzando la voz.

Nate se preguntó si la conversación terminaría con uno de los agentes especiales pegándole un tiro a Benford para que se callase.

—He dicho *sospechoso*. Quienquiera que se esté reuniendo con Golov es un sospechoso.

Benford miró alrededor de la sala.

—Chaz, ¿me podrías mandar el actual plan de estudios del curso básico de entrenamiento en la academia? —preguntó—. Espero encontrar fotos brillantes de ponis y flores.

—Que te den, Benford —espetó Montgomery—. Ya sabes las reglas, y creo que al menos estarás remotamente familiarizado con la ley. Necesitamos pruebas, pruebas incontrovertibles, antes de arrestar a nadie.

—¿Y Golov? —preguntó Benford.

—¿Has oído hablar de la inmunidad diplomática? Ni siquiera sabemos si hubo reunión o no, si se pasó información. Podría haber estado allí para entregar invitaciones para la recepción del Día Nacional de Rusia en la embajada.

—No lo dirás en serio —dijo Benford.

—Sabes mejor que yo que tenemos que construir un caso sólido antes de actuar. Este tipo de investigación requiere tiempo. Podría ser mañana, la semana que viene, el año que viene.

—Sois como los tártaros, los visigodos, los cartagineses —dijo

Benford sacudiendo la cabeza.

—¿Qué tiene que ver aquí el cáncer? —preguntó un joven agente cuyos bíceps se le marcaban bajo la camisa almidonada.

—*Cartago,* mi culto y joven amigo, no *cancerígeno* —dijo Benford —. Mencionaría el nombre de Aníbal recordando las clases de agricultura y minería de Abilene, pero me temo que solo te acordarás del Hannibal de la ficción.

—Hannibal, el caníbal —dijo el agente especial—. Una peli alucinante. Ahí el FBI es la polla.

—Proctor, cierra el pico —ordenó Montgomery y se volvió a Benford—. No tengo que explicártelo. Si hacemos los deberes, el traidor acabará en una cárcel de máxima seguridad sin fianza. Si cometemos un error, se jubilará como consultor ganando un montón de pasta. ¿Crees que te puedes aguantar el pis un poco más?

—Con una condición —dijo Benford como si se hubiera ofendido por la forma brusca con la que le habían hablado—. Quiero que un agente de la CIA esté presente cuando se produzca el arresto. Es tanto un caso de inteligencia como criminal.

—No puedo acceder a eso —respondió Montgomery—. El director no accederá. Además, cualquiera involucrado en la investigación o en el seguimiento o en el arresto tiene posibilidades de comparecer en el juicio. ¿Tienes a alguien que no tenga ninguna tapadera que preservar? ¿Vas a quemar la tapadera de un agente por esto?

—Capturar a esa persona puede que le cueste a la Agencia un objetivo valioso —dijo Benford—. Quiero que uno de los nuestros esté ahí.

—Insisto en que no creo que el director lo apruebe, pero preguntaré —comentó Montgomery—. ¿En quién le digo que estás

pensando?

—En él —dijo Benford señalando a Nate—. Está personalmente implicado en el caso.

Sentado contra la pared, Nate no estaba seguro de si debía sentirse honrado o no. Su tapadera ya estaba lo bastante resquebrajada. Además, no iba a cuestionar a Benford, especialmente no delante de los federales. El agente de los bíceps se dio la vuelta en la silla para mirar a Nate, intentando averiguar qué significaba eso de «personalmente implicado».

—Proctor, no digas una puta palabra a no ser que alguien te pregunte directamente —ordenó Montgomery.

CHIMICHURRI

Mezcle un puñado de perejil, una cabeza entera de ajo pelado y una zanahoria de tamaño medio. Añada aceite de oliva, vinagre de vino blanco, orégano seco, granos de chile y pimienta negra, y macháquelo en el mortero o páselo por la batidora hasta formar una salsa espesa. Sírvala recién hecha.

34

Vania Egorov estaba en su oficina mirando a través de la cristalera, anticipando la colisión inminente de los factores operativos que se arremolinaban a su alrededor. Swan seguía siendo magníficamente productiva, pero su falta de disciplina hacía probable que terminara quemándose. Egorov no se atrevía a contemplar perder a Swan.

Las noticias de Korchnói, que acababa de regresar de Italia, eran solamente adecuadas. Algunos contactos con Nash, relación renovada, se había tragado la historia de que Dominika ahora estaba en el Servicio como correo. Establecieron un plan de contacto universal. Demasiado lento, lento del carajo.

El topo todavía seguía por ahí, una amenaza para Swan, para otros casos y para Egorov mismo. Ordenó a Korchnói que preparara a Dominika para otro viaje, presumiblemente como correo. Necesitaba resultados. Sonó su teléfono. El teléfono especial.

—Insatisfactorio —dijo el presidente—. Confío en que hayas avanzado en la organización de otro contacto. No quiero retrasos.

Desde sus días en la KGB, el presidente Putin sabía lo importante que era no perder impulso en una operación.

—Sí, señor presidente —dijo Egorov—. Se ha programado un segundo viaje de la agente. Esperamos tener resultados.

Iisus, Jesús, le estaba chupando el culo a Putin.

—Muy bien. ¿Dónde? —preguntó Putin.

Egorov tragó saliva.

—Ahora mismo estamos determinando qué lugar del extranjero

sería el más ventajoso. Le informaré en el mismo momento en que se decida.

—Atenas —señaló Putin.

—¿Señor presidente? —preguntó Egorov.

—Manda a la agente, a tu sobrina, a Atenas. No es una amenaza para la seguridad, tenemos a mucha gente metida en la policía.

¿Por qué insistía en Grecia?

—Sí, señor presidente —dijo Egorov, pero Putin ya había colgado.

Una planta más abajo, Zyuganov clavó la mirada en un ojo lechoso, en el cráneo de la muerte.

—Organízalo para Atenas —dijo el enano, y miró al hombre levantarse y abandonar su oficina.

Zyuganov consideró brevemente que Dominika podría peligrar si quedaba atrapada entre ese Spetsnaz maníaco y su objetivo, pero eso era inevitable.

Benford tenía al departamento de contraespionaje investigando proyectos compartimentados de Defensa y repasando nombres. Estaba a la espera de que a Vania le rebotara su trampa. Los oriones volvían a intentar seguir a Golov en las calles de Washington. Pero él necesitaba algo de inmediato.

Lo habían discutido en Roma y Marble sabía qué hacer, a pesar del riesgo; Benford había aceptado con reticencias. Korchnói bajó al laboratorio de la primera planta, que pertenecía a la Dirección General D. Nasarenko estaba sentado tras su escritorio, un paisaje

lunar formado por papeles, cajas y carpetas. Había una gran mesa contra la pared, un gran caos, igual de llena y rebosante. Nasarenko levantó la mirada y vio a Korchnói. Su nuez subía y bajaba.

—Yuri, por favor, disculpa la interrupción —dijo Korchnói acercándose al escritorio y apretándole la mano—. ¿Puedo hablar contigo?

Nasarenko parecía un marinero en medio de un témpano que se ha empezado a derretir, contemplando la distancia entre su barco y el hielo ensancharse.

—¿Qué sucede? —preguntó Nasarenko.

Tenía la cara gris y el pelo (jamás demasiado atusado) revuelto y sin brillo. Llevaba las gafas sucias y torcidas.

—Necesito tu consejo en una cuestión de comunicaciones —dijo Marble.

Y durante los siguientes quince minutos discutieron un sistema de apoyo en las comunicaciones para un posible reclutamiento en Canadá. Nasarenko, retorciéndose los pulgares y nervioso, discutió el tema distraídamente. Marble se inclinó sobre el escritorio de Nasarenko agobiándole y creando puntos ciegos.

—¿Qué es lo que te preocupa, viejo amigo?

—No es nada, solo que se me acumula el trabajo...

—Si puedo ayudarte en algo...

—No es nada —dijo Nasarenko—. Solo mucho trabajo. Es un chorreo constante de datos. Necesito traductores, analistas. —Al hablar, doblaba espasmódicamente los pulgares—. ¿Sabes cuánta información hay en un solo disco?

Giró en la silla para mirar una caja fuerte de cuatro cajones, sacó una caja de acero con tapa y la vació sobre su mesa. Una docena de

bolsas de plástico grapadas en la parte superior se derramaron sobre la superficie. Dentro de cada bolsa había una disco en una funda gris. Cogió varios de ellos y dijo con manos temblorosas:

—Cada uno puede contener gigabytes de información. Todos estos están a la espera de ser procesados.

Arrojó una bolsa de plástico sobre su escritorio, que voló al ras hasta quedar sepultada por una pila de carpetas pardas.

Korchnói se acercó a recoger la bolsita. Observó el trozo de plástico como si no pudiera imaginarse que tanta información pudiera caber en un objeto tan pequeño. Leyó el logo de Pathfinder en uno de los lados del disco.

—¿Por qué no te ponen más personal?

Nasarenko apoyó la cabeza en las manos. Korchnói lo sentía por el *pugalo,* ese espantapájaros de pelo de paja y brazos desgarbados.

—Yuri, no entres en pánico —le dijo—. Has hecho un trabajo excelente durante años como para que te traten así.

Mientras Korchnói estiraba el brazo sobre el escritorio para dar una palmadita a Nasarenko en el hombro, deslizó la bolsa de plástico con el disco en el bolsillo secreto de su chaqueta. ¿Eran los discos secuenciales? ¿Estaban conectados? ¿Notaría Nasarenko si faltaba uno de veinte?

—Puedo enviarte a uno o dos de los analistas de mi departamento para que te asistan temporalmente, si eso te ayuda. Dios sabe que todos andamos escasos de personal, pero tu trabajo es fundamental. ¿Podrían serte de utilidad?

Nasarenko lo miró sombríamente.

—Tus analistas no pueden trabajar en este proyecto. Es demasiado sensible y el acceso está restringido.

—Quizá podrían trabajar en otros proyectos, darte tiempo. Yuri, no digas que no. Está hecho —dijo Korchnói—. Voy a mandarte dos analistas esta tarde —le dijo meneando el dedo—. Pero, Nasarenko, ni sueñes con quedártelos.

Nasarenko sonrió levemente.

El cable del *rezident* Golov reportando la versión del «herpes» descansaba en el escritorio de Vania Egorov. Era una única hoja con una raya diagonal sobre el texto. Estaba arrugada de tanto leerse. El jefe de la Línea KR, Zyuganov, estaba sentado en una silla frente a Egorov, encantado a más no poder. Egorov sacudió la cabeza.

—No me puedo creer que Nasarenko sea el topo —dijo—. Si es casi incapaz de mantener una conversación en la cafetería. ¿Te lo imaginas por la noche, reuniéndose con los americanos?

Zyuganov se pasó la lengua por los labios.

—Herpes. Golov no se equivocaría con una cosa así. Has leído el informe. Es lo que dijo Swan. «El topo sufre de un brote de herpes.» La versión que se dio a Nasarenko.

—Es un tonto distraído —dijo Egorov, sin saber por qué lo defendía —. Puede que se lo haya mencionado a otras personas, puede haberle llegado por otra fuente.

A Zyuganov en realidad no le importaba. Todo lo que sabía era que iba a arrastrarse dentro de la cabeza de Nasarenko. Ahora tenía trabajo que hacer.

—Maldita sea, es lo único que tenemos —dijo Egorov—. Comienza inmediatamente con la investigación. Desde todos los ángulos.

Zyuganov asintió, saltó de la silla y se dirigió a la puerta. Intentó

recordar dónde había puesto la guerrera del Ejército Rojo, una con los botones en el lateral, la que le gustaba llevar durante los interrogatorios. La tela, de un verde pardo (rígida por la cantidad de manchas de sangre marrones, y espesa por los cientos de hediondos intestinos) quedaba mejor que una bata de laboratorio, aunque las mangas estaban algo deshilachadas.

—Una cosa más —dijo Egorov detrás de él—. Comprueba si tiene *metka,* las partículas de seguimiento. Si ha tocado a un americano en los últimos dos años, algo aparecerá.

Zyuganov asintió, pero tenía su propia opinión sobre el polvo de los espías. Él prefería *povinnaya*, una confesión: magnífica, liberadora, la mejor manera de establecer si alguien era culpable. Zyuganov tenía un sentido innnato de cómo convencer a las personas después de los gritos, los tendones separados y los fluidos oculares derramados... de que confesaran todo lo que se les pedía. Aún no se acordaba de dónde podría estar su guerrera.

Llamaron a Nasarenko a contraespionaje para una «puesta al día arbitraria de seguridad». Uno no tenía que trabajar en el SVR mucho tiempo para saber que este tipo de entrevistas implicaban un grave problema, lo cual llevó a Nasarenko a entrar en pánico. Tras la entrevista de rigor (no concluyente) con el lloroso científico, Zyuganov lo transfirió directamente a los sótanos, en este caso a Butyrka, en el centro de Moscú. Se retorcía dentro de su guerrera solo de pensarlo.

«Qué graciosa es la gente —pensó Zyuganov, toqueteando una ligera porra—. Cada uno reacciona de manera diferente.» Con Nasarenko habían sido las plantas de los pies y la vara hueca de aluminio: una reacción mucho mayor que la media. Zyuganov había

completado una sesión con el científico de ojos saltones cuando un inventario de su laboratorio reveló que faltaba un disco de Swan. Y la *pytka*, la tortura, se detuvo porque eso era algo crucial. Zyuganov autorizó un tratamiento a base de amobarbital, que peló la memoria de Nasarenko lo bastante como para que le condujeran por su pasado reciente, revisando al personal, los colegas, los visitantes, incluso la visita de Korchnói a su laboratorio. ¿Korchnói? Imposible. Haced otro barrido del laboratorio. Tiene que haber una explicación. ¿Dónde estaba el disco?

Korchnói oyó los rumores de que se habían redoblado los esfuerzos por encontrar al topo y de que había problemas en la Dirección General T, que faltaba material sensible. Habló con viejos amigos y con otros departamentos, y escuchó los cotilleos que se expandían en los baños de los oficiales de alto rango. Hacía días que no veía a Nasarenko.

Korchnói sabía que los investigadores e interrogadores de contraespionaje comenzarían a cerrar el cerco. Tenía que mandar una nota urgente a Benford y pasar cuanto antes el disco que había robado del laboratorio de Nasarenko a la CIA, a través de un buzón, esa misma noche. Eso, si todavía le dejaban salir de la Central. Se preguntó si se habría arriesgado demasiado, si habría tiempo para que Dominika hiciera ese otro viaje a Atenas y lo expusiera.

Korchnói salió de la Central por su propio pie («No me queda mucho tiempo», pensó) y, una vez de vuelta en su apartamento, redactó un mensaje. Su transmisión por ráfagas duró apenas una fracción de segundo. Veinte minutos después Benford leyó las dos líneas del mensaje: «Nasarenko esta en el cepo. Llenaré el B DRAKON».

«El buzón —pensó Benford—. El viejo zorro debe de tener algo importante. Y Nasarenko está en peligro. Eso significa que uno de los veintitrés nombres de Washington es Swan.» Tomó el teléfono para llamar al FBI.

La lluvia nocturna cubría las calles como una lámina, cayendo casi horizontal por las rachas de viento. La entrada y las escaleras de la parada de metro de Molodezhnaya estaban vacías, había pocos coches, las tiendas estaban cerradas. Marble se subió el cuello de la gabardina, metió las manos en los bolsillos y comenzó a caminar lentamente por Leninskaya Ulitsa. Había cogido tres trenes diferentes y había dado un largo paseo por la ribera del río, antes de que su instinto se quedara tranquilo. A su alrededor no se movía nada, tampoco a los lados, y no sentía la presencia o presión de alguien que pudiera estar vigilándolo.

«Continúa caminando a paso constante.» Último tramo chapoteando bajo la lluvia. Agua deslizándose como dedos por su espalda. «Criatura de la noche, pégate al muro, escucha el crujido de los pasos detrás de ti. Sigue Leninskaya a través del oscuro bosque, luego la serpenteante curva de la calle que atraviesa los árboles, una luz de la Escuela de Obstetricia, número 81, parpadeando a través de las ramas. Ahora apresúrate, sal de la calle y métete entre los árboles. —Marble tiritaba—. Cállate, deja de moverte, observa y escucha; sobre todo escucha. Atento a un cambio de marchas, al chirrido de los frenos, a puertas que se cierran.» Solo se oía el crujido de los árboles.

Era el momento de moverse. El agua negra se colaba por el

desagüe metálico bajo la calzada y Marble se arrodilló y sacó un bulto de su bolsillo, quitó la banda protectora del adhesivo, metió el brazo dentro y apretó con fuerza el paquete gris mate contra la curva interior del desagüe. «Sujétalo hasta llegar a diez, deja que el epóxido se seque y quédate escuchando si el paquete se desprende y cae.» Satisfactorio.

Volvió a comprobar si lo seguían. Tenía que salvaguardar el escondite mientras salía hasta llegar a la cálida estación de metro de Krylatskoye. Había una pila de ropa empapada sobre el suelo de su cocina. Le temblaba el teclado entre las manos. Era demasiado pequeño, incluso con las gafas de cerca. «Mierda, ¿estos chismes no los fabrican para que la gente mayor pueda usarlos? Es porque nadie vive tanto tiempo. Por eso.» Y cuando soltó la paloma al espacio sintió el calor del botón empotrado: LLENO EL B DRAKON.

Marble se sentó en la butaca con los ojos cerrados. «Venga, vaciad DRAKON, recuperad ese pequeño disco negro, y que Dios proteja al jovenzuelo de la CIA que se embarre el traje recuperándolo. O a la esposa de la embajada, con su coleta de caballo y su audífono, que tenga que estar atenta al chapoteo de los frenos de los coches de telecomunicaciones.»

En la estación lo envolvieron dos veces con cinta térmica bien apretada en las esquinas, lo metieron en una caja acolchada con arpillera, la cerraron con grapas, la envolvieron con cinta y la metieron en una bolsa de tela naranja zanahoria con cremallera de bloqueo, en la que viajó a Estados Unidos en vuelo directo porque lo enviaba Marble. Y la paloma regresó con la ramita de olivo en la boca: DRAKON RECUPERADO. El negro desagüe del bosque seguiría vomitando agua negra, pero guardaría el secreto para siempre.

Benford se sentó a la mesa de conferencias del sótano de la Central del FBI en la avenida Pensilvania de Washington. La mesa estaba cubierta con los restos de la comida que habían pedido de varios restaurantes locales. Había sido una comida de trabajo, no había tiempo para el comedor ejecutivo. Benford había pedido una ensalada tailandesa llamada *larb gai,* suculento pollo picado con cebolla y chiles, albahaca y lima, tan condimentado que resoplaba de satisfacción como una caldera de vapor mientras los demás se terminaban su almuerzo, más convencional y episcopaliano, a base de sándwiches y sopa.

La mesa estaba dividida a partes iguales entre la CIA y el FBI, sobre todo oficiales de alto rango de las divisiones de tecnología y contraespionaje. Cuando el correo de Moscú llegó con el paquete de Marble, incluso Benford estuvo de acuerdo en dejar que el FBI se encargara de la disección forénsica del paquete, con el fin de asegurar que el procedimiento fuera el correcto.

—Los robots de los federales —le había dicho antes a Nathaniel— me han estado insistiendo en que mantengamos la «cadena de mando» con el paquete de Marble. Si de hecho ha recuperado un disco con información de alto secreto, que Swan ha entregado personalmente a los rusos, entonces, según nuestros colegas del FBI, tenemos que empezar a pensar en consideraciones sobre pruebas admisibles, asegurarnos de que le llevará a la cárcel y ese tipo de cosas.

Benford, de una forma que le era poco característica, había delegado en los federales. Contempló la bandeja con las pruebas en el centro de la mesa. El disco, que habían sacado de la funda de plástico del SVR y de la de papel de Pathfinder, descansaba en el

fondo de la bandeja, sobre una toalla estéril, con la superficie cubierta de polvo gris. Los técnicos del FBI, siguiendo el procedimiento, habían escalonado las pruebas: habían sacado una muestra de ninhidrina para extraer huellas dactilares latentes en el disco y luego lo habían rociado con óxido de calcio para el contraste. Sentados alrededor de la mesa, todo el mundo podía distinguir tres únicas huellas sobre la superficie. ¿De quién podían ser? Las de una rata de laboratorio con los dedos manchados de mortadela o las espirales y crestas del topo americano.

Benford sabía que Marble no habría abierto la funda de plástico, era demasiado profesional para tocar el disco. Los federales habían tomado fotos y enviado copias al laboratorio para ampliarlas. Una búsqueda automatizada en el archivo de huellas del FBI ya estaba en marcha.

Benford estaba en el coche volviendo a la Central por la George Washington Memorial Parkway cuando sonó su teléfono. Era el subdirector del laboratorio del FBI.

—Deberías dar la vuelta y venir aquí ahora mismo —le dijo el federal a Benford—. La base de datos ha encontrado una coincidencia. No te lo vas a creer.

—Más te vale tener algo bueno —dijo Benford, buscando la salida de Spout Run para girar.

—Oh, es bueno, muy bueno —dijo el científico del FBI.

ENSALADA DE POLLO DE BENFORD *(LARB GAI)*

Pique pechugas de pollo con un cuchillo o un hacha de cocina en trozos finos. Aderécelas con zumo de limón y vino de arroz, y

sofríalas hasta que se desmenuce. Deje que se enfríen y añada citronela, trocitos de ajo y chile, ralladura de limón, sal, salsa de pescado, sal y pimienta. Mézclelo bien. Añada cilantro picado, albahaca, menta, cebolleta. Remueva bien. Sirva en copas de lechuga con arroz.

La ley sobre huellas dactilares y ADN de 2005 fue redactada, enviada y discutida en la Comisión Judicial del Congreso ese mismo año, pero por diversos motivos políticos sin relación con la seguridad nacional, fue postergada en dos ocasiones y finalmente se la retiró del listado. Ese proyecto de ley pretendía establecer un archivo de ADN para la consulta de antecedentes, el registro criminal y de inmigración e identificación para empleados federales en puestos sensibles. Los líderes de las distintas facciones en el Senado habían sugerido moderadamente a la recién incorporada senadora Stephanie Boucher que, en interés de la consideración entre ambos partidos, se uniera a un grupo formado por demócratas y republicanos que apoyaban la ley. Aunque ella personalmente se oponía a la idea de crear un archivo con ese tipo de información y lo consideraba una invasión obscena de la privacidad, la senadora Boucher valoró que su apoyo público de la ley fortalecería sus credenciales en seguridad nacional y la haría quedar bien ante las muchas compañías aéreoespaciales de alta tecnología de su estado. Incluso participó en un estúpida pantomima escenificada para la televisión. Diversos legisladores accedieron a que se les tomaran las huellas dactilares y muestras de ADN delante de la prensa. La senadora Boucher sonrió a las cámaras mientras un técnico le metía un bastoncillo en la boca, lo que hizo pensar a un miembro del personal fuera de cámara cuántos ADN distintos podía haber en la boca de la senadora en un momento dado.

El resultado de este teatrillo de hacía una década (olvidado por completo por la senadora y desconocido para sus enlaces en el SVR) era que las huellas de la senadora Stephanie Boucher estaban en la base de datos IAFIS del FBI. Cuando sacaron una huella parcial de su pulgar derecho y otras borrosas del índice y del anular del disco clasificado de la Pathfinder Satellite Corporation, obtenido del laboratorio del SVR en Moscú, el sistema tardó aproximadamente diez minutos en identificar las huellas de Boucher de entre las veinticinco mil huellas de civiles que almacenaba.

En días sucesivos, Benford y los jefes de contraespionaje del FBI se reunieron en salas de conferencias a ambas orillas del Potomac, no tanto para discutir sobre quién tenía primacía sobre el caso o debatir los puntos más delicados de una investigación plenaria de la senadora, sino para determinar cómo se podía impedir que la Casa Blanca, el Consejo de Seguridad Nacional, la policía capitolina, el Senado de Estados Unidos, la Asamblea Legislativa de California, el Ayuntamiento de Los Ángeles y la Asociación de Cultivadores de las Pasas de California no filtrasen detalles de la investigación a los medios.

—Lo que menos necesitamos es que a Boucher le entre el pánico y deserte a Rusia —dijo Charles «Chad» Montgomery, el jefe de la División de Seguridad Nacional del Bureau.

—Tonterías —dijo Benford recogiendo los mapas después de una larga sesión para discutir la vigilancia—. Enviar a Boucher a Moscú de manera permanente sería mejor que detonar una bomba de neutrones en la plaza Roja.

La CIA y el FBI formularon su plan táctico general para cubrir los movimientos de Boucher en la calle, y también para el teléfono, el

correo y la basura. Ella no lo sabía, pero se había convertido en la lechera de rubios cabellos que caminaba sola por el páramo antes de que se oyeran los primeros aullidos de los perros de presa emergiendo de entre la niebla sobre barrancos cenagosos y cornisas rocosas. Ya era demasiado tarde para correr.

La casa de California propiedad de la senadora Boucher era un refugio sobre una colina, bajo y alargado, a lo Frank Lloyd Wright, situado en la calle Mandeville Canyon, Brentwood, con vistas al Pacífico por un lado y a las luces metálicas de Los Ángeles por el otro. Una piscina con el fondo negro sobre una plataforma pavimentada, en el centro de la casa en forma de *U*, burbujeaba bajo el brumoso sol. Las puertas correderas de cristal que daban al ala del dormitorio estaban abiertas, y de allí salía una música lánguida y seductora. K. D. Lang y Miss Chatelaine.

Stephanie Boucher estaba tumbada sobre las sábanas de una inmensa cama con un imponente cabecero gris humo de cierta severidad escandinava. La banda negra contrastaba con el resto del dormitorio, decorado en tonos tostados y crema. La senadora estaba desnuda y con una tirante cinta sujetándole el pelo hacia atrás. A su lado había un hombre al que le doblaba la edad. De veintipocos años, jugaba como defensa para los Dodgers o los Angels, Stephanie no se acordaba. Estaba dormido, desnudo, un bebé enorme de ébano brillando por el sudor matutino; los contorneados músculos de su espalda parecían las piedras del lecho de un estanque. Estaba tumbado sobre su vientre, con las piernas cruzadas en los tobillos.

Stephanie se movió lentamente al borde de la cama, intentando

no despertar al fulano. Se trataba menos de consideración que de no provocar esfuerzos adicionales. Con la noche anterior tenía suficiente: horas y horas, con partes significativamente dolorosas. Las piernas no estaban diseñadas para doblarse de esa manera, ciertas partes del cuerpo estaban hechas para utilizarse en una sola dirección. Pero era la única manera de volar, pensó mientras salía de su lado de la cama, con los muslos y el vientre irritados.

Se miró en el espejo del cuarto de baño y se peinó. Vio la cara de su madre en el lavabo de su pequeña casa en Hermosa, hinchada y lánguida, sentada en la cama compartiendo un cigarrillo con un hombre, a veces viejo y gordo, otras delgado y joven, con tatuajes, bigote, pelo al uno, coleta... Stephanie cerraba la puerta, miraba al reloj de la cocina y deseaba que, aunque solo fuera una vez, su tímido y asustado padre volviera temprano del trabajo. Después del funeral y el juicio, se miró en otro espejo y se dijo que nadie iba a ayudarla si no lo hacía ella misma. Esa era la razón por la cual esa última tarde había llamado a su padre y le había pedido que volviera antes a casa.

La senadora Boucher se reclinó en una tumbona acolchada junto a la piscina y picó de una ensalada de gambas aliñada con comino y eneldo. Se había puesto una camisola de algodón blanco para ahorrarle a su ayudante la incomodidad de verla en *topless* mientras trabajaban. Su última ayudante, Missy (asustadiza, talla XL, se mordía las uñas), estaba sentada ante una mesa cubierta de papeles. Missy era la tercera asistente personal de la senadora en los últimos doce meses. Los cadáveres de antiguos empleados del

equipo Boucher cubrían la carretera entre Washington y Los Ángeles. Missy leyó de una carpeta, revisando la agenda de la senadora en California. Tenía que dar dos discursos en San Diego y Sacramento, una visita a Pathfinder Satellite en Los Ángeles para una reunión informativa clasificada y una cena para recaudar fondos en San Francisco. Tenía que regresar a Washington el martes de la siguiente semana a más tardar, a tiempo para la votación para aprobar los gastos complementarios del Pentágono. Boucher le dijo a Missy que le recordara pedir una revisión de arriba abajo del presupuesto clasificado de la CIA. Durante los próximos meses, les iba a meter por el chichi unas cuantas cosas desagradables.

Esa imagen mental la llevó a mirar a su cuarto, al otro lado de la piscina. El torpedero estaba dormido, gracias a Dios. Le diría al chófer que lo llevara al campo de béisbol o a Malibú o a...

Movimiento. Mucho. El ama de llaves acompañó a cuatro hombres a la zona de la piscina desde el ala principal de la casa. Tres de ellos llevaban traje, camisa blanca y una corbata discreta, zapatos de cordones y gafas de aviador. Uno llevaba un maletín. El cuarto era Nate, moreno y delgado. Vestía una americana sobre una camisa de algodón, vaqueros y mocasines. Boucher los vio cruzar la plataforma pavimentada. Su cerebro, recalentado y confuso, registró una brizna de peligro. Fueran quienes fuesen estos burócratas, les iba a romper los huevos y a cabrearse ante semejante interrupción. No le dieron tiempo a montarla.

—Senadora Stephanie Boucher —dijo el mayor de los tres hombres trajeados—, soy el agente especial Charles Montgomery de la División de Seguridad Nacional del FBI. —Sacó su cartera negra para mostrar su identificación oficial. Sus dos colegas hicieron lo mismo,

pero el joven Tab Hunter, a su espalda, no se movió—. Queda arrestada por espionaje como agente de un poder extranjero en violación del título 18, sección 794a y 794c de la Ley de Espionaje de 1917 del Código de Estados Unidos.

Boucher levantó la mirada hacia los hombres, entrecerrando los ojos por el sol. No se había cerrado la camisola a propósito, que caía suelta sobre sus hombros, revelando ligeramente la curva de sus pequeños pechos.

—Pero ¿de qué me hablan? —preguntó—. ¿Están locos? ¿Creen que pueden colarse en mi casa sin una cita previa?

Missy estaba sentada en silencio frente a la mesa, mirando alternativamente a los hombres y a su jefa.

—Senadora, voy a tener que pedirle que se ponga en pie —dijo el agente del FBI—. Necesito que entre en la casa y se vista.

Comenzó a leerle sus derechos mientras la tomaba suavemente del brazo para levantarla de la tumbona.

—Quíteme las manos de encima —exigió Boucher—. Soy una senadora de Estados Unidos. Cabrones, esto os viene grande.

Se volvió a la rolliza Missy, que permanecía inmóvil en la mesa. Esta estaba revisando mentalmente cómo había empezado el día (con media hora de gruñidos sincopados y gemidos del dormitorio) y cómo progresaba (con el FBI arrestando a su jefa).

—Missy, coge el teléfono. Quiero que hagas tres llamadas inmediatamente —pidió Boucher. Montgomery ayudaba cortésmente a la senadora a ponerse en pie—. Llama al puto fiscal general ahora mismo. No importa dónde esté o qué esté haciendo. Quiero hablar con él. Segundo, llama al presidente de la Comisión de Inteligencia: lo mismo, lo quiero en la línea en cinco minutos. Luego llama a mi

abogado y dile que venga inmediatamente.

Boucher se volvió hacia los hombres del FBI que formaban un semicírculo a su alrededor.

—Su jefe en Justicia los va a empalar con un espetón y mi abogado os asará sobre una hoguera.

Missy recogió deprisa sus papeles, pero un agente del FBI le dijo suavemente:

—Voy a tener que llevarme esos papeles. Lo siento, señora.

Missy miró primero al agente del FBI y luego a su jefa, y se apresuró a entrar en la casa.

Los agentes del FBI acompañaron a Boucher al ala principal de la casa. En el salón, Boucher se deshizo bruscamente de la mano que le agarraba el brazo.

—Ya os he dicho, capullos, que no me toquéis —dijo—. Esto es indignante, no tenéis ningún derecho a acusarme. ¿Dónde están las pruebas, cómo lo demostráis?

Caminó rígida hacia el sofá y se sentó. Una finísima grieta recorría su seguridad y arrogancia inquebrantables. Quería ganar tiempo, hacer tiempo para que llegara su abogado. La constante cantinela de Golov sobre la seguridad: quizá debería haberle prestado más atención. Aun así, el FBI no sabía una mierda. Golov era un profesional, era imposible que pudieran probar nada. No contemplaba la posibilidad de que hubiera sido ella quien lo hubiera comprometido todo.

—Estoy esperando a mi abogado —dijo cruzando los brazos sobre el pecho.

—Senadora, nos hemos identificado como agentes federales. Le hemos leído sus derechos. ¿Entiende usted esos derechos?

Boucher se lo quedó mirando, negándose a responder.

—Si no entiende sus derechos, se los volveré a repetir. Si indica que los entiende, y teniendo esos derechos en mente, ¿quiere usted hablar con nosotros ahora?

Boucher se imaginó que cualquier retraso, cualquier demora, jugaría a su favor. Las llamadas a Washington y a su abogado resultarían en un torbellino de acción que estiraría el asunto durante meses o años. Boucher se dijo que, si no la habían pillado con las manos en la masa, no podían probar nada. Alegaciones, conclusiones erróneas, asociaciones sin fundamento. Lo sabía todo sobre esa guerra de trincheras. Podía luchar con los mejores. Levantó la mirada hacia los hombres del FBI y les dijo:

—No pienso contestar a ninguna de sus preguntas.

El agente especial Montgomery chascó los dedos y se volvió para tomar el maletín. Sacó una carpeta y la puso en la mesita frente a Boucher. Ella la abrió y vio un calendiario de sesiones informativas clasificadas a las que ella había asistido en la Pathfinder Satellite Corporation, y registros de sus cuentas bancarias personales, que reflejaban depósitos en metálico de fuentes desconocidas, cada uno de nueve mil quinientos dólares, lo que sumaba cientos de miles de dólares. Recordó haber exigido cantidades locas de dinero y cómo Golov había intentado disuadirla. Su instinto de política de Washington le decía que solo eran pruebas circunstanciales. Un buen abogado crearía dudas, los ofuscaría, haría que el juego continuara. Boucher miró a Montgomery desafiante.

—Solo un montón de papeles. No significan una mierda.

—Senadora, por favor, eche un vistazo al último documento de la carpeta.

Boucher pasó las páginas hasta llegar a la última, al final del expediente, una fotografía clarísima en blanco y negro de un disco con el logo de Pathfinder, blanco de polvo.

—Obtuvimos ese disco de Moscú. Con sus huellas latentes —dijo Montgomery.

Boucher se quedó callada. El salón permaneció en silencio; el sonido amortiguado de la música llegaba del ala del dormitorio: el álbum *Out of Silence*, de Yanni, con John Tesh al piano, el favorito de Missy. Montgomery se aclaró la garganta y deslizó un documento de una página, a un espacio, sobre la mesa en dirección a Boucher. Tenía el logo del FBI estampado en relieve en la parte superior.

—¿Qué es esto?

—Si ha entendido sus derechos tal y como le han sido explicados, esto es una confesión de culpabilidad de los cargos de espionaje. ¿Va a firmarla?

—¿Piensa que voy a firmar una confesión de culpabilidad?

Boucher no se daba cuenta de que se le había abierto el blusón. Los agentes intentaban no mirarla de frente.

—No se le obliga ni se le coacciona de ninguna manera para que firme el documento. Simplemente le ofrezco esa opción —dijo Montgomery.

Entre los muchos defectos de Stephanie Boucher no estaba la indecisión. Tenía confianza en sí misma y siempre había creído que merecía (no, que se le debía) éxito, carrera, riqueza y el estilo de vida del que ahora disfrutaba. La fiera y codiciosa luz que ardía en su interior hacía mucho tiempo que había eliminado la posibilidad de ceder por nada ante nadie. Eso significaba no dejar que estos merluzos la arrestaran, no perder el título y el respeto de un cargo

electo. Eso significaba no ir jamás a prisión. No dejaría que eso sucediera. Miró las caras a su alrededor.

—Está bien, firmaré —dijo abruptamente.

Los agentes se miraron. Uno dio un paso al frente y sacó un bolígrafo de su bolsillo. Era uno de plástico blanco con el logo del gobierno de Estados Unidos en un lateral. Boucher miró el bolígrafo y lo rechazó.

—Missy, tráeme la pluma del escritorio —dijo.

Missy había estado telefoneando sin parar y ahora se acercó caminando al sofá con la Montblanc Etoile de Boucher, negra y blanca.

Boucher desenroscó la caperuza, se inclinó sobre el papel y garabateó algo sobre la línea de la parte inferior del documento.

—¿Bastará con esto? —preguntó.

Montgomery cogió el documento, lo miró y sonrió.

—No estoy seguro de que «chúpame la polla» sea admisible en un juicio. Lo haremos como usted quiera.

—¿Quién demonios es ese? —dijo ella señalando a Nate.

Un momento de extraño silencio, mientras todas las cabezas se volvían hacia Nate. Con los agentes en pie alrededor del sofá distraídos, Boucher puso el capuchón sobre la pluma, sujetó la perla al final del clip, sacó la aguja de cobre y se la clavó en una vena del brazo izquierdo. Nate fue el único en ver lo que había hecho y saltó hacia el sofá para quitarle la pluma de la mano.

Nadie en el salón de Boucher había oído jamás hablar de la *Phyllobates terribilis*, la rana dorada venenosa, ni tampoco sabía que ese animal, amarillo brillante, vivía exclusivamente en la selva de la costa del Pacífico de Colombia. Un toxicólogo del FBI con materiales

de investigación a mano podría haberles informado de que la batracotoxina que segrega la piel del diminuto anfibio es altamente mortífera para los humanos: una neurotoxina que bloquea los músculos violentamente en un estado de contracción, causando parálisis respiratoria y fallo cardíaco. Habían sido los químicos del Laboratorio 12 de la KGB, la *Kamera,* quienes primero habían recolectado la batracotoxina en 1970 después de descubrir que no existía antídoto para el veneno y que la toxicidad del compuesto, en la punta de una aguja preparada, no se disipaba ni secaba con el tiempo.

Los efectos del pinchazo en Stephanie Boucher fueron menos científicos y bastante más espectaculares. Se le empezó a convulsionar el cuerpo masivamente, las piernas se le estiraron de golpe involuntariamente, los dedos de los pies en punta, y los miembros comenzaron a agitarse de manera incontrolable. Boucher se derrumbó sobre el sofá, la cabeza doblada hacia atrás, los músculos del cuello hinchados, los ojos en blanco. Nate se abalanzó sobre ella para controlar las sacudidas de los brazos. Tenía las manos cerradas como garras a los lados del cuerpo y la boca salpicada de saliva. Cuando dobló la espalda casi arqueándose en dos, no salió sonido alguno de su laringe paralizada. Nate ahuecó la mano sobre su barbilla y la movió en un intento de resucitarla.

—Mejor no, tío —dijo Proctor, el joven agente especial, percibiendo la espuma que se había formado alrededor de los labios.

Los hombres de la sala se quedaron mirándola. Ella tuvo un espasmo final y se quedó inmóvil. El blusón se había abierto y se le veían los pechos. Nate se inclinó sobre ella y la tapó.

—Jesús —soltó Proctor—, ¿creéis que era una pluma del gobierno?

En una esquina del extremo de la habitación, Missy gimoteaba. Ya sabía cómo había terminado esa locura de día.

ENSALADA DE GAMBAS

Hierva ligeramente gambas peladas hasta que estén tiernas y firmes. Corte en finas rodajas cebolleta, apio, aceitunas kalamata y queso feta, y mézclelo con mayonesa, aceite de oliva, comino, eneldo fresco y zumo de limón. Añada las gambas hervidas, remueva y deje enfriar.

36

Vania Egorov estaba sentado al escritorio de su despacho en penumbra. Había cerrado las persianas que cubrían los inmensos ventanales y un cigarrillo se consumía olvidado en un cenicero. Miraba la imagen sin sonido de la pantalla plana situada sobre un aparador en un lateral de su mesa. Un canal americano informaba sobre los últimos acontecimientos. Una periodista de Los Ángeles de melena rubia y labios carnosos se encontraba frente a una verja color marfil en una calle arbolada. Detrás de ella aparecía superpuesta la cara de la senadora Stephanie Boucher, una antigua foto de archivo. Las palabras de la parte inferior de la pantalla decían: LEGISLADORA DE CALIFORNIA MUERE A LOS CUARENTA Y CINCO AÑOS DE APARENTE FALLO CARDÍACO.

Swan: el mas importante activo de la inteligencia rusa durante las últimas cinco décadas. Muerta. Fallo cardíaco. Tonterías. Lo más probable es que hubiera utilizado la pluma que Golov había pedido y que el propio Egorov había autorizado. Era una pesadilla. ¿Quién hubiera pensado que los americanos la iban a identificar tan rápidamente como el topo? ¿Y quién iba a predecir, en la era posterior a la Guerra Fría de agentes convertidos en celebridades y políticos en maestros del espionaje, que el final de Swan sería tan teatral, drástico, violento, soviético? Egorov mismo se dijo que sus posibilidades de redención eran pocas. El topo de la CIA era el responsable de esta costosa pérdida. Si Egorov pudiera desenmascararlo, podría salvar el puesto.

Podía seguir dos pistas: el jefe técnico, Nasarenko, implicado en la trampa que había tendido; y el enlace del traidor en la CIA, Nash. Egorov apuntó el mando a distancia a la televisión para cambiar de canal. Una clara fotografía de Nasarenko apareció en la pantalla. Las múltiples entrevistas en la sala de interrogatorios de Butyrka habían sido filmadas segundo a segundo. Egorov había llegado a la siguiente conclusión, ya expresada por Zyuganov: ese técnico nervioso era incapaz de actuar como activo interno de la CIA. Las cintas mostraban las palizas, las ataques inducidos por drogas, Zyuganov inclinándose sobre el sujeto con una especie de chaqueta militar. «Mejor ni preguntar», pensó Vania.

La porción relevante de la cinta estaba marcada y Egorov la adelantó hasta ese punto. Nasarenko admitía aturdido que había discutido la avalancha de trabajo con el jefe del Departamento de las Américas, el general Vladimir Korchnói. Esta se había ofrecido a mandarle dos analistas para liberarle. Nasarenko le había enseñado a Korchnói uno de los discos durante la conversación. No, no había inventariado los discos después de la misma. Sin embargo, los investigadores habían advertido que faltaba un disco. No, era ridículo pensar que Korchnói hubiese cogido uno de los discos. Imposible.

«¿Imposible?», pensó Egorov.

Conocía a Volodia Korchnói desde hacía veinticinco años, desde la Academia. Korchnói había probado ser un oficial de operaciones superlativo, adepto, valiente, astuto, el tipo de hombre que en teoría podría distinguirse como activo clandestino de la CIA y sobrevivir al peligro. Sus misiones en el extranjero podían haberle ofrecido muchas oportunidades para contactar con los americanos. «Imposible», pensó. Nasarenko podía haberse pasado escupiendo

nombres dos meses más, dando más explicaciones lacrimógenas, pero eso no haría más que retrasar el asunto. Egorov también podía haber dejado caer el nombre de Korchnói con Zyuganov, pero ahora no había tiempo. El americano Nash era la clave. Su sobrina ya estaba de camino a Grecia. A ver cómo salían las cosas.

Dominika se quedó maravillada por la luz blanca de Atenas. En Roma la luz del sol era dorada, más suave. La luz egea ejercía su influencia. Los edificios la reflejaban, las negras carreteras centelleaban. El tráfico del centro (taxis, camiones y motos) se derramaba como una masa líquida por Vassilis Sofias, para separarse, como olas contra un espigón, en la plaza Síntagma y el edificio del Parlamento, y desaparecer en las callejuelas que iban a parar al Plaka. Dominika abandonó el hotel y caminó cuesta abajo a través del bullicio de la calle Ermou, más allá de las tiendas con exposiciones de artículos de dos plantas de altura: lámparas, bolsas de deporte y abrigos de pieles. Maniquíes con estolas de zorro blanco la miraban fijamente, señalándola con la inclinación de sus cabezas y sus muñecas segmentadas. «Atenta», advertían.

Dominika se trabajó la calle a conciencia, cruzando a media manzana, entrando en los portales, utilizando los espejos de la calle y de las tiendas de gafas de sol para categorizar los elementos urbanos. Bajo, oscuro, sin mangas, con bigote, polvorientas sandalias de goma, distraídos ojos negros. Olía las castañas asadas al abrirse, oía el tañido del organillo de la esquina. «Fíjate en las caras extranjeras: ojos azules, pómulos eslavos. Busca las nubes marrones, amarillas, verdes: las señales de peligro, traición,

ansiedad.»

Dominika vestía un traje de algodón de cuello de caja y sandalias negras. Llevaba un pequeño bolsito negro y gafas de sol de montura negra; un reloj barato con esfera negra y una sencilla correa que le rodeaba la muñeca; el pelo recogido, más fresco para el calor del mediodía. En otras palabras, una rusa siguiendo el protocolo de contravigilancia antes de reunirse con un miembro de la oposición.

Dominika salió de Ermou a una calle perpendicular, pasando pequeñas tiendecitas que desplegaban vestimentas religiosas, sotanas doradas, estolas, mitras. Cruces colgaban de pesadas cadenas que rotaban lentamente dentro de los escaparates. Estaba sola en esas callejuelas después de torcer una, dos, tres esquinas. Más allá se hallaba la pequeña iglesia bizantina de Kapnikarea, hundida en medio de la calle Ermou, con sus paredes de anchos ladrillos, sus estrechísimas ventanas y sus tejados a dos aguas cubiertos de tejas. Dominika cruzó la calle, bajó cinco escalones (el nivel de la calle en el año 1050 a. C.) y entró en la capilla.

El oscuro interior de la iglesia era minúsculo. Los frescos e iconos de las bóvedas estaban desconchados y manchados de humedad. Las retorcidas letras bizantinas se le aparecían de un color rojo pálido, desteñidas por siglos de humo e incienso. Cerca de la puerta había una mesa de arena con velas largas y naranjas; algunas, inclinadas las unas sobre las otras, se tocaban. Dominika cogió una vela del montón que había cerca y la prendió con la llama de otra ya encendida.

Antes de que pudiera clavar la vela en la arena, apareció otra mano que inclinó su mecha sobre la llama de la de Dominika. Esta se volvió y vio a Nate detrás de ella. Tenía una expresión burlona. Su

halo morado le hacía parecer uno de los santos bizantinos de los desconchados frescos. Él se puso un dedo sobre los labios, hizo un gesto con la cabeza y se deslizó por la puerta. Dominika esperó un momento, plantó la vela en la arena y salió a la luz blanca y al ruido de la ciudad.

Nate estaba en la acera de enfrente y Dominika se acercó. Estaba muy correcto, en plan negocios: el agente reuniéndose con su confidente. Dominika recordó la intimidad de Roma la vez anterior y, antes, la de Helsinki. Además de espiar, habían sido amantes, algo vital, arriesgado y auténtico.

Para Nate, el recuerdo era más complicado. Se había acostado con su confidente, estaba arriesgando su carrera, la seguridad de ella: había sido un grave error. Ya se lo habían advertido Forsyth y Gable, hombres que él respetaba, pero él había vuelto a hacer el amor con ella en Roma, incapaz de contenerse, y con el trascendental Benford en la habitación de al lado. Se había muerto un poco por dentro cuando se la llevaron a Moscú y se culpaba a sí mismo de lo que ella había tenido que soportar. Ahora tenían que completar una misión. Ella tenía una línea de sudor en el labio superior y él deseaba estirar la mano y tocarla.

Dominika se daba cuenta con su claridad sinestética. Se mantuvo alejada de él, no le ofreció la mano y se quedó observando sus ojos, el morado del aire a su alrededor. Sabía que quería que ella fuera su activo, su confidente, su agente, pero eran más que eso. Él no daría un paso en falso. Ella estaba decidida a mantenerse estrictamente en lo profesional. Se quedaron un segundo bajo la luz cegadora hasta que Dominika preguntó:

—¿Nos vamos?

Él se dio la vuelta para subir la calle y ella lo siguió.

Deambularon por estrechos callejones para llegar al corazón del Plaka, torciendo a la izquierda, luego a la derecha, aparentemente a la deriva, una ruta que hacía inevitable que quien les estuviera vigilando por ese laberinto de pasajes, patios y plazuelas rodeadas de tiendas se acercase demasiado. Salía música de las tiendas; esponjas amarillas colgaban sobre las puertas, unidas entre sí con cuerdas bastas. Un fuerte olor a sándalo e incienso llenaba el aire. Nate miraba automática y disimuladamente por encima del hombro de Dominika; ella por encima de su oreja para verificar el otro lado de la calle. Él hizo contacto visual y ella sacudió la cabeza ligeramente. «Nada, por lo que yo puedo ver.» Él asintió para mostrar su acuerdo.

Cayó el día y caminaron lentamente por Plateia Filomouson, rodeada con sillas, toldos y sombrillas, con líneas de pequeñas bombillas cruzando el cielo. Los platos repiqueteaban en las cocinas de los restaurantes. Nate guio a Dominika por una esquina hasta llegar a una desgastada puerta verde. Una pequeña placa junto a la puerta decía TAVERNA XINOS. Se sentaron a la mesa en la esquina de un jardín de gravilla y pidieron *taramo* y remolacha, y *papoutsakia,* berenjena rellena de carne picada de cordero, canela, tomate y bechamel gratinada.

Con las cabezas juntas, hablaron silenciosamente sobre la historia que Dominika contaría en Moscú. Acordaron que ella reportaría a la Central que le había seducido. Él evitó mirarla durante un segundo. Informaría de que él comenzaba a hablar de su trabajo, que la astuta gorrioncilla comenzaba a enredar a su objetivo. Tenían dos días para elaborar una historia convincente, mantenerse alejados de

su habitación de hotel y comprobar que nadie los seguía. No habría ningún contacto con la estación.

—No te vas a creer quién está en Atenas —dijo Nate, llenando el vaso de Dominika de retsina de una jarra abollada de aluminio—. Forsyth llegó hace dos meses. Ahora es jefe de estación aquí.

Dominika sonrió.

—¿Y Bratok le ha seguido? —dijo.

Se preguntó si sabían de su affaire secreto.

—¿Gable? Sí, son inseparables —dijo Nate.

La conversación se estancó. Se miraron en silencio. La atmósfera era cargante, un peso pendía sobre sus cabezas. Nate miró a Dominika y su visión se hizo borrosa en los bordes.

—Tenemos dos días. Es importante que sigamos el guion. Debemos llenar dos días.

—Tenemos que mantener conversaciones reales, tenemos que decir de verdad lo que finalmente reportaré a la Central. Todo debe ser... ¿cómo se dice? ¿*Podlinnyj*? —dijo Dominika.

—Auténtico. Debe parecer auténtico —contestó Nate.

—Es importante que yo viva los detalles ahora, para cuando tenga que informar —dijo ella recordando los interrogatorios en Lefortovo.

Después no tuvieron mucho que decirse; ambos se dejaron arrastrar por la mentira de negar su pasión. Su nube morada no cambiaba nunca, como si el conflicto no le afectara. Dominika le cerró su mente. Volvían a caminar por los márgenes del Plaka, a lo largo de calles estrechas y oscuras contra las paredes de la Acrópolis. Subieron silenciosamente una estrecha escalinata con macetas en los peldaños. Cuando llegaron al final, Dominika le puso la mano en el brazo para que se detuviera. Estaban en la sombra,

mirando hacia abajo, buscando en la noche el sonido de otros pasos. Todo estaba en calma y Dominika soltó la muñeca de Nate.

—Hay que tomar una decisión —susurró Nate—. ¿Nos separamos, vamos al hotel y nos vemos mañana temprano?

Ella no quería ponérselo fácil.

—¿Y si mi habitación está vigilada? Se supone que tú me deberías invitar a tu hotel y se supone que yo debería aceptar.

Nate luchó contra la sensación de deslizarse de cabeza en agua helada.

—En apoyo de la autenticidad y de la tapadera, eso es lo que habría que hacer. Autenticidad. —Se miraron durante un minuto—. ¿Nos vamos? —preguntó Nate.

—Como quieras —dijo ella.

Serguéi Matorin estaba desnudo frente al espejo de cuerpo entero de su habitación en el hotel King George de la plaza Síntagma. Sabía que Dominika se estaba quedando en el Grande Bretagne, justo al lado, ambos lujosos y venerables hoteles con una elegancia del Viejo Mundo discordante con el resto de la ciudad. Matorin no miraba su cuerpo, cruzado por cicatrices de los combates en Afganistán, ni al agujero de su hombro derecho, donde había sido herido en el bazar de Ghazni mientras hacía un barrido con su Grupo Alfa. En su lugar, se concentró en un régimen de movimientos a cámara lenta: ataques, bloqueos, giros, agarres; Apolión haciendo taichí, mientras el ruido del tráfico nocturno bramaba fuera. Se dobló por la cintura, luego se estiró, su ojo lechoso helado en la cuenca, y respiró profundamente.

Se dio la vuelta, tomó su maletita de ruedas y la puso boca abajo sobre la cama. Desenroscó cuatro tornillos del esqueleto metálico de la maleta para abrir una cavidad secreta tubular ideada por los técnicos del Servicio. De ella sacó su Khyber, de treinta centímetros, con su filo suavemente curvado. Volvió a situarse frente al espejo y repasó toda una serie de ejercicios de combate: cortar, esquivar, desgarrar. El cuchillo silbó cuando asestó un revés.

El cuerpo de Matorin brillaba por el esfuerzo. Se sentó en una silla Luis XIV y manchó de sudor su brocado azul celeste. Tomó un cenicero de cerámica con el símbolo de la cimera del rey Jorge y le dio la vuelta. Matorin afiló el filo de su cuchillo con la base de cerámica: de la punta a la base, de la punta a la base. El ruido rítmico del acero contra la cerámica llenaba la habitación, ahogando el sonido de la calle. Después de un rato, satisfecho con el filo asesino, Matorin dejó el cuchillo y sacó de la maleta una bolsita de piel cerrada con cremallera. En un lateral ponía INSULINA. Agitó dos gruesos dispositivos autoinyectables, uno amarillo, el otro rojo, con las jeringas diseñadas para ser inyectadas en los músculos del muslo o en los glúteos. El amarillo contenía SP-117, un compuesto barbitúrico creado por la Línea S. Eso era para los interrogatorios. El dispositivo rojo del Laboratiorio 12 contenía cien miligramos de pancuronio, que paralizaba el diafragma en noventa segundos. Eso para luego. Dos dispositivos, el dorado y rojo, de los Spetsnaz.

Tomaron un taxi en silencio hacia el hotel de Nate, el St. George Licabettus, protegido por los pinos del monte Licabeto. Desde el balcón elevado podían ver el Partenón iluminado y las luces

intermitentes de la ciudad extenderse hasta el horizonte, la franja oscura del mar, el faro del puerto donde el Egeo esperaba a un barco de velas blancas. Dominika echó un vistazo al baño, encendiendo y apagando las luces. Dejaron el resto de las luces apagadas. La luz de la fachada iluminada del hotel bastaba. Nate se movió en la oscuridad y Dominika, con los brazos cruzados, se quedó mirándolo.

—Si estás reconsiderando nuestro plan —dijo ella—, puedo reportar que mi visita a tu habitación duró cuatro minutos, que tu ardor fue, cómo decirlo, un tanto *ukorachivat kratkiy.*

—Abreviado —dijo Nate, ruborizándose por la burla.

—Sí —contestó Dominika, yendo al otro balcón y mirando fuera—. Los lectores de Yasenevo estarían encantados con el cotilleo de que los agentes de la CIA no duran nada. Tu pericia llegaría a ser bien conocida en tu Central.

—Siempre me ha encantado el sentido del humor ruso —dijo Nate —. Es una pena que se dé tan poco. Pero para proteger tu coartada operativa, creo que deberías pasar la noche aquí.

«Para proteger tu coartada operativa», pensó Dominika.

—Muy bien, dormiré en este diván y tú en el dormitorio, y mantendrás la puerta cerrada.

Nate actuaba pragmáticamente.

—Te voy a dar una manta y una almohada —dijo.

—Mañana nos espera un largo día de no hacer nada.

Dominika no se quitó el vestido hasta que Nate se metió en el dormitorio y cerró la puerta. La luna, pensó ella amargamente, volvía a brillar fuera. Se levantó para cerrar los visillos, pero se detuvo y se tumbó, dejando que la luz de la luna la acariciara

tiñéndola de plata.

Estaba cansada de que todos la usaran como surtidor de gasolina: los *vlasti*, los herederos de la Unión Soviética, el general Korchnói, los americanos, Nate diciéndole lo que era oportuno, indicando lo que había que hacer.

¿Cómo lo había podido hacer Korchnói durante tanto tiempo? ¿Cuánto podría durar ella? Escuchó atenta a los sonidos de la habitación de al lado. Necesitaba que todos ellos le dieran algo más. Estaba cansada de que le hicieran negar sus propios sentimientos.

Casi a las tres de la madrugada, Nate notó entre sueños que se abría la puerta de su habitación. El difuso brillo naranja de las farolas atravesaba las cortinas. Volvió la cabeza ligeramente y distinguió la silueta de Dominika, la inconfundible cadencia de su elegante andar, que atravesaba el dormitorio hasta la ventana. Alargó un brazo para abrir las ventanas, primero una y luego otra, hasta quedar a contraluz frente a las ventanas correderas, completamente abiertas. El aire de la noche movía las cortinas hacia fuera y hacia dentro de la habitación, agitándose a ambos lados de la muchacha, a su alrededor, cubriéndole la cabeza y cruzándole el cuerpo. Ella se le acercó separando las cortinas y se quedó quieta a un lado de la cama. Nate se incorporó sobre un codo.

—¿Estás bien? ¿Pasa algo? —preguntó.

Ella no respondió. Permaneció sin moverse, mirándole. El agente dentro de él se preguntó al instante si ella había oído algo, algún ruido en la puerta. ¿Tenían que escabullirse del hotel enseguida? Dominika siguió sin responder y Nate se sentó en la cama y le cogió una mano suavemente entre las suyas.

—Domi, ¿qué es lo que tienes? ¿Qué pasa?

Ella habló en un susurro:

—Cuando hicimos el amor, ¿lo reportaste a la Central?

—¿De qué estás hablando? —dijo Nate.

—En Helsinki y en Roma. Cuando fuimos amantes, ¿se lo dijiste a tus superiores?

—Lo que hicimos va en contra de las normas. Fue poco profesional. Fue culpa mía, pusimos en peligro tu seguridad, la operación.

Ella estaba en silencio, mirándolo desde arriba. Esperó un segundo para hablar:

—La operación —dijo—. Quieres decir que pusimos en peligro una continuada transmisión de información, de *razvedka.*

—Mira —dijo Nate—, lo que hicimos fue una locura, tanto desde el punto de vista profesional como personal. Por poco te perdemos. No he parado ni un minuto de pensar en ti. Todavía lo hago.

—Claro, piensas en el caso, en Dominika, el activo nacional.

—¿De qué estás hablando? ¿Qué quieres que te diga? —preguntó Nate.

—Quiero sentir que a veces dejamos la operación a un lado y solo estamos tú y yo —dijo mientras su pecho, dentro del sujetador, subía y bajaba violentamente.

Se levantó y la rodeó con sus brazos. Su mente era un torbellino en el que se enfrentaban su intensa pasión por ella y el cálculo de posibles consecuencias. Sintió el olor de su pelo y su cuerpo. «¿Va a recaer una tercera vez, señor agente?», pensó.

—Dominika —dijo, y sintió que la sangre se le agolpaba en los oídos, la primera señal de peligro.

—¿Volverás a romper las reglas? —preguntó ella.

Dominika vio su deseo color morado, que iluminaba la habitación en penumbra.

—Dominika —dijo, mirándola a los ojos.

Sus pestañas captaban la luz que se colaba por la ventana. Vio la cara de Forsyth flotando en el aire sobre su cabeza, terrorífica, inmóvil. La deseaba más de lo que podía resistirse, con una urgencia que no le permitía pensar.

—Quiero que violes las reglas conmigo, con tu confidente, conmigo —dijo Dominika—. Quiero que te las saltes por mí. Quiero que me violes a mí.

El encaje de su sujetador susurró mientras se lo desabrochaba. Se tumbaron en la cama. Ella estaba acostada sobre su vientre y tiró de Nate para que se pusiera encima, pesado y caliente, besándole el cuello, los dedos de ambos entrelazados. Ella le apretó las manos. Él titubeó, ella se burló de él, y él atrapó sus caderas con sus piernas y la respiración de ella se hizo más turbulenta. Gimió.

—*Trahni menya.*

Y alargó el brazo para tocarle mientras él le susurraba al oído:

—¿Cuántas reglas me vas a obligar a romper?

Ella lo miró para ver si se estaba burlando.

—¿Voy a tener que romper cinco, diez reglas?

Él mantuvo la boca cerca de su oído y continuó contando hasta diez lentamente, siguiendo la cadencia de sus caderas.

—*Odin... dva... tri*...

Ella temblaba, pero a un ritmo distinto que antes.

—*Chyetirye... pyat... shest*...

Estiró los brazos y apretó las sábanas entre sus puños.

—*Syem... vosyem... dyevyat*...

Con los dedos como garras, ella se enrolló las sábanas alrededor de las muñecas.

—*Dyesyat, ten* —dijo Nate, se despegó de ella, aún conectado pero alzándose sobre su húmeda columna vertebral. De repente, arqueó la suave línea de su espalda y de sus glúteos, y ella hundió la cara en el colchón con un gemido.

Una franja de luz de luna atravesaba la habitación. Se quedaron mirándola tumbados el uno al lado del otro. Nate se inclinó y sostuvo la barbilla de ella, y la besó en los labios. Ella retiró suavemente la mano.

—Si dices algo y metes la pata —dijo—, te meto el pulgar en el ojo y te tiro por el balcón.

—No me cabe ninguna duda de que lo harías —replicó Nate mientras se recostaba sobre la almohada.

—Sí, Neyt —dijo Dominika—. Y si necesito más, esta pequeña gorrioncilla volverá a llevarte a la cama.

—¿Te vas a estar un rato quieta?

—*Konechno,* por supuesto, las buenas confidentes siempre obedecen las órdenes —dijo Dominika.

BERENJENAS *PAPOUTSAKIA* DE LA TAVERNA XINOS

Dore carne picada de cordero con trocitos de cebolla y tomate natural en aceite de oliva. Condiméntela bien, déjela enfriar y añada queso rallado, perejil, pan seco remojado durante un día y huevos batidos. Parta las berenjenas a lo largo y áselas con un chorrito de aceite hasta que se ablanden. Vacíe las berenjenas y reserve su carne. Rellene la piel con la mezcla de carne de

cordero. Cúbralas con salsa mornay, rocíelas con aceite y áselas en un plato con la carne de la berenjena y un poco de agua en el fondo hasta que se doren. Sírvalas a temperatura ambiente.

37

Zyuganov agarró con fuerza el auricular del teléfono encriptado. El aparato era igual de grande que su cabeza.

—Por supuesto que estarán vigilando si los siguen —dijo Zyuganov —. No los vas a poder seguir. No cambies el plan. ¿Tienes listo el material? Solo necesitarás quince minutos. El nombre, confirmarlo y dar el golpe de gracia.

Zyuganov se columpió en la silla.

—Mira, no te estoy diciendo que no la salves, pero el nombre es más importante que cualquier otra cosa, que nadie. *Panimat?* ¿Entendido? Espero resultados. Y mantén la boca cerrada. Corto.

En su último día en Atenas, a las nueve de la mañana el sol ya calentaba. Ambos se sentían cansados, desconectados, a la deriva. Bajaron desde el hotel hasta Pindarou, se detuvieron para tomar un zumo de naranja recién exprimido en la plaza Kolonaki y se sentaron, el uno junto al otro, bajo el toldo mientras el camarero les traía un dulce. Estarían en movimiento todo el día ensayando lo que Dominika reportaría de su contacto a la Central. Dominika dio un mordisco al bollo de hojaldre y se chupó los dedos. Se encontraba mejor y estaba haciendo un esfuerzo.

—¿Les decimos que tú me forzaste o que yo te tapé los ojos y te encerré desnudo en el armario?

Arrancó un trozo de brioche y se lo acercó a él a la boca. Nate

apartó la cabeza.

—La Central probablemente entendería muy bien lo de meter a alguien en un armario —dijo Nate.

Se sentía incómodo, irritable y culpable, no estaba de humor para conversaciones románticas de la mañana después. La cara de Dominika se nubló al oírlo. Dejó el brioche en el plato.

—Eso ha sido *bezdushnyi* —dijo ella.

Se volvió para mirarlo: cruel, desalmado. Pero los demonios de Nate lo tenían preso. Sabía lo que sentía por ella, pero también cuál era su deber. Y sabía lo que ella quería y también lo que él podía dar, lo que la CIA le dejaría dar. Había permitido que su pasión (era una pasión verdadera, de eso no cabía duda) le controlara una vez más, «una vez más, joder»*,* el día antes de que ella regresara a Moscú y se sentara frente a sus interrogadores. Y si no estaba perfecta, sin tacha, bueno, eso sería culpa suya, porque no había sabido decir no la noche anterior. Los rusos: románticos, imposibles. Ella quería un idilio de algún tipo, pero ambos eran espías, no podía haber distracciones. Él la miró (lo último que pensó es que probablemente la amaba), pero ella vio los demonios, leyó la capa morada sobre sus hombros y supo que la conexión de la noche anterior había desaparecido.

Dominika vio su arrepentimiento, su culpa y el color desvaído a su alrededor. Sus propios demonios también salieron de su cueva como murciélagos al anochecer y se convirtió en Egorova, sintiendo que la ira crecía en su interior, el *goryachnost,* el mal genio sobre el que la había advertido el general Korchnói. Se levantó.

—Voy a volver al hotel para darme una ducha y cambiarme de ropa —dijo.

—Negativo —contestó Nate, cambiando al modo controlador—. Es el único lugar en el que pueden localizarte, localizarnos. Benford dijo muy claramente...

—*Gospodin* Benford podrá estar sin ducharse ni cambiarse. Yo no. Tardaré diez minutos.

Nate calculó el riesgo rápidamente. ¿Iba con ella? ¿Dejaba que se fuera y se encontraban luego? Le había visto la cara, conocía las señales. Ella estaba furiosa por su culpa. Mejor no dejarla sola, podría desaparecer por despecho. Y eso sería reportado a Langley.

—De acuerdo, diez minutos, nada más —dijo Nate tomándola del brazo, pero ella se deshizo de su mano suavemente.

El hotel Grande Bretagne se levantaba bajo el sol de la plaza Síntagma con sus barandillas doradas y su pórtico de hierro forjado. Arriba, Nate esperaba incómodo en el enorme salón de elegantes grupos de mesas y sillas, y lámparas sobre una gruesa alfombra Wilton. Miró al dormitorio mientras Dominika se desvestía (recordaba las bragas y sujetador de encaje negro); luego se inclinó para desabrocharse las sandalias y se volvió para mirarlo, desafiante como una modelo de lencería contra el fondo del enorme cabecero de seda. Su semidesnudez excitaba sus sentidos y ella lo sabía, podía leerlo. Avanzó provocativamente hacia el salón.

—¿Te distraigo? —dijo elevando los brazos; estaba furiosa.

—Dominika, para —dijo Nate.

—Por favor, dime —pidió ella apretando las copas del sujetador—. ¿Te desoriento? ¿Funciona el plan?

—Admirablemente. No creo que pudiera hacer su trabajo mejor, cabo Egorova —dijo Serguéi Matorin, saliendo del vestidor entre el dormitorio y el cuarto de baño. Su ruso sonaba como la transmisión

de un camión llena de gravilla. Llevaba una chaqueta oscura, camisa y pantalones negros, y mocasines. Tiró distraídamente un estuche con cremallera y una funda de tela sobre la cama y comenzó a quitarse la chaqueta, sin dejar de mirar a Nate. Negro.

Silencio, luego un shock eléctrico y, sin un minuto de vacilación, ni un segundo, los trozos de encaje negro se lanzaron contra Negro, los brazos alrededor de su cuello, la rodilla hundiéndose en su pubis. Nate vio hincharse sus músculos de bailarina, tensarse los glúteos, mientras Negro gruñía, le empujaba la barbilla hacia atrás y le daba un puñetazo en la garganta, un golpe mortal. Ella cayó sobre la alfombra, con su ropa interior de encaje, jadeando. Nate necesitaba más tiempo para llegar. Su pensamiento iba a cámara lenta: «Alguien va a tener que morir, morir de muerto, de asesinado». Porque Negro los había oído hablar y lo único que los separaba de la hecatombe era una llamada de móvil a Moscú. Bajó el hombro, olió el aroma a amoniaco de Matorin y arrojó el escuálido cuerpo del matón contra el pequeño sofá Hepplewhite de la esquina, que crujió al hacerse añicos. Ambos se levantaron de un salto del suelo. Nate sintió que tres piedras se estampaban contra su cara, pam, pam, pam. «¡Mierda, joder!», la técnica de mano abierta de los Spetsnaz. Nate bloqueó el fibroso brazo de Negro y le dio una patada detrás de la rodilla. Negro cayó, rodó y volvió a levantarse, con las pezuñas alzadas y sonriendo. Nate alcanzó un mueble y lo arrojó a sus pies, luego se acercó para volver a oler a amoniaco, y comenzó pegándole bajo; después, con la base de la palma de la mano le pegó en la barbilla, intentando recordar las técnicas cuerpo a cuerpo, mientras Negro volvía a rodar, llegaba a la cama y de una funda sacaba un cuchillo. Comenzó a moverlo en círculos. Era el momento de

retirarse, la cosa no pintaba nada bien y no había ningún arma a mano, nada lo bastante largo o duro para enfrentarse a ese cabrón y al filo plateado de su cuchillo azul.

El golpe en la tráquea no la había matado. Las bragas y el sujetador negro se levantaron y agarraron un jarrón azul y blanco (Ming, Limoges o Wedgwood, igual daba) y lo estrellaron contra los omóplatos de Negro entre una lluvia de esquirlas. Él se encogió sobre una rodilla mientras se oía el suave silbido de su cuchillo al moverse. La sangre comenzó a manar, una fina línea en el muslo y otra diagonal en el vientre. Dominika se cubrió de rojo, pegajosa, retrocedió tambaleándose y se desplomó con una sacudida, cayendo sentada y quedándose mirando sus piernas. Una estaba empapada de sangre, la otra seca.

La lámpara de latón le parecía a Nate lo bastante buena, lo suficientemente pesada para tirársela, pero Negro hizo un revés defensivo a toda velocidad y la esquivó. Al menos lo había alejado de Dominika. Negro, a una velocidad realmente impresionante, cerró el paso a Nate, casi volando. Nate entró en la trayectoria del filo de su cuchillo y sintió un aire helado en el brazo y en el estómago, donde se le abrió la camisa. La sangre comenzó a brotar de debajo del cinturón y por el frente de las piernas, como si se estuviera meando. Nate comprendió que era esencial controlar el puto cuchillo y levantó una silla tapizada sobre su cabeza, como en el circo. La otra manga de su camisa se rasgó y un chorro de sangre caliente le inundó la mano. La punta del cuchillo alcanzó la silla tapizada, y él se adelantó saltando, pensó que ya no le quedaba mucho tiempo, e intentó bloquear la rodilla de Negro con unas piernas que comenzaban a perder fuerza. Mala señal. Muy mala. Como sus

huellas encarnadas sobre la alfombra y el olor a cobre que inundaba el aire.

Dominika los miró desde un rincón de la habitación: Matorin, moviéndose con facilidad, balanceando su Khyber, y Nate, tambaleándose hacia los lados, con la ropa empapada de sangre desde el pecho.

«Es culpa mía por querer volver aquí. *Idiotka*. Va a luchar hasta morir —pensó—. Está luchando por mí. —Se emocionó al darse cuenta—. Sí que me ama, lo hace para que yo gane tiempo.» Y el *goryachnost,* la rabia, la levantó del suelo; llegó cojeando a la cama, haciendo eses, y cogió el estuche negro. Buscaba un arma, la que fuera.

Negro respiraba por la nariz sin dificultad y Nate sintió que algo se soltaba en su interior cuando la cuchilla le recorrió los bíceps y él agarró el filo y notó que se deslizaba por la palma y entre los dedos, como un cuchillo mojado en una tarta de cumpleaños. Negro se quedó mirándole y Nate se concentró en bloquear sus débiles tobillos para no caerse. Seguro que ese Spetsnaz estaba saboreando el próximo corte, pensó Nate, uno vertical que hiciera que sus intestinos se derramaran sobre la Wilton o un revés en el lateral del cuello.

Entonces Libertad saltó la muralla como alguien sacado de un cuadro de Delacroix, con un pecho al aire, fuera del sujetador, clavando los dispositivos rojo y dorado en los glúteos de Negro. El instintivo revés de Negro la noqueó y la cabeza de ella se dobló hacia atrás con violencia. Pero Negro comenzó a derretirse y rechinar, respirando pesadamente a cuatro patas, con las banderillas roja y amarilla en el culo, como un burro, gateando hacia el cuchillo

cada vez más despacio, arrastrándose a cámara lenta y sacudiendo la cabeza a ambos lados, con un diafragma narcotizado y un cráneo lleno de barbitúricos y el ojo bueno en blanco y los talones percutiendo sobre la alfombra rosa y azul. El repiqueteo de la muerte y el «vamos a considerar seriamente cortarle la cabeza, solo para estar seguros».

La mano de Nate estaba bajo el pecho izquierdo de Dominika, feliz de oír el débil latido de su corazón, los ojos abiertos, y él comenzó a reposar la cabeza sobre la blandura de su cuerpo, pero recordó algo importante, no podía dormirse aún, tenía que hacer una llamada.

Dominika había tomado el teléfono de los dedos flácidos de Nate y le había dicho a Bratok dónde estaban. Él la había escuchado con atención y había traído consigo un médico autorizado de la embajada y un kit de trauma. Estaban esperando en la calle, en el coche. La forma en la que Marty Gable consiguió limpiarlos y sacarlos del hotel fue un milagro, puro *vintage* tipo Saigón y Nom Pen. Hicieron vendas con las sábanas, se abrochó la chaqueta de Matorin hasta arriba y a Dominika le peinaron el pelo hacia atrás. Gable le pidió que sacara los dispositivos del culo de Matorin, que envainara el cuchillo y comprobara los bolsillos del ruso. Cruzó el brazo de Nate por su cuello y lo arrastró por la entrada de servicio, pidiéndole a una renqueante Dominika que cerrara con llave la puerta de la suite y la tirara a una maceta del pasillo.

Se derrumbaron en el asiento trasero del coche de Gable como Bonnie y Clyde. El asombrado médico vendó el pecho, los brazos y las manos de Nate con vendas de compresión israelíes. También el

muslo de Dominika y el vientre, con un trozo en diagonal. El pulso de Nate era débil por la pérdida de sangre, así que el médico comenzó un intravenoso. Dominika acunaba la cabeza de Nate en su regazo sin hablar, levantando el brazo sobre su cabeza para sujetar la bolsa de plasma mientras Gable se enfrentaba al tráfico, soltando palabrotas y dando golpes en el volante.

Subieron a trompicones las empinadas calles que conducían a Zografos, al abrigo del monte Ymittos. Gable los ayudó a subir a un reservado del último piso de un tranquilo bloque de apartamentos donde la estación tenía una casa segura de emergencias. Pusieron a Nate en el dormitorio pequeño, y el médico se quedó con él hasta que el doctor de la embajada llegó. Ambos estaban autorizados, pero Gable quería que se fueran en cuanto hubieran terminado: veinte puntos en la pierna de Dominika y tres veces eso para Nate. Gable sujetó a Dominika por los hombros, mirándola por encima de sus gafas, pero ella le apartó y se dirigió al dormitorio para limpiarse la sangre con una esponja, recordando lo de Ustinov enloquecidamente, ¿cuánto tiempo había pasado? Empezó a atragantarse y tuvo que pararse a respirar hondo.

Gable dio las gracias a ambos médicos (ellos se preguntaron en qué estarían metidos, pero sabían estar callados), los condujo fuera y cerró suavemente la puerta. Dominika estaba en el dormitorio de Nash oyéndole respirar y Gable la sacó fuera. No quería comer sopa ni pan. Cerró la puerta de su dormitorio, pero, tras cinco minutos, Gable la oyó volver a meterse en el cuarto de Nate y la dejó en paz. Más tarde, esa misma noche, Gable abrió de golpe la puerta del dormitorio y la oyó como le hablaba. Él todavía estaba dormido por los sedantes y Diva, sentada en la cama, hablaba en ruso con él. Era

un desastre total, pero, gracias a Dios, estaban vivos.

Forsyth se pasó a hurtadillas por allí, ya de noche, con una perilla de pega y unas gafas de alambre (los policías conocían su cara y estaban a la caza de una joven rusa que se había albergado en el hotel Grande Bretagne y que había desaparecido, dejando un cadáver en la habitación). El pasaporte de Dominika, con su fotografía, no paraba de salir en la televisión y los periódicos. Había habido otro hombre, un hombre occidental moreno, quizás un americano. Gable le dijo a Forsyth que parecía un sexólogo vienés con esa perilla, luego le informó de la escena en el hotel y señaló con la cabeza a los dos dormitorios. Forsyth se sentó, sacó la última edición de varios periódicos y los puso sobre la mesita. La prensa que estaba cubriendo la fiesta de sangre en el Grande Bretagne había provocado una tormenta de fuego en los medios, excesiva incluso para estándares griegos.

Los traductores de la estación los habían provisto de una lista de titulares:

«El complot de la matanza de la KGB altera la calma ateniense», *Kathimerini* (centro derecha).

«Una masacre de la Guerra Fría en el hotel Grande Bretagne», *To Bhma* (centro).

«Belleza rusa buscada por asesinato sexual tras encuentro amoroso», *Eleftherotiypia* (centro izquierda).

«El desprecio de Estados Unidos por el patrimonio griego. Antigüedades», *Rizospastis* (comunista).

«Asesino elige temporada baja de un matadero de cinco estrellas», *Tribuna Shqiptare* (en albanés).

Hicieron un poco de ruido en la cocina, esperando a que Dominika saliera de su dormitorio. Media hora después Forsyth se levantó y dio unos golpecitos en su puerta. Ella contestó que no se encontraba bien; no, no necesitaba un médico, pero quería dormir. Forsyth salió al salón.

—No estoy seguro, pero algo no anda bien. Hay algo más aparte del shock —le dijo a Gable.

Luego el sonido de un débil movimiento. Nate entró arrastrándose, finalmente despierto, agarrándose a la pared. El naranja del Betadine se veía en los bordes de las vendas y del esparadrapo. Tenía un lado de la cara morado. Se dejó caer en un sillón, sudoroso por el esfuerzo y el dolor.

—¿Qué os trae por aquí? ¿Alguna emergencia? —preguntó con voz ronca.

—¿Cómo te encuentras? —dijo Gable ignorándolo—. ¿Estás mareado? ¿Tienes hambre?

Nate sacudió la cabeza y Forsyth empezó a hablar en voz baja.

—He estado hablando con la séptima planta por la línea verde. Me ha llamado al menos diez veces el embajador, que a su vez ha sido convocado por lo menos dos veces por el ministro de Asuntos Exteriores griego. Toda la policía de Grecia está buscando a una mujer rusa e intentando identificar un cadáver. La embajada rusa afirma que no tiene ni idea de lo que está pasando. El ministro de Asuntos Exteriores griego está en la misma calle del hotel Grande Bretagne y las televisiones de la plaza Síntagma han estado dando cobertura al asunto las veinticuatro horas.

—Eso es lo mejor de las operaciones clandestinas: la cobertura televisiva —comentó Gable mirando a Nate.

—Todo el mundo en la Central está cabreado, pero a diferentes niveles: muy cabreado y la hostia de cabreado —dijo Forsyth—. Hay recriminaciones de todas partes. ¿Cómo es que no se anticipó que el SVR actuaría de este modo? ¿Por qué no te retiramos del caso? ¿Por qué Marble no pudo advertirnos de la emboscada? Todo gilipolleces.

—Esta mañana he recibido un correo del jefe de Europa. El almirante Nelson sugiere que ya es hora de cambiar de rumbo en el caso Diva. Al parecer, J/ROD le dijo al jefe de Europa que no se enteraba de nada. Delante del director. Eso es todo lo que sabemos. No podemos hacer más.

—Anoche Benford llamó para preguntar si su recomendación de no ir a la habitación de Dominika no estaba clara. Te manda saludos. Explicarle tu comportamiento es algo que a nosotros, bueno, más bien a ti, no va a resultarte fácil. Dependerá de si le apetece pegarte una hostia.

—Le he recomendado personalmente que lo haga —añadió Gable.

—Aunque hay esperanza. Benford dice que este incidente ha abierto una pequeña posibilidad. Está muy nervioso. Llegará mañana por la noche, tarde, y hasta entonces no te quiere ver ni en pintura.

Forsyth fue a las puertas correderas del balcón y miró por una rendija de las cortinas.

—Es importante que Dominika permanezca escondida para que la Central continúe pensando lo peor, que la CIA la ha descubierto, que su plan para tender una emboscada a Nate ha quedado expuesto. Tenemos dos días como máximo.

Gable se levantó, caminó por el pasillo y llamó a la puerta del dormitorio de Dominika. Le habló suavemente y ella le dijo que entrara. Se podía oír su voz de barítono amortiguada por el pasillo, y

después de diez minutos volvió y se sentó.

—Problemas —murmuró—. Está inquieta. No histérica, simplemente enfadada. Malhumorada. Su mal genio. Pero esta vez es grave. No sabe de quién fiarse. Nosotros, Marble, desde luego no de su propia gente.

Nate hizo un esfuerzo por levantarse de la silla.

—Vuelve a sentarte, joder —dijo Gable—. Parte del asunto es que está muy nerviosa porque por su culpa por poco te matan. Lo primero que ha preguntado es cómo estabas.

—Me salvó la vida —contestó Nate—. Ese mecánico hubiera acabado conmigo.

—¿Registraste la habitación cuando subiste?

Nate evitó su mirada.

—Me lo imaginaba —dijo Gable.

—Ella dice que no quiere volver, que quiere huir. Desertar. Se siente conmocionada y traicionada, y le duele mucho el muslo. Pobrecilla. Ha tenido que pasar dos días con el mustio este.

Nate no iba a poner las cosas peor mencionando el sexo. Forsyth se levantó.

—Marty, quédate con Diva hasta que llegue Benford. Nate, te colaremos en la estación mañana. Quiero que empieces a redactar un informe sobre lo que pasó. Benford va a querer una descripción completa.

Nate asintió.

—Ahora mismo vamos a darle espacio —dijo Forstyh—. Puede que la hayamos perdido como confidente. Probablemente no lo sabremos hasta que se lo haya pensado.

Forsyth se marchó y Gable se levantó, trajinó en la cocina, volvió

al salón y dijo que se iba a la esquina a comprar una botella de vino, queso y pan.

—Aléjate del balcón —dijo aproximándose a la puerta de la casa.

Tomó la pistola del bolsillo de su abrigo y se la entregó a Nate.

—PPK/S —dijo Gable—, un arma de señoras. La traje pensando en ti.

Dominika pasó la primera noche en la cama, mirando al techo. Luego salió a la habitación de Nate, a sentarse junto a su cama y mirarlo dormir. Sabía exactamente lo que había pasado: el tío Vania se había cansado de esperar a que ella sonsacara información sobre el topo americano, y había despachado a Matorin para que resolviera el problema y protegiera su flanco político. Al parecer no le importaba que quien estuviera en una habitación con Matorin corriera un riesgo de muerte. ¿Había intentado que Matorin también la eliminara a ella? No estaba segura, pero por el momento pensaría que sí. Otra traición de Vania y los *navoznaja kucha,* el estercolero del Servicio.

Le había dicho a Bratok que no estaba segura de si quería continuar espiando. Estaba fuera de Rusia, en Occidente, quizá se decidiera a desertar. Gable la había escuchado y le había dicho suavemente que hiciera lo que pensara que era lo mejor. Su aura era de un morado oscuro. No había ningún motivo para que él estuviera tan sereno. Pero ella se alegraba.

Ahora, en su segunda noche, ya tarde, las torres de comunicación de la cresta del Ymittos eran los únicos puntitos de luz que se veían en la oscura masa de la montaña. Más allá, surgía el resplandor

anaranjado de las farolas de Zografos y Papagou. Forsyth y Benford se sentaron mientras Dominika, en albornoz, se tumbaba en el sofá para poder elevar la pierna. Había oído a Nate abandonar el apartamento antes, pero no había salido a despedirle. Nate se había ido.

Benford llegó tarde e insistió en ir directamente a la casa segura. Pidió leer el recuento del ataque, dijo que la Oficina de Servicios Médicos quería los dispositivos autoinyectantes del SVR en la siguiente valija. En el coche había escuchado a Forsyth y había murmurado que la rapidez era ahora esencial.

—¿Cómo te encuentras? —le preguntó—. ¿Puedes andar?

Ella se levantó y caminó alrededor del sofá. Se pasó los dedos por los puntos, en el mismo lado que el pie roto. Esa pierna estaba recibiendo mucha tralla.

—Discúlpame. Necesito saber si puedes moverte. Porque tenemos que salir a la calle. Tienes que llamar a Moscú.

Dominika hizo un gesto de dolor al sentarse. Benford le puso una mano en el hombro.

—Tómate el tiempo que necesites. Quiero hablar contigo primero. Domi, necesito saber si estás dispuesta a continuar la relación que iniciamos en Helsinki. Necesitamos saber si estás dispuesta a regresar a Moscú y a trabajar desde allí.

—¿Y si no lo estoy? —preguntó—. ¿Qué será de mí?

Conocía a esos hombres, pero su confianza en ellos (en todo el mundo) se había evaporado. Eran profesionales, necesitaban resultados, respondían ante una organización que era también la oposición. Benford y Forsyth estaban bañados de azul. Sus palabras se teñían de ese color. Sensibles, artísticos, taimados. Se la

trabajarían por capas. Eso lo sabía. «Ten cuidado.»

—Lo que será de ti es que te llevaremos a Estados Unidos y te reunirás con el director, que te galardonará con una medalla y una cuenta bancaria con la que podrás comprarte una casa donde quieras (aunque deberá pasar el control de seguridad), desde cuya comodidad podrás leer sobre los acontecimientos de Rusia y del mundo. Quedarás libre de una vida de secretos, intriga, engaños y peligro.

La luz azul latía sobre su cabeza. «Benford es muy listo. Le he visto solo una vez, pero me conoce», pensó.

—¿Y si elijo seguir trabajando para vosotros, qué es lo que queréis que haga?

—Si accedes, te pediría que hicieses esa llamada telefónica —contestó Benford—. A tu tío.

Forsyth permanecía callado y atento en la otra silla, su azul inalterable; podía confiar en él, por lo menos un poquito.

—¿Y la naturaleza de esa llamada? —preguntó Dominika, sabiendo que la llevaban de obstáculo en obstáculo—. ¿Qué es lo que queréis conseguir?

—Forstyh me contó algo sobre el ataque en la habitación del hotel —dijo Benford—. Y cómo le salvaste la vida a Nate. Quiero darte las gracias por ello.

Todavía no había respondido a su pregunta.

—¿Y la llamada a Moscú? —insistió ella.

—Después de este drama, necesitamos allanar el camino de vuelta a casa. Y maximizar las oportunidades de que te den un buen puesto en la Central, asumiendo, claro, que quieras continuar el trabajo.

La luz azul de Benford vibraba.

—Si regreso, el general Korchnói se asegurará de que me den un buen trabajo. Él y yo formamos un equipo sólido.

—Claro, contamos con ello —dijo Benford—, pero tenéis que operar por separadao, estar en órbitas distintas. —Dominika asintió —. Y llegará el día en el que tendrás que ocupar su puesto. —Dominika volvió a asentir—. Pero, para permitir que suceda todo eso, tienes que ponerte en contacto con Yasenevo, hacer una llamada urgente.

»Estás preocupada, exhausta, has sobornado a alguien, a un veterinario, a un farmacéutico para que te cosa la pierna. Estás tan fatigada y furiosa que descartas las reglas más básicas y hablas abiertamente por teléfono. El asesino Spetsnaz de la Central casi te mata. El joven Nate ha sobrevivido de casualidad. Es importante que piensen que fue Nate quien lo mató. Los llamas mientras huyes, la policía te persigue, los americanos están a punto de atraparte. Y le tienes que pedir al viejo y querido tío Vania que te rescate.

—Ya veo —dijo Dominika—. *Gospodin* Benford, ¿estás seguro de que no llevas a un ruso dentro?

—Me imagino que sí —dijo Benford.

—No me extrañaría nada —replicó ella.

—Hay algo más que tenemos que hacer —dijo Benford—. Durante la llamada tenemos que transmitir alguna desinformación, ¿entiendes la palabra?

—*Dezinformaciya*, sí —dijo Dominika.

—Exactamente. La operación contra Nash les ha explotado en la cara, pero ¿lograste sonsacarle algo?

—¿Qué es lo que quieres que diga...? ¿Es un *obman,* un engaño?

—preguntó Dominika.

—Tuvisteis una pelea: aún estamos en la Guerra Fría, aún nos espiamos mutuamente. Nate espetó que un importante espía ruso había sido atrapado en Estados Unidos, alguien importante, controlado desde la Central.

—¿Es eso verdad? —preguntó Dominika.

«Por eso Vania ha entrado en crisis —pensó—. Probablemente su situación política sea difícil ahora.»

—Completamente cierto y riguroso —contestó Benford—. Les tienes que decir que Nate te contó que la Central había intentado desviar la caza del topo indicando que el espía había sufrido una operación ocular. Una pista falsa.

Benford hizo una pausa.

—Disculpa, pero ¿cuál es el propósito del mensaje? —preguntó Dominika.

Le pareció raro, pero no podía interpretar la cara de Benford, su color se diluía.

—Dominika, esos detalles son importantes. Queremos que la Central sea consciente de que hemos descubierto su engaño. Por eso, mencionar la pista falsa de la operación ocular es esencial. Y queremos que la Central piense que has hecho un buen trabajo, queremos que te rescaten. ¿Está claro?

—Sí, pero les diré que yo maté al asesino —dijo Dominika— Yo. Porque nos iba a matar a los dos. Ahora Nate ha huido y la metedura de pata, *grubaya oshibka,* es de mi tío, no mía.

—Admirable —dijo Benford—. Un refinamiento sutil.

«Marble estaba en lo cierto. Es especial.»

—He escrito algunos detalles del lugar donde supuestamente te

estás ocultando —dijo Forsyth.

—Luego podemos salir y hacer la llamada.

Repasaron sus notas. Luego Dominika fue al dormitorio para cambiarse y dejó solos a Forsyth y a Benford.

—No le vamos a decir que está apretando el gatillo contra el general. Le afectaría mucho —dijo Forsyth.

—Es la única manera —saltó Benford—. A mí tampoco me gusta. Pero no puede dudar y ser consciente de que le está tendiendo una trampa.

—Ya lo averiguará. ¿Y si se enfurece y abandona? —preguntó Forsyth

—Sería una debacle de primer orden. Espero que comparta nuestro punto de vista.

—Está todo listo. La detendrán la mañana después de que llame.

GIGANTES, ENSALADA GRIEGA DE JUDÍAS

Sofría cebolla y ajo en aceite de oliva. Añada tomates naturales pelados y triturados, caldo de ternera y perejil, y hiérvalo hasta que espese. Agregue judías blancas cocidas, mézclelo bien, y áselo en el horno a temperatura media-baja hasta que las judías se ablanden y la cubierta esté crujiente, incluso ligeramente quemada. Sírvala a temperatura ambiente.

38

Vania Egorov estaba en su oficina, trabajando hasta tarde. El cielo había cambiado del rosa y el morado al negro, pero lo único que veía Egorov era la pantalla plana del monitor con las interminables historias sobre el incidente en Atenas de la televisión griega, Eurovisión, la BBC, Sky y la CNN americana.

La *rezidentura* de Atenas había confirmado que el cadáver correspondía a Serguéi Matorin. Vania sintió un vuelco en el estómago cuando el *rezident* le informó de que los griegos, inexplicablemente, habían incinerado el cuerpo, lo que hacía imposible la autopsia forense. «Inexplicablemente, una mierda», pensó Vania. La CIA tenía comprados a los griegos. Desde hacía muchos años.

No era importante. Ahora no. Vania sabía que era otra persona quien había autorizado el asesinato de Atenas, quien había despachado a ese psicópata tuerto a Grecia. No era el director ni sus homólogos del FSB: ni siquiera el enano de Zyuganov. Solo había un nombre posible. Sonó el teléfono de alta frecuencia, como si le hubiera escuchado, haciendo que Egorov pegara un salto en la silla. La voz, ya familiar, sonaba brutal, ronca, desgarrada, pero con una tranquilidad asesina.

—La operación de Atenas ha sido un desastre —dijo Putin.

«¿Estará en calcetines? —pensó Egorov—. ¿Se habrá quitado la camisa?»

—Sí, señor presidente —dijo Egorov débilmente.

No tenía ningún sentido decir que él no lo había autorizado. Putin lo sabía perfectamente.

—Especifiqué de forma expresa que no hubiera operaciones especiales.

—Sí, señor presidente, voy a investigarlo...

—Déjalo —dijo la voz—. Esperaba más éxitos de ti. La pérdida de la senadora es colosal. El topo de tu Servicio continúa activo. ¿Qué estás haciendo para encontrar a ese traidor?

«Si hubieras resistido tus monstruosas ansias —pensó Egorov—, ya lo tendríamos en el bote.»

—Como ya sabe, señor presidente, he asignado a una agente competente para que espíe al controlador americano. Estoy a la espera de información importante...

—Sí, tu sobrina. ¿Dónde se encuentra ahora?

«Ahora viene lo peor.»

—En paradero desconocido, probablemente en Grecia.

Silencio al otro lado de la línea.

—¿Qué probabilidades hay de que esté muerta? —preguntó Putin.

«No suenes muy esperanzado», pensó Vania.

—Estamos a la espera de noticias —respondió.

Otro prolongado silencio. Dominika podía ser una amenaza mayor para el presidente, más que un confidente encubierto en Washington, más que un topo en el Servicio.

—Es necesario que regrese a casa —dijo Putin—. Comprobar que está sana y salva.

Lo cual significaba: «Asegúrate de que nunca jamás hable de la intriga de Ustinov, cueste lo que cueste». La línea quedó en silencio.

No se sabía dónde estaba Dominika. Si no estaba muerta,

probablemente se había escondido. Cómo podía esconderse sola, en la capital de Grecia, era un misterio. Esa gorrioncita debía de ser una persona de recursos, pensó. Había imágenes filmadas del cordón de furgonetas grises y blancas de la policía griega alrededor de la embajada rusa en Psychiko. Los griegos habían considerado la posibilidad de que la fugitiva rusa hubiera buscado refugio en la cancillería.

Las noticias daban cuenta de otro hombre, no tenían el nombre de Nash. ¿Habría podido sacarle algo Dominika? ¿La había matado la CIA? ¿La había capturado? Si estaba viva, tenía que conseguir que volviera. La salvación, *spasenie,* era aún posible.

El teléfono de su escritorio vibró (era la línea exterior y, en consecuencia, nada importante).

—¿Qué pasa? —saltó.

Su ayudante, Dimitri, estaba al otro lado de la línea.

—Una llamada exterior que ha pasado el agente de guardia.

—Pero ¿qué tonterías son estas?

—Es una llamada del extranjero, señor —dijo Dmitri—. La han rastreado hasta Grecia.

Egorov notó que se le contraía la piel del cráneo.

—Pásamela —ordenó.

La voz de Dominika sonó al otro lado de la línea.

—¿Tío? ¿Tío? ¿Me oyes?

—Sí, hola, mi niña, ¿dónde estás?

—No puedo hablar mucho. No es fácil.

Sonaba cansada, pero no en pánico.

—¿Me puedes decir dónde estás? Voy a enviarte a alguien.

—No me vendría mal que me ayudases. Estoy un poco cansada.

—Enviaré a alguien. ¿Dónde te puedes reunir con él?

—Tío, tengo que contarte que mi amigo, el joven, ha comenzado a hablar. He progresado. Como esperabas. Pero tu hombre, ese *d'javol,* por poco nos mata a ambos.

—¿Qué pasó? —preguntó Egorov.

—Lucharon. Mi amigo ha huido, no sé dónde está.

—¿El joven americano venció a un luchador estrenado como Spetsnaz?

Egorov quería saberlo.

—No, tío. Lo tuve que matar. Si no, me habría matado.

Se hizo el silencio al otro lado de la línea. «Por Dios» pensó Egorov. ¿Cómo era posible que ella hubiera liquidado a Matorin? Le sudaba la mano con la que sujetaba el teléfono.

—Ya veo. ¿Qué te dijo tu amigo?

—Algo extraño. Se vanaglorió de que los americanos hubieran atrapado a uno de tus espías, una mujer. Dijo que era importante. Le dije que no le creía.

«Pues créetelo», pensó Egorov.

—Dijo que habíais tratado de despistar a los americanos diciéndoles que la espía estaba enferma y no podía trabajar.

Egorov estaba a punto de gritar en el auricular para decirle a esa idiota que fuera de una vez al grano. Podía sentir el latido de su corazón en el auricular.

—Muy interesante. ¿Dijo algo más?

—Solo que la espía no había sufrido ninguna cirugía ocular. Era una pista falsa y los americanos se dieron cuenta. Mi amigo parecía sentirse muy orgulloso de haber atrapado a la espía —dijo Dominika.

«Y ahora les va a gustar menos perder a su propio espía —pensó

Egorov—. Korchnói.»

—¿Algo más?

«Korchnói.»

—Nada más, tío. Nuestra conversación podría haber continuado de no haber sido interrumpida.

—Sí, claro. Ahora tenemos que dejar esta línea. ¿Dónde estás? Voy a enviar a alguien para que te recoja. Tienes que seguir ocultándote.

—Me he estado quedando con un hombre que he conocido, un extraño, en su apartamento. Me prometió que no me entregaría si me portaba bien. Para eso me has entrenado, ¿no?

Egorov no captó el tono irónico de su voz.

—¿Puedes quedarte un día más? ¿Estás llamando desde su teléfono?

—Creo que puedo quedarme. Pero tengo que salir a llamar. Me dejé el teléfono en el hotel. El hombre no tiene teléfono, solo un móvil y no me gustaría utilizarlo para llamarte. Hay un quiosco en la acera de enfrente. Te estoy llamado desde allí con una tarjeta telefónica.

Le dio el nombre de la calle y el número de la casa, en el barrio obrero de Patissia, al norte de la plaza de Omonia.

—Tienes que estar en el quiosco mañana a las doce en punto —señaló Egorov—. Un coche te recogerá. El chófer mencionará mi nombre. Te vamos a traer a casa. En el entretanto, apártate de la calle.

E interrumpió la comunicación.

Si pudieran recuperarla, pensó Egorov, él estaría a salvo. La cubriría de medallas si encerraban a Korchnói. Primero, un telegrama a ese *durak* en Atenas para ver si el gilipollas era capaz de organizar

la recogida de un agente en busca y captura; luego, ordenar que vigilasen a Korchnói las veinticuatro horas del día. Sin causar alarma ni alertar a nadie, no habría exfiltración alguna por parte de los americanos.

A pesar de que había preparado su cuerpo de forzudo de circo para la espera, comenzó a pensar en el viejo colega que le había traicionado ayudando a los americanos a encontrar a Swan.

—Que venga Zyuganov —le dijo a Dimitri por teléfono.

El cable del *rezident* en Atenas llegó al día siguiente a Yasenevo, justo antes del final de la jornada. Describía la siguiente escena: dos oficiales del SVR habían entrado en el barrio de Patissia para recoger a Dominika en el quiosco. Informaron de que allí había al menos seis coches de policía y veinte agentes con cascos blancos y chalecos antibalas apiñados alrededor. Era un caos; los hombres del SVR no pudieron acercarse, pero vieron a dos mujeres agentes de policía hacer que una mujer esposada subiera las escaleras posteriores de una furgoneta de policía. Describieron a la detenida como «morena y delgada», nada definitivo, pero probablemente Dominika. Estaba en sus manos. Dos minutos después de la llegada del cable a su escritorio, una llamada del teléfono de alta frecuencia sobre el aparador tras la mesa de Egorov comenzó a trinar con un sonido cuya naturaleza le era desconocido.

Pasaba de la medianoche y el meandro del río Moscova que se veía desde el salón del general Korchnói era una cinta negra entre las luces del rascacielos de Strogino. El bloque de apartamentos de la ribera de enfrente era más nuevo que los de este lado. Las grúas todavía coronaban las unidades sin terminar.

Marble se cocinó su cena favorita: *pasta alla mollica,* con anchoas, picatostes y limón. Después de lavar los platos, se llevó una copa de brandi al salón, comprobó la hora y se dirigió a la estanterías que recorrían la pared. Insertó un cuchillito de pelar en la juntura de la balda superior, moviendo la hoja para abrir dos cierres ensamblados en la madera. La cubierta de la balda se abrió como la tapa de un ataúd gracias a dos bisagras ocultas y reveló un compartimento no muy profundo.

Korchnói metió la mano en la cavidad y sacó tres cajas grises de metal envueltas en un trapo. Las dos primeras eran del tamaño de un paquete de tabaco, la tercera era más plana y ancha. Korchnói conectó las dos pequeñas cajas entre sí encajando sus raíles. La más plana (con un minúsculo teclado en cirílico) se conectaba a su vez a las dos primeras con un conector. Una aguja descansaba en un soporte lateral. Con la aguja, Korchnói presionó dos botones y se iluminaron dos luces led diminutas. La primera era el indicador de la batería y de encendido. Verde: estaba encendido. La segunda indicaba si la antena integral del componente superior leía el satélite geoestacionario Milstar Block II de Estados Unidos. Verde: la señal era fuerte. La última indicaba si el intercambio de la transmisión, *rukopozhati*, el apretón de manos, se había producido. Amarilla: a la espera.

Korchnói utilizó la aguja para pulsar las teclas y redactar un

mensaje. Escribió eliminando espacios y puntación, la economía de los mensajes cifrados aprendida a lo largo de los años, mientras preparaba sus cartas secretas. Echaba de menos el proceso táctil de la escritura secreta: frotar el papel, preparar las tintas, la suave presión al escribir las letras mayúsculas.

Trabajaba desde su sillón, con el flexo sobre el hombro, el viejo de un cuadro de Vermeer inclinado sobre su trabajo. En la habitación reinaba un profundo silencio. Había compuesto el mensaje y lo había firmado con la palabra *niko*, la señal de que no actuaba bajo coacción. Korchnói pulsó el botón de transmisión y observó la luz amarailla. Su mensaje se elevó hacia el cielo en una ráfaga de frecuencia superalta, en la banda Ka, invadió el satélite e hizo cosquillas a sus sensores. La respuesta, almacenada por anticipado, se activó y retornó en una señal atenuada en la banda Q en tres segundos. Moscú dormía, las ventanas de Lubianka estaban oscuras, pero Korchnói estaba despierto para acariciar con los dedos al gran enemigo. La luz led se puso verde. Apretón de manos. Intercambio exitoso. Korchnói desenrolló el cable de un receso del teclado y lo enchufó al *input* de un pequeño televisor en color que había recibido de un oficial de la CIA, en un intercambio de maletero a maletero, tres años antes, en la M10. El aparato había sido modificado por la CIA y Korchnói lo encendió y seleccionó un canal presintonizado. Pulsó tres teclas con la aguja y la pantalla de nieve se hizo negra, parpadeó una vez, y luego se puso negra de nuevo, presentando dos palabras escritas con la tipografía Light. SOOBSHENIE: NIKTO era el mensaje. «Mensaje: ninguno», decía. No había ningún punto y eso era el verdadero mensaje: el disparo de la bengala. El juego había comenzado.

Korchnói apagó el televisor, enrolló el cable y lo devolvió a su compartimento; apagó el aparato y desmontó el equipo de comunicaciones. Envolvió los componentes en el trapo y los volvió a meter en la cavidad oculta, cerrando y bloqueando la tapa. Regresó a su silla con un libro en el regazo y tomó un sorbo de brandi. Alargó el brazo, apagó el flexo y se quedó sentado mirando en la oscuridad del apartamento las luces de la ciudad y el negro río, seguro de que el SVR había visto y grabado todo lo que había hecho en los últimos treinta minutos.

De agosto a octubre de 1962, la KGB había montado un dispositivo de vigilancia global sobre el coronel Oleg Penkovsky, del GRU, que incluía su apartamento sobre el río Moscova. En ese momento, el coronel estaba pasando a Occidente una gran cantidad de información sobre la capacidad soviética en misiles balísticos. Los oficiales de la unidad de vigilancia del FSB que cinco décadas más tarde observaban al general Vladimir Korchnói eran demasiado jóvenes para recordar ese caso de la Guerra Fría, pero las medidas que emplearon para recoger pruebas contra su objetivo fueron casi idénticas a las de sus predecesores.

Al otro lado del río, desde el apartamento de un rascacielos a medio construir, tres equipos de vigilancia utilizaban prismáticos navales apoyados sobre un soporte y observaban a Korchnói orientar su equipo de covcom en un azimut de trece grados para comunicarse con el satélite. Desde el apartamento directamente superior, los vigilantes de Korchnói habían realizado perforaciones en el techo de las tres habitaciones, y habían encajado mirillas y

micrófonos, ambos conectados a grabadoras digitales. Habían visto a Korchnói abrir el compartimento secreto de la estantería, montar los componentes y mandar mensajes pulsando el teclado. No tenían el ángulo adecuado para leer las palabras en la pantalla de su aparato de televisión, así que bajaron una cámara de vídeo de control remoto montada sobre un palo de fibra de vidrio y lo deslizaron por el exterior del edificio para grabar las palabras del televisor a través de la ventana. A diferencia del caso Penkovski, no necesitaron tres meses. Ya tenían suficiente.

A medianoche, en otro lugar de la ciudad, otro equipo registraba el despacho de Korchnói del Departamento de las Américas, en el segundo piso de Yasenevo. Aparte del minucioso registro físico de la oficina, el escritorio, el aparador y los contenedores, los técnicos tomaron muestras de una serie de superficies: el teclado, los tiradores de los cajones del escritorio, las llaves de la caja fuerte, las carpetas, las tazas, los platos. A la mañana siguiente, Zyuganov trajo un informe del laboratorio y Egorov lo cogió de un manotazo: «Metka en las muestras, en el interior del pomo de una puerta, el borde derecho del vade del escritorio. Análisis: compuesto 234, lote número 18. Anfitrión: Nash, N., *Amerikanskij posol'stvo*». La embajada americana.

Korchnói regresó de Yasenevo después del trabajo. El temprano crepúsculo resplandecía sobre los árboles del río. Mientras cruzaba la explanada desde la parada de metro, sintió las piernas pesadas y presión en el pecho. Su edificio estaba en completo silencio, excepto por el murmullo de las televisiones tras las puertas. El pasillo olía a comida. Desde el momento en el que abrió la puerta de su apartamento, Korchnói supo que le habían pillado. La llave siempre

se atascaba y normalmente tenía que utilizar trucos para abrirla. Esa noche, el cilindro se había movido como la seda. Habían puesto grafito en la cerradura para lubricarla.

Había cinco hombres de pie en su apartamento, formando un semicírculo en la puerta principal. Rostros duros, magros, de mandíbulas cuadradas y ojos impenetrables; estaban furiosos. Llevaban vaqueros, pantalones de chándal, cazadoras de cuero. Se lanzaron contra el viejo en cuanto abrió la puerta. Él conocía la situación lo bastante como para no resistirse, pero lo agarraron de las piernas y los brazos y lo levantaron del suelo. Se movían rápido, en silencio. Le pusieron un brazo en la garganta y dos le sujetaron los brazos.

«Siempre vienen a recogerte —pensó—. Pero ¿adónde podría huir?» No dijo nada cuando le forzaron entre las muelas una cuña de goma que olía a desagüe («ahora está prohibido masticar cápusulas de cianuro, camarada») y le dejaron en ropa interior, sin soltarle jamás las extremidades («nada de usar armas, botones o agujas escondidos en la ropa, por favor, camarada»). Lo metieron a la fueza en un chándal que no era de su talla y cargaron con él escalera abajo, pasando delante de por lo menos otros diez hombres con abrigos de cuero en los descansillos. Lo arrojaron a una furgoneta verde oscuro sin dejar de agarrarlo de las piernas y los brazos. Le dolía todo el cuerpo. Estaba dejando de sentir los brazos por donde los hombres lo tenían asido. «No importa», pensó preparándose para el siguiente capítulo. Sabía lo que venía a continuación.

El viaje en la camioneta sin ventanas fue largo. Se inclinaban violentamente cuando giraban, rebotaban cuando cruzaban las vías y se inclinaban en las rotondas. Korchnói sabía adónde se dirigían.

Podía trazar en su mente la ruta hacia el lado oeste de la ciudad. Cuando se abrieron las puertas y lo sacaron a rastras, Korchnói miró hacia arriba. Pensó que tenía que contemplar una última vez el cielo, la noche negra como la tinta y el resplandor naranja de la ciudad, y respirar hondo el aire, porque probablemente sería la última vez que lo haría. Mientras le conducían agarrado por una pequeña puerta, miró rápidamente a su alrededor para confirmar lo que ya sabía. El patio sucio y lleno de basura, los sórdidos bloques coronados por una maraña de alambre de espino, las familiares e inconfundibles paredes ocres del edificio en forma de *Y*: la prisión de Lefortovo.

Korchnói sabía que era inevitable: *vyshaya mere*, el mayor castigo. Sabía cuál sería la última parada: *bratskaya moglia*, una tumba sin identificar. La única opción que le quedaba era la manera de irse. Ya había decidido no ponérselo fácil e, irónicamente, eso significaba que hablaría libremente, pero no solo de lo que ellos querían oír.

Para hacer crecer la inquietud de sus interrogadores, les dijo que no había estado espiando contra Rusia, sino por Rusia. Primero, para desafiar al sistema soviético que había estrangulado a su pueblo durante cincuenta años, y ahora para confundir a los *podonki,* el actual poder en el Kremlin. Les dijo a los hombres de rostros de acero de las salas de interrogatorios que no se arrepentía de nada, que lo volvería a hacer. Su carrera como espía los abrumaba. Era un general. Evaluar los daños los llevaría años. Podía verlo en sus caras.

Contemplar su arresto y muerte segura le era más fácil al saber que había puesto en marcha su legado. Notó con satisfacción que no se mencionaba a Dominika durante los interrogatorios. No había ni la más mínima insinuación de que ella estuviera bajo sospecha. Estaba a salvo.

Korchnói respondió sus preguntas y describió la información que durante casi una década y media había pasado a los americanos. A pesar de la total cooperación de Korchnói, Zyuganov les dijo que pasaran a los procedimientos físicos, algunas de las viejas técnicas de las celdas originales de los sótanos de Lubianka. Era solo para complacer a Zyuganov, quizá una pequeña recompensa porque Korchnói los había traicionado. Los palillos de cedro bajo las uñas, negras y supurando sangre; los tarugos de madera presionando entre los dedos gordos de los pies; el nudillo grasiento apretando el hueco detrás del lóbulo. En otra habitación, una médica, una uróloga, le miraba la cara mientras subía el alambre un milímetro más.

Cuando se acabaron las torturas y lo dejaron en su celda durante un día entero, Korchnói sospechó que Vania probablemente había ordenado una pausa. Al día siguiente, Korchnói entró en la sala de interrogatorios, como había hecho durante los últimos días, para enfrentarse al despliegue de su equipo de comunicaciones de la CIA sobre la mesa. Esperaron un rato antes de que entrara Vania Egorov, que hizo un gesto al guardia para que saliera y cerrara la puerta tras de sí. Vania rodeó la mesa lentamente sin mirar a Marble, señalando el equipo y los paquetes de pilas con una leve sonrisa en los labios.

—Consideré por un momento que fueras tú hace unos meses —explicó Vania encendiendo un cigarrillo. No le ofreció uno a Korchnói —. Me dije que era imposible, que uno de los mejores sería la última persona en cometer una deslealtad semejante hacia Rusia.

Korchnói no dijo nada y permaneció con las manos en el regazo.

—Todos esos años de trabajo conjunto, la carrera de toda una vida, todo se ha deshecho tan fácilmente... —añadió Egorov—. La

confianza que te he demostrado, el cariño.

—Por supuesto, todo gira a tu alrededor —dijo Korchnói—. Como siempre, Vania.

—*Zalupa,* hijo de puta —soltó Egorov tirando la ceniza al suelo—. Has perjudicado gravemente el Servicio. Has perjudicado tu país, lo has abandonado.

Estaba dramatizando para los micrófonos, pensó Korchnói.

—*Zalupatsia* me parece más acertado —dijo Korchnói mientras Vania se hacía el gran hombre y se daba aires—. ¿Qué quieres, Vania? ¿Por qué estás aquí?

Vania lo miró durante un segundo y luego al equipo sobre la mesa.

—He venido a decirte que mi sobrina, tu protegida, Dominika, me dio la información que condujo a tu arresto. Es una heroína. Y tú, el gusano de la gangrena, un *plodovyi cherv.*

Ahí estaba, su *konspiratsia* sucesoria, Korchnói le dio la enhorabuena en silencio. Vania observó la cara de Korchnói para evaluar su reacción y se quedó satisfecho al ver que bajaba la cabeza, como en señal de derrota. Recogió sus cigarrillos y dio un golpe en la puerta. Caminó por el pasillo de cemento y cruzó las puertas de acero mientras hacía sus cálculos. La pérdida de Swan se compensaba con el arresto de Korchnói. Dominika. «Había que traerla de vuelta.»

Mysheniye voznya, juegos de ratones. Los oficiales técnicos de la Línea T habían devuelto cuidadosamente el equipo al bloque de apartamentos de Marble en Strogino para originar una transmisión desde las coordenadas habituales. Un grupo de hombres callados se apiñó en el tejado buscando por encima del negro río Moscova, pulsaron ENVIAR y esperaron el *rukopozhatie,* el apretón de manos del

satélite sobre el Círculo Ártico. Las mayúsculas de NIKO de la firma de transmisión le dijeron a Benford que el mensaje de Marble había sido escrito por otra persona o por Marble bajo coerción. Fuera lo que fuese, significaba que finalmente lo habían arrestado. A pesar de que Marble y él lo habían planeado juntos, Benford se retrajo instintivamente ante la idea de que su confidente se hubiera sacrificado, y lamentó su pérdida en silencio.

Su Mercedes recorrió cuarenta kilómetros de la desierta autopista Rublyovo-Uspenskoye en quince minutos, pero tuvo que esperar en el edificio de recepción diez minutos antes de que llegara el vehículo de servicio para llevarlo, a través del bosque de abetos y pinos, a la neoclásica entrada principal de Novo-Ogarevo. Vania comprobó la hora. Casi medianoche, e interiormente se estremeció ante la tardía llamada a la dacha presidencial al oeste de Moscú.

«Exactamente igual que quien ya sabes», pensó Vania. El tío Pepe hacía que lo esperaran hasta las tres de la madrugada en una antesala donde hacía mucho calor por una abrasadora chimenea.

Esto era diferente a Stalin. Egorov fue acompañado hasta una escalinata en curva que conducía al inmenso gimnasio que ocupaba toda la planta del sótano. Las máquinas y pilas de pesas brillaban bajo las luces del techo. Egorov notó con amargura que el jefe de la Línea KR, Alexéi Zyuganov, estaba sentado en una silla cercana a una estación de ejercicios. «Un testigo —pensó Vania—, mala señal.»

El presidente Putin no llevaba camisa. Su pecho lampiño estaba aceitoso y se le abultaban las venas de los brazos. Asía con las

manos dos cintas de nailon ancladas a una barra por encima de la cabeza. El presidente de todas las Rusias se inclinó hacia delante contra las cintas y extendió los brazos como Cristo en la cruz. Se inclinó de cabeza, casi en paralelo a la colchoneta, a un palmo del suelo. Temblando por el esfuerzo, se levantó juntando los brazos. Los separó, y arriba otra vez. Ese pequeño *ulitka*, el caracol de Zyuganov, no le quitaba ojo. Era cuestión de segundos que comenzara a chuparle el sudor del pecho.

Putin continúo bajando y subiendo al ritmo de sus exhalaciones sibilantes, luego se detuvo en el máximo de su expansión, levantó la cabeza y miró a Egorov con ojos de viejo glaciar. Inmóvil. Levitando. Otro segundo y arriba.

—Quiero que la saques de Grecia, que vuelva a Rusia —dijo Putin susurrando.

Se limpió la cara con una toalla y se la arrojó a Zyuganov, quien la pillo al vuelo, aturullado. Putin se lo quedó mirando y luego fijó la mirada en Egorov, un hábito inquietante, como si fuera clarividente, un sabio. Algunos pensaban que el presidente les podía leer la mente.

—Estoy trabajando a través de varios contactos —explicó Egorov —. Los griegos están furiosos.

Putin levantó la mano.

—Los griegos son incapaces de tal indignación. Son unos pajarillos engreídos —comentó Putin—. Les vamos a enseñar quién manda.

«En otras palabras, los enterrará —pensó Egorov— en cuanto termine conmigo.»

—Los americanos están detrás de los griegos. Lo controlan todo —dijo Putin dirigiéndose a un banco con asas de acero inoxidable—.

Intentarán sacar ventaja de todo esto para desacreditar a Rusia y avergonzarme a mí.

Ahí estaba. La peor de las transgresiones. Egorov se abstuvo de contestar. Zyuganov se retorció en su asiento. Putin se recostó en el banco y comenzó a subir las asas por encima de su cabeza. Una pila de pesas subía y bajaba por detrás de su cabeza mientras él cargaba y descargaba.

—Egorova es una heroína —dijo Putin, los discos metálicos resonando en la inmensa sala—. No estoy interesado en los detalles o en la diferencia entre errores de procedimiento sobre el terreno y las chapuzas burocráticas de Yasenevo.

»Yo... —clan, sonaban los discos—... quiero —clan—... que —clan —... vuelva —clan.

A Vania Egorov se le metió el ruido de las pesas en el cerebro, como las cloacas del demonio, y no se las pudo sacar de la cabeza durante todo el camino a Moscú.

En el asiento trasero de un coche distinto y menos lujoso, también a toda velocidad en dirección a Moscú, Zyuganov sabía que tenía una pequeña oportunidad para consolidar su posición. Era consciente de que a Egorov le quedaban horas para ser destituido, purgado o quizá incluso encarcelado. Putin no le restituiría, pasara lo que pasase con Egorova. Demasiados fallos, demasiados errores. Si él, Zyuganov, pudiera recuperar a Egorova, le coronarían con ascensos y recompensas. Nunca hubiera pensado que la CIA lo llamaría precisamente para eso mismo.

PASTA ALLA MOLLICA (CON SALSA DE ANCHOAS)

Tueste trozos de pan hasta que adquieran el color de la «túnica de un monje». En una sartén distinta, sofría filetes de anchoa en aceite hasta que se deshagan en una salsa. Añada rodajas de cebolla, ajo y granos de pimienta roja, y cocine hasta que la cebolla esté dorada. Agregue espaguetis ya cocidos y escurridos en la sartén, y mezcle con la salsa de anchoas y cebolla. Eche perejil y zumo de limón, y mézclelo bien. Espolvoree pan rallado por encima y sirva.

39

Tras su arresto, la policía griega había entregado a Dominika a Forsyth, quien la había trasladado a una casa segura en la ciudad costera de Glyfada. En una tarde ventosa de lluvia, Benford y Forsyth le dijeron que había indicios casi seguros de la detención del general Korchnói por el FSB. Ella se contuvo y se mostró impasible. Otra pérdida.

—Vivíamos sabiendo que eso podía pasar —dijo Benford.

—Pero ¿por qué ahora? —preguntó Dominika—. Podíamos haber trabajado juntos. ¿Cómo ha sucedido?

Benford notó que su preocupación no se debía solo a Korchnói. Estaba pensando en ella.

—No estamos seguros —explicó Benford—. Tras la pérdida del topo de Estados Unidos, la Línea KR había estado buscando una filtración. Puede haber sido un error cometido por él.

Dominika sacudió la cabeza.

—¿Después de catorce años? No creo. Era demasiado bueno.

Forsyth no miró a Benford a propósito. El manto azul de Forsyth hoy era más pálido. Tal vez estaba cansado. En contraste, Benford exudaba un azul oscuro. «Está trabajando, pensando, maquinando», razonó ella. Dominika sabía que pasaba algo raro.

Benford se miró las manos al hablar:

—Tú sabes, Dominika, que Volodia te tenía mucha admiración. —Ella lo observó con detenimiento cuando se agarró las manos. Definitivamente estaba trabajando—. Creo que él te veía como su

sustituta en el desempeño de este trabajo. Pensamos que tendríamos dos años, quizá tres, para construirlo juntos. No pudimos preverlo. Ahora te toca a ti, antes de lo que hubiésemos deseado, pero, en cualquier caso, te ha llegado el turno.

Dominika se volvió a Forsyth, que estiró el brazo para darle una palmadita en la mano, pero ella la retiró ligeramente fuera de su alcance. Había demasiada niebla azul en esa habitación, pensó ella.

—Estoy desolada por el arresto del general. Nunca lo olvidaré —dijo Dominika lentamente—. Pero eres muy directo, *Gospodin* Benford. Con él desaparecido, me estás diciendo que es *otvetstvennost*, ¿cómo lo decís vosotros?, responsabilidad mía continuar la lucha. Es eso, ¿no? Solo falta que yo decida si quiero continuar trabajando.

Ella se detuvo y los miró, leyendo sus rostros.

—*Gospodin* Forsyth, ¿qué pensáis Bratok y tú?

—Yo te diría exactamente lo que te dijo Marty Gable —dijo Forsyth —. Sigue tu corazón, haz lo que creas.

Benford lo miró con un gesto de fastidio en la boca. Mierda, Forsyth podía haber sido un poco más persuasivo.

—Tus razones para unirte a nosotros han sido complicadas —siguió Forsyth, que sabía lo que hacía, con quién estaba hablando—. Tu amistad con Nate; tu desesperación por la desaparición de tu amiga, por ser infravalorada y maltratada por tu propio Servicio; querer tener control sobre tu vida y tu carrera. Nada de eso ha cambiado, ¿verdad?

—Deberías ser profesor de universidad —dijo Dominika observando su juego.

—No queremos abrumarte —replicó Forsyth.

—Sí que queremos —dijo Benford—. ¡Maldita sea, Domi! Te necesitamos.

El azul oscuro de la cola de un pavo real. Ella se miró la venda de la pierna.

—No sé si puedo acceder —dijo—. Lo consideraré.

—Estamos seguros de ello —dijo Forsyth—. Si accedes, lo más importante es que regreses a Moscú lo más rápidamente posible, a salvo. Y por eso los tres presentes somos los únicos que sabemos dónde estás.

—¿Ni siquiera Nathaniel? —dijo Dominika.

—Me temo que no —contestó Benford; el color de su aura permaneció inalterable.

«Por lo menos dice la verdad», pensó Dominika.

Despierta desde muy temprano, Dominika estaba descalza en el espacioso salón de la casa segura. Las puertas triples se desplegaban y abrían toda la sala al extenso balcón con suelo de mármol. Sobre él se extendía un toldo de lona azul que se hinchaba y se dejaba mecer por las últimas ráfagas de brisa marina de la costa. A lo largo de la carretera de Glyfada, el Egeo resplandecía bajo la luz matutina de un sol todavía bajo en el horizonte. Dominika sintió que el suelo de mármol se iba calentando. Llevaba un albornoz de algodón cerrado por un cinturón y el cabello enmarañado. Una venda limpia le rodeaba el muslo. Gable había salido a por pan.

Se sobresaltó al oír un suave golpe en la puerta, se puso a un lado de la puerta y agitó un periódico doblado delante de la mirilla. Esperó un segundo y miró. Nate estaba en el pasillo con la cabeza

gacha. Dominika descorrió los cerrojos y abrió la puerta. Apoyándose en un bastón, Nate entró cojeando al centro de la habitación. Ella se volvió hacia él, se acercó, le rodeó el cuello con los brazos y le besó. No lo había visto desde la casa segura de Atenas, después de sostener la bolsa de suero en el coche de Gable. Había estado sentada con él la primera noche. Pero luego había desaparecido.

—¿Dónde has estado? —dijo ella, acariciándole el pelo—. He estado preguntando por ti. —Lo miró conmocionada por el morado de su cara, que se mezclaba con su halo—. Me salvaste la vida, fue un error estúpido hacerte ir a la habitación del hotel. —Ella volvió a besarle—. ¿Cómo estás? Enséñame la mano. —Se llevó su mano a los labios y le besó el dorso—. ¿Por qué no has venido antes?

Él dio un paso atrás.

—¿Cuándo pensabas hablarme de esta casa segura? —dijo él fríamente—. ¿Cuándo pensabas decirme dónde estabas?

Sus palabras se dirigían hacia ella encapsuladas en discos de un morado oscuro. Era como si pudiera sentirlos golpeando su cuerpo. Ella salió al balcón.

—Sí, claro —dijo Dominika—. Después de unos días, Benford me pidió que estuviera quieta dos o tres días. Para que se calmaran las cosas.

Se apoyó contra la barandilla. Nate la siguió y se acomodó en la jamba de la puerta. Su nube morada vibraba como si alguien estuviera jugando con un interruptor. Le temblaban las manos y se las metió en los bolsillos.

—¿Cómo me has encontrado? —dijo Dominika.

—Todo lo que está pasando en relación con este caso (casas

seguras, señales, SIGINT) está siendo reportado a la Central —dijo Nate—. Yo mismo he redactado algunos cables, pero Benford y Forsyth también han enviado los suyos por canales restringidos. He podido leer algunos de ellos saltándome la normativa. He leído bastantes, de hecho.

Dominika lo miraba. Observaba su halo, leía su rostro, sentía su ira. Esto era lo que Benford quería.

—¿Sabes que Vladimir Korchnói ha sido arrestado en Moscú? —preguntó Nate de forma despiadada—. Hay SIGINT e informes colaterales, y la línea de alta frecuencia de Moscú no para de vibrar. ¿Sabes que está en Lefortovo?

Dominika no contestó.

—¿Qué le dijiste a tu tío cuando lo llamaste? —dijo Nate.

El tono de su voz era plano, impasible. Dominika sentía un peso en el estómago.

—Neyt, Benford no quiere que hablemos de eso. Ha sido muy claro.

—Los cables decían que habías llamado a tu tío. Le dijiste que habíamos estado juntos. Los cables decían que yo te había hablado de mi confidente en Moscú. ¿Quién te ordenó que dijeras eso? —Nate permanecía sombrío con las manos a los lados; su color vibraba—. ¿Sabes que esa llamada provocó el arresto de Korchnói? ¿Qué le dijiste a Egorov?

—¿De qué estas hablando? —preguntó Dominika, confusa y asustada. Sentía que la ira crecía en su interior, más por ser Nate quien le decía esas cosas. Necesitaba preguntarle—. ¿Crees que yo haría algo así conscientemente?

—¿Así que no lo sabías? Está todo en la correspondencia por cable

—dijo Nate.

—No me importa lo que esté en los cables —dijo ella acercándose —. ¿Crees de verdad que yo le perjudicaría? ¿A él?

Recordó las instrucciones de Benford de no decir nada.

—Cuando no me llamaste, cuando desapareciste, pensé que era por seguridad. Pero ¿cómo has podido traicionar al general? Tu llamada fue la que apretó el gatillo.

Dominika no podía dejar de mirarlo.

—¿Benford te ha contado todo esto?

Nate se pasó los dedos por el pelo.

—Seguiste órdenes, compraste el plan. Fuera el que fuese el objetivo que tuvieras en mente, tu puesto como confidente principal está asegurado. Enhorabuena.

Color morado y emoción. Lava deslizándose por una pendiente.

—¿De qué estás hablando? Yo no he vendido a nadie.

—Bueno, ahora Korchnói está en Lefortovo gracias a tu llamada. Ahora eres la número uno. Está perdido.

—¿Piensas que yo he hecho todo eso? —dijo Dominika—. No puedes hablarme así. —Quería gritar, pero en su lugar soltó las palabras en un susurro—. Después de todo lo que hemos pasado, de lo que ha pasado entre los dos.

Dominika no se permitió llorar.

—Eso no va a ayudar a Korchnói.

Nate se estiró y se dirigió a la puerta del apartamento. Ella podría haberlo detenido con una palabra o muchas explicaciones. Pero no lo hizo. La puerta se cerró.

Forsyth tuvo que sujetar a Dominika cuando Benford le confirmó que la conversación encriptada con su tío Vania había tenido como resultado directo el arresto de Korchnói.

—¿Cómo te atreves a utilizarme de ese modo? —escupió Dominika mientras se deshacía de los brazos de Forsyth.

Este la condujo a una silla y siguió de pie entre Dominika y Benford, mientras ella agarraba con fuerza los brazos de la silla.

—Me has utilizado como a un simple *donoschik,* un informante.

Intentó levantarse de nuevo, pero se detuvo cuando Forsyth alzó la mano.

—A alguien tan listo como tú, ¿no se le ha ocurrido nada mejor que esto?

Benford recorría el salón, arrastrando la capa azul oscuro de la traición. La brisa del mar soplaba desde la terraza.

—Tomamos una decisión, Dominika —dijo Benford—. Te diré que fue Volodia quien ideó el plan, insistió en ello. Para él, era la culminación de su carrera como confidente. Se había fijado en ti, te había elegido y preparado como su sucesora antes de que salieras de Lefortovo. Ahora estaría satisfecho.

Las manos de Dominika apretaron la silla.

—Le vais a dejar morir para continuar con los secretos. ¿Es para vosotros esa estúpida información más importante que ese hombre?

Se levantó y se puso a caminar por la habitación, rodeándose la cintura con los brazos y con el cabello en desorden.

—Esa estúpida información es, de hecho, el motivo de todo lo que hacemos. Todos nos sacrificamos para jugar el juego. Nadie es inmune —dijo Benford.

Dominika miró a Benford y tiró al suelo con fuerza una lámpara

que había en una mesita, estrellándola contra el suelo de mármol.

—Te he preguntado si la información es más importante que el hombre, que Vladimir Korchnói —gritó Dominika.

Miraba a Benford como si fuera a clavarle los dientes en el cuello. Forsyth estaba conmocionado por su furia. Se movió un paso más hacia ella, temiendo que pudiera lanzarse contra Benford.

—A decir verdad —dijo Benford mirando primero a Forsyth y luego a Dominika—, no. Pero tenemos que seguir avanzando. Ahora tu regreso es más importante que nunca. Es la tarea que tenemos por delante.

—¿Más importante que nunca? Me haces responsable de la muerte de ese hombre. Has maniobrado para colocarme en esa posición. Si rehúso, sabiendo lo que me has obligado a hacer, el sacrificio del general habría sido en vano. —Se giró sobre sí misma y continuó andando por el salón. Entrecerró los ojos y los miró. El borde de su falda se movió con el temblor de su cuerpo—. No sois mejores que ellos.

—Tranquilízate. No tenemos tiempo para esto —dijo Benford—. Volodia te diría lo mismo. Ahora tienes que prepararte para tu regreso a Rusia. Tenemos que aprovecharnos de la situación. Cultivar tu fama como agente que ha identificado al topo, que pasó la información que resultó en su arresto. Tienes que explotar tu reputación dentro del Servicio.

El halo de Benford era azul como un lago alpino. Estaba concentrado, nervioso, ansioso.

—*Khren* —dijo Dominika—, una mierda. No me dijiste la verdad. Nunca habría accedido a algo así.

Nadie habló. Estaban en el salón, inmóviles, mirándose entre sí.

Forsyth observó la lenta respiración de Dominika, cómo desenlazaba las manos, cómo su cara se relajaba. ¿Consentiría? Benford rompió el silencio.

—Tenemos que movernos con rapidez —dijo—. Dominika, ¿estamos de acuerdo? ¿Puedes aceptarlo?

—No, Benford. No lo aceptaré. No puedo. —Miró a Forsyth—. Soy una espía del SVR —dijo—. Estoy familiarizada con el juego. Sé lo que es el sacrificio y que hay veces que me veré obligada a hacer *gadkiy mery*, cosas repugnantes por el bien de la operación. —Los miró a los dos—. Pero hay cosas más importantes que el deber. El respeto y la confianza. Entre colegas y compañeros. Si vosotros me lo exigís a mí, ¿por qué no exigirlo yo de vosotros?

—Quiero que recuerdes que esta situación es la que quería Volodia. No querría que su valentía no hubiese servido para nada —comentó Benford, sintiendo que la arena se le escapaba entre los dedos.

Dominika miró a ambos hombres por un instante, luego se dio la vuelta, entró en su dormitorio y cerró la puerta suavemente.

«No es buena señal», pensó Forsyth. Se volvió a Benford.

—¿Crees que se ha ido? —dijo.

—Mitad, mitad —dijo Benford con cansancio, recostándose en el sofá—. No tenemos mucho más tiempo. Si regresa, tiene que decidirlo mañana. Marble estaba convencido de que ella accedería. No me quiero ni imaginar la conmoción si hemos dejado que Marble se haya metido en el matadero para nada.

—Pero eso no todo —dijo Forsyth—, ¿no?

—Dímelo tú —dijo Benford.

—Tienes un as en la manga. Algo que la convencerá para que

continúe.

—No me gusta la metáfora, esto no es un juego de azar.

—Por supuesto que sí, Simon —dijo Forsyth—. Todo tiene que ver con el azar.

Benford estaba sentado en el sofá bajo una maceta con un tilo en el atrio del hotel König von Ungarn de Viena, en la esquina de Schulerstrasse, detrás de St. Stephen. Benford había regresado después de una divertida media hora en el hotel Bristol con el jefe de la Línea KR del SVR, Alexéi Zyuganov, quien se había presentado con un inexplicable sombrero de ala ancha de fieltro. Iba acompañado de un hombre de piel morena de la embajada rusa. Mientras tomaban un vaso de vodka polaco y un pequeño plato de pepinillos agridulces, Zyuganov continuó profesando ignorancia sobre el baño de sangre de Atenas. Se negó a hablar de Vladimir Korchnói más que para repetir que era culpable de traición. Insistía en que Benford presionara al gobierno griego para que liberase a Egorova a la embajada rusa en Atenas.

Benford, con el rostro imperturbable, le dijo a Zyuganov que los griegos habían montado demasiado escándalo y no solo estaban interrogando a Egorova sobre la muerte de un antiguo agente Spetsnaz en el Grande Bretagne, sino tambien insistían en que hiciera públicas en una conferencia de prensa todas sus actividades a cambio de una sentencia más suave. Zyuganov se enderezó y reiteró que Egorova debía ser absuelta, momento en el cual Benford le hizo una propuesta. Una media hora después, un vibrante Alexéi Zyuganov abandonaba el Bristol abruptamente, sin pagar su brandi.

«Da igual —pensó Benford—, van a pagar más de lo que se pueden imaginar.»

De vuelta en su despacho del Kremlin, sus ojos azules centellearon y las comisuras de sus labios en forma de corazón se elevaron durante una fracción de segundo. Su lado político conocía las ventajas de la propuesta de los americanos. Su lado de antiguo funcionario de la KGB apreciaba la conveniencia el acuerdo. Pero su lado de forzudo, aquel dispuesto a consolidar el poder absoluto de un modernizado Imperio ruso, no podía aceptar el papel de segundón, ni siquiera en estas circunstancias. Zyuganov se quedó en su despacho forrado de madera, inclinando la cabeza mientras su presidente le hablaba al oído suavemente, una mano paternal en el pequeño hombro del enano.

ENSALADA DE PEPINO DEL HOTEL BRISTOL

Pele y corte a lo largo un pepino. Quítele las semillas y trocéelo en rodajas finas. Añada cebolla roja y chile cortados también en rodajas finas. Mezcle vinagre de sidra, pimienta, azúcar, eneldo y un chorrito de aceite de sésamo en un cuenco. Sírvala fría.

40

Benford, Forsyth y Gable se hallaban en la estación de Atenas. Estaban sentados en uno de los extremos de una mesa de conferencias llena de arañazos. La estancia era en realidad un contenedor transparente de nueve metros de largo elevado sobre patas y metido en una habitación. Lo iluminaba la cruda luz de unos fluorescentes dispuestos sobre la parte superior. Los tres tazones de café añadían nuevas marcas de calor a las ya numerosas que presentaba la mesa. Nate estaba en la enfermería del vestíbulo para que le quitaran unos puntos.

—Se va a armar una buena si Diva no consiente en volver —dijo Gable—. Los rusos se cabrearán tanto que de la rabia le pegarán un tiro a Marble.

Benford puso una cartera sobre la mesa y desabrochó los cierres de la solapa. Se volvió a Gable.

—Te alegrará saber que has sido elegido para convencer a Diva de que no deserte y vuelva a trabajar con nosotros —le comunicó Benford—. Aparte de nuestra joven superestrella de ahí fuera, tú eres la persona a la que más respeta. Eres el único al que llama, ¿cómo es?, ¿*bratwurst*?

—Bratok —dijo Gable—. Significa «hermano».

—Ya veo. Bueno, hermano, a mí (y por extensión a toda la CIA) me ve como alguien que la ha traicionado. Debido a razones operativas, no queremos involucrar demasiado a Nash. Además, representa una tensión añadida a causa de la muy poco

recomendable relación física entre ambos. —Miró a Forsyth y luego a Gable intencionadamente—. Por eso voy a confiarte esta parte de la operación, infinitamente delicada —añadió Benford—. Bratok, tienes que conseguir que Diva diga que sí.

Benford volcó la cartera, y papeles y lustrosas fotografías en blanco y negro se derramaron sobre la mesa. Forsyth ordenó las fotografías en un montón y las miró una a una. Luego se las pasó a Gable. Las imágenes mostraban un río de cauce tranquilo en medio del campo y la franja de espuma de una presa. Encima se veía un puente de dos carriles sostenido por contrafuertes de cemento y flanqueado por una barandilla metálica de finas barras curvas. Se apreciaban dos castillos a ambos lados del río: uno, con una torre de planta cuadrada; el otro, chato y almenado. Toscas casitas y ennegrecidos bloques de apartamentos jalonaban la ribera, recortándose contra el cielo gris. Sobre el puente había una fila de camiones con cubiertas de lona.

—El puente del río Narva —dijo Benford, señalando una de las fotos—. A la derecha, Rusia. A la izquierda, Occidente, si es que Estonia puede recibir ese nombre.

Pasó otra de las fotos.

—La estación de control. Aquí el tránsito es tranquilo, casi todo son camiones, muy lentos. San Petersburgo está a unos ciento treinta kilómetros hacia el norte. —Benford dio unos toques en la foto—. Por aquí es por donde tiene que cruzar Dominika.

—¿Por qué hacemos esto? —preguntó Gable—. Los griegos podrían escoltarla hasta el aeropuerto y meterla en un avión. En tres horas estaría en Moscú.

Benford estudió una de las fotografías y finalmente respondió:

—Por utilizar una de las desafortunadas metáforas de juego de Forstyth, estamos empatados. Más o menos. Por una parte, gracias a Marble, hemos neutralizado al topo de Washington. Por otro, hemos sufrido la grave pérdida de Marble. A cambio, Diva ha avanzado posiciones considerablemente, o eso esperamos. Añadiría —dijo, dando un sorbo de café— que hemos sido extremadamente afortunados de que Diva y Nash escaparan al peligro mortal de ese asesino Spetsnaz.

»Pero, para mí, uno de los aspectos menos satisfactorios en todo esto es el precio que al final ha tenido que pagar un hombre valiente. Intenté razonar con él para que continuásemos como siempre y evitar que todo se precipitara, pero fue inflexible. Él mismo tenía la sensación de que le quedaba poco tiempo.

Benford miró a las personas de la mesa y luego volvió a pasar las fotos una a una.

—Me niego a dejarlo así —dijo Benford, dando golpecitos en la cartera que estaba sobre la mesa—. Así que me gustaría abordar el tema que realmente me importa.

—¿Qué tema? —preguntó Forsyth.

—Voy a intentar que nos devuelvan a Marble. Se ha ganado su jubilación —soltó Benford.

Se hizo el silencio dentro de la cápsula. La corriente de aire que entraba artificialmente en el contenedor era lo único que se oía. Gable sacudió la cabeza.

—Te olvidas de un pequeño detalle: su situación actual. Arrestado por espía occidental —dijo—. Y no es que Lefortovo tenga un programa de reducción de penas.

—Creo que la Central estaría encantada de hacer un intercambio

—dijo Benford.

—¿Intercambio? —preguntó Gable—. ¿A quién propones?

—Diva. Quieren que vuelva desesperadamente, lo suficiente para intercambiarla por Marble. Nunca habría sucedido con Stalin o Andropov. Pero esta es la nueva Rusia. Putin está preocupado por su imagen dentro y fuera del país. Diva guarda un secreto, varios diría yo, que podrían provocarle grandes problemas nacionalmente.

—Los rusos no accederán jamás —dijo Gable—. Nunca soltarán a Marble. Pensarán en los futuros traidores, frente a los que parecerían débiles. Supondría un desprestigio total.

—Pues he de decir que ya han accedido. A estas horas, Putin debe haberle ordenado ya a la Central que llegue a un acuerdo.

—A ver si lo he entendido bien —dijo Gable—. ¿Has hecho un trato de intercambio con los rusos sin saber si Diva quiere regresar?

—Por eso precisamente quiero contar contigo —dijo Benford—. Además, cuando le digamos que sin ella se anula la liberación de Marble, no creo que continúe poniendo objeciones.

—Eso sí que es tener un puto as en la manga —dijo Gable.

Benford lo miró molesto.

—Esa no es manera de motivar a una mujer para que regrese a Moscú como nuestra confidente. Quiero decir, si está resentida porque siente que la hemos manipulado, podría dejarlo todo simplemente por rabia. Y no le volveríamos a ver el pelo.

»Espero que no ignores los aspectos negativos de nuestra manipulación y que puedas volver a motivarla. Siéntate con ella y prepárala para un control interno. Insiste en que la libertad de Marble está en sus manos —ordenó Benford.

—No ignorar los aspectos negativos. Vale, estupendo. Saldré para

Glyfada dentro de una hora —dijo Gable.

—Hay una fecha límite —dijo Benford—. Les dije a los rusos que teníamos prisa. Nos quedan solo días, horas.

—Narva —dijo Gable—. Estonia. Por las lágrimas de Cristo...

Los dos georgianos se cuadraron en el despacho de Zyuganov, mirando a un punto en la pared por encima de la cabeza del enano. Eran dos «mecánicos», *chistilshchiki,* de graduación media, procedentes del Departamento V del SVR. En otras palabras, hacían el trabajo sucio. El departamento era heredero de la antigua Administración de Operaciones Especiales dirigida por el general Pavel Sudaplatov, que durante décadas había eliminado a los enemigos de los soviéticos dentro y fuera del país. Zyuganov leía un informe recién enviado por un confidente dentro de la policía griega.

Cuando los dos tarugos se hubieron marchado, Zyuganov llamó a Liudmila Tsukanova. Ella entró en el despacho sin prisa, insegura, rellenita, con la mirada fija en los lustrosos zapatos marrones que sobresalían bajo su amplio y mullido pecho. Este aparecía comprimido dentro de una chaqueta militar demasiado pequeña. Llevaba el cabello castaño corto, a trasquilones. A primera vista, su redonda cara eslava parecía llena de salud, pero examinada de cerca se veía que era una mujer de treinta años con rosácea. La mancha roja de su barbilla tenía una pinta dolorosa.

Inquieta, Liudmila se sentó y escuchó a Zyuganov hablar sin parar durante más de media hora. Aunque parecía incómoda, sus ojos negros, como los de un tiburón o una muñeca, no abandonaron la cara de Zyuganov ni un segundo. Cuando terminó, asintió y salió de

la oficina.

A pesar de las apariencias, como Gable remarcó después cuando desplegó el calendario operativo (que bien podría haberse calificado de puzle chino), Benford estaba nerviosísimo y hablaba tan rápido que parecía que la correa de transmisión de su lengua se había soltado del volante de inercia de su mente.

—Forsyth, tienes que quedarte en la estación para desviar el inevitable tráfico de cables del primer lord del Almirantazgo, el jefe de Europa, y los idiotas de la Central.

»Yo me adelantaré volando a Estonia y hablando con el joven jefe de estación para actuar de enlace con la policía de Estonia. Se les conoce como la KaPo, Kaitsepolitsei, antiguamente entrenada por los rusos y ahora por la OTAN. Son dedicados e intensos. Supongo que la Central estará activa y tendrá gente por toda Estonia, para ver qué pillan. No me extrañaría que intentaran alguna artimaña para llevarse a Diva.

»Tú, Gable, tienes la tarea más crítica: esconderla y mantenerla a salvo. Convencerla para que vuelva. Tienes uno o dos días para hacer eso. Luego hay que entregarla, al final del segundo día, en el puente del Narva a las cinco de la tarde, hora local.

»Hasta ese momento, y bajo ninguna circunstancia, nadie usará un teléfono, ni móvil ni fijo. Son las reglas de Moscú, ¿está claro? El SIGINT de los rusos es muy bueno localizando móviles, y la Central todavía controla activos en su antiguo satélite de influencia.

»Gable, te sugiero que viajes desde Grecia a Letonia y que salgas desde Riga a primera hora de la mañana. Son trescientos sesenta

kilómetros desde Letonia por la E67. La KaPo cerrará el puente de Narva cuando disminuya el tráfico matutino y antes de que comience el nocturno.

»Gable, tienes que dedicar cada minuto disponible a entrenar a Diva sobre el intercambio en el puente. La estarán observando muy de cerca.

»Quiero que Marble haya salido de Estonia dos horas después del intercambio. Tenerlo fuera de su alcance. El agregado del aire me ha prometido un C-37 en Tallin. Forsyth, por favor, recuérdale que tenga el avión allí preparado. No quiero verme obligado a sacarlo del país en la clase turista de un vuelo regular de las líneas aéreas estonias.

Más tarde, mientras acompañaba a Benford a la puerta de embajada en Venizelos, Forsyth le tomó del brazo.

—Has organizado toda una operación, Simon —dijo—. Vas a tener en el puente a los rusos, a los estonios, al SVR y a la CIA, todos nerviosos y con el dedo en el gatillo. Si Dios quiere, Marble estará esperándonos entre la niebla.

Benford se detuvo y se volvió a Forsyth.

—Tom, Gable y Diva deben permanecer invisibles, indetectables. Ni móviles ni contacto alguno, nada que permita ni las más remota acción hostil por parte de la Central.

—Gable ya está desaparecido —anunció Forsyth—. Desde ayer por la tarde. Ni yo conozco su paradero.

Benford asintió.

—No tenemos más remedio. Hay que seguir adelante como si ella hubiera dicho que sí. Quiero que Marble esté allí físicamente antes de que decidan ejecutarlo. Esta es nuestra única oportunidad. —Benford miró por la ventana a la pista—. Gable la convencerá. Tiene

que conseguirlo.

En la estación de Tallin, en Estonia, su joven jefe soltó la taza de café y se enderezó al leer el cable de Benford, transmitido por la Central. Asomó la cabeza por una esquina y llamó a su mujer a su despacho. Eran solo los dos, un tándem. Releyeron juntos el cable varias veces. Ella estaba de pie, a su espalda, con la barbilla en su hombro, anotando rápidamente una lista de cosas que hacer: hoteles, coches, radios, prismáticos.

Siguiendo instrucciones de Benford, el joven jefe de estación llamó a su enlace en la KaPo, la Kaitsepolitsei, para solicitar una reunión urgente. ¿Que los escoltemos mientras están en la ciudad? ¿Que sigamos el coche hasta Narva? ¿Que vigilemos el puente? ¿Que les peguemos a nuestros antiguos caseros, los rusos, una patada en los huevos? ¡Todo un placer!, dijo la KaPo. Organizarían todo.

Benford voló a Tallin con Lufthansa desde Venizelos, haciendo escala en Tempelhof. Tras una breve parada en el hotel Schloassle del casco antiguo, Benford arrastró al entusiasta jefe de estación a un maratón de actividad para planificar la operación y cronometrar el trayecto, arriba y abajo, del puente sobre el Narva. Un anodino Lada los siguió a ratos por la E20, pero desapareció en las afueras de Narva. Los rusos ya sabían cuál sería el escenario de la acción.

Durante el camino de vuelta a Tallin, Benford se paró en un bar de la autopista para ver cómo reaccionaba el Lada. El coche siguió adelante doscientos metros, pero luego se quedó esperándolos en la cuneta. Benford los hizo esperar pidiendo un plato de salchichas al vapor, pepinillos, arenques, una ensalada *roslje* del Báltico, pan

negro y una margosa cerveza negra. Esperaba que los tarugos del coche también tuvieran hambre. Habían entrado en la habitación del hotel de Benford. Eran muy buenos, pues no habían tocado en lo más mínimo las señales que había dejado Benford. Los pelos, el talco, los esquinas alineadas de la libreta sobre el escritorio. Pero no tanto como Benford. El jefe de Tallin lo observaba fascinado utilizando la lente microscópica Stanhope, del tamaño de un grano de arroz, engastada en su reloj de pulsera, para examinar la tapa del móvil de pega que había dejado en el bolsillo lateral de su maleta. Benford alzó la mirada y asintió. Las marcas del microescriba de la cubierta estaban desalineadas. Probablemente le habían quitado la tapa y habían descargado su contenido, por otra parte totalmente inútil.

Desde Moscú, también se preparaban. En San Petersburgo, Yasenevo había llamado al director de la oficina del SVR para el óblast de Leningrado por el teléfono de alta frecuencia. Solo se le había informado de que iba a producirse un intercambio. Se le pidio que organizara y destacara un equipo para encargarse de un prisionero que iba a ser liberado. Luego debía escoltar a una persona de importancia desde el puente de Narva a Ivángorod y, más tarde, a San Petersburgo en el mínimo lapso de tiempo.

Se autorizó al director a llamar al FSB de San Petersburgo y al Servicio de Guardas Fronterizos del óblast para que le proporcionasen apoyo durante el intercambio. Un tal coronel Zyuganov de Moscú ordenó que no hubiera ningún problema durante el intercambio y que se realizara en el mayor de los secretos.

El director de San Petersburgo asumió las órdenes y

posteriormente solicitó que fuera un helicóptero de la Guardia Fronteriza el que transportara a la personalidad desde Ivángorod a San Petersburgo. Un jet ejecutivo Yak-40, que formaba parte del escuadrón presidencial, llevaría al individuo repatriado (fuera quien fuese ese diablo, pensó el director de San Petersburgo) el resto del camino hacia Moscú.

El intercambio de Marble estaba programado para las dos del mediodía. Quizá porque todos estaban nerviosos, quizá porque Gable tenía preocupado a Forsyth o quizá porque sabía que se le había dejado fuera de la operación a Nate y se le había enviado de vuelta a Washington, Forsyth se decidió a sacarle a tomar una cerveza.

Se hallaban sentados bajo los plátanos de la taberna Skalakia en Ambelokipi, que estaba bajando la cuesta desde la embajada. Nate había hecho tiempo en la estación a la espera de la hora de su vuelo, y a Forsyth le había dado pena. Había pasado por mucho, se había llevado unos cuantos arañazos. Aparte de la habitual preocupación de Nate por su expediente y su carrera, Forsyth sabía que estaba intranquilo.

Por ello lo acompañó hasta Mesogeion y subió con él la empinada escalera hasta la entrada de madera pulida de la taberna. Se sentaron fuera oyendo el ruido de la ciudad disminuir a la hora de comer. Nate preguntó a Forsyth si, después de delatar a Marble, Diva había vuelto a Rusia. Bebió de un trago la cerveza e hizo un gesto para que le trajeran otra.

Forsyth se lo quedó mirando fijamente. Nate le dijo que había

leído el informe confidencial de la oficina cuando Maggie no estaba mirando. Sabía toda la historia: el plan de Benford y cómo Dominika había expuesto a Marble. ¿No nos dedicamos a proteger a nuestros confidentes? ¿Cómo había sido capaz? Los rusos... Marble no habría hecho algo así. Él estaba hecho de otra pasta.

Forsyth se le acercó y le dio en toda la frente: Nate no tenía ni puta idea de lo que decía. ¿Quería cagarla todavía más cotilleando sobre informes confidenciales? Dominika no sabía nada del plan para exponer a Marble, dijo Forsyth: solo seguía órdenes, lo que Benford le había dicho que hiciera. Ignoraba que fuera una trampa, las consecuencias que tendrían las palabras que le hacían repetir. Se le ordenó que no dijera nada de ello a Nate. Y ella actuó como una profesional. Se hundió al saber lo de Marble.

Nate se quedó callado diez minutos y luego le dijo a Forsyth que se iba a verla a la casa segura.

—No te molestes —dijo Forsyth—. La cerramos ayer. Está con Gable, y nadie sabe dónde está Gable, ni siquiera yo.

Le contó a Nate lo del intercambio de espías de Benford sobre el puente de Estonia.

—Estamos siguiendo las reglas de Moscú (bueno, las reglas de Narva), porque es lo único que podemos hacer.

Nate apretó la mandíbula.

—Tom, tengo que verla, me tienes que ayudar.

—No podría aunque quisiera —dijo Forsyth—. Aunque hay un solo punto en el globo donde cabe la posibilidad de que mañana esté Dominika. Pero solo en un cincuenta por ciento.

Nate comprendió que Forsyth se lo decía porque le iba a permitir que fuera.

Para Nate las siguientes veinticuatro horas fueron un viaje de culpabilidad y desprecio. Físicamente, el viaje comenzó tras levantarse de la mesa y alejarse de Forsyth, quien lo dejó ir porque sabía que sería peor si no se lo permitía. Tenía un día para llegar. El tráfico de Atenas estaba parado y la luz del Egeo entraba resplandeciente por la ventana del taxi. El sudor le recorría la espalda y hacía que se quedara pegado a los asientos de plástico. Arrojó unos euros, fue a la terminal, compró una bolsa, un cepillo de dientes, una camiseta y un billete en el siguiente vuelo para Alemania, a Munich. El ganado de la cola no se movía y por poco se pone a gritar cuando atravesó el control de seguridad; ni siquiera notó que despegaban y se preguntó por qué cruzaban los Alpes tan despacio y por qué el autobús articulado dio dos vueltas al aeropuerto antes de pararse en las puertas automáticas, y se dijo a sí mismo que no debía apresurarse por las escaleras porque había cámaras por todas partes y notaba que le escocían los puntos.

El interminable vestíbulo de Munich, con una *knackwurst* y una cerveza que se tomó a toda prisa en cinco minutos, y los dos VoPos, policías con MP5, pidiéndole el pasaporte y la tarjeta de embarque... estuvo a punto de decirles que no tenía tiempo para tanta chorrada y los militares del control se quedaron mirándolo un minuto más de lo normal. Quería meter el brazo y llevarse sus papeles, pero se obligó a quedarse quieto, con la mano sudada y temblorosa. La sala de espera estaba repleta de toscos bálticos con maletas atadas con cuerdas, y quería avanzar a trompicones entre ellos para llegar a la puerta, pero se amontonaban frente a él. Con el anuncio de que había un retraso de dos horas se le cayó el alma a los pies, y miró el reloj una vez más mientras se sentaba en una silla de plástico vieja,

oyendo a los bálticos que charlaban, y oliendo el pan y las salchichas que comían. Se apresuró al cuarto de baño y vomitó, porque tenía el estómago vacío, y sintió un dolor insoportable y se levantó la camisa para ver si se le había saltado algún punto. Tenía la piel rosada y la notaba caliente, pero no supuraba nada. De vuelta a la puerta de embarque, se durmió sudoroso, viendo la cara de Dominika, oyendo su voz. Alguien le dio una patada al pasar y se despertó para ponerse a la cola, semiinconsciente y aturdido, con un zumbido en la cabeza. Estaban muy apretados y le hicieron esperar en la pista hasta que solucionaron una avería técnica, veinte minutos, cuarenta minutos, una hora, y los bálticos no paraban de hablar y a Nate le dolía la cabeza y tras el despegue no se le destaponaron los oídos y la azafata le preguntó si se encontraba bien. Habían pasado dos horas y no habían comenzado el descenso debido a la niebla; tendrían que desviarse a Helsinki, y eso ya no lo pudo soportar y cerró los ojos y se apoyó en el respaldo del asiento. La niebla se abrió a tiempo y la mesa de la aduana era de acero inoxidable en el pequeño aeropuerto de Tallin, y el móvil desechable, anónimo, que había comprado en el aeropuerto no funcionaba, y el coche de alquiler tenía el volante suelto, pero no tenía tiempo de cambiar de coche, y el motor no cesaba de vibrar, e iba demasiado rápido en la rotonda a las afueras de Tallin y se dirigió hacia el sur por la E67 hasta que una señal le indicó que iba en dirección a la puta Riga y tuvo que dar la vuelta. En la E20 dos carriles de tráfico bambolearon su cochecito y un policía de tráfico le hizo parar y tardó un montón hasta ponerle una multa y se despidió con un saludo, y los pueblos se sucedían, uno tras otro, nombres extranjeros en un extraño paisaje lunar que se componía de colinas planas y árboles junto a

granjas llenas de barrio: Rakvere, Kohtla-Järve, Vaivara y los límites del área metropolitana de Narva, la sórdida Narva. Y ya era por la tarde, y nubes cargadas cruzaban el cielo, y encontró el castillo y el puente. Rusia estaba al otro lado del agua, pero algo le hizo alejarse del lugar. «No quemes el sitio», el último resto de disciplina operativa que le quedaba. Condujo por la ciudad esperando vislumbrar la figura de Dominika en algún momento, pero no existía ni la más mínima posibilidad y luchó contra la culpa y la vergüenza, y se sentó en un aparcamiento del centro y el coche temblaba cuando le pasaban los tranvías, y las manos de Nate también temblaron y se quedó sentado tras el parabrisas empañado y la manita del minutero en el salpicadero parpadeaba, y en la gasolinera se mojó la cara con agua fría, las axilas y el vientre, y los puntos le seguían escociendo y se miró la cara, un lado negro y azul, como el fantasma de la ópera o el amante que un día fue, y se metió en la camiseta con la bandera griega y comió un sándwich de Narva con una lechuga pocha en los bordes y manteca chorreando sobre el papel encerado. Forsyth le había dicho al anochecer, así que arrancó el coche, y no podía sentir las piernas, y puso el pie en el embrague y condujo de vuelta hacia el puente, pero el paso a nivel a rayas estaba subido, y el jeep estaba aparcado de lado, en la línea central, y le dijo al soldado que era parte de la merienda que había en la calle, pero el tío de ojos azules, gorra militar y pelo al cero no entendía la palabra *merienda* y, mientras miraba su pasaporte, Nate apretó el acelerador y rodeó el paso a nivel y oyó el silbato del policía, pero no pensó que dispararan y más adelante vio una furgoneta y un jeep y a Benford y su visión se nubló. No supo si era por el volante, que estaba suelto, o si fue él, que soltó el embrague,

pero se acercó a él en punto muerto, el último rastro de disciplina operativa que le quedaba.

ROSOLJE, ENSALADA ESTONIA DE REMOLACHA

Trocee en taquitos remolachas hervidas, patatas cocidas, pepinillos, manzanas peladas, huevos duros, ternera o cerdo asado y arenques en sal (a remojo durante la noche y limpios) y mézclelo todo con nata amarga, mostaza, azúcar, pimienta y vinagre. Sírvala fría.

41

Gable arrastró a Dominika fuera de la casa segura (ella lo siguió a regañadientes) y salieron a la calle. Durante un día entero estuvieron hablando en una habitación con vistas a la bahía que Gable había reservado en el Astir Palace, un hotel de Vouliagmeni a veinte minutos de Atenas, con un nombre falso. Se habían registrado como matrimonio, así era más sencillo. Gable no se dio cuenta de que había sido atendido por un policía fuera de servicio, que se hacía con un dinero extra trabajando detrás del mostrador, pero el policía sí reconoció al gordo americano y cogió el teléfono.

Gable ni siquiera pensaba que tuviera un cincuenta por ciento de probabilidades de convencer a Dominika. Ella le dijo a Bratok que ya no le respetaba ni confiaba en él: la habían utilizado. Él la escuchó mientras la luz del Egeo que entraba por las ventanas iluminaba su halo morado y ella le contaba que desde la escuela de ballet la habían ido dejando sin opciones. Unos y otros la habían zarandeado aquí y allá, le habían arrebatado las cosas que más le importaban. Esa había sido la razón de que comenzara a trabajar para ellos. Nate, Bratok y Forsyth se habían convertido en su familia. Sabían lo que necesitaba. Y todo el mundo era inteligente y profesional.

Pero el resultado había sido el mismo: se habían confabulado contra ella. Incluso el general la había traicionado. Su mente rusa veía una conspiración; su alma rusa, traición. No trabajaría para ellos. Le dijo que había decidido que tampoco se quedaría en Rusia. Se daba cuenta de la futilidad de desafiar el sistema. Los *vlasti*

ganarían siempre. Le faltaba decidir adónde iría. Si los americanos le permitían establecerse en Estados Unidos, iría allí. Si se resistían a aceptar su deserción, consideraría un tercer país. Si la CIA la bloqueaba, regresaría a Rusia como civil. Lo dejaba. Estaba fuera. Gable la dejó hablar e hizo un té, puso una rodaja de limón en el vaso de Perrier y la escuchó.

Cuando ella se cansó, se sentaron en el balcón con los pies en la barandilla y se quedaron mirando el agua turquesa. Él le habló de sus primeras misiones cuando era un joven agente y la hizo reír. Consiguió que siguiera riendo durante la comida de calamares fritos con perejil, limón y aceite. Cuando las sombras del atardecer se alargaron pasearon por los jardines. Gable le dijo que no iba a intentar persuadirle de nada. Dominika sonrió y dijo:

—Lo cual es el primer paso para persuadirme y que acabe haciendo exactamente lo que tú quieres.

Gable se rio y la llevó a su habitación y le dejó echar una siesta en el dormitorio mientras él se quedaba despierto en el balcón. Esa noche, Dominika se puso un vestido de verano y sandalias, y recorrieron la costa en un autobús desvencijado hasta un pequeño restaurante de pescado en Lagonissi. Dominika pidió sardinas asadas en hojas de parra y *yiouvetsi* de gambas con tomate, *ouzo* y feta, y pez espada a la parrilla con salsa *latholemono*, y Gable pidió dos vinos, una botella de asprolithi helado y una cubitera de aluminio de *retsina* seco.

Se detuvieron en otra taberna para tomar café y Gable pidió dos vasos de mavrodaphne del sur de Grecia, dulce y oscuro como la sangre, que en una ocasión convirtió el mar de Homero en oscuro como el vino. Las lucecitas de Navidad del toldo brillaban y

pequeñas olas acariciaban la playa al fondo, invisible en la noche. Mientras miraba la cara mofletuda de Gable y su pelo cortado al cepillo, Dominika esperaba, apoyada contra las cuerdas, el primer puñetazo.

—Ahora vas a decirme algo, ¿no, Bratok? —preguntó Dominika en tono serio.

Gable la ignoró y le dijo que quería pensar el asunto seriamente, quería que ella lo reconsiderara según su propio criterio. Él le explicaría cómo lo veía, lo que podía significar para ella. Ella accedió a escucharle, esperaba sus trucos, pero su sereno halo morado le decía que probablemente le diría la verdad. Probablemente.

Gable explicó que pensaba que los motivos por los que se había unido en un principio al SVR eran justos, acertados. Ella quería servir a su país y destacar dentro de un trabajo exigente. Pero sus esperanzas se habían visto reducidas a cenizas debido a la brutalidad del sistema. No le quedaba nada.

—¿Por ahora he acertado? —preguntó.

Dominika se recostó y asintió. Su luz morada era estable y fuerte.

—De acuerdo —continuó Gable—. Sin embargo, debido a una operación o a la suerte o al destino, conoces a Nate Nash, y es distinto de cualquiera que hayas conocido jamás (y eso también incluye a otros atractivos agentes de mayor rango de la CIA) y decides meter el pie en el agua para probarla, quizá para vengarte de esos bastardos. No tiene nada que ver con el dinero ni con la ideología, sino con tu valía personal.

Gable hizo un gesto al camarero para que les sirviera otros dos vinos.

—Entonces pasa algo raro. Te das cuenta de que esa vida te

encanta, el riesgo y la impostura, y el hielo y el engaño, y los secretos que todos los días alberga tu mente. Prosperas, aprendes a apreciarla.

Les trajeron el vino y Gable dio un sorbo.

—¿Qué tal lo estoy haciendo? —dijo. Dominika se cruzó de brazos —. Pero te vuelven a traicionar, esta vez los buenos, o al menos eso pensabas tú. No obstante, eso sería una forma equivocada de considerarlo.

Dominika parpadeó.

—El general y Benford, y todos nosotros, queríamos que asumieras el papel del general como cabeza de lanza en Moscú. Quizá deberíamos haberte preguntado, pero no lo hicimos. Has llegado al último acto y Benford intenta que vuelvas a infiltrarte en Moscú. Pero, querida, eso depende de ti. Nadie puede forzarte. Tienes que decidirlo tú.

Dominika miró el agua negra y luego a Gable.

—¿Qué pretendes con todo esto? —preguntó él—. ¿Qué vas a hacer sin tu droga preferida?

Dominika cerro los ojos y sacudió la cabeza.

—¿Piensas que no puedo vivir sin esto? —dijo.

—Olvídate de la CIA. Piensa en el general: él te diría lo mismo. Vuelve y ponte a trabajar. Durante los primeros seis meses, no pienses en la CIA, durante un año si quieres. No cedas ante esos cabrones de la Central ni un milímetro. Atropéllalos. Ahora les llevas ventaja. Empieza a construir tu carrera. Vuelve y acaba con tu tío. Dile a la Central lo que ha hecho y asegúrate de que recibe lo que se merece. Estarás en el lado ganador y eso te hará parecer impredecible y peligrosa. Primero cazas a Korchnói y ahora destruyes

a tu propio tío. Te tendrán miedo.

»Elige, exige, oblígales a darte un trabajo importante, algo con mucho acceso, en algún lugar del Departamento de las Américas, en la Línea KR, lo que sea. Gestiona tu puesto como si de verdad te importara. Recluta extranjeros, causa problemas, atrapa espías, haz aliados, desequilibra a tus enemigos. Sé una cabrona en la mesa de conferencias.

Dominika intentó no sonreír.

—Cabrona significa *zlobnyj,* creo —dijo ella.

—Una vez al año, o dos, nos informas sobre la operación que tú quieras, y ahí estaré yo. Tú eliges lo que quieres decirnos. Tú decides la forma de comunicarte con nosotros. Si necesitas vernos en Moscú, me encargaré personalmente de tu seguridad. ¿Quieres equipos de comunicación? Te los daré. ¿Necesitas ayuda? La tendrás. Si quieres que desaparezcamos, lo hacemos.

—¿Estará Nathaniel involucrado en el futuro? —preguntó ella.

—La gente piensa que no sería recomendable que trabajarais juntos, dado el historial operativo. Pero estoy aquí para decirte que, si quieres que se ocupe de reunirse contigo, podemos arreglarlo.

—Pareces muy acomodaticio —dijo Dominika.

—Este trabajo, Dominika, lo llevas en la sangre. No lo puedes dejar, lo llevas en la nariz, debajo de las uñas, en todas y cada una de las raíces de tu pelo. Admítelo.

—De haber sabido que eras un *janychar,* nunca habría salido a cenar contigo —dijo—. ¿Te raptó la CIA en la cuna y te entrenó mientras crecías?

—Admítelo —dijo Gable.

El aire estaba teñido de un tono morado que la envolvía

totalmente.

—Ahora estas siendo *nekulturny* —dijo ella.

—Sé que estoy en lo cierto. Admítelo.

—*Mozhet byt* —dijo Dominika—. Quizá.

—Dominika —pidió él.

La nube morada había descendido desde su cabeza y ahora se arremolinaba entre ellos. El rostro de Dominika estaba tranquilo y despejado.

—Quizá.

—Piensa en lo que te he dicho. Quiero que digas que sí, eso ya lo sabes, pero sea lo que fuere, tienes que tomar la decisión mañana como muy tarde.

—Ya veo —dijo Dominika—. Detecto que me espera otra sorpresa. ¿Por qué tiene que ser mañana, querido Bratok?

—Porque necesitamos, Benford necesita, que estés en Estonia mañana.

Ella lo miró fríamente, con la manos sobre la mesa.

—Dime el motivo, por favor.

Gable le contó el intercambio en Estonia y vio que sus ojos se estrechaban.

—Por favor, no te vuelvas a enfadar —dijo Gable—. No te lo he dicho antes porque quería hablar contigo sin que esto pendiera sobre tu cabeza.

—¿Y no te lo estás inventando? —dijo Dominika.

—Te lo vas a cruzar en el puto puente —dijo Gable—. Sería muy difícil fingir algo así.

—Bueno, estoy segura de que la CIA llegaría a construir un puente.

—Habla en serio —dijo Gable.

—Muy bien. Hablemos en serio —replicó Dominika—. Diciéndome esto me volvéis a convertir en verdugo del general. No me dejáis opción.

—¿Qué es lo que te he dicho antes? —dijo Gable—. Que depende completamente de ti. Puedes decidir ahora mismo, en este instante, no continuar. Ya te has ganado una modesta reubicación. Tienes una cuenta bancaria. Llamaré a Benford y luego te acompañaré personalmente a Estados Unidos. Mañana mismo.

—¿Y el general? —preguntó ella.

Gable se encogió de hombros.

—Es el mejor activo ruso que hemos tenido jamás. Duró catorce años. Organizó su propia caída en desgracia porque sentía que había llegado el final. Pensaba que había encontrado en ti su sustituta, deseaba que hubiera continuidad. Pero es lo que decidió él. Los activos viven y mueren. Te puedes involucrar hasta donde tú quieras.

—Pero en realidad no es eso lo que piensas —dijo Dominika—. Nate me comentó que sueles decir que lo más importante, siempre, es la seguridad y bienestar del activo. No lo abandonarías jamás, tu lucha no te lo permitiría.

—Puede que tengas razón —dijo Gable—. Rescatar al general de las mazmorras de Lefortovo podría ser una buena manera de reanudar nuestro trabajo.

Dominika se lo quedó mirando y tomó un sorbo de vino. Gable levantó una ceja y la miró a los ojos. Ella sabía que decía la verdad.

—Sois unos cabrones.

—Vuelo a Letonia a las diez de la mañana.

—Te deseo un feliz viaje —dijo ella.

Tomaron el último autobús al Astir Palace. Se sentaron el uno junto al otro, pero no hablaron durante los quince minutos de trayecto. Atravesaron el vestíbulo en silencio, en medio del aroma a buganvilla y a sal, y salieron al amplio patio. Pidieron agua mineral y se quedaron mirando las luces del ferri que iba a Rodas moverse hacia el horizonte.

Gable no pensaba que la hubiera convencido, estaba demasiado indignada, demasiado furiosa. Notaba cuándo alguien dudaba y cuándo ya había tomado una decisión. Dominika tenía agallas, pero no la podían intimidar. La cara de Benford se descompondría al verlo llegar sin ella. La peor parte sería ver a los guardas al otro lado del puente llevándose a Marble: no habría intercambio. Se ejecutaría la sentencia.

Pero por lo menos le había hecho la oferta. Ella sabía que era su amigo y que dependía de ella. Tomaron el ascensor hasta su planta. El pasillo en curva del hotel estaba en silencio, no parecía que hubiera nadie más en ese piso. Lo único que se oía era el chirrido del servomotor magnético en el hueco del ascensor.

Dominika abrió la puerta y se metió en su cuarto. Ninguno de ellos había oído los pasos. Los dos hombres se habían quitado los zapatos y se aproximaban por ambos extremos del pasillo corriendo silenciosamente. Dominika los vio al darse la vuelta, e intentó empujar a Gable en la habitación antes de que llegaran, pero los hombres lograron entrar a empujones y cerrar la puerta de un portazo. La única luz que había eran las lamparitas a ambos lados de

la cama. Uno de ellos dijo con un grave rugido:

—*Ne boisya my s toboi pomoch'tebe.* No se preocupe, Dominika, estamos aquí para salvarla.

Dominika se fijó en que la trataban de usted. Los cuatro permanecieron quietos durante un segundo: la calma que precede a la tormenta. Ella se fijó en la culata que le salía a uno del cinturón.

Ambos hombres eran inmensos; a juzgar por sus caras, dos gigantes de Georgia. Dominika empujó a Gable y se echó en los brazos de uno de los hombres, sollozando como si sintiera alivio de que la salvaran. El otro monstruo se lanzó contra Gable, que dio un paso atrás y viró, lo que hizo que se estrellara contra una mesa con una lámpara, destrozando ambas. El hombre, no obstante, se levantó enseguida, rápido y ágil a pesar de su tamaño, y Gable y él se agarraron de los brazos, engancharon sus piernas entre sí y rodaron por el suelo, el uno y el otro buscando puntos vulnerables: ojos, garganta, genitales, articulaciones.

Dominika rodeó con el brazo el cuello de su hombre, lo que le impidió unirse contra Gable. Olía a perro mojado y a ajo; ella le apretó la garganta y se volvió a observar cómo se movía la masa que formaban Gable y el ruso.

Se dio cuenta con repentina claridad que no permitiría que nadie hiciera daño a Bratok. Arrastró la mano por el torso de su hombre hasta llegar a su cinturón y coger la pequeña pistola. Ni siquiera se molestó en sacarla de la funda, sino que le quitó el seguro y disparó lo más rápido que pudo, tres, cuatro veces. Los disparos se oyeron amortiguados y mezclados con los gritos del hombre, que se derrumbó retorciéndose sobre la espalda, con la pechera de la camisa y el frente del pantalón empapados en sangre.

Sujetando la pistola a un lado, Dominika caminó hacia el otro ruso que había inmovilizado a Gable en el suelo sujetándolo por la garganta.

«Es el segundo hombre de la CIA que lucha por mí», pensó Dominika.

Tiró del pelo del hombre haciéndole doblar la cabeza hacia atrás y aliviando la presión que ejercía sobre el cuello de Gable. El georgiano movía la cabeza a un lado y a otro, con los ojos como platos, para averiguar quién le tiraba del pelo. Dominika le puso el cañón de la pistola en la barbilla, volvió la cara para evitar que le salpicara la sangre y, con mucho cuidado de no apuntar a Gable, disparó dos veces. El georgiano escupió sangre, cayó a un lado y se quedó inmóvil. Alucinado, Gable la miró acercarse al hombre, agacharse y protegerse la cara con la mano que tenía libre, ponerle el cañón en la frente y apretar el gatillo dos veces. La cabeza del hombre rebotó contra el suelo una vez.

Dominika volvió a poner el seguro de la pistola vacía y la arrojó a un rincón de la habitación. Gable tenía un moratón bajo el ojo izquierdo y marcas de uñas en la mejilla y el cuello. Ambos sabían que era la única manera de tratar a esos «mecánicos». Estudió a Dominika atentamente en medio de la habitación en penumbra, con el pecho subiendo y bajando, y un rastro de sangre en el brazo.

—Desde ahora voy a ser una cabrona —dijo—. *Zlobnyj.*

YIOUVETSI DE GAMBAS

Sofría cebolla, granos de pimienta roja y ajo, y agregue trozos de tomate natural, orégano y *ouzo* hasta que se forme una salsa

espesa. Añada gambas y perejil picado, y cocine brevemente. Transfiera la mezcla a una fuente, cúbrala de queso feta y ásela en un horno a temperatura media-alta hasta que hierva.

42

La tarde siguiente, a las cinco, en un cielo nocturno despejado, se asentó un banco de niebla sobre el río Narva. Espesa y deshilachada como un trozo de algodón quirúrgico arrancado del rollo, la niebla goteaba ocasionalmente sobre la carretera del puente. Las farolas del puente se encendieron, dejando ver cómo la niebla se desplazaba de derecha a izquierda. Parecía que el puente se deslizaba sobre ruedas por la ribera. Muy por encima del banco, la torre del castillo de Hermann, en la orilla oeste, se enfrentaba a las almenas vacías de la fortaleza de Ivángorod del lado opuesto.

En la parte rusa del puente, dos camiones ligeros estaban atravesados en la calzada. Seis guardas fronterizos en uniformes de camuflaje se agazapaban alrededor de los camiones. Detrás de ellos había un Tigre, un pequeño todoterreno blindado con una metralleta ligera montada en una torreta circular sobre el techo del vehículo. No había nadie tras el arma, estaba bloqueada sobre sus pivotes y apuntaba al cielo. Detrás de estos vehículos, aparcados a un lado de la calle que conducía al edificio administrativo, pasada la tienda de ultramarinos, había cinco coches del SVR de San Petersburgo: dos Mercedes y tres BMW. Sus conductores estaba juntos, charlando en la oscuridad. El resto de los hombres del SVR había entrado en la caseta de control y esperaba sin dejarse ver, siguiendo las órdenes de no hacerse notar. En la pendiente de la ribera, debajo del puente, dos guardias fronterizos estaban totalmente envueltos por la niebla, calados hasta los huesos.

En el lado estonio, Benford estaba sentado a cincuenta metros del puente, dentro de una furgoneta aparcada en el centro de la carretera, desde donde veía directamente la calzada del puente y los vehículos rusos. Al lado de la furgoneta estaba el pequeño jeep de los KaPo aparcado en la cuneta. Cuatro policías de negro estaban dentro fumando. La KaPo habían intentado poner dos observardores en el bastión de la torre del castillo de Hermann, pero el ministro no tenía presupuesto para visores nocturnos. Las luces del puente tendrían que bastar.

De repente sonó el chirrido de unos frenos y el crujido de la grava bajo unas ruedas. El sonido de un coche deslizándose hasta pararse. Benford vio a Nate bajarse de un turismo verde, con el pelo alborotado sobre la frente, una camiseta rídícula con franjas verdes y azules (un momento, no, era la bandera griega). Benford salió de furgoneta y se dirigió al coche.

—¿Qué estás haciendo aquí, Nash? —preguntó en un tono bajo y sereno—. ¿Y qué es esa ridícula camiseta que llevas? ¿Sabes lo que se supone que tiene que pasar dentro de media hora? Ten la amabilidad de meterte en la furgoneta y que no te vea nadie. Necesitas una ducha.

Benford acompañó a Nate a la furgoneta y deslizó la puerta hasta cerrarla.

Los soldados del jeep de la KaPo se quedaron mirando y preguntándose qué pasaba. Benford se les acercó y aceptó el cigarrillo que le ofrecieron. Los soldados se quedaron callados en señal de respeto.

Benford veía más actividad al otro lado del puente. Los camiones ligeros atravesados sobre el puente se habían separado entre sí y el todoterreno se había colocado en medio. Un soldado había desbloqueado el arma del techo. A la espalda de Benford se oyó otro vehículo, y Gable aparcó un sedán negro corriente. Parecía que estaba solo en el coche. Gable salió del coche y caminó hacia Benford.

—Dime qué has hecho —dijo Benford—. Dime que está contigo.

—Los rusos intentaron llevársela anoche de Atenas. Un «escuadrón de rescate», o así se llamaban. No tengo ni idea cómo nos localizaron, alguno de los rusos que están en el hotel, la policía, no sé. Ella mató a los dos. Los ejecutó.

Los policías de la KaPo habían salido del coche y estaban observando el lado ruso con prismáticos.

—¿Que los mató? ¿Y dónde está ahora? —preguntó Benford—. ¿Se va a producir el intercambio con Marble?

—Ella me dijo que no. Durante seis horas fue no. No lograba convencerla con nada. A la mañana siguiente iba a entregarla a Forsyth para que volara a Estados Unidos y ella estaba esperándome en el coche. Cargarse a los matones rusos puede haberla convencido. Está seriamente cabreada.

Parecía que Benford estaba a punto de desmayarse.

—Está en el asiento de atrás, tumbada. Se puso ahí cuando entramos en Narva. Yo quería cambiar el perfil.

Benford soltó una bocanada de humo. Llevaba al menos setenta y dos horas sin saber nada.

—¿Y ha dicho que sí? —preguntó Benford.

—Sí y no. Me mandó a la mierda y me dijo que solo lo hacía para

que soltaran a Marble, por ninguna otra razón. Dijo que va a regresar para ver si quiere volver a trabajar con nosotros. En el entretanto, está decidida a montar una buena en la Central. Puede que tengamos una confidente, puede que no. Ya nos lo dirá.

—¿Qué significa eso? —dijo Benford.

Gable ignoró la pregunta.

—Otra cosa. Nate es un tema. Preguntó por él.

Benford empezó a reírse.

—¿Qué? —dijo Gable.

—Nash está en la furgoneta. No sé cómo lo ha hecho, pero ha venido desde Atenas y se ha presentado aquí. En el coche de detrás de la furgoneta.

—¿Estado de ánimo? —preguntó Gable.

—Agitado, intenso, exhausto. ¿Qué es lo que estás pensando?

—Lo que estoy pensando es que los dejemos hablar un rato. Les sentará bien a los dos. Que ella tenga un recuerdo que llevarse a Moscú y que él se tranquilice. Puedo adelantar el coche y ponerlo junto a la furgoneta para que nadie la vea.

—De acuerdo. De todas formas estamos esperando. Pero deja que hable con Nash un segundo.

Benford arrastró la puerta de la furgoneta para abrirla y subió dentro. Se sentó al lado de Nate en el asiento del medio. Nate había encontrado una chaqueta en el coche y se había peinado con los dedos. Tenía aspecto cansado, pero presentable. Benford cerró a medias la puerta de la furgoneta y se apoyó en el respaldo.

—Diva y Gable han llegado. Ella está en el coche. Anoche los rusos intentaron rescatarla y ella mató a dos hombres. Ha accedido a volver a Rusia solo por el intercambio, para liberar a Marble. En lo

que se refiere a trabajar para nosotros, no se ha comprometido a nada, y no sabemos si ahora o en el futuro será confidente nuestra.

»Tenemos unos minutos y Gable cree que sería saludable que Diva hablara contigo. Necesito que vuelvas a ser su controlador. Necesito que la inspires. Y necesito que le hables del deber, de su misión y del espionaje a largo plazo. Solo hay una forma de lograr que esto no resulte en su arresto al otro lado del puente: que un agente prepare a su confidente. De otra forma, ella perderá la compostura. ¿Te ves capaz de hacerlo?

Nate asintió. Benford salió de la furgoneta y Nate oyó el ruido del motor, un clic y que se abría la puerta trasera de la furgoneta. Dominika entró rápidamente y la puerta se cerró de un portazo. Se apretujó para llegar al asiento de atrás y se sentó al lado de Nate. Llevaba un sencillo vestido azul marino con un ligero abrigo del mismo color. Gable había insistido en unos sobrios zapatos de cordones negros y medias beis. Llevaba un moño y no se había maquillado, una matrona que apenas salía del cautiverio de la CIA. Sus ojos azules eran los mismos. Miró a Nate y escrutó su rostro. Estaba bañado en una pálida luz morada, lo que le indicaba que estaba sufriendo.

Era la primera vez en su incipiente carrera que Nate no pensaba en las ramificaciones que tendría saltarse las reglas, ignorar a Benford y cavar un hoyo en su reputación. Se inclinó hacia Dominika, la tomó por los hombros y apretó sus labios contra los de ella. Ella se puso rígida, luego se relajó y finalmente le puso las manos en el pecho y lo separó suavemente.

—No tenemos tiempo, ni remotamente, para decirte lo mucho que siento lo que te dije —dijo Nate—. No hay tiempo para decirte lo que

significas para mí, como mujer, como amante, como compañera. Y tampoco hay tiempo para decirte lo mucho que te voy a echar de menos. Se supone que tenemos que hablar de que continúes nuestra relación clandestina, sobre cómo debes seguir operando para la CIA desde Moscú. Eso ahora no me importa. Sé que regresas solo para salvar al general; yo haría lo mismo, así que, pase lo que pase, has cumplido. Pero quiero que te mantengas a salvo. Nada de esto vale la pena. Tú eres lo único que importa, al menos a mí.

Nate retiró la mirada, turbado, hacia el parabrisas de la furgoneta y la carretera cubierta por la niebla, un túnel del tiempo que terminaba en Rusia. Dominika miró en la misma diección, intentando pensar.

—No necesitas preocuparte por mí, Neyt —dijo en un tono plano —. Regreso a mi país, con mi gente. Estaré bien. Es muy conveniente disculparte y decirme que te preocupas por mí cinco minutos antes de que cruce la frontera. Te ruego que me hagas un favor —dijo Dominika—, no me dediques un solo pensamiento.

«*Dushka*, deja que me vaya», pensó.

Se levantó, se deslizó hacia la puerta trasera y golpeó el cristal. Nate la miró mientras se iba. Se quedó contemplando la niebla, con las manos anudadas en la nuca. Gable la miró a los ojos y supo que estaba a punto de desmoronarse. Maldito Nash. Lo que ella necesitaba era endurecerse, y rápido. La condujo al coche, oculto por la furgoneta.

—Sube —dijo Gable—, quiero hablar contigo.

Se deslizó al asiento trasero y Gable se sentó junto a ella, cerrando de un portazo. Se hacía el duro, como si no notara el brillo de sus ojos.

—Habrá más de diez prismáticos siguiéndote desde el minuto que salgas del coche —dijo Gable—. Los guardias van a estar preocupados de la seguridad, pero habrá más gente observándote. Los tipos de contrainteligencia, los monos de CI, observándote solo a ti. ¿Entiendes lo que quiero decir?

Dominika evitó mirarlo y asintió.

—Cuando cruces, camina a paso constante. No vayas demasiado rápido, pero tampoco vaciles. Es importante que no mires a Korchnói cuando te lo cruces en el puente. Es un traidor y tú eres quien hizo que lo encarcelarán —dijo Gable—. Puede que os pidan que os detengáis a medio camino en la carretera. Está marcada con una línea de asfalto, un pequeño bulto en la calzada. Es normal; los guardias no se quedan contentos si no gritan por el megáfono. Probablemente transmitirán imágenes de vídeo a la central para confirmar vuestra identidad.

Dominika estaba mejor. Gable podía notar que comenzaba a concentrarse en el paseo que la esperaba y no en Nash.

—Paso constante hasta los camiones. Un gorila de Leningrado con un traje barato será quien se te acerque y te diga..., ¿qué te dirá?

—*Dobro pozhalovet* —dijo Dominika mirando por la ventana—. Bienvenida a casa.

—Sí, bueno, hazme un favor, dale una patada en la entrepierna. Cómo te comportes desde ese momento es crucial. Acuérdate de que vuelves a casa, por fin libre de la custodia de la CIA. Estás aliviada y, en fin, a salvo. No exactamente habladora, eso sería inapropiado. Te has cargado a tres tíos del Servicio: tu propia gente ha tratado de matarte y tienes un buen cabreo. Estarás rodeada de los gorilas de Leningrado en el coche o en el tren, pero te llevarán a

San Petersburgo.

—Ya conozco a esa fauna —dijo Dominika—. No me darán ningún problema. Acabo de volver de una operación para la central. La única gente con la que voy a hablar está en Moscú.

—Exactamente. Y una vez que llegues allí, enséñales los puntos que te han dado en Grecia y échales la bronca sobre ese maníaco, el Spetsnaz, y sobre Korchnói y sobre por qué han tardado tanto en traerte de vuelta. Porque has vuelto, *baby*, has vuelto.

—Sí —asintió Dominika—, he vuelto.

—Y te veremos en seis meses —dijo Gable.

—No cuentes con ello —replicó Dominika.

—¿Te acuerdas del número de contacto universal?

—Lo tiré —dijo Dominika.

—Después de memorizarlo —apuntó Gable.

—Dile a Forsyth adiós de mi parte —dijo ella ignorándolo.

Liudmila Mykhilyna Pavlichenko era la legendaria francotiradora del Ejército Rojo, la francotiradora más mortifera de la historia, con trescientas nueve muertes durante la campaña de Crimea en la Segunda Guerra Mundial. Esa tarde, en la ruinosa torre sur de la fortaleza de Ivángorod en la ribera rusa, su tocaya, Liudmila Tsukanova, la principal francotiradora del Grupo Especial B del SVR, se tumbó sobre el estómago y se preparó. Llevaba un amplio mono negro y una capucha sobre la cabeza, apretada alrededor de la cara cubierta de manchas rojas. Las suelas de fieltro de sus botas se veían desplegadas tras ella. Apretó el rifle VSS Vintorez, conocido como el «corta hilos», contra su gruesa y agrietada mejilla y miró

por la mirilla nocturna NSPU hacia un objetivo a trescientos metros en diagonal, cruzando el agua, en el extremo oeste del río Narva. Era un disparo que podía realizar por la noche sin problemas. Buscaba un perfil: el de una mujer morena que caminaba con una suave cojera.

El helicóptero de tamaño medio M-14, Haze, con su morro de Mickey Mouse, era una versión para el transporte civil pintado de rojo y blanco. Aterrizó lentamente en el aparcamiento vacío de la estación de ferrocarril de Ivángorod. Las paredes mostaza de la fachada barroca de la estación emitían reflejos rosados bajo los faros del helicóptero. Mientras el helicóptero rebotaba sobre su patín de aterrizaje, el ruido del motor pasó del grito al gimoteo, para terminar en un suave ronroneo. Las inmensas hélices pararon de girar, despidiendo calor en el frío viento nocturno. No se abrió la puerta hasta que los dos coches del SVR que habían estado esperando en la calle se acercaron y aparcaron junto al helicóptero. La puerta de pasajeros del coche se abrió y dos hombres trajeados bajaron las escaleras metálicas, conduciendo a una frágil figura de pelo cano al coche gris. Ambos coches se movieron lentamente por la carretera hasta llegar a los dos camiones atravesados en el puente, y tres hombres salieron, uno a cada lado agarrando al hombre más pequeño.

Pasaron apretadamente entre los camiones y se quedaron de pie en silencio, inmóviles, observando la carretera en dirección a las figuras borrosas que aparecían desde el otro extremo del puente. Los guardias fronterizos alrededor de los camiones se descolgaron los rifles del hombro y los faros de los camiones se encendieron, inundando de luz el lado ruso del puente. La barandilla y los polos

de las farolas proyectaban sombras sobre el asfalto. Se veían por lo menos seis puntitos de luz roja tras el cristal de la caseta de control. Los chicos de Leningrado fumaban y observaban sin hablar.

Salieron de la furgoneta y dieron la vuelta para ponerse delante, de frente a los rusos. Los faros rusos se encendieron y Benford hizo una señal al jeep de la KaPo para que encendiera sus faros y un único foco. El lado ruso ahora aparecía invisible tras un muro de luz más allá del cual flotaba la niebla.

—Te acompañaremos hasta el principio del puente —dijo Gable, agarrando firmemente el brazo de Dominika.

Benford se acercó y se puso al otro lado, sujetando el otro brazo por el codo. Nate había salido de la camioneta y se había situado a un lado. Gable y Benford dieron un paso adelante.

—Esperad —dijo Dominika, se inclinó hacia Nate y le dio un bofetón en la cara.

—Bravo —dijo Gable.

Los soldados de la KaPo del jeep se apretaron entre sí. Dominika y Nate se miraron durante un segundo, como si no existiera nadie más en ese mundo nebuloso. Luego Dominika susurró.

—*Poka,* nos vemos.

Se enderezó y empujó a Gable y a Benford hacia delante.

—Estate tranquila, *baby* —masculló Gable.

Benford y él caminaron junto a Dominika, tomándola cada uno de un brazo como custodios carcelarios. Ella tenía las manos apretadas para resistir la presión. Caminaron hasta el principio de la carretera del puente y se detuvieron, observando la niebla que se derramaba

sobre ella. Al otro extremo del puente se veía el destello de los coches que se acercaban, pero era imposible percibir más detalles. Notaron cierto movimiento al otro lado, del que emergieron tres siluetas. La del medio era más baja. Un foco se apagó primero y luego volvió a encenderse. Benford hizo una señal a los soldados para que lanzaran la misma señal. Las luces de la KaPo hicieron destellar una docena de prismáticos.

—Paraos cuando lleguéis al centro —dijo Gable.

Dominika se deshizo desdeñosamente de las manos que la agarraban, y les dijo:

—*Yob tuvoyu mat.*

Se estiró el abrigo y dio un paso adelante. Con una leve cojera, comenzó a adentrarse en la niebla, con la cabeza alta, tensando las pantorrillas de bailarina, los hombros hacia atrás. La figura más baja al final del puente también comenzó a moverse.

—¿Qué es lo que ha dicho? —preguntó Benford.

—Ha sonado bastante obsceno —dijo Gable.

A medida que atravesaba los círculos de luz de la carretera, la silueta de Dominika se hacía cada vez menos clara. Estaba a punto de cruzarse con la figura solitaria que caminaba en sentido opuesto.

—Ahora está a medio camino con Marble —dijo Gable suavemente.

El megáfono ladró algo y ambas figuras se detuvieron. Las dos siluetas estaban una al lado de la otra en medio del puente, bajo la luz de uno de los focos, con la niebla arremolinándose entre ellos, empapándolos. Dominika miraba hacia delante, arrogante, despectiva. No movió la cabeza, pero pudo sentir su magnífica presencia morada, sería la última vez que la sentiría. Marble miró a

Dominika, su cabeza cana bajo la farola, se quitó el abrigo y se lo pasó a ella, un ofrecimiento de un espía que se intercambiaba por otro. Dominika cogió el abrigo y lo dejó caer en el suelo mojado por la niebla. Justo lo que Marble esperaba que hiciera. La luz destelló en una docena de prismáticos.

Marble miró hacia delante, notando el resplandor de la ciudad de Narva, la torre del castillo, el parpadeo de una estrella en el cielo occidental, los faros y las siluetas de los hombres al final del puente. Cuando las luces a ambos lados del puente destellaron otra vez, él comenzó a andar. Oyó los pasos de Dominika desvanecerse a su espalda. Sentía el cuerpo ligero. El dolor permanecía, pero el vacío de su pecho había desaparecido. Tenía la cabeza clara y se concentraba en no caminar demasiado rápido, les demostraría hasta el final cómo terminaba un profesional. Mientras se acercaba, las siluetas se convirtieron en caras, rostros familiares. Era más importante ver a sus amigos que ser libre. Benford. Nathaniel. Un intercambio de espías. Casi suelta una carcajada.

La bala de 9 × 39 mm del rifle con silenciador de Liudmila atravesó el cuello de Marble por la izquierda, cortando la arteria carótida antes de salir por el músculo pectoral bajo su axila. Tsukanova, intentando un tiro a la cabeza, había apuntado demasiado bajo y el frío del aire nocturno había afectado a la trayectoria de la bala subsónica SP-5. Antes de que Marble se desplomara, ya se había levantado y emprendido su ruta de escape por el muro sur de la fortaleza. Los rusos, al otro lado del puente, no se dieron cuenta de lo que había pasado.

Benford lo agarró, pero el peso muerto de Marble se escapó entre sus brazos y el general cayó sobre el asfalto mojado. Nate se sentó

sobre el asfalto y depositó la cabeza de Marble sobre su muslo, pero el viejo espía estaba inmóvil. Los rusos habían bajado el interruptor y se había apagado. Tenía los ojos cerrados y la cara extrañamente serena. Benford se miró las manos teñidas con la sangre de Korchnói. Los soldados de la KaPo se descolgaron los Galils del hombro y apuntaron, pero Gable gritó:

—¡Deteneos! —Y les hizo una señal para que bajaran las armas.

Al otro lado del puente, Dominika se dio la vuelta durante un segundo (había oído el grito de Benford), pero estaba envuelta en el destello de las luces. Registró el oscuro nudo de figuras alrededor de un bulto sobre el suelo y supo instintivamente lo que había pasado.

Chilló «¡No!» en su cabeza y se forzó a sí misma a controlarse y a no mostrar emoción en el rostro, a relajar los hombros. Se la arrastró a un vehículo que la esperaba, un Mercedes lujosamente cálido, que inmediatamente aceleró hacia la autopista. El coche se inclinaba en las curvas y ella contuvo el horror, volviendo a ver las imágenes de Korchnói. Se tragó la ira que la intoxicaba mientras el coronel de Leningrado, rodeado de vapor amarillo, llenaba el interior del coche con el humo de su cigarrillo.

Benford miró a Marble, paralizado, incapaz de moverse, incapaz de pensar. La cabeza de Nate estaba inclinada, las manos le temblaban y seguía acunando la cabeza de Marble en su regazo. Una violencia así era demasiado cruel. Estaban sin habla, insensibles debido a lo irrecuperable y definitivo de la muerte de Marble. Estaban aturdidos ante la monumental traición del déspota ruso, ante la enormidad de su despiadada acción.

Todos excepto Gable. Rápidamente dio un paso atrás a la carretera y alzó los prismáticos. Un grupo de siluetas en el lado ruso

se movía; las luces traseras de un coche de lujo se alejaban en la noche. Gable no podía saber si Dominika había visto lo que había pasado, pero deseó que hubiera sido así. «¡Por Dios, que lo haya visto!»

La niebla se arremolinó a su alrededor, mojándoles el pelo, tocando la plácida cara de Marble. El abrigo empapado del viejo seguía tirado en la carretera, olvidado.

AGRADECIMIENTOS

Cuando me puse a contar las personas que de alguna manera u otra me habían ayudado a escribir materialmente este libro, me sorprendió comprobar que eran muchas. A todas ellas les debo mi agradecimiento.

He de empezar por mi agente, el incomparable Sloan Harris, de International Creative Management, quien, cuando empecé a escribirlo, actuó de constante mentor y guía; y, más tarde, como el más firme defensor del manuscrito. Seguro que en otra vida Sloan fue un visionario dux veneciano o un sultán bizantino. Sin él, no habría empezado el libro.

Muchas gracias al resto del equipo de ICM, que incluye a Kristyn Keene, Shira Schindel y Heather Karpas, quienes son la paciencia personificada.

Tengo otra deuda de gratitud con mi editor en Scribner, el legendario Clon Harrison, que editó el manuscrito con la perspicacia de un cartógrafo mientras me enseñaba a escribir bien. Su dedicación a la ciencia y arte de escribir no tiene límite y mejoró la versión final sin medida. Sin él, no habría terminado el libro.

Gracias a todas las personas de Scribner y Simon & Schuster, entre otras Carolyn Reidy, Susan Moldow, Nan Graham, Roz Lippel, Brian Belfiglio, Katie Monaghan, Tal Goretsky, Jason Heuer, Benjamin Holmes, Emily Remes y Dave Cole, por su apoyo, ánimo y cálida bienvenida a la familia de S&S.

También he de reconocer la ayuda de amigos que me animaron a

emprender el esfuerzo y cuyos nombres no puedo mencionar. Ellos saben quiénes son: el sagaz Dick K., de Beverly Hills; el ecléctico Mike G., de USC; y el superabogado Fred Richman, también de Beverly Hills.

Por supuesto este libro no habría sido posible sin mi carrera en la CIA, una vida que he compartirdo con cientos de colegas, empezando con mi clase de entrenamiento como recluta, los amigos de toda la vida que hice en Langley y en las misiones en el extranjero durante treinta años. Algunos de ellos son relativamente jóvenes. A todos ellos los saludo.

Como joven agente de la CIA me beneficié de la guía y dirección (en ocasiones) no tan amable de una serie de oficiales de alto rango como Clair George, Paul Redmond, Burton Gerber, Terry Ward y Mike Burns, operadores de gran talento y sólido patriotismo. En aquellos días, en la Dirección General de Operaciones se les daba el nombre de *barones*. Aprendí muchísimo del lacónico Jay Harris, un físico nuclear convertido en agente. Juntos reinventamos las operaciones internas de la Cuba de Castro.

Mis cuñados William y Shaorn Matthews hicieron sugerencias cruciales, y mis hijas, Alexandra y Sophia, más de una vez recordaron al autor que las pletinas de ocho pistas ya no se venden en Woolworth.

Finalmente, gracias a mi mujer, Suzanne, con una carrera de treinta y cuatro años en la CIA, por compartir una vida infinitamente variada conmigo: por las noches en vela, las noches de vigilancia, las noches de evacuación y por criar dos hijas sublimes. También por su paciencia mientras estaba escribiendo.

© Jason Matthews, 2013
© Traducción: Emilia García-Romeu
© Los libros del lince, S. L.
Gran Via de les Corts Catalanes, 657, entresuelo
08010 Barcelona
www.linceediciones.com

Título original: *Red Sparrow*

ISBN DIGITAL: 978-84-17302-10-8
Primera edición: febrero de 2018

Imagen de cubierta: © Malpaso Ediciones, S. L. U.

Composición digital: M.I. Maquetación, S.L.

Bajo las sanciones establecidas por las leyes, quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización por escrito de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o electrónico, actual o futuro (incluyendo las fotocopias y la difusión a través de Internet), y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler o préstamo, salvo en las excepciones que determine la ley.

· ALIOS · VIDI ·

· VENTOS · ALIASQVE ·

· PROCELLAS ·